NIKO KAZANTZAKIS

Libertad o muerte

EDICIONES
LOHLÉ - LUMEN

LIBERTAD O MUERTE

NIKOS KAZANTZAKIS

Viamonte 1674
1055 Buenos Aires
☎ 373-1414 (líneas rotativas) Fax (54-1) 375-0453
E-mail: magisterio@commet.com.ar
República Argentina

Título del original en griego
δ Καπεταν ΜίχαληS

Versión castellana de Rosa Chacel

Diseño de tapa: Lorenzo D. Ficarelli

Pintura de tapa: Cabeza de Guerrero. Estudio de Leonardo Da Vinci para la batalla d'Anhiari. Museo de Budapest.

Única traducción debidamente autorizada y protegida en todos los países.

ISBN 950-724-721-1

© 1998 by LOHLÉ-LUMEN
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Todos los derechos reservados.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

PRÓLOGO[1]

Hasta ahora no se conocía al escritor griego Kazantzakis más que a través de un solo libro verdaderamente excepcional: "Cristo de nuevo crucificado." De la lectura de esta obra muchos han adquirido la convicción de que Kazantzakis es un escritor cristiano, aunque probablemente diste mucho de ser un iglesiero. Pero el conocido afán de clasificación que impulsa a muchos, de una manera automática, a rodearlo todo de pequeños tabiques y ponerle a todo su correspondiente etiqueta, no aprehende en este caso más que un aspecto de la polifacética figura.

Kazantzakis escapa a toda descripción simplificada, del mismo modo que escapa a ella determinada parte del mundo. Un continente como Asia es tundra, estepa y desierto, fértiles valles fluviales y selva virgen. Kazantzakis es cristiano y pagano, anarquista, humanista y sabio estoico, sucesiva y a veces simultáneamente. No pertenece a ninguna escuela, ni podrá formar ninguna, como tampoco pudo formarla su compatriota El Greco, oriundo, como Kazantzakis, de Creta.

Kazantzakis es, por encima de todo, cretense; como tal, es algo más que un simple europeo. Si se toma un compás, se fija uno de sus extremos en el monte Ida y se hace deslizar el otro a lo largo de las costas griegas, cuando se ha completado el círculo, éste abarca tierras de Fenicia e Israel, de Egipto y de Libia. Creta está situada en un punto equidistante de Europa, de África y de Asia. Los antepasados de Kazantzakis eran oriundos de un grupo de aldeas cretenses a las que se llamaba "barbarai" —bereberes—. Allí desterró un conquistador bizantino a los soldados mercenarios árabes, entre los que había numerosos beduinos. Así como la llama del verano de África abrasa la isla de Creta, así también arde dicha llama en la sangre del hombre que por espacio de muchos años se ha debatido esforzadamente por trenzar una síntesis entre el pensamiento griego y el oriental.

Pero los bizantinos no fueron los únicos conquistadores de la que un día fué la más expugnada isla del viejo Mediterráneo. Libios y griegos, sarracenos y árabes, venecianos y turcos han invadido Creta en el curso de cincuenta siglos, la han arrasado y la han fertilizado. Lo que éstos fueron dejando vino a constituir las sucesivas capas de limo colocadas sobre el mantillo de la civilización minoica (3000-1500 antes de Jesucristo), que

veneraba la vida y el vigor y veía la muerte con impavidez, sin inquietarse por la inmortalidad personal. A diferencia de los egipcios, los antiguos cretenses apenas sentían preocupación por los problemas escatológicos; la veneración que sentían por la vida implicaba una imperturbable aceptación de la muerte. "Esta mirada heroica, sin esperanza ni temor, serenamente dirigida al abismo, es lo que yo llamo la mirada de Creta" —escribe Kazantzakis. Y a estos trasfondos de su ser regresó Kazantzakis a edad ya madura, luego de prolongadas excursiones por el mundo y por el mundo de las ideas, que le llevaron a Rusia y España, a la India y la China, a África y Arabia y cuyos guías, según el espíritu, fueron Homero y Dante, Buda y Confucio, Nietzsche y Bergson.

De ahí la gran diversidad de su obra. Durante diecisiete años estuvo trabajando en la continuación de la Odisea en 33.000 versos. Esta obra se está traduciendo actualmente en Norteamérica. Una de sus primeras novelas, "Zorba", es dionisíaca y apolínea a la par, y cd mismo tiempo una lucha contra la fascinante atracción de la Nada que dimana del budismo. Al lado de este libro, desbordante de la alegría del vivir pagana, escribió una profunda pieza dramática de carácter bíblico, aunque hasta ahora se ha venido poniendo en tela de juicio el valor de la misma para el teatro. En su novela sobre Jesucristo, "La última tentación", vino a dar una interpretación de la figura de Cristo tan original como audaz, que si es inaceptable para todo cristiano dogmático, deja fuera de duda la creencia de Kazantzakis en un Dios personal. Y aquí tenemos ahora una novela que, aunque histórica a primera vista, rompe las acostumbradas normas del género con la misma fuerza indomable con que el Capetán Miguel, el protagonista, hace añicos en un acceso de cólera el vaso de su huésped introduciendo en él dos dedos y separándolos.

En un trabajo de carácter filosófico que escribió en su juventud, titulado "Ascesis", Kazantzakis dice: "Tú no eres un solo ser; tú eres una hueste. ¿Te encolerizas? Tus antepasados echan espuma por tus labios. ¿Amas? En lo hondo de tu ser relincha uno de tus predecesores…" Y en este libro el Proteo del arte de novelar moderno muestra a su lector centenares de tipos —entre los que figuran numerosos antepasados— de su país natal, y esto lo hace con tanto amor como crueldad. Por lo demás estos dos conceptos no se contradicen en su espíritu artístico. Vista de una manera muy esquemática la novela describe, siempre de un modo cautivante, la rebelión de los creteneses oprimidos contra sus dominadores los turcos (1889) y al mismo tiempo relata una historia de amor, en la que dos héroes cretenses, los Capetanes Miguel y Polyxinguis, luchan entre sí con el noble turco Nuri Bey por la misma mujer. La mitad del tiempo de la acción de la novela transcurre en la ciudad de Candía (la actual Heraklion); y el lector siente la viva impresión (una feliz impresión, pese a los sobresaltos que experimenta) de que conoce dicha ciudad y sus habitantes mejor que a su propia vecindad. A todos se les arranca la

máscara; las virtudes y los defectos de todos quedan expuestos a la luz del día. Con el autor volamos imaginativamente por encima de campanarios y minaretes; y Kazantzakis levanta con su mágica palabra no sólo los tejados de las casas, sino también las escotillas de las sombrías bodegas donde todos los hombres ocultamos nuestros deseos e impulsos secretos.

Todo se ve rodeado de un halo de eternidad, el mismo que aureola los mejores cuadros del Greco. Y esto hace soportables también las más atroces escenas. Es esta cuarta dimensión de un perdón sobrenatural, nunca expresado con palabras, pero siempre audible, como si se tratara de un tono dominante que, eludiendo la palabra, se cerniese sobre el relato, lo que convierte a todos estos tremendos pecadores en hijos de Dios —para ellos no el Dios del amor, sino el Dios de la venganza del Antiguo T estamento.

En un mundo tranquilo y ordenado como el nuestro tal vez ocurra que numerosos hechos de este relato, por cautivante que sea el modo en que los expone el autor, parezcan inverosímiles. El redactor del texto de la solapa de la traducción alemana llega incluso a decir: "Son sin duda alguna, casi sin excepción, seres humanos surgidos en la fantasía del escritor." Pero quienes, como yo, conocen en cierta medida a los cretenses y su historia, saben que las figuras de este libro son auténticamente vivas; en todo caso lo que ha hecho el autor es dar a algunas de ellas unas dimensiones que sobrepasan el tamaño natural, lo cual no deja de ser una condición de la verdadera épica. Téngase presente, además, dónde y cuándo se desarrolla la acción de este libro: en una isla oprimida cruelmente por los verdugos turcos durante un siglo. Ninguna potencia movió un dedo para ayudar a Creta. Los cretenses estuvieron solos "y llamaron a Dios con el rifle. Se situaron delante de la puerta de Dios y dispararon sus armas, para que Dios les oyese."

Fué en Creta donde 200 rebeldes y 65 monjes defendieron el monasterio de Arcadi durante dos días y sus noches contra 15.000 turcos. Cuando por fin el enemigo logró desbordar las defensas del monasterio, un joven combatiente descargó sus pistolas contra los barriles llenos de pólvora, que estaban abiertos y se hallaban en un polvorín subterráneo donde se habían refugiado 600 mujeres y niños. Todos perecieron, claro, juntamente con centenares de defensores y asaltantes sorprendidos por la tremenda explosión.

¡Libertad o Muerte! Creta es una isla donde arde una llama. Incluso cuando reina de nuevo la paz, numerosas figuras de este libro se ven consumidas por un fuego diabólico. No temen la muerte, y aman la vida de un modo profundo, de un modo que puede parecer incluso pecaminoso para los espíritus exangües de otras latitudes. Pero sobre Creta sopla un huracán de luz. Y este libro, épico, heroico y trágico, es un mundo en sí mismo, sobre el que vuela con las alas extendidas un águila: Kazantzakis.

A. DEN DOOLAARD.

I

El Capetán Miguel rechinó los dientes, como acostumbraba cada vez que era poseído por un acceso de cólera. Su colmillo derecho asomó por entre sus labios, brillante, bajo lo negro de sus bigotes. En Candía le habían apodado “Capetán Jabalí” y esto le sentaba muy bien. En plena furia, con sus ojos redondos y oscuros, su corta nuca obstinada, su ancho y fuerte armazón y su colmillo rebelde, parecía verdaderamente un jabalí que, al notar la proximidad de los hombres, se dispone a saltar.

Arrugó la carta que tenía en la mano y la metió entre su ancha faja de seda. La había deletreado largamente, tratando de encontrarle un sentido. “No vendría este año, tampoco. Una vez más su desdichada madre y su hermana, tan trabajada, celebrarían la Pascua sin él, porque, parecía que todavía estaba haciendo sus estudios… ¿Qué diablos puede estudiar y hasta cuándo? ¡En vez de confesar que tiene vergüenza de volver a Creta porque se ha casado con una judía…! ¡Tu pimpollo de hijo, mi querido Kostaros ha ensuciado nuestra sangre! ¡Ah, si tú vivieses! ¡Me le agarrarías por un pie y me lo colgarías de una viga, cabeza abajo, como un odre!”

Se levantó. Era un enorme jayán, su cabeza tocaba al techo del almacén. Por su impulso, el pañuelo a rayas que retenía su pelo revuelto se desató. Lo recogió, lo enrolló y volvió a anudarlo bien apretado alrededor de su gran cabeza. Luego, de un salto, llegó hasta la puerta donde se detuvo a tomar aire.

Charitos, el aprendiz, se había acurrucado detrás de un rollo de cuerdas: era un aldeanito de rasgos hoscos, moreno como una ciruela pasa, con ojos temerosos y fisgones. Echó a su alrededor una mirada con los, ojos entornados sobre las velas, las telas enceradas, los cubos de pintura y de alquitrán, las cadenas gigantes, las anclas y todo género de accesorios para la marina, pero estaba tan asustado que no tenía realmente ojos más que para el patrón que llenaba todo el marco de la puerta y miraba hacia el puerto con aire enfurecido. Era su tío, pero él le llamaba “patrón” y temblaba ante él. “Como si no estuviese yo bastante fastidiado ya esta tarde, gruñó el Capetán Miguel, con ese perro que me pide que vaya a su casa. ¿Qué será lo que puede

quererme? ¡Me hacía falta, para colmo, la preocupación del sobrino! Su madre me pidió que le escribiese. Le escribí. ¡Mala peste se lo lleve!” Miró a su izquierda, los caiques, las barcas, el mar. Se oía a lo lejos el hervidero de los muelles. Mercaderes, marineros, bateleros, descargadores iban y venían por entre los toneles de aceite y de vino y los montones de algarroba, gritando, jurando, cargando y descargando los coches, apresurándose para terminar antes de la puesta del sol y de la hora de cerrar las puertas de la ciudad. El mar se henchía, el puerto olía a cidra podrida, a algarroba, a vino y a aceite. De pie sobre la escollera, dos o tres malteses pintarrajeados, crepusculares, cotorreaban con su voz cascada, haciendo señas a un pescador panzudo que volvía cargado de pescado.

El sol declinaba y terminaba aquel último día de marzo. Soplaba el viento norte, punzante; toda Candía tenía frío, los tenderos se frotaban las manos una con otra, daban fuerte con el pie en el suelo y bebían tisana de salvia o ron para calentarse. A lo lejos la cumbre del Strombula aparecía salpicada de nieve. Más lejos todavía se alzaba el monte Ida donde la nieve endurecida brillaba en las profundas grietas abrigadas del viento, como una cinta blanca que se desenrollase. Pero el cielo centelleaba arriba, puro y resplandeciente como el acero.

El Capetán Miguel tenía los ojos fijos en la gran torre de muros espesos, ornada por los leones alados de Venecia que se alzaba a la derecha, a la entrada del puerto. Candía estaba rodeada de murallas temibles, flanqueadas por torres construidas en la época veneciana por los raías[2] cristianos y que los venecianos, los turcos y los griegos habían regado con su sangre. Los leones de mármol que sostenían el Evangelio entre sus garras y las hachas de los turcos, algunas todavía hincadas en la piedra de las atalayas, hacían recordar aquella sangrienta jornada de otoño en la que los turcos, tras largos años de asedio sin esperanza, se habían apoderado de Candía. Ahora, las malas hierbas, higueras salvajes, ortigas, alcaparros, crecían por todas partes entre las piedras desajustadas.

El Capetán Miguel dejó bajar su mirada hasta el pie de la gran torre. Se hincharon las venas de sus sienes y lanzó un suspiro. En los cimientos de aquella torre, detrás de la muralla donde venían a romper las olas, estaba el calabozo maldito donde generaciones y generaciones de guerreros cristianos habían perecido encadenados. “Por muy sólido que sea el cuerpo del cretense no puede con su alma, no, no puede… Yo le tengo rabia a Dios por no habernos dado cuerpos de acero, a nosotros los cretenses, para que resistiésemos ciento, doscientos años y más, hasta la liberación de nuestra isla.”

Pensó en el sobrino expatriado, europeizado y la cólera se apoderó de él nuevamente.

“Hace sus estudios, dice. ¡Qué diablos puede estudiar! ¡Ése

también va a ser como su tío Palomino: instructor! ¡Un maestro, un sabihondo, un anteojudo!”

Escupió y su saliva estuvo a punto de alcanzar a la tiendecita del seor Dimitros el herborista que quedaba justamente delante.

“¡A qué te has quedado reducida, raza valiente de Miguel el Loco, el come-turcos, tú que no habías jamás doblado la rodilla ante el opresor!”

Su terrible abuelo, Miguel el Loco, resucitó en él, entero, desbordante de vitalidad. Mientras él tuviese hijos y nietos, aquel glorioso antepasado no estaría muerto.

De cuando en cuando, los viejos de Candía le recordaban, errando por las costas de la isla, con su gran zarpa puesta como visera sobre los ojos y acechando en el horizonte la llegada de los navíos “moscovitas” como él decía. Con su gran fez plantado de través, iba y venía a lo largo de las murallas de Candía, se recostaba contra la torre maldita y cantaba en las barbas de los turcos la “canción de Moscú”[3]. Llevaba, según se decía, el pelo largo y una larga barba, llevaba botas altas que ataba a su cinturón y que no se quitaba jamás. Llevaba también una camisa negra, porque Creta avasallada estaba de luto, y el domingo, después de la misa, se paseaba con el viejo arco de su abuelo en la bandolera y un carcaj lleno de flechas. “Aquéllos eran hombres, gruñó el Capetán Miguel frunciendo el ceño. ¡Aquéllos eran hombres, de los verdaderos, y no mujercillas como nosotros! ¡Sus mujeres no tenían nada que envidiarles, ésas eran todavía más temibles, tal vez! ¡Ay de nosotros, la humanidad degenera, está cayendo muy bajo!”

Los recuerdos afloraron de nuevo, y, tras el abuelo, surgió la abuela del Capetán Miguel, esquelética, salvaje, con las uñas agresivas negras de suciedad. Ya muy vieja había abandonado su patio lleno de hijos y de nietos y había ido a enterrarse en una profunda caverna situada más arriba de su pueblo natal, al pie del monte Ida. Allí se quedó clavada durante veinte años. Todas las mañanas, una de sus nietas casada en la región, le llevaba un pequeño pan de cebada, unas cuantas olivas y una cantimplora de vino —agua, había en la gruta cuanta quisiera— y el día de la Pascua, dos huevos rojos para honrar a Cristo. Todas las mañanas, con sus cabellos largos y sus uñas interminables, andrajosa, pálida, fantasmagórica, la vieja aparecía en el umbral de la caverna, toda arrugada, con los ojos fijos en el sol que se alzaba, agitando hacia él largamente sus brazos descarnados, como si le bendijese o le maldijese. Luego volvía a hundirse en el vientre de la montaña. Veinte años de reclusión. Y un buen día no se la vió salir por la mañana. La cosa era clara. Fueron a buscar al cura del pueblo, entraron en la gruta con antorchas encendidas y allí la encontraron, helada, replegada sobre sí misma, en un hueco tan estrecho como un

ataúd, con un crucifijo en la mano y la cabeza pegada a las rodillas.

El Capetán Miguel meneó la cabeza. Apartó de sus ojos la cueva y los muertos cayeron de nuevo en las profundidades de su pecho.

En el almacén de enfrente, el seor Dimitros, soñoliento, de ojos hinchados, estaba sentado con las piernas cruzadas en un pequeño sofá. Alejaba indolentemente con un espantamoscas, hecho de crin de caballo, las moscas que acudían a los saquitos de clavo oloroso, de nuez moscada, de almáciga de Quío, de canela y de los pequeños frascos de aceite de laurel y de mirto alineados a su alrededor. Tenía siempre color bilioso y falta de energía. De cuando en cuando se rascaba, bostezaba y cerraba los ojos para dormitar un instante. Como todavía no se había dormido enteramente, le parecía que allá enfrente el Capetán Miguel estaba mirándole. Agitó el espantamoscas a guisa de saludo, pero el imponente vecino volvió la cabeza: seor Dimitros se dedicó de nuevo a bostezar.

El Capetán Miguel hundió su manaza en la faja que daba numerosas vueltas a su cintura, encontró la carta arrugada, la extrajo de allí y la rompió en mil pedazos.

"¡Como si un solo maestro no bastase para deshonrar a la familia, ahora ya tenemos otro! ¿Y de quién es hijo? Tuyo, hermano Kostaros. ¡Ha salido de ti, que pusiste fuego al polvorín e hiciste saltar el monasterio de Arcadi[4] con todos sus santos, sus Cristos, sus curas, sus cristianos y sus turcos!"

Ventusos, el famoso tocador de lira, envuelto en su grueso tabardo, bajaba apresurado hacia el puerto. Había encargado un tonel de vino de Kissamos para su taberna y corría a recibirlo. Pero al ver de lejos al Capetán Miguel con el pañuelo encasquetado hasta las cejas, comprendió y dió media vuelta.

"La fiera tiene atufadas las narices", murmuró y tomó otro rumbo.

El sol se posó al fin en el borde de los peñascos del Strombula, las calles se llenaron de sombra, el blanco de los minaretes se sonrojó y en el puerto, los mercaderes, los artesanos, los obreros, los bateleros, los perros mismos, que desde el alba gritaban y ladraban, se sintieron muy cansados. El mundo se aplacó. El Capetán Miguel sacó su tabaquera de la faja, enrolló un cigarrillo y poco a poco cedió su cólera. Empezó a acariciar su barba espesa, negra como el azabache y sonrió al fin, descubriendo nuevamente su colmillo.

"Mi hijo, mi pequeño Thrassaki está ahí, no tengo nada que temer, murmuró. El es quien salvará nuestro honor. Él eclipsará a su tío Palomino y también al sobrino sapientísimo que no ha tenido vergüenza de mezclar nuestra sangre a la de una judía. Él llevará muy alta la antorcha de nuestra raza."

Dijo, y bruscamente la vida le pareció bella y Dios justiciero. El

Capetán Miguel ya no tenía nada que reprocharle.

Un turco, un viejecillo con zuecos, de cara lampiña, aseadito pero andrajoso, se acercó temerosamente, levantó los ojos y miró al Capetán Miguel. Éste se dió cuenta, se inclinó y, meneando la cabeza:

—¿Qué quieres tú, Alí Agá? —preguntó con tono brusco.

Era vecino suyo y no podía soportarle. Esta babosa, ni hombre ni mujer, le repugnaba Se pasaba las tardes con las vecinas griegas, haciendo calceta y manteniendo conversaciones de mujeres.

—Patrón —comenzó el viejecillo—, vengo de parte de Nuri Bey. Te manda muchos saludos y dice que le darías una gran satisfacción si te tomases la molestia de ir a su casa esta tarde.

—Está bien. Ya me lo mandó a decir con su negro. ¡Vete!

—Es absolutamente necesario, dice.

—¡Vete!, he dicho.

No podía soportar aquella voz de eunuco. Alí Agá se calló y, todo tembloroso, se fué pegadito a las paredes.

“Yo no tengo nada que hacer en una casa turca, se dijo el Capetán Miguel. ¿Qué puede querer de mí ese perro? No tiene más que venir él. ¡No iré, se acabó!

—Charitos —gritó—, ¡ve a casa y ensíllame la yegua!

De pronto le entraron ganas) de dar una vuelta a caballo para calmarse. El abuelo, la abuela, el sobrino, Nuri Bey, no pensaría más en ellos después del paseo.

Pero en el momento en que alargaba la mano para coger la llave de su tienda y cerrar, oyó, viniendo del fondo de la calle, un fresco y alegre relincho. El Capetán Miguel lo reconoció y se volvió hacia allí. Bronceado, reluciente, lleno de dignidad y de nobleza, un alazán se aproximaba, humeante. Le traía cuidadosamente por la brida un muchacho turco, con los pies desnudos, y le paseaba de un extremo al otro de Candía, libre de sus arneses, para refrescarle. Debía venir galopando desde lejos porque su boca, su pecho y sus axilas humeaban.

Pero su fogosidad todavía no se había aplacado, sacudía las crines mojadas de sudor, relinchaba y piafaba en la calzada con sus finas patas delanteras.

—Ahí viene el semental de Nuri Bey. Cuidado, miradle, muchachos —dijo una voz que salía de la peluquería del seor Paraskevas, el sirio. Cinco o seis clientes todavía no afeitados y uno embadurnado de jabón se precipitaron a la puerta. Allí se quedaron boquiabiertos, estirando el pescuezo, llenos de admiración.

—Os juro —dijo un malabar portador de una barba atirabuzonada como la de un chivo—, os juro que si me preguntasen: “¿Qué es lo que prefieres: el caballo de Nuri o su hanum[5]? Si me dijesen: ¡Elige!

¡Elegiría el caballo!”

—Cabeza de chorlito —le interrumpió Yanaros el tintorero, recién afeitado, a quien también llamaban “Mistigri” porque tenía bigotes de gato, hirsutos y agresivos—, la Hanum Emina es un bocado soberbio, todo el mundo lo sabe, y tiene veinte años, la zorra. Y a eso le haces ascos… ¡Elígela, desdichado si quieres halagar a tu entrepierna!

—Prefiero el caballo, te digo —insistió el barbas de chivo—, yo no me ensucio acostándome con una turca.

—Ni el caballo ni la hanum, muchachos —remató la voz aflautada del seor Paraskevas, que también había salido con las tijeras en la mano—. Ni el caballo ni la hanum. ¡Todas esas cosas no son más que agobios!

El barbas de chivo se volvió:

—¡Ah, pequeño mío, la vida es agobio! ¡Para estar tranquilo hay que morirse! Y te aconsejo que no nos vengas a nosotros los cretenses con esos sermones porque si nos diese por tomarlo a la tremenda, te enterrábamos vivo…

El desdichado sirio se estremeció. Era un hombrecillo afable, ingenuo, que se preguntaba cómo había podido caer en Creta para tener que afeitar a aquella especie de salvajes. Cada vez que un montañés cretense aparecía en el umbral de su tienda el sirio se sobresaltaba y le contemplaba espantado. ¿Por dónde empezar? El montañés no se había afeitado ni lavado desde hacía meses y ciertamente ignoraba cuántos años habrían transcurrido desde su último corte de pelo. El peluquero sacudía sus toallas, cogía sus tijeras y se ponía a dar vueltas alrededor de la silla donde estaba sentado el cretense dedicado a admirar su cara en el espejo. Aquel cliente extraordinario le hacía pensar en los carneros que conducen los rebaños y más aún en san Mamas, el patrón de los pastores que seor Paraskevas había visto una vez en una estampa, velludo con tantos kilos de pelos, bigotes y cabellera, que diez peluqueros a un tiempo no habrían logrado librarle de ellos.

Las tijeras de seor Paraskevas se volvían bruscamente pequeñitas. ¿Por dónde atacar aquellos pelos de puerco, aquel impresionante sistema piloso? El delicado sirio dejaba escapar un suspiro, se decidía al fin y, llamando a Dios en su ayuda, comenzaba a enjabonar.

—¿Vivo? —repitió retrocediendo, sin aliento—. ¿Pero por qué ibais a querer enterrarme vivo?

—Porque nosotros a los que hablan como tú ¿sabes cómo los llamamos?

—Dímelo, si quieres.

—¡Muertos!

El sirio tragó saliva angustiosamente, hizo como si no hubiese

entendido y desapareció en su tienda.

Stefanis, el antiguo capitán de *La Gallarda* que los turcos habían hundido durante la revolución de 1878, pasaba cojeando en aquel mismo momento. Un obús del barco turco que había atacado al suyo, le había roto la rodilla y desde entonces vagaba por los barrios del puerto, renqueando, bastón en mano. Tenía dos bastones. Uno era derecho como un cirio y ése lo sacaba cuando las cosas marchaban bien para Creta, el otro, nudoso y retorcido, lo empuñaba cuando iba mal el negocio y olía a pólvora. Aquel día se apoyaba en el bastón retorcido. Oyó la conversación y se detuvo.

—Vamos, muchachos, no disputéis, todo tiene arreglo.

—A ver, Capetán Stefani, ¿qué es lo que tú preferirías?

—Montar el caballo de Nuri, ¡ah, borricos, con Emina Hanum a la grupa, como san Jorge!

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también, Capetán Stefanis! —gritaron los clientes afeitados o no, estallando de risa—. ¡Y que Dios nos oiga!

El Capetán Miguel miraba fijamente el caballo que pasaba ante él en aquel momento, coqueto, agitado, el cuello esbelto y flexible, erguido como el de un cisne. El hermoso animal percibió al hombre, su ojo brilló como si le reconociese, luego, tras un instante de vacilación, empezó a relinchar.

El Capetán Miguel dió hacia él un paso. Sin poder contenerse, se aproximó un poco más. Ardía en deseos de acariciar al caballo, de sentir la tibieza de su cuerpo y recoger la baba con su mano. El muchacho comprendió y esperó.

La mano del Capetán Miguel se posó pesadamente en el ancho pecho mojado, ornado por un collar de turquesas y una media luna de marfil. Recorrió febrilmente el cuello, el hocico, la frente, se hundió en las crines húmedas, se arrastró, siempre insatisfecha, por el lomo, la grupa y descendió hacia el vientre humeante.

El bravo y gracioso animal inclinaba el cuello y gozaba de la sabia caricia. Volvió hacia el hombre sus ojos aterciopelados, le miró, frotó el hocico contra su cabeza y lanzó un relincho esparciendo su cálido aliento sobre los cabellos oscuros. De pronto, como jugando, cogió el pañuelo de la cabeza del Capetán Miguel con el borde de sus morros, lo mantuvo muy alto, lo sacudió y se negó a devolverlo. Miraba con aire malicioso al hombre de barbas negras que estaba ante él y el hombre sentía deshacerse su corazón. El Capetán Miguel no había mirado jamás a un ser humano con tanta ternura. Empezó a hablarle dulcemente. El animal bajó la cabeza atento y se frotó, acariciador, contra sus hombros. Con un movimiento rápido el Capetán Miguel alargó la mano, se apoderó del pañuelo y en el estado en que estaba,

mojado de baba, lo enrolló alrededor d» su cabeza. Luego se volvió, hizo señas al muchacho de que el juego había terminado y podía marcharse.

“¡Iré!, se dijo el Capetán Miguel, siguiendo con los ojos al caballo que llegaba ahora a la entrada del puerto. ¡Iré!”

Se decidió bruscamente. Volvió sobre sus pasos para cerrar la tienda y encaminarse seguidamente a la casa de Nuri Bey.

Pero el Capetán Stefanis que le había sorprendido acariciando tan ávidamente al caballo estaba delante de él apoyado en su garrote y le daba las buenas noches. El Capetán Stefanis no tenía miedo de aquel personaje intratable; ¿no era alguien él también, un famoso lobo de mar? En cada revolución, la de 1854, 1866, 1870, ¡cuántas veces no habría forzado el sitio turco y desembarcado víveres y municiones en los puertos aislados para ayudar a los cristianos! Cuando bombardearon y hundieron su barco, a pesar de la sangre que corría de su rodilla herida, había nadado hasta el golfo de Santa Pelagia, llevando entre los dientes, por encima de las olas, las cartas que el Comité de Atenas enviaba al ilustre Capetán Korakas, jefe de Mesara. Es cierto que luego, la vida le había agotado y destruido. Su vestimenta estaba raída y seguía llevando, recompuestas mil veces, sus botas de capitán. Recorría incansablemente el puerto, admirando los caiques de los otros y qué importaba si su corazón se oprimía. Le gustaba husmear el alquitrán, oír los gritos, los saludos de bienvenida y el ruido de las anclas que se enganchaban al fondo rocoso del mar. Su cuerpo estaba marchito, sus bolsillos vacíos, sus bragas raídas y agujereadas, pero su alma seguía de pie dentro de su pecho y miraba hacia alta mar, como un mascarón de proa.

Se apoyó, pues, en su cayado, valientemente plantado ante el Capetán Miguel y le interpeló:

—Dime, Capetán Miguel, ¿has oído la conversación a la puerta del peluquero? Si, es un decir, tuvieses que escoger entre el caballo de Nuri y su mujer ¿qué es lo que tomarías?

—No me gustan las conversaciones obscenas —dijo el Capetán Miguel, y se dirigió hacia su tienda, sin siquiera volverse.

Pero el lobo de mar no pensaba soltar la presa. Hizo como si no le hubiera oído y siguió:

—Dicen que Nuri la ha traído de Constantinopla. Parece que es circasiana y que es hermosa y salvaje, de la raza de esas que devoran a los hombres. Por su nodriza negra, cristiana, mis vecinas, las Tres Gracias, saben todo lo que pasa detrás de las celosías del bey. Así, que Dios dé larga vida a sus lengüecitas, van repitiéndolo por todas partes.

—Capetán Stefanis —repitió el Capetán Miguel—, ya te he dicho que no me gustan las obscenidades.

El rudo marinero se obstinaba: “No, él no permitía que nadie le cortase la palabra. La flota turca entera no le había dado miedo, no iba a ser éste quien le hiciese retroceder. Le oiría hasta el fin, quisiera o no.”

—Nuri Bey es tu hermano adoptivo, Capetán Miguel —le dijo—, no lo olvides. Es natural que sepas lo que pasa en su casa. Parece ser que el bey, esa fiera terrible, se pasa a sus pies las horas enteras, domesticado, mirándola a los ojos. A veces ella le 'planta su cigarrillo encendido en el pescuezo y eso le divierte. También parece ser que cuando ella se pone a pensar en su país, en las tiendas, el olor del estiércol y de la leche y los relinchos de los caballos, le entra la melancolía y rompe las tazas de porcelana, vuelca los tarros de perfume, pega a la nodriza…

El Capetán Miguel alcanzó al fin su llave, gruñendo como un perro de presa, y con un ademán apartó del umbral al viejo lobo de mar. Ni aunque éste lo hubiese querido le habría sido posible contener su lengua. Habría sido mejor no meterse en una discusión con aquel salvaje, pero una vez empezado, que pase lo que pase. Echó mano de todo su valor y terminó su historia Id más ligero que pudo.

—Parece ser que está celosa del caballo de Nuri, la hanum. La otra noche, el bey quiso estrecharla en sus brazos, pero ella se resistió. “Primero tienes que hacer una cosa para complacerme”, le dijo. “Todo lo que quieras, hermosa mía, eres dueña de todo.” “¡Vas a traer tu caballo al patio, vas a encender los faroles para que yo pueda ver bien y vas a degollarle delante de mí!”

“El bey lanzó un suspiro, bajó la cabeza y fué a encerrarse en su cuarto con dos vueltas de llave. Durante toda la noche le han oído ir y venir gimiendo. Te lo cuento para que estés al corriente. Parece que te mandó decir que fueses a su casa. Quiere verte. No me digas que no, Alí Agá me lo ha contado. Así que es mejor que sepas que la pareja está de morros!”

El seor Stefanis se frotó sus manos callosas una con otra, aliviado por haber llegado al final sin que el miedo lo detuviese.

—Te cuento lo que sé, Capetán Miguel. Será o no será verdad…

El Capetán Miguel cerró violentamente la puerta. Echó el candado y se guardó la llave en la faja. Al fin se volvió hacia el dueño del barco hundido.

—Vosotros, los marinos —dijo con desprecio—, no respetáis jamás a las mujeres de los otros. —Y se marchó.

—Vosotros, los capetanes de tierra —respondió burlonamente Stefanis a quemarropa—, ¿qué podéis vosotros comprender? ¡No veis más allá de, vuestras narices! —Luego se alejó renqueando, todo lo ligero que pudo, como si de repente el miedo se apoderase de él.

El Capetán Miguel se bajó el pañuelo sobre las cejas. Sus ojos desaparecieron entre las rayas. No quería ver a nadie ni ser visto por nadie. Con aire grave, preocupado, echó a andar hacia el barrio turco.

El sol se puso al fin. Sonaron las trompetas, los guardias turcos cogieron las llaves y cerraron las cuatro puertas de la ciudad. Nadie, hasta el nuevo amanecer podía entrar en ella. Turcos y cristianos quedaban encerrados juntos por toda la noche.

Poco a poco, la noche caía envolviendo a la ciudad. Ni una mujer por la calle. En el interior de las casas se encendían las luces y se ponían las mesas para la cena. Los hombres ordenados se apresuraban a volver a sus casas, mientras que los buenos tipos se quedaban en las tabernas, trincando a su gusto. Hundida en la sombra, Candía reunía a sus ciudadanos hambrientos para la comida nocturna.

Era la hora en que las tres hermanas gemelas, las Tres Gracias, se quedaban detrás de la puerta, de pie, apretadas unas a otras. Habían hecho tres agujeritos. Pegaban el hocico a la puerta, fisgaban ávidamente a todo pasajero y murmuraban sobre los defectos y cualidades de cada uno. Solteronas las tres, habían venido al mundo con pelo, cejas y pestañas absolutamente blancos y ojos colorados, de conejo; no salían nunca de día. La luz del sol las deslumbraba y esperaban la noche con impaciencia para apostarse detrás de sus agujeros y ver pasar a la gente. Nada podía escapar a sus malas lenguas. La calle era de mucho tránsito y la casa hacía esquina al lugar donde terminaba el barrio turco y comenzaban las viviendas cristianas. Desde sus puestos ellas lo veían todo y ponían a cada uno un mote del que jamás podía deshacerse. Eran ellas las que habían apodado al Capetán Miguel “Capetán Jabalí”, y también ellas habían bautizado a su hermano el maestro: Palomino.

Durante todo el día, en penumbra, guisaban, lavaban, cosían o arreglaban la casa, sin tener más preocupaciones. Habían quedado libres del matrimonio, del agobio de la maternidad y Dios les había dado un buen hermano, un hombre de oro, seor Aristotelis, el droguero. Trabajaba de firme el desdichado, preparaba polvos y pomadas durante todo el día, con los pies hinchados de tanto estar de pie, pálido, perseverante, poco locuaz. Soltero él también, llevaba a sus hermanas, mañana y tarde, una red llena de provisiones. Cuando era joven le habían propuesto, de cuando en cuando, alguna bonita muchacha, un buen partido, una persona de buena familia. Como novio era muy presentable seor Aristotelis. Su tienda estaba en el corazón de Candía, en la plaza. Estaba llena de botellas, de frascos, de esencias de flores y de jabones perfumados y todas las tardes, al crepúsculo, los maestros y los médicos se reunían allí para resolver los grandes problemas de la humanidad… Melancólico y marchito, seor Aristotelis escuchaba sin hablar, les miraba solamente con sus ojillos

azules cansados y meneaba la cabeza pelada: “Tienes razón … Tienes razón…” parecía que dijese a cada uno. Pero él pensaba en su vida frustrada. Bien hubiera querido casarse, el pobre hombre, no tanto por la mujer. ¡Dios le libre de ellas! ¡No! Sólo por tener un hijo a quien poder dejar su droguería… Pero ¿cómo abandonar a sus hermanas? Había que casarlas primero, ésa era la regla… Los años pasaban, los cabellos del seor Aristotelis blanqueaban, sus dientes se iban picando, su espalda se curvaba y sus mejillas firmes y coloradas empezaban a ajarse. Ahora ya era demasiado tarde, había envejecido. Su vida se había despilfarrado en vano y se esforzaba en olvidarlo mascando resina de lentisco como quien se entrega al alcohol. Rumiaba todo el día, el seor boticario, y por la noche, mientras escuchaba al médico y al maestro discutir sobre el libre albedrío o sobre la inmortalidad del alma, o bien preguntarse si las estrellas estarán habitadas, meneaba su cabeza calva y se repetía sin cesar: “Ahora, aunque me casase, ya no tendría hijos… no tendría hijos… no tendría hijos.” De pie ante su mostrador, empuñando la mano del mortero, mascaba almáciga, y mezclaba con todo cuidado en él sus polvos, lentamente, con aire desengañado.

Las Tres Gracias estaban desde muy temprano en sus puestos aquella tarde, llenas de emoción. Hacía frío, tenían carne de gallina, sus manos y sus piernas flacuchas estaban heladas, pero esperaban valientemente porque habían olfateado algo extraño. Sus ojillos colorados pegados a los agujeros, avizoraban desde lejos el porche pintado de verde de Nuri Bey.

—Abrid el ojo —dijo Aglae, la hermana pequeña—. ¡Algo se está armando ahí dentro, no olvidéis lo que nos dijo ayer la nodriza!

—Volvió de mal humor el bey esta tarde —añadió Thaleia—, yo le vi. Dió una patada a la puerta, se abrió y en seguida se oyeron gritos y llantos. ¡Seguramente pegaba a sus criados!

—¿Cómo elegir? ¿El caballo? ¿Emina? No quisiera encontrarme en su lugar —bromeó Eufrosina.

Las Tres Gracias estaban cotorreando cuando de pronto la calle les pareció más oscura. Dieron un salto y se interrogaron con los ojos.

—¡El Capetán Miguel! —dijeron, en un murmullo, ajustando los ojos a los agujeros.

Sombrío, con la barba rizada y negra como el azabache, los calzones de paño azul y las botas relucientes, majestuoso, alerta, llegaba el coloso, escondiendo las cejas bajo las rayas del pañuelo que rodeaba su cabeza. Iba junto a la pared, con la mano en su ancha faja que disimulaba el cuchillo de mango negro, oculto en ella hasta la cruz. Pasó rozando la puerta donde le espiaban, se volvió un instante, como si hubiera sentido las tres miradas posadas sobre él y, en el crepúsculo, sus ojos centellearon. Las tres hermanas se estremecieron,

se les cortó el aliento. El hombre pasó lentamente, gravemente y se detuvo ante la puerta verde. Echó una rápida mirada a su alrededor; todo estaba desierto, ni un gato. Salvó en dos pasos la pequeña calle, abrió de un solo empujón la puerta de Nuri Bey y entró.

Las tres hermanas dieron un grito:

—¡Dios mío! —dijo Aglae, haciendo la señal de la cruz—. ¿Habéis visto cómo ha entrado? Como un bandido…

—¿Qué será lo que el bey puede querer del Capetán Miguel? Aquí hay gato encerrado. Te apuesto cualquier cosa a que es para venderle el caballo.

—O Emina… —y las Tres Gracias se pusieron otra vez a cotorrear.

El Capetán Miguel pasó el umbral con el pie derecho y miró a su alrededor con desconfianza. Vió al negro que le esperaba; un antiguo esclavo esquelético que Nuri Bey había heredado de su padre. Todo el día y parte de la noche se lo pasaba acurrucado detrás de la puerta cochera, silencioso, como un perro. Tenía miedo de dormirse porque siempre soñaba que le pegaba su amo. Se despertaba entonces sobresaltado, con los ojos llenos de lágrimas y se arrastraba de nuevo hasta la puerta donde volvía a acurrucarse en su sitio, a la espera del día.

Al ver al Capetán Miguel, trató de levantarse. Se oía el crujir de sus viejos huesos que le hacían daño. El Capetán Miguel le tocó en el hombro con la punta de los dedos y se derrumbó, dejando el paso libre.

Lentamente, el visitante avanzó por entre los grandes tiestos de rosas y claveles de la India. Un limonero estaba en flor en algún sitio y embalsamaba el aire; y la tierra recién regada exhalaba olor a estiércol y a geranio. Al fondo del jardín donde, en la penumbra, brillaba la vieja casa señorial, una perdiz piaba todavía en su jaula. Se oían risas de mujeres que llegaban desde las altas celosías iluminadas.

Con la cabeza baja, el Capetán Miguel respiraba el aire con repugnancia. “¿Qué es lo que pinto yo aquí?, pensaba. ¡Esto huele a turco!”

Se detuvo y miró hacia atrás. Todavía era tiempo. Sólo el negro le había visto. Todavía era tiempo de salir. Charitos a estas horas habría ya ensillado la yegua, podría montarla y correr de arriba abajo la plaza, hasta las Tres Arcadas para calmarse un poco. Pero tuvo vergüenza: “Van a decir que me dió miedo, murmuró. ¡Vamos! ¡Adelante, Capetán Miguel!”

Decidido, avanzó con paso rápido. La puerta principal estaba abierta. Un gran farol encendido, con vidrios rojos y verdes colgaba en lo alto. Nuri Bey, manchado también él de rojo y verde, se apoyaba en el marco de la puerta. Había oído abrirse el portal y reconociendo los

pasos de su invitado salía a recibirle. Elegante, regordete, con el pecho ancho, la cara redonda y los ojos almendrados. Sus espesos bigotes teñidos tenían bajo la luz reflejos azulados. De una belleza pasiva y oriental, recordaba a esos leones con cara de luna que las mujeres turcas tejían en otros tiempos en los ricos tapices persas. Llevaba) calzones de paño azul, una faja roja escarlata y el turbante que sujetaba sus cabellos rizados era inmaculadamente blanco. Se había perfumado las axilas con almizcle y olía a fiera, una fiera irritada por la primavera.

Dió un paso y tendió su mano gorda, de dedos cortos.

—Perdona, Capetán Miguel, que te haya hecho venir a mi casa, pero era necesario, vas a ver por qué.

El Capetán Miguel gruñó y siguió al bey sin decir palabra, hasta la cámara de los hombres. En el umbral vaciló y se detuvo un segundo, desconfiado.

Echó una mirada furtiva al interior. Nadie. La gran lámpara ante el sofá estaba encendida, un enorme brasero de bronce ardía. El aire caliente olía a cáscara de limón. Sobre una mesa redonda, en un rincón, una botella de porcelana de largo cuello, dos vasos y algunos entremeses.

Se instalaron en un pequeño diván, uno junto a otro, el Capetán Miguel junto a una ventana cerrada que daba sobre el jardín. Nuri Bey sacó de su faja una tabaquera de hierro negro, adornada en el centro con una media luna de nácar, la abrió y la ofreció a su amigo. El Capetán Miguel lió un cigarrillo y Nuri Bey le imitó. Fumaron largamente sin hablar. El bey parecía turbado, no sabía por dónde empezar ni cómo expresarse para no enfurecer a su visitante. Bien sabía lo irritable que era y lo que tenía que decirle aquella noche era grave.

—¿Bebemos un raki, Capetán Miguel? —dijo finalmente—. Está hecho con cidra, lo he encargado exprofeso para agradarte.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, Nuri Bey? —dijo el Capetán Miguel poniendo una mano sobre los dos vasos para demostrar que no quería beber.

El bey tosió y se inclinó para aplastar su cigarrillo en la ceniza del brasero. Su cara se cubrió de púrpura.

—Voy a hablarte con toda confianza, Capetán Miguel —dijo—, no te enfades.

Esperaba de aquel griego taciturno una palabra que le diese ánimos, pero fué en vano. Siguió callado. El bey se levantó, fué hasta la puerta, se desabrochó el cuello de la camisa y volvió a sentarse. Bruscamente sus babuchas le resultaron estrechas y se las quitó disimuladamente, apoyando la planta de los pies desnudos sobre el

suelo refrescante. Se volvió a su compañero silencioso; había tomado una decisión. Levantó la mano para alisar sus bigotes, pero la dejó caer por miedo de que el irascible Capetán interpretase mal su ademán.

—Tu hermano Manusakas… —dijo, y suspiró—, tu hermano Manusakas se ha puesto a escarnecer a Turquía. Ha vuelto el otro día a emborracharse, por ser el 25 de marzo[6]. Se ha echado al hombro un burro y lo ha llevado a la mezquita, para que hiciese, decía, sus oraciones. Yo acababa de llegar del pueblo y todos mis correligionarios estaban alborotados; los tuyos cogieron tas armas y temo que ocurra cualquier desgracia. Estás advertido, Capetán Miguel, no vengas luego a quejarte. Yo tenía el deber de prevenirte como tú tenías el de escucharme. Ahora haz lo que Dios te inspire.

—Bebamos —dijo el Capetán Miguel.

El bey llenó los vasos y el perfume de la cidra se esparció en el aire.

—¡A tu salud, Nuri Bey, brindemos!

—Brindemos —respondió tranquilamente el bey, mirándole a los ojos.

Y brindaron. El Capetán Miguel se levantó y apartó el pañuelo de rayas que cubría su frente.

—¿Era eso lo que querías decirme, Nuri Bey? —dijo—. ¿Para esto me hiciste venir?

—Si crees en Dios —dijo el bey, sujetando delicadamente por el cinturón a su visitante— no te vayas. No ha sido más que una chispa, pero puede hacer arder a toda Creta. Manda decir a tu hermano que deje de arrastrarnos por el cieno. Somos del mismo pueblo, de la misma tierra. Siéntate, esto tenemos que arreglarlo.

—Mi hermano es mayor que yo, tiene sesenta años —dijo el Capetán Miguel—. Tiene hijos y nietos, y tiene plomo en la cabeza. Además, es libre de hacer lo que le plazca; yo no tengo por qué meterme en eso.

—Tú eres el jefe del pueblo, a ti te oyen.

—La palabra es una cosa preciosa, Nuri Bey, y no sale fácilmente de mi boca.

El bey se dominó, se mordió los labios. Miró al Capetán que se había levantado y miraba a la puerta, dispuesto a partir. “Es de una raza indomable este infiel, pensó, no es manejable, y tenemos viejas cuentas de familia que ajustar entre los dos. ¿No fué su hermano Kostaros —¡mala peste se lo lleve!— quien degolló a mi padre? Yo entonces era muy joven y he esperado pacientemente para vengarle. Pero no me dió tiempo porque murió en el monasterio de Arcadi el día de la explosión. Su hijo entonces todavía era de teta, y me habría

deshonrado matándole. He esperado a que creciese, pero en cuanto tuvo bigotes se me escurrió entre los dedos, él también. Parece ser que se fué a hacer sus estudios al país de los francos… Pero ¿cuándo volverá? ¡La sangre de mi padre grita!”

Se levantó, fué hasta la puerta y se detuvo. En su pecho, el furor subía y bajaba sin llegar a estallar. Se volvió. Revuelta, hirsuta, la barba del Capetán Miguel brillaba bajo la claridad tranquila de la lámpara. Había hecho juramento de dejarla crecer, decían, hasta que Creta fuese liberada. Los ojos de Nuri Bey chispearon llenos de marrullería: “Que espere, el infiel. Su barba podrá llegarle a las rodillas, llegarle hasta los pies, hundirse en la tierra y echar raíces, pero Creta no conseguirá la libertad. La hemos pagado con nuestra sangre. ¡Y Candía! Veinticinco años hemos luchado al pie de sus murallas venecianas… Ahora la tenemos bien en nuestras garras y no la soltaremos, como ella no nos suelta; ha llegado a ser nuestra propia carne.”

Suspiró, pensando en su padre y en todos los musulmanes matados junto a los fosos de Candía. Entre él y el Capetán Miguel había corrido un río de sangre.

—No resoples como un toro, Nuri Bey —dijo el Capetán Miguel, separándole para llegar a la puerta—, no te sofoques. Lo que me pides es imposible.

Nuri Bey era un hombre fuerte y contuvo su cólera.

—No te vayas así, Capetán Miguel —dijo suavizando su voz—, no te vayas enfadado como si hubiéramos tenido una disputa. Si te he herido en algo, retiro lo que he dicho; yo no he hablado y tú nada has oído. ¿Es que no somos amigos? Te he invitado a beber y a probar unos entremeses. Esto es perdiz que he hecho traer del pueblo. Pensé que podríamos saborearla juntos, recordando los buenos tiempos, Capetán Miguel, cuando éramos chicos y jugábamos juntos.

Cortó un muslo de perdiz y se lo ofreció al Capetán Miguel.

—No, no lo como —dijo éste—, es día de ayuno.

Nuri Bey hizo un gesto de contrariedad.

—Por Alá, si lo hubiera sabido te habría hecho traer caviar negro —dijo.

Llenó los vasos y levantó el suyo:

—A tu salud, Capetán Miguel, me alegro de que hayas aceptado venir a mi casa para que bebamos un vaso de raki. Mira, Capetán Miguel, que mi sangre corra como esto si te quiero mal.

Y diciéndolo, dejó caer algunas gotas de alcohol por el suelo.

El Capetán Miguel se serenó. Volvió a sentarse en el sofá junto a la ventana.

—Yo tampoco te quiero mal, Nuri Bey, pero tenemos que medir

nuestras palabras. Es preferible.

Vació su vaso.

De nuevo se callaron. El bey tenía calor; se levantó y abrió la ventana.

Se oyó, viniendo de los jardines, el gorgoteo fresco y alegre de un pequeño surtidor. El perfume de las rosas y las flores de limonero entró en la habitación. Del gineceo llegaron, además, estallidos de risas. Los dos hombres siguieron callados. Nuri Bey buscaba con esfuerzo un medio de reanudar la conversación. Él Capetán Miguel, escuchando el surtidor y las risas, aspiraba el olor del jardín. La cólera volvió a henchir su corazón. “Risas, perfumes y copeo de raki en compañía de turcos, es esto lo que te corresponde, Creta”, pensó y dió un golpe a la ventana, que se cerró con estrépito.

—Perdona, Capetán Miguel, la abrí sin preguntarte si te incomodaba —dijo Nuri Bey con aire molesto, luego volvió a llenar los vasos.

El Capetán Miguel se volvió y miró al turco. Los dos habían nacido en el mismo pueblo, uno hijo de bey, dueño de todas las tierras fértiles, otro hijo del Capetán Sifakas, raia al que no le quedaban más que piedras.

En aquellos tiempos los cristianos no tenían derecho a andar a caballo. Sifakas no tenía más que un burro y cuando se encontraba con Haniali, verdugo de los cristianos, y padre de este mismo Nuri, el viejo tenía que echar pie a tierra para dejar paso al amo. Pero un día, el Capetán Sifakas traía demasiado buen humor y no bajó de su cabalgadura. Entonces, Haniali levantó el látigo y golpeó la cabeza irreverente, que se cubrió de sangre. El viejo no dijo una palabra, se tragó su rencor y esperó. “¡Cristo no es albanés, pensó, es cristiano ortodoxo y algún día me devolverá mis derechos!” Poco después, la revolución de 1866 estalló y Kostaros, el hijo mayor de Sifakas sorprendió al bey sanguinario fuera de las murallas de Candía y le degolló como a un borrego sobre una piedra, bajo la bóveda del puente de Pendevi. Y he aquí que ahora, el hijo: de Haniali había venido a instalarse en Candía, en la gran casa señorial rodeada de jardines, de surtidores, y de rejas, y todas las noches, en el buen tiempo, recorría los barrios griegos en su caballo, a rienda suelta, sacando chispas de los adoquines.

El Capetán Miguel sacó su tabaquera, lió un cigarrillo, lo puso en sus labios y sus narices se llenaron de humo. No sabía si lo que experimentaba era odio o amor o asco por aquel turco sentado al lado suyo. Hacía mucho tiempo que venía planteándose aquella cuestión sin poder responderse. Cuando ocurría que se encontraban a pie por las calles de Candía, o a caballo por el campo, fuera de la ciudad, a la vista de la linda carita afable de Nuri, el Capetán Miguel sentía

hincharse su corazón y no sabía si lo que quería era matarle o echarse en sus brazos para estrecharle como a un amigo que se encuentra.

Cuando eran niños habían jugado juntos en los patios de las granjas, hacían carreras, se pegaban, pero siempre terminaban por reconciliarse. Un día —ya eran hombres hechos y derechos— se encontraron a caballo justo en el puente de Pendevi, en los alrededores de un pabellón que pertenecía a Nuri, a una hora de Candía. Caminaron largo tiempo a un mismo paso sin hablar, los dos sombríos y muy mal dispuestos el uno hacia el otro. Recientemente había habido matanzas entre turcos y cristianos, Creta volvía a arder, los raías se sublevaban.

Caminaban taciturnos. Las célebres murallas venecianas aparecieron, rojas por el sol poniente. "El perro, pensaba el Capetán Miguel, ¡ya estoy harto de verle pasearse a caballo y bromear con las mujeres en los barrios griegos!" "Ya estoy harto de este infiel, se decía Nuri Bey. Cada vez que se emborracha sale con su caballo y deshonra a Turquía. ¿No me agarró el año pasado por la cintura, me levantó como un odre y me lanzó encima del tejado de su tienda? La gente se amontonó allí, tuvieron que poner una escalera para bajarme. Quiere decir que todos se rieron de mí."

Los carrillos de Nuri Bey se sonrojaron. Loco de rabia se volvió hacia el Capetán Miguel y le gritó:

—Eh, Capetán Miguel. No hay sitio para los dos en Candía. Tú o yo. Te mato o me matas.

—A tus órdenes, mi querido Nuri. ¿Quieres que me apee y que luchemos?

Nuri Bey no respondió. Miró al griego, aquel bravo palikaro, y sus ojos se llenaron de él. "¡Qué hombre, qué aspecto, qué bravura! Jamás una palabra excesiva, jamás un alarde, jamás una riña con un inferior. Y ni ante la muerte se muestra sumiso … Dichoso el que posee tal enemigo."

Al fin dijo:

—No tan pronto, Capetán Miguel, sería una lástima… Retiro lo que he dicho. Ni mi Profeta ni tu Cristo lo querrían. Tú eres un valiente, creo que tanto como yo. Ven, mezclemos nuestra sangre de otro modo.

—¿De otro modo?

—Sí, seamos hermanos de elección.

El Capetán Miguel picó espuelas a su caballo y pasó el primero. Su garganta se oprimió. Durante un momento harto largo estuvo oyendo latir la sangre en las gruesas venas de su cuello. Una extraña emoción se apoderaba de él, tal vez alegría, ante la idea de mezclar su sangre a la de aquel niño mimado de señores y ya no poder matarle. Era necesario exorcizar a la tentación que le ponía el cuchillo en la mano

cada vez que encontraba a Nuri Bey. Aunque turco, este hombre era objeto de orgullo para Candía. No se le podía encontrar un defecto: recto, bueno, generoso, hermoso, un hombre perfecto, ¡qué más! Retuvo por la brida a su yegua y se paró. Nuri Bey acicateó a su vez y alcanzó al Capetán Miguel.

—Vamos —dijo este último sin volverse.

Silenciosos, se dirigieron al pabellón del bey y entraron en el patio. Un criado se presentó y llevó a la cuadra al caballo y la yegua. El bey batió palmas y una vieja sirvienta apareció y se prosternó ante él.

—Degüella un gallo, el grande, el moñudo —ordenó el bey—, saca vino del viejo y prepara dos camas donde pondrás ropas de seda. Vamos a comer y dormir en el pabellón esta noche. ¡Ve a cerrar las puertas!

Se quedaron solos y se sentaron a la turca, uno frente a otro, bajo el viejo olivo hueco, pero todavía fecundo que florecía en medio del patio. Eli sol había ya descendido en el cielo. La estrella de los pastores, sola, juguetona, se aventuraba entre las hojas.

Nuri Bey se levantó y fué a descolgar el cubilete de bronce de la fuente pública donde venían a beber los pasajeros bendiciendo el nombre de Haniali que la hizo construir. Luego volvió a sentarse.

—En nombre del Profeta y de Cristo —dijo— sacando su cuchillo.

El Capetán Miguel remangó la manga derecha de su camiseta, su brazo apareció, bronceado, firme, musculoso. Nuri Bey se inclinó, avanzó la punta del cuchillo y punzó una gruesa vena que latía entre la carne. La sangre saltó, negra, caliente. Nuri Bey acercó el cubilete y recogió como un dedo de ella, luego se quitó el turbante y vendó al herido.

—Ahora tú, Capetán Miguel —dijo.

—En nombre de Cristo y del Profeta —comenzó el Capetán Miguel, y sacando su cuchillo, hizo una incisión en el brazo fresco y redondo del bey que envolvió fuertemente con el pañuelo de su cabeza cuando la sangre hubo corrido.

Colocaron entre los dos el recipiente y, lentamente, silenciosamente, revolvieron la sangre con sus cuchillos.

La noche había avanzado, el humo subía de la chimenea del pabellón, los criados comían en el sótano. Los dos hombres volvieron a su lugar sus cuchillos, después de haberlos limpiado en el pelo.

Luego Nuri Bey tomó el cubilete y lo levantó muy alto. Su voz se oyó grave, solemne como una oración.

—¡Bebo a tu salud, Capetán Miguel, mi hermano de elección![7] Juro en nombre del Profeta no hacerte jamás el menor daño, en palabras ni en actos, ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz. Para mi venganza hay otros muchos griegos; para la tuya hay otros tantos

turcos.

Dijo, llevó el recipiente a sus labios y bebió la sangre mezclada, lentamente, a pequeños sorbos. Bebió la mitad, se limpió los labios y dió el cubilete al Capetán Miguel.

Éste lo tomó con las dos manos.

—¡Bebo a tu salud, Nuri Bey, mi hermano de elección! Juro en nombre de Cristo no hacerte jamás ningún daño, ni en palabras ni en actos, ni en tiempos de guerra ni en tiempo de paz. Para mi venganza hay otros muchos turcos, para la tuya otros tantos griegos. —Luego vació el cubilete de un trago.

El Capetán Miguel abrió la ventana y tiró su cigarrillo que, como una estrellita roja, aterrizó en un tiesto de claveles de la India y se apagó en el estiércol recién regado.

Se levantó. Su cara se había ensombrecido. El bey, alarmado, se levantó también.

—Capetán Miguel —dijo—, no quiero que te vayas de mi casa con ese gesto enfadado. No lo olvides, somos hermanos: hemos mezclado nuestra sangre.

—No lo olvido. Ésa es la razón por la que uno de nosotros dos no está muerto todavía.

Toda la noche famosa pasada en el pabellón, bajo el olivo, cruzó por su memoria como un relámpago. La cena regada por el vino añejo, el sueño profundo entre sábanas de seda.

Tomó la botella de porcelana, llenó su vaso y bebió. Volvió a llenarlo y lo vació de nuevo. Al fin se sintió saciado.

—¿No tienes en casa un bufón? —preguntó—. ¿Un saltimbanqui cualquiera? Llámale para que toque el tamboril, que salte, que cante el amané… me asfixio.

Nuri se puso alegre. La cólera del Capetán Miguel tomaba mejor aspecto: iba a ir cayendo en el raki hasta ahogarse.

Sintió de pronto deseos de colmar de halagos a su hermano de elección, de hacer algo grande, extraordinario, por encima de todo signo de amistad y de amor, que pudiera domar a aquel hombre duro, eternamente enfurruñado, y darle un poco de alegría. Se devanaba los sesos recorriendo la casa, buscando algo que ofrecer a su hermano. Las joyas antiguas guardadas en el cofre, las armas incrustadas de plata, que colgaban de las paredes o los paños y sedas de que desbordaban las arcas. ¿Qué darle? Y de pronto, pensó en el gineceo, su tesoro más precioso, y sonrió. Nuri se volvió a su invitado.

—Esta noche, para honrarte, voy a hacer una cosa que ningún turco ha hecho jamás por nadie, excepto por su hermano.

El Capetán Miguel le miró, pero no dijo nada. Volvió a llenar su

vaso de raki. Nuri se levantó, fué hasta la puertecita que conducía al harén y llamó:

—¡María!

Una vieja negra se precipitó por las escaleras y apareció. Arrugada, desdentada, seca como un garbanzo y con una crucecita de oro al cuello.

—Di a tu ama que coja su mandolina y baje.

Sorprendida, espantada, la negra levantó sus ojos legañosos y le miró.

—¡Andando! —le gritó el bey, despidiéndola con el gesto.

El Capetán Miguel separó el vaso que acababa de llevar a sus labios y se volvió hacia Nuri.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó con cólera.

—Es sólo por complacerte, hermano, tengo confianza en ti.

—No hay placer que dure. ¡Es vergonzoso! Vergonzoso para ti que eres un hombre, vergonzoso para tu mujer que tendrá que mostrarse ante un extranjero, vergonzoso para mí que pondré los ojos en ella.

Nuri pareció vacilar.

—Tengo confianza —repitió. Lamentaba haberlo hecho, pero no quiso retractarse.

Se levantó, puso un almohadón de pluma sobre el sofá y otro apoyado en la pared, para que la hanum estuviese bien cómoda. El Capetán Miguel se levantó también y bajó la! llama de la lámpara. Una suave claridad se extendió por la habitación. Sacó de su faja un pequeño rosario de coral negro y se puso a manosearle nerviosamente, mirando al suelo.

La habitación de arriba resonó, llena de voces femeninas, de gritos, de pasos apresurados, de puertas que abrían y cerraban: se oía también correr una fuente. Luego, se hizo el silencio por largo rato.

El Capetán Miguel levantó los ojos. “¡No vendrá la muy perra!, pensó. Es una circasiana. Como es salvaje no le gusta obedecer. Mejor. Mil veces mejor. ¿Por qué demonios no me marcho? ¡Voy a marcharme!”

Pero en el momento en que iba a levantarse se oyó crujir la escalera. Los escalones gemían uno a uno. Luego, un alegre tintineo de aros y brazaletes. Nuri se precipitó a la puerta y saludó, tocando con la palma de su mano su pecho, sus labios y su frente.

—Bienvenida seas, Emina Hanum —dijo tiernamente— entra… entra…

En la penumbra apareció una joven que iluminó la habitación. La cara redonda, como la de Nuri, menuda, pero llena, con grandes ojos oblicuos, las mejillas, los labios, las pestañas y las cejas pintadas, las uñas y las palmas dadas de alheña. Llevaba en sus brazos, como si

llevase un niño, una pequeña mandolina reluciente.

Avanzó un pie pequeñito, calzado con una sandalia roja, estiró el cuello, vió la sombra masculina junto a la ventana, simuló tener miedo y dió un grito.

—No tengas vergüenza, preciosa mía —dijo Nuri Bey tomándola por el brazo—, es mi hermano, te he hablado de él muchas veces. Es el Capetán Miguel. Tenemos el corazón triste esta noche, vamos, danos el placer de tocar un poco la mandolina y cantar algún aire de tu país para cambiarnos las ideas. Para eso te hemos hecho venir, hermosa.

El Capetán Miguel escuchaba con los ojos fijos en el suelo. Tenía enrollado el rosario en la mano y lo apretaba a punto de romperlo. Había oido hablar mucho de aquella circasiana, de su salvajismo, de sus canciones que, a veces en plena noche, los días de fiesta, atravesaban las espesas celosías y revolvían a todo el barrio.

Turcos y cristianos se amontonaban en las callejuelas oscuras para oírla, mientras que Nuri, tras las rejas de la ventana, con la mano abandonada sobre el seno de Emina, se henchía de orgullo como si tuviese en su mano el globo del mundo.

Una ráfaga de espeso perfume indicó al Capetán Miguel que la hanum se aproximaba al rincón que el bey había preparado para ella. Pasó por delante de él, le echó una ojeada y sus ojos lanzaron centellas. En ese momento él levantaba los suyos y sus miradas se cruzaron, pero se desviaron en seguida, llenas de odio.

La hanum se sentó entre los cojines de pluma con las piernas cruzadas.

—¡Qué oscuro está aquí! —dijo, coqueta. Quería que se la viese.

Nuri se levantó y aumentó la llama de la lámpara. La luz se extendió por la habitación, hizo brillar las mejillas, las manos y las plantas de los pies, teñidas al alheña, de la circasiana.

El Capetán Miguel levantó los ojos y la miró furtivamente.

Los bajó en el acto, pero en su mano dos cuentas del rosario quedaron hechas migas.

—Buenas noches, Capetán Miguel —dijo la hanum, haciendo palpitar las aletas de su nariz.

La voz del hombre salió ronca de su garganta.

—Buenas noches, Emina Hanum. Perdona.

Ella se rió. Allá, en su país, las mujeres luchaban al lado de los hombres, sin velo, a horcajadas sobre el caballo. Allá los hombres se hartaban de mujeres y las mujeres de hombres. Pero a ella la había vendido su padre todavía muy joven a un viejo pachá de Constantinopla, luego, aquel bey cretense la había robado, así que no había tenido tiempo de vivir con los hombres hasta hartarse.

Y ahora, cada vez que se encontraba con un hombre, sus narices se

estremecían como las de una fiera hambrienta. Se pasaba el día detrás de la reja de su ventana, con las piernas cruzadas, viendo pasar a los buenos mozos turcos o cristianos, con los senos hinchados de deseo. Cuando salía a pasear, bien envuelta en su haik[8] de seda, seguida por su vieja nodriza negra, le gustaba pasar por delante de las terrazas de los cafés repletas de hombres, bajar hasta el puerto, con los cargadores y los marineros audaces, o mezclarse, en las puertas de la ciudad, con los campesinos que entraban a Candía, mal afeitados, sucios, apestando a sudor. Las narices de la circasiana se estremecían, aspiraban aquel aire y no llegaban nunca a hartarse de la suciedad de aquellos hombres.

—Por Alá —dijo un día a su vieja nodriza—, te juro, María, que si no oliesen tan mal no me tomaría el trabajo de mirarles.

—¿A quiénes, hija mía?

—A los hombres. ¿Qué hacías tú cuando eras joven?

—Yo, creía en Dios, hija mía —respondió la vieja, suspirando.

Aquella noche las narices de la circasiana se estremecían ante la presencia del Capetán Miguel.

Le miraba en silencio. ¡Cuántas veces el bey le habría hablado, y con admiración, del hombre que ahora estaba ante ella! ¡Cuántas veces había oído elogiar su valor, contar sus borracheras, citar aquella naturaleza salvaje que le impedía dirigir la palabra a las mujeres y hasta oír hablar de ellas! Y ahora, traído por su espeso, estaba, ante ella y hacía que sus narices se estremeciesen, golosas, como si husmeasen el aire que los separaba.

—Emina, preciosa mía —dijo el bey—, te lo ruego, cántanos un aire de tu país; vamos a procurar olvidar los sufrimientos de este mundo. Nosotros somos hombres… ten piedad de nosotros.

La hanum dejó oír algo como el chillido de una perdiz, luego, puso la mandolina sobre sus rodillas, punteó algunas cuerdas que produjeron un acorde salvaje y estiró el cuello.

—¿Qué vas a cantarnos, preciosa? —preguntó el bey, visiblemente feliz.

—Lo que yo quiera.

La mandolina empezó a vibrar. Y de pronto, de la garganta ligeramente inclinada, surgió la voz de la mujer, como un chorro de agua brota de las entrañas de la tierra. La casa tembló, luego se abismó. El Capetán Miguel creyó oír un crujido dentro de su cabeza. Era como una batalla, un asalto, una inmensa alegría en sus manos, su garganta, sus riñones. Las montañas se abatían, la llanura se coloreaba con el rojo de los ejércitos turcos y el Capetán Miguel, montando el negro corcel del bey, arremetía contra ellos. Detrás de él venían los cretenses a millares, con sus oscuros pañuelos en la cabeza. Al frente,

nadie. Las aldeas ardían, los minaretes derribados por el hacha, caían como cipreses; la sangre corría y subía hasta las rodillas del caballo, hasta su vientre mismo. Miraba en tomo suyo. Aquello ya no era Creta ni las murallas de Candía, ni el mar, ni las casas habituales. No era en la mezquita sino en la iglesia de Santa Sofía donde acababa de penetrar a horcajadas en el caballo del bey. Echó pie a tierra, se santiguó y levantó los ojos a lo alto hasta la cúpula suspendida del cielo. Las campanas habían salido de su tumba, Murtzuflos, el viejo macero de San Minas, un Murtzuflos de cuarenta varas, las hacía sonar colgado de sus badajos, resonando, gimiendo y danzando con ellas.

El Capetán Miguel se apretó las sienes con las dos manos. Y de pronto el mundo se detuvo de nuevo, Creta reapareció con Candía, la casa señorial y el bey que contemplaba a Emina, suspirando, con el vaso en la mano… El pensamiento del Capetán Miguel plegó las alas y volvió a su prisión. La voz de la circasiana había callado.

Durante un largo rato nadie habló. Al fin, Emina, cambió de postura, acarició la mandolina todavía sobre sus rodillas y dijo:

—Es una vieja canción circasiana. Los hombres la cantan sobre sus caballos cuando van a luchar.

Nuri se levantó. Sus rodillas temblaban ligeramente. Se aproximó/ a su mujer y, levantando el vaso:

—A tu salud, Emina mía —dijo—. He oído nombrar tres cosas al muecín, tres cosas queridas del Profeta —que Dios le otorgue su gracia —: los perfumes, las mujeres y las canciones. Tú, Emina mía, eres esas tres cosas a la vez. ¡Que Alá te conceda mil años de vida, mil años y hasta dos mil!

Vació su vaso de un solo trago, chascó la lengua y se volvió hacia el Capetán Miguel.

—Bebe, hermano mío. ¡A tu salud también! —dijo, llenándole el vaso.

Pero el Capetán Miguel metió dos dedos en el vaso, que rebosó y los separó violentamente; el cristal crepitó y se partió en dos, dejando que el raki se esparciese por la mesa.

—¡Basta! —rugió, con voz estrangulada y ojos sombríos.

Emina dió un grito. Casi de pie sobre el diván, con los ojos desorbitados miraba al Capetán Miguel. Jamás en su vida había visto una fuerza semejante en una mano de hombre. Se volvió hacia su marido con aire de desafío.

—¿Tú podrías hacer eso, Nuri Bey? —preguntó anhelante—. ¿Tú podrías hacerlo?

Nuri se puso pálido. Todo su vigor se concentró en su puño, hizo ademán de meter los dedos en el otro vaso, pero le faltó valor y renunció. Le inundó un sudor frío. Avergonzado de sí mismo, echó

una mirada sombría y feroz sobre el Capetán Miguel. “¡Me ha puesto en ridículo ante mi mujer!, pensó. ¡Esto es demasiado!” Cogió a Emina por el brazo y la sacudió furioso.

—¡Sube a tu cuarto! —gritó.

—¿Puedes? —repitió ella con las mejillas echando fuego—. ¿Puedes?

—¡Sube a tu cuarto! —ordenó el bey por segunda vez, luego apoderándose de la mandolina la rompió en mil pedazos contra la pared.

La circasiana soltó una risita despectiva.

—¡Romper una mandolina sí que puedes, Nuri! Verdaderamente puedes.

Se levantó del diván y pasó por delante del Capetán Miguel, rozándole; su vestido tocó la mano del hombre. El aire se llenó otra vez de perfume almizclado. El Capetán sintió arder su mano.

Reidora, provocativa, obstinada, dió una vuelta alrededor de Nuri, luego dos mirándole con aire burlón y, bruscamente se deslizó por la escalera y desapareció.

Los dos hombres quedaron solos, de pie, en medio de la habitación, cara a cara. El bey manoseaba su bigote y su pecho alentaba, conturbado. Inmóvil, siniestro, el Capetán Miguel se mordía los labios y miraba al bey. Los dos tenían una mano en el puñal que asomaba de sus fajas.

Al fin, Nuri entreabrió sus labios amargos:

—Capetán Miguel, vete —dijo, sibilante.

—Me iré cuando quiera, Nuri Bey —respondió el otro—. Coge el vaso y échame de beber.

El bey apretó el mango de su puñal: echó una ojeada rápida a la lámpara con ganas de precipitarse a apagarla; así se batí— rían en la oscuridad y peor para el vencido. El tiempo de un relámpago tanteó su idea, indeciso.

—Coge el otro vaso y échame de beber —repitió serenamente el Capetán Miguel—. Si no, no me voy.

Nuri se volvió hacia la mesa y dió un paso. Sus piernas eran del plomo, sudaba. La botella pesaba en su mano temblorosa: el vaso desbordó y el raki se esparció sobre los restos de perdiz.

—Bebe —dijo, señalando el vaso.

—Dámelo en la mano —dijo el Capetán Miguel.

El bey gimió sordamente, cogió el vaso y lo encajó en la mano del Capetán Miguel.

Grave, sombrío, éste dijo:

—A tu salud, Nuri Bey. Voy a responder a tu deseo y a invitar a mi hermano a no ofender más a Turquía.

Luego, mojó el borde de sus labios en el raki, se apretó el pañuelo alrededor de la cabeza y salió.

El farol arrojaba rayas de luz rojas y verdes en el jardín ahora oscuro. El Capetán Miguel se dirigió lentamente hacia la puerta, sin mirar atrás.

Era enteramente de noche. En Candía la comida nocturna había terminado, la gente tenía frío y sueño. Las ventanas se cerraban una por una, era la hora de hacer la plegaria e irse a acostar. Algunos retrasados deambulaban todavía por las calles, algunos enamorados erraban bajo las ventanas cerradas de sus bellas, se oían saliendo de algún piso bajo, murmullos de conversación.

De pie, detrás de la puerta las Tres Gracias tiritaban. El Capetán Miguel todavía no había salido. Llegada la noche, vino su hermano, poco hablador como siempre y sin ánimo. Ellas pusieron la mesa, cambiaron unas cuantas palabras: "¿Qué haremos mañana de comida? Ya no hay ni carbón ni aceite ni petróleo. Aristotelis debería ocuparse de todo eso." Luego volvieron a charlar quitando la mesa. Prepararon su manzanilla nocturna, para la digestión, se pusieron sus camisones e hicieron su oración. Pero sus pensamientos no se apartaban de la puerta verde.

El Capetán Miguel tomó el camina más largo para volver a su casa. Esa noche no soportaría quedar encerrado entre cuatro paredes. Su corazón agigantado henchía su pecho y no podía quedarse quieto dentro de su cuerpo. De pronto Candía le pareció demasiado pequeña, incapaz de contenerle. Caminó durante mucho tiempo. Las casas, las calles, los hombres le ahogaban. Avanzaba a grandes zancadas, con los dientes apretados como si le persiguiesen. Llegó a la calle Grande, desierta. Algunos faroles de petróleo, dejaban caer su luz ahumada y rojiza sobre el pavimento. Más allá del mercado, una rotisería turca, un café, dos o tres tabernas estaban todavía abiertas. Alguien le llamó. Creyendo reconocer la voz del Capetán Polyxinguis, apresuró el paso para evitarle. Llegó a la puerta del pachá, ante la fuente de mármol, ornada de leones venecianos, levantó los ojos y distinguió el gran plátano maldito, se acercó y, aprovechando la soledad, hizo el signo de la cruz.

—Que Dios bendiga vuestros restos —murmuró.

Generaciones y generaciones de cristianos rebeldes habían sido colgados por los pachás de aquel plátano. En verano como en invierno había cuerdas colgando de las ramas más gruesas del árbol, con un nudo corredizo preparado de antemano.

—¡Por mi fe cristiana, lo juro, una noche me levantaré, cogeré un hacha y te derribaré, plátano maldito! —murmuró mirando al viejo árbol, con cólera, como si se tratase de un turco.

Volvió a ponerse en marcha, se aventuró por una estrecha y

sombría callejuela que conducía a los Tres Arcos, la gran plaza de Candía. No había nadie. Se desabrochó el cuello de la camisa que le ahogaba y respiró profundamente. Allá, hacia el norte, el mar espejeaba, gimiente. Alrededor, las montañas trazaban en el espacio sus contornos gris azulado. En lo alto del cielo las estrellas ardían. Iba y venía rápidamente espumeante como un caballo. Alcanzó el foso que rodeaba la ciudadela. Enfrente, en una colina aislada se destacaban algunas casas bajas. Era Meskinia, la aldea de los leprosos. Más abajo, sobre el nivel del mar, otra colina, las Siete Hachas. Hacía ya más de doscientos años que los turcos surgiendo de detrás de esta eminencia se habían arrojado sobre Candía y la habían conquistado. Y siete de sus hachas habían quedado clavadas en la tierra. Mar adentro, flotaba vaporosa, emergiendo como una tortuga, Dia, la isla desierta.

Oyó detrás de sí voces de mujeres y un ligero susurro de seda. Un viejo turco apareció, encorvado, con un gran farol en la mano. Detrás de él dos hanums, envueltas en velos negros, con sus sombrillas abiertas, charlaban y reían suavemente. La noche se impregnó de su perfume de almizcle.

El Capetán Miguel se sobresaltó.

"¡Todos los diablos vienen pisándome los talones, gruñó y volvió la cabeza hacia el mar por no ver a las mujeres, todos los diablos, pero no se quedarán conmigo!"

Tuvo de pronto ganas de volver a su casa. Pero no quería ver a nadie. Su mujer y su hija oirían sus pasos desde lejos, entonces él tosería y ellas se irían a esconder. Daría un golpe en la puerta para abrirla y detrás no habría nadie. Ni mujer, ni chicos, ni perro. ¡Estaría solo! Entonces tal vez pudiese tomar una decisión.

Su mujer, Katerina, y su hija Rinio, inclinadas bajo la lámpara, le esperaban. Detrás de ellas estaba el lugar donde el Capetán Miguel tenía costumbre de sentarse —él y nadie más—, un diván estrecho, a lo largo del muro, junto a la ventana que daba sobre el patio. Hasta cuando el amo estaba ausente, una pesada sombra quedaba allí, tanto que ni la mujer ni la hija se atrevían a acercarse demasiado. Hubieran tenido la impresión de que tocaban su cuerpo y esto las obligaría a retroceder, estremecidas.

La madre hacía punto de aguja y la luz de la lámpara caía oblicuamente sobre sus cabellos castaños, bien lisos, sobre sus cejas arqueadas, sus mejillas firmes, iluminando apenas la boca de pliegue amargo y la mandíbula ancha, enérgica. Una extraña dulzura emanaba de esta mujer, dulzura, fuerza y obstinación. De muchacha, había sido esbelta como un ciprés, bien hecha, una verdadera hija de palikaro. Su padre, el Capetán Thrassivulos Ruvas no había tenido hijo varón y Katerina había adoptado el aire de un muchacho. Luego, al casarse, había caído en las garras de un león. Los primeros años le había hecho

frente, pero poco a poco había ido sometiéndose. ¿Quién podía medirse con un Capetán Miguel? La fuerza y la obstinación se habían atrofiado en ella, dejando el lugar a la dulzura. Hacía punto sin parar y soñaba. Toda su vida se desenvolvía ante ella, corriendo y huyendo como el agua… De' cuando en cuando levantaba los ojos y miraba. En tomo a ella, altos, alineados en las cuatro paredes y enmarcados en negro, estaban los retratos de todos los héroes de la revolución de 1821[9], verdaderos tigres, aquéllos. En el centro, delante de uno de los cuadros ardía una pequeña lamparilla de plata…

Madama Katerina movía la cabeza, silenciosa. Tanto en casa de su padre como en la de su marido, su vida había transcurrido entre armas. Durante la sublevación de 1870, antes de su matrimonio, se había batido como los hombres, con cartuchera y fusil, para impedir que los turcos invadiesen su aldea. Todavía pequeña, en compañía de otros chicos, durante una insurrección, había enrollado cartuchos en las hojas de los viejos libros que los monjes traían de su convento. Madama Katerina conocía bien el olor de la pólvora y le gustaba. El Capetán Miguel era un marido bueno y justo, a ella le era grato, pero esta vida era dura para una mujer y de cuando en cuando llegaba a quejarse, a escondidas.

Abandonó su labor y levantó nuevamente los ojos. Sobre el sofá había colgada una gran litografía vieja: “Sansón arrastrado y escarnecido por los filisteos.” Se veía en el centro al soberbio gigante, con los pies y las manos atados con cuerdas, correas y cadenas; delante y detrás de él, hombres furiosos le empujaban o tiraban de él, otros le excitaban con púas, burlándose. En lo alto de una torre, detrás de la reja de una ventanita, se veía a una mujer provocativa y maliciosa, con el pecho desnudo, riendo a carcajadas. Era Dalila.

Madama Katerina recorrió la habitación con los ojos como si viese todas aquellas cosas por primera vez. Suspiró, luego volvió a inclinarse sobre su labor, taciturna.

Su hija, una adolescente de alrededor de quince años, robusta y bien hecha, con una ancha mandíbula voluntariosa como la suya y cejas espesas, como las de su padre, dejó el encaje que estaba haciendo, levantó los ojos y acarició al gato de aspecto salvaje que estaba enroscado a sus pies.

—¿Por qué suspiras, mamá? —preguntó—. ¿En qué pensabas?

—¿En qué quieres que piense? —respondió la madre—. En mi vida. Y en ti, infortunada, que has caído en las garras de un león. Pienso en tu hermanita pequeña, a quien tengo que dar narcóticos para que duerma y no llore. Cuando llora, tu padre se pone loco de cólera. No puede soportar más que a Thrassaki, porque se le parece.

Levantó los ojos al techo y escuchó.

—Duerme, el pobre —dijo—. Al fin se ha calmado. Y poco después:

—Es su padre, en pintura. ¿Has visto cómo se enfada? ¿Cómo frunce las cejas? ¿Cómo pega a sus amigos y cómo mira a las mujeres, con cara feroz?

Rinio no respondió. Temía a su padre, pero le amaba y le admiraba. Todo lo que él hacía estaba bien hecho y si ella hubiera sido hombre habría obrado en todo como él. No habría tolerado más que la presencia del hijo; las chicas habrían tenido que ir a esconderse cuando el padre entrase en la casa. Desde la edad de doce años, cuando había empezado a tener pechos, su padre le había prohibido aparecer ante él. Hacía tres años que no le veía. Mientras él estaba en casa, ella permanecía encerrada en la cocina o en su cuarto. De lejos, reconocía sus pasos y corría a esconderse. El gato también reconocía al amo y la precedía, con el rabo entre las piernas. Ella encontraba todo aquello justo y daba la razón a su padre. Rinio no podía explicar por qué, pero estaba segura de que su padre tenía razón.

Madama Katerina pensaba igual sin poder confesárselo. Ella también habría obrado del mismo modo que su marido y que su padre, el Capetán Ruvas. ¿Cuánto tiempo había estado éste sin verla? Debía tener por entonces veinte años, era todavía doncella, cuando una noche los soldados turcos habían venido a cercar la casa del viejo Capetán. Él mató todos los que pudo, pero eran numerosos… Por fin, le capturaron, le bajaron al patio y se preparaban a llevarlo a Candía ante el pachá. Entonces fué cuando Katerina, que acudió junto con su madre, le vió. Sus vestiduras estaban desgarradas, su sangre corría. Al partir, había levantado la mano y había gritado: “Adiós, mujeres, no os preocupéis. ¡Adiós! Mandad decir misas por mí; muero por la libertad, no lloréis. Cásate Katerina, haz un machito y llámale Thrassivulos, como yo!”

Le llevaron a Candía y le sentaron a la puerta del pachá, bajo el gran plátano. Un barbero turco vino con sus navajas y le desolló vivo. Luego, Mustafá Pachá, el perro, se mandó hacer una petaca con su piel.

Todas esas cosas repasaba la mente de madama Katerina aquella noche. Sin embargo también había pasado algunos buenos tiempos con el Capetán Miguel, no tenía de qué quejarse. Era un hombre honesto, considerado, serio. No miraba a las otras mujeres, no jugaba a las cartas, y no era avaro. No se emborrachaba más que dos veces al año, por expansionarse; es lo normal en un hombre. Los hay que hacen cosas peores. Pero hacía un año que la vida se iba haciendo cada vez más dura para madama Katerina. El Capetán Miguel no quería oír hablar de la hijita que les había nacido el año anterior, por aquella época. “¡No quiero ni verla ni oírla!”, gritaba todas las mañanas cuando abría la puerta para ir a su almacén. “¿De dónde ha sacado esos ojos azules?”

Nadie en la familia tenía los ojos azules, más que aquel rorro. ¿Dónde diablos había podido encontrarlos? Era como si algo sucio hubiese entrado en su hogar, como si su sangre se hubiese infectado. Eso, el Capetán Miguel no podía admitirlo.

La desdichada madre tragaba sus lágrimas y callaba. ¿Qué podía ella decir a su marido? Se armaba de paciencia y rezaba ante el gran icono familiar, el arcángel san Miguel con alas de oro, con espada ondulante como una llama, que tenía en su mano un alma recién nacida, temblorosa y fajada como un niño… Le suplicaba —¿no era él el guardián de su casa?— que hablase a su marido, que se le apareciese en sueños una noche, que le riñese y ablandase un poco su corazón.

Durante el día, el Capetán Miguel estaba en el almacén donde Charitos, el encargado, le llevaba el almuerzo. La madre dejaba entonces gritar a la pequeña, meciéndola en su falda. Pero cuando llegaba la tarde le daba un somnífero para que durmiese hasta el otro día.

Se oyó a Thrassaki gritar en sueños, en el cuarto de arriba. La madre sonrió.

—El pobre —dijo—, no reposa ni cuando duerme. Sueña siempre que lucha, que persigue, que manda un ejército, que mata turcos… Cuando sea grande, hará todo lo que ahora sueña. Como su padre y su abuelo… Dios mío, el martirio de Creta no parece terminar…

Se callaron. Rinio miró la noche a través de los cristales. El viento del norte soplaba todavía; una persiana rechinó; se oyó el murmullo monótono de una madre meciendo a su hijo en una casa lejana. Rinio cerró los ojos. Oía la canción de cuna v sus senos se estremecían.

—Tarda mucho esta noche… —dijo al cabo de un rato, para cambiar el curso de sus ideas.

—Parece ser que Nuri le mandó llamar… ¿Qué podrá quererle, ese perro?

Rinio se echó a reír.

—¡Mi padre va a volver a cogerle por la cintura y a echarle encima de un tejado! —dijo con orgullo.

La madre movió la cabeza.

—Sí, pero luego, el otro va a asesinar a diez cristianos para vengarse. Esto no tiene fin, te digo, ¡las desdichas de Creta nó tienen fin!

—¡Mientras viva mi padre, no tengo miedo!

—Yo decía lo mismo de mi padre. Pero una noche…

Se calló. Compadre —era el nombre del gato— saltó a la falda de Rinio, con las orejas tiesas en dirección a la puerta. Las dos mujeres escucharon. Rinio recogió apresuradamente sus hilos, su encaje, sus

tijeras. El gato había ya desaparecido en la cocina.

—Llega —dijo la muchacha. Una tos seca se dejó oír del otro lado de la puerta. Ahí está…

La madre se levantó.

—Voy a calentar la comida —dijo—. No quiere ver a nadie esta noche, por eso ha tosido.

La puerta fué sacudida y se abrió. El Capetán Miguel entró y echó los cerrojos con calma. Atravesó el patio, entró en la casa y miró a su alrededor. No había nadie. Se arrancó el pañuelo de la cabeza, se quitó el chaleco bordado; estaba empapado de sudor. Fué a sentarse en su sitio habitual en el diván, junto a la ventana que daba a un pequeño jardín. Sacó el pañuelo de su faja, enjugó su frente, su cuello, su pecho y abrió la ventana para respirar mejor.

En la cocina, las dos mujeres encendían fuego y calentaban la comida. Él las oía. Le pareció un momento oír al rorro; tuvo un movimiento de cólera. Puso el oído: nada, silencio. Lió un cigarrillo y lo encendió con la yesca. Pero tenía la boca amarga y tiró el cigarrillo por la ventana.

Madama Katerina apareció con una bandeja. Se disponía a dejarla sobre la mesa.

—No tengo hambre, llévatelo —dijo el Capetán Miguel sin levantar la cabeza.

Sin decir palabra, la mujer cogió la bandeja y desapareció. Un silencio profundo envolvió la casa. El Capetán Miguel se levantó, volvió a ponerse el chaleco, ató el pañuelo alrededor de su cabeza y se dirigió á la puerta. Se detuvo, vacilante, y echó una mirada a su alrededor. En las paredes brillaban los retratos de los héroes de la revolución, con sus armas, sus cartuchos, sus pistolas, sus bigotes retorcidos como cuerdas y sus cabelleras cayéndoles sobre dos hombros.

El Capetán Miguel se olvidó a sí mismo pon un largo rato. Les contempló, les saludó uno tras otro. No conocía bien ni su historia ni sus hazañas, ignoraba dónde habían combatido y lo qué eran: ¿sumeliotas, moreítas, insulares, cretenses? Le importaba poco, por otra parte. Una sola cosa contaba para él: todos aquellos hombres se habían batido con los turcos y eso bastaba. Lo demás, quedaba para los maestros. Ante uno de aquellos retratos ardía una lamparilla, noche y día, como delante de un icono. Cuando preguntaban por qué al dueño de la casa: “Es san Karaiskakis”[10] respondía secamente. Y hablaba de otra cosa.

Karaiskakis mandaba el cuerpo franco al que su abuelo, Miguel el Loco había pertenecido. Una noche en que los griegos se habían atrincherado en el Phalero cerca de Atenas y los turcos habían alzado

sus tiendas frente por frente, Miguel el Loco se había emborrachado. Eli jefe había dado orden de no aventurarse fuera de las fortificaciones antes de la mañana, en la que se recibirían refuerzos a primera hora. Los cristianos eran pocos y los turcos se contaban por millares. Pero Miguel el Loco y algunos otros cretenses habían bebido y, en su borrachera, salieron de las trincheras para atacar a los turcos. La batalla se desató antes de la hora prevista y así fué como murió Karaiskakis.

"Tuvo la culpa mi abuelo… sí, él tuvo la culpa…", murmuró el Capetán Miguel. "Peor para él. A mi padre también le mataron y a todos nos matarán."

Salió al patio. Los pozos, la parra que cubría el brocal y la cisterna próxima con los tiestos de flores, todo le oprimía. Entró en la cuadra. La yegua blanca relucía en la penumbra. Enderezó las orejas, se volvió, vió al amo y lanzó un relincho alegre. El Capetán Miguel se acercó. Acarició al animal con su ancha mano, paseándola largamente por el cuello, el vientre y la grupa… Un ser cálido, afectuoso, siempre dispuesto a obedecer. No le había decepcionado nunca; siempre permanecería a su lado hasta el fin, como su propio cuerpo.

Su mano quedó largo rato hundida en las rudas crines grises. Sentía el calor del animal penetrar en él profundamente y unirse a su propio calor, el hombre y el animal eran uno solo. Le pareció de pronto que de su nuca maciza brotaban crines, que su vigor se decuplaba, se sentía capaz de saltar por encima de la casa, por encima de las murallas de Candía y de lanzarse, relinchando, por la rica llanura, hacia la morada de Nuri Bey.

Una fuerza subía de la tierra, del cuerpo tibio de la yegua, alcanzando a los talones del hombre, trepando hasta sus rodillas, sus muslos, sus riñones, hinchando su pecho hasta hacerle estallar. Era una fuerza salida de la tierra y de la bestia, una fuerza salvaje. Dió un salto y cruzó el umbral.

—¡Charitos! —llamó.

Salió su mujer.

—Duerme —dijo.

—¡Llámale!

Lió un cigarrillo, de pie, esperando. Ya no tenía aquel gusto amargo en la boca. Miró el humo denso que se escapaba de sus narices; tranquilo, esperaba.

Charitos apareció, mal despierto, frotándose los ojos, con el pelo revuelto, despechugado y descalzo.

Era un muchachito de poco más o menos doce años, hijo de su hermano Fanurios, el pastor. Acababa de llegar de su aldea. Su padre le había enviado a Candía para que recibiese instrucción, pero el

Capetán Miguel tenía horror a la instrucción. “¿Quieren que haga de ti un gomoso?, decía. ¿O 'un maestro? ¿No ves en qué estado está tu tío Palomino y cómo se burlan de él todos sus alumnos? Vas a estropearte los ojos, desgraciado, tendrás que acabar llevando anteojos. Quédate en mi tienda; cuando seas grande y tengas la cabeza sólida, yo te daré dinero y te establecerás por tu cuenta.” Lo mismo le había repetido a Fanurios. “Haz lo que quieras, le había dicho éste, adelante, puedes pegarle, eso hará de él un hombre.”

El Capetán Miguel agarró al muchacho por la nuca y le sacudió para despertarle.

—Ve a la cisterna y lávate —le dijo—, eso te despertará. Luego vienes: te necesito.

Charitos salió al patio, sacó agua del pozo, se lavó, peinó con las uñas sus pelos revueltos. Luego fué a buscar a su tío.

—Ya estoy despierto —dijo.

El Capetán Miguel puso la mano en el hombro del pequeño.

—Vas a ir a llamar a la puerta de las cinco casas que tú sabes. Coges una piedra y pegas hasta que abran. ¿Has comprendido?

—He comprendido.

—En casa de Ventusos, en casa de Mistigri, en la de Kayambis, en la de Bertoldo y en la mezquita donde vive Effendín.

—¿Effendín Bosta?

—Effendín Bosta. Y vas a decirles: “Mi tío el Capetán Miguel os envía sus saludos.” Mañana es sábado… Entonces que vengan el domingo a casa, muy temprano. ¿Has comprendido?

—He comprendido.

—Bueno, ve.

Llamó a su mujer.

—Mata tres gallinas, prepara entremeses, haz pan y pasteles. Arregla la bodega con la mesa baja, los bancos y los vasos.

La mujer se disponía a decirle: “Estamos en Cuaresma, ¿no temes a Dios?”, pero él levantó la mano y quedó muda. Entró en la casa suspirando.

—Ya estamos otra vez de fiesta, pobre de mí —dijo a Rinio que estaba lavando la vajilla, de pie ante el fregadero—. Hay que matar tres gallinas y arreglar la bodega.

Crujió la escalera. El Capetán Miguel subía a acostarse.

—¿Qué le ocurrirá? Los seis meses reglamentarios no han pasado todavía —dijo Rinio. Y en su pecho su corazón saltaba de alegría. Adoraba la animación de la casa cuando los entremeses circulaban y los hombres bebían en la bodega.

—Está de malas —murmuró la madre—. El demonio ha vuelto a agarrarle.

Se santiguó: “¡Perdón, Señor, estoy a punto de blasfemar, pero ya no puedo más! ¡Ya no respeta ni siquiera la Cuaresma, ya no tiene temor de Dios!”

Pensó con indignación en el arcángel san Miguel. “¡Y sin embargo yo le he hecho genuflexiones, plegarias! ¡No sé cuánto aceite y cuántos cirios he quemado en su altar! ¡Sin resultado, puesto que parece que los dos estuviesen de acuerdo!”

—¡Ah, si yo fuese hombre —murmuraba Rinio—, haría lo mismo que él! Tendría cinco o seis bufones y los días de mal humor me los llevaría a la bodega para emborracharlos, hacerles cantar, bailar y tocar la lira. Bastante para ponerme a tono. ¡Ser hombre no es más que eso!

II

Era aquella una noche pesada en Candía, el aire estaba cargado de una humedad primaveral. Un poco antes de la medianoche, sucediendo al cierzo mordiente que venía del norte, se levantó un viento caliente y húmedo,', que hizo subir la savia en los árboles. Partiendo del África del norte, atravesaba el mar de Libia, rozaba la llanura de Mesara hasta Santa Bárbara, saltaba las murallas de la ciudad, se colaba bajo las puertas y las ventanas, se arrojaba sobre las mujeres como un hombre, sobre los hombres como una mujer y a todo el mundo impedía dormir. A paso de lobo, artero, en una sola noche, abril se adueñaba de Creta.

Presa de una excitación indecente, por muy viejo y engurrumido que estuviese, el pachá de Candía se despertó sobresaltado. Tocó palmas llamando a su negro Solimán.

—Abre la ventana, Solimán mío —le dijo—, me ahogo… ¡Qué calor! ¿Qué viento es ése?

—Viene del África, mi amo. Es caliente, pero no es malo, no tengas miedo. Los cretenses lo llamamos la brisa de los pepinos, porque hace crecer los pepinos.

—¡La brisa de los pepinos! Y sin embargo es cierto, el maldito. Llámame a la esclava Fatuma, me apetece. Y tráeme un cántaro de agua y mi abanico para echarme un poco de aire… ¡Diablos! ¡Esta Creta me matará!

El metropolitano mismo, a pesar de sus ochenta años, su larga barba blanca y su espíritu timorato, se inflamó aquella noche. Tiró las sábanas, se levantó y fué a acodarse en la ventana episcopal para respirar un poco de aire fresco. Todo era calma, las casas dormían en la sombra. En el patio del arzobispado, el viejo limonero había florecido, el mundo entero estaba embalsamado y en el firmamento ardían innumerables lamparillas ante el trono de Dios… No sin angustia, el metropolitano se sumergió en aquel cielo estrellado; por un instante su enorme cuerpo quedó suspendido en el aire de la noche, en el profundo silencio de Dios, luego volvió a bajar a la tierra y se encontró acodado en su ventana y aplacado. Se santiguó y la

cálida brisa primaveral fué exorcizada; su cuerpo estaba ahora ligero y fresco. Fué a extenderse puro, en su catre, en los brazos del Señor.

El Capetán Miguel separó con rabia las sábanas y se sentó sobre el colchón. Debía ser la medianoche pasada. Cogió el cántaro que se encontraba cerca, aplicó sus labios al' gollete y bebió dos o tres grandes sorbos para despertarse y espantar el sueño indecente que le había torturado toda la noche. Pero parecía que tuviese tentáculos, se pegaba a él como una mujer y no quería dejarle. “¡Maldigo a los sueños, gruñó, los maldigo! Son ellos los que abren la puerta a los demonios.”

Dió un salto, bajó la escalera con los pies descalzos, salió al patio, sacó agua del pozo y hundió la cabeza en el cubo para apagar el fuego que la abrasaba. Pero un gusto dulzón llenaba aún su boca, y entre sus cejas permanecía el pliegue de la cólera. Volvió a subir, se sentó en el colchón, abrió la ventana. Fuera estaba oscuro. Escuchó. Candía estaba hundida en el sueño, no se la oía respirar. Un vientecillo caprichoso que olía a tierra y a agua pasó entre las hojas de la parra, abajo en el patio, y las hizo susurrar.

El Capetán Miguel apoyó la espalda en la pared y se puso a fumar. No quería dejarse volver a atrapar por aquel sueño taimado … No tenía ninguna confianza en él. Fumaba y miraba sobre el iconostasio la imagen del arcángel san Miguel, patrón de su linaje, el Miguel el Loco del cielo, con su carcaj al hombro. A su derecha, sobre el icono, suspendidas en cruz, brillaban las pistolas de plata del antepasado. A su izquierda, inmaculadas, las coronas de su boda, flores de azahar de cera. Se oyó un suspiro que venía del cuarto de al lado donde dormía madama Katerina. Arriba, en el sobrado, un ratón dió un grito agudo y de súbito, sin ruido, furtivo, el gato bajaba la escalera. Luego un gran silencio y la casa volvió a hundirse en el sueño.

El Capetán Miguel fumaba. Ni la cólera ni la vergüenza se habían borrado de su frente. Con la mirada fija más allá de la ventana, inquieto, esperaba el día.

Pero el día no llegaba tan pronto. La noche todavía era profunda, la brisa picara seguía soplando y se infiltraba hasta en las casas. Pasaba hasta sobre el lecho virginal donde, una junto a otra, tranquilas en sus camisones blancos, con las manos juntas, dormían las Tres Gracias. De cuando en cuando, Aglae abría sus brazos marchitos, que ignoraban las caricias, y cloqueaba en su sueño como si le hiciesen cosquillas. Pero rápidamente recobraba la sensatez y se quedaba quieta. La gran alcoba, sumamente limpia, con los tres baúles cubiertos con paños bordados donde apilaban las piezas para su ajuar, olía a membrillo podrido.

Era más de medianoche. El hermano del Capetán Miguel, Palomino, estaba sentado ante su pequeña mesa. Con los hombros cubiertos como si siguiese soplando el viento de marzo, inclinado sobre un grueso libro, estudiaba, lleno de admiración, la historia de la Revolución. ¡Qué luchas fratricidas! ¡Qué saqueos, qué traiciones! Y al mismo tiempo ¡qué hazañas, qué valor, qué amor a la libertad! De cuando en cuando Palomino se quitaba los anteojos y los limpiaba, acusándolos de turbar su lectura. Las horas transcurrían, los vientos se sucedían, el reinado de abril comenzaba y, mientras que metropolitano y pachá estaban alterados, Palomino con la espalda curvada, tiritaba y limpiaba sus anteojos.

Aparte de Palomino y las Tres Gracias, todos los candiotas se estremecían bajo el viento tibio de aquella noche. Las mujeres que dormían tiraban las sábanas y no sabían lo que les pasaba: se ahogaban. En sus sueños, las esposas extendían los brazos buscando a sus maridos, y más que ninguna, Garufalia. en su pobre casita, recién blanqueada junto al puerto. Y con mucha razón ya que el domingo anterior se había casado con Kayambis el cargador, un sólido jayán. Thrassaki había sido su testigo. Los primeros días no querían separarse un momento: Garufalia había deseado esa dicha ardientemente y ahora, sus ojos languidecían de voluptuosidad.

Ya era hora para ella. Empezaba a marchitarse como una flor que se olvidaron regar. Pero, de pronto, llegó Kayambis, enviado por el Dios que crea los maridos, y todos los sábados ponía al pueblo cabeza abajo con sus canciones. No era de Candía. Había nacido en las montañas de los alrededores, pero hacía ya tres años que había dejado su pueblo y no podía volver. Su padre al morir les había dejado un rebaño de borregos a su hermano y a él. Riñeron a causa de la repartición. ¿Cuál de los dos tendría el morueco? Decidieron pegarse. Pero durante la lucha, su sangre se había acalorado, habían olvidado que eran salidos de la misma madre; sacaron los cuchillos y él. Kayambis, había matado a su hermano. Abandonando rebaño y morueco había huido desesperado. Cayó en Candía. Pobre, sin trabajo, con su pequeño capote de pastor, sus botas agujereadas y una ramita de albahaca en la oreja, rodaba por las tabernas cantando. Un día el Capetán Miguel le vió, escuchó su canción, le gustó y le llamó: “¿No te da vergüenza, le dijo, un mozo fornido como tú, pasarte la vida paseando y cantando como un tenor? Ven. voy a darte algo para que te las arregles y vivas como un hombre.” Le dió un poco de dinero, Kayambis se compró un borriquillo, artículos de mercería —bobinas, peines, velas, jabones de tocador, espejos— con los que llenó dos serones y se puso a recorrer el país, gritando su mercancía con su voz

de ruiseñor. A cambio de esto, el Capetán Miguel le había pedido una sola cosa: siempre que él le llamase, más o menos cada seis meses, tenía que acudir y quedarse con él hasta que el Capetán Miguel levantase la mano y le despidiese.

Una mañana, en la villa de Krusona, vió a Garufalia en la fuente. Le gustó, acosó a los vecinos con preguntas: ¿Era honrada su familia, su padre era un hombre de consideración?; la pidió por esposa y se casó con ella. El domingo anterior, subido en un taburete, Thrassaki les había coronado de flores de azahar, en la iglesia, pues el Capetán Miguel no iba a ver casar ni bautizar a nadie. Era necesario que primero Creta fuese libre.

Y ahora, encerrados con dos vueltas de llave en su casita, pasaban ocho días de luna de miel. De cuando en cuando Kayambis se levantaba para dar de comer a su borrico. De cuando en cuando Garufalia confeccionaba algún plato para alimentar a Kayambis. Luego volvían a acostarse y desde su icono Cristo les observaba con el rabillo del ojo. Levantaba su mano derecha, les sonreía y les daba su bendición; eran dichosos. Así era como las cunas cretenses se llenaban de niños y como el fusil pasaba invariablemente de las manos de los padres a las de los hijos. Es así como un día… gracias a esta luna de miel, Creta será tal vez liberada.

La tibia brisa primaveral sopló hasta más allá de Candía y de sus murallas venecianas; alcanzó la villa roñosa de Meskinia, el pueblo de los leprosos. En un sótano, revolcándose en la misma tierra, un hombre y una mujer recién casados también, se enlazaban con rabia. Los dedos del hombre estaban roídos por el mal, y de ellos escurría un humor amarillo. La mujer no tenía nariz; desde hacía mucho tiempo había empezado a podrírsele y unos días antes, precisamente el del matrimonio, se le había caído. Pero la joven esposa ronroneaba, delirante de voluptuosidad, con la cara cubierta por un pingajo blanco. El marido la apretaba entre sus brazos y luchaba por hacerle un hijo para que la lepra siguiese royendo el mundo.

Del otro lado de Candía, a la hora en que los leprosos se enlazaban, Barbayanis, remangado, empapado de sudor, con un farol encendido en la mano, volvía a su casa por las callejuelas estrechas, dando tropezones y maldiciendo su destino. No le dejaban gozar tranquilamente de la única cosa que le quedaba en el mundo después de la muerte de su mujer: el sueño. Desde el alba recorría las calles llevando a los candiotas, en el invierno, salep para calentarles, en el verano sorbetes para refrescarlos. En cuanto iba a acostarse ya era una vecina, ya era una pariente la que se sentía de parto. Y tenía que correr a ayudarla. Pues Barbayanis era también comadrón. Su pobre padre, el herrador, que ayudaba a parir a yeguas y burras le había enseñado su arte. Y él, él trasladó la técnica a las mujeres. Aquella

tarde había dado a luz Pelagia, su sobrina. ¡Qué trabajo, tres horas de suplicio, pero al fin, el chico había salido robusto, renegrido y… macho!

Según iba monologando y maldiciendo su destino, Barbayanis oyó detrás de sí el galope de un caballo. Pero no era un caballo común que come avena, relincha y produce estiércol. Barbayanis le reconoció en su paso mullido, como si sus herraduras estuviesen envueltas en algodón, y en un santo olor a incienso que se difundía en el aire. Barbayanis comprendió: no era la primera vez. Se pegó a la pared, hizo el signo de la cruz y esperó. El galope ágil, aéreo, se aproximaba; el olor se hacía más fuerte.

—¡Justo cielo! —murmuró—. ¡Te deseo muy buenos días, san Minas![11]

Levantó piadosamente los ojos y miró. Al fondo de la callejuela, resplandeciendo en la oscuridad, sobre su caballo enjaezado de oro, la lanza roja apoyada en el hombro, con su barba gris, corta y ensortijada, su cota de malla, apareció el recio viejo, patrón de Candía, san Minas. Hacía su ronda como todos los días. A medianoche, cuando la ciudad está hundida en el sueño, san Minas desciende furtivamente de su icono, sigue las murallas de Candía y atraviesa los barrios griegos. Si alguien ha dejado una puerta abierta, él la cierra; si un cristiano está enfermo, se detiene ante su ventana encendida y ruega por que la salud le sea devuelta. No es visible a la mirada humana. Sólo los perros pueden verle, y entonces se ponen a mover la cola, y dos hombres en toda la ciudad: Barbayanis y Effendín Bosta! el hodja chiflado.

Cuando termina su paseo, al alba, san Minas se vuelve a su icono y nadie sospecharía lo que había pasado por la noche, si Murtzuflos el macero, al hacer su ronda en la iglesia, por la mañana temprano, no se encontrase el caballo del santo empapado de sudor.

Barbayanis se persignó mirando al caballero que se alejaba y desaparecía en la sombra. “He vuelto a verle esta noche, eso es bueno para mis negocios”, murmuró.

Había guardado en su pecho una torta de mosto que le habían dado en casa de Pelagia para recompensarle por su trabajo. La sacó y se puso a masticarla, contento. Al fin llegó ante su casita y apagó el farol.

El Capetán Miguel fumaba y su mente zumbaba como una abeja, trabajando. Repasaba todo lo que le había sucedido en la vida, todo lo que había amado o despreciado —su pueblo, su padre, su casa, las gentes: turcos y cristianos—. Iba desde Grabusa hasta el monasterio de Toplu, de un extremo de Creta al otro, saltando de monte en monte, de revolución en revolución, pero en ningún sitio su pensamiento quería detenerse; revoloteaba en tomo a una boca roja, indecente, se

deslizaba entre sus labios y se negaba a salir de allí.

El Capetán Miguel se levantó, furioso, y lanzó una mirada irritada al arcángel, su patrono, como ordenándole descender, abandonar la comodidad del iconostasio y venir a poner un poco de orden. Luego, se volvió hacia la ventana, mirando el cielo oscuro. “¡Que llegue el día!, gritó, ¡que llegue el día! ¡Quiero saber lo que me va a pasar!”

Descendió; en el patio, volvió a meter la cabeza en el cubo de agua y se sintió un poco mejor. Luego, se sentó en cuclillas en el umbral de la puerta y se puso a esperar.

Nuri Bey, por su parte, había pasado la noche vagando por sus aposentos. Salía al jardín, entraba en la casa, fumaba un cigarrillo tras otro, bebía raki sin parar, gemía y levantaba los ojos hacia las ventanas del gineceo. La circasiana había echado el cerrojo a la puerta de su cuarto y no le dejaba acercarse. “¡No quiero nada contigo!, le gritaba por el ojo de la cerradura. ¡Estás deshonrado, ya no me sirves para nada!”

Ella tampoco había podido cerrar el ojo. Medio desnuda ante la ventana, se estiraba, tendiendo los brazos en la dirección de los barrios griegos. Creía ver en la sombra las cejas, la barba, las manos poderosas del Capetán Miguel.

—Tiene razón, tiene razón esta mujer —gemía Nuri Bey y bruscamente estallaba en sollozos—. Pronto seré como Effendín, y cuando el infiel esté de fiesta, me llamará para que le sirva de bufón.

Por la mañana, el negro encontró a su amo dormido en el umbral de la puerta, enroscado como un perro, borracho, con la cara, el pecho y los calzones empapados de vómito y de raki.

Effendín dormía, con una sonrisa plácida en los labios. El día antes se lo habían advertido: habría fiesta otra vez en casa del Capetán Miguel. Ocho días sin preocupaciones. Comería chuletas de cerdo, salchichas hasta reventar, bebería vino hasta caer redondo. Por ocho días estaría defendido contra la miseria. Y luego, ¡al diablo la santidad, que reviente! Cerró los ojos, acarició su rala barba rubia y se volvió a dormir. En aquel mismo momento en que Nuri Bey pensaba en él, Effendín soñaba: que se abría la puerta y un gran cerdo bien lavado, bien alimentado. entraba en la habitación. De su cuello, a guisa de amuleto, colgaba un cuchillo. Al ver a Effendín, se detuvo, derecho sobre sus posaderas, hizo una reverencia, descolgó el cuchillo y se lo hundió en el pescuezo. Se derrumbó y Effendín pudo comprobar que estaba envuelto en hojas de limonero, asado a punto y oloroso, a pedir de boca. Lanzando un grito jubiloso, Effendín se levantó, con la boca echa agua.

En aquella hora en que en la tierra los pobres humanos, tan pronto inflamados como aplacados, sufrían y se enlazaban, la bóveda del cielo giraba imperceptiblemente, las estrellas se desplazaban y, de súbito, sobre las cimas montañosas, surgía la estrella de la mañana, inquieta como un cascabel. En el corral del Capetán Miguel, el gallo abrió el ojo redondo, miró a ver lo que pasaba arriba, aleteó, hinchó el buche y se puso a cantar. Enfrente, en casa de Krassogeorgis, el rico campesino, el vigoroso asno de Chipre husmeó el aire que olía a pastos frescos y a las asnas cretenses, levantó la cola bien alto y se puso a rebuznar.

Candía se despertaba. De un extremo a otro de la calle, desde la fuente de Idomena hasta la panadería de Tulupanas, el barrio del Capetán Miguel se animaba. Para empezar, madama Mastrapas soltaba al santo hombre de su marido, el vendedor de cascabeles, a quien todas las noches ataba a una barra de la cama porque era celosa y sospechaba —¡ah!, ella conocía bien a los hombres— que se le pudiese ocurrir bajar a la cocina, a escondidas, en busca de la gorda Amezina, de senos de vaca. Le ataba todas las noches y le desataba cuando él a veces la despertaba para ir a orinar. Pero le dejaba ir con una punta de la cuerda atada al tobillo, quedando la otra en la mano de madama Mas— trapas, por miedo de que el buen hombre se desviase del camino recto.

El Capetán Polyxinguis hacía ya un rato que había vuelto de su noche de amor, cansado y perfumado. El seor Dimitros bostezaba al lado de su mujer, madama Penélope, que, como siempre, no se sentía a gusto y tiraba al suelo las sábanas, gruñendo. Porque tenía cuarenta y cinco años, así que su cuerpo se inflamaba a cada rato, y se pasaba la vida ahogándose de calor o tiritando de frío. Aquel día, al amanecer, estaba ardiendo. Saltó de la cama, echó una mirada rencorosa al seor Dimitros que seguía bostezando y fue a apoyar sus senos en el alféizar de la ventana, para refrescarlos.

El cielo aclaraba: alrededor de la casa los pájaros cantores se habían despertado y allá, en casa de Krassogeorgis, el mirlo en su jaula había ya acometido su jornada silbando.

“Tiene suerte, la Krassogeorgis, murmuró madama Penélope dando un suspiro. Su marido es un campesino, pero todavía está vigoroso, verde; no le niega nada a su mujer.”

Escuchó. Un ronquido bovino llegaba desde la casa de enfrente. Krassogeorgis, tendido de espaldas, dormía, gordo, despechugado, con el estómago pesado. Sus bigotes olían a vino y a cebolla, su aliento tenía el tufo fuerte de una bodega. Junto a él su joven mujercita, Katinitza, hija de Barbayanis, gozosa, saciada, dormía todavía con la sonrisa en los labios. Y con un suave arrullo soñaba que estaba prometida y se paseaba por un jardín con su enamorado. Y no era en

absoluto Krassogeorgis, el pelmazo, sino un esbelto y elegante joven con un bigote espeso y retorcido, con largos cabellos de ébano y pistolas en el cinturón, cuyo aliento olía a canela. Era, clavado, el joven del retrato que admiraba en casa de madama Katerina, la capetana, cuando iba de visita. En el marco se leía: Athanasios Diakos[12]. Mientras él la llevaba enlazada por el talle, el sueño cubría a Katinitza como una parra cargada de racimos negros y ella arrullaba como una paloma…

Hizo el diablo que Krassogeorgis la oyese y haciendo un esfuerzo abrió los ojos.

—¿Qué te pasa, mujer, que te relames y te regodeas tan temprano? ¿Estás comiendo tarta de miel y nueces? ¡Yo también quiero, entonces!

Ella, irritada, le volvió la espalda.

—¡Déjame dormir —dijo—, déjame en paz, tengo sueño!

Y cerró los ojos, tratando desesperadamente de volver a encontrar a su prometido en la sombra.

Espesas y blancas como la leche, las primeras bocanadas de humo salían del horno de Tulupanas. El viejo panadero se había levantado, triste y callado como siempre, y trabajaba para olvidar sus penas. Pero ¿cómo olvidar cuando se tiene un hijo único de veinte años, rubio, hermoso muchacho, elegante, educado con esmero, al que uno protege como a las niñas de sus ojos y que un día —hacía ya tres años de esto — empieza a hincharse, a cubrirse de granos y a perder las uñas de sus dedos marchitos? Ahora ya hasta sus labios empezaban a podrirse, pero el padre y la madre se negaban a mandarle a Meskinia. No podían separarse de su hijo, no tenían más que aquél y le tenían encerrado en su cuarto por miedo a que le viesen. ¿Cómo habría podido dormir Tulupanas ni abrir la boca para hablar? Se obstinaba en amasar, meter y sacar en el homo, recorrer las calles vendiendo sus rosquillas y sus hojaldres con espinacas, trabajando hasta reventar para encontrar el olvido. Pero ¿cómo olvidar cuando veía a su hijo único desintegrarse cada día un poco más y caer sus carnes muertas sobre las sábanas y por el suelo del cuarto?

El viejo Tulupanas se empecinaba en el trabajo para olvidar sus penas. En un momento dado levantó los ojos y vió que la ventana de enfrente tenía todavía la luz encendida. Meneó tristemente la cabeza. “¡Pobre francesa, murmuró, también tú sufres, también tú, desgraciada! No, para el corazón humano no hay reposo.”

En efecto, durante toda la noche no se había apagado la luz en casa de la pobre francesa, que tosía, escupía, suspiraba. Era la mujer del doctor Kassapakis. La había traído de París, la había trasplantado a

este pueblo turco, en el otro extremo del mundo. Al principio, solo suspiraba, luego empezó a toser y ahora escupía sangre en una palangana. Y decían que el doctor ya no quería nada con ella y que se acostaba con su criada, una verdadera yegua, nacida en Arkalo. “¿Y el tren que iba a pasar por delante de nuestra casa?”, preguntaba la francesa en los primeros días de su llegada. “¿Dónde está? ¿No es eso lo que me dijiste en París?” Y el palurdo, riendo: “Nosotros, en Candía, le respondió, le llamamos el tren a los burros.”

De pie, en medio del patio, silencioso, el Capetán Miguel esperaba que el día se decidiese a aparecer. Cuando el gallo empezó a cantar levantó la cabeza. El cielo iba blanqueando. Fué de un salto a su cuarto, se vistió rápidamente, se enrolló su ancha faja a la cintura y metió en ella su cuchillo de mango negro. Luego, cogió la alcuza que estaba colgada del iconostasio, llenó la lamparilla que había empezado a mustiarse y miró al fin el icono del arcángel san Miguel, su patrón.

—Me voy —le dijo—. Todo lo que tuviera que decir ya está dicho. Me voy y te confío la casa.

Bajó al patio, abrió la puerta de la calle, ensilló a la yegua y se dirigió hacia la puerta del Lazareto. Ya era de día. Los guardias turcos, con las llaves en la mano, se preparaban a abrir las puertas de la ciudad. Las casas estaban todavía cerradas, pero algunas humeaban. Barbayanis ya estaba fuera, disponiéndose a pregonar sus mercancías de un barrio a otro, su salep caliente, espeso, abundantemente salpimentado de jenjibre. El Capetán Miguel espoleó a su yegua, pasó al galope por delante del gran plátano, cadalso de los cristianos, rodeó la plaza, llegó a las Tres Arcadas, se detuvo un instante y miró a su alrededor. Las montañas se enrojecían suavemente. Delante, el monte Malo, todo de peñascos; detrás el monte Ida, ese gran señor plácido, de cabeza nevada. A la derecha la testa petrificada del dragón derribado, el Yuchtas. A lo lejos el mar de un blanco lechoso, cruzado de leves estelas azules y verdes. Los bergantines mal— teses se habían ya hecho a la mar, negros, con sus velas rojas. El sol aparecía detrás de las ondas, rodeado de un halo precursor del viento caliente. La yegua se volvió, lo divisó y, con los ojos brillantes de placer, empezó a relinchar a modo de salutación.

Sonó la trompeta, la bandera turca fué izada sobre su asta y la gran puerta de Candía se abrió rechinando. Los campesinos que esperaban detrás de ella desde el alba, se precipitaron todos a un tiempo, empujándose unos a otros, con sus mulos cargados de leña y de carbón, de odres de vino o de aceite, de cestos llenos de legumbres y de frutas, de cántaros de cobre llenos de miel. Para entrar a Candía tenían que pasar bajo una bóveda oscura, abierta en la muralla veneciana y en esta bóveda de piedra, resonaban a la vez los gritos, los insultos, los rebuznos y las pisadas de hombres y bestias. El

Capetán Miguel se abrió camino entre la multitud ruidosa, llegó al campo y descendió a la ribera que siguió en dirección al monte Malo y a las Tierras Rojas. De la derecha venía el olor a la verdura de la tierra, de la izquierda el del mar. El sol parecía colgar del pecho de la yegua como un amuleto de oro.

"¡En el nombre de Cristo y del arcángel Miguel!", murmuró el Capetán Miguel santiguándose, con el rostro vuelto hacia el Oriente.

Candía estaba ahora bañada de luz. Después de haber iluminado los minaretes, luego la cúpula azulada de la iglesia de San Minas, el sol inundaba los tejados de las casas y las callejuelas mojadas. Las muchachas abrían las ventanas, las viejas salían a los patios para calentarse. Se santiguaban y daban gracias a Dios por haber alejado a marzo, ese asesino maldito de Dios, que detesta a las viejas. Ahora, podían salir a calentarse al sol. ¡Bienvenido sea abril, el mes de san Jorge!

Los borriquitos cretenses, ágiles y alegres, se precipitaron en la ciudad por todas sus puertas, con la cola levantada, anunciando con sus rebuznos la llegada de la primavera.

Madama Penélope salió al patio, bostezó ruidosamente y se desperezó haciendo crujir los huesos. Estaba en la edad crítica, poseía una doble papada y un ancho trasero; comía y digería bien, lavaba, arreglaba la casa, nutría y sacudía como a un caballo al seor Dimitros, su marido, esforzándose todas las noches en despabilarle un poco. No tenía hijos, adoraba a los gatos y la naturaleza. Desde por la mañana de aquel día un curioso estremecimiento le había recorrido la espalda; si no fuese un ser humano, si poseyese un rabo, lo levantaría lanzando rebuznos como los borriquillos, para decir a todas sus vecinas que en vez de emperezarse, harían mejor en levantarse y aprovechar el sol rebuznando todas juntas y revolcándose en la hierba. Porque ¡la primavera había llegado! Aquel día la casa era demasiado pequeña para madama Penélope. Hizo la comida rápidamente y mandó a su criada a la casa de enfrente, a casa de madama Katerina, la capetana.

—Mi ama, madama Penélope, me manda a preguntarle si le gustaría ir a comer al campo. ¡Hace un día hermoso!

"Pero ¿cómo madama la capetana podría abandonar su casa?" Al día siguiente, desde el amanecer, los cinco comilones vendrían a asaltarla y tenía que preparar las gallinas. Hervir una, rellenar otra con piñones y preparar la última, la moñuda, para hacer entremeses.

—Di a tu ama que me excuse, pero hoy no puedo. Si quiere, que venga ella por la tarde con su labor, estarán todas las vecinas y Alí Agá. Nos entretendremos con algo. Y que no tenga miedo, el Capetán Miguel estará fuera todo el día.

Madama Penélope se enfurruñó; mandó a la chica a casa de otras vecinas: madama Mastrapas, madama Krassogeorgis y también a casa de la hermana del Capetán Polyxinguis. Pero una esperaba a Manoli, el cura, para una bendición, otra tenía jaqueca y vértigos y la tercera estaba haciendo pan bendito para las vísperas. Tenía las piernas tan hinchadas que no podía dar un paso.

—¡Están medio muertas! —gruñó madama Penélope, contrariada —. ¡Abrid un poco los ojos, que no os los han puesto en la cara por lujo! Vamos, Marulio, ve a casa de Massela, la mujer del doctor. ¡Por muy francesa que sea, ésa es una que comprende lo que es la primavera!

Su nombre era Marcela, pero madama Penélope la llamaba Massela. La francesa la divertía con su modo de chapurrear el griego. Y además hablaba siempre de una gran ciudad que se llamaba París, más grande que Candía, decía ella, con un ancho río que atravesaba las calles. Allí, las mujeres van al café como los hombres, según parece, y charlan con ellos sin avergonzarse, dejando ver sus piernas hasta por encima del tobillo. Seguramente todo eso era pura historia, pero ella lo contaba deliciosamente, la diabla de la francesa. Y hasta ella misma acababa por creerla y se le llenaban los ojos de lágrimas. Pero ¿qué es lo que sacaría de su "monsieur" de marido? ¡Puah! ¡No le daba vergüenza refocilarse con una chica de Arkalo! "La desdichada Massela, que venga conmigo, nos pasearemos hasta santa Irene, eso le cambiará un poco las ideas."

Pero la criadita volvió con las orejas gachas.

—No puede. Dice que no puede: ha tosido toda la noche y no ha podido dormir. Dice que lo siente mucho, que será para otro día.

Madama Penélope estaba fuera de sí. Pasó revista a todas sus vecinas. "¿Llamar a Kolyva? No, ¡Dios me guarde! Su marido es enterrador y ella neurasténica. Tiene alucinaciones; todos los muertos desfilan ante ella por las noches. ¡Hacen bien! Su marido desnuda a los cadáveres y los deja en cueros en la tierra húmeda para llenar el guardarropa familiar con sus trajes. Tienen razón los muertos en enfadarse… No, nada de llamar a la Kolyva. ¿Mandar a buscar a esa marisabidilla de Arkhondula? ¿Se dignará (su excelencia) ir de paseo con madama Penélope, la herborista? Su padre era trujamán en Constantinopla, dice ella, y jugaba a las cartas con el patriarca. Ahora que está muerto, ella recibe todos los años un saco de monedas de oro, como pensión. Es el patriarca quien se lo envía. Así, claro, puede comer el caviar a cucharadas. ¡Que lo coma con el cucharón! ¡Que vengan el obispo y el pachá a hacerle visitas! Cuando era joven ningún hombre era suficiente para ella, la desganada. Ahora, con su pan se lo coma, se ha quedado de más. ¡Le está bien empleado! ¡También le está bien empleado a su hermano el sordomudo! Como

dicen, son muchas veces los hijos los que pagan por los padres… Una vez, parece que fué en Constantinopla, llevaban preso a un cristiano porque había matado a un turco. El crápula de su padre, el trujamán, sabía la verdad —no era el cristiano quien lo había matado sino otro, un bey—. ¡Iba a hablar él, el cobarde! Tuvo miedo y no dijo nada. Naturalmente, su hijo único nació mudo. ¡No, tú no irás a pasearte con madama Arkhondula, ni aunque ella lo quiera!”

“Y ¿si llamase a Vanguelio? Tampoco podrá venir. Ésa no se ocupa más que de su ajuar. Se va a casar por Pascuas con Palomino, el maestro. ¿De dónde se lo habrá sacado esa desgraciada? ¡Ese cara de vinagre, ese casi casi, con antiparras! Y todavía… ¡si le quisiera! ¡Ah, maldita miseria… el Don Lindo de su hermano, ese inútil que se pasea con un reloj de oro, le ha comido toda la fortuna con su lujo y su libertinaje!”

Madama Penélope estaba harta de todo esto. Se encaramó hasta alcanzar unas hojas de la parra, fué a la cocina y envolvió en ellas la comida, la puso en un cesto con pan, aceitunas, y unas naranjas, una pequeña cantimplora de vino, un infiernillo de alcohol, café, azúcar, cubiertos, una servilleta y salió al patio.

—Vamos, Marulio, ven conmigo —dijo a su criadita—, ¡después de todo no nos hacen falta!

Cerró la casa con llave y se dirigió a la puerta. Estaba gorda y cuando andaba su amplio trasero se removía como la grupa de ciertas ovejas capadocias con la cola llena de grasa, que hacía poco habían traído a Creta. Ella lo sabía y se sentía azorada, pero no podía evitarlo, la infeliz. “Es Dios quien me lo ha dado, como todo lo demás, decía para consolarse. Y es una suerte que no se me hayan hinchado las piernas como las de la Polyxinga. Yo estoy bien ágil, gracias a Dios, no soy víctima de mi gordura, todo lo contrario, yo tengo más fuerzas que diez juventudes y diez mozos no me dan miedo. Por algo me llaman «la gallarda».”

Sin prisa, zarandeándose, atravesó la calle grande llena de gente: comerciantes, artesanos, campesinos. ¡Qué gritos! ¡Qué disputas! “¡Lo groseros que pueden ser estos candiotas!”, pensó madama Penélope, con la boca fruncida. Ella era de Rethymno y se alegraba. “Los caniotas para las armas, los rethymnotas para las letras y los candiotas para la bebida.” Todas las tardes, en cuanto dejaban el trabajo, estos últimos se sentaban en las tabernas y bebían, al mismo tiempo que comían hasta hartarse, caballas secas y pedacitos de cordero a la broqueta. Todos acababan por oler a vino, a raki y a carne de mala clase. “¡Qué van a decirme de las gentes de Rethymno, con su placidez, su cortesía principesca.” Sólo en toda Candía, su Dimitros era diferente de los otros, pero ese desdichado ¡qué dormilón! ¡Y sin embargo qué no le haría ella por las noches para avivarle! Tiempo

perdido. ¡Ah, si fuese de Rethymno!

Suspiró. Ya iba llegando al puerto. “Todavía debe estar moviendo su espantamoscas, pensó. No sabe hacer más que eso.” Pero el seor Dimitros, cansado de mover su espantamoscas, hojeaba ahora un gran libro, en el que anotaba, con dos tintas de diferente color —rojo para la carne y violeta para el resto— todo lo que comía cada día. Así pues, estaba sumergido en el estudio, leyendo el nombre de los platos de cocina, saboreándolos por segunda vez en su imaginación, con la boca llena de saliva… Llegó al fin al informe de los últimos días y deletreó lentamente, golosamente, como si masticase. “20 de marzo de 1889: habas frescas con alcachofas y cebollitas. Mucho aceite. Excelente.” “21 de marzo: calabacines al homo con ajo. Ese cochino de Tulupanas me los quemó.”

Una chica apareció en el umbral de la tienda:

—¡Seor Dimitros, mi ama madama Christophakis me manda a buscar cinco gramos de almáciga de Chio para hacer confitura.

Pero el seor Dimitros Pitsokolos era flemático. Levantó lentamente los ojos de su libro hasta el estante donde se encontraba la almáciga.

—¡Tengo lo que quieres, hija mía, es seguro que lo tengo, pero está tan alto! —Al decir esto hinchó y alargó su voz todo lo que pudo para indicar que la almáciga se encontraba en el fin del mundo.

La chica desapareció, el seor Dimitros volvió a hundirse en el estudio de su libro: “25 de marzo. Día de: la Anunciación. Se puede beber vino y comer pescado: bacalao hervido con limón. Bacalao con salsa de tomate y perejil. Bacalao frito con alioli. Ensalada de pepino. Delicioso.”

Cansado de esta lectura volvió a coger el espantamoscas y suspiró: “¡Yo, hijo del célebre Capetán Pitsokolos, he aquí a lo que me veo reducido! ¡Mi abuelo, con un brulote incendió las fragatas enemigas, mi padre, armado de un fusil diezmó a los turcos, y yo, armado de un espantamoscas, mato moscas! ¡Puah!”, murmuró, haciendo burla de su propia cara bonachona y blanda. Y como el recuerdo de su padre, el gran combatiente, le pasó por el pensamiento, su almacén le pareció de pronto demasiado estrecho; no podía soportarlo ya. Estiró los brazos y tocó las paredes a izquierda y a derecha, y le dieron ganas de derribarlas, como Sansón, de un puñetazo, para que el mundo se ensanchase y no ahogase al seor Dimitros Pitsokolos.

En el momento en que se disponía a derribar las paredes, la tienda se oscureció. En el umbral, madama Penélope, enorme, sofocada, se erguía como una gran torre. En cuanto la vió, seor Dimitros bajó la cabeza. “¿Qué podrá quererme todavía? ¿No le bastará la noche? ¿De dónde sacará tanto apetito, la muy zorra? Se diría que tiene fuego en el rabo. ¡Ah, esos malditos rethymnotas!”

—¡Bienvenida! —dijo con voz fuerte, y se arrojó sobre su libro de cuentas.

—Levántate de una vez, Dimitros mío —grito la mujer—, levántate; vamos al campo, así tomarás un poco de aire tú también, infeliz, eso te reconfortará los huesos. ¡Aquí te hundes como un sapo en. el lodo! ¡Muévete un poco! He traído nuestra manducatoria, un plato que te gusta … —Se inclinó y le murmuró al oído: —Berenjenas rellenas con mucha pimienta… ¡Verás lo bien que te sienta, sobre todo al aire libre, en pleno campo!

El seor Dimitros se espantó.

—No, no voy —gritó arrellanándose en su banco—, yo no voy.

—¡Ven, Dimitros mío, te lo suplico; yo te dejaré tranquilo!

Pero el seor Dimitros movía con fuerza su espantamoscas, como si madama Penélope fuese una gran moscarda carnicera que hubiese que expulsar del almacén.

—Yo no voy —gritó otra vez—, ¿no ves que hoy tengo mucho trabajo? Estoy haciendo mis cuentas para ver cómo andamos. Ve tú sola, te lo ruego.

—¡Vamos, vámonos Marulio! —dijo madama Penélope agarrando a su criadita por la nuca—; ¡tú eres mi vecina y mi marido! ¡Vámonos a comer al sol!

Y, despreciativa, volvió hacia su marido su enorme grupa conmovida y tomó el camino de casa. Mientras iba andando maldecía su destino. “¡Debería haberme casado con un buen mozo, con gran apetito, gran bebedor, un verdadero macho, capaz de hacerme una docena de hijos, de aplacarme! ¡Debería vivir en Rethymno, donde viven los señores y no aquí, con estos asnos de candiotas!”

Iba monologando, furiosa. Y luego empezó a tener hambre, veía levantarse el sol y sus narices palpitaban respirando el olor de la hierba joven. Llevaba a Marulio agarrada por el pescuezo y la arrastraba de malos modos. La chica, cargada con la cesta de las provisiones, sofocada, perdía al andar sus pantuflas destalonadas. Acabó por quitárselas y ponerlas en el cesto, sobre las berenjenas rellenas.

Madama Penélope se detuvo ante la iglesia de San Minas. Se santiguó. “¡San Minas, murmuró, tú que conoces mi hambre canina, ayúdame!”

Se oyeron gritos y risas. La callejuela se llenó de niños que corrían a la escuela porque acababa de sonar la campana. El corazón de madama Penélope se sobresaltó en su pecho. Se detuvo a contemplar la chiquillería. “¡Ah, murmuró, si este montón de crios fuese mío! Aunque no fuesen todos de Dimitros… ¡Dios mío, perdóname!”

Sus ojos se empañaron un instante. Pensó en una retahíla de

hombres encontrados bien en la calle, bien en los pueblos, bien en sus sueños, inclusive. “Que Dios me perdone, pero tenía razón la mujer de Barbayanis, tan corrida… ¿Con quién no habrá hecho hijos, ésa? ¡Sólo Dios sabe! Y también con quién no los habrá tenido mi vecinita Katinitza, la mujer de Krassogeorgis?” Por muy chiflado que esté Barbayanis, ha terminado por sospechar algo. Se veía los cuernos, se los tocaba, se los acariciaba, pero ¿qué hacer? Sin embargo, un día se puso muy malo y llamó a su mujer: “Ah, mujer, le dijo, te pido por Dios que me digas la verdad. ¿Todos los hijos que tenemos son míos!’” Ella se callaba. “Dímelo, mujer, ¿qué riesgo corres, no ves que me muero?” “¿Y si no te mueres?, le respondió la zorra; ¿si no te mueres?” Madama Penélope sonrió pensando en esta historia. Se separó para dejar pasar a los escolares y vió entre ellos n Thrassaki, el hijo de su vecina, la capetana.

—¡Thrassaki! ¡Thrassaki! —gritó, hurgando en el cesto para dar una naranja al niño.

Pero Thrassaki no la oyó. Llevaba a sus dos vecinitos cogidos por los hombros: a la derecha, Manolio Mastrapas, a la izquierda Andrikos Krassogeorgis y los tres iban charlando y desternillándose de risa. No se cansaban de comentar cómo habían regado la entrada de la clase con perdigones el día anterior, en el momento en que Palomino les había vuelto la espalda, enseñándoles la canción que iban a cantar al domingo siguiente en la excursión que organizaba: “La primavera ha vuelto…” Todos se habían puesto a bostezar. Palomino estaba de excelente humor. Blandiendo su regla, había dicho: “Salgamos a cantar en el patio, hijos míos. Cuando pasemos delante de los Tres Arcos, pasado mañana, podremos estar orgullosos… ¡Adelante!” En su exaltación había precedido a todos, pero en el momento en que, gallardamente, pasaba el umbral, había resbalado sobre el plomo y había caído al suelo como un odre. A su lado estaban sus anteojos hechos migas.

—¿Crees que se habrá roto algo? —preguntó Andrikos inquieto—. Yo creo que no.

Pero Thrassaki le aseguró:

—Te digo que se ha roto las costillas. ¿No oíste un crac?: eran las costillas.

—Gritó: ¡Ay! —añadió Manolio frotándose las memos de gusto—. Es seguro que se ha roto las costillas: no podía levantarse. Gritaba: ¡Ay! ¡ay! y pedía sus anteojos.

—Ya veis cómo nos hemos librado de la excursión y cómo vamos a poder hacer lo que habíamos dicho. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —gritaron los dos camaradas.

Pasó un perro, cogieron piedras y se pusieron a perseguirlo.

Oyeron gritos y disputas que salían de la mezquita, próxima a la iglesia. Los chicos se detuvieron.

—Es Hamida Mulé que seguramente está, pegando a Effendín —dijo Thrassaki—. Esperad, vamos a divertirnos.

Se empinaron sobre la punta de los pies para alcanzar a la ventana enrejada. Ante ellos se extendía el patio lleno de hierbas crecidas, en medio del cual la tumba del santo, se encontraba cubierta de tiras de tela multicolores. Junto a la tumba, la vieja madre, desmelenada, descalza, con la nariz puntiaguda, tenía a su hijo agarrado por el pescuezo con una mano, mientras con la otra enarbolaba una vara nudosa, para asustarle.

—¿Tú no tienes temor de Dios? —le gritaba—. ¿Vas a volver con los rumies, a comer cerdo, a beber vino y a emporcarte? ¡Te voy a encerrar, mala cabeza, te voy a moler a golpes y así no irás!

Effendín se debatía para escapar a las garras maternas. Aullaba, gañía como si estuviesen estrangulándole.

—¡No, tú no irás, gritaba la vieja sacudiéndole, tú no irás! ¡Para ponerte, además, en ridículo! ¿Ya no te acuerdas de que cuando se te pasa la borrachera te arrepientes y te pones a llorar? ¿No te acuerdas de cómo te arrancas el turbante, te embadurnas el cráneo rapado con bosta y corres por las calles gritando como un asno?… Y los rumis te tiran cáscaras de limón y te llaman ¡Effendín! ¡Effendín Bosta! ¿Tú no respetas a tu santo abuelo?

La madre vociferaba y juraba profusamente señalando la tumba ornada de cintas multicolores.

—¡Me acuerdo de él noche y día! —gritó Effendín levantando los brazos al cielo—. Te lo juro, madre, ¡noche y día pienso en él!

—¿Entonces, por qué cometes tantos pecados?

—¿Tú quieres que sea un santo como mi abuelo? Y ¿cómo quieres que llegue a ser un santo si no peco? Si no hago el mal ¿tendré remordimientos? ¿Lloraré? ¿Invocaré a Dios? ¿Enseñaré mi cráneo pelado a todo el mundo? ¡No!, entonces, ¿cómo voy a conseguir ser un santo?

Hamida Mulá se quedó con la boca abierta. Miraba unas veces a su hijo y otras la tumba del santo y callaba. Tal vez tuviese razón, después de todo, el descosido de su hijo. Y ¿si fuese verdad lo que cuentan de los antiguos santos y hasta de aquel santo mismo, su abuelo? Un tarambana toda su vida. Y cuando empezó a chochear y tuvo que abandonar el vino y las tajadas y las mujeres, dió en la santidad. Un día se subió a lo alto del minarete de Santa Katerina y no quería volver a bajar, ni para comer ni para beber. No hacía más que llorar, aporrearse y llamar a Dios. Durante siete días y siete noches estuvo aullando y luego, de pronto, pegó un grito tan fuerte que toda

la ciudad se estremeció, y el cielo se llenó de cuervos. Dios tuvo piedad de él y para que no sufriese más le mandó todos aquellos pájaros que iban a devorarle… ¿Será ése el mejor camino para llegar a ser un santo? Hamida Mulá se perdía en esto. ¿Debía volver a moler a palos a Effendín, o debía acuclillarse en un rincón del patio y quedarse allí, calentándose al sol? Dejó la vara apoyada en la tumba, aflojó sus garras del pescuezo del hijo y le hizo la higa.

—¡Anda! Haz todo lo que quieras. ¡Come, bebe, revienta y luego frótate el cráneo con cagajones!

Asqueada, se arrastró hasta un rincón del patio y se quedó al sol.

—Qué lástima —dijo Andrikos— no le ha pegado.

—No te preocupes, mañana mi padre va a ocuparse de él —dijo Thrassaki, dando un empujón a sus dos amigos—. ¡Vamos allá, mañana al oscurecer nos tocará a nosotros! Pasaré a buscaros. Llevad vuestros tirapiedras, yo llevaré una cuerda.

—Y yo una vara —dijo Andrikos.

—Y yo una pica —dijo Manolios.

—Llevaremos a Nicolás, el hijo de Mistigri, es muy forzudo.

—Pero ¿si el padre de ella nos ve? —dijo Manolios.

—¡Y qué! —dijo Thrassaki con suficiencia—. ¿Es que ése va a poder con nosotros? Ése no es cretense, es sirio.

—Pero ¿podremos llevárnosla? —preguntó Andrikos—. Debe pesar por lo menos cien kilos. ¿Y si se pone a gritar?

Thrassaki frunció las cejas.

—Escucha, Andrikos, para hacer uno de estos trabajos liaron falta arrestos. Si tú no los tienes, lárgate, ya encontraré otro que te sustituya.

—¿Yo? —gritó Andrikos, herido—. ¡Arrestos, tengo un cerro de ellos!

—Ya lo veremos mañana —dijo Thrassaki apresurando el paso—. ¡Ahora, calla! —ordenó—. Y sobre todo ni una palabra de esto, desdichado. Mañana mi padre se divierte, yo estaré libre; vosotros procurad escaparos también, decid que vais a las vísperas y pedid una moneda a vuestra madre para encender una velita. Compraremos cacahuetes.

—Y le daremos —propuso Manolios.

—¿Darle? —dijo Thrassaki—, nos los comeremos.

En ese mismo momento, con el pañuelo encajado hasta los ojos, el Capetán Miguel pasaba al pie del monte Malo. A su izquierda el mar hervía, a su derecha se elevaba la montaña salvaje, silícea, la montaña maldita, ante la cual el cristiano que pasa se santigua maldiciendo a Turquía. Pues en cada cavidad, en cada gruta, si se escarba, se encuentran huesos de cristianos asesinados. El Capetán Miguel se

santiguó. Diez años atrás, en aquellas mismas rocas, su hermano Khristophis había sido muerto con sus dos hijos. Siguiendo a los cuervos, días después, llegaron a descubrir los cuerpos en un barranco, uno encima de otro. Tenían la lengua arrancada. Había sucedido el día del bautizo de Thrassaki. Un poco achispados, de buen humor, el hermano y los sobrinos volvían a su casa, cantando la *Canción de Moscú*. Los turcos los acechaban. Se precipitaron sobre ellos y los asesinaron cobardemente, después de haberles cortado la lengua.

"¡Infortunada Creta!, murmuró el Capetán Miguel espoleando a su caballo. ¿Cuántas generaciones llevas ya gimiendo, desgraciada? Para hacer milagros, Dios, necesita que le amenacen. Y los grandes de la tierra también. Entonces, ¡toma las armas, ahí está tu salvación!" Suspiró y con una mirada empañada de lágrimas, recorrió el mar, luego la llanura, al fin las montañas. Sus narices palpitaron, el sol cretense hacía oler el tomillo y la salvia.

"¡Qué hermosa es Creta!, murmuró. ¡Qué hermosa es! Me gustaría ser águila para admirarla toda entera desde lo alto del cielo. La verdad es que si un águila posase sobre ella en pleno mediodía, podría gozar de todas sus bellezas: de las ondulaciones de su cuerpo bronceado por el sol, de sus costas luminosas, unas claras de arena, otras salvajes, abruptas y rojas como sangre. Gozaría de ver las aldeas, las casas, los conventos, las capillas blancas sobre las peñas sombrías de la montaña, o asentadas plenamente al sol en las llanuras. Y sus tres villas mártires, dominadas por los turcos, con sus murallas venecianas, sus iglesias transformadas en mezquitas. La Canea, Rethymno y Candía. Dios también la vería si no la hubiese olvidado, por generaciones, si no se la hubiese entregado a los turcos, en cuerpo y alma. No, cuerpos y almas no, porque los cretenses resisten, se sublevan y no acceden a poner su sello bajo el sello de Dios. ¡Es injusto! Levantan la cabeza hacia el cielo y gritan: ¡Es injusto! Y se baten como buenos cristianos para enmendar esta intolerable injusticia divina." "Dios es también un luchador, piensan, debe estar luchando en cualquier otra parte, en algún otro planeta, con otros turcos. Llamémosle."

Hay pueblos, hay hombres, que claman a Dios con la plegaria y las lágrimas, otros con la paciencia y la resignación, otros blasfemando. Los cretenses le llaman a tiros. Van a apostarse a las puertas de Dios y sueltan descargas de fusil para que Él les oiga. "¡Rebelión!", aúlla el sultán, que es el primero en oír el tiroteo y, furioso, envía pachás, soldados y picas. "¡Insolencia!", gritan los europeos y echan sus acorazados de hierro sobre el frágil barquichuelo maltrecho, entre Europa, Asia y África. "¡Paciencia y prudencia, no me hundáis más en sangre!" suplica la pobre Grecia. "Libertad o Muerte", responden los cretenses y aporrean la puerta de Dios.

A partir de 1821, después de la revolución, la impaciencia y la cólera no hicieron sino aumentar. Creta sufría el desprecio, el dolor, la injusticia, y su corazón sangraba. El deseo desesperado de libertad hacía vacilar su razón. Se revolvía contra la bestia horrenda que la tenía en sus garras y desgarraba su propia carne, quemaba sus propias aldeas, arrancaba sus olivos y sus viñas, y amontonaba cadáveres desde sus montañas áridas hasta el umbral de Dios. Luego, ensangrentada, volvía a caer bajo el yugo. En 1866 hizo saltar el monasterio de Arcadi; en 1878, se sublevó de nuevo, pero sin resultado. Se resignó otra vez a vivir en la injusticia y la desgracia, y he aquí que ya en el comienzo de 1889, su corazón volvió a sangrar. En las aldeas los cristianos se ponían el fez ladeado como signo de independencia, sentían comezón en las manos, escrutaban el horizonte hacia Grecia y más lejos todavía, hacia Rusia. Se despertaban y se agitaban en ellos los antepasados; se ahogaban en sus casas y sus aldeas; perdían el sueño. Todos los domingos pedían al maestro, o al pope, o al que tocaba la lira que les contasen o les cantasen las desdichas de Creta, para excitar su cólera y empujarles a tomar una decisión. Sobre todo en primavera, cuando la tierra de nuevo caldeada revivía, el corazón de los cretenses se volvía más feroz. Los turcos lo sabían y enviaban firmanes y soldados para calmarles.

El Capetán Miguel no podía soportar los tormentos de Creta. Hundió las espuelas en el vientre de la yegua, pasó el monte Malo, cruzó las Tierras Rojas y alcanzó la playa circular de arena fina. Tenía el estómago vacío. Echó pie a tierra en el khan[13] de la viuda. La posadera se precipitó hacia él. Era una viuda risueña, bien conservada, bien alimentada, de piel grasa. Olía a cebolla fresca y a comino. El Capetán Miguel volvió la cabeza hacia otro lado, no le gustaban las mujeres exuberantes y provocativas. Miró el camino y luego el mar.

—¿Qué buen viento te trae, Capetán Miguel? —exclamó la viuda, y sus ojos brillaron maliciosamente—. Si no estás de ayuno, tengo liebre con comino y cebollas frescas.

Se inclinó para acercar un taburete y el Capetán Miguel vió la bifurcación aterciopelada de su pecho hospitalario.

—Tú puedes comer carne —dijo ella, lanzándole una mirada incitante—. Enfermos y viajeros no pecan más que a medias.

Pero el Capetán Miguel estaba irritado. Le daba asco aquella mujer, la comida y el hombre hambriento que era él.

—No quiero nada —dijo—. No tengo hambre. —Saltó sobre su yegua y se fué.

Bajó la montaña y llegó a la llanura apacible, acogedora, con el bordoneo de sus colmenas y los gritos de las golondrinas que volvían a sus nidos del año anterior. Aquel día, el primero del mes de abril, Creta resplandecía, dichosa, bajo el dulce sol de primavera… Pero al

Capetán Miguel no le interesaba nada de esto, galopaba a toda marcha. ¿A dónde iba? ¿Con qué fin había salido, al amanecer de aquel día? ¿A quién perseguía? ¿Quién le perseguía a él? Sobre su mente acababa de caer una niebla que enturbiaba la costa soleada. El camino empezó a correr como un río y allá, a lo lejos, la montaña vacilaba, como humo. Dos viejos campesinos que pasaban, montados en sus mulas, le saludaron poniéndose la palma de la mano en el pecho. "¡Larga vida sea la tuya, Capetán Miguel!" Pero él ni siquiera les vió, y pasó sin responder a su saludo. Era alrededor de la residencia de Nuri adonde su mente le llevaba. Iba y venía, calculaba la altura de las tapias y, como un ladrón, meditaba por dónde y cómo podría escalarlas… Luego, todo se abarullaba en su cabeza y se preguntaba hacia dónde se dirigiría cuando, después de saltar el muro, se encontrase en el jardín.

Gotas de sudor perlaban su frente, metió la mano en su ancha faja y buscó el mango de su cuchillo. "Tiene razón, el perro, murmuró. Uno de los dos tiene que desaparecer."

Y cuando apretaba el mango del cuchillo, imaginando que saltaba la gran tapia y se deslizaba en el jardín, por entre los tiestos de flores, bajo la luz del farol de vidrios rojos y verdes, oyó risas que estallaban detrás de las celosías, arriba. El sudor corrió por su frente, por su cuello y su espalda. De pronto, en un relámpago, se dió cuenta de que no iba allí para matar. Un diablo le había poseído, un diablo desconocido, un intruso, que no se parecía a ninguno de sus demonios familiares. Este era desvergonzado, olía a almizcle y su cara —¡oh vergüenza!— era una cara de mujer.

"¡No tienes vergüenza! Capetán Miguel", rugió.

Vió que sus antepasados levantaban las losas de sus tumbas, blasfemando y maldiciéndole. Se volvió y cerrando el puño: "¡Eh, viejos! ¡Volveos bajo tierra, soy yo el vivo, soy yo el que manda, callaos!"

Se enjugó la frente con el pañuelo de la, cabeza. La montaña volvió a tomar cuerpo; la costa se iluminó y bajo sus pies, al petrificarse la orilla, volvió a ser un camino. Recordó entonces por qué había salido de la ciudad por la puerta del Lazareto v hacia dónde tenía que dirigirse. Manteniendo la promesa hecha al bey, y era forzoso mantenerla, iba a San Juan a ver a su hermano Manusakas.

Fue en aquella pequeña aldea cuajada de jardines, a una hora de Petrokephalo, cuna de su familia, donde, mucho tiempo atrás, el viento del destino había empujado y arrojado a Manusakas, como una semilla.

Allí había echado raíz, se había extendido, y ahora en el centro del pueblo, chupando de la tierra como una encina, echaba ramas y ramajes: hijos y nietos.

Un día inolvidable —había sido el 14 de septiembre de 1866— Manusakas, persiguiendo a los turcos con su tropa, entró en San Juan y descubrió en el interior de una casa bien puesta, a una mujer joven, que se lamentaba y se arrancaba los cabellos. Era recién casada y acababan de degollar a *?'u* marido en el umbral de la puerta. Ella acusaba a Dios: "¡No!, ¡no es justo, no es cristiano, prefiere a los turcos; es seguro!" Manusakas, que se aproximaba a los cuarenta, viudo desde hacía ya dos años, sintió una gran conmoción a la vista de la joven desolada. Mandó a sus hombres que se instalasen en el patio para comer y, tal como estaba, con el pelo largo, el aspecto salvaje, y apestando a pólvora, entró en la casa. La joven le miró, asombrada.

—¡Virgen santa! —gritó, escondiendo la cara en el delantal. Entonces, suavizando su expresión todo lo que podía, Manusakas se acercó a ella.

—Llora, hermosa, llora a tu gusto —le dijo—. Eso desahoga. Yo también tuve, en tiempos, una mujer y los turcos me la mataron. Grité, lloré todas las lágrimas de mi cuerpo y eso me consoló.

Se acuclilló a su lado. La veía llorar y golpearse y su corazón temblaba de deseo. ¡Ah, si hubiese podido tomarla y apretarla entre sus brazos! Así, con el pecho fuera del justillo, desceñido por el llanto, mojada por su transpiración olorosa, Manusakas la deseaba como jamás había deseado a una mujer. Suavemente, prudentemente, alargó una mano y le tocó el hombro.

—Ahora ya basta —le dijo con ternura—. Ya basta. Vas a estropearte los ojos, linda mía. ¿No te da lástima? No ha hecho jamás la natura otros tan bonitos. Y mira que yo he recorrido el mundo, yo que estoy aquí junto a tus rodillas, yo, el famoso Capetán Manusakas. No es por alabarme, pero de Kissanas a Sitia, saben quién soy.

Se calló por miedo de decir demasiado y espantar a la viuda. Pero no podía aguantarse. Se acercó un poco más, se inclinó y se puso a contarle con una voz baja y arrulladora todo lo que le había sucedido, todo lo que había sufrido, y luego cuántas viudas y huérfanos había dejado esta revolución, cuántas lágrimas había hecho correr, como para formar un río, de un extremo a otro de Creta. Había que pensar en todo esto para consolarse. Era el destino de Creta y el que nacía cretense debía aceptar ese destino y no quejarse.

Poco a poco la viuda levantaba la cabeza. El relato de los sufrimientos ajenos le resultaba agradable y la consolaba. Se enjugó los ojos, resopló un poco y se puso a hablar también ella. Contó cómo habían matado a su marido, enseñó la sangre aún fresca en el umbral de la puerta y dijo que no la lavaría nunca, que quería tenerla allí, ante los ojos para pensar en el muerto y llorarle.

Y Manusakas le tocaba delicadamente, muy delicadamente, bien el hombro, bien los cabellos, bien la rodilla al mismo tiempo que le

hablaba.

—Tienes razón, pobrecita mía. Yo también hice lo mismo con mi mujer. La mataron en el patio, porque su marido, según ellos decían, era un rebelde. ¡Represalias! Mi patio estaba lleno de sangre, pero vino la época de las lluvias, se lavó todo y las piedras volvieron a quedar blancas…

Suspiró y se inclinó hacia la viuda.

—Bueno, ya ves, el corazón del hombre es como esas piedras. Poco a poco la sangre desaparece y todo se olvida.

Y viendo que a la mujer le desagradaba oírle hablar así, se quitó el capote caliente, oliendo a pólvora y se lo echó a ella por los hombros.

—Hace frío —dijo—. Te vas a resfriar…

Ella se estremeció, escalofriada y vergonzosa, como si un hombre se hubiese abalanzado sobre ella; hubiera querido quitarse el capote, pero temía ofender a Manusakas, y se arrebujó en él. Al principio, el cálido olor a macho que se desprendía del paño la llenó de terror. Luego, poco a poco, fué sintiéndose agradablemente turbada. Era algo que descendía dulcemente, furtivamente a lo largo de su cuerpo. Desde los hombros a la espalda, a los riñones, al vientre… Pensó en su marido, en sus primeros abrazos, en las manos lentas y suplicantes que recorrieron su cuerpo la primera noche… Con los hombros desnudos había tenido frío; ahora se sentía reconfortada y un poco consolada. Oía junto a ella la respiración anhelante del hombre y experimentaba por él una tranquila y dulce compasión. Se volvió.

—No tengo nada que darte de comer —dijo—. Vienes de la guerra y debes tener hambre, pero esos perros de turcos se me han llevado todo.

—No quiero comer nada, nada —le respondió—. No lo permita Dios. ¿Podría yo comer teniendo tú hambre? O bien tú tienes el valor de esperar a que comamos juntos, o bien —te lo juro por Cristo— moriré de hambre contigo.

Asustado de haber dejado escapar una frase comprometedora, tosió un poco, perplejo, no sabiendo cómo arreglarlo.

—Tienes que excusar que te hable tan sin maneras. ¿Cómo te explicaría? No podrías creerme.

Suspiró otra vez y se puso a liar un cigarrillo, pero renunció. Estaba demasiado alterado, había perdido sus facultades. La viuda levantó sus ojos de hermosas pestañas llenas de rocío y le miró. Hubiera querido preguntarle, pero tenia miedo, hubiera querido oírle, pero tenía vergüenza.

—Ya sé que esto no se hace —añadió Manusakas—, pero no puedo menos, voy a decirte toda la verdad, honradamente, y, por el amor de Dios, no tomes las cosas por el lado malo. ¡Si miento, que Dios me

castigue en el acto! En cuanto entré aquí y te vi llorando sentí como una cuchillada que me atravesaba el corazón. Créeme, hermosa mía, soy hombre perdido. ¡No he visto nunca una belleza como la tuya! Mis intenciones son buenas, ¿por qué te enfadas, por qué1, quieres marcharte? Ya ves que ni siquiera te toco. Escúchame solamente lo que te quiero decir: tu marido está muerto, mi mujer también. Estamos los dos solos en el mundo. Ven a vivir bajo mi techo.

La mujer pegó un grito y fué a apelotonarse en un rincón. Tiritaba y castañeteaba los dientes. Manusakas se levantó y fué hacia la puerta para dejarla que se calmase. Miró a sus palikaros que comían tendidos en el patio, con sus alforjas abiertas y, más lejos, los campos fértiles, los olivos cargados de fruto, los molinos de viento que giraban lentamente, rechinando.

“Es aquí donde voy a instalarme, murmuró, decidido. Esta tierra es buena y fecunda, me gusta. La viuda también es buena y fecunda y hará hermosos hijos. Me gusta. Yo> echaré aquí raíces. ¡Por el sol eterno que está encima de mí, yo echaré aquí raíces.”

Cuando volvió a la casa la joven había abotonado su blusa, peinado sus cabellos y mordido insistentemente sus labios para que estuviesen más rojos. Y el capote seguía sobre sus hombros.

—Capetán Manusakas —dijo con zalamería—, perdóname, pero tus palabras no eran adecuadas. Aunque fuesen sinceras es un gran pecado; la sangre de mi marido está todavía caliente en el suelo.

Manusakas suspiró y se puso a medir el suelo con sus pasos.

—Si hubiese un pedazo de pan y un sorbo de vino —dijo al fin, por cambiar de conversación—. Y si tú quisieras, madamita —porque yo lo hago muy mal— coserme este botón que se está cayendo de mi chaleco…

Ella quedó silenciosa. Enternecida, se levantó, buscó una aguja y la enhebró, mientras el hombre se arrodillaba delante de ella. Luego se frotó los ojos para ver más claro y se puso a la obra. Mientras cosía sentía detrás del chaleco bordado latir a grandes golpes el corazón de Manusakas y sobre sus rodillas el aliento macho, rápido y ardiente.

Enrojeció de vergüenza y se apresuró a terminar, luego se levantó y abrió el arca…

—Te mentí —dijo—. Los turcos no me quitaron todo. —Desdobló un mantel blanco, lo extendió sobre la mesa y toda la casa quedó iluminada. En la habitación contigua encendió fuego y se puso a guisar… Entonces Manusakas saco un cigarrillo, cogió un taburete y fué a sentarse en el umbral, como si fuese el dueño de la casa. Miraba hacia fuera, pero con la oreja tendida a lo que pasaba en el interior. Oía a la mujer ir y venir, ligera, activar el fuego, sacar los cubiertos y los platos… Esos ruidos le llenaban de felicidad. Jamás había

experimentado tal dulzura, tal hambre y al mismo tiempo tal paciencia. Porque sabía, estaba seguro, aquella mujer incitante y joven, que estaba preparando la mesa para los dos, dentro de unos meses, justo el tiempo que exigía el muerto, sería con él y para toda la vida con quien compartiría la mesa y el lecho.

Y así fué cómo Manusakas se había casado con Christina y se había instalado en su aldea. La mujer fué, en efecto, fecunda. Los niños nacieron dos a dos y rápidamente el patio de Manusakas estuvo lleno. Su primer nieto lo había tenido hacía poco y su alegría fué tan grande que se emborrachó, cogió un burro, se lo echó, al hombro y lo llevó a la mezquita de la ciudad para que hiciese su plegaria.

“Hizo bien, y muy bien, murmuró el Capetán Miguel. Yo, en su lugar, habría hecho otro tanto, y puede que más. Pero he dado mi palabra y tengo que sermonearle, aunque sea mi hermano mayor. El jefe del lugar, en todo caso, soy yo.”

Petrokephalo apareció a lo lejos en la vertiente dé la montaña y abajo, en la llanura, entre los árboles, San Juan, la aldea de Christina. Dió un violento golpe de espuelas a su yegua que, reconociendo el pueblo, relinchó y partió al galope.

El portón del patio estaba abierto en casa de Manusakas. El Capetán Miguel bajó la cabeza y entró sin descender de su cabalgadura.

—¡Hermano Manusakas! —gritó.

Toda la familia, reunida en el interior, estaba comiendo alrededor de una mesa baja. Manusakas estaba apoyado contra la pared, con su fusta colgada al lado. Frente a él, su mujer Christina, con las piernas cruzadas, parecía alegre y satisfecha. Había engordado un poco, sus senos estaban marchitos ya, pero su cara resplandecía como una rosa bien abierta.

Reconociendo la voz de su hermano, Manusakas salió al patio de un salto.

—¡Bienvenido, hermano! —dijo tendiéndole la mano—. Llegas en buen momento, la mesa está puesta. Apéate.

—Tengo prisa —dijo el Capetán Miguel—. Cierra la puerta, tengo que hablarte.

—¿Traes una noticia buena o una mala?

—Eso depende. Cierra la puerta, te digo. —Manusakas cerró la puerta interior para que sus chicos no oyesen nada y se acercó a su hermano—. Óyeme, hermano Manusakas —dijo el Capetán Miguel—, si tienes mal vino, procura no beber.

La cara de Manusakas se ensombreció.

—¿Por qué me dices eso?

—Los burros no los ha hecho Dios para montarse en las espaldas de

los hombres, sino para servirles de cabalgadura. ¿Has comprendido?

—He comprendido. Tu camarada Nuri Bey se ha sentido ofendido y te manda a hacerme reproches. ¿Es que estás ofendido tú también?

—No, y no trates de cambiar de conversación, tú conoces mi modo de sentir. Pero, por el bien de los cristianos, no es éste el momento todavía de sublevarse.

Manusakas estaba furioso.

—¿Y tú, cuando te emborrachas y cantas la *Canción de Moscú*? ¿Cuándo irrumpes en los cafés y agarras a los beys y los plantas sobre los tejados, piensas entonces en los cristianos? ¿Y ahora tienes el tupé de venir a mi casa a darme lecciones?

Se agachó, cogió una piedra y la tiró con gran ruido. Luego cogió la brida de la yegua.

—¿No tienes nada que decir? ¿Es que no tengo razón? ¡Vamos!, conmigo no vas a venir haciéndote el santito.

El Capetán Miguel se calló. En efecto, no tenía nada que decir. Manusakas tenía razón. Cuando él se emborrachaba tampoco contaba nada para él, ni Creta, ni la cristiandad. ¡Al diablo la prudencia! A horcajadas en su yegua, galopaba en todas direcciones y la tierra entera le parecía despreciable, minúscula, no más grande que una nuez. ¡Le daban ganas de romperla con las pezuñas de su yegua y no volver a hablar más de ello!

—No respondes —dijo Manusakas, después de un corto silencio, viendo que su hermano fruncía las cejas y miraba a lo lejos, del lado de la montaña—. No respondes, pero no tengas cuidado, que yo sé lo que rumias. Reflexiona, tú eres un valiente y comprendes. Reflexiona, te digo; éste es el destino de Creta. Déjame que descargue la bilis de cuando en cuando, yo también. El día de su bairam[14], me echaré un mulo a la espalda y lo llevaré a la mezquita, para que haga su plegaria al lado del burro. ¡Luego, que me maten si quieren!

—Que me maten, me sale barato, pero Creta va a pagarlo.

—No te preocupes por Creta. No se quedan con ella tan fácilmente. Con nosotros, los hombres, sí, pero ella es un animal inmortal.

Se calló un momento y suspiró con amargura.

—Hermano —dijo en seguida—, te juro que me ahogo en este agujero. ¿No te das cuenta? En días normales yo tampoco me doy cuenta, pero cuando bebo, mi espíritu se aclara, mi corazón desborda como el tuyo. ¡Después de todo, no puedo ir a Constantinopla a matar al sultán! Entonces déjame burrear, ya que eso me calma.

El Capetán Miguel tiró de la brida y dirigió a su yegua hacia la puerta del patio.

—Piensa bien en lo que te he dicho, hermano Manusakas, reflexiónalo bien cuando estés solo y haz lo que te parezca bueno.

Pero no olvides que antes está Creta. Eso es todo lo que tenía que decirte. Salud.

—Vamos, apéate y ven a comer, no tengas tanta prisa. Puedes dormir aquí, tengo una casa muy grande, gracias a Dios. Tienes que ver a tus sobrinos y a Christina también y a mi primer nieto. Voy a llamarle Lefteri[15] para que, él por lo menos, conozca un día la libertad.

—Saluda a todos de mi parte, tengo mucha prisa.

—¿Y no vas a dar un salto hasta el pueblo para ver a nuestro padre, tan viejo?

—No tengo tiempo, te digo, tengo mucha prisa. Mañana por la mañana temprano, tengo que hacer. Salud.

—Qué testarudo eres. Cuando se te mete algo en la cabeza, ya puede hundirse el mundo… Bueno, vete…

El Capetán Miguel tiró de la brida, inclinó el busto hacia delante, pasó la puerta y se lanzó a la llanura. Se sentía contento. Manusakas le había hablado como un hombre de verdad, se le había resistido, y si el Capetán Miguel no tuviese horror de las manifestaciones sentimentales, le habría abierto los brazos de buena gana.

Galopaba tendido. Llegó pronto a Candía con el corazón alegre y desbordante, porque una vez más había tenido la ocasión de poner a prueba a su familia y la había encontrado a su gusto.

Hacía tiempo que había pasado el mediodía y el sol empezaba a descender.

Las mujeres de la vecindad, habiendo sabido que el Capetán Miguel estaría ausente todo el día se habían reunido en el patio de madama Katerina con sus labores, sus husos y sus legumbres para pelar. Estaban allí madama Penélope, la hermana del Capetán Polyxinguis, Katinitza, la mujer de Krassogeorgis y madama Mastrapas. Todas estaban de buen humor aquel sábado. Terminaba la semana, el día próximo sería consagrado al reposo, a las buenas comidas y a los chismorreos sin fin. Dios había tenido una buena idea al crear el domingo.

—Aretusa, ¿conoces la última? —preguntó Katinitza con su voz cantarina—. Ayer por la noche volvieron a oír gritos en casa de Mistigri. Debía estarle pegando su mujer, por no variar.

—¡De qué le sirve tener esos hermosos bigotes! —dijo madama Penélope—. ¡Ah, si mi Dimitros tuviese unos así! Sólo con verlos, retorcidos y tiesos de pomada, le dan a una escalofríos.

—A mí me parece que debería dárselos a su mujer y ponerse él las faldas —dijo madama Mastrapas, que ataba a su marido a la pata de la cama por las noches.

Madama Chrysanthi se echó a reír.

—Anteayer, a medianoche —dijo—, amotinó a todo el barrio con sus aullidos. Mi hermano que pasaba por allí y le oyó, le preguntó al día siguiente: “Por todos los diablos, Mistigri, ¿cómo es que te dejas pegar por tu mujer? No tienes más que reventarla con tus patazas. Estás acabando por ponemos en ridículo a los hombres. ¿No te da vergüenza?” ¿Y qué creéis que le respondió: “Me da vergüenza, Capetán Polyxinguis, me da vergüenza, pero me gusta.”

Todo el mundo se echó a, reír. Rinio se levantó y trajo en una bandeja café, confitura y pastas secas, de sésamo. En ese momento, Alí Agá, el vecino, apareció en el umbral de la puerta, con un chal verde que Rinio le había dado por los hombros y trayendo un calcetín inacabado con su juego de agujas, en la mano. Lampiño, sin sombra de pelo en la cara, aseadito, vestido con una camisa vieja, remendada mil veces, pero deslumbrante de blancura, igualmente limpios sus piececitos flacos, metidos en grandes galochas.

Madama Katerina se levantó amablemente.

—Bienvenido, Alí Agá. Entra, ven a tomar una taza de café.

—Gracias, acabo de tomar —respondió haciendo una pequeña reverencia ante cada invitada—. Hasta he mojado en él una pasta y he comido un poco de confitura de guindas. ¡Muchas gracias, madama capetana!

—¿Y eso qué importa, Alí Agá? Más vale que sobre que no que falte. Toma algo para hacernos compañía —insistieron las vecinas todas a un tiempo, porque conocían el orgullo y la miseria del viejo. El desgraciado, no tenía nada, ni café, ni confitura, ni pastas. Se pasaba la vida muerto de hambre y su único problema era el alimento. Por lo demás, no hablaba más que de cocina, mientras le corría un hilo de baba por la comisura de la boca. Las mujeres, por divertirse, atacaron el tema favorito.

—¿Qué preparaste hoy para comer, Alí Agá? —preguntó Katinitza, la importuna, guiñando el ojo a sus amigas—. Tú eres un gran goloso. ¡Quién sabe las cosas buenas que habrás hecho!

Alí Agá sonrió de placer. Tragó saliva y empezó a contar glotonamente: “¡El pollo estaba hoy tierno y la salsa era un descubrimiento suyo! ¡Y todo ello bien dorado al horno!…” Hablaba, hablaba, y su boca se llenaba de saliva y suspiraba.

Las mujeres se morían de risa, le preguntaban, le reñían.

—¿Siempre carne con salsa, Alí Agá? Vas a estropear tu salud. Hay que comer un poco de legumbre, de cuando en cuando. Demasiada carne es malo.

—Esta noche voy a darte un plato de ensalada hervida, vecino —dijo madama Mastrapas—, verás cómo te refresca las tripas. ¡Porque debes tenerlas rellenas de carne y especias como verdaderas

salchichas!

—Yo te daré un pan candeal, recientito de hoy —dijo madama Katerina—. El pan blanco que comes te pone muy pesado el estómago.

—Llega uno a cansarse hasta del caviar —dijo de pronto madama Penélope—. Yo voy a llevarte un plato de aceitunas aliñadas, un poco amargas, pero excelentes para abrir el apetito. Ya me dirás qué te parecen.

Así era como vivía el orgulloso viejecillo incrustado en el barrio griego, gracias a aquellas limosnas, hechas hábilmente y tan de corazón. Para las mujeres era la distracción de todas las tardes. Y cuando una vez más la comida de Alí Agá quedó asegurada se lanzaron a una interminable conversación. Se habló del campo en primavera, de los hombres que son mujeriegos y que no quieren más que el fruto prohibido. La Mastrapas suspiró. Katinitza se quejó de su marido que comía demasiado y roncaba tan fuerte que no la dejaba dormir…

Durante este tiempo, Murtzuflos, el macero, un horrible hombrecillo subido en el campanario de San Minas, escuchaba, con la mano detrás de la oreja el rumor de la ciudad que bordoneaba como una colmena. Distinguía los gritos de los vendedores, el ruido de las herrerías, los cantos lastimeros de los mendigos que llamaban a las puertas pidiendo limosna, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos, las esquilas de las cabras y los borregos que iban a degollar aquella misma tarde en Candía…

Toda aquella algazara irritaba a Murtzuflos.

“¡Basta!, ¡ahora me toca a mí!, mugía, empuñando las cuerdas de las tres campanas que colgaban encima de él. ¡Hace setenta y cinco años que os soporto, ya estoy harto!”

Murtzuflos no hablaba mucho. Lo que tenía que decir lo expresaba con sus tres campanas, como con tres bocas de lenguas chillonas. Él las había bautizado a escondidas, sin comunicar a nadie su secreto. La del medio, la más grande, se llamaba *san Minas*, el nombre del patrón de Candía. A la derecha estaba *la Libertad* y a la izquierda, *la Muerte*. La voz de *san Minas* estallaba siempre la primera, grave, marcial; bruscamente, intervenía *la Libertad*, alocada, alegre, cristalina; al fin, *la Muerte*, lenta y renqueante. Esas tres voces salían de las entrañas del viejo macero, de las entrañas de Creta, clamando por encima de los tejados cristianos, de los barrios turcos y de la residencia del pacha, la cólera y las aspiraciones de los raías.

Así, con sus tres voces triunfales, el alma de Murtzuflos toda de plata y bronce, alentaba a la población esclavizada en las grandes ocasiones: Navidad, Pascuas, fiesta de san Minas el dos de noviembre, y sobre todo en la de san Jorge, día del santo del rey de Grecia.

Murtzuflos, con su imaginación florida, veía a san Jorge hollando el suelo cretense, montado en un caballo blanco, vestido con la fustanela, la chaqueta bordada, las babuchas rojas con madroños, una cartuchera y pistolas de plata. Y, como una princesita, a la grupa de su caballo, la Libertad. Él era el príncipe de Atenas y el 23 de abril de cada año arribaba a Candía. Colgado de sus tres campanas, Murtzuflos le divisaba el primero, en el momento en que dejaba el puerto y subía hacia la ciudad' Entonces, le daba la bienvenida tirando con furia de *san Minas*, de *Libertad* y de *Muerte*.

Murtzuflos estaba de mal humor. Un día enteramente igual a aquél, un primero de abril, hacía de esto setenta y cinco años —¡cómo pasa el tiempo!— había nacido. Aquella tarde, por primera vez, se sentía viejo, de repente, y pensaba que iba a morir sin haber conocido la liberación de Creta… ¿Será otro el que toque las campanas ese día bendito? No, eso Murtzuflos no podía soportarlo. ¡Cáscaras, aunque el diablo ya me haya llevado, ese día yo vuelvo; será mi fantasma el que se colgará a las campanas! ¡Y armará un buen bochinche!

Una oleada de sudor frío cubrió la piel dura y arrugada de su frente. ¿Estará vivo ese día? ¿Estará muerto? Sus manos temblaban y presa de aquellos tristes presentimientos se puso a tocar el ángelus.

Mientras en el patio del Capetán Miguel la conversación seguía sobre hombres y mujeres y Alí Agá se disponía a enseñar a sus vecinas cristianas la opinión del Profeta sobre ese tema, la voz de las campanas se hizo oír. En seguida todas las mujeres interrumpieron lo que estaban haciendo, doblaron sus labores, se santiguaron y se levantaron para irse.

El sábado por la tarde, en todas las casas se encendía el fuego para calentar el agua del baño y las criaditas, descalzas, excitadas, lavaban el umbral de las puertas, barrían los patios empedrados o regaban los claveles de la India. Las viejas descolgaban el incensario suspendido ante los iconos para incensar la casa murmurando oraciones por los muertos, con los ojos semicerrados.

Al mismo tiempo que sonaba la primera campana, el pope Manoli volvía, todo sofocado, de su jira de bendiciones. Desde la mañana, no había cesado de rociar con agua bendita todas las habitaciones, por ser el primer día del mes, y en cada parada se tragaba un vaso de raki y vaciaba, con disimulo, los platos que le ofrecían, todo revuelto, en el abismo de su bolsillo. A esta hora venía sudando a mares, pero de muy buen humor.

—¡Eh, mujer! —llamó, dando palmadas.

La mujer del pope, alegre, exuberante, desdentada, acudió arrastrando sus pantuflas destalonadas. Había debido ser bonita y muy coqueta en otros tiempos. En aquella época, un lunar— cito, como un grano de pimienta, le había quitado la cabeza al pope. Ahora ya no

era más que una simple excrecencia de carne oculta por un mechón de pelos. Pero sus ojos brillaban siempre, picaros y golosos. Vió la sotana con los bolsillos hinchados.

—Buenas tardes, padre mió —dijo—. ¿Quieres que te desocupe?

El pope, parado en medio del patio, levantó sus brazos velludos.

—Desocúpame —dijo—, trae el barreno.

La mujer trajo un gran barreño de tierra cocida y se puso a vaciar los bolsillos insaciables del pope que, partiendo de la cintura, descendían hasta el borde de la sotana. En ellos pescó y echó al barreño una variedad infinita de alimentos: lukumes[16] albóndigas de carne, pepinillos, pistachas, dátiles, nísperos, cacahuetes, pasteles de nuez o de queso…

—Escucha a ese energúmeno de Murtzuflos, me está rompiendo los oídos. ¡Date prisa, mujer!

El barreño estuvo al fin lleno.

—He sacado todo, padre mío —dijo la mujer, tomando ávidamente el barreño en sus brazos.

Aligerado, el pope se fué a pasos largos al oficio de la tarde.

Una vez en su casa, madama Chrysanthi echó su hermoso chal de Cachemira sobre su espalda grasa y curva, luego acomodó en un cesto dos pequeños panes benditos, una botella de vino y otra de aceite. En el momento en que el pope Manoli, con la sotana remangada, pasaba corriendo, ella cerraba su puerta y se dirigía a la iglesia con pasos pesados. Había sido delgada y esbelta en su juventud, pero con el tiempo se había redondeado, su vista estaba debilitada y sobre su labio superior, sobre sus mejillas y su barba, largos pelos habían aparecido.

—Que san Minas te acompañe, madama Chrysanthi. —El pope, lanzando una mirada codiciosa al cesto, la saludó.

Pero madama Chrysanthi, atrofiada por su grasa, con las piernas hinchadas, pesadas, las articulaciones doloridas, pensaba en otra cosa. “Ya lo ves, san Minas, todos los sábados te traigo tu pan bendito, tu vino y tu aceite. Tú debes hacer también lo que vengo pidiéndote tanto tiempo. Yo quiero morir antes que mi hermano. Él es generoso y me pagará un hermoso entierro con los faroles de gala…”

Los mayordomos de San Minas había hecho traer de Constantinopla, aquellos espléndidos faroles, relucientes, con sus ornamentos de plata, sus vidrios multicolores y sus cintas de seda negra. No los sacaban más que para los entierros de categoría. Madama Chrysanthi, que envejecía tristemente, sin haber conocido ni el matrimonio ni el amor, sólo deseaba una cosa en este mundo: tener en su entierro los faroles de gala. En su juventud había pedido a san

Minas durante mucho tiempo, un buen marido, hermoso, amante de su hogar y poco preocupado por los gastos. Luego, después que perdió toda esperanza, empezó a rogar al santo para que ayudase a su hermano, el Capetán Polyxinguis a hacer buenos negocios. En verdad, cuando no había revolución éste quedaba desocupado. Entonces abría su tienda, situada a las puertas de La Canea, compraba a los campesinos aceite, vino, uvas secas, cidras, algarrobas y revendía esos productos a los comerciantes al por mayor —"los muy burros", decía —, y llenaba así su caja de medjidíes y napoleones de oro. "San Minas, ayuda a mi hermano a hacer buenos negocios, es en tu propio interés, si no quieres carecer de pan bendito, de vino y de aceite… en fin, de todo lo que le hace falta a un santo. Y además haz que nosotros tengamos también para comer satisfactoriamente. La buena comida es un gran consuelo, más o menos como un marido y unos hijos. Alí Agá bien puede decir que no quiere criar grasa para alimentar a los gusanos… la verdadera razón es que no tiene qué comer…"

Subió por la costa, hacia la iglesia de San Minas y se detuvo después de pasar la fuente de Idomena. "Gracias a Dios no podemos quejarnos, murmuró, hay cosas peores."

Había consagrado voluntariamente su vida a cuidar al buen mozo de su hermano, a lavar y recoser su ropa, a arreglarle la casa, hacerle la comida y admirarle sin cesar: "Qué valentía, qué nobleza." Es cierto que era dado a correrla en exceso, pero en fin las mujeres han sido creadas para los hombres, ¡qué tontería! Formaba un solo ser con su hermano: eran gemelos. Sin embargo, ella había envejecido antes de tiempo y había engordado en exceso, mientras que él seguía joven y esbelto. Pero eso no tenía importancia; él era quien contaba. Por lo demás ella participaba de todos sus placeres, orgías, diversiones, y, paciencia, si la pobre tenía que dormir sola en su cama. Cuando al amanecer él volvía después de una noche de juerga, madama Chrysanthi, saltaba alegre de la cama y corría a quitarle las botas, a calentar agua para que se lavase y a hacerle una taza de café bien amargo para animarle. Husmeaba febrilmente, a hurtadillas, los perfumes espesos que las mujeres dejaban en su pelo y sus bigotes. Y esto era lo que la pobre madama Chrysanthi sacaba de amor en esta tierra.

Pero en aquellos últimos tiempos, como había envejecido mucho y sus piernas hinchadas le hacían sufrir, y los faroles de lujo habían llegado, ya no pedía más que una cosa a san Minas: morir antes que su hermano y tener derecho a los faroles. Para ablandar al santo le llevaba un regalo todas las semanas.

Madama Chrysanthi monologaba, saludando aquí y allá a la gente escalando el duro pavimento que conducía a la iglesia, lentamente y con muchas paradas en cada esquina, como si siguiese un entierro de rico.

Al oír las campanas, su hermano el Capetán Polyxinguis, en el otro extremo de Candía, hizo el signo de la cruz sobre su chaleco, distraído, apresuradamente —como si tocase la mandolina— y se levantó para cerrar la tienda.

Era hermoso, y esbelto. Tenía una mirada hechicera y se vestía siempre como un muchacho de veinte años, con calzones bombachos de paño, un chaleco bordado, una ancha faja de seda y las botas blancas y amarillas que llevan los niños bonitos, cristianos o turcos, abiertas de arriba abajo y atadas con cordones rojos por la parte interior, para que se marquen las pantorrillas al andar. Se puso su fez ladeado, extendió elegantemente la borla sobre el hombro izquierdo y tomó el camino con paso elástico para hacerse afeitar en casa del mejor peluquero, el seor Paraskevas, como todos los sábados. Por el camino se detuvo varias veces, saludando a sus amigos comerciantes, gastándoles una broma o bebiendo un raki. Luego, echaba otra vez a andar, con paso ligero, el fez cada vea un poco más ladeado. Era feliz al sentir su cuerpo sólidamente dispuesto y funcionando como una buena máquina, era feliz al sentir su espíritu libre de toda preocupación. Cierta lectura le había impresionado mucho un día. “¿Cómo ha podido usted realizar tantas hazañas?”, había preguntado alguien a Kanaris, y el heroico incendiario había respondido: “Bueno, muchachos, siempre me dije a mí mismo: Constandi, ¡algún día tendrás que morir!…”

Desde entonces, el Capetán Polyxinguis llevaba el fez ladeado y en toda ocasión de guerra o de fiesta, se repetía: “¡Polyxinguis, algún día tendrás que morir!…”, y así iba adelante. Se había hecho construir en el cementerio una tumba espaciosa, toda de mármol, semejante a un subterráneo, con columnas alrededor, cojines por todas partes, una pequeña mesa en medio y en el muro un armario donde se podía encontrar siempre una botella llena de raki y unos vasos. Cuando le apetecía, el Capetán Polyxinguis llenaba un cesto de vituallas, iba a buscar a dos o tres amigos y les llevaba al sepulcro, donde se quedaban largo rato hablando de guerra, de mujeres y de muerte.

El Capetán Polyxinguis iba con el corazón desbordante de alegría. Y la tarde era dulce y silenciosa, no se movía ni una hoja. El perfume de las rosas de abril se escapaba de los patios, habían regado en abundancia las aceras y la tierra olía deliciosamente. Pronto el seor Paraskevas le enjabonaría, le afeitaría, le friccionaría los cabellos con agua de lavanda y le dejaría irreconocible, con menos de veinte años. Luego, el Capetán Polyxinguis se iría por las callejuelas oscuras, para

dar una vuelta y ver cómo andaban sus camaradas y sus amigas.

Suspiró: “Caramba, si Dios existe verdaderamente, éste es el momento en que debía hacer un milagro. Estoy en la flor de la edad, es ahora cuando me hace falta el milagro. Hace unos cuantos años yo era todavía demasiado joven, no tenía suficiente cacumen para apreciar a las mujeres, el vino o la guerra. Pronto perderé mis fuerzas y no podré gozar de la vida, cuando mis dientes y mis riñones estén gastados. Miraré a las mujeres como la zorra de la fábula… San Jorgito mío, de todos los santos yo creo que tú eres el que mejor me comprende. Yo te admiro tanto cuando te veo en los iconos, montado en un caballo blanco, con una mujer a la grupa. San Jorge, tocayo mío, ayúdame y puedes estar tranquilo, no me quedaré con los brazos cruzados.”

Dicho esto, trajo el fez hacia su frente v se aventuró por la calle grande.

Era una de las dos arterias principales de Candía. Comenzaba en la puerta oeste de La Canea y terminaba en la del Lazareto, donde se encontraba la gran plaza de los Tres Arcos y el jardín con un quiosco de madera en el centro de un grupo de árboles, donde todos los viernes la banda del regimiento regular turco, venía a tocar. La otra arteria cortaba a ésta perpendicularmente. Partía de la Puerta Nueva, hacia el sur y descendía hasta el puerto. En el cruce estaba la plaza que era el corazón de la ciudad. La calle grande era el barrio de los zapateros, de los vidrieros, de los cafés griegos y de las droguerías. A la puerta de las tiendas, apretadas unas contra otras, los propietarios, los obreros y los aprendices, bromeaban y chismorreaban entre risas ruidosas. Pobre de Effendín, del jorobado, del bizco, del cojo o el tonto que pasase por allí. Los zapateros se ponían a martillear todos a la vez sobre sus hormas, los aprendices a silbar y una verdadera lluvia de limones y tomates podridos caía sobre el infeliz.

El sábado la alegría llegaba a su colmo. Aquella tarde la calle grande bordoneaba, pero las campanas del oficio vespertino habían logrado imponerse. Por fin terminaba otra semana, ¡gracias a Dios! Los aprendices y los muchachos de las tiendas de comestibles, se habían quitado sus mandiles y echaban agua a sus patronos, que habían salido a la acera para lavarse. Cuando terminaban su aseo y alisaban sus bigotes, estos últimos cogían sillas y se instalaban ante sus cuchitriles con una taza de café oloroso y un narguile. Pronto aparecería Rusheina la negra, una verdadera montaña de carne negra y reluciente, con los senos colgando hasta el vientre y el cuello rodeado por un collar de gruesas cuentas azules, de esas con que se adorna a los caballos. Reidora, siempre alegre, la mirada picara, los dientes relumbrantes, llevaría, bien equilibrada sobre su cabeza una bandeja de pastas de sésamo. Y del lado de la fuente de Idomena,

Tulupanas aparecería también, triste, hablando apenas, con una bandeja en cada mano, cargada una de hojaldres cotí espinacas, otra de rosquillas perfumadas. La calle grande ya no sería una vía pública sino una gran casa burguesa donde se ofrecen golosinas a los invitados.

El Capetán Polyxinguis se detuvo irnos instantes y admiro la calle griega con orgullo. Las tiendas tenían buenos parroquianos, ni un solo turco que manchase el aire, los cristianos bromeaban, reían, las campanas sonaban. “Esta calle es un verdadero paraíso, no le falta más que la bandera con la cruz. Pero eso ya llegará, es seguro que llegará y gracias a nosotros, los cretenses.”

Luego, saludando a derecha e izquierda, echó a andar hacia la casa del peluquero.

Las sombras se alargaban. El muecín había subido al minarete para llamar a los fieles a la plegaria de la tarde, pero antes de prepararse a lanzar sus gritos hacia el cielo, titubeó un poco, arregló en su cabeza el turbante verde enrollado sobre un bonete blanco y echó una ojeada hacia abajo y alrededor, ¡Alá! ¡Alá!, murmuró, el hombre no podrá jamás, ni aun haciendo todo el bien posible, pagarte los dos ojos que le has dado para mirar el mundo.”

Se inclinó prudentemente, se regocijó del espectáculo que ofrecía la ruidosa y multicolor Candía con sus blancos minaretes, sus jardines, las cúpulas de los monasterios de los derviches, los pendones del Profeta… y suspiró, maravillado.

“¡Todo lo tiene esta ciudad bendita, todo, todo! Todo lo que se puede querer: mujeres bellas, gallardos muchachos. Nuri por ejemplo, cuando le veo galopar en su caballo negro, me parece tener veinte años. Tiene también jóvenes de piel blanca y tierna como pan reciente y cuando se ponen a cantar en los cafés esos aires tristes que quitan la cabeza a cualquiera, no sabe uno dónde ir a glorificar a Dios, si a la mezquita o a los cafés. Hasta su mal olor, ¡a fe mía, que me gusta! Cuando entro por la puerta del Lazareto y empiezo a oler la bosta de nuestras muías cretenses, mi corazón se hincha de placer… Este olor de Candía, yo no lo daría por todos los placeres del mundo. Es un poco como el olor de mis sobacos; todo el mundo lo encuentra repugnante, ¡pero a mí me gusta!”

Respiró muy hondo, aplicó las palmas de sus manos a sus orejas y, bruscamente, en el aire su voz surgió directa, como un cohete, clara, llena de amor y de súplica. Por su dulzura y su fuerza sobrepasaba en belleza a todas las campanas de Murtzuflos. Subía derecha hacia el sol, con el pico en alto, desgarrando el cielo, llamando a Dios y de pronto volvía a caer sobre Candía, como una alondra. Parecía que se hubiese bebido a Dios entero y estuviese embriagada.

En el momento en que el muecín alababa, envidiándola secretamente, la belleza de Nuri Bey, éste, con aire sombrío, volvía de su pabellón donde había ido con la esperanza de aplacarse, pero la vergüenza que sentía pegada a su cara, a su cuello y su pecho descubierto, le quemaba. Espumeaba de rabia y su caballo igualmente inquieto aquel día, tropezaba sin cesar.' El mar a lo lejos se había puesto rojo y a pesar de la ausencia total de viento, hervía. Nuri Bey atravesó la ribera Yophiro; las viñas habían echado ya sus primeras hojas, los almendros retoñaban y embalsamaban las higueras.

"Nada, nada, rugía, nada puede consolarme… ¡Al diablo el mar y los árboles y el sol!"

Seguía pensando en el Capetán Miguel, le veía de pie, con los dos dedos separados dentro del vaso y creía oír el chasquido del vidrio. Creía ver también los ojos dé Emina, maravillados y llenos de deseo.

"¡Puah!, dijo en alta voz. La tierra no tiene más que abrirse y tragarme. ¿Para qué vivir si no soy el hombre más fuerte de mi país? ¡No quiero soportar semejante vida!"

Volvía a su mente la noche anterior. ¡Qué rabieta, qué borrachera! ¡Y aquella caída que le había dejado tendido en el umbral, borracho perdido, entre porquerías! Ahora lo recordaba bien, El estaba en un profundo sueño cuando un grito horroroso, como una queja salvaje, había desgarrado su ensoñación. ¿Quién lo había lanzado? Cuando el negro le descubrió y le limpió, por la mañana, el sueño se había desvanecido, pero un puñal había quedado plantado en su corazón.

Ahora pasaba junto al cementerio turco. Las losas sepulcrales derechas, con sus letras complicadas, coronadas por turbantes de mármol abigarrados, parecían de lejos un pueblo petrificado que salía del suelo, trataba de arrancarse de él y volver a Candía. Buscó con los ojos, en dirección al mar, el rincón donde se elevaba la tumba de su padre, entre dos cipreses. Al descubrirla se estremeció de terror. El turbante de mármol parecía haberse movido y resbalado hacia atrás; así era cómo Haniali, el bebedor de sangre, tenía la costumbre de separarlo cuando estaba colérico. Todo daba vueltas alrededor de Nuri Bey. Su caballo tropezó y se dirigió hacia la tumba. Nuri, aterrorizado, se agarró a las crines del animal para no caerse y tiró de la brida. El fiero corcel se levantó sobre sus patas traseras piafando. Era la primera vez que tropezaba así. ¡Mal augurio!

El bey dió un grito, quería apearse para orar en la tumba de su padre, pero tuvo miedo del muerto. Súbitamente todo se aclaró en su cabeza; volvió a ver el sueño de la noche precedente, en todos sus detalles. ¡Haniali estaba de pie, junto a su 'dmo hada, cubierto de andrajos y de tierra, descalzo, él que no se dignó jamás poner su pie en el suelo! "¿Puedes decirme, imbécil, le gritaba, cuántos años hace

que rondo tu desdichada casa? Desde 1866, ¡son veintitrés años! Y yo que me figuraba que mi hijo, mi hijo único pensaría en mí noche y día, y no tendría más obsesión que la de vengarme… En vez de eso oigo risas, músicas, canciones salir de tu ventana. Desde entonces, completamente abandonado, arrastro mi vergüenza por las calles y los campos. ¿Para qué traer hijos al mundo si no es para ser vengado un día? Y tú, sin el menor pudor, mezclas tu sangre a la sangre del hermano de mi asesino y le enseñas a tu mujer sin velo, con la cara descubierta. ¡Inútil! ¡Infiel!"

Estas injurias pusieron a Nuri furioso. Hubiera querido gritar: "Di, viejo, ¿hasta en la tumba vas a seguir oprimiéndome? ¡Ya estoy harto!" Las palabras se atropellaban en su boca y le sofocaban. Espoleó a su caballo y antes de la puesta del sol entró en Candía por la puerta de La Canea y se lanzó hacia los barrios griegos.

En ese mismo momento el Capetán Miguel se acercaba a la puerta del Lazareto por el otro extremo de la ciudad. Había apresurado el paso de su yegua porque el sol se hundía ya en el mar y se exponía a encontrar las puertas cercadas. Veía de lejos a los leprosos que se levantaban para irse. Echados todo el día a la puerta de Candía, entre el polvo y el estiércol, alargaban sus muñones y pedían limosna. Pero a la apuesta del sol la jornada terminaba, se levantaban y en fila india, tomaban el camino de Meskinia. Aquella tarde, marchaba a la cabeza la pareja de recién casados que la noche anterior se abrazaba con tanta pasión. Ahora iban, uno junto a otro, indiferentes y apresurados. Avanzaban, silenciosos, con las mejillas roídas, sin nariz o sin orejas. Algunos ciegos, otros parecía que riesen a carcajadas porque la ausencia de labios dejaba ver sus dos filas de dientes. Iban de prisa. Se podría creer que salidos de la tierra ante la llamada de las trompetas del Juicio Final, habían, en su precipitación, abandonado parte de sus carnes.

El Capetán Miguel volvió la cabeza. La vista de la enfermedad le repugnaba. "Sólo los hombres sanos deberían tener derecho a vivir, pensó. ¡Los otros no sirven para nada!"

Espoleó a su yegua y cruzó el umbral de la puerta en el momento que los guardias cargados con las llaves de la villa tocaban el clarín en dirección al sol poniente, mientras la bandera turca descendía en su asta.

III

Fué una noche de tormenta. La naturaleza se pasmó en una agobiante inmovilidad, el aire se hizo espeso y las hojas jóvenes se abarquillaron, en la oscuridad, tristemente. Una abrumadora amenaza pesaba sobre la ciudad.

El Capetán Miguel durmió mal. Los habitantes de Candía abrían las ventanas sobre las terrazas y se desabrochaban las camisas de noche para poder respirar. Algunas viejas que sentían venir la desgracia, se sentaban a sus puertas, pero no se atrevían a abrir la boca por miedo de traicionar sus pensamientos. El hada de Candía, maldita sea, podía oírlas y poner en ejecución lo que tal vez todavía no había decidido.

Así pues, charlaban, esforzándose en hablar de cosas sin importancia, simplemente por desahogarse, pero el tema de su preocupación volvía continuamente: "¿Te acuerdas?… la última vez fué igual…" "Cállate, desgraciada…" "¿No oyes como *un* gruñido bajo tus pies?" "¡Cállate!"

Luego, entraban en la casa, echaban el cerrojo y esperaban, último consuelo, la salida del sol.

Envuelto en un ligero velo de nubes de color cobre, ceñudo, feroz, el astro se levantó al fin por detrás de las montañas. Los minaretes se encendieron, el mar se empurpuró, mientras Murtzuflos tocaba las tres campanas. En los barrios griegos las puertas se abrían por todas partes y los padres de familia hacían su aparición, cuidadosamente lavados, vestidos con sus mejores trajes y camisas almidonadas: el marido y la mujer en medio, la suegra un poco detrás y los niños delante, bien emperifollados. Los chicos pequeños llevaban en la *mano* un pañuelo blanco doblado, y las chicas tenían lazos de cinta en el pelo.

Iban a rezar al bello caballero de sienes grises, patrón de Candía, san Minas, y a escuchar al metropolitano que iba a pronunciar un sermón aquel día y a distribuir el pan bendito con sus propias manos. Era domingo. Nada de comercio, las tiendas no abrirían y el más famoso de los comerciantes, Satán mismo.

dormiría todo el día. No había más que ir a oír la palabra de Dios; era gratuito, no se perdía nada con ir y al otro día, temprano, se volvería a coger el metro o la balanza. Se volvería a regatear y se vería

quién engañaba a quién. Seis días están consagrados al diablo y uno a Dios, encended un cirio a cada uno y viviréis tranquilos.

La iglesia centelleaba como un cielo estrellado, embalsamada por la cera y el incienso, bordoneaba como una colmena llena de ángeles, de santos y de hombres. Como no podía contener a tantos fieles, gran parte de ellos se quedaban en el pórtico o en el patio. El metropolitano, enorme, con su barba blanca, sus vestiduras sacerdotales bordadas en oro, parecía, sobre su trono, una fiera nacida del cielo y descendida a la tierra para inspeccionar y aterrorizar a los humanos.

El pope Manoli, todo cubierto de oro avanzaba hacia el iconostasio y murmuraba el Evangelio del día, en el momento en que Kayambis y su mujer abrían la puerta de su casa para ir a la iglesia. Se habían casado el domingo anterior y, siguiendo la costumbre, la joven pareja, vestida como el día de la ceremonia, iba a arrodillarse ante el patrón de Candía, san Minas, y a llevarle un gran pan perfumado con canela, almáciga y azúcar.

Su casita estaba cerca del puerto, en el lugar donde comienza el barrio judío, en una estrecha y tortuosa callejuela batida por el viento del norte y abrasada por la sal del mar. Garufalia se apoyaba en el brazo de su marido y los dos avanzaban lentamente, orgullosamente, saludando de todo corazón a la naturaleza en fiesta, ¡Oh, cómo brillaban las calles, cómo olían ornadas de mirto! Las piedras reían, la tierra se había engalanado como para una boda y en algunos espinos, sobre las tapias de los jardines, se habían abierto flores blancas… Candía estaba desconocida. Garufalia, levantó a hurtadillas sus ojos húmedos y miro a su marido. “¿Qué es todo eso que nos cuentan los popes? El Paraíso es esto, está aquí! ¡Dios mío, te lo ruego, no me des otro! Habían llegado a la plaza y pronto iban a doblar la esquina de la calle que conduce a la iglesia. Kayambis volvió la cabeza, miró a su mujer y se sintió todo alterado. Le pareció que la tierra se había hundido en el caos y que no quedaba junto a él mas que aquel cuerpo cálido, oloroso, ungido de almizcle, vestido con pequeñas camisas, enaguas, faldas, con botones y collares y cuya boca olía deliciosamente a ser humano… Desde la víspera estaba un poco triste porque tenía que responder a la invitación del Capetán Miguel. No podía soportar la idea de pasarse ocho días sin abrazar a su mujer. En medio de la plaza se detuvo. Después de todo, a él, un sfakiota, le importaba un comino el patrón de Candía y las costumbres del país. ¿Qué le tocaba a él de todo eso? ¿Y por qué tenía que perder el tiempo en recorrer iglesias en vez de quedarse en su casa? Dios perdona siempre a los recién casados… Le quedaba ya muy poco tiempo. El Capetán Miguel, aquel león, debía estar ya esperando en su cueva. Kayambis apretó el brazo de su mujer, guiñando el ojo:

—¿*Y* si nos volviésemos a nuestra casita, eh, mujer? le dijo, con el aliento entrecortado por el deseo.

La mujer enrojeció, sus párpados se hicieron pesados.

—Como tú quieras, Yanakis mío —dijo, bajando los ojos.

Dieron media vuelta y como si les persiguiesen, atravesaron en poco tiempo la plaza, dejaron atrás el plátano, la casa del pacha, se aventuraron por las callejuelas y alcanzaron el puerto. Kayambis abrió violentamente la puerta de su casa, entraron, echaron el cerrojo y se arrojaron juntos en la cama.

El Capetán Miguel, en efecto, esperaba en su bodega desde el amanecer. A su derecha, sobre dos gruesos maderos, había tres toneles de vino, a su izquierda dos tinajas, una llena de aceite, otra de trigo. Sobre su cabeza, colgando de las vigas, rosarios de higos, de granadas, de membrillos y de melones de invierno amarillo canario con rayas verdes marcando las rajas. Colgados en la pared, ramitos de orégano, de mejorana, de salvia, para hacer tisanas. La bodega olía a vino y a membrillo. Pronto traerían las gallinas hervidas, los pulpos, las salchichas y el aire cambiaría de olor.

El Capetán Miguel estaba sentado en un taburete alto, con su gran cabeza bien ceñida por el pañuelo oscuro, y la espalda apoyada en la pared. Los ojos fijos en la puerta que tenía enfrente, inmóvil, no veía nada, no pensaba en nada. De cuando en cuando, solamente, su mano, como una tenaza, agarraba el borde de la mesa y hacía crujir la madera.

Su mente dormía, pesada, como una fiera domada y ciega, pero su corazón hervía. La vida había sido con el magnánima, nada le faltaba; era fuerte, estaba bien casado, era jefe de una familia y tenía la consideración de todos. Su hijo se le parecía, así pues, no tenía por qué temer a la muerte. Thrassaki le sustituiría. Tenía, como él, un lunar en el cuello, las cejas espesas y boscosas, los ojos redondos, pequeños y de un negro profundo. ¿Qué disgusto podía entonces aquejar al Capetán Miguel? Desde hacía cierto tiempo no tenía ganas de nada. Ya no sabia ni reír, ni bromear, ni mucho menos encontrar la palabra justa que da alegría o que consuela. Es cierto que siempre había sido sombrío, ensimismado y taciturno.

Un día, el excelente sastre Manolakis, hermano de su mujer, vino a su casa, para pasar la noche en familia. En medio de la conversación, el infeliz se echó a reír, pero el Capetán Miguel le fulminó con los ojos y Manolakis ya no pudo sentirse a gusto y acabó marchándose. Entonces el Capetán Miguel se volvió a su hijo:

—¡Qué vergüenza! —dijo con desprecio—, ¡qué vergüenza, se ha reído!

“Cuando Creta sea liberada, pensaba a veces, mi corazón lo será también. Cuando Creta sea liberada, reiré.” Sin embargo, no hacía mucho tiempo que había tenido un sueño: Creta había sido liberada, las campanas sonaban. Las calles estaban alfombradas de mirto y de laurel. Un acorazado blanco atracaba al puerto y el príncipe de Atenas saltaba al muelle y se inclinaba para besar la tierra de Creta. El Capetán Miguel, él mismo, estaba en el muelle con las llaves de Candía, para ofrecérselas al príncipe en una bandeja de plata. Creta era al fin libre, pero su corazón de ninguna manera se sentía aliviado. “¿Qué es lo que me pasa?, gruñía irritado, ¿qué es lo que me falta? ¡Voy a volverme loco!”

La sangre se le subió a la cabeza, los ojos se le inyectaron de rojo, le pareció que le iba a estallar el cerebro. Creta se tambaleó dentro de él y se hundió. Ya no era una isla sino un monstruo que yacía en la superficie del mar, era la Gorgona, hermana de Alejandro el Grande, que se lamentaba, hería el agua con su cola y producía la tempestad… Oyendo el lamento del monstruo, el Capetán Miguel sentía vacilar su razón, pero de pronto, le vió cambiar de aspecto. Un plátano había brotado en él, creciendo, echando raíces en sus entrañas y devorándolas. Colgando de sus ramas se balanceaban los cuerpos de los antepasados, descalzos, amoratados, con la lengua colgando y un vendaval violento sacudía el árbol entero… En el mismo momento en que el Capetán Miguel se prosternaba ante ellos, con los brazos abiertos, desapareció todo, su mente se vació, no quedó en ella más que un farol de vidrios rojos y verdes que iluminaba la cara de Nuri, una botella de raki, una perdiz asada, y allá al fondo unos labios de los que se escapaba una risa perlada, y dos cejas de circasiana.

El Capetán Miguel saltó de su taburete y de un puñetazo en la pared sacudió toda la casa. Luego se puso otra vez a mirar a la puerta, irritado esta vez y echando juramentos porque sus animadores estaban retrasados.

En aquel mismo momento, en los cuatro extremos de Candía, los animadores se ponían en marcha. Ventusos, el tabernero, se había levantado temprano y, de pie ante el iconostasio de infatigable lamparilla, había rogado a su patrona Nuestra Señora de las Viñas, que le diese valor, pues partía para un gran combate. Tenía que resistir ocho días, de un domingo al otro, con ocho noches. Si su santa patrona no le ayudaba, estaba aviado. Muchos años atrás había pedido al monje Nicodemo que le pintase una Virgen, no como las que representan los pintores; una madre, una nodriza, sino tal como él la había visto, en sueños: una mujer de la casta de las vendimiadoras, un poco hombruna, de labios gruesos, con el pañuelo blanco de las mujeres cretenses a la cabeza, y en sus brazos, confortablemente instalado, un racimo tan grande como un niño. Al principio, el monje

se había negado. “Eso no se puede hacer, había dicho, no es así como está descrita en los libros. Es pecado representarla de otro modo. ¡A Cristo niño es a quien debe tener en los brazos, no un racimo de uvas!” Pero para ablandarle, Ventusos le había prometido, además del precio de su trabajo, una botella de raki y dos kilos de bacalao, así que Nicodemo había tomado su partido y se había puesto a pintar la Virgen con el racimo, después de santiguarse cien veces.

Aquel día Ventusos, en calzoncillos, ante ella, le suplicaba: “Nuestra Señora de las Viñas, tú que proteges las tabernas y a sus propietarios, te dejo, me voy, voy a bajar a la bodega del Capetán Miguel. Tú sabes bien lo que eso quiere decir. No olvides que he dado dinero, y bacalao y raki para tener tu imagen; ¡no me dejes caer! ¡Ayúdame a resistir, a no emborracharme, impídeme vomitar y ensuciar las paredes! Y además, oh Virgen mía, inspira al Capetán Miguel, esa fiera indomable, para que nos deje ir más pronto. ¡Es demasiado ocho días y ocho noches, Dios mío, Virgen santa, es demasiado!”

Se lavó, se vistió, descolgó su lira colgada del iconostasio, salió al patio, dijo adiós a su mujer Marusio y a sus dos hijas, recomendándoles que fuesen cada dos días a ver lo que había sido de él. Les dejó el dinero para la semana, dijo a su hija mayor, la más instruida puesto que era maestra, que le escribiese una cosa en un pedazo de papel, se guardó el papel en el bolsillo, miró la casa como si le dijese adiós, hizo una vez más el signo de la cruz y se fué.

Pasó primero por la taberna y clavó el papel en la puerta, en lugar bien visible: “El propietario ha tenido que ausentarse por negocios.” Luego, un poco aliviado, se dirigió hacia la casa del Capetán Miguel. Llegaba con retraso. El ogro no le haría ningún reproche, pero frunciría las cejas; era igual.

Al pasar frente a la casa de su hermano mayor, el poderoso negociante, se puso a caminar más rápido. “Con tal que no me vea, en seguida adivinará a dónde voy y ¡eso traerá líos! Por mí, que lo cuelguen a ese grandísimo asno!” Frotó su gran nariz color berenjena, que descendía poco a poco y amenazaba metérsele en la boca. “¡Que lo cuelguen! —repetía—. ¡No es él quien tiene que decirme lo que debo hacer! Por lo pronto, ya te arreglé bien el otro día. No sé qué es lo que me pasaba, pero iba andando torcido, y tropezando con todo, cuando de pronto me encuentro de manos a boca con el ilustre señor, que salía de su casa señorial. ¡En cuanto me vió puso una de esas caras… «Condenado Manoli —me dijo—, ¿todavía no estás cansado de beber, y beber, y beber?». Entonces yo me agarré bien a la pared, abrí el piquito: «Condenado negociante —le respondí—, ¿todavía no estás cansado de no beber, y no beber, y no beber?». Las dos o tres personas que pasaban por allí reventaban de risa. Y el muy burro todavía no ha

parado de correr.” Por el camino, Ventusos monologaba: “Yo habría podido ser pope, esa era la voluntad de Dios porque nací en Viernes Santo. Mi padre si que era pope. Y luego, quién sabe si habría llegado a obispo. Pero ir a debatirme en una escuela, plegarme a una disciplina, ¡eso no es para mí! Siendo todavía un niño tocaba tan bien la lira que las piedras bailaban al escucharme. No faltaba a una boda ni a un bautizo. Yo era siempre el que llegaba primero y no había medio de que me fuese. Por eso las Tres Gracias me pusieron el apodo de Ventusos. Poco a poco empecé a gulusmear el vino y ya no podía vivir sin olerlo, entonces abrí una taberna y me encargué una Virgen a mi gusto, una que me vaya bien, una que ningún otro, en toda la cristiandad, pueda tener, que acuda cuando yo la llame, y no ande corriendo por ahí ocupándose de los asuntos de otras gentes cuando yo la necesite. Ésta es mía, en propiedad, y no se la prestaré a ningún hijo de puerco. El año pasado, ese bandido de Capetán Polyxinguis me la pidió prestada para encargarse una igual ¿Prestarla, yo? ¿Prestarías tú tu yegua?, le dije. ¿No, eh? Pues bueno, ¡yo no presto mi Virgen!”

Como iba absorbido en su monólogo, tropezó junto a la Fuente de Idomena, con Mistigri y Bertoldo[17], que también se dirigían echando el bofe, hacia la casa del ogro. El encuentro fué tan violento que en el empujón la lira de Ventusos estuvo a punto de quedar desfondada y el sombrero de Bertoldo rodó por el suelo.

—¿Por qué tienes tanta prisa en ir a meterte en la boca del lobo? —dijo Mistigri—. Espera un poco, vamos a liar un cigarrillo, eso nos dará un poco de valor.

Se sentaron en el escalón de piedra de la fuente y sacaron sus tabaqueras. Mistigri en medio, majestuoso, gigantesco, redondeado por la edad, con sus pies enormes que hacían temblar el suelo cuando bailaba. Si no tuviese aquellos pies nadie le saludaría, porque no se saluda a un hombre que se deja pegar P°rjS1j mujer' Tenía cejas espesas y bigotes tiesos que le daban verdadera semejanza con un gato. Se inclinó hacia Bertoldo con ternura, le acomodó en los hombros la esclavina que se le había caído y enderezó el sombrero de fieltro sobre sus cabellos grises. Bertoldo era un viejecillo relimpio, simpático, con una jeta común, pero agradable, una barbilla puntiaguda, recién afeitada, con un par de tufos engomados de pomada olorosa. Era el primer hombre en Candía y acaso en toda Creta que se había afeitado los bigotes sin preocuparse de Dios ni de los hombres. Tanto que los cretenses le creían barbilampiño por naturaleza, y no le daban importancia, pero cuando supieron que se afeitaba, montaron en cólera. “Eso no se hace, eso altera el orden de las cosas, ¡así no puede uno distinguir un hombre de una mujer! Algunos le tiraron piedras y cáscaras de limón, otros mas comedidos dejaron bruscamente de decirle buenos días.

—¡Entre nosotros no gustan esas bufonadas! —le lanzo un día Barbayanis acariciando sus propios bigotes . Aquí, en Creta, hay gentes de dos especies, no de tres, de dos: los machos y las hembras. ¡Los machos afeminados no hacen falta!

Un domingo, pasaba Bertoldo por los Tres Arcos con su guitarra, malicioso, ligero, sonriente, y Mistigri que estaba borracho le agarró y trató de quitarle los pantalones delante de todo el mundo, para ver, decía, si era un Bertoldo o una Bertoldina. Pero unos hombres de la asistencia pública, que no estaban borrachos, intervinieron y Mistigri, lamentando sinceramente su ocurrencia, se puso a llorar, cogió a Bertoldo entre sus brazos, le estrujó, le acarició y le besó tan apasionadamente que Bertoldo gritaba: ¡Déjame, que me ahogas! Desde ese día se hicieron amigos inseparables.

Felizmente para él Bertoldo no era cretense, era de Zante, ¡y conde, para remate! A veces se preguntaba qué habría venido a hacer en Candía, entre todos aquellos salvajes. No se llamaba Bertoldo, su nombre era conde Manzavino. Pero como tintaba en todas las estaciones, salía siempre envuelto en su gran esclavina verdosa por los años, no hablaba como todo el mundo, era patizambo, payaso y haragán, los candiotas le habían puesto Bertoldo.

Entre tanto, iba disminuyendo el numero de sus discípulos. ¿Para qué aprender a tocar la guitarra? Las voces de asnos de los candiotas no estaban hechas para las cancioncitas de Zante y el pobre Bertoldo pasaba hambre: rodaba por los cafés, contaba su vida con una gracia infinita, hablaba de sus esplendores pasados, de las princesas, de las serenatas y las comparsas de mandolinas de su país. Con la guitarra sobre las rodillas, cantaba dulcemente una vieja canción y el dueño del cate no podía menos de darle una taza de café con un bizcocho, o un lucum, o una cucharada de confitura. Así era como el conde engañaba a su hambre. Algunas veces pedía permiso para envolver su lucum en un pedazo de papel y llevárselo a su casa, porque vivía con su patrona, una viuda octogenaria, y se sentía avergonzado de regalarse a solas, cuanto más que a la pobre vieja, ya sin dientes, le gustaban los lucums.

“Ése es muy a propósito para llevarlo a la bodega”, pensó el Capetán Miguel, un día que le oyó ensartar sus verdades y sus mentiras en la taberna de Trialoni. Aquella tarde Bertoldo hablaba de Zante, “il fiore di Levante” donde los turcos no habían puesto el pie y donde había nacido el himno nacional griego. El Capetán Miguel le había llamado:

—Escucha, seor Bertoldo, tú has nacido noble y Candía tiene el deber de alimentarte. Yo te asignaré una pequeña pensión todos los meses. Pero fíjate bien, ¡cada vez que yo te llame a mi bodega tienes que acudir!

—Con verdadero placer, señor mío —había respondido el conde, haciendo una profunda reverencia—. Soy tu humilde servidor ¡oh glorioso Capetán Miguel!

Mistigri envolvió al viejecillo en la esclavina como un bebé, mientras éste daba grititos de placer.

—Valor, Bertoldo —dijo Ventusos—. Viejecillo mío, ¡afrontemos la tempestad!…

—No te preocupes, seor Ventusos, he tomado mis precauciones, por lo que pueda suceder. Mira —dijo, descubriendo un paquetito que escondía bajo el brazo.

—¿Qué es lo que llevas ahí, seor Bertoldo? —preguntó Ven— tusos, tocando el paquetito.

—Ropa blanca —dijo el cuidadoso viejecito, enrojeciendo.

—Bueno, ya es bastante —dijo Mistigri tirando su colilla—, ahora que hemos descansado, muchachos, echemos a andar hacia el Laberinto. Vamos ¡y que Dios nos ayude!

Se pusieron en camino hacia la casa del Capetán Miguel, los tres cogidos del brazo. Éstos iban valientemente, pero después de pasar la iglesia de San Minas, delante de la mezquita de Santa Katerina, el último invitado, Effendín, trataba en vano de cruzar la calzada.

Era un hombre ya maduro, con una barbita rubia, mal cortada, con ojos sin color, globulosos y vagos. El ancho turbante, de una blancura impecable que daba varias vueltas a su cabeza, no era más que su sudario, que traía al retortero continuamente, dispuesto a envolverse en él cuando le llegase el momento, para entrar al Paraíso. Había ido tiempo atrás a La Meca, y después de aquel período de canícula, de sed, de suciedad y de locura divina, tenía la mente estremecida, llena de llamas y de extrañas percepciones. De vuelta en Candía había llegado a ser el hodja de la mezquita, donde uno de sus antepasados estaba enterrado. Enseñaba a los pequeños turcos, les pegaba o se dejaba pegar por ellos, hasta un día en que Braimaki, el sobrino de Nuri Bey le rompió la cara, lo que puso fin definitivamente a las lecciones.

La mezquita estaba cerca de la iglesia de San Minas, en un largo y ancho patio herboso. Al fondo, había tres pequeños cuartos en ruinas y en el centro la tumba del santo, un féretro de madera con una lápida de mármol acompañada por un turbante verde y recubierta de letras doradas, desteñidas por las lluvias y el sol. Alrededor de la tumba, había bancos y escabeles donde todos los viernes venían los fieles a sentarse. Siempre mirando al santo, charlaban, fumaban su chibuquí y tomaban el café que les preparaba la madre de Effendín, Hamida Mulá, la exorcista. El turbante estaba hueco y ellos echaban allí monedas para animar al santo a arreglar sus asuntos, tanto en este

mundo como en el otro. Igual que los cristianos, ellos tampoco pedían gran cosa; buena comida, buenas mujeres y alegría en el corazón, tanto en este mundo como en el otro. Eso era todo. Y para impulsar al santo a interceder en su favor, le dejaban allí una ofrenda.

Todas las mañanas, a la hora en que salía el sol, Effendín se sentaba a la turca junto al sepulcro de su antepasado, con un gran Corán en las rodillas y se ponía a balancearse de delante a atrás, hasta que sentía vértigo. Entonces empezaba a salmodiar y a llorar. Cuando hacia frío, saltaba, con los brazos extendidos, la cabeza inclinada sobre el hombro y danzaba como un derviche, silbando, escupiendo y pataleando para calentarse los pies. Al mediodía, cuando el hambre le atenazaba, tomaba impulso y corría desenfrenado de un extremo a otro del patio, resoplando como un buey y sudando, a pesar de su desnudez, pues no llevaba más que su turbante y un calzón de tela de saco. Los vecinos le veían a través de los barrotes de la ventana que daba a la calle. Unos reían, otros tenían piedad de él y le gritaban: "Por el amor de Dios, Effendín, ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué es lo que estás haciendo?" "¡Traslado llamas, vecino —respondía sin detenerse —, traslado llamas!"

Cuando escapaba a su madre y salía a la calle, los pequeños griegos le perseguían y le tiraban piedras mientras él corría, sin aliento, tratando en vano de cruzar de una acera a otra. La calzada le parecía un río, se lanzaba para cruzarlo, pero recordando que no sabía nadar, se echaba atrás, con las piernas temblorosas de emoción. Siempre que el Capetán Miguel preparaba una fiesta, llamaba a Effendín para tener también un turco entre sus animadores. Effendín esperaba que viniesen a advertirle, impaciente e inquieto, a la vez. Contaba los meses que faltaban hasta el día en que Charitos vendría a buscarle a la mezquita y le murmuraría al oído: "Mi tío, el Capetán Miguel, te envía sus saludos y te invita a ir a su bodega.

Durante todo el año se moría de ganas de comer carne de cerdo y de beber vino, pero el Profeta no le permitía ni el vino ni la carne de cerdo. Effendín no podía ni siquiera ver una mujer, en seguida empezaba a temblar. Un día, una bengazina se puso muy insinuante con él, por broma, y él se tiró al suelo convulsionado y babeando. No le quedaba más que un placer en la vida, un placer prohibido, pero sumamente agradable; el placer de ser invitado cada seis meses por el Capetán Miguel a beber vino y comer cerdo, en fin, a llenarse la panza para medio año. "Méteme miedo, Capetán Miguel, le decía. Ponme tu cuchillo en el pescuezo y grítame: ¡come cerdo, bebe vino, si no te degüello! ¡Fuérzame, Capetán Miguel, para que no sea pecado!" Así pues, comía y bebía y para desahogarse chismorreaba todas las injurias que el Profeta prohibe pronunciar y que había retenido en su

garganta durante seis meses. Contaba todo lo que sabía de su vecino —así llamaba a San Minas—. No les separaba más que un muro y él oía al santo dejar la iglesia en plena noche, sobre su caballo. El miedo abrumaba entonces a Effendín. Se escondía bajo su manta y por la mañana robaba aceite de la lamparilla de su antepasado para llenar a escondidas la de San Minas.

Dos veces ocho días, es decir dieciséis días por año, Effendín comía, bebía y juraba en la bodega del Capetán Miguel, como un hombre cualquiera; su mente funcionaba a la perfección, no trasladaba llamas y podía cruzar una calle sin miedo. Pero los buenos momentos pasan como un relámpago; el pobre Effendín volvía a la mezquita y la santidad y el martirio recomenzaban.

Aquella noche, la alegría le había impedido dormir. Se levantó con la primera claridad del alba, atravesó el patio descalzo, abrió la puerta sin hacer ruido, para no despertar a su madre y se deslizó fuera. Había pasado por la iglesia de San Minas pegado a la pared, había dejado atrás la escuela griega y alcanzado la mezquita de Santa Katerina donde se detuvo. Le inundó un sudor frío. Ahora tenía que pasar a la acera de enfrente para ir a la casa del Capetán Miguel. Alargó un pie, pero lo retiró en seguida y empezó a temblar. No era una calle aquello que corría ante él, espumeante, entre las dos aceras, era un río profundo, rugiente, que arrastraba troncos y piedras…

Effendín se apoyó en la pared, se secó la frente y miró de un extremo a otro la calle desierta.

“¿No irá a pasar nadie, nadie? ¿Turco o cristiano, aunque sea judío, alguien que tenga piedad de mí?”

Effendín esperaba, sin aliento, con la lengua fuera. Enfrente, en la otra acera estaban el vino, el cerdo y las salchichas. “¡Valor, muchacho, valor, un salto y pasas!”

Tomaba impulso, pero en cuanto miraba la calzada, se echaba atrás y se agarraba al muro.

Encima de él, todo blanco, el minarete de Santa Katerina resplandecía, el sol iluminaba los tejados y más lejos, la chimenea del horno de Tulupanas humeaba. En la casa de enfrente una gallina cacareaba después de haber puesto. Se oía llegar desde San Minas el canto de los salmos arrullador y dulce.

“¡Cáscaras! ¿No pasará un solo cristiano que vaya a la iglesia para ayudarme? ¿No? ¡Por lo visto, el mundo se ha quedado desierto! ¿Qué significa esto, qué significa esto?”

No veía a nadie y, súbitamente dominado por el terror, se puso a gritar:

—¡Socorro, cristianos, socorro!

Enfrente se abrió una puerta, una puerta rica, con una pesada

aldaba de bronce. Seor Harilaos Liondarakis, el cambista, apareció. Era un renacuajo de trasero pesado, de barba y bigotes espesos, dedos cortos y velludos. Llevaba zapatos de triple suela, un pequeño abrigo castaño y en la mano un bastón cuyo puño de plata representaba un león. Descendía de una vieja familia veneciana grecizada; un león estaba dibujado en la bandera de sus antepasados, un león igualmente esculpido en la torre de su casa.

Iba a la iglesia. Al ver a Effendín se echó a reír malignamente; le gustaba mucho encontrar siempre locos, leprosos, ciegos, pobres; eso le consolaba de su propio defecto.

—¡Effendín! —le gritó—; ¡valor, pobre diablo! ¡Vamos, salta!

—¡Por el amor de Dios, seor Harilaos! —aulló el desgraciado—; ¡acércate, por el cielo que está sobre nosotros, dame la mano, ayúdame a cruzar! ¡Quiero ir a casa del Capetán Miguel y no puedo!

Una criadita de labios apetitosos, de carucha morena, apareció en la puerta. Seor Harilaos estaba enamorado de ella y todas las noches trepaba a su cama, con ayuda de un escabel, para esforzarse en hacer lo que hacen los otros hombres. Ella le miraba divertida y le dejaba hacer muerta de risa. “Amo, deberías sorber un huevo del día todas las mañanas, en ayunas —le aconsejó ella una noche—. Prueba a hacerlo y encomiéndate a Dios.” Como el náufrago del proverbio se agarra a sus propios pelos, el renacuajo sorbía un huevo todas las mañanas para fortalecerse.

—Amo, olvidaste tu huevo, acaba de ponerlo la gallina —dijo la maliciosa muchacha, poniéndole el huevo en la mano.

Seor Harilaos sacó su cortaplumas, agujereó el huevo por un lado y por otro, echó hacia atrás su gordo pescuezo y sorbió.

—¡Socorro, seor Harilaos! ¡Por el amor de Dios! —volvió a gritar Effendín.

El renacuajo se echó a reír:

—¡Vas a volver a comer cerdo, desgraciado. Es pecado, no vayas!

—Entonces ¿tú no crees en tu Dios? ¡Dame la mano, ayúdame a cruzar!

—¡Y además vas a beber vino, otro pecado! —continuó el enano jugando con su bastón.

—¡Oh, iré aunque me lleve el diablo! Ése es el único placer que tengo. Tú harías una buena acción si me alargases tu bastón, seor Harilaos.

Dios tuvo sin duda piedad de Effendín, porque un viejecillo de cara lampiña desembocó en la calle. Traía zuecos de madera. Debía venir de *Las Alamedas* porque su zurrón estaba lleno de legumbres silvestres. Effendín abrió los brazos.

—¡Alí Agá! —gritó—, ¡mi querido Alí Agá, tú eres un buen

hombre, un musulmán fiel, hay mucha agua delante de mí, muchas llamas, ayúdame a cruzar!

Sin decir una palabra, el buen viejecillo cogió a Effendín por la mano, le hizo cruzar la calle, lentamente, con precaución, luego se volvió hacia él para hablarle, pero, desistiendo, apretó su zurrón bajo el brazo y se fué. "¿Qué podía decirle?, pensaba. Alá es misericordioso, misericordioso y omnipotente. A lo mejor transforma el cerdo en buey y el vino en agua en nuestra boca. Puede hacer lo que quiera. Come y bebe, ve allá, endiablado Effendín, y Dios hará el resto."

Cuando Effendín llegó, sin aliento, a casa del Capetán Miguel, todos los invitados habían descendido ya a la guarida de la fiera y Charitos iba y venía de la cocina a la bodega, llevando entremeses. Se oía llegar del subsuelo el ruido de los vasos y el aire olía a salchicha. Las narices de Effendín se dilataron y tuvo que agarrarse al quicio de la puerta para no desvanecerse. En ese momento oyó la voz del Profeta: "¿Vas a vender tu alma, Effendín Bosta —el Profeta le llamaba siempre así—, vas a vender tu alma por un bocado de cerdo? Acuérdate de La Meca, del clamor, del desierto, de los camellos, el incienso, la piedra negra donde yo puse el pie antes de subir al cielo… Acuérdate de tu antepasado que gritó durante siete días y siete noches en el minarete, sin pan y sin agua, y los perros aterrados aullaban con él. Ahora, si tú pudieras verle, habita en una profunda gruta de pilaf[18]. Ante él pasa un río de leche lleno de crema, sobre una de sus rodillas está sentada una muchacha siete veces virgen y sobre la otra un muchacho siete veces virgen también, para que pueda variar sus placeres… Tú eres de la familia de un santo, ¡no lo olvides! ¡Effendín Bosta, ahora penetras en el infierno, la puerta del patio está todavía abierta, vete!"

El pobre Effendín escuchaba la voz del Profeta con terror y miraba alternativamente la puerta del patio y la de la bodega, de donde subía el olor a salchicha. Vacilaba entre el deseo de quedarse y el deber de marcharse, cuando madama Katerina salió al patio y le vió.

—¿Estás ahí todavía, Effendín? —le dijo—. Baja en seguida si no quieres tener disgustos.

—¿Los entremeses están ya abajo, madama Katerina?

—Sí, date prisa. .

"Es la voluntad de Dios, murmuró Effendín. Dios me ha mandado a madama Katerina y no puedo desobedecerla, sería un gran pecado. ¡Ahora no voy a tomarla con él! ¡Alá! ¡Alá!, no te pido más que una sola merced: ¡déjame pecar todo lo que quiera, pobre de mí, y media hora antes de mi muerte me arrepentiré! ¿No basta media hora? Sí, basta. Es todo lo que te pido." Luego dió un salto, empujó la puerta y entró.

De cara a la entrada, sentado en un taburete alto, en medio de una nube de humo de cigarrillos, sombrío, con las cejas fruncidas y el látigo colgado en un clavo sobre su cabeza, estaba el Capetán Miguel. A cada lado, en dos bancos, los cuatro invitados; a un costado Ventusos y Kayambis, al otro Mistrigri y Bertoldo. En la mesa humeaban los platos y, rojo como sangre, el vino centelleaba en las copas de vidrio grueso.

Ventusos tenía su lira derecha sobre las rodillas y acercaba a ella la oreja, dando vuelta a las llaves para afinarla. Bertoldo, envuelto en su capa, bajo la protección de Mistigri, mascaba sin tregua, tembloroso, pero feliz. Kayambis comía y bebía en silencio, con el corazón y el pensamiento junto a su mujer.

El Capetán Miguel no paraba de llenar su vaso y beber. No sacaba el menor placer. El vino le repugnaba y cada vez que sus labios tocaban el borde de la copa sentía ganas de desistir. Pero vertía a la fuerza el vino en sus entrañas para ahogar a los demonios que las habitaban. Ni las mujeres, ni la guerra, ni Dios podían dominarlos; lo único que temían era el vino. Entonces, el Capetán Miguel bebía cada vez que les sentía sublevarse contra él. Tenían voces salvajes aquellos demonios, voces de fieras rugientes. A veces, se abrían las trampas y surgían los primarios, ancestrales: el tigre, el lobo, el jabalí y detrás de ellos los abuelos peludos de las grutas de Dicteo.

Últimamente un nuevo demonio le habitaba. Éste no gemía ni era espantoso; al contrario, era alegre y su aliento olía a almizcle. Por primera vez el Capetán Miguel tenía miedo y por eso no paraba de llenar su vaso y beber…

Cuando la puerta se abrió ante Effendín, levantó la cabeza. Effendín se frotaba las manos con un aire azorado, alargó un pie para bajar el escalón, pero le faltó el valor. Las palabras se embarullaban en su boca. Quería decir: “¡Buenos días, capetanes!”, pero no podía, tartamudeaba.

El Capetán Miguel le señaló un taburete bajo, frente a él.

—Siéntate.

—¿Qué quieres oír, Capetán Miguel? —preguntó Ventusos, sin despegar la oreja de su instrumento.

Mistigri ya se había levantado y separaba los bancos para hacer sitio. Sus patazas ardían de impaciencia. El vino impulsa a algunos a cantar, a bromear, a otros a llorar o enternecerse. Cuando aquel tagarote de Mistigri bebía no tenía más que un deseo: bailar. Bailaba y se desemborrachaba, o más bien, su borrachera se transformaba en un audaz y vano deseo de tener alas, de vencer las leyes invencibles y de girar en los aires durante siglos; pero todo eso era imposible y Mistigri se ponía otra vez a beber.

El Capetán Miguel miró largo rato a sus cinco acompañantes.

Ni las canciones, ni la danza, ni la lira podían hoy aliviar a su corazón. Sus ojos se detuvieron en Effendín.

—¡Patrón! —gritó éste, aterrado—. No me pidas que haga payasadas y que blasfeme. ¡Méteme miedo primero, oblígame a comer y beber para darme valor!

Pero Bertoldo, que ya había comido y bebido y cobrado fuerzas, se enardeció.

Glorioso Capetán Miguel —dijo, con su voz melodiosa y lenta, ¿quieres que te cuente una vieja historia veneciana para distraerte? La vi representar en un teatro y desde entonces mi corazón no encontró reposo. ¡Cuántas veces la historia de Desdémona, aquella princesa asesinada injustamente, me ha hecho olvidar las tristezas de mi vida!

—¿Quién? —preguntó el Capetán Miguel frunciendo las cejas.

—Desdémona, vamos Capetán Miguel, la princesa veneciana, ¿no oíste nunca hablar de ella? Fué la que amó a un morazo muy bravo, pero era tan celoso que la mató. Cogió su pañuelo…

El Capetán Miguel alargó la mano para cerrar la boca impúdica.

—Bertoldo, ¡no quiero que se hable de mujeres delante de mí!

Bertoldo se engurruñó, lleno de confusión y la historia veneciana se quedó en su buche.

—¿Entonces? —preguntó Ventusos, con el arco en el aire…

—Toca todo lo que quieras, ¡a mí qué me importa! —respondió el Capetán Miguel apoyando pesadamente su cabeza en la pared.

Kayambis vació su vaso y se secó los labios. Mistigri, con los ojos fijos en la lira, levantaba ya su pierna derecha, ligera como un ala.

Pero no pudo pasar de allí. La casa se estremeció, los cimientos crujieron. Bertoldo se agarró al tonel que tenía detrás *para* no caerse. Los membrillos, las granadas, los melones danzaban arriba en las vigas y pegaban en el techo.

—¡Un temblor de tierra! —gritó. Ventusos, levantándose de un salto.

Mistigri alargó la mano hacia la puerta. Kayambis no tuvo más que un pensamiento: su mujer Garufalia. Effendín, cayo de cabeza, presa de convulsiones.

Se oyeron carreras y aullidos de mujeres.

—¡Por el amor de Dios! —lloriqueo Mistigri—, ¡abramos la puerta y salgamos!

Pero el Capetán Miguel descolgó su látigo.

—¿No tenéis vergüenza? —gritó.

—¿Vergüenza de qué? —se atrevió a decir Mistigri—. Es un temblor de tierra, Capetán Miguel, no es ningún ser viviente que pueda uno vencer.

En aquel momento, un trueno largo y ensordecedor estallo en las entrañas de la tierra, como el mugido de un toro y toda Candía se estremeció. Las campanas de San Minas empezaron a sonar por sí mismas.

—San Dionisio, ten piedad de mi, ¡yo soy el conde Manzavino! —gritaba Bertoldo, escondiendo la cabeza en su esclavina.

El Capetán Miguel hizo restallar su látigo.

—¡Que nadie se mueva! —gritó—. Levantad a Effendín y ponedle sobre el tonel.

De un empujón quitó la capucha a Bertoldo.

—Es un temblor de tierra, Bertoldo, no es nada. Creta es un ser vivo que rebulle; uno de estos días, ya lo veréis, ira ella sola a pegarse a Grecia.

Repentinamente de buen humor, se puso locuaz. El era todavía un niño cuando un gran temblor de tierra había destruido la mitad de su pueblo. Hombres y mujeres perdían la cabeza. Gritaban, lloraban y desaparecían, aplastados por las casas. Sólo su padre, el Capetán Sifakas, tranquilo, callado, sostenía con los hombros y las manos, las piedras que formaban el dintel de la puerta hasta que su mujer, sus hijos, su par de bueyes y su yegua gris pasaron. Cuando hubieron salido, se separó de un salto y la puerta se derrumbó. Desde entonces, el Capetán Miguel no temía los temblores de tierra y creía que un hombre valiente podía hacerles frente. Llenó los vasos, todo el mundo bebió y se calmó.

Arriba, las vecinas se habían precipitado a sus patios y gritaban arrancándose los cabellos. Hasta Arkhondula, la orgullosa solterona, había saltado a la calle, apretando a su hermano sordomudo entre sus brazos, y se había mezclado a las otras mujeres. Olvidando por una vez su noble condición, hablaba y aullaba con todas ellas.

En el momento en que ocurrió la catástrofe, el metropolitano estaba pronunciando un discurso en la iglesia. Había hablado de Dios, para empezar, luego, apartándose de su tema y abandonando el cielo, había descendido en Creta. Estaba de pie, delante de su trono incrustado en oro. Su voz profunda subía hasta la cúpula donde estaba pintado un Cristo de cara feroz y el eco la devolvía, ampliada, retumbando en toda la iglesia. Los cristianos se apretaban unos contra otros y bajaban la cabeza temblando, como si fuese realmente la voz de Dios que caía de la cúpula sobre sus cabezas.

—¡Mis queridos hijos —decía el viejo—, es la Cuaresma, la Pasión de Cristo se acerca! El corazón de los hombres debe estar lleno de temor y solo el pensamiento de la sangre vertida en la cruz debe ocupar su mente. Pero ¡que Dios me perdone! Estoy hablando de la Pasión de Cristo y estoy pensando en Creta, n *Leva,nt0* sus brazos muy

alto, hacia la cúpula celeste donde llameaba y acechaba el Cristo, envuelto en su manto de arco iris.

—¿Hasta cuándo, Señor? —gritó—. Cuántas generaciones, cuantos millares de cretenses han levantado los brazos al cielo gritando; ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo?" No somos ni de piedra ni de leño, Señor, tenemos un alma, el alma que tú nos diste. ¿Hasta cuándo va a correr la sangre de Creta? ¡lodo el mar entero, desde las costas cretenses hasta los Dardanelos y Constantinopla está rojo de sangre!

Y cuando el anciano levantó los ojos y miró la cúpula de la iglesia, mudo por un instante, como si esperase una respuesta, la iglesia empezó a temblar, las arañas oscilaron y las campanas se pusieron a sonar solas.

—¡Un temblor de tierra! ¡Un temblor de tierra! —Se oían voces por todas partes. Las mujeres rodaban las escaleras del gineceo y todos los fieles se apretujaban y se empujaban hacia las puertas de la iglesia. El metropolitano, paralizado por el terror, no se movía. Seguía mirando al Cristo con los ojos desorbitados. Murtzuflos corrió hacia él, le hizo descender del trono y pasar al patio del arzobispado por una puerta lateral.

—¡Reverendo! —le decía dándole palmaditas en el hombro—. Reverendo, no tengas miedo, es un temblor de tierra, pasará en seguida.

—¡Perdóname, Dios mío —murmuraba el metropolitano con los ojos llenos de lágrimas—, perdóname! ¡La culpa es mía, en vez de hablar de ti, he hablado de Creta!

Aquel día, el Capetán Polyxinguis —en ello anduvo metido el destino— pasaba por el barrio turco. Había salido a dar un paseo mientras los cristianos asistían a misa. Recién afeitado el pelo abundantemente perfumado con lavanda, el fez ladeado con elegancia, marchaba con paso ligero que acompañaba el crujir de sus botas y experimentaba en toda su persona un gran bienestar. Era como un caballo en todo su vigor, o un toro de pelaje lustroso errante en un prado verde. Su corazón, su vientre, sus riñones, todos sus órganos funcionaban admirablemente sin tropiezo, cumpliendo cada uno su función sin molestar a los otros y todos juntos, dócilmente, armoniosamente, alegremente, constituían aquel ser que se llamaba Polyxinguis. Es una lástima, murmuró, que la juventud no dure mil años, ¿Sera que Dios va desarmándonos así, lentamente, taimadamente, por miedo a que le quitemos el puesto? Nos arranca los dientes, nos atranca las rodillas, nos rompe los riñones y hace que se nos caigan el moco y la baba. ¡La muerte, no, eso no me da miedo, lo juro! Yo quiero morir de un balazo en la cabeza y se acabó. Pero esa decadencia lenta… ¡no!, ¡no! yo no podré soportarla.

Acababa de formular su frase cuando el barrio turco entero fue sacudido. Las puertas se desencuadernaron, se oyeron tas voces agudas de las hanums y el ruido de sus chinelas en los patios. Rusheina, la negra enorme que llegaba a la plaza, dio un grito y dejó caer su bandeja las pastitas de sésamo se desparramaron entre el polvo y el estiércol.

El Capetán Polyxinguis separó las piernas para lograr equilibrio y se apoyó con la mano en la pared —el destino debió mezclarse en ello— justo al lado de la casa de Nuri Rey.

—¡Un temblor de tierra! —murmuró y se cubrió su cara de un ligero sudor. Él podía luchar contra todo: contra la enfermedad, las mujeres, la guerra, pero ¿cómo luchar contra un temblor de tierra? ¿Cómo se le puede ver venir y cómo se le puede agarrar para derribarlo? El Capetán Polyxinguis palideció. Seguía oyendo voces de mujeres. Escuchó, esperó. ¿Iría a abrirse la tierra y tragarse a todos los hombres o sería un simple estremecimiento sin consecuencias? Parecía que toda Candía enloquecida, estupefacta, esperase. Los mismos perros que en el primer momento se pusieron a aullar, ahora esperaban, con el rabo entre las piernas, el pelo erizado y el pescuezo en tensión. La atmósfera se puso de un amarillo sucio, la luz se enturbio y un extraño gruñido recorrió el interior de la tierra… Las casas vacilaron, los minaretes se cimbrearon como cipreses y la pared en que se apoyaba el Capetán Polyxinguis se hendió. Del otro lado, en la casa de Nuri, se oyó ruido de vidrios y vajilla rota.

De pronto la puerta verde se abrió y, con la cara descubierta, desmelenada, descalza, aullante, Emina Hanum se precipito en la calle, quedando tendida en medio del suelo, sin conocimiento. Detrás de ella, llevando las pequeñas sandalias rojas de su ama, corría la negra cristiana. Se arrodilló junto a Emina, llamándola, pero ésta yacía sobre las piedras, con la cabeza ladeada y blanca como la cera.

La mirada del Capetán Polyxinguis centelleó.

—¡Emina Hanum! —murmuró. Dejó la pared, se acercó y su cara pálida se puso púrpura. Hacía años que deseaba ver a la feroz circasiana y he aquí que, gracias a aquel bendito temblor de tierra, estaba ante él, sin velo, despeinada, descalza, como él la deseaba.

Se inclinó sobre ella codiciosamente, pero la negra furiosa se arrojó sobre él y le separó.

—¡Es la hanum de Nuri Bey! —dijo, gruñendo—, ¡no te acerques! —Y trataba de desatar el pañuelo que su ama llevaba al cuello para taparle la cara.

—¡Si no la hago aspirar un poco de lavanda se va a morir, desgraciada! —dijo el Capetán Polyxinguis sacando del bolsillito de su chaleco un frasco de perfume que llevaba permanentemente para embalsamar el lugar por donde pasase.

Lo abrió, se arrodilló y lo aplicó a las narices de la circasiana.

La tierra al fin se inmovilizó. No se oyeron más gritos en los patios, el corazón se Candía se fué aplacando lentamente. Los perros recobraron ánimos y volvieron a ladrar.

La circasiana respiró profundamente, abrió los ojos, vió sobre ella a un desconocido, dió un grito y se cubrió la boca con las dos manos.

—¡Vete! —dijo la negra—, vete si aprecias tu vida. Nuri Bey va a venir.

Pero el Capetán Polyxinguis fascinado por los ojos de Emina, no escuchaba las amenazas de la negra. Feroces, brillantes de indignación, sus grandes ojos negros comenzaron a dulcificarse poco a poco, bajo el alentar agitado del hombre. Pronto se hicieron aterciopelados y los párpados soñolientos.

La circasiana se volvió a su criada:

—¿Quién es este giaur?

—Es el Capetán Polyxinguis, bella dama —respondió éste—, tu servidor; guarda ese frasco en recuerdo mío.

Pero Emina le tiró el frasco a la cara, se levantó y de nuevo sus ojos echaron llamas…

. ¡Me voy, no te enfades! —dijo el Capetán Polyxinguis suspirando —. ¡No te enfades!

La circasiana se echó a reír desdeñosamente.

—¡Tienes miedo! —dijo.

—¿Yo? ¿De quién?

—De Nuri Bey.

—Yo no tengo miedo más que de ti en este mundo, bella dama, nada más que de ti. Si ordenas que me mate, en este mismo instante, por mi honor de hombre te lo juro, me mato.

Pero en seguida lamentó aquellas palabras y añadió:

~¡Si Dios existe, un día serás mía, Emina Hanum —dijo con obstinación—; ¡serás mía aunque se hunda el mundo!

La circasiana le miró gravemente, como si le valorase y le sopesase antes de comprarle. El Capetán Polyxinguis esperaba, inmóvil, con la mano puesta sobre su faja de seda.

—Mi Dios —dijo por fin la circasiana, tapando sin prisa su cara con el pañuelo transparente que llevaba al cuello—, mi Dios tiene horror de los giaurs.

—Mi Dios —respondió el hombre—, mi Dios ama a las circasianas y es todopoderoso.

Oyó voces y se volvió. Dos turcos doblaban la esquina un poco más lejos. Las puertas se abrieron. La negra cogió a Emina por la cintura y las dos juntas corrieron hacia la casa. La puerta verde se cerró ruidosamente tras ellas.

El Capetán Polyxinguis quiso ponerse en camino, pero sus piernas flaqueaban por la emoción.

—Estoy aviado… estoy aviado… —murmuró—. Se diría que no he acariciado ni abrazado jamás a una mujer. Estoy ardiendo.

Miró a su alrededor, turbado. Todo le pareció diferente, las calles, las caras… Candía flotaba bajo sus pies como una tela multicolor en la que había pintadas casas, minaretes, murallas, olas…

Caminó sobre aquella tela, titubeante, y le costó trabajo encontrar su casa. Cuando llegó, su hermana se arrojó en sus brazos con todo el peso de sus carnes temblorosas, describiéndole su terror e implorando una palabra tranquilizadora de su hermano. Pero él la rechazó y tiró el fez sobre el sofá. Se ahogaba.

—¡Déjame tranquilo! —gritó, saliendo al patio donde cogió un clavel que destrozó entre sus dedos.

Ante esas palabras madama Chrysanthi dió un grito desgarrador y empezó a darse con la cabeza en la pared.

—¡Es a mí a quien dices eso, Jorge! ¡A mí! —aullaba—. ¡A mí que me sacrifiqué por ti siempre! ¡No me casé, no tuve hijos por no dejarte solo, por ocuparme de ti! ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me maltratas? ¿No tienes piedad de mí? Yo no tengo a nadie más que a ti en el mundo, Jorgito mío…

Volvió a aporrearse la cabeza contra la pared y su pelo se llenó de sangre. A través de sus lágrimas y de sus greñas desteñidas observaba a su hermano que seguía en el patio y esperaba que se precipitase hacia ella, la tomase en sus brazos, la acariciase, le pidiese perdón y la dijese que la quería mucho y que no tenía más que a ella en el mundo…

Pero él no hacía un solo movimiento y miraba hacia fuera. Entonces, madama Chrysanthi, cansada, decidió desmayarse. Dió un pequeño gritito y se dejó caer en el umbral, inánime.

El Capetán Polyxinguis se volvió con aire fastidiado, se agachó, la recogió y la acostó sobre el sofá. Pero ella no rebullía. Entonces fué a la cocina, trajo la botella del vinagre, mojó las sienes de su hermana, las narices…

El vinagre escurría por su cuello y sus senos. Madama Chrysanthi, no pudiendo resistir más, abrió los ojos. Su hermano inclinado sobre ella le pareció angustiado e inquieto, esto la llenó de felicidad. Extendió sus gruesos brazos vírgenes y le abrazó.

—¡Jorgito mío! —murmuraba, frotándose contra él, llorando y riendo a un tiempo, sin querer soltarle— ¿Me quieres? Jorgito mío, dime una palabra amable…

Él movió los labios, mohíno:

—¿Quieres que te haga una taza de café? —dijo— eso te animará.

Madama Chrysanthi se desabrochó brutalmente la blusa. Se ahogaba.

—¡No respondes a mi pregunta! —gritó—. ¡Ah!, estoy perdida, perdida… —Y ya amenazaba desmayarse otra vez, pero su hermano se le adelantó.

—Te quiero mucho, Chrysanthi —le dijo—. Levántate.

La cara de la mujer se iluminó. Se abrochó la blusa y en segunda estuvo de pie, yendo y viniendo, ágil como una muchacha. Se peinó se recompuso y se perfumó, mirando de reojo a su hermano. No se cansaba de mirarle.

"¡Ah, si yo no fuese su hermana, pensaba en el fondo de sí misma, que hermosos hijos haría con él!" Pero se avergonzó y se puso colorada. "¡Perdóname, Dios mío!", murmuró. Luego echo unas cuantas brasas en el incensario de bronce y empezó a sahumar la casa santiguándose.

Durante este tiempo la fiesta llegó a su pleno en casa del Capetán Miguel. Por la tarde Rinio se asomó y echó una ojeada por el tragaluz de la bodega para ver en qué estado se encontraban los bufones de su padre.

Mistigri se había quitado las botas porque la planta de sus pies ardía. Danzaba solo, desenfrenado, en plena embriaguez. A veces saltaba demasiado alto, se daba con la cabeza contra el techo y la sangre le corría por las orejas y por el cuello, pero el continuaba, en éxtasis. Effendín había tenido el valor de quitarse el turbante. Su cráneo pelado, apoyado en un tonel, relucía. Inclinado sobre él, Kayambis le pegaba hojas de alcachofa en la frente. En la marmita de barro habían quedado unos huevos duros y, por alardear, Ventusos se esforzaba en comérselos sin quitarles la cáscara. Se hacía daño al tragarlos y los ojos se le salían de las órbitas. El pobre Bertoldo, escondido en un rincón detrás de las tinajas, con sus flacas piernas separadas, remangada la esclavina, se metía los dedos en la garganta cuidadosamente, y vomitaba. De cuando en cuando se volvía a sus compañeros y se inclinaba:

—Perdóname, glorioso Capetán —decía con su voz cantarina—, perdóname…

Rinio estaba contenta de ver cómo todos aquellos parásitos se envilecían para distraer a su padre. Buscó con los ojos al Capetán Miguel, al fondo de la bodega. Con la cabeza derecha mudo, seguía apoyado en la pared mirando al vacío. El vino no había producido ningún efecto en él. No estaba ni borracho, ni alegre, ni charlatán. Sólo de cuando en cuando su labio superior se contraía y dejaba ver sus dientes relucientes bajo sus bigotes de azabache.

Rinio sonrió, su padre le gustaba, admiraba su carácter feroz, su mutismo, su valor.

“Si yo fuese hombre, pensaba, sería igual. ¡Y si me caso será con un hombre como él!”

El sol descendía al horizonte. Creta había recobrado el equilibrio; Candía, olvidada ya del precipicio abierto poco antes a sus pies, se dejaba dorar, dichosa, por los dulces rayos del sol.

Los Tres Arcos se llenaron de gente. Después de la lluvia las hormigas reaparecen al sol. Hombres y mujeres salían a pasear; habían escapado al gran peligro, la tumba se había abierto bajo sus pies durante un breve instante, pero gracias a Dios había vuelto a cerrarse y seguían viviendo. Familias enteras paseaban y se saludaban con grandes sombrerazos o cambiaban apretones de manos calurosos. Un amor desacostumbrado unía a todos los candiotas aquella tarde, se miraban con ternura y mientras paseaban admiraban el mar a lo lejos, como si lo viesen por mi— mera vez. En el quiosco del pachá, la madreselva había florecido y todos los candiotas se detenían y aspiraban el aire perfumado, embriagados por tanta dulzura.

—¿Pero qué es esto?

—Madreselva.

—¡Cielo santo!

A la larga, de tanto ir y venir, les ganaba el cansancio y acababan yendo a sentarse al gran café de Leónidas Babalaros. Llamaban a los camareros dando palmadas, éstos acudían con la faja bien ceñida, los pies descalzos y servían jarabe de guindas o limonadas gaseosas. Chiquitos turcos vendían cacahuetes, pis— taches, almendras tostadas y jazmines. Rusheina, la negra, hizo su aparición, como una yegua negra y brillante, con su collar de cuentas azules alrededor del cuello y sus senos oblongos y fláccidos. Había limpiado sus pastas caídas en el estiércol cuando el temblor de tierra y, contoneándose, risueña, avanzaba mientras el sol poniente hacía brillar sus dientes blancos y sus ojos picaros.

“¡Qué felicidad!, pensaban los candiotas. ¡Que paraíso! Mira, ahí viene Rusheina con sus pastitas.”

Llegaba gente sin cesar, de todas partes. Los Tres Arcos se llenaban de trajes nuevos y la fresca luz malva que el sol había dejado al deslizarse tras las montañas, suavizaba las caras.

¿Quién era el candiota que no se encontraba aquella tarde en los Tres Arcos en traje de fiesta y quien la candiota, más o menos respetable, que no estuviese sentada en casa de Leónidas Babalaros comiendo cacahuetes, chismorreando y dándole al abanico? Palomino apareció con su novia Vanguelio. Entre ellos iba madama Chrysanthi,

bien peinada, empolvada con esmero, muy joven de aspecto. El mal había sido conjurado. Había llorado, gritado, se había desmayado y ahora aliviada se paseaba con su sobrina y su futuro sobrino. Miraba de través a Vanguelio y sonreía de placer: “Yo valgo más que ella, pensaba, soy más bonita, tengo algo que pueda atraer a un hombre; ¡ella, ella no tiene más que los huesos y la piel, la infeliz! Palomino no va a encontrar con qué quitarse el hambre. Pero ¿qué falta me hace a mí un marido? Yo tengo a mi hermano y no necesito a nadie.”

Pateros, el director de la escuela primaria, con la cara picada de viruelas, pasó lentamente. Había traído a Candía un nuevo método pedagógico. Con una varita fustigaba las orejas de los chicos hasta nacerles sangre. Su hija Anisa estaba ya en edad de casarse, pero no la dejaba dar un paso fuera de la casa. No quería oír hablar de yerno. “Yo no quiero esas porquerías en mi casa”, decía. No tenía gallo en su corral y cuando la gata en el tejado llamaba con sus apasionados lamentos a los gat06 de la vecindad, Pateros echaba chispas, subía él también al tejado y los echaba a pedradas. “¡Maldita naturaleza!, murmuraba. Ella es la que siembra la inmoralidad en la sociedad.”

No se detuvo en los Tres Arcos, pero sus ojos fisgones procuraban descubrir si alguno de sus alumnos estaba en el paseo. Se prometía arrancarle las orejas con la varilla al día siguiente. Palomino se quitó temerosamente su sombrero y saludó.

El doctor y su mujer, Marcelle, se dejaron ver también.

Él, gordo y suficiente, llevaba un sombrero hongo traído de París, un bastón y guantes negros. Ella, la pobre, por ocultar su mal aspecto, se había adobado exageradamente, la cara enharinada y los labios pintados. Las mujeres, al verla hacían gestos y volvían la cabeza. “¿Qué mascarada es ésta? ¡Una verdadera prima donna! Le está bien empleado al doctor, no tenía más que haberse casado con una chica de su país.”

Aquel año dos cigüeñas se quedaron en Candía y construyeron su nido en el minarete de una vieja iglesia bizantina, próxima a los Tres Arcos. En el momento en que el doctor pasaba con su mujer, la pareja de cigüeñas volvía del río que quedaba detrás del monte Malo, donde iba a pescar todas las mañanas. Eran dos pájaros sagrados que, todos los otoños, dejaban el nido bajo la cúpula del minarete, para volar hacia el sur, en dirección a La Meca, hacer el hadj[19] y volver en la primavera a su patria. Volaban sobre los Tres Arcos, tranquilas, una junto a otra, satisfechas, con las patas replegadas bajo el vientre blanco. No tuvieron ni siquiera una mirada para el populacho estúpido, ruidoso y maldiciente que quedaba abajo.

El mar se ensombreció. Día desapareció, ya no se la veía desde la costa. Se levantó la brisa de la tierra y los cabellos rizados de las mujeres se agitaron suavemente. Se cerraron los abanicos. Un grupo

de pescadores malteses pasó tocando la armónica. Los marineros llevaban pendientes y sus anchos pechos velludos, bronceados por el sol, descubiertos. Pasaron cantando con voz desgarrada, sin preocuparse de los candiotas, y tomaron la dirección del puerto donde les esperaban las maltesas, acostadas entre los palangres y los cestos de pescado.

Entre la sombra los muchachos se enardecieron. Rozaban a las chicas al pasar y las miraban ávidamente: un soplo cálido y sensual inflamaba sus caras. De un lado las montanas, del otro la pleamar; arriba, el cielo de un azul aterciopelado en el que danzaba la estrella de la tarde, con mil piruetas.

Mientras los candiotas, hombres y mujeres, se reunían en los Tres Arcos, Thrassaki y sus amigos se ponían en camino hacia *Las Alamedas*. Quedaba en el otro extremo de Candía, era un inmenso jardín abandonado, lleno de chumberas y de zarzas. Thrassaki llevaba una cuerda enrollada a la cintura, Manolios Mastrapas llevaba un palo, Andrikos Krassogeorgis una vara y Nicolás, el hijo de Mistign, un silbato.

—Si llega su padre —explicaba— silbo y… ¡sálvese el que pueda!

—¿Crees que Alameda estará en la puerta? preguntó Andrikos.

No se llamaba Alameda la hija del seor Paraskevas, pero los chicos le habían puesto ese mote porque era amplia, encantadora, regordeta y siempre deseando reir.

—Todos los domingos está a la puerta con lazos en el pelo —afirmó Thrassaki— Dame el silbato, Nicolás yo daré la señal cuando haya que caer sobre ella. Se arrojó sobre Nicolás y le quitó el silbato.

—Tú toma la cuerda —dijo—. ¿Soy o no soy yo el jefe? Entonces, yo llevo el silbato. ¡Adelante!

Las casas eran cada vez más pobres y escasas. En aquel barrio miserable y alejado, vivían mezclados turcos y armemos. Los unos molían café en grandes morteros de piedra, para venderlo, los otros eran cargadores o peones.

Al ir acercándose a *Las Alamedas*, los cuatro amigos acortaron el paso y fueron en fila india, pegados a la pared. Thrassaki con su silbato, iba a la cabeza. De pronto se detuvo. A la puerta de su casa, bien emperifollada, con un lazo rojo en sus cabellos rubios, Alameda, alegre y descuidada, mascaba indolentemente resina de lentisco. Thrassaki se volvió a sus compañeros:

—¡Cuidado, muchachos, ahí está! —dijo, con voz estrangulada—. ¡Vamos, todos a un tiempo! Yo silbo y le caigo encima el primero ¡No hay nadie, aprovechemos!

Avanzaron todavía un poco. Ahora Alameda estaba ante ellos imponente, inmóvil y florida. Estaba observando a dos gatos que en el

jardín de enfrente efectuaban su cópula entre lamentos. Los cuatro Pulgarcitos, raptores de mujeres, retenían la respiración pegados a la pared. Thrassaki miró la calle de arriba abajo. Ni un alma. Se llevó el pito a los labios, silbó y se echo sobre la chica. Los otros le imitaron, gritando como gatos. Thrassaki la agarro por un muslo, Nicolás por el otro, Andrikos le cogió los pies y Manolios le puso la mano en la boca para que no gritase. Ahora ya la tenían sin saber qué hacer con ella.

—¡Al jardín! —ordenó Thrassaki— Sujetadla bien, que no se escape. ¡Adelante!

Se dirigieron con trabajo hacia la puerta ruinosa, dieron unos cuantos pasos, pero no teniendo fuerzas para seguir dejaron caer a la chica en la hierba. Los cuatro se quedaron alrededor de ella, mirándola. El lazo de cinta roja se había deshecho y su pelo se derramaba por sus hombros, la falda levantada dejaba al descubierto sus rodillas, su pecho agitado por la emoción palpitaba bajo la blusa transparente. Primero, la chica había tenido miedo, pero luego, al reconocer a sus raptores, se había puesto a patalear dando grititos. Ahora, tendida en la hierba, les consideraba con los ojos entrecerrados y llenos de malicia.

—¿Qué le hacemos ahora? —preguntó Nicolás que examinaba a Alameda con curiosidad, sin poder tomar una decisión.

—Le escupimos —propuso Manolios.

Se pusieron a escupirla todos a un tiempo. Pero eso no les desahogaba bastante… Desistieron, desconcertados. Había que encontrar otra cosa, pero ¿qué?

—¿Le pegamos? —dijo Andrikos enarbolando el palo.

Se arrojaron sobre Alameda y le pegaron con el palo, con la cuerda, mientras que Nicolás el forzudo, le daba puntapiés. La chica, ahora ya asustada, se puso a gritar.

—¡La pateamos! —propuso Thrassaki—, La pateamos hasta que se calle.

—¿Y mi palo? —preguntó Manolios mostrando el instrumento de tortura.

—Ya veremos —dijo Thrassaki—. Primero la pateamos.

Se encaramaron los cuatro sobre ella, saltando sobre su espalda y su vientre uno tras otro, haciéndola rodar por la hierba Cada vez que se levantaba y trataba de huir, volvían a agarrarla, la derribaban y la pateaban.

Sudaban. Cansados de escupir, de pegar y de patear, se detuvieron otra vez sin saber qué hacer. Ellos habían creído que agarrarla y tirarla al suelo sería suficiente. Llevaban proyectando este rapto varios meses y ahora, no experimentaban el menor placer en verla tendida ante ellos. Inclinados sobre ella la miraban con odio.

—Debíamos haber traído un cuchillo —dijo Thrassaki—. La habríamos apuñalado para ver su sangre. Eso es lo que teníamos que haber hecho.

—¿Y si la muerdo? —preguntó Nicolás—. Voy a arrancarle un buen bocado de carne.

—Sí, ¡todos al mismo tiempo! —gritó Thrassaki, encantado.

—¡No, uno por uno! —dijo Manolios.

—No, todos al mismo tiempo —insistió Thrassaki.

La chica tuvo miedo de veras. Se debatía y pegaba gritos.

—Hay que atarla primero —gritó Andrikos—. Si no va a escapársenos.

Nicolás desenrolló la cuerda, Manolios sacó el palo v todos se prepararon a atarla cuando, desde la puerta del jardín una pequeña voz aguda se dejó oír:

—¡Granujas!

Se volvieron. En la puertecita ruinosa estaba el seor Paraskevas, medio desnudo, con un palo de escoba en la mano. Eli día antes había cortado el pelo y afeitado a tantos candiotas que, agotado, se había prometido dormir todo el domingo para recobrarse. En ningún otro sitio le habían parecido las tijeras y las navajas tan embotadas como en esta condenada isla. El sirio dormía pues, profundamente, cuando de pronto, entre su sueño, había oído los gritos de su hija. Sin detenerse a vestirse, saltó de la cama en calzoncillos, cogió el palo de escoba y se precipitó en la calle.

—¡Granujas! —repitió engrosando la voz todo lo que pudo y blandiendo su arma. Pero bruscamente se detuvo. Había reconocido entre los cuatro chicos al hijo del Capetán Miguel "¡Ah! esto puede traerme disgustos, pensó. ¡Ten cuidado, infeliz Paraskevas!"

Y sin dar un paso hacia ellos los amenazó agitando su palo.

—Vámonos —dijo Thrassaki, reuniendo a su tropa detrás de él—. ¡Seguidme!

Se volvió a Paraskevas:

—Eh, seor Paraskevas —dijo—, sepárate de la puerta para dejamos pasar y tira ese palo de escoba.

—Bueno —dijo el sirio obedeciendo.

—¡Adelante, muchachos! —dijo Thrassaki y silbó—. ¡Es un sirio, no tengáis miedo!

Los cuatro bandidos pasaron ante el seor Paraskevas con la cabeza levantada.

—¡La próxima vez —dijo Thrassaki mirando con aire enfurruñado a la chica, que se levantaba y sacudía la ropa—, la próxima vez traeremos un cuchillo!

IV

Dios ha hecho bien las cosas! Seis días de la semana para defender sus intereses y uno, el séptimo, para pensar en Él, darse a la buena comida y al reposo. Aquel lunes la vida recobraba su curso, los candiotas ayer todavía devotos y endomingados, olvidaron el temblor de tierra, olvidaron a Dios y se consagraron a sus negocios.

El sol apareció. Los guardias tomaron sus grandes llaves, abrieron las tres puertas de la ciudad y los campesinos con sus mulos se precipitaron en Candía. La entrada del puerto se abrió igualmente, dando paso a los cargadores, a los marineros y a los negociantes y el muelle resonó de nuevo lleno de clamores humanos. En la plaza el estruendo era ensordecedor. Las folias estaban ya en pleno trabajo y el pregonero, en medio de la calle, anunciaba que en la carnicería de Ismaili acababan de degollar un ternero de carne tierna como lukum y que el que quisiera aprovechar tenía que darse prisa.

En la calle grande, los zapateros abrieron sus tiendas uno tras otro. Los maestros se sentaron en sus altos taburetes y con sus cuchillas empezaron a cortar las pieles mientras que contramaestres y aprendices se instalaban fuera en los bancos, con sus utensilios. Vigilaban sin cesar la calle, esperando el paso de algún idiota o contrahecho, para hacerle rabiar. Simplemente por pasar el rato.

El Capetán Stefanis apareció el primero, renqueando, apoyándose en su garrote. Había oído decir que el caique de su amigo el Capetán Yakumi había llegado de Sira la noche anterior y él iba a verle para tener noticias de Grecia, del rey y saber lo que se decía de la incorporación de Creta a la madre Grecia.

El comité cretense que tenía a Creta en la cabeza noche y día estaba en Sira. Reunía fondos, compraba armas y municiones y esperaba. Creta no dejaría de sublevarse un día u otro.

Renqueando, el Capetán Stefanis iba pues a buscar a su amigo para darle la bienvenida y llevarle a una taberna donde se informaría de lo que pasaba en el mundo.

Un zapatero dió el alerta. Todos levantaron los ojos, pero los bajaron en seguida poniendo mal gesto. ¿Cómo meterse con aquel lobo de mar que el día antes había apaleado a un aprendiz porque le

miraba riéndose? “Sinvergüenza! —le gritaba—. ¿Es de mí de quien te burlas? ¿Sabes tú dónde me he quedado cojo, cuándo y por qué? ¡Pregúntalo, babieca, y lo sabrás!” Y, mientras, le apabullaba a bastonazos. El patrón ni siquiera se levantó a defender al muchacho, todo lo contrario. “Tienes razón, Capetán Stefanis —le decía—; tú eres el Miaulis[20] de Creta. ¡Zúrrale!”

—¿Un poco cascaruda la primera pieza, no, muchachos? —dijo un contramaestre, cuando el Capetán Stefanis desapareció del lado del puerto. ¡Es malo para los dientes!

Cuando acababa de decirlo, el seor Harilaos, el enano, apareció con su bastoncito, sus bigotes retorcidos, teñidos de negro, y sus triples suelas. Patizambo, cheposo, iba dando golpecitos en la acera con su bastón y cuando pasó por delante de los zapateros, los maestros le saludaron poniéndose la palma de la mano en el pecho.

Los candiotas sentían respeto y temor por seor Harilaos. Los chicos se paraban a mirarle como si no fuese un hombre, sino algo entre hombre y demonio, algo salido de un cuento de hadas. Era un duende que guardaba el oro bajo tierra y gobernaba a las fuerzas misteriosas. Hacía mal de ojo y el individuo a quien él miraba largo tiempo palidecía y se consumía como si hubiese sido mordido por una víbora. Un día, pasando por el jardín de Arkhondula miró un limonero en flor y las hojas se abarquillaron bruscamente y se secaron.

Bajando la cabeza, en silencio, muy quietos, los zapateros le dejaron pasar.

—Decid, muchachos, ¿es que empieza mal el día o es que hoy no se bromea? —dijo el contramaestre—. ¿Dónde andará Effendín o Barbayanis? ¿Habrán desaparecido?

Cuando se habla del lobo… Un hombre apareció a lo lejos, era Barbayanis.

Los zapateros se enderezaron, alegres, para verle venir con un cántaro de agua en la mano derecha y un cesto con hielo en la izquierda. Barbayanis desembocó en la plaza pregonando sus sorbetes *con voz* desgarrada, el cráneo en forma de pilón de azúcar, la cara nada agraciada.

Todos se preparaban a ladrar y rebuznar para cubrir su voz.

Luego le lanzarían cáscaras de limón y empezarían las pullas. Uno preguntaría: “Dime, mujer, ¿todos los chicos que hay en nuestra casa son míos? Confiésame la verdad, estoy en trance de muerte.” Otro, desde la acera de enfrente, respondería con voz de falsete: "¿Y si no te mueres, Barbayanis?” Entonces toda la calle grande estallaría en risotadas. El contramaestre se levantó, quería que le oyesen todos.

—Escuchad, muchachos, vamos a jugarle hoy una nueva. Cuando pase hacemos como si no le conociéramos, no rechistamos. Vais a ver

cómo eso le pone furioso y nos divertimos. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Barbayanis se acercaba poco a poco lanzando su pregón y miraba las tiendas de los zapateros con inquietud. Se detuvo un momento y esperó. ¿Qué quiere decir esto? ¡Señor! ¿No hay uno que levante la cabeza para mirarle? ¿No hay uno que abra la boca para burlarse de él? ¿Está él allí verdaderamente? ¿Un perro, un burro o Barbayanis es lo mismo? ¡Decid algo, muchachos, que no puedo más! Soy yo, Barbayanis. ¿Y las cáscaras de limón? Silencio. Inclinados sobre su trabajo, mudos, clavaban, cosían o pasaban su cabo por la cera. Barbayanis tuvo miedo. Se frotó los ojos, creyendo que soñaba. Dejó su cántaro y su cesto en el suelo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¡Hablad, muchachos, vais a volverme loco! ¿Qué comedia es ésta? ¿Dónde están las cáscaras de limón?

Ni una mirada se levantó hacia él, ni una voz se dejó oír. Barbayanis empezó a suplicarles.

—¡Tened compasión de mí, muchachos! Estoy aquí, ¿es que no me veis? ¡No estoy muerto todavía! ¡Decid algo para tranquilizarme!

Nadie, ni uno rebullía. Entonces, Barbayanis tuvo un miedo horroroso.

—¡Hay brujería en *esto*! —murmuró—. Por aquí ha pasado la muerte. ¡Los zapateros están muertos o el que está muerto soy yo! ¡Socorro! —Cogió su cántaro y su cesto y salió corriendo.

Entonces estallaron las risas entre los zapateros. Los maestros bajaron de sus taburetes sujetándose las costillas.

—¡Adelante, Barbayanis! —gritaban—. ¡Adelante!

La calle grande vibraba de un lado a otro.

El arzobispo oyó las risas y se incorporó en su cama. Se había resfriado y Murtzuflos estaba poniéndole ventosas, luego empezó a friccionarle con raki.

—¿Qué barullo es ése? —preguntó, poniendo la oreja—. Se diría que hay tempestad. ¿Y si fuese otro temblor de tierra?

—Deben de ser los zapateros que la han tomado con algún otro infeliz viandante, monseñor —respondió Murtzuflos con ironía—. ¡Vergüenza debería darles! ¡No es este momento para bromas! ¿Vamos, monseñor?… ¡Esos condenados nos han interrumpido!

El arzobispo estaba hablándole de Rusia y de Kiev donde había sido archimandrita durante largos años. Le hablaba de la nieve, de las cúpulas doradas de las iglesias y de un monasterio subterráneo lleno de santos.

—Mientras Rusia exista, no tengas miedo, Murtzuflos, la Ortodoxia

vivirá y gobernará. Es en Rusia donde Cristo se ha refugiado. Yo le vi un día con mis propios ojos. Era en pleno invierno, al crepúsculo. Chapoteaba en la nieve, vestido con una piel de vaca, calzado con botas altas, las manos con guantes muy gruesos y llamaba a todas las puertas, una por una. Pero nadie abría. Yo le vi por la ventana y me precipité por las escaleras para abrirle… ¡Señor! —grité—, pero había desaparecido.

Murtzuflos se santiguó.

—Yo no le he visto nunca —dijo, con pena.

—Si fueras a Rusia le verías —respondió el arzobispo. Luego se volvió de cara a la pared. Tenia sueño.

El pachá también se había levantado de mal humor, aquella mañana. Desde hacía tres días no se encontraba a gusto. Se sintió de pronto viejo. Era que el sábado anterior, en los Tres Arcos, estando él fumando su chibuquí en su quiosco y escuchando las trompetas y los tambores, había visto entre la multitud de griegos que se amontonaba para oír la música, una mujer joven, de cabellera abundante, de labios apetitosos y la había deseado ardientemente. Se había vuelto a su palafrenero, el negro Suleimán.

—¿Quién es esa griega, ésa, vestida de rojo?

—¿Te gusta, amo? No es una candiota, es de Krusona, esa aldea salvaje. El domingo pasado se casó con Kayambis, el cargador. Sabes, ese que canta tan bien, ya has oído hablar de él. ¡Más vale que no te ocupes de ella!

—¡Tiene pinta de honrada, la bribona!

—Honrada, amo, honrada. Y su marido es sfakiota[21].

—Honrada, honrada —murmuró el pachá, meneando su cabeza calva—. Es honrada porque yo soy viejo. ¡Esto está acabado! ¿De qué sirve la vida cuando ya no puede uno ser injusto, cuando ya no puede matar a quien quiere ni abrazar a la mujer que desea? ¡Qué estúpido pachá resulto! ¡Que el diablo me lleve! ¿Dónde está aquel tiempo en que yo mandaba, en los otros pueblos griegos, a mi verdugo a la casa de los novios que iban a casarse? En un pañuelo llevaba una manzana para la chica y una bala de fusil para el muchacho. Ellos tenían que elegir. ¿Quién se atrevería a elegir la bala? Elegían la manzana y aquella misma noche, cubierta de lágrimas, todavía vestida de novia, deseando hacerse rogar, como a mí me gusta que sean las mujeres, la recién casada llegaba y se sentaba en mis rodillas… Pero ahora, soy viejo…

Se volvió al negro:

—¿Qué dices tú, Suleimán? —le preguntó, guiñando el ojo.

—Haz como si no la hubieras visto, amo. Ahora estamos en Creta,

eso podría ponernos en aprietos. No suspires. ¿Quieres que te vaya a buscar a la armenia?

Marusia, la armenia, era bien conocida en Candía. Hasta le habían hecho una canción. Su marido era un armenio formidable, de armazón sólido que tenía una tienda en el puerto y perfumaba el barrio con el café que molía a todas horas en un mortero de piedra. A fuerza de trabajar en el pilón sus brazos habían llegado a ser gruesos como muslos; de un puñetazo habría podido derribar una pared. Marusia era menuda, con una cara poco agraciada y unas nalgas bajas, carnosas, que meneaba al andar. Se desprendía de ella un olor acre de fiera hembra en celo y este olor, por la noche, atraía a los buenos mozos de los barrios más retirados hasta su casa situada junto a *Las Alamedas*. Marusia estaba siempre en el umbral de su puerta, con la blusa medio abierta, con sus mejillas cubiertas de un espeso vello, su ligero bozo en el que siempre brillaban algunas gotitas de transpiración, los ojos entrecerrados, inmóvil y sonriente. Cuando, llegada la noche, su marido se dormía agotado, ella empezaba su trabajo y vendía sus besos a toneladas. En la pequeña habitación contigua, el armenio roncaba y Marusia dejaba expresamente la puerta abierta, porque, le gustaba mucho sentir, cuando abrazaba a los extranjeros —turcos, cristianos, armenios o judíos— que su marido estaba cerca y estremecerse de miedo.

Cada vez que el pachá estaba apesadumbrado, cada vez que el visir le hacía reconvenciones, el negro Suleimán iba a buscar a Marusia.

—¿Quieres que te traiga a la armenia? —había vuelto a preguntar Suleimán.

—Ya no quiero más mujeres —había gruñido el pachá, escupiendo con asco—. ¡Las zorras! Me repugnan. Desde hace más de sesenta años no he hecho más que ocuparme de ellas. He suspirado… simplemente porque he envejecido. Y porque Turquía también ha envejecido. ¡No valemos gran cosa ninguno de los dos! ¿Cómo se llama ésa?

—Garufalia.

—¡Que reviente! Esta noche haz venir a Barbayanis, el vendedor de salep. Tengo el corazón bien oprimido, sabes, Suleimán… Di también a Effendín que venga. Necesito reírme un poco.

Volcó su chibuquí y lo vació golpeando sobre una piedra. “¡Grandeza y decadencia!”, murmuró entre dientes para no ser oído por el negro. “Que Alá me perdone, pero yo creo que Turquía está metida en un mal guisado…”

—Llena mi chibuquí, Suleimán, enciéndelo y cállate.

Un jinete de barba negra apareció, salvaje, con el pañuelo encasquetado hasta las cejas. Dió un fustazo a su yegua, pasó como una flecha y salió por la puerta del Lazareto, hacia el campo.

—¿Quién es ese giaur, negro? —preguntó el pachá, irritado—. Me parece que alardea demasiado. ¿Dónde le he visto yo antes de ahora?

El negro tenía los ojos fijos en el jinete que, habiendo franqueado la puerta de la ciudad, iba y venía alrededor de las murallas.

—¿Qué tienes en la cabeza? —dijo el pachá blandiendo su chibuquí. Te estoy hablando.

—¿Que quién es ése? ¿No recuerdas el año pasado? Tú mismo le hiciste venir a palacio porque había echado a Nuri Bey encima de un tejado. No abrió la boca para justificarse. Pero en el momento de marcharse agarró la barandilla de la escalera y por poco la arranca.

—¡Ah, ya! ¡El Capetán Miguel! —dijo el pachá. Se calló un momento, pensativo, y luego: —Escucha, Suleimán —dijo—, un día vas a batirte con él aquí, en los Tres Arcos y delante de todo el mundo. Turcos y griegos. Y vas a ponerle con los hombros pegados al suelo. Así nos desharemos de él… ¿Comprendes?

El negro miraba hacia el mar, lo blanco de sus ojos se había puesto amarillo con vetas rojas. No respondió nada.

El pachá hizo un signo con la mano, las trompetas se callaron y él se levantó para marcharse. Se volvió a su palafrenero.

—¡Si tienes miedo de ese giaur, negro condenado, debes saberlo, estamos perdidos!

Se calló, pero durante tres días no pensó más que en la mujer vestida de rojo y en Turquía.

Y aquella mañana se despertó bruscamente, angustiado. Había tenido un mal sueño: en medio de la plaza dos fieras luchaban salvajemente, el Capetán Miguel y el negro Suleimán completamente desnudos y untados de grasa, con un hacha en la mano. Todos los habitantes de Candía se habían reunido alrededor de ellos. En el lado del sol estaban los cristianos. Enfrente, a la sombra, los turcos, de pie, miraban. Nadie hablaba. Todos observaban la escena, mudos y pálidos. Él, el pachá, estaba sentado bajo una tienda roja y su corazón temblaba como una hoja de bambú porque creía oír, en el fondo de sí mismo, una voz que gritaba: “¡Si el Capetán Miguel le derriba, se acabó, adiós Turquía. Si el negro le derriba, se acabó, adiós Cristiandad!”

Luchaban sin tregua, gimiendo, la tierra se hundía bajo sus pies y las huellas se llenaban de sangre. Toda la ciudad vibraba. El sol se puso, turcos y cristianos desaparecieron en la sombra y el pachá ya no distinguía más que las dos fieras que gemían, rodaban por el suelo y se levantaban con las carnes hechas jirones por el hacha… El pachá se puso a temblar. “¡Alá! ¡Alá!, murmuró. ¡Es un sueño! Voy a dar un grito para despertarme. ¡No quiero ver el final!”

Dió un grito y se despertó. Ahora, sentado de muy mal humor en

su espeso colchón de lana, reflexionaba. Batió palmas y Suleimán apareció.

—¡Ve a buscarme al Capetán Miguel! —dijo.

No sabía por qué quería hacerle venir. “¿Que venga, pensaba, así le veré, me dirá alguna palabra desmedida tal vez, yo me enfadaré entonces y tomaré una decisión. ¡El pachá aquí soy yo! ¡No tolero que ese giaur venga a pasearse delante de mí con su yegua cuando estoy escuchando la música!”

—¿El Capetán Miguel? —dijo el negro rascándose la cabeza. Pero… acabo de saber, amo, que ha bajado a la bodega de su casa con sus animadores y que están bebiendo…

—¿Bebiendo? ¡Ésa no es una razón! ¡Dile que venga aquí, y sin tardanza!

El negro no se decidía a ir. Bajó la voz.

—Amo —dijo—, ¿quieres ensangrentar al país? ¿Has recibido alguna orden de Constantinopla?

El pachá se agarró su cabeza calva con las dos manos, presa de un gran malestar.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó.

—Porque si me responde: ¡no voy! ¿Qué vas a hacer? Le mandarás a los soldados y les romperá la cara una vez más… No es un hombre como los demás; sobre todo cuando bebe, es un terremoto. ¿Te acuerdas el año pasado cuando se emborrachó y quiso derribar la entrada del puerto? Aunque le hiciese matar en secreto Creta ardería. ¡Déjale estar, amo!

—¡Dejar estar al uno porque es valiente, dejar estar a la otra porque es honrada! ¿Qué clase de pachá soy yo, entonces?

Sopesó largamente el pro y el contra. “Si esta maldita isla arde, se verán llegar nuevos ejércitos del este, cañones, armas, nuevos pachás y luego los europeos querrán mezclarse en ello… ¡Que se los lleve el diablo! No es eso lo que me abruma, pero sería meterme en camisa de once varas.”

—Ve entonces a prepararme un café bien cremoso y llena mi chibuquí ¡pícaro negro! —dijo al fin, tirándose de los bigotes con cólera…

—¿Y el Capetán Miguel? —dijo el negro.

—¡Deja que se vaya al diablo!

A la hora en que el pachá hablaba de él, el Capetán Miguel veía entrar el día por el tragaluz de su bodega. El pañuelo se le había caído sobre los hombros, su frente relucía, bronceada y bañada de luz; su barba, sus bigotes, su pelo brillaban, y sus ojos redondos y tan negros estaban fijos en la lucerna, inmóviles. No había dormido en toda la

noche. Miraba, escuchaba, bebía y de cuando en cuando, si su corazón se sublevaba, le imponía silencio lanzando un grito ronco y salvaje. “¿Qué es lo que me pasa?”, se repetía sin cesar. “¿De qué me sirve el vino que trago? ¡Entra por un lado y sale por otro!”

No lograba emborracharse, el vino no llegaba a vencerle y experimentaba por ello un secreto orgullo. De cuando en cuando se levantaba, recorría el sótano cuan largo era, sin trastabillar y volvía a sentarse. Los que trastabillaban, tartamudeaban, exhibían sus intimidades o lloriqueaban porque habían bebido, le repugnaban. Se volvió a Bertoldo:

—¿Quién era esa démona? ¿Cómo la has llamado? —le preguntó de pronto.

—¡Desdémona!, mi Capetán, ¡Desdémona! Era una princesa veneciana, con trenzas de color de miel y de oro, que le daban tres vueltas a la cabeza, como una corona de reina. Y también tenía un lunar en la mejilla…

No estaba muy seguro ni en cuanto al peinado ni en cuanto al lunar pero le gustaba así.

—¡Sigue!

—Bueno, en una palabra, Capetán, esta princesa delicada —así es el alma humana— se enamoró de un endiablado moro que tenía unos pies fenomenales. Pero, hay que ser justo, era un buen muchacho. Y ¿cómo crees tú que sucedió? Simplemente porque una noche el soldadote le contó su vida con todo género de detalles. La princesa se apiadó tanto, quedó tan conmovida de todo lo que había resistido que cayó en sus brazos sollozando… “¡No te apenes, negrazo mío, le decía, yo voy a consolarte, yo voy a traer otra vez la risa a tus labios!”

Bertoldo se detuvo. Llenó su copa hasta los bordes y suspiró.

—¡Sigue! —volvió a decir el Capetán Miguel.

—Perdóname, Capetán, me embarullo —dijo Bertoldo rascando su cráneo puntiagudo para reunir sus recuerdos…—. Pasaron cosas muy curiosas —dijo al fin—. No se quedaron, en Venecia, se fueron de viaje a Chipre; se casaron, yo creo,, y un oficial blanco, con galones dorados entró en escena. Luego… algo se me olvida. Había un pañuelo…

—¿Un pañuelo? Empiezas a desvariar, Bertoldo.

—No, no desvarío, mi muy glorioso Capetán, un pañuelo, un verdadero pañuelo, pero debía estar envenenado, embrujado ¡qué sé yo! El moro se volvió loco de celos y una noche —¡ah, esta noche me mata!— tapó con el pañuelo la boca de Desdémona y…

Se echó a llorar, sacó su pañuelo! para secarse los ojos y la frente y dió un grito.

—… y la ahogó!

Los cuatro borrachos que le escuchaban con el pescuezo estirado, se echaron a reír. El Capetán Miguel se enfadó.

—¡Silencio! —gritó; luego, volviéndose a Bertoldo:

—No has tenido tú la culpa, la he tenido yo por preguntarte.

Apoyó pesadamente la cabeza en la pared y cerró los ojos.

"Tenía razón el moro, pensó, hizo muy bien."

Mientras tanto, los juerguistas a su alrededor ya habían olvidado las desdichas de Desdémona.

—No llores más, Bertoldito mío —dijo Mistigri—, ésas son historias; en cambio, nosotros, existimos realmente. Toca la lira, Ventusos, tengo una comezón en los pies que me pide bailar.

Borracha también, la lira, adornada de cascabeles, saltaba sobre las rodillas de Ventusos como una verdadera mujer, como una recién casada y Kayambis suspiraba escuchándola. Apoyó su cabeza borracha en la mano y se puso a cantar el amane[22].

Effendín, con su cráneo calvo coronado de hojas de alcachofa, su vientre lleno de cerdo y de vino, llevaba el compás con palmadas. De cuando en cuando se levantaba, cogía a Mistigri por los hombros y hacía unas cuantas piruetas. ¡Al diablo los escrúpulos de la santidad!

—¡Hazte cristiano, Effendín! —le suplicaba Mistigri—. ¡Hazte cristiano y entrarás al Paraíso montado en un cerdo!

—No puedo, muchachos —respondía el otro, contrariado—. No puedo. He nacido turco y turco moriré.

Habían devorado los huevos con cáscaras y todo. El Capetán Miguel rompió la marmita de barro de un puñetazo y repartió los pedazos entre sus compañeros. Bertoldo tomó su parte y temblando de miedo se encaramó a un tonel. Los cretenses mordían el barro cocido, mascaban un bocado y lo reducían a cascajo, luego a tierra y se lo tragaban con grandes risotadas. Bertoldo, desde arriba, les miraba con los ojos desorbitados.

Tres especies de gentes existían en el mundo, Bertoldo empezaba a darse cuenta: los que comen los huevos sin cáscara, los que los comen con ella y los que después de haberse comido los huevos y las cáscaras se comen también la marmita que los contenía. Ésos, se llaman cretenses…

"¡Ah! ¡Ah! ¿Qué has venido tú a hacer aquí, conde Manzavino?", pensaba, mirando fijamente la puerta.

Al amanecer todos habían rendido las armas. Unos roncaban tirados por el suelo, otros, con la cabeza apoyada en las tinajas, gemían o se esforzaban en vomitar. Cuando hubo vomitado, Bertoldo aliviado, fué a buscar agua, se lavó, se arropó en su esclavina, se instaló en un rincón y se durmió como un pájaro mojado envuelto en sus alas. Sólo el Capetán Miguel mantenía la cabeza derecha. Lleno de

vino, pero lúcido como si no lo hubiese probado, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba a través del tragaluz alzarse el día.

Cuando la luz de la mañana penetró en la bodega, iluminando los restos del festín, los charcos de vino derramado y los vómitos, el Capetán. Miguel se volvió, miró a los cinco bufones aniquilados como si los viese por primera vez y su corazón se llenó de indignación. Fuera, su mujer sacaba agua del pozo, los gallos de la vecindad cantaban, el rumor de los hombres y de los animales que despertaban empezaba a dejarse oír sobre su cabeza. A lo lejos, el mar agitado estallaba en rugidos. En el patio, la yegua relinchaba. Era la hora en que Charitos le llevaba el cubo de agua fresca y el saco de avena. Fresco como un manantial, el relincho se elevaba temblando en el aire; el Capetán Miguel sintió su corazón más leve. "Sólo encuentro placer en la compañía de los caballos, murmuró. ¡Ah! si Creta no estuviese poblada más que de fieras, de lobos y de jabalíes… Los hombres son verdaderamente insignificantes. ¡Unos fantoches, todos!"

Se levantó, se estiró haciendo crujir sus huesos. Luego, dió un puntapié a cada uno de sus compañeros y los roció de vino.

—¡Arriba! —les gritó—, ¡arriba! ¡Al trabajo!

La comilona duró aún todo el día y toda la noche. De cuando en cuando uno de los juerguistas parecía desanimarse, el Capetán Miguel hacía restallar su látigo. Charitos iba y venía, trayendo nuevos platos. Effendín y Bertoldo entrecambiaban pequeñas atenciones y les parecía raro haber vivido tanto tiempo en la misma ciudad sin encontrarse y hacerse amigos.

—Yo te enseñaré a tocar la guitarra —le decía Bertoldo—. Tocando olvidarás tus penas y podrás cruzar solo las calles.

—Yo —decía Effendín—, yo te enseñaré a trasladar llamas, Bertoldo mío.

El conde ya no se sentía un extraño entre aquellos cretenses. Se sentía cada vez más afectuoso y les prodigaba sus besos. Sólo el Capetán Miguel le intimidaba. Cada vez que el alegre zantiota quería decir un chiste, su gaznate se atragantaba en el último momento y no podía pronunciar palabra. Se volvió hacia Ventusos:

—¿Te das cuenta, *seor* Ventusos, de que nosotros no somos hombres, sino artistas?

—¿Artistas? ¿Y eso qué es?

—Digamos, una especie de ángeles. Bueno, no enteramente ángeles, pero casi. Mira, para que comprendas: hay animales, burros, mulos, etc…, Luego, hay hombres y luego, más alto, hay artistas y por último, todavía más alto, nay ángeles. Nosotros, Ventusos, somos artistas.

—¿Y entonces?

—Bueno, cuando te mueras, no te olvides de llevar la lira. Yo llevaré mi guitarra. Eh, ¿qué te parece, si muriésemos juntos, Ventusos, pequeño mío? Sabes, los ángeles, ellos también tocan la lira y la guitarra. Entonces, nos vamos a la puerta del Paraíso a dar la serenata al gran director de orquesta a quien las gentes llaman vulgarmente Dios, porque no comprenden la música. Yo las cantinelas, tú las alboradas, hasta que el gran director de orquesta aparezca tocando las castañuelas y nos haga entrar en el coro inmortal.

Ventusos reía:

—Pero ¿qué te crees, Bertoldo mío? —dijo—. Como si se pudiese tocar la guitarra o la lira sin manos y sin dedos. Tú ya sabes en qué se convierten una vez debajo de la tierra las manos y los dedos.

—¡Calla, desgraciado, que me pones carne de gallina! —dijo el conde, envolviéndose en su capa—. ¿Crees que las manos que tocan la guitarra también…?

—¡Todas, todas, mi pobre viejo!

—Entonces, ¡bebamos mientras tengamos manos y gaznate! —gritó Mistigri llenando los vasos—. ¿Y las mujeres, Ventusos, también se las comen los gusanos?

—Sí… también…

—¿Aunque sean hermosas como el día?

—¡Sí! ¿Tú qué crees, Capetán Miguel?

Éste frunció las cejas, con aire descontento.

—Tú, Ventusos, habla con tus manos. Y tú, Mistigri, con tus pies. Vosotros no tenéis lenguas.

—A tus órdenes, Capetán Miguel.

Mistigri saltó, él no quería otra cosa. Ventusos apoyó la lira en su rodilla derecha, Kayambis apoyó la mejilla en la palma de la mano y comenzó la danza. El día transcurrió rápidamente. Toda la vida estaba condensada en esta bodega. El resto de la tierra no existía. Pasó el mediodía, el sol descendió y se encendieron las velas en medio de la mesa y sobre los toneles. El amanecer encontró a los juerguistas tirados por el suelo, agotados y amarillos como el azafrán. Habían seguido ensuciando las paredes, sus trajes estaban llenos de vino y de grasa, sus pelos y sus alientos apestaban.

Grave, inmóvil, el Capetán Miguel velaba sobre todos ellos. En cuanto apareció la primera claridad del alba les volvió la espalda por no verles. No pensaba en nada. Hacía dos días y dos noches que se sentía caer en el vacío de un precipicio sin fondo. Al amanecer del martes se durmió un instante, nada más que un instante, pero el diablo tuvo suficiente tiempo para venir a tentarle. Al principio le pareció penetrar en una nube primaveral, una nube de aire y de rocío

refrescante. Exasperado por el calor, el vino y la tristeza, se abandonó a una agradable sensación de frescura. Lentamente, la nube se transformó, se espesó, tomó la forma de una cara en la que los labios de una mujer aparecieron, luego dos ojos centelleantes, feroces y burlones. Entonces el Capetán Miguel vió salir de la sombra dos pies pequeños, teñidos con alheña y dos manos blancas. Los labios se entreabrieron y una voz de cristal se dejó oír: "¡Capetán Miguel! ¡Capetán Miguel!…"

El Capetán Miguel se despertó sobresaltado, derribó la mesa, con los vasos, los platos, las velas y las tabaqueras. Los cinco durmientes abrieron los ojos. La luz del día iluminaba ya la bodega. Al incorporarse vieron al Capetán Miguel que descolgaba su látigo y se precipitaba sobre ellos.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —gritaba como un poseído.

Alargó el brazo y abrió la puerta.

—¡Fuera de aquí!

Kayambis el primero franqueó la puerta de un salto, se precipitó en el patio hacia la salida. Era martes, todo había terminado de prisa. Garufalia seguramente dormía todavía. Pies ¿para qué os quiero?; desapareció camino del puerto. Los otros cuatro salieron en fila india de la bodega, tambaleándose. A la luz del día, sus caras estaban verdosas, desencajadas, embadurnadas de salsa, de vino y de vómitos. Soñolientos, medio borrachos todavía, miraban el patio, el pozo, la madreselva, la puerta cochera, incapaces de tomar una dirección… A la cabeza estaba Mistigri, ceñudo, con las ropas en desorden, los bigotes caídos. Trataba de recoger su faja que llevaba colgando, pero se le escapaba, arrastraba por el suelo y se enganchaba en los pies de Ventusos que iba detrás de él con la lira al hombro. Un poco más lejos venía Effendín. Sosteniendo con una mano sus calzones de yute que tenían el cordón roto, hacía con la otra señas desesperadas a sus compañeros para que se detuviesen.

—¡Esperad, tarugos! ¿A dónde vais? El Capetán Miguel está bromeando; va a volver a llamarnos de un momento a otro. Contad y veréis: martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo. ¡Faltan todavía seis días!

No, no podía admitirlo, era demasiado injusto, que los echase en el preciso momento en que empezaban a regalarse. El pecado no tiene encanto más que cuando se zambulle uno en él hasta el pescuezo, cuando se sacia uno, cuando se siente repugnancia y un ligero remordimiento. El pecado debe ser una montaña de carne de cerdo en la cual pueda uno meterse, un depósito de vino donde pueda uno zambullirse y nadar, no un ligero entremés.

Contaba y recontaba los días por los dedos: "martes, miércoles, jueves… ¡tantos días perdidos! ¡Qué lástima! ¡No, Capetón Miguel, es

imposible! ¡No nos hagas una cosa así, llámanos!”

Creyó oír su nombre y sentir una mano en su espalda. Debía de ser el Capetán Miguel. Se volvió, radiante, pero era Bertoldo que lloriqueaba, tirándole de la manga.

Mistigri había alcanzado la puerta cochera, arrastrando todavía su faja. Sentía un terrible peso en los brazos y en las piernas; le parecía que habían aumentado de volumen y que ya no podrían servirle.

—Voy a decir a mi mujer que me dé unas friegas. En resumidas cuentas, muchachos, hemos tenido suerte, la cosa no nos ha salido cara.

—¿A dónde vas, Mistigri? ¿Por qué me dejas solo? —gritaba Bertoldo—. ¡Espérame!

—Ven, Bertoldo mío —dijo Mistigri cogiéndole del brazo. Bertoldo se agarró a la faja que colgaba. .

—Olvidé mi paquete —dijo, con aire suplicante—. ¿Querrías tú ir a buscármelo?

Mistigri se hizo el sordo. El sol inundaba las calles, se oía la voz de Barbayanis vendiendo su salep y la de los campesinos que gritaban: “¡Buena leña!”, arreando a sus mulos cargados. En la panadería de Tulupanas a la misma entrada del horno, dos bandejas de chapa llenas de pastas de sésamo humeaban.

Bertoldo miró las pastas y se detuvo. Mistigri metió la mano en el bolsillo de su chaleco, sacó una moneda y compró una pasta.

—Toma —dijo a su amigo—, yo no quiero. —El recuerdo del leproso le repugnaba.

Mientras tanto, Effendín, con la frente pelada por las hojas de alcachofa, se deslizaba en la mezquita procurando evitar la riña de su madre.

Ventusos, con la lira al hombro, volvió a su casa fatigado y pálido. Su mujer y sus hijas corrieron a él, le cogieron por los sobacos y le acostaron en el sofá. Le friccionaron con aceite sacado de la lamparilla de Nuestra Señora de las Viñas, le sahumaron para conjurar el mal y como tiritaba le echaron encima todas las mantas de la casa. Luego, la madre Tisana, su vecina, vino a ponerle ventosas escarificadas.

Entre tanto, el Capetán Miguel había ensillado su yegua y metido su cuchillo de mango negro en la faja. Su mujer salió al patio para preguntarle adonde iba y suplicarle que tuviese piedad de sus hijos, pero al ver su cara se quedó sin voz. El Capetán Miguel se volvió y la vió allí.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo con voz ronca y enfurecida.

—¿Quieres que te prepare un café…? —dijo la mujer.

—Voy a tomar uno en la taberna —respondió él—. ¡Vete adentro!

Madama Katerina, se volvió a la cocina, inquieta; Rinio había

encendido el fuego y preparaba la comida.

—Se va —dijo la madre—. Ha ensillado la yegua. Va a ir otra vez a hacer de las suyas en el barrio turco… Es una fiera, una verdadera fiera, no hay nada que hacer.

Rinio se echó a reír.

—¡Va a volver a entrar a caballo en los cafés turcos! —dijo, con admiración.

La yegua cruzaba ya el umbral de la puerta, se oía el ruido de sus cascos. Ya en la calle relinchó.

—Que Dios le proteja —dijo la madre, santiguándose.

—¿Has visto cómo se largaron, los idiotas? —dijo Rinio riendo—. Los vi por la ventana; iban uno detrás de otro, dando grititos y tambaleándose. Cochinos, asquerosos, parecían ratas sacadas de un tonel de aceite. Mi padre no estaba borracho. Tenía aspecto de estar sereno y daba latigazos al aire. ¿Por qué suspiras, madre? ¿Te habría gustado tener por marido a un Bertoldo o a un Ventusos? Te lo aseguro, mamá, tienes mucha suerte.

—¡Se puede ser un hombre serio y un buen padre de familia sin ser un clown!

—Seguramente, pero a mí no me gustan ni los buenos padres de familia ni los caragueuz[23] —dijo Rinio frunciendo los labios—. A mí me gustan los capetanes.

El Capetán Polyxinguis pasaba ante la fuente de Idomena, seguido de Alí Agá que llevaba un gran serón a la espalda. Iba a casa de su sobrina Vanguelio a llevarle sus regalos de bodas. Desde hacía dos días nuestro Capetán no era el mismo. El temblor de tierra parecía haberle trastornado el cerebro. Recorría las calles durante todo el día sin comer ni beber. No hacía más que fumar y lanzar suspiros como un búfalo enfermo. Iba y venía por la ciudad, pero sus paseos le llevaban invariablemente ante la misma puerta verde. Allí se detenía, calculaba la altura de las tapias, se alzaba sobre las puntas de los pies como si tomase impulso para saltar, luego se alejaba, daba unas vueltas y volvía otra vez.

Para no ser notado —tenía miedo de las Tres Gracias— entraba en casa de un quincallero turco del barrio y compraba bien una bandeja de metal, bien una palangana, un aguamanil, o cubiletes o tacitas de café. Al principio se preguntaba qué haría con toda aquella batería de cocina, pero luego pensó que su sobrina Vanguelio iba a casarse. Puso todas sus compras en un serón que cargó en las espaldas de Alí Agá y seguido del viejecillo se fué hacia el barrio del Capetán Miguel donde se encontraba la casa de Vanguelio.

Al dar la vuelta a la fuente de Idomena, se encontró de manos a

boca con el Capetán Miguel que llegaba a caballo, con los ojos medio escondidos en el pañuelo a rayas y la fusta en la mano.

El Capetán Polyxinguis se detuvo sorprendido. Sabía que desde el domingo anterior la semana báquica llegaba a su pleno en la bodega del Capetán Miguel. Y aquel día era martes…

¿Habría echado a sus invitados antes de tiempo? A ese paso, era seguro que iba a meterse en la boca del lobo, divirtiéndose en provocar a los agás en los cafés turcos. El Capetán Polyxinguis meneó la cabeza. “Un día pagará cara su audacia, pensó, y Candía perderá uno de los pilares de la Cristiandad. Pero ¿quién puede dominar a un hombre así? Ni Dios ni el diablo. ¡Dios mismo tiene miedo de los que no temen a la muerte!”

El Capetán Miguel se acercaba. Al ver al Capetán Polyxinguis espoleó a su yegua. No quería dirigirle la palabra. Aquel tarambana le daba en los nervios con sus risas, sus bromas y la vida de placeres que llevaba. Era de esa clase de hombres que silban y cantan todas las mañanas al levantarse y el Capetán Miguel tenía horror de eso. Cada revuelta de Creta les reunía, cada vez que los cristianos se sublevaban contra los turcos se hacían amigos sinceros. Pues los dos eran capetanes y tenían sobre sí la carga de miles de almas. Pero, cuando las hostilidades terminaban, no se reconocían. “¡Es demasiado oso, pensaba el Capetán Polyxinguis, a mí eso no me gusta!” Al verle, el Capetán Miguel aceleró el paso de su yegua para pasar sin hablarle.

El Capetán Polyxinguis quedó asombrado por la seriedad de su compañero de armas y sospechó que estuviese tramando algo de lo que la Cristiandad fuese a sufrir las consecuencias. Pero sin demostrar nada se le acercó.

—¿A dónde vas tan de mañana, Capetán Miguel? —dijo, con los brazos en alto para cortarle el paso.

—¡Quítate de ahí, Capetán Polyxinguis, la yegua va a derribarte! —gruñó el Capetán Miguel con los ojos echando chispas.

Pero el Capetán Polyxinguis siguió allí inmóvil, en medio de la calle con los brazos extendidos.

—¡Por el amor de Cristo, hermano —dijo—, no malgastes tus fuerzas! Eres uno de los pilares de la Cristiandad. Creta cuenta contigo, no tienes derecho a decidir de tu vida: sólo ella lo tiene. Y puede que pronto le haga falta.

El Capetán Miguel nunca había detestado a este hombre tanto como en aquel instante. El día antes, Mistigri, que había conseguido escaparse un momento de la bodega para tomar el aire en el patio, se había enterado, charlando con madama Krassogeorgis, de la noticia fresca sobre el Capetán Polyxinguis en el barrio turco, y apenas regresó se apresuró a deslizar en la oreja del Capetán Miguel la

historia. Aunque ávido de oírla, éste afectó permanecer indiferente, pero un puñal quedó clavado en su corazón.

Ahora ya no podía contenerse. Se inclinó hacia adelante, con los labios blancos de cólera.

—Ve a ocuparte de las hembras en celo y déjame a mí ir a armar camorra en los barrios turcos, si me apetece.

El Capetán Polyxinguis se puso escarlata:

—En tiempos de paz —dijo, picado en lo más vivo—, me ocupo de las hanums, en tiempos de guerra mato a los agás. Eso es lo que yo llamo ser un hombre.

Se volvió hacia Alí Agá:

—Tú, sigue. Lleva el canasto a casa de Vanguelio —dijo, y le despidió.

Luego dió un paso y apoyó la mano en el pecho cálido de la yegua.

—Capetán Miguel —dijo, bajando la voz—, ¡por el amor de Dios!, dime qué es lo que te he hecho. No me gusta cómo me miras hoy. Tu mirada me traspasa como si fuese un turco.

—¡Vete!, te digo, la yegua va a derribarte —gruñó el Copetón Miguel una vez más, volviendo al otro lado la cabeza.

—¿Pero qué es lo que te he hecho? —insistió el Capetán Polyxinguis—. ¿Por qué vuelves la cara al otro lado?

—¡Quítate de ahí que la yegua va a derribarte! —gritó el Capetán Miguel por tercera vez.

—No hay quien pueda entenderse contigo, no sabe uno por dónde cogerte.

—¡Y si es eso lo que a mí me gusta, Capetán Hanum! —rugió el Capetán Miguel huraño, espoleando a su cabalgadura. El animal se encabritó y estuvo a punto de derribar al Capetán Polyxinguis.

—¡Si no fueras cristiano y palikaro… —murmuró el Capetán Polyxinguis mordisqueando sus bigotes—, ya sabría yo por dónde agarrarte, demonio desencadenado!

Escupió tres veces como para borrar el mal encuentro y se dirigió a casa de su sobrina.

Vanguelio estaba tejiendo, sentada a su telar. Le faltaba poco para terminar las últimas piezas de dril que se transformarían pronto en calzoncillos irrompibles para su marido y en camisones para ella. Con mano nerviosa hacía pasar la lanzadera apresuradamente; el día de la boda se acercaba. Le veía abalanzarse sobre ella como una fiera peluda, *tenebrosa* y cubierta de barro, y *se* crispaba aterrorizada, se hacía una bola como el erizo. Para ella, el matrimonio era una bestia repugnante. Para ella, su prometido no era más que un palomino, con sus anteojos, su voz blanda de pope y su amabilidad empalagosa y

bovina. ¿Había venido ella al mundo para casarse con aquel mequetrefe? ¿Llevaba tantos años comiendo y bebiendo para convertirse en su mujer? ¿Para eso se habían hinchado sus senos y ensanchado sus caderas? Su tío le martillaba a la oreja: "Cásate con él, dile que sí, Vanguelio. Un marido es como un edredón, está hecho para proteger." Ella hubiera querido desgarrar los siete cielos con un aullido y gritarle a Dios: "¡No quiero, no quiero!" En sus sueños, desde hacía muchos años, veía a un joven con un capote de paño echado por los hombros, esbelto, amigo de querellas, de vino, de mujeres, de puñales y de gastar el dinero sin preocuparse, enteramente como su hermano Diamandis. ¡Cuántas veces al encender la lamparilla en el iconostasio heredado de sus padres, había suplicado a san Nicolás que dota a las huérfanas, y a san Fanurios que inspira a los jóvenes, que le enviasen un hombre parecido a su hermano! A su hermano y no a su tío, entrado en carnes y malhablado, tampoco como el Capetán Miguel que olía a azufre y aterrorizaba a todo el mundo a su paso, incluso a los perros. Ella le deseaba parecido a su hermano Diamandis, elegante, fino como un ciprés, con una cintura estrecha y un pecho ancho y sólido como una muralla. Si no prefería quedarse soltera y envejecer junto a su hermano. Él tampoco se casaría, una mujer podría destruir la dulzura de su existencia. Cuando muriesen les enterrarían juntos, y en su tumba plantarían dos cipreses, uno macho, recto como un cirio, el otro hembra, con las ramas extendidas, y sus raíces se confundirían bajo la tierra.

Pero he aquí que su tío Polyxinguis quería a toda costa casarla con el hermano del Capetán Miguel, Palomino. "Entrarás en una buena familia, le decía, y así tendrás alguien que se ocupe de ti." Porque era el caso que Diamandis le había comido los olivares y los viñedos heredados de sus padres y que no le quedaba más que la pobre casa donde habitaban. Dentro de *unos* cuantos meses, también ésta se la habría comido y bebido. ¿Y entonces?

"La culpa de todo la tiene Polyxinguis" —murmuraba Vanguelio mientras tejía—. "Él es quien lo ha combinado todo, él es quien me ha hecho decir que sí, y si Dios es justo le castigará. Y si Dios no es justo, el suspiro de una solterona es poderoso como el rayo. Caerá sobre él y le abrasará…"

El Capetán Polyxinguis empujó la puerta y entró. Se volvió hacia Alí Agá que le esperaba fuera con su carga y le hizo señas de que entrase y se deshiciese de ella.

—Ya puedes irte de juerga, Alí Agá —le dijo, alegremente, arrojándole una moneda. El turco atrapó la pieza al vuelo, la apretó fuertemente en su mano, como si fuese un pájaro que pudiese echar a volar, y se inclinó para besar la mano generosa. Pero el Capetán Polyxinguis se echó atrás riendo.

—Yo no soy pope ni imán, Alí Agá; anda, viejecillo, vete en paz.

Entró en el patio. El perro se enderezó un momento en su rincón, olfateó el aire, reconoció al visitante y se enroscó nuevamente.

Por la puerta entreabierta, el Capetán Polyxinguis vió el telar que se alzaba como una fragata aparejada, como un monstruo doméstico inofensivo, con sus patas, sus muslos, sus pezuñas, sus tobillos, peines, cadena y trama.

Vanguelio se volvió, vió a su tío y puso toda su voluntad en la sonrisa que le dirigió como signo de bienvenida, pero sus labios, su nariz y su barbilla, expresaban odio. Ella había sido siempre de color amarillento, poco habladora y hosca. Una pena secreta que no era capaz de vencer, debía minarla desde hacía algunos años. Iba consumiéndose, palidecía y su pecho se secaba poco a poco. Detrás del Capetán Polyxinguis apareció Alí Agá con el canasto y Vanguelio comprendió.

—Qué locuras has hecho por mí, tío Jorge —dijo, echando una mirada golosa al cesto. Cuando vió los utensilios de cocina su cara se iluminó un instante.

—No se casa uno más que una vez —dijo el Capetán Polyxinguis—. ¡Al diablo la avaricia! —Y se echó a reír para animar un poco a su sobrina—. Parece ser, pequeña mía, que no hay mayor alegría en este mundo.

—Así parece… —dijo Vanguelio y se quedó callada.

El Capetán Polyxinguis se sentó en el sofá, se quitó el fez húmedo, porque venía sudoroso y lo depositó en el poyo de la ventana. Vanguelio se arrodilló y se puso a sacar del canasto uno por uno los brillantes utensilios de cobre. La casa se llenó de bandejas, de jarros, de aguamaniles, y mientras Vanguelio se inclinaba sobre ellos su rostro pálido se coloreaba y se encendía.

—Gracias, tío —dijo, casi sin mover los labios—, eres un padre para mí. ¡Que Dios te lo pague!

—Lo dices de mala gana, Vanguelio. Vas a casarte, hijita mía, y estás a punto de llorar. Levanta esos ojos, que yo te vea… Vamos, ríete un poco, Vanguelio, pega un grito para desahogarte. Las novias cantan mientras tejen sus últimas piezas y en toda la casa repercuten sus gritos de alegría, todo el barrio se conmueve como si hubiese un temblor de tierra. Así es como me imagino yo las bodas. Y tú, parece que estuvieses tejiendo una mortaja.

Vanguelio se levantó bruscamente. Las palabras de su tío, el juerguista, la irritaron. Pensó en su prometido. ¿Por aquella cara de pan mascado debía ponerse a cantar? Su boca se llenó de amargura. Iba a hablar, pero desistió. ¿Qué podía decir? Ahora ya estaba hecho. Si eres feliz ¿para qué gritar? Si no eres feliz, nadie va a venir en tu

ayuda. Entonces, cállate.

Pero el Capetán Polyxinguis no podía explicarse el mudo abatimiento de su sobrina. El día del casamiento se acercaba; por Pascuas debía ser. Era necesario hablar claro con ella. Se daba cuenta de que desde el día en que la había prometido, Vanguelio le miraba con malos ojos, con gesto de reproche. Y el caso era que él había sudado sangre para hacer decir que sí a Palomino. Hasta el último momento éste no quería oír hablar de ello. Entonces, un día, el Capetán Polyxinguis había tomado cinco paquetes de piezas de oro de su caja y se los había entregado a Palomino.

—Profesor, toma estas cien libras de dote, pero que nadie lo sepa, ni el Capetán Miguel, ni tu prometida, ni mi hermana. Yo quiero dotar a mi sobrina y te la entrego.

Así fue como *logró* convencerle. Y ahora, su señora sobrina fruncía los labios y hacía ascos como si la obligasen a tomar quinina. Era sin duda un príncipe lo que necesitaba.

Vanguelio salió de la cocina con una bandeja en la que traía una taza de café, un vaso de agua fresca y una cucharada de mermelada de guinda. Lo colocó sobre una silla ante su tío Polyxinguis.

—Dime, Vanguelio —dijo éste—, ¿Diamandis no ha vuelto todavía? ¿Se pasa las noches fuera, el muy borracho?

—Es joven —respondió con orgullo Vanguelio—, es guapo, hace bien.

—¡Hace bien!, ¿eh? ¡Hace bien! Sin embargo él es quien te ha arruinado, Vanguelio.

—¿Él me na arruinado? Pues si no fuese por él yo ya me habría matado. ¿Qué quieres que haga yo en esta vida? No te ocultaré, tío, que si te obedezco, si acepto el yugo que me impones, es porque ni aunque me case me separaré de mi hermano. Si no fuera así, al diablo…

Eli Capetán Polyxinguis se bebió el vaso de agua de un sorbo. Contuvo su cólera, se detuvo en saborear la mermelada por no agarrar a Vanguelio por los pelos y estrellarla contra la pared.

—¡Qué vergüenza! —dijo al fin, con los labios crispados bajo sus bigotes—, es tu hermano, no es tu enamorado, después de todo. Deja que se case él también, que funde un hogar y se olvide de que hay tabernas.

Vanguelio saltó de su silla, con los carrillos echando fuego.

—¡No quiero ni oír hablar de semejante cosa! —gritó.

—¿Qué es lo que te pasa, Vanguelio? —dijo el Capetán Polyxinguis, espantado—. ¿Le quieres más que a tu futuro marido? ¡Qué vergüenza! Y yo que me he tomado tanto trabajo.

—Tú me has vendido por un pedazo de pan, tío Jorge —dijo

sibilante Vanguelio, con los dientes apretados.

El Capetán Polyxinguis no pudo contenerse. Malignamente, despiadadamente, estalló:

—¿Por un pedazo de pan? ¿Te parece poco, princesa? Puedes considerarte muy feliz. Diablos, no es tu juventud, ni tu belleza, ni tus riquezas lo que va a atraer a los maridos. Tienes treinta y cinco años, estás reseca, cascaruda, mostachuda. El cabeza hueca de tu hermano ha liquidado todo lo que tenías y estás en la calle. ¿Quién va a ocuparse de ti, desdichada? Dios ha puesto a Palomino entre la espada y la pared y por fin ha aceptado.

Vanguelio con la cara escondida entre sus manos empezó a llorar suavemente, desesperadamente. El corazón de Polyxinguis se oprimió. ¿Cómo había podido decirle tales cosas? ¿Qué hacer ahora? ¿Y cómo consolar a aquella pobre muchacha?

Puso su mano sobre los cabellos secos y tristes de su sobrina.

—Calla, vamos, no llores más, Vanguelio. Con la ayuda de Dios todo saldrá bien ahora… Es un buen muchacho y te quiere. Ya verás, se te llenarán las mejillas, te saldrán colores, renacerás. Y luego, si tienes chicos…

—¡Puah! ¡hijos de Palomino! —dijo Vanguelio, secándose los ojos con cólera.

—No serán sólo de Palomino, también tu sangre correrá por sus venas. Podrán parecerse a tu hermano.

Vanguelio se estremeció, una oleada de sangre afluyó a su pecho marchito.

—¡Cállate! —dijo, temblando.

El Capetán Polyxinguis se levantó. Hizo ademán de acariciar a su sobrina, pero se contuvo.

—Ya volveremos a hablar de esto otro día, Vanguelio —dijo—. Me voy, prefiero no encontrarme con tu hermano. No tengo ganas de verle.

Se puso el fez elegantemente sobre la cabeza y se dispuso a salir. En ese mismo momento una violenta patada conmovió la puerta y la abrió de par en par. En el umbral, con aire embrutecido, con una ramita de albahaca marchita detrás de una oreja, un cigarrillo detrás de la otra, el capote de paño echado sobre los hombros, estaba Diamandis, el hermano. A la vista de su tío frunció las cejas y apretó los labios.

—¿Ha venido otra vez a hacer de casamentero, éste? ¡Que ahueque el ala!

Se quitó el sombrero de un manotazo, atravesó el patio y entró en la casa. Tropezó con los utensilios de cobre que no había notado, perdió el equilibrio y empezó a echar juramentos.

El Capetán Polyxinguis volvió la cabeza al otro lado. No podía verle sin sentir aversión.

—Los verdaderos hombres —dijo con tono hiriente— beben, pero no se emborrachan. Puedes tomar mi ejemplo. Los verdaderos hombres van detrás de las mujeres, pero no hasta hacer el ridículo. También puedes seguir mi ejemplo.

Diamandis, que detestaba a su tío y sabía cómo llegarle a lo vivo, se rió con maligna ironía. Su lengua estaba pastosa, tartamudeaba, pero consiguió decir:

—Los verdaderos hombres beben y no se emborrachan, ésa es la verdad, pero luego… no se van a hacer rorro en su camita. Saltan sobre su yegua y se van. Pero no adonde están las hanums, sino a los cafés donde están los agás. ¡Toma el ejemplo del Capetán Miguel!

Nuestro Capetán Polyxinguis fué tocado en pleno corazón, comprendió que tenía razón el borracho.

—¡Calla esa boca! —gritó dirigiéndose a la puerta—. ¡Sinvergüenza! Tú no has titubeado en consumir la dote de tu hermana en las tabernas. Con las mujeres. Y no te has privado de cadenas ni de relojes. Si por lo menos supieses leer la hora. Pero no eres capaz ni siquiera de eso, ¡rufián!

Diamandis lanzó un aullido, quiso saltar por encima de las bandejas y los aguamaniles, para alcanzar a su tío, pero tropezó y se derrumbó ruidosamente.

El Capetán Polyxinguis se echó a reír con desprecio.

—Puedes estar orgullosa de tu hermanito, Vanguelio —dijo y se fué.

—¡Sí!, puedo estar orgullosa y lo estaré hasta el fin de mis días, tío —respondió Vanguelio.

Luego fué a levantar dulcemente a Diamandis que yacía entre las cacerolas, le acostó en el sofá, le puso la cabeza en un cojín y empezó a acariciarle lentamente, con ternura.

Al mediodía, Thrassaki volvió de la escuela muy excitado.

—Mamá —gritó tirando al alto el gorro colorado de punto que su hermana le había hecho—, mamá, la yegua de padre va sacando chispas del suelo. Le he visto cruzar la calle grande. Todos los comerciantes se asomaban para admirarle. Uno dijo: “Va hacia los barrios turcos”, y otro: “Viene de los barrios turcos.” Yo me paré, me quité el gorro y le saludé, pero no me vió, ¡qué te crees! Te digo que el suelo se iba llenando de chispas.

—El seor Paraskevas ha venido a quejarse —dijo la madre, asustada de tanta admiración filial—. Parece ser que el otro día robasteis a su hija, tú y tus amigos. ¿No te da vergüenza?

Thrassaki se echó a reír.

—¿Por qué hiciste eso?

El chico alzó los hombros.

—Pues, así, por nada. Hoy estuvimos a punto de hacer lo mismo con Palomino. Pensábamos escondernos detrás de la puerta y cazarlo a lazo. Así es como se caza a los caballos salvajes, él mismo nos lo ha dicho. Nosotros éramos los cazadores y él el caballo.

La madre dió un grito.

—¡Insensatos! ¿Qué os ha hecho ese santo hombre? ¿Por qué queríais matarle?

—¿Nosotros? Si le queremos mucho, pero, por divertimos. No pensábamos tirar de la cuerda, era sólo para ver la cara que ponía.

Llevaba enrollada a la cintura la cuerda donde se ponía a secar la ropa. Se la quitó y volvió a ponerla en su lugar, junto al pozo. Apretaba el puño y fruncía el ceño igual que su padre.

—En el último momento los compañeros se rajaron. Es que eran demasiado los que se habían metido, había muchos cobardes. Peor para ellos. La próxima vez lo combinaré con menos, pero los elegiré mejor. Y hasta puede que me las arregle yo solo…

Llamaron a la puerta. Era Alí Agá.

—¡Por el amor de Dios, madama capetana! —dijo—. Effendín se ha vuelto completamente loco. Está en el barrio griego, viene hacia aquí. Cierra la puerta y no le abras.

No había terminado de hablar cuando Effendín se precipitó en el patio, dando' alaridos. El corazón de madama Katerina se oprimió al verle. Estaba desconocido, el desgraciado, con los ojos hinchados y colorados por el llanto y las vestiduras desgarradas, dejando ver los calzoncillos de yute. Se había quitado el turbante y su cráneo completamente calvo, profusamente untado de bosta, apestaba. Se arrodilló en medio del patio y empezó a lamentarse.

—¡He pecado! —gritaba—, ¡he pecado! He comido cerdo, he bebido vino, he blasfemado. ¡Hombres, perdonadme para que Dios me perdone! Madama capetana, si un día Dios te pregunta, dile que el Capetán Miguel me hizo comer y beber a la fuerza.

Andando de rodillas, se. arrastró hasta ella para cogerle la mano y besársela.

—¡Ten piedad de mí, madama capetana! He salido a la calle para gritar ante todos mi aflicción y mi vergüenza y he empezado por ti. Luego iré a gritar ante la puerta del pachá. Y luego ante todas las puertas del barrio turco. Para que todo el mundo vea mi cráneo desnudo, conozca mi infamia y me escupa a la cara. Pero confío en ti, sobre todo. Cuando Dios te pregunte, tú le dirás que el Capetán Miguel me hizo *comer* y beber a la fuerza.

Thrassaki le miraba y se reía. Había vuelto a coger, a escondidas, la cuerda de la ropa blanca y preparaba un nudo corredizo. Rinio salió de la cocina, vió a Effendín y se puso a reír como Su hermano. Madama Katerina sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Levántate, Effendín —le dijo con una voz muy dulce—, y haré todo lo que me pidas. Yo seré testigo ante Dios, yo le diré que vi con mis propios ojos al Capetán Miguel forzarte a beber y a comer…

La cara de Effendín se iluminó.

—¡Gracias, capetana mía! Ahora te pido otro favor: escúpeme a la cara.

—¡No!, eso no quiero hacerlo, Effendín. Levántate, vete y pórtate bien.

—¡Escúpeme!, si no no me marcho. Se volvió hacia Alí Agá: luego te llegará a ti el turno, Alí Agá, musulmán fiel. Y luego a todos los candiotas. En el momento en que salía yo de la mezquita, mi antepasado se levantó de su tumba y me escupió a la cara. ¡Escúpeme, madama capetana, por el amor de Dios!

La capetana se volvió de espaldas.

—No puedo —dijo—. Vete y compórtate bien.

—¡Entonces no me marcho! —gimió Effendín—. ¡Te juro que no me marcho si no me escupes!

La capetana se enfadó.

—Yo haré lo que se me antoje y no lo que se te antoje a ti, Effendín —dijo y se metió en la cocina.

—¡Pasaré la noche aquí, de rodillas sobre las piedras, pero no me iré! —gritó Effendín, dando con la frente en los adoquines.

Volvió a empezar sus lamentaciones, aullando como un perro, en medio del patio.

Thrassaki hizo una seña a su hermana. Ella comprendió en seguida y se puso junto a él detrás de Effendín. Y mientras éste se golpeaba el pecho, lanzando alaridos, Thrassaki, echando una ojeada a la cocina, tiró la cuerda y enlazó el pescuezo del turco con el nudo corredizo. Entonces Rinio agarró la punta de la cuerda y tiró al mismo tiempo que su hermano.

Effendín dió un grito y cayó de espaldas. La cara se le puso azul y los ojos amenazaron salírsele de las órbitas. Hacía esfuerzos para desatar el nudo, pero el terror le paralizaba las manos.

—¡Por el amor de Dios, hijos míos, vais a estrangular a este desdichado! —gritó Alí Agá.

La capetana oyó los gritos y salió corriendo. Arrancó la cuerda de las manos de su hijo, aflojó el nudo y empujó a Effendín hacia la puerta.

—¡Vete, desgraciado, vete, por el amor de Dios! —dijo, echándole

a la calle. Luego, cerró la puerta con cerrojo.

Thrassaki y Rinio reventaban de risa.

—Ya ves, mamá, así es como se cazan los caballos —dijo Thrassaki. Luego fué a poner la cuerda en su clavo, junto al pozo. Me parece que ahora Palomino no se me escapa.

Montado en su yegua, con la fusta bajo el brazo, el Capetán Miguel galopaba hacia los barrios turcos. El exceso de vino nc había alterado su mente. Sus rodillas apretaban fuertemente los flancos de la yegua. Una fuerza indomable se concentraba en sus brazos, en sus puños, en las palmas de sus manos, en sus dedos, a punto de explotar y le impulsaba mucho más que el vino. No sabía cómo emplearla.

Galopaba. Apenas distinguía a los que pasaban a su lado. Las casas le parecían más bajas que de ordinario y las calles más estrechas. El ruido de los cascos hizo dar un salto a las Tres Gracias, que se precipitaron a sus puestos. Reconocieron al Capetán Miguel, pero el sol era tan fuerte que no pudieron distinguir su cara ni adivinar sus intenciones.

—¿Qué le pasará al Jabalí, en pleno mediodía? —dijo Aglae—. ¿Estará borracho?

—Si queréis saber mi opinión, algo nuevo hay en el aire —dijo Thaleia, y sus narices palpitaron como si por el olor del viento pretendiese adivinar—. ¿Qué tendrá que hacer dando vueltas por nuestro barrio desde anteayer, el Capetán Polyxinguis? Le vi el día del temblor de tierra. Pasaba junto a la casa de Nuri Bey en el preciso *momento en que* Emina se precipitaba fuera y hacía como si se desmayase. No me extrañaría que tuviesen eso preparado de antemano. Y si fuese de ella de quien se ocupa nuestro don Lindo… Desde ese día este barrio le atrae como la miel a las moscas, no se despega un momento. Y ahora, ahí está el Capetán Jabalí…

—¡Bueno!, habrá que creer que emana vapores de almizcle, la maldita perra, para que esos dos machos la olfateen desde sus casas. No perdamos de vista la puerta verde, hermanas.

—Calla —dijo Frosina—. Escucha cómo llama el caballo de Nuri.

Se oyó, viniendo de la residencia turca, el saludo vehemente del caballo excitado a la yegua que pasaba.

—¡Ya está!, el Capetán Miguel va a hacerse matar —gritaron las gemelas.

Pero éste, apretando los flancos del animal entre sus rodillas de acero, quedó como de una pieza con la bestia excitada, y la contuvo implacablemente. Entonces, bajo el imperio de su terrible amo, el animal agachó la cabeza y siguió su camino.

“¡Maldita puta!”, murmuró el Capetán Miguel, dando con el puño en la cabeza de la yegua.

Salió hacia el lado del mar y dejó a la yegua correr libre mente por las murallas. Su pecho se llenó de aire marino. Se paseó un poco para calmar su melancolía y distraer su mente, luego se detuvo en la cima de una colina frondosa. Miró la altamar, hirviente, azul, centellear al sol y perderse a lo lejos hacia el norte, en dirección a Grecia… y suspiró.

"¡Dios mío, es contra ti mi cólera!", murmuró. "Es contra ti y no contra los hombres."

Espoleó a la yegua y partió. Cada vez que pensaba en la pobre Creta se enfurecía contra Dios y una grosera maldición le subía a los labios. No se quejaba a Dios, Te ponía mala cara. No le pedía ninguna gracia, le pedía cuentas.

Una nubecilla, como un odre, negra, llena de lluvia de tormenta, apareció hacia el norte. Subía, se ensanchaba progresivamente y el cielo iba quedando ensombrecido. El sol se enfurruñó. Una brisa tibia y húmeda vino de la marina y sopló en el rostro apesadumbrado del Capetán Miguel, que levantó los ojos al cielo.

"No puedo enfurecerme contra ti, Dios mío", murmuró con los dientes apretados. "¡Es lo mismo! Me enfureceré con los hombres."

Espoleó el flanco de su yegua y atravesó a galope tendido la calle grande. Los cristianos acudieron para verle pasar y llegar a la puerta de La Canea donde se encontraba el café turco frecuentado por los terribles agás. Era en ese café donde se reunían los grandes consejos en las revoluciones, y de allí salían los turcos con el cuchillo entre los dientes, cuando la orden de un asalto era dada. En el verano, al crepúsculo, cuando disminuía el ardor del sol y la tierra exhalaba sus perfumes, los jóvenes turcos más hermosos se instalaban en un banco de aquel café y entonaban el amané, interminablemente. Durante el invierno, los más famosos narradores venían a distraer a los agás. Era allí donde el muecín tenía la costumbre de venir a contemplar a los muchachos y a oírles cantar, extasiado de admiración.

Aquello no era un café, era el Paraíso de Mahoma. Nada faltaba, ni el buen tabaco para llenar los narguiles ni la brisa refrescante de los jardines.

Era ya pasado el mediodía. Los agás habían almorzado y se enseñoreaban del establecimiento sentados a la turca sobre las alfombras. Habían encargado sus narguiles, y con los ojos entornados, medio soñolientos, dichosos, sorbían ruidosamente su café.

Todo les había salido bien. Desde muchas generaciones atrás, ya sus antepasados se habían repartido Creta. Para ellos la carne, los ricos viñedos, los olivares y los campos. Para los griegos el resto, es decir los huesos. Los cristianos se sublevaban, es cierto, algunas veces, pero volvían a entrar en el orden cuando las tropas enviadas del Asia Menor caían sobre ellos. Las llanuras eran hermosas y se podía tener

tantas como permitiera la bolsa. Los jóvenes turcos eran también muy bellos, y, por poco que estuviesen bien alimentados, su carne se ponía tierna y blanca. ¡Y su Mahoma! Éste también sabía vivir. Era un gran turco. Tenía los mismos gustos que los agás, no les obligaba a ser santos. No les exhortaba a crucificarse. Llevaba siempre en su bolsillo un frasquito de perfume, un espejo y ui. peine. No era un Dios, ¡felizmente para los musulmanes! Era un hombre. Y para los creyentes, la muerte no era podredumbre y peste, sino una puerta que se abría sobre un jardín eternamente florido.

Nuri Bey apareció, recién afeitado, hermoso *como* un león y con su fino bigote, exageradamente teñido, relumbrante como de metal. Sombrío, taciturno, hizo profundas reverencias a derecha e izquierda y fué a instalarse solo al fondo del café, junto al mostrador.

Desde aquella tarde en que su caballo había tropezado junto al cementerio, desde aquella tarde en que su padre había salido de la tumba, cubierto de harapos y de sangre, Nuri Bey no había vuelto a probar el placer del sueño, ni del alimento, ni de la conversación. La sangre de su padre gritaba venganza. Los hijos, los hermanos, los sobrinos del asesino vivían todavía, se casaban, procreaban, se divertían y se hacían insolentes. ¿No había uno de ellos hecho entrar a un burro en la mezquita de su pueblo? ¿Hasta cuándo su corazón iba a soportar tanta vergüenza? ¿Hasta cuándo iba a permitir que su padre errase descalzo por el reino de los muertos? Ya era hora de que tomase una decisión, si es que era un hombre.

—Prepárame un narguile, Hussein —dijo al dueño del café—, y no dejes que se me acerque nadie.

Se empezaron a oír truenos a lo lejos. Los agás miraron hacia la puerta. Pálidos relámpagos amarillentos recorrían el cielo deprimido, el aire crujía como cuando se rasga la seda.

—Es el calor —dijo un agá.

—Va a llover —dijo otro—. Eso le hará bien al campo.

—Y a los olivares. Eso hará que maduren los almendros —dijo un tercero dirigiéndose a la puerta para mirar el cielo.

Antes de haber podido poner la mano en forma de visera sobre sus ojos, el hombre retrocedió bruscamente, asustado. El Capetán Miguel surgió a caballo, ante la entrada del café. Se inclinó, vió a los agás confortablemente sentados, dispuestos a fumar sus narguiles, medio adormecidos, y la sangre se le subió a la cabeza. Dió un espolazo, la yegua sacudió las crines, se encabritó y se precipitó en el café. No era la primera vez que lo hacía, ella conocía bien las manías de su amo. A su paso rompió algunos taburetes, derribó una mesita y redujo a polvo numerosas tazas. Llegó hasta el mostrador donde se encontraba el cafetero ante el montoncito de brasas donde calentaba los brikis[24] y se detuvo. El cafetero dió un rugido, los agás abandonaron sus narguiles

y se levantaron. Los más valientes buscaron entre los pliegues de sus fajas rojas sus cuchillos, los viejos gritaban con los brazos extendidos:

—¡Vete, Capetán Miguel, no vengas a provocamos!

Pero él, tranquilo, sombrío, daba latigazos al aire.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —gritaba—. Quiero tomar mi café solo

El muecín no pudo contenerse. Saltó del escalón donde estaba sentado con las piernas cruzadas.

—¡No! Esta vez no harás todo lo que se te antoje, Capetán Miguel —gritó—. ¡No creas que te vas a quedar con nosotros cada vez que se te pase por la cabeza! ¡Hoy no sales vivo de aquí, miserable! ¿Me has oído?

Un turco peleador tuvo lástima del viejo muecín, dió un salto, sacó de su faja un ancho puñal de doble filo y se lanzó sobre el jinete. Pero el Capetán Miguel se agachó, le cogió por la muñeca y apretó fuerte. El brazo del joven turco quedó inmóvil y la mano soltó el arma. El Capetán Miguel la clavó en la silla de su cabalgadura y volvió a blandir el látigo.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —repito—. ¡Fuera!

—¡Alá! ¡Alá! —gritaban los viejos sin saber qué hacer: mandar un mensajero al pachá pidiéndole que enviase soldados o, simplemente, cerrar los ojos sobre aquel incidente para evitar otra matanza general.

Nuri Bey no se había movido. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, fumaba mirando con el rabillo del ojo. Por momentos todo desaparecía y no veía más que el pecho reluciente de sudor y el vientre de la yegua entre las botas negras del Capetán Miguel, tensas, inmóviles, sobre los escalones del café. Fuera las primeras gotas de la lluvia empezaron a caer, gruesas, pesadas. Estalló un trueno violento y los vidrios de la puerta retemblaron. El muecín gritó:

—¡Por amor de Mahoma, dejadme aplastarle como a un gusano!

Dos o tres viejos le agarraron por los brazos y le sacaron afuera.

Nuri Bey bajó la cabeza un poco más. Daba chupada tras chupada a la pipa y el humo brotaba de sus narices. “Ha llegado la hora, pensaba. Ahora o nunca. Se lo he prometido a mi padre. ¿Necesitaba un pretexto? Ya lo tengo. El hermano del asesino está ahí. Es mi padre quien le manda. ¡Hiere al fin. Nuri!”

Tan pronto excitaba como aplacaba a su corazón, tan pronto le espantaba como le amonestaba. Tenia que tomar una decisión. “¡Vamos, levántate, hiere! ¿Tienes miedo, acaso?” Las manos le ardían febrilmente agitadas. Levantó los ojos y encontró la mirada del Capetán Miguel. Enrolló el tubo de su narguile alrededor de la pipa, se levantó lentamente, con aire cansado, se acercó y sujetó a la yegua por la brida. Luego se volvió hacia el cafetero que se había escondido

detrás del mostrador:

—Hussein —dijo—, prepara un café para el Capetán Miguel. Hoy soy yo quien convida.

Con un gesto autoritario hizo que se separasen los jóvenes que rodeaban a la yegua.

—Nuri —dijo el Capetán Miguel—, quiero tomar mi café solo. No quiero que nadie esté conmigo. ¡Que la sala quede enteramente vacía!

—Sin embargo, ¿no puedes complacerme un poco, Capetán Miguel? —dijo Nuri, esforzándose en dulcificar su voz—. No te pido gran cosa, no me hagas la ofensa de rehusar.

Se le desenrolló el turbante y le cayó sobre los hombros; lo sacudió con la cabeza y el aire se llenó de perfume de almizcle. Repentinamente las narices del Capetán Miguel empezaron a palpitar con furor. Las venas de su cuello se hincharon. El olor penetró en sus entrañas como un cuchillo. Su mente se turbó —la noche, el raki, la perdiz asada, las risas a través de las celosías, la escalera que crujía y de pronto, en el recuadro de la puerta, el cuerpo que embalsamaba el mundo entero al menor movimiento… El otro, aquel, Nuri… Entre las cejas fruncidas del Capetán Miguel brotaron centellas. Separó a Nuri, espoleó a la yegua que estuvo a punto de derribar al bey v avanzó hasta el centro del café.

—¡Fuera! ¡Fuera! —seguía gritando furioso—. ¡Salid todos de aquí!

Nuri Bey se enrolló el turbante. La sangre brotaba de sus labios que mordía violentamente. Los agás habían dejado sus divanes y le rodeaban. Dos o tres matones esperaban detrás de la puerta. Algunos viejos, los más sensatos, habían logrado salir y huían. La sala iba vaciándose.

Nuri estaba avergonzado.

—Idos vosotros —dijo dulcemente a los agás—. Está borracho, no le hagáis caso. Yo me quedo. Esta vez no hará lo que quiera. Va en ello nuestro honor.

Los agás no se movían. Selim Agá, que hasta aquel momento había seguido silencioso, fumando su narguile y observando la escena, se levantó. Era el espíritu más equilibrado de toda Turquía, un hombre cargado de años, pero favorecido por la vida. Era rico, lleno de sensatez, tenía muchos hijos, descendía de una noble familia y conservaba aún la belleza de su juventud.

—Marchaos —dijo con calma a los agás—. No es éste el momento de ensangrentar el país. Ya llegará la hora, lo veo escrito en las tablas de Alá. La hora llegará y ese griego tendrá que pagarlas. Veo hasta su cabeza clavada a la puerta del pacha. Tened paciencia. Vamos.

Precediendo a los agás se puso en marcha a pasos lentos. El café quedó vacío.

El Capetán Miguel, retorciendo sus bigotes, miró a Nuri tranquilamente y sonrió. Su colmillo rebelde asomó entre sus labios. Por un instante se sintió feliz. Se volvió hacia el cafetero, que reapareció tímidamente tras el mostrador.

—¡Eh, Hussein —dijo—, pon el briki en las brasas y prepárame un café sin azúcar!

V

La tormenta estalló al fin. El cielo se hacía cada vez más bajo y Candía parecía subir hacia él; estaban ya muy cerca de reunirse. Las calles se convirtieron en ríos, todo estaba hundido en sombra. De cuando en cuando los relámpagos acuchillaban los altos minaretes. Abajo, en el calle grande, el rostro duro e inmóvil del Capetán Miguel que volvía a su casa, se iluminaba unas veces y otras se apagaba. El ancho pecho blanco de la yegua relucía. Pero era una lluvia de tormenta y duró apenas media hora. Pronto sopló el viento de la montaña, se entreabrieron las nubes, se descubrió el cielo azul y los suaves rayos del sol descendieron oblicuos, sobre la ciudad mojada. Las aceras aparecieron risueñas, los gorriones se esponjaban en los tejados, Candía entera relucía recién lavada, renaciente. El olor de la madreselva sacudida por la lluvia, el de la mejorana y la albahaca subían de los jardines.

De un empujón el Capetán Miguel abrió la puerta de su patio. Mientras su mujer, en silencio, sujetaba a la yegua por la brida, subió a su cuarto y depositó el puñal del turco en el iconostasio, ante la imagen del arcángel san Miguel. Su cuerpo humeaba de cólera, de sudor y de lluvia. Madama Katerina le trajo ropa limpia. Se mudó de camisa, se echó en la cama, cerró los ojos y rápidamente el sueño se apoderó de él.

Mientras tanto, los candiotas, turcos y cristianos, se habían reunido en sus casas temprano aquella noche. Los hombres hablaban bajo y las mujeres, sentadas aparte, escuchaban y suspiraban sin decir nada. La pobre Creta ¿no iría jamás a estar tranquila? ¿Sería necesario otra vez sufrir más matanzas, huir y abandonar las casas? ¿A dónde irían con sus hijos, sus artesas y sus fardos al hombro? Los más razonables entre los cristianos, los que poseían un comercio o algunos viñedos, maldecían las borracheras y las calaveradas del Capetán Miguel. Los otros, más valientes, se regocijaban por aquella nueva ofensa infligida a Turquía.

Los turcos, por su parte, unos se hablan reunido en la mezquita y otros en la residencia de Nuri Bey. Juraban, maldecían y querían vengarse. Pero ¿cómo? El muecín excitaba los espíritus, mientras que

otros viejos más sensatos los aplacaban. Nuri Bey estaba sentado en un rincón, pensativo y mudo. Al fin, cansados de gritar y de degollar a sus enemigos mentalmente, designaron a tres bravos y les encargaron de ir al día siguiente a casa del pachá para hablar con él firmemente e incitarle a obrar con autoridad respecto a los cristianos. ¿Es un pachá o un pedazo de halvá[25]? Hace ya demasiado tiempo que no se toma el trabajo de hacer colgar o empalar a un cristiano. Y ahora, los giaurs se encuentran a gusto. Ese demonio de Capetán Miguel entrará a caballo en la mezquita cualquier día y echará a los turcos a latigazos. El pachá debía ponerse a colgar y empalar a troche y moche, para que los raías comprendan que no deben ocuparse más que de lo que les incumbe. En vez de eso, quiere ganárselos con dulzura. Dice que quiere ser justo, el muy loco. Y mientras tanto se está jugando a las tabas con el metropolitano, bebiendo raki, comiendo baklavás[26] y poniéndose de acuerdo para echar tierra sobre los asuntos que no les gustan.

Al día siguiente, temprano, los tres bravos se pusieron en camino hacia la residencia del pachá, zumbándoles todavía en los oídos las enconadas recomendaciones. El muecín iba en medio, flaco como un gallo de ojos saltones. A su derecha Selim Agá, a su izquierda Nuri Bey, con aire preocupado. Iban, contoneándose, sin apresurarse, y repitiéndose cada uno a sí mismo lo que le diría al pachá y cómo se lo diría. Selim Agá producía al año miles de orzas de aceite, de sacos de trigo, de almendras, de pasas, y necesitaba tranquilidad. El muecín llevaba el Corán junto a su pecho, pegado a la carne y el libro santo le quemaba. Nuri Bey, con la cabeza baja, no sabía lo que iba a decir ni lo que quería. Aquella noche su padre había vuelto a aparecérsele en sueños, otra vez cubierto de harapos y de barro. Antes de desaparecer, había deslizado el precioso puñal de mango negro bajo la almohada de Nuri. Pero al despertar, levantó la almohada y ya no estaba. Con el corazón destrozado, pensó: “El viejo no tiene confianza en mí, se lo ha llevado. Tiene miedo, sin duda, de que no sea digno de él.”

El pachá estaba sentado a la turca en el gran diván. Con aire grave y reconcentrado, esperaba. ¡Otra vez complicaciones! Los perros y los gatos están dispuestos a pelearse. Parece ser que los giaurs reclaman su libertad. ¡Por mí, que los cuelguen!

Los musulmanes quieren, cueste lo que cueste, degollar a todos los cristianos. ¡Que se vayan al diablo, también ellos! La esclavitud es buena, ¡condenados giaurs! Los raías también son buenos, agás míos, trabajan la tierra, comercian y pagan impuestos. ¿Por qué degollar a la gallina de los huevos de oro?

Apareció el negro:

—Amo, han llegado.

—Que entren —contestó el pachá, resoplando como un buey.

Entraron uno tras otro, hicieron las reverencias de costumbre,

silenciosos, y se sentaron a la turca en el gran diván.

—Os escucho —dijo el pachá, con aire cansado.

El muecín abrió la boca el primero. Una boca profunda, hendida hasta las orejas, en un puntiagudo hocico de perro. Era huesudo, desgarbado, con las mejillas fláccidas, una pequeña barba rubia y rala y una verruga peluda, gorda como un tábano, entre las cejas. Parecía que tuviese tres ojos. Hablaba sin parar y cuanto más se escuchaba a sí mismo más se enardecía y babeaba. Sacó el Corán de su pecho y empezó a leer, balanceándose. El pachá se sintió incómodo. Levantó su chibuquí:

—Querido Hodza —dijo—, me has levantado dolor de cabeza. Dime sólo lo esencial para que comprenda. Ya sabes que soy del Asia Menor y tengo la mente perezosa. En una palabra, ¿qué es lo que quieres?

—¡Una matanza general! —respondió el muecín, y los pelos de su verruga se enderezaron.

El pachá suspiró y se volvió hacia Selim Agá:

—Y tú, Selim Agá —dijo—, ¿tú también quieres una matanza general?

—Yo quiero la paz, Pachá Effendi —respondió el viejo—. Nada de matanza, paz. Es un año fecundo, ha llovido mucho en marzo, los campos lo han aprovechado bien, los olivos están llenos de fruto, la recolección será muy buena y habrá mucho aceite, gracias a Dios. Paz, Pachá Effendi, Creta es una bestia feroz, no hay que excitarla, devora a los hombres. ¿Qué importancia tiene que un loco haya entrado en nuestro café? Estaba borracho. No hay más que cerrar los ojos, en nuestro propio interés. Si le pagamos en la misma moneda esto no tendrá fin. El rencor es peligroso, Pachá Effendi. Apunta el nombre de ese giaur, es el Capetán Miguel, ya le llegará su hora. Tú, aquí, eres el pachá, tienes el sable en la mano y puedes cortar todas las cabezas que quieras.

Se volvió hacia el muecín:

—Ésta es mi opinión, Hodza Effendi —dijo—. Perdóname si no pienso igual que tú. Tú no tienes árboles ni viñedos y no puedes comprender el sufrimiento de la tierra ni de los hombres. Pero pregúntame, pregunta a los árboles y a los campos. ¿Quieren ellos la revolución? No, no la quieren.

—Yo no pregunto a los árboles ni a los campos, ni a los hombres —rugió el muecín, dando con la palma de la mano en el Corán—, yo pregunto a Alá.

Se disponía a volver a abrir el Corán, pero el pachá le detuvo con el gesto:

—El Corán dice todo lo que haya en la mente de quien lo lea —

dijo, bostezando—. ¿Tú quieres una matanza?, abres el Corán y te habla de matanza. Si Selim Agá lo abre, encontrará que es otra la palabra de Dios, la paz, la calma. Con esto basta.

El pachá se volvió al fin hacia Nuri Bey.

—Tu opinión, Nuri Bey —preguntó—, ¿es paz o matanza? ¿Qué te dice a ti el Corán?

Nuri Bey pasó dos o tres veces la mano por su pierna velluda. Buscaba una respuesta y retardaba lo más posible el momento de dar su opinión. Él no quería la paz. Turquía llevaba demasiado tiempo teniendo paciencia. Los griegos se daban una buena vida, engordaban, puesto que ya no eran atacados. Pero tampoco quería la matanza, a él no le gustaba derramar sangre. Y él no era Hodza Effendi para inflamarse leyendo el Corán…

—¿Entonces? —preguntó el pachá, cansado de esperar—. Te he hecho una pregunta: ¿Quieres la paz o la matanza, Nuri Bey?

—No hay un camino recto, Pachá Effendi —dijo Nuri Bey, por ganar tiempo.

—Sí lo hay, hijo mío, pero nos hemos apartado de él y es difícil volver a encontrarlo. ¿Lo has encontrado tú?

—Creo haberlo encontrado, Pachá Effendi.

—¡Yo te bendigo! Habla, entonces, y ponnos en la dirección justa.

—Ni paz ni matanza. ¡Que pague el culpable!

—¿El Capetán Miguel? ¿Es en él en quien piensas?

—Pachá Effendi, dame libertad para no descubrir mi pensamiento. Tú eres el pachá; si tú te mezclas, Creta se arrojará sobre las armas y la sangre volverá a correr. Deja que yo sólo escupa todo el veneno de Turquía. Pronto sabrás quien es el culpable.

—¿Vas a matarle?

—Le mataré y nadie sabrá quien lo hizo. Ten confianza en mí.

El muecín saltó, furioso:

—¿No hay más que un solo culpable? Hay mil. Hay que empalarlos a todos. Ésa es la paz. Los griegos no comprenden de otra manera. Si quieres hacerles callar córtales la cabeza.

La mente de Selim Agá se llenó otra vez de árboles y de viñedos. Se levantó y se puso a gritar él también. Pero la voz del muecín sonaba como una campana. No había medio de entenderse. Se arrojaron uno contra otro. Nuri Bey intervino para separarlos. El pachá se apelotonó en su diván. Aquellos cretenses le habían aturdido. Todos tenían y no tenían razón, pero a él no le apetecía meterse a profundizar en todo aquello. Había dormido mal, comido demasiado, bebido demasiado y se caía de sueño. Sólo quería que se fuesen. Sacudió la cabeza para despertarse y gritó:

—¿No os da vergüenza? ¿Olvidáis que sois notables? ¡Quietos con

las patas! Tú eres quien tiene razón, Nuri Bey, tu solución es la más sensata. Haz todo lo que Alá te inspire, yo te doy carta blanca.

Selim Agá recogió su turbante que había caído al suelo y se volvió a Nuri Bey.

—Yo apruebo tu idea, Nuri Bey —dijo con voz suplicante—, pero ve despacio, mátale con precaución, no irrites a los griegos… ¡Ten calma!

—¡Yo no cambio de opinión! —rugió el muecín—. Yo hablaré en la mezquita y sublevaré a los turcos.

El pachá se alteró bruscamente y levantó el puño.

—¡Hodza! —gritó—, soy yo quien impone la ley en Candía. ¡Por las barbas de Mahoma, te voy a poner un bozal como a un perro de presa y te vas a estar callado! ¡Yo no permito la matanza sin orden de Constantinopla, métete esto bien en la cabeza!

Se levantó haciendo gestos, le dolían los riñones.

—Idos —dijo bostezando—, tengo mucho trabajo. Y tú, Nuri Bey, haz lo que has dicho, pero con sensatez. Sensatez, hijos míos, tenemos que habérnoslas con griegos. ¡Malditos sean! Si no se nos hubieran metido entre las patas a estas horas Turquía se habría devorado al mundo entero.

Tocó palmas y apareció el negro.

—Acompaña a los beys —dijo.

A aquella misma hora, mientras los turcos se reunían para tomar una decisión, otros tres personajes importantes, griegos, se ponían en marcha hacia el arzobispado. No se movían fácilmente. Recordaban a aquellas pesadas fragatas que no podían aparejar más que con enormes grúas, mucho trabajo y un buen viento. Eran Hatzisavas, el Capetán Elias y el viejo Mavrudis, a quien llamaban “Escarabajo de oro”. El primero, pálido, tartamudo, con una barbita gris y puntiaguda, amarillenta por el humo de los cigarrillos, además patizambo. Le habían mandado a hacer sus estudios de medicina en Europa y había vuelto completamente loco, tocado de arqueología. Pagaba a algunos obreros para que excavasen en las playas desiertas y en las cavernas del monte Ida con la esperanza de encontrar antigüedades. Desenterraba manos y pies de mármol, placas cubiertas de caracteres extraños y vasijas mutiladas. Todo lo transportaba al arzobispado, donde tenía ya una gran sala llena, y, como ya no había más sitio, ahora exponía sus hallazgos en el patio de la iglesia. Los cristianos se quejaban. Todos aquellos demonios desvergonzados y completamente desnudos escandalizaban a sus mujeres y a sus hijas cuándo iban a misa… Bien habían aconsejado al viejo Hatzisavas que no mandase a su hijo a Europa porque de allí se volvía con la cabeza trastornada. Pero él no hizo caso a nadie. Y el otro había vuelto a

Creta con una azada y cava que te cava seguía buscando la marrana de oro y sus nueve marranitos[27]. Pero ¡buen negocio! Gastó toda su fortuna en pagar a los obreros y ahora andaba por las calles con el traje raído y los zapatos agujereados. Hablaba solo y pronto acabaría tirando piedras a la gente. A pesar de todo era muy considerado por el metropolitano, que le había reservado una silla en la iglesia, al lado de su trono y era él quien recibía el primero el pan bendito todos los domingos.

Cuando la situación no era clara, los cristianos le mandaban a hablar con el metropolitano o con el pachá. Cuando llegaban al puerto barcos de guerra también era él quien iba a parlamentar con los francos. Discutía mucho, pero nadie le entendía y se preguntaban si habría perdido la razón por completo o si verdaderamente hablaba una lengua extraña.

El Capetán Elias era también un resto de la revolución de 1821. Una especie de torre agrietada y herbosa, encaramada en una montaña, sin puertas y con las troneras demolidas. Las balas habían transformado en colador su cuerpo desgalichado, achaparrado, casi cuadrado. Tenía una voz salvaje, tonante. Con un simple buenos días hacía temblar a cualquiera. Un pachá le había arrancado el ojo derecho con un tenedor y el Comité de Atenas le había mandado un ojo de vidrio, el primer ojo de vidrio introducido en Creta. Con aquel ojo miraba a las gentes que no le gustaban. Pero en los momentos solemnes se lo quitaba, lo metía en un vaso de agua y se presentaba ante el pachá o el metropolitano con un solo ojo, para recordarles, decía, la revolución de 1821. Tuerto, aquel día, iba hacia casa del metropolitano entre los otros dos notables, apoyándose pesadamente en su garrote.

El tercer personaje era el viejo Mavrudis, a quien llamaban "Escarabajo de oro". Tacaño, malo, usurero, se privaba de *comer* durante todo el año y tiritaba en el invierno, sin abrigo, por hacer economías. Había dejado en la calle a las viudas y a los huérfanos que le debían dinero. Amontonaba libras de oro, coleccionaba viñedos, casas, caiques, y cuando le preguntaban: "¿Por qué no comes?" "¿Dónde quieres que encuentre yo qué comer?", respondía. "Yo no tengo nada mío, todo pertenece a la Nación, no puedo tocarlo." Un día, hacía ya once años de esto, durante la revolución de 1878, se presentó a ver al metropolitano con un papel timbrado en la mano.

—Reverendísimo Padre —dijo—, toma este papel. Hago donación de todos mis bienes a la municipalidad de Candía. La revolución cuesta muy cara, hace falta dinero. Liquida todo y compra armas.

—¿Y tú, querido Mavrudis, cómo vas a vivir? —dijo el metropolitano con los ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes por mí, Reverendísimo Padre, yo mendigaré.

El metropolitano le forzó a aceptar una pequeña mensualidad, pero el viejo empezó en seguida con sus tacañerías. No bebía, no comía, no se vestía y prestaba a un interés muy elevado, arruinando a viudas y huérfanos… En seguida se hizo con una nueva fortuna. Como era viejo y estaba ya con un pie en, la sepultura, hizo de nuevo testamento en favor de la municipalidad. Había envejecido, pero su inteligencia estaba todavía sana y activa y en períodos de dificultad era siempre a él a quien los cristianos escogían para defender sus intereses.

Sentado en su blando sofá, el metropolitano esperaba. Ante él, sobre un atril de madera de ciprés que representaba una paloma con: las alas extendidas, reposaba el Evangelio encuadernado en plata. Encima, tres inmensos grabados: a la derecha, el patriarca de Constantinopla, a la izquierda, el zar y en medio, santa Sofía. El sol penetraba en la habitación a través de los vidrios coloreados y teñía de azul y de violeta el muro que quedaba frente a la ventana. Aquel muro, estaba tapizado de fotografías de prelados vivos o muertos, con barbas nevadas o negras como el ébano, con mitras, con cadenas, con cruces y ricas vestiduras. Algunos parecían modestos, llenos de bondad y peludos como borregos sin esquilar; otros eran como fieras, con miradas penetrantes, bocas gruesas y nucas obstinadas. Ésos llevaban la cruz apretada ferozmente, como si fuese una maza. En medio se encontraba el retrato de un joven, el actual metropolitano, cuando era archimandrita en Kiev. ¡Qué aire valiente, elegante, distinguido y fuerte tenía! Las amplias aletas de sus narices parecían querer aspirar el mundo entero. Aquel bravo había nacido para ser un gran señor, un profeta o un terrible buscador de faldas. Pero Cristo le había hechizado, le había dicho palabras más dulces que la miel y le había alejado lentamente de su verdadera vocación para llevarle hacia las más altas dignidades de la Iglesia.

El metropolitano echó una ojeada a su retrato y suspiró.

“He envejecido, murmuró, me he marchitado como la hierba. Se acerca el momento en que tendré que franquear el terrible umbral con las manos vacías. Cuántos metropolitanos cretenses se presentarán ante el Juez Supremo llevando los instrumentos del martirio: puñales, hachas, cuerdas, palos. Y yo, yo llevaré las manos vacías. Dios mío, hazme digno de sufrir por Tu Gracia y por Tu desdichada hija, Creta.”

Murtzuflos entró haciendo reverencias.

—Los notables están ahí, Reverendísimo Padre —dijo—. Están esperando.

—Que se tomen el trabajo de entrar. Tú, prepara la gran bandeja de plata para recibirles bien. Son señores.

Murtzuflos permaneció en el umbral. El metropolitano le miró asombrado:

—¿Quieres algo, Murtzuflos? Habla.

—¿Me das la absolución, Reverendísimo Padre? —dijo, haciendo nuevas reverencias—. ¿Me das la absolución por lo que he hecho?

El metropolitano sonrió.

—No te apenes, Murtzuflos —dijo—. Cristo te perdonará, ten confianza en él, es misericordioso.

—He cometido un gran pecado…

—Su piedad también es grande. Anda, ahora ve.

Los tres notables entraron, besaron la mano del metropolitano y se sentaron en el sofá. Luego sacaron sus rosarios y esperaron que el anciano hablase primero.

—Ya estamos en primavera, hijos míos —dijo éste, mirando hacia afuera por la ventana—. ¡Qué hermosos días! ¡Qué sol! Bueno, la primavera. El mes de san Jorge. ¿Cómo están los campos este año, querido Mavrudis?

—Gracias a Dios, van muy bien —dijo éste.

—Los campos van bien —dijo el Capetán Elias—, son los hombres los que no van tan bien. Yo, por mi parte, admiro los actos de valor, pero cuando merecen la pena. Si no, son extravagancias.

—Los antiguos decían… —empezó Hatzisavas, pero el Capetán Elias extendió el brazo con aire irritado y le cortó la palabra.

—Deja en paz, de una vez, a los antiguos, mi pobre Hatzisavas, eso se acabó, reventaron. De los vivos es de lo que hay que hablar. En este mismo momento tres grandes agás están reunidos en casa del pachá. Sólo Dios sabe lo que podrán maquinar esos perros. Hay que abrir el ojo. ¿Tú qué piensas, Reverendísimo Padre?

—Ya he sabido la nueva hazaña del Capetán Miguel —dijo el metropolitano—. Un hombre tan valiente, ¡qué lástima! El vino le perderá.

—Es él quien nos perderá a todos —rectificó el Capetán Elias—, nos perderá a todos, Reverendísimo Padre. Hay que darle el alto, si no…

—Por el amor de Dios, nada de revolución —dijo Hatzisavas—. Hay todavía mucho trabajo en Creta. Su tierra es gloriosa y esconde grandes tesoros: estatuas, inscripciones, palacios reales. ¿Cómo va uno a hacer excavaciones durante la revolución? Es necesario…

—Te he dicho que dejes tranquilos a los antiguos —dijo el Capetán Elias de un modo brutal—. ¡Qué se vayan al diablo! ¡Que nos dejen en paz! Habla tú, querido Mavrudis, mi inteligencia es un poco obtusa, la tuya es sutil…

El viejo “Escarabajo de oro” sonrió ligeramente, de satisfacción.

—Con tu permiso, Reverendísimo Padre —dijo.

—¿Qué es lo que has encontrado que te hace sonreír? —dijo el

metropolitano—. Tu mente es fecunda y trabaja por el bien de la Cristiandad.

—Hablemos poco, pero hablemos bien —respondió el viejo Mavrudis—. Levántate en seguida, Reverendísimo Padre, y ve a ver al pachá. Es un hombre simple que le gusta vivir tranquilo. Bueno, un oriental. Detesta las complicaciones. Cuéntale todas las verdades y todas las mentiras que Dios quiera inspirarte, adormécele, dile que nos perdone, que el Capetán Miguel estaba borracho, que vas a sermonearle, que no volverá a las andadas. Y además llévale un regalo, una bonita tabaquera, por ejemplo, o un gran pedazo de ámbar para su chibuquí. El arzobispado posee gran cantidad de joyas para los momentos difíciles. Halágale, es un perro, échale un hueso para que roa. Mientras tanto no ladrará. Y nuestro célebre combatiente que tenemos aquí hablará con el Capetán Miguel. ¡Y que Dios nos ayude!

—Ya puedes llamar a la puerta de un sordo —dijo el viejo Capetán, meneando su cabeza cubierta de chirlos—. No escucha jamás lo que se le dice, es una pared. Pero hablaré con él. Yo soy viejo y he hecho la revolución de 1821, así que tal vez… En todo caso, Reverendísimo Padre, yo creo que tu perspicaz consejero tiene razón. Haz tus oraciones, toma tu cruz y ve a casa del pacha. Pero en seguida, antes que se infecte la herida.

La bandeja llegó con el café, las rosquillas y las cucharadas de confitura. Los notables callaron un instante. El perfume de los limoneros en flor entró por la ventana. Una abeja penetró en la habitación, revoloteó en torno a las cuatro cabezas, comprobó que no eran árboles floridos y se fué.

Las tres eminencias sorbían ruidosamente su café, y chascaban la lengua con voluptuosidad. La misión nacional había sido cumplida rápidamente, habían encontrado en el acto lo que tenían que hacer y el café cremoso, acompañado de rosquillas de sésamo había llegado a punto. Con el permiso del metropolitano, Hatzisavas lió un cigarrillo y los otros dos le imitaron Permanecían con los ojos medio cerrados y el humo subía en volutas, envolviendo al patriarca, al zar y a santa Sofía.

El metropolitano abrió un cajón que quedaba a su lado.

—Hijos míos —dijo—, voy a enseñaros una imagen extraña. No os escandalicéis. Ya conocéis a nuestro Murtzuflos, es él quien la ha dibujado. Él cree en Dios, pero es un poco simple. Ve cosas que nosotros no vemos, y no porque no existan sino porque Dios nos ha puesto anteojeras, como ponen a los caballos de noria para impedirles que se ocupen de otra cosa que no sea su trabajo. ¿Quién sabe por qué razón Dios no ha puesto anteojeras a los simples de espíritu?

Buscó en el cajón y sacó un objeto envuelto en un paño blanco. Quitado el paño, descubrió un dibujo que el metropolitano mostró a los tres notables.

El Capetán Elias lo tomó, lo puso sobre sus rodillas y lo consideró con su único ojo.

—Es la Crucifixión —dijo—. Es la Crucifixión, pero yo no distingo bien. —Se inclinó. Mavrudis miró y dió un grito.

—¡Que Dios me perdone! —dijo—. ¿Mis ojos ven chiribitas o qué es esto?…

—¡Excelente! —exclamó Hatzisavas que había sacado una lupa y examinaba la imagen con curiosidad—. ¡Es una idea formidable! ¡Bravo, Murtzuflos! Ésta es la verdadera Crucifixión. A fe mía que si yo fuera obispo pondría esta imagen en el coro de la iglesia.

El metropolitano sonreía con amargura y meneaba su gran cabeza de león.

—Pero —dijo el viejo Mavrudis—, no es Cristo el que está aquí crucificado… ¡Dios mío!, es una mujer que lleva cartuchera y pistolas de plata.

—¡Es Creta!… ¡Es Creta!… —dijo el metropolitano, con lágrimas en la voz—. La cruz está plantada entre restos de cráneos y de huesos humanos. Arriba el cielo está lleno de nubes negras, y en el fondo, a la izquierda, un relámpago ilumina un monasterio. Ved el campanario, la veleta, al lado la cúpula, los muros flanqueados por torrecillas. Es el monasterio de Ar— cadi. Y clavada en la cruz, con su pañuelo negro en la cabeza, Creta deja correr su sangre sobre los restos de sus hijos. A cada lado dos capetanes, uno viejo y otro joven, los dos con fez en la cabeza…

—Sale una cinta de su boca y hay escrito algo en ella —dijo Mavrudis—. ¡Está gritando!…

—¿Qué es lo que grita? —preguntó el Capetán Elias inclinándose, sin poder descifrarlo.

Hatzisavas acercó su lupa y leyó: “¡Eli, eli, lamma sabacthani!…”

—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? —tradujo el metropolitano.

Quedaron callados durante un largo rato. Los cuatro inclinados sobre aquella crucifixión de nuevo género, la miraban y suspiraban. Al fin el viejo Mavrudis habló:

—¿Pero no es un pecado, Reverendísimo Padre, representar a Creta en el lugar de Cristo?

—Sí… Sí… —respondió el metropolitano—. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero valía la pena… —murmuró el metropolitano.

¡Qué bien la había dibujado Murtzuflos! ¡Qué sufrimiento había en su cara! Sus mejillas estaban hundidas, sus grandes ojos negros vertían lágrimas. Parecía que de sus finos labios entreabiertos, contraídos por el dolor, se escapaban suspiros. Sus pies desnudos brillaban, cubiertos

de sangre y, en el suelo, ante a cruz, yacían dos botas amarillas y blancas.

De pronto, con un movimiento brusco, como si acabase de tomar una gran decisión, el Capetán Elias se quitó su fez negro, cogió la imagen y la llevó a sus labios, apasionadamente, con su ancho pecho anhelante de emoción. Mavrudis esperaba. Sin poder contenerse, arrancó la imagen de las manos del viejo combatiente, hundió en ella su cara y se puso a besarla sollozando… Hatzisavas se enjugó los ojos, fué hasta la ventana y miró fuera el limonero en flor.

El metropolitano cogió la imagen y se santiguó.

—¡Nos prosternamos ante su martirio!… —murmuró, besando los pies ensangrentados de Creta.

Entonces, incapaces de contenerse, los cuatro se deshicieron en lágrimas.

El metropolitano se repuso el primero. Envolvió la imagen en el paño blanco, la escondió en el fondo del cajón y, reuniendo todas sus fuerzas, se levantó.

—Idos ahora, con mi bendición —dijo—. Y que Dios quiera poner algo de su parte…

—Es necesario que primero lo pongamos nosotros, Reverendísimo Padre —dijo el Capetán Elias—. Si Dios no ve al hombre con las manos en la masa, no pone nada de su parte, no lo dudes.

—¡Muy exacto! ¡Muy exacto!, Capetán Elias. Yo voy en seguida a hablar con el pachá. ¡Quiera Dios que esté de buen humor!

Besaron la mano blanca y un poco regordeta del metropolitano. El Capetán Elias cogió el garrote que había dejado a la puerta y salió al patio, seguido de los otros notables. Luego, viendo por allí pies y manos de mármol, cabezas cortadas y lápidas cubiertas de escrituras meneó la cabeza.

—¡Antigüedades! —murmuró furioso—, ¡antigüedades! Hatzisavas se inclinó y se puso a leer la escritura grabada en una piedra.

—Vamos —dijo el Capetán Elias a su viejo acompañante—. Déjale. Hay setenta y siete especies de locura… Yo voy a ver al Capetán Miguel. Tú, que tienes amigos turcos, Selim Agá, por ejemplo, apresúrate a hablar con él. ¡Por el amor de Dios!, hay que evitar que la revolución estalle antes de tiempo. Creta ha cometido ya hartos errores de ese género. ¡Ya basta!

Barbayanis les esperaba a la puerta del arzobispado. Había dejado en el suelo el cesto en que llevaba el hielo entre paja y el cántaro lleno de sorbetes de miel de algarrobo. De cuando en cuando, si alguien pasaba, gritaba su mercancía: “Frescos, frescos los sorbetes, están helados. ¿Quién los quiere?” Luego se callaba del nuevo y esperaba.

Era un viejecillo menudo, había nacido antes de tiempo y tenía una

cabeza estrecha y deprimida, ojos redondos, grises y siempre en movimiento, un largo pescuezo de cigüeña, mugriento y lleno de arrugas. Su voz aguda, de falsete, perforaba los oídos de los que pasaban. Turcos y cristianos le consideraban loco porque no temía ni a los irnos ni a los otros. Decía claramente lo que pensaba, juraba, maldecía, bien fuese de Cristo, bien de Mahoma, o bien del sultán. Un día de Pascua, hacía ya mucho tiempo, se había parado ante el sanguinario Mustafá Pachá, le había servido un sorbete con mucho hielo y, perdiendo súbitamente la razón, se había puesto a gemir por la suerte de los cristianos muertos en Arcadi y a dar saltos como si llevase fuego en la cola. El pacha y los funcionarios civiles instalados en el quiosco, fumaban su chibuquí y gozaban del espectáculo mientras la multitud, atraída por los gritos, se agolpaba alrededor. Barbayanis cada vez se ponía más furioso. En cierto momento recogió una varita del suelo y enfurecido, empezó a dar sablazos imaginarios, aproximándose poco a poco al pachá y haciendo muecas para asustarle. Y de pronto, después de dar un grito agudo, se puso a cantar: "Oh sable mío, filo precioso, a ti te toca degollar a los turcos…"

Turcos y cristianos estaban violentos. Esperaban la reacción del pachá para adoptar una actitud. Pero éste, de pronto, estalló en una risa ruidosa y se puso a aplaudir. ¡Era tan cómico para él ver a aquel viejo desperdicio amenazando a los turcos con su varita!

—¡Bravo, Capetán Barbayanis! —le gritó—. ¡Ven aquí!

Por imitar al pachá, los funcionarios civiles se echaron también a reír. Luego le llegó el tumo al pueblo. Y Barbayanis seguía danzando, cantando y llorando.

—¡Basta ya! —le gritó el pachá—. Nos has exterminado, has arrasado a toda Turquía. Ven, te digo que vengas, aproxímate, tienes la mente trastornada y me gustas. Voy a regalarte un verdadero sable y voy a ponerte en el pecho una grande y pesada condecoración: una mano de Fátima, el emblema de nuestro Mahoma. Y además, óyeme: todos los años, por Pascua, tendrás derecho a llevar la espada a la cintura, la condecoración en el pecho y a pasearte en Candía desde la puerta de La Canea hasta la del Lazareto, desde la puerta Nueva hasta la del Puerto, como un pachá. Y ese día podrás decir todo lo que se te pase por la cabeza, podrás blasfemar todo lo que quieras y maldecir de quien quieras. Tú estás loco y tus palabras no pagan aduana. ¡Me has hecho pasar un buen rato, condenado Barbayanis! Hacía años que no me reía de este modo.

A partir de ese día, Barbayanis se enardeció y los turcos le consideraron como una agradable distracción. Le dejaban decir todo lo que quería y eso les divertía. Así fué como Barbayanis llegó a ser el único hombre libre en Candía. Cuando se aproximaba una revolución,

Barbayanis se daba cuenta el primero. Daba una vuelta por los cafés turcos y todo lo que los cristianos pensaban, sin atreverse a expresarlo, él lo gritaba. En el verano junto a sus sorbetes, en el invierno junto a su salep, y así vengaba a toda la Cristiandad. A veces, cuando exageraba demasiado, recibía un pescozón, o un tomatazo o una cáscara de limón. Pero Barbayanis se limpiaba la cara y su lengua volvía en seguida al trabajo.

Desde el día antes barruntaba el olor de la pólvora. Había visto entrar temprano en casa del metropolitano a los tres notables, con caras preocupadas, y se había apostado a la puerta para esperarles. Tenía que saber lo que pasaba. Pronto llegaría la Pascua y él se pondría su sable y su condecoración sobre el pecho para ir a descargar su bilis en los Tres Arcos, a la hora en que el pachá y los funcionarios civiles iban a oír la música. Tenía que procurar algún alivio a aquellos pobres raías que querían decir lo que sentían en sus corazones, pero que la idea de hacerlo les daba descomposición.

Cuando vió salir a los dos notables, cogió su cesto de hielo, pasó el brazo por el asa del cántaro y se acercó.

—Buenos días, notables —dijo—. Esperad un poco, os voy a servir unos sorbetes para refrescaros. Hace calor hoy.

—Déjanos tranquilos, Barbayanis —dijo el Capetán Elias—. No tenemos necesidad de sorbetes.

—¡No te enfades, Capetán Elias! En primer lugar, no te tengo miedo. Y además, ya sabes que yo estoy loco y no temo a pachá ni a sultán. Vosotros los hombres sensatos y los capetanes, os lo hacéis en los calzones. Pero Barbayanis tiene un sable y un firmán… y una cabeza a pájaros. No tiene miedo de decir todo lo que piensa.

—Barbayanis —dijo “Escarabajo de oro” bajando la voz—, en tu propio interés, cierra un poco el pico; todavía no ha llegado la hora.

—¿Cuándo llegará? —preguntó Barbayanis, bajando también él la voz—. Me gustaría saberlo.

El Capetán Elias enarboló su garrote y Barbayanis salió corriendo, con todos sus utensilios.

El metropolitano se puso al cuello una cadena con una medalla de oro y esmalte multicolor que representaba por un lado la Crucifixión y por el otro la Resurrección. Se metió en el bolsillo una tabaquera antigua que provenía de los célebres talleres de Janina, regalo de su amigo el metropolitano janiota, cogió su cruz y, seguido: del diácono, se fué a pie a casa del pachá.

Mientras tanto, el pachá se había quedado dormido, echado de espaldas entre blandos cojines. Soñaba que estaba paseando por los jardines de su país, en Brussa, y que los árboles cargados de flores o

de frutos extendían sobre él sus ramas como brazos de pulpo. El pachá fumaba su chibuqui mientras paseaba y se creía en el Paraíso. De un momento a otro iba a aparecer Mahoma con el espejito, el peine y el frasco de perfume guardados en su ancha faja roja, para darle la bienvenida.

Pero al dar la vuelta a un recodo del jardín, vió ante él un olivo gigante, deforme, sin hojas ni flores, tuerto, astillado por los rayos. De sus ramas pendían extraños frutos: puñales, fusiles, cartuchos y pañuelos negros… "¿Qué le pasa a este maldito olivo que produce armas en vez de frutos?", pensó el pachá, dando un grito de espanto y volviendo atrás para buscar el jardín lleno de flores y frutos… Pero éste había desaparecido y en su lugar no había más que montañas rocosas y áridas. Detrás de cada piedra asomaban cañones, fusiles y pistolas.

—¡Creta! ¡Creta! —gritó el pachá despertando.

En el mismo instante el negro Suleimán abrió la puerta.

—Pachá Effendi —dijo—, el gran pachá. de los griegos acaba de llegar. Está subiendo la escalera.

—¡Qué mal sueño acabo de tener, Suleimán! —dijo el pachá secándose el sudor frío que le corría por las sienes.

—¿Quieres que le diga a ese gordo harto de sopas que ahueque el ala?

El pachá reflexionó un instante.

—No, que entre, Suleimán. Esos imanes de los cristianos conocen la clave de los sueños. Éste me va a explicar el mío. Hazle entrar.

El metropolitano entró y se sucedieron los saludos interminables. Los dos personajes más importantes de Candía, el turco y el cristiano, se encontraban. Eran como dos reyes en aquella ciudad y sus reinos se tocaban. Los barrios turcos y los cristianos, la cruz y la media luna se confundían. Entre ellos reinaba tan, pronto la buena inteligencia como la tempestad, una especie de rabia que les llevaba a arrojarse los unos sobre los otros, morderse la nuca,: arrancarse un pedazo de carne y devorarlo.

Se sentaron frente a frente en el blando diván. El pachá encendió su chibuquí, el metropolitano sacó su rosario de coral negro y empezó a acariciar las cuentas una por una, preguntándose por dónde empezaría. Por la ventana abierta ante ellos se distinguía la cárcel a la izquierda, a la derecha, el viejo plátano con sus hojas nuevas y, si se inclinaba uno un poco podía ver la fuente veneciana con los leones de mármol. Soplaba un viento tibio.

Después de bostezar, el pachá empezó:

—Ya volvió el buen tiempo, Metropolitano Effendi —dijo—. ¡Alá!, ¡cómo pasa el tiempo! Parece una rueda que da vueltas. Da vueltas y

uno da vueltas con ella. Llega el invierno y dice uno: “¡Me muero de frío!” Pero no ha acabado de decirlo cuando el sol está ya ahí y dice uno: “¡Qué calor! ¡Me ahogo!” Y en seguida empieza a refunfuñar el trueno, comienza a llover y hay que ponerse la caperuza… ¿Qué dice tu religión de todos estos misterios?

Y, sin darle tiempo a responder, el pachá, obsesionado por el recuerdo de su sueño, añadió:

—¿Tú crees en los sueños, Metropolitano Effendi? ¿De dónde vienen los sueños? ¿Quién nos los manda?

—Unos son enviados por Dios, otros por el diablo —respondió el metropolitano.

—¿Y tú puedes distinguir los que son enviados por Dios de los que son enviados por el diablo?

—Seguramente acabas de tener un sueño, Pachá Effendi. Todavía anda por tus párpados, lo estoy viendo.

—Si, he tenido un sueño, por eso te pregunto si crees en ellos.

—¡Ojalá te traiga ventura, Pachá Effendi! Cuéntamelo y veremos.

—¿Tú sabes interpretar los sueños?

—Algunas veces Dios me inspira y puedo explicarlos. ¿Entonces?

El pachá dió un suspiro y contó su sueño. Exageró un poco para meter miedo al cura giaur. Dijo, por ejemplo, que había visto cabezas cortadas en las ramas del olivo.

El metropolitano inclinó la cabeza leonina, con aire preocupado. Hacía esfuerzos por encontrar en aquel sueño un punto de partida para.la conversación que quería tener con el pachá.

—¿Es un sueño enviado por el diablo? —preguntó éste, inquieto.

—No, por Dios —respondió el metropolitano—. Pero yo me pregunto cómo puedo explicártelo, Pachá Effendi. Temo que te enfades.

—¿Yo, enfadarme? —dijo el pachá—. ¿No sabes que un verdadero musulmán no se enfada nunca? Sabe que todo lo que pasa en el mundo está escrito y que nadie puede evitarlo. Imagínate que el sultán enviase un firman pidiendo mi cabeza. Yo me entristecería mucho, eso es seguro, me entristecería, pero no me enfadaría. Estaba escrito. ¿Es que puedo yo cambiar algo en las decisiones de Dios? Habla sin miedo, Metropolitano Effendi, pero nada de mentiras. ¡Quiero toda la verdad!

Durante un largo rato el metropolitano reunió sus ideas.

—El jardín que has visto en tu sueño —dijo al fin—, es el corazón del hombre. Tu corazón es un jardín, Pacha Effendi. Por la noche se abre, tú entras y te paseas. Lo que has visto en tu sueño es el por qué de tu nacimiento, lo que te es natural: pasearte tranquilamente bajo árboles en flor, en la región donde te criaste, en Brussa… Tu corazón

es un jardín. Pero estaba escrito que llegarías a ser pachá y que para colmo te mandarían a Creta…

El pachá suspiró.

—Es extraordinario, Metropolitano Effendi, todo lo que dices es verdad, como si estuvieses tú mismo dentro de mi corazón. Continúa y veremos.

—Está bien claro, Pachá Effendi, no hay que ir a buscar muy lejos. El olivo cargado de armas que has visto, era Creta. Tú llegaste bajo el árbol herido por el rayo y tu rostro se ensombreció. Ahí es donde tu destino empieza a cambiar… Pero es lástima que te hayas despertado y no conozcas el resto. Es posible que, a partir de ese momento, Dios haya escrito que te deja libre de obrar según tu entender. ¡Es una verdadera lástima!

—¡Ah, si fuera como tú dices, Metropolitano Effendi! —dijo el buen oriental—, a estas horas turcos y cristianos vivirían como hermanos. Los griegos trabajarían, los turcos comerían y todos tendrían una vida agradable.

—Todo eso de ti depende —dijo el metropolitano, que había encontrado al fin el punto de partida que buscaba—. Eres tú quien tiene el poder de hacer reinar la fraternidad en nuestra isla y es Dios quien te ha enviado ese sueño para decírtelo. Dios habla muchas veces por intermedio de los sueños…

—Explícame, Metropolitano Effendi, no acabo de entender.

—Ya habrás oído decir que en Candía las cosas empiezan a emponzoñarse entre griegos y cristianos. Parece ser que un borracho entró a caballo en el café turco.

—¿Te parece poco? Ha deshonrado a Turquía ese giaur —dijo el pachá y su mirada echó chispas súbitamente.

—¡No se deshonra tan fácilmente a Turquía, un sultanado tan poderoso!, Pachá Effendi —dijo el metropolitano suavizando su voz—. Pero dejemos de lado al borracho. ¿Quieres que siga hablándote de tu sueño? Entonces, escucha, creo que Dios me inspira en este momento, y que voy a poder explicártelo. Aunque, si no te interesa…

—¡Por Alá! Sí que me interesa… —dijo el pachá con tono suplicante, poniendo la mano en la rodilla del metropolitano—. ¡Te lo ruego, habla!

—Los siete cielos se han abierto, Dios ha descendido en tu sueño, Pachá Effendi, y te ha mostrado el camino a seguir.

—¿Qué camino?

—El que tú quieras. Hay dos, uno verde y otro rojo. Veo claramente cómo se extienden en tu sueño. Puedes elegir el que prefieras.

—No, no el que yo prefiera —protestó el pachá—. El que Dios haya

elegido para mí.

—Es muy posible que Dios haya escrito que te deja libre de elegir, es lo que te estaba diciendo. Puedes tomar el camino rojo y ponerte a degollar, a colgar y a incendiar Creta. Pero también puedes tomar el camino verde y entonces todo será como de leche y miel. Los turcos y los cristianos se abrazarán de nuevo y el mundo entero bendecirá tu nombre… ¡Elige!

Sin dejar al pachá tiempo para reflexionar, el metropolitano sacó de su bolsillo la preciosa tabaquera.

—Tú tienes buen gusto, Pachá Effendi —dijo amablemente—, tú sabes apreciar las cosas bellas. Es una tabaquera de Janina. De mano maestra, un trabajo muy fino. Por un lado tiene grabada un águila de dos cabezas[28] y por el otro una media luna… Justamente lo que tú deseas, la fraternidad entre los musulmanes y los cristianos. Hace mucho tiempo que quería regalártela, conociendo las inclinaciones de tu corazón. Ha llegado el momento. ¡Que te dé buena suerte!

Al decir esto puso la tabaquera de plata en la mano del pachá.

—¡Por Alá! —dijo el pachá admirando el regalo—, los griegos sois una raza inmortal. Sea con leche o sea con vinagre atrapáis todas las moscas…

Se inclinó y acarició la tabaquera con la punta de sus dedos:

—¡Ah!, ¡si tú supieras, Metropolitano Effendi —dijo muy bajito—, las dulces embriagueces que me recuerda esta tabaquera janiota! Mi primera esposa, una criatura bella como Kyra Frossini[29] —que repose en paz en el reino de los muertos donde se encuentra— era también de Janina…

Suspiró.

—¡Qué misterio, Metropolitano Effendi! La muerte, la vida, el amor, ¿qué significa todo eso? ¡Pero tú no puedes comprender, tú jamás conociste mujer!

Los dos callaron. El metropolitano con su rosario en la mano miraba por la ventana el viejo plátano cuya hojarasca se agitaba lentamente sobre un fondo de cielo muy azul. Abrió al fin la boca para volver a llevar la conversación hacia un tema más positivo.

—El trigo será bueno este año, Pachá Effendi —dijo mirando a lo lejos, hacia los campos que verdeaban en la llanura.

El pacná abandonó el recuerdo de sus pasadas voluptuosidades y volvió a Candía, junto al metropolitano.

—La cebada también, Metropolitano Effendi —dijo suspirando.

El metropolitano se levantó. El pachá le imitó y le tendió la mano.

—Que sigas bien, Metropolitano Effendi —dijo—. Nosotros dos, tú y yo, creemos en Dios. Todo ha sido bien organizado, nos hemos repartido Creta. Ten ojo tú por un lado que yo lo tendré por el otro.

Vigila a los cristianos que yo vigilaré a los turcos.

Calló un instante. Había una última palabra que le cosquilleaba en la lengua. Tosió, se rascó la cabeza y se decidió al fin:

—Si oyes hablar de un crimen, uno de estos días, hazte el sordo…

—¿Un crimen, Pachá Effendi? —dijo el metropolitano, mirando con inquietud al viejo turco de pesados ojos orientales—. ¿Un crimen? ¡Bendito sea Dios!

—¡Bueno, nunca sabe uno! Algún turco con un poco de vino puede atacar a uno de vuestros matamoros. Todo es posible y no faltan los locos. Pero tú, Metropolitano Effendi, tú debes hacerte el sordo… Bien hemos cerrado los ojos nosotros cuando el griego entró a caballo en el café turco y nos puso en ridículo. Cerradlos también vosotros, Metropolitano Effendi, es lo que os conviene.

Eli metropolitano se sintió angustiado, pero hizo como si no comprendiese.

—Dios decidirá de todo —dijo—. Él es quien dispone de los sultanes y de los pachás.

—Y de los metropolitanos también, Effendi —dijo el viejo oriental mientras sus labios de chivo sonreían maliciosamente.

Y con esto, antes de llegar a disputar, las dos personalidades de Candía se separaron.

Los días se sucedían rápidamente. Abril alcanzaba su madurez. Los árboles se cubrían de flores o de pequeños frutos todavía verdes. Candía se agrupaba bajo el sol primaveral. En el recinto de la villa los hombres estaban repartidos en dos campos. Cada campo tenía su Dios y todos, dioses y hombres, afilaban sus cuchillos para matarse unos a otros, sin una mirada para el suave mar de perfume de melocotón, ni para el sol que florecía en el cielo todos los días como una gigantea, ni para las estrellas de la noche.

El Capetán Miguel, sombrío y mudo, había vuelto al trabajo en su almacén. Por primera vez, la semana báquica bianual, no había aligerado su corazón. Al contrario, se sentía más inconsolable que antes, más irritado todavía. No bebía ni una gota de vino y se levantaba de la mesa después de haber comido un bocado de pan por todo alimento. En su casa no habían oído su voz desde hacía varios días. No quería dormir. Sentado en su colchón, fumaba, con la mirada hundida en la noche, a través de la pequeña ventana de su cuarto. Por miedo de dormirse y de ser asaltado otra vez por sueños vergonzosos, mantenía los ojos desmesuradamente abiertos. Lo cierto era que no temía más que a un solo sueño, a un solo demonio que se arrojaba sobre él y le deshonraba… ¡El vino no podía ahogar a aquel demonio! ¡Ni la vergüenza! “No hay más que la sangre… la sangre… la sangre…

”, pensaba el Capetán Miguel mirando por la ventana.

Nuri Bey tampoco podía conciliar el sueño. No tenía más obsesión que la de mantener su palabra, lavar la ofensa hecha a los turcos y vengar a su padre. Pero además tenía la preocupación de su mujer. Desde el día en que el Capetán Miguel había ido a su casa, Emina no había vuelto a dejar entrar a Nuri en su cuarto. “Te ha insultado, le decía con obstinación, dando con el pie en el suelo. El Capetán Miguel te ha insultado y yo te insultaré también, como toda circasiana que se respete.”

Para distraerse un poco, Nuri Bey había ido a su pabellón a hacer algunos arreglos. El tiempo empezaba a ser caluroso. Su hanum vendría pronto como todos los años, a pasar el verano en los jardines llenos de surtidores. Dios es grande. Esos jardines, esos surtidores podrían tal vez ablandar el corazón de Emina y volverla a él. Hizo venir albañiles para repintar puertas y ventanas y construir quioscos en los árboles. Se hizo enviar canarios de Esmirna y cotorritas de Alejandría para distraer a Emina. “Aunque su corazón sea de piedra, pensaba, aunque su corazón sea de piedra, se enternecerá.”

Entre tanto, detrás de su balcón enrejado que daba a la calle, tendida sobre cojines mullidos, Emina bebía sorbetes, mascaba resina de lentisco y veía desfilar a los pasajeros, griegos o turcos, sin distinción. De todos modos, eran hombres.

—Turco, cristiano, judío o chino, eso no quiere decir nada. María —decía a su vieja nodriza—. No hay más que dos especies de hombres: los viejos y los jóvenes, las barbas blancas y las barbas negras. A mí me gustan las barbas negras.

Todas las tardes, cuando el sol se ponía y las calles iban quedando en sombra, un griego, con un elegante fez en la cabeza y calzado con botas a la moda, pasaba y repasaba, echando miradas apasionadas al balcón enrejado.

—¿Quién es ese griego? —preguntó un día Emina a su negra—. Yo le he visto en algún sitio. Tal vez en sueños

—Es el que te reanimó cuando te desmayaste el día del temblor de tierra —respondió la nodriza—. Es el famoso Capetán Polyxinguis.

—¡No está mal, por cierto! Tiene aspecto de ser fuerte, tiene verdadero encanto y sus botas crujen agradablemente. Fíjate cómo suspira, el pobre.

Emina reía, mascaba su resina de lentisco, bebía sorbetes, y escondida tras sus celosías ardía de deseo por un hombre. Con los ojos entornados, sonreía. “Puedo hacer lo que quiera, pensaba. Si me apetece le llevo a mi cama, si no, le dejo ir y venir por la calle, como un perro. ¿Soy o no soy una mujer?”

Una noche, la calle estaba desierta. El Capetán Polyxinguis se

detuvo ante el bacón enrejado. La luz de la luna lo bañaba todo, el perfume de la madreselva y el jazmín trascendía y, en el jardín de Nuri, el ruiseñor cantaba, enamorado, desesperado. Más allá del puerto, el mar también suspiraba y se golpeaba el pecho contra las murallas.

Emina no podía dormir. Tenía calor. Se quitó su camisa' de noche y al acercarse al balcón vió, a la luz de la luna, que pegado al quicio de la puerta estaba un hombre anhelante. Le reconoció en seguida y se echó a reír. Se volvió a la negra que dormitaba acurrucada en un rincón.

—El pobre —dijo, muerta de risa—, ven a verle. Se diría que está desmayado. Me dan ganas de bajar a socorrerle. Él me cuidó cuando el temblor de tierra. ¿Qué dices tú, María? Nuri no está.

María abrió los ojos desmedidamente.

—¡Emina, hija mía! —dijo—, ¡es un gran pecado!

—Para ti, puede ser —le interrumpió la hanum—, para ti que eres cristiana. Pero yo soy musulmana, yo tengo otro Dios y otros preceptos. Tú puedes comer cerdo sin pecar, pero no puedes morder a un hombre. Entre nosotros es al contrario. Con el cerdo se peca, pero no con el hombre extranjero. Vamos, ve a decirle que suba.

—¡Emina, hija mía!… —gritó la negra, desesperada.

—Ve primero a ver si el negro está dormido a la puerta.

—Está dormido —dijo María, suspirando—, está dormido, le he oído roncar.

—¿El perro está atado? Vamos, gallina, no tiembles que no hay por qué. Para eso ha hecho Dios a los hombres y las mujeres … Y además, ¡fíjate qué luna! ¡Y qué tibieza de noche! Eli jazmín ha reventado, el ruiseñor ha perdido la razón. Vamos, te digo, ve a buscarle. Yo he pensado muchas veces que una mujer puede ser honrada en invierno, pero en verano… Te he preguntado si está atado el perro.

—Está atado, señora —respondió María y se echó a llorar.

Emina se asomó y vió al Capetán Polyxinguis, de pie, con la nariz levantada hacia el balcón iluminado. “Nuri me repugna. El Capetán Miguel… ¿dónde encontrarle? Este servirá.” Cogió su espejito y su peine, se arregló el pelo con un ligero toque, se perfumó las axilas con almizcle y empujé brutalmente a la nodriza:

—¡Te he dicho que vayas!

La negra se agarró la cabeza con las manos y echó escaleras abajo. Emina vertió el almizcle que le quedaba sobre su vientre y su pecho. Luego se levantó y puso la lámpara detrás de la puerta. “Es otro el que yo querría, murmuró, pero éste también es feroz y orgulloso. No se rebaja a mendigar. Espera. Después de todo, éste tampoco está mal.”

Escuchó. La puerta cochera se abrió suavemente, el perro ladró un

poco. Se oyeron pasos en el patio, luego en el departamento de los hombres, luego en la escalera… Emina se tendió sobre los almohadones, pensó ponerse la camisa, pero desistió, dejó que la luz de la luna bañase sus senos y, su vientre desnudos. Unas botas crujieron en el corredor. Un olor a hombre llenó el aire, las narices de Emina palpitaron. Se pasó la lengua por los labios dos o tres veces, como una serpiente, luego, inmóvil, en espera, entrecerró los ojos.

El Capetán Polyxinguis estaba en el umbral de la puerta. Emina le miraba entre sus largas pestañas. Y él, como deslumbrado, se pasaba la mano por la frente, con el corazón temblando. La circasiana, bajo la luz de la luna, se agitó un poco y estiró los brazos. Y rápidamente, como si ese signo hubiera sido convenido entre ellos, el hombre saltó y apagó la lámpara.

Abril tocaba a su fin. Temblando de miedo los cristianos abordaron la Semana Santa. Ningún pueblo, en toda la Cristiandad sentiría los sufrimientos de Cristo tan profundamente, tan cruelmente como los cretenses aquel año. En su corazón, Cristo y Creta se confundían. Si los judíos habían crucificado a Cristo, los turcos habían crucificado a Creta. Excitados por el insomnio, el ayuno y el sufrimiento de Dios, sentían que la cólera y las quejas henchían su corazón.

Espiaban a los turcos con ojos feroces y se contenían con esfuerzo para no degollar a los pocos judíos hojalateros y cambistas que se amontonaban en el puerto. Durante las noches de Semana Santa todos ellos se encerraban con dos vueltas de llave, desde muy temprano.

Aquel año, la atmósfera estaba más tensa que nunca porque los turcos no habían podido digerir todavía el insulto del Capetán Miguel. Por la noche, a la hora en que los cristianos seguían el oficio de la Pasión, en San Minas, los turcos pasaban ante la iglesia blasfemando y cantando el amané. Hora tras hora los cristianos esperaban. ¿A quién, cuándo y dónde atacarían los agás? Todos los días se esperaba que reventase el absceso, pero éste no hacía más que hincharse y madurar por dentro.

Así, una parte de la Semana Santa transcurrió entre los perfumes, el insomnio y el terror. Suaves noches azules. Las violetas habían florecido en todos los patios y el Viernes Santo las cogerían las muchachas, junto con las lilas y las últimas rosas de abril, para ofrecerlas en el sacrificio nocturno. A la puesta del sol, los cristianos cerraban sus almacenes, se iban a sus casas, comían apresuradamente sus modestos platos de ayuno —habas aliñadas, ensaladas, alcachofas crudas, huevas de pescado ahumadas, aceitunas, gachas de sésamo— y se ponían a pasear de un lado a otro del patio, con la oreja alerta. Cuando la campana de San Minas se dejaba oír, dulce y triste en la noche silenciosa, los cristianos se santiguaban, abrían la puerta y

salían por las estrechas calles de Candía, temerosos, casi mudos, ansiosos de saber lo que iba a pasar aquella noche y cómo Dios iba a volver a sufrir a manos de los nombres.

Cuanto más se acercaba a su fin la semana de Pasión, más feroces se volvían los cretenses. Al fin, el Jueves Santo, cuando cada uno a su vez, el metropolitano, el pope Manoli, y el diácono se pusieron a leer los doce Evangelios, con voz llorosa y monótona, a contar cómo Judas había traicionado a Cristo, cómo los sarracenos le escarnecían y le arrastraban, los fieles se pusieron a sollozar. Todos los cretenses, con sus calzones bombachos, seguían al Cristo, sin aliento, desde Caifás hasta Poncio Pilato, desde Mustafá Pacha hasta el sultán, para implorar justicia.

Oyeron los seis primeros Evangelios con gran impaciencia, luego, como enfurecidos, se precipitaron todos al patio de la iglesia donde les esperaba un Judas de trapos y paja. Se arrojaron sobre el muñeco, unos con cuchillos, otros con velas encendidas, le apuñalaron y le quemaron, mientras los chicos bailaban alrededor con grandes gritos. Luego, ya desahogados, entraron de nuevo en la iglesia para oír el resto de los Evangelios.

Thrassaki saltaba y gritaba con los otros chicos alrededor del traidor que se consumía. Cuando Judas no fué más que ceniza, el hijo del Capetán Miguel reunió a sus compañeros. Habían preparado el complot de antemano. Cada uno había traído una botella de petróleo1 robada a su madre y un montón de trapos. Así equipados, se dirigieron corriendo al barrio judío. Thrassaki iba a la cabeza, acompañado por su camarada de clase, Leví, un pequeño judío que había ido haciendo amistad con los muchachos griegos y a quien ya consideraban como uno de ellos, porque él no quería ser tratado como judío, y cada vez que se planeaba jugarles una mala pasada a sus correligionarios, él era el primero y el más animado.

Las casas dormían hundidas en la sombra, las calles estaban desiertas. Los chicos corrían. Algunas botellas habían perdido el tapón en la carrera y dejaban escapar el petróleo que apestaba todo el barrio. Pronto oyeron el rindo del mar contra las rocas. Las olas rugían furiosas, como si quisieran derribar los muros venecianos.

Iban llegando al barrio judío. Thrassaki hizo una seña y todos los chicos se reunieron a su alrededor. Eran siete en total. El jefe les distribuyó los fósforos, luego desenvolvieron los trapos para empaparlos de petróleo. Tres de ellos debían prender niego a las casas de la derecha y los otros tres a las de la izquierda. Thrassaki les enseñó cómo introducir los trapos por debajo de las puertas y cómo, si había alguna ventana abierta, lanzar un pelotón inflamado al interior del cuarto.

—Yo —dijo mojando sus trapos— voy a pegar fuego a la casa del

rabino. Es amigo de mi padre, un buen tipo, el pobre.

Eran miserables casas, bajas, unas hechas de tierra y piedras, otras de latas añadidas. La del rabino era un poco más grande, con una ventana a la calle y un balcón de madera.

El sacerdote judío era un buen viejecito, pálido y ligeramente jorobado, con una barba rala, rojiza y mezclada de pelos blancos, un mechón a cada lado de la cara y un birrete de terciopelo violeta en la cabeza. Vivía solo en su casa destartalada. Su mujer había muerto tiempo atrás, sus hijos se habían dispersado, su perro había reventado y su canario huido —él bien había procurado atraparlo, pero un gato llegó antes a la terraza y se lo comió—, Jehovah era su único compañero. Era con Él con quien subía y bajaba las escaleras y discutía sin cesar.

Aquella noche, el viejo no podía dormir. Su lámpara iluminaba el Antiguo Testamento abierto ante él; leía en voz baja y monótona. Su raza había soportado tal martirio. ¡Qué Dios inexorable era el que la guiaba a la cabeza del rebaño, como una columna de fuego! ¡Y los grandes profetas, esas almas feroces que tragaban carbones ardiendo y subían hacia el Eterno en carros de fuego! Y cuando el hijo de María, profeta indefenso, apareció el último de todos y subió al Gólgota —¡qué día maldito!— para ser crucificado, ¿cómo aquella raza obstinada, había aceptado, dando gritos de triunfo, que cayese la sangre del Inocente sobre sus cabezas y las de sus hijos? Durante siglos, hasta ahora, todos los años, en todas las iglesias, en aquellos días primaverales, clavan al Cristo en la cruz y el odio por la raza judía se redobla. El rabino levantó sus ojos cansados, miró a lo lejos por la ventana y suspiró. “A estas horas, pensó, están quemando a Judas en el patio de San Minas.” Le pareció oír carreras y gritos de chicos, pero estaba demasiado absorbido para prestar atención. Volvió a hundirse en la lectura del voluminoso Testamento de su Dios.

Los siete pilluelos se habían repartido las casas entre los dos grupos. Lanzaban precipitadamente los trapos encendidos contra las paredes y salían corriendo, excitados y temblando de miedo. Falto de alimento el fuego se extinguía pronto y no quedaba más que el olor asfixiante del petróleo, que apestaba el aire.

Thrassaki se volvió y no vió llamas por ningún sitio. Solamente humo. Empezó a echar juramentos.

—¡Así reventéis, zopencos! No sois ni siquiera capaces de prender un fuego. ¡Vais a ver cómo me las arreglo yo!

Se reunieron todos alrededor de él para aprovechar la lección.

—¿Quién tiene todavía petróleo? —dijo Thrassaki—. ¡Dámelo!

Manolios Mastrapas y Andrikos Krassogeorgis le dieron sus botellas casi llenas. Thrassaki regó el umbral y metió dos trapos empapados

por debajo de la puerta. Luego sacó una caja de fósforos del bolsillo y les pegó fuego. Las llamas subieron de golpe, rojas y azules, y empezaron a lamer los montantes carcomidos. Empapó otro montón de trapos en el petróleo, lo encendió y lo lanzó con fuerza por la ventana abierta.

—¡Sálvese quién pueda! —gritó Leví—. Vamos a lavamos en la fuente para no oler a petróleo. Podrían notárnoslo.

Desaparecieron en las calles negras, riendo a carcajadas.

Thrassaki prefirió quedarse para atizar el fuego y reducir a cenizas la casa del judío. “Entretenerse en quemar judíos de paja, es ridículo, pensaba. ¡Si quiere uno tener la bendición de Cristo hay que quemar judíos vivos!”

Se acercó un poco para echar el petróleo que le quedaba en la puerta que ardía, pero el viejo rabino salió a la ventana dando grandes gritos y luego se precipitó al balcón, con los brazos abiertos y dando alaridos: “¡Fuego! ¡Fuego! ¡Socorro, vecinos!” Thrassaki tuvo apenas tiempo de arrimarse a la pared. El sacerdote se inclinó, vió la puerta en llamas, perdió la cabeza y se puso a darse golpes y arrancarse las barbas. “¡Socorro! ¡Socorro!”, gritaba.

Pero las pequeñas casas de alrededor estaban hundidas en la sombra, todos los vecinos dormían, nadie acudió. El rabino echó escaleras abajo, abrió la puerta en llamas y se precipitó a la calle. Se sentía incapaz de hacer nada. Eli vez de ir a llamar a sus vecinos, miraba cómo el fuego lamía la madera, con aire consternado. Thrassaki tuvo lástima de él. Se alejó de la casa y empezó a llamar a todas las puertas, gritando: “¡Fuego! ¡Fuego!” Luego se acercó al rabino.

—Abuelo —dijo—, cuando salía yo de la iglesia oí tus gritos. No llores, mira, ahí vienen los vecinos.

Empezaron a abrirse las pequeñas puertas y a la luz de la luna se vió salir a los judíos, en calzoncillos y gorro de dormir, aterrados y mal despiertos. Cuando vieron que ardía la casa de su rabino, corrieron a sacar agua de los pozos y a echar cubos en la puerta que ardía. Luego subieron a la habitación y el rabino fué detrás corriendo. Cogió su Biblia en los brazos y volvió a bajar al patio, enloquecido. Thrassaki se afanaba con los vecinos. Traía agua y la echaba sobre las llamas. Estaba muy cansado y cubierto de sudor, pero se sentía feliz. Al fin, cuando el incendio fué dominado, los vecinos se volvieron a sus casas y Thrassaki, cogiendo la mano del rabino:

—Buenas noches, abuelo —dijo—. Duerme tranquilo, ahora ya está apagado el fuego.

El rabino acarició la cabeza del niño.

—Tus padres pueden estar orgullosos de ti —dijo—. Has sido tú

quien me ha salvado. ¿Qué podría yo darte? Soy pobre y no tengo nada. —Reflexionó un instante.

—Espera —dijo—. Tengo una cosa.

En un rincón del patio había un rosal en flor. Una gran rosa blanca brillaba bajo el claro de lima. El viejo la cortó y se la dió a Thrassaki:

—Toma esta rosa —dijo—. Tu buena acción de esta noche tiene el mismo perfume que ella, hijo mío.

Al día siguiente era Viernes Santo y desde el amanecer las campanas empezaron a sonar más tristemente que nunca. Cristo reposaba en medio de la iglesia cuyas puertas estaban abiertas de par en par, para que entrasen y saliesen los cristianos que venían a arrodillarse. Una decena de jóvenes arrodilladas, miraban al Cristo muerto, acostado entre violetas, rosas y flores de limonero. Se secaban las lágrimas, llorando como si fuese su hijo. Aquel hermoso muchacho, orgullo de Candía, eran los turcos los que le habían matado.

Barbayanis también fué a la iglesia. Se inclinó y besó los pies ensangrentados del Cristo, cogió un puñado de incienso para quemar en caso de caer enfermo e, inmóvil, miró al muerto con insistencia meneando la cabeza: “¡Malditos sean los turcos, murmuró, los verdugos!”

Salió al patio y vió a Murtzuflos, agotado por el ayuno y las vigilias, rodeado por Dimitros Pitsokolos, Kayambis, Ventusos y el seor Paraskevas, el peluquero. Murtzuflos hablaba y todos le escuchaban atentamente.

—Ayer —decía—, el pachá envió a su negro a casa del metropolitano, con un conejo como regalo. Pero el metropolitano se enfadó y no quiso aceptarlo. “No quiero esa clase de regalos”, gritó, y añadió para que el negro lo oyese y se lo contase a su amo: “Éstos son días de ayuno. Los judíos han matado a Cristo, estamos de duelo.”

—No debía haber rechazado el conejo —dijo Paraskevas—, es una ofensa.

—El pachá no debía habérselo mandado —dijo Kayambis—. Era una ofensa. ¡Como si no supiese que era Semana Santa, el perro!

—Nada de eso es serio —dijo Dimitros suspirando—. No vamos ahora a tomarla con el pachá. Sería dar coces contra el aguijón. Eso es lo que yo pienso.

Ventusos iba a hablar, pero Barbayanis se precipitó sobre ellos.

—¿Sabéis la mala noticia, muchachos? —les gritó, secándose los ojos.

—¿Qué noticia, Barbayanis?

—Han matado al Capetán Manoli.

—¿Qué Capetán Manoli?

—¡Cristo, muchachos, Cristo! Los turcos le han matado —respondió Barbayanis con los ojos llenos de lágrimas.

Ventusos y Kayambis se miraron, desconcertados. Pero sí, Cristo era un Capetán, como el Capetán Elias o el Capetán Korakas o Daskaloyanis. Luchaba por la libertad, él también, llevaba botas y calzones bombachos, y un pañuelo negro liado a la cabeza, como los cretenses.

Vieron que el metropolitano bajaba las escaleras del arzobispado lentamente y con precaución, como si llevase la cruz a cuestas. Se apartaron para dejarle pasar. ¡Qué aspecto tan hosco traía! Su cara pálida y su barba blanca temblaban.

—¿Por qué tendrá ese gesto tan feroz? —preguntó en voz baja Paraskevas—. Otras veces es tan dulce. Se diría que lleva veneno en los labios. ¿Qué le habrá ocurrido?

—¡Le crucifican… Le crucifican…! —dijo Ventusos—. ¿No lo comprendes? ¡Ah! No me acordaba de que tú eres siriota.

El metropolitano pasó; un espeso velo negro recubría su mitra; entró en la iglesia. Realmente, había cambiado en aquellos últimos días. Sus ojos, habitualmente tan tranquilos, lanzaban llamas. Era sin duda el ayuno o el insomnio, pero sobre todo, el dolor de Cristo que revivía cada año, cruelmente. No podía soportar la injusticia. No podía ver a los infames, a los sin fe ni ley, tiranizar y matar al inocente. No podía soportar ver a Creta coronada de espinas, sufrir bajo el yugo de los turcos…

A la cabeza de la procesión del Viernes Santo, blandía su cruz y la agitaba como una lanza. “¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?”, murmuraba, echando miradas feroces a los soldados turcos que componían la escolta de honor y seguían a la multitud con el cañón de los fusiles hacia abajo, en señal de respeto. “¿Cuándo veremos tu gloriosa resurrección, oh Creta? ¡Tu crucifixión está durando demasiado!”

El coro cantaba con voz nasal y temblorosa la *Lamentación del sepulcro*. Las mujeres lloraban, los hombres, mudos, llevaban sus cirios encendidos y el metropolitano, hiriendo el suelo de Candía con el asta de la cruz, no pensaba más que en Creta.

“Cristo es Dios, puede resucitar. ¡Pero Creta, no es más que tierra y hombres!…”

Llegaron a la, calle grande, se detuvieron en la encrucijada que forma la plaza, y el metropolitano, levantando la mano derecha, bendijo al Oriente y al Occidente, al norte y al sur —las cuatro puertas de Candía—. Arribaron a los Tres Arcos, parte abierta de la ciudad. El mar apareció a lo lejos, brillante. Las dos pequeñas islas se bañaban en el claro de lima, y frente a Meskinia, la leprosería, pálidas luces hacían

guiños al borde del vacío.

Los leprosos también celebraban el oficio nocturno de Viernes Santo. Su Cristo estaba echado sobre un lecho de hojas de limonero y de laurel. Era un Cristo de papel, dibujado en otros tiempos por un monje leproso y centenario, que le había representado leproso como él, con los dedos y la nariz roídos por el mal y el labio superior medio podrido. El metropolitano de entonces se había enfadado y había hecho llamar al monje:

—¡Es un pecado muy grande, condenado monje, representar a Cristo en este estado! ¿Tú no tienes temor de Dios? ¿Por qué has hecho esto?

—Pero, Reverendísimo Padre, ¿cómo podía Cristo demostrar su amor a los hombres?… —respondió el monje balbuceando porque no tenia labios—. ¿Cómo podía demostrarles su amor mejor, que contrayendo el mal, Él también?

Y aquel Dios enfermo, echado sobre hojas de limonero y de laurel, era el que los leprosos paseaban aquella noche. Y cuando divisaron del otro lado, por los Tres Arcos, la procesión de las gentes sanas, agitaron sus luces para saludarlas.

Durante toda la Semana Santa, el Capetán Miguel no ponía los pies en la iglesia. Él respetaba y rogaba a Dios, pero detestaba a los popes. Así que esperaba a que la iglesia estuviese vacía de toda sotana, halda o calzón para entrar y encender su cirio. Sin embargo todos los Jueves Santos le gustase o no, entraba en la iglesia todavía llena de popes y comulgaba. Se persignaba, abría la boca y recibía el cuerpo y la sangre de Cristo, que sentía descender a sus entrañas como una llama. Aquel año, por primera vez en su vida, un Jueves Santo, en vez de ir a comulgar, el Capetán Miguel saltó sobre su yegua por la mañana temprano y atravesó los campos al galope hasta el pabellón de Nuri. Allí, vaciló, volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia el mar, para tomar alientos.

“Mientras ese demonio esté dentro de mi, se decía continuamente, angustiado, mientras ese demonio esté dentro de mí no comulgaré.”

En todo el año no hay crepúsculo más vacilante que el del Sábado Santo. Vaga, se detiene, da un paso adelante, dos atrás y no se decide. Al pasar cerca de los hornos olorosos, los ayunadores se sentían desfallecer. Las dueñas de casa, excitadas, ponían todo en orden. Las hornillas estaban encendidas, los patios recién lavados, los corazones abiertos de par en par. Se esperaba la puesta del sol, se esperaba que la noche azul y piadosa, toda transida de la Resurrección ae Cristo, descendiese al fin sobre la ciudad.

De cuando en cuando, madama Krassogeorgis se ponía una mano sobre los ojos en forma de visera, y examinaba el sol.

“¡Parece que hoy, precisamente, ha encontrado el medio de no moverse, el condenado!”, murmuraba excitada por el olor de la gallina que hervía y del hojaldre que su hijo Andrikos acababa de traer del homo.

Desde el Jueves Santo, madama Penélope tenía ya los huevos teñidos. Reina todopoderosa en su cocina, preparaba la sopa pascual con intestinos de cordero y el seor Dimitros, a sus órdenes, iba de la casa al homo y del horno a la casa, cargado de bandejas de cobre y de chapas.

—¡Adelante, Dimitros! —le decía ella—. ¡Ánimos, valiente! Cristo resucita esta noche. Eso quiere decir que esta noche nos veremos las caras, precioso mío. ¿Comprendes? Me parece a mí que tanta carne y tanto hojaldre con crema servirán para algo.

Dios oyó al fin la voz de madama Krassogeorgis, el sol desapareció en el horizonte y, cargada de olores pascuales, la noche cayó sobre Candía. Los barrios griegos se llenaron de gritos alegres. Las mujeres empezaron a componerse. Hasta Vanguelio se arregló y se sentó en el patio a esperar a su hermano. ¿Vendría a buscarla para ir a la iglesia? Era la última vez que podían ir solos, la víspera de Pascua. Al año siguiente Palomino estaría allí.

Se acercaba la medianoche. El aire era tibio y oloroso. Los cristianos salían a sus patios. No tardarían en sonar las campanas, Cristo en su sepulcro empezaba a agitarse. Ya se incorporaba bajo la pesada losa sepulcral. Los cristianos con el oído atento, esperaban en los patios y en las ventanas.

Dos hombres solamente en toda la ciudad, hacían excepción a la regla y no pensaban en Dios aquella noche. En aquella santa noche, uno de ellos tenía en su brazos a una circasiana y el otro, sentado en su colchón, a oscuras, fumaba un cigarrillo tras otro, mientras su mente, como un perro dispuesto a morder, corría por las callejuelas estrechas, se detenía delante de una puerta verde y ladraba.

Uno picoteaba y el otro aullaba mientras los cristianos reunidos en el patio de la iglesia, con sus cirios nuevos en la mano, miraban al metropolitano que, revestido con sus ropas pascuales, abría el Evangelio encuadernado en plata. Sus pies se mantenían en el estrado cubierto de laurel y su cabeza bajo el limonero en flor. La brisa nocturna pasaba por sus rostros dichosos.

Aquel instante estaba lleno de grandeza y ellos lo sabían. Sabían también que el milagro se aproximaba, tranquilo, seguro, como una paloma en la noche profunda y cuando estallaba el “¡Cristo ha resucitado entre los muertos!”, cuando la Llama Sagrada encendía las velas, todos los cristianos volvían a la vida al mismo tiempo que Cristo. Los capetanes blandían sus pistolas de plata. Murtzuflos se volvía loco de alegría y se ponía a tocar triunfalmente las tres

campanas a la vez: la *San Minas*, la *Libertad*, y la *Muerte*. Anunciaba a la villa sojuzgada por los turcos que el Capetán Manoli no estaba muerto, que no podía morir, que Creta estaba liberada.

Después de la Resurrección, el metropolitano se aplacó y su cólera cedió suavemente. Al amanecer envió a su diácono a casa del pachá con una hornada de baklavás y un cesto de huevos rojos y rosquillas.

Candía centelleaba al sol de Pascua, como un ser viviente, como un cristiano que sale de la iglesia y se tiende satisfecho, dichoso bajo los rayos tibios, al borde del mar espumante.

Barbayanis, con su espada al cinto y la condecoración de lata sobre su pecho, se paseaba de arriba abajo de la ciudad, ocioso aquel día en que no vendía sorbetes. Turcos y cristianos le hacían reverencias estallando de risa y él respondía a los saludos, orgulloso como un pachá. Detrás de él iba una especie de negro, un bengací que había alquilado y untado de sebo para aquella circunstancia.

Harilaos, el renacuajo, con los bigotes rizados, hacía sus visitas en coche. Llevaba el sombrero de paja que acababan de mandarle de Atenas, y apoyaba la barba en el puño del bastón mirando a las gentes con sus ojos, negros de maldad, porque no les perdonaba que fuesen hombres normales.

Por la tarde, los cristianos endomingados, invadieron los Tres Arcos. El viento soplaba y hacía ondear las cintas de seda en las cabezas de las muchachas. Al norte, el mar reposaba, color de rosa. Por detrás, al sur, los campos verdeaban, las montañas tomaban el color del sol poniente, los olivos plateados resplandecían y arriba, el cielo malva, aterciopelado, apacible, protegía a los candiotas satisfechos, que habían salido para tomar el aire, para dejarse ver y para hacer la digestión. El crepúsculo caía suavemente. Las caras hundidas en la sombra, se aplacaban. De pronto, la estrella de la tarde surgió, alegre, triunfal, como un Cristo resucitado, sobre las cabezas.

El martes de Pascua, deslumbrante, como un muchacho de veinte años, el Capetán Polyxinguis se puso detrás de la oreja una rosa cogida en el jardín de Emina y salió, con paso elástico, por la puerta de La Canea. ¡Qué cambio! ¡Cómo se había rejuvenecido! ¡Qué bien olían a almizcle sus bigotes, sus axilas y su vientre desde hacía unos cuantos días! Aquella misma mañana, su hermana le había visto confiar a Alí Agá un serón lleno de botellas y de víveres y le había preguntado sonriente: “¿Todavía de fiesta, Jorgito mío?” Él le había respondido: “¡Qué quieres, hermana, hay que aprovechar el tiempo, la muerte no deja escapar a nadie!”

No lejos de la puerta de La Canea, bajo un níspero polvoriento, sus dos amigos le esperaban: el Capetán Stefanis, apoyado en su bastón nudoso y un hombre vestido a la europea, pálido, triste, con una barbita de un rubio dorado y irnos ojos azules.

—¡Salud, muchachos! —dijo el Capetán Polyxinguis tendiéndoles las manos—. Capetán Stefanis, ¡Cristo ha resucitado! Sapientísimo Idomeno, empezaba ya a aburrirme de ti. Deja de una vez esos condenados libros, sal un poco, deja que te vea el sol y admírale tú también. ¿Cuánto tiempo crees que va a durar esta fiesta que es la vida? Vamos, muévete, ríete un poco, ¡Cristo ha resucitado! ¡Ánimos!

—El Capetán Stefanis me dió una carta tuya… —empezó Idomeno.

—¡Ánimos!, te digo, ya veremos luego. ¡Cristo ha resucitado, muchachos!

Se pusieron en camino; era casi el mediodía. Se alejaron de las murallas. A su derecha, el mar, de un azul sombrío batía furiosamente la costa cretense, retrocedía, tomaba impulso y volvía a embestir gimiendo. A su izquierda, un mundo más compasivo. El verde joven embalsamaba el aire. Un burro recién nacido se revolcaba en la hierba mirando al cielo con la boca abierta, como si riese. El Capetán Polyxinguis se detuvo bruscamente y se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Capetán? —le preguntaron los otros.

—Esto me recuerda una cosa, muchachos. Cuando yo iba a la escuela, un día, el maestro, seor Pateropulos —que en paz descanse— me preguntó: “Dime, Polyxinguis, ¿qué es un asno?” “Un conejo de cien años, señor maestro”, le respondí. ¿No es verdad? Francamente, miradle, ¿no parece un conejo de cien años?

Reanudaron la marcha riendo. El Capetán Stefanis renqueando, el Capetán Polyxinguis sosteniendo al seor Idomeno para que no se cayese, porque el intelectual no tenía costumbre de andar por las piedras y tropezaba a cada paso.

—¡Valor, cumbaros[30]! —le decía Polyxinguis, ya estamos llegando.

—¿Cumbaros? —dijo Stefanis—. ¿Cómo es eso?

—Pasado mañana se casa mi sobrina y el novio no tiene un amigo más íntimo que el seor Idomeno. Sentados uno junto a otro, se entierran en los libros, como ratones en un queso y no paran de roer… ¡Que lleguemos a tus propias nupcias, seor Idomeno!

Pero él meneó la cabeza sin decir palabra. Un sudor frío corrió por su cara. Pertenecía a una familia noble; su) padre, un antiguo señor, hombre excelente, había hecho construir una fuente delante de su casa, para que los que pasasen pudiesen beber en ella y los vecinos llenar sus cántaros. Y le había dado el nombre de su hijo: Idomeno. Además había hecho abrir una ventana en la pared de su casa que daba a la calle y había puesto en ella el gran reloj familiar para que los candiotas viesen la hora cuando pasasen. Él tenía que salir a la calle para ver la hora en su propio reloj. Había educado a su hijo con numerosos profesores. Todas, las mañanas un cura católico venía a enseñarle las lenguas extranjeras y el rabino le daba lección de

hebreo. “Algún día, decía el viejo señor, algún día este hijo mío liberará a Creta. Dicho sea entre nosotros, lo que nos hace falta para liberar a Creta no son fusiles, es cacumen.”

El viejo murió, el hijo tenía la cabeza llena de tinta y de sabiduría. “Tiene siete lenguas”, decían los vecinos, maravillados, esperando el momento en que las siete lenguas saliesen de su boca. Pero él no hablaba y se dejaba ir invadiendo por una extraña melancolía. No ponía los pies en la calle, se pasaba el día en su casa, que empezaba a derrumbarse, inclinado sobre un libro o, pluma en mano, con aire pensativo, escribiendo durante horas. Cubría hojas enteras de grueso papel, bien con minúsculos caracteres, bien con letras mayúsculas, luego doblaba la hoja, la metía en un sobre y lo lacraba con el viejo sello de su padre que representaba a Minerva inclinada sobre una tumba, con casco y lanza. Luego mandaba a Doxania, su nodriza, a llevar la carta al correo. Escribía al zar patéticas misivas, hablándole de los sufrimientos de Creta, le exhortaba, en nombre de la Ortodoxia, a enviar navíos que liberasen a su patria, y copiaba para la raza rubia, los rusos, algunas canciones populares cretenses. Escribía al presidente de la República Francesa: “¡Vergüenza para ti, oh Francia, madre de los Derechos del Hombre, tú que iluminaste y liberaste al mundo nuevo con tu Gran Revolución! ¡Vergüenza para ti, que permites que en Creta reine la esclavitud!” Escribía también a la reina Victoria de Inglaterra, y le pedía que enviase su flota. A cambio de ello, él, Idomeno, intervendría para que Suda fuese cedido a Gran Bretaña. Sabía que aquel célebre puerto era la causa de todos los males. Todas las grandes potencias lo codiciaban y para que ninguna se apoderase de él dejaban a Creta en manos del sultán. Si aquel maldito puerto no existiese, Creta estaría hace tiempo entre los brazos de su madre, Grecia.

El 25 de marzo, día de la fiesta nacional, hacía ya de esto varios años, el seor Idomeno había ido a la iglesia con su sombrero de copa alta. En cuanto bajó el diácono del estrado, después de terminar la lectura del Evangelio del día, él tomó su puesto, abrió los brazos y se dirigió a la multitud: “Hermanos míos, dijo, escuchadme. Dios me ha inspirado, me ha dado a conocer el medio de liberar a nuestra patria. Que cada uno esté dispuesto. Que cada uno de nosotros, hombres, mujeres y niños, vaya a tirar una piedra a Suda. Que las aguas del puerto maldito queden llenas de ellas, que se conviertan en tierra y que los grandes de este mundo dejen de disputárselas. Si no, no conoceremos jamás la libertad. ¡Adelante, hermanos míos, en marcha, haced la señal de la cruz, coged cada uno una piedra y seguidme!”

Murtzuflos subió al estrado y, con dulzura, le hizo bajar y le llevó a su casa. Desde aquel" día el señor Idomeno vivía hundido en una profunda melancolía. No quería ver a nadie ni, por otra parte, decía

él, tenía tiempo para hacerlo, pues su correspondencia era cada vez más importante. Ahora escribía al presidente de la República de los Estados Unidos, enviándole mapas para demostrarle el emplazamiento de Creta y su importancia estratégica y diciéndole que había que quitársela a los turcos, a toda costa. "¡Oh patria de Franklin y de Washington!, escribía, ¡oh tierra de la libertad!, en el otro extremo del mundo, de pie en la costa, Creta tiende hacia ti sus brazos encadenados y te grita: ¡Sálvame!"

El seor Idomeno se pasaba la vida escribiendo cartas y esperando la respuesta. De cuando en cuando bajaba al patio y preguntaba a la vieja Doxania si había correo para él. No, no lo había. Entonces se subía a su cuarto, cogía otras hojas vírgenes y se ponía de nuevo a escribir. Así que no tenía ni deseo ni tiempo de ver a nadie. Sin embargo, todos los sábados al caer la tarde, Palomino, su antiguo camarada de clase, y único amigo, venía a visitarle. La puerta se abría y, con la espalda curvada y las piernas abiertas, entraba, limpiando sus anteojos. "Van a seguir discutiendo" murmuraba Doxania inquieta, y en seguida iba a prepararles una bandeja con café y rosquillas. Idomeno abría la tabaquera paterna y los dos se ponían a fumar, largamente, mudos, sentados uno frente a otro, preguntándose cada uno por su parte qué gran cuestión irían a discutir aquella tarde. Luego, Idomeno abría un libro de astronomía, de catequesis o, de retórica, o acaso la Historia de la Revolución Griega de Tricupis. En aquella época se interesaban mucho por un nuevo libro inglés que había trastornado la opinión pública y que probaba que el hombre desciende del mono. Palomino escuchaba con la boca abierta. Luego se acaloraban los dos, la discusión subía de tono y la vieja Doxania miraba por el ojo de la cerradura para ver si las cosas tomaban mal cariz y era necesario entrar a separarlos.

Así pues, Palomino era el fiel visitante de los sábados por la tarde. De cuando en cuando, Idomeno dejaba que su antiguo amigo de la infancia, el Capetán Polyxinguis, subiese la escalera carcomida y entrase en su cuarto lleno de polvo, de libros, de mapas y de grabados. Eran vecinos, de pequeños habían jugado juntos hasta que el desdichado joven, el señor, había sido confiado a los curas católicos y a los rabinos. Cuando el Capetán Polyxinguis entraba, con su gran fez y sus bigotes retorcidos, el triste cuarto se llenaba de risas. Idomeno miraba a su amigo y se asombraba de ver tanta despreocupación, tanto buen humor y tanta ignorancia reunidos en un solo hombre.

A veces, el Capetán Polyxinguis le decidía a ir con él a pasear a los Tres Arcos, pero allí siempre había demasiada gente y preferían bajar hacia el mar. Aquel día, como el tiempo era espléndido, enteramente primaveral y pascual, el Capetán Polyxinguis había enviado a Stefanis a casa de Idomeno con una cartita: "Mi gran amigo Idomeno, quiero

pedirte un favor: ten la amabilidad de acompañar a nuestro célebre Capetán Stefanis, que tiene que reunirse conmigo. Es absolutamente necesario: cuestión de vida o muerte.”

El seor Idomeno, aterrado, había seguido al Capetán Stefanis.

—¿Cuestión de vida o muerte? —preguntó a su amigo con inquietud, saliendo de la sombra del níspero polvoriento.

El Capetán Polyxinguis se puso un dedo ante los labios:

—¡Calla! —dijo—, ya verás.

Iban a lo largo de la costa, por un sendero pedregoso. Pronto apareció un inmenso cercado rodeado por un foso. Cruces negras y cipreses sobresalían de los muros. El seor Idomeno se detuvo espantado.

—¡Cómo! —dijo—, ¿vamos al cementerio?

—Y ¿a dónde quieres que vayamos? —respondió el Capetán Polyxinguis estallando en risa—. ¿No corremos hacia el cementerio desde el mismo instante en que llegamos al mundo?

Le cogió por el brazo:

—No tengas miedo, Idomeno —dijo—, ahora vas a ver.

Kollyva, el profanador de tumbas, con la piel quemada por el sol, la cabeza descubierta, bizco, esperaba a la puerta del cementerio. Era flaco como un bacalao, con úna cara tosca. No creía ni en Dios ni en el diablo. Enterrador desde hacía muchos años, estaba familiarizado con la muerte, con su podredumbre y su hedor y había tenido la intuición de algunos grandes misterios, considerando todas las cosas de la vida con sus ojos torvos, sin respeto, sin miedo y sin esperanza.

Si un cadáver estaba vestido con ropas nuevas, él abría la tumba, le desvestía y se llevaba el traje, aunque fuese demasiado estrecho o demasiado ancho para él. Desvestía igualmente a las mujeres y a los niños muertos para equipar a su familia. A él esto no le impresionaba. A pesar de todos sus latrocinios ninguna alma en pena había venido nunca a quejarse de frío. En cambio, su mujer, la muy tonta, veía fantasmas, y por eso se había puesto amarilla y tuberculosa. Al paso que iba no tardaría mucho en enterrarla. Hacía ya unos días que escupía sangre y se liquidaba a ojos vistas. Se le empezaban a ver los huesos. Y ¿por qué? Comía bien, kollyva[31] a todo pasto y pan bendito. Iba vestida gracias a los muertos, heredaba todas las sábanas que habían servido de sudario… Pero parecía que veía fantasmas, la inocente, y le chupaban la sangre.

Kollyva miraba a los muertos y a los vivos con la misma sonrisa. Pero los vivos no le querían. Unos le hacían ascos porque tocaba a los muertos, otros cambiaban de acera cuando le veían venir porque les recordaba la muerte. Pero Kollyva no se preocupaba, se reía de ellos. “No irán muy lejos, decía. No se me escaparán. Llegará un día en que,

quieran o no quieran, caerán en mis manos.” Tenía un amigo fiel que tampoco temía a la muerte y que conocía también algunos misterios, el Capetán Polyxinguis. Generoso, juerguista, excelente corazón, cada vez que se le ocurría llevaba botellas y provisiones y convidaba a Kollyva a entrar con él bajo tierra. Allí se ponían los dos a beber y a comer sin parar.

En cuanto Kollyva vió al Capetán Polyxinguis y a sus amigos venir por el camino les abrió los brazos.

—Daos prisa —les gritó—. Si por casualidad llegase un entierro, toda nuestra fiesta se aguaría. Ventusos está ya abajo con la lira.

—¿A dónde vamos? —preguntó el seor Idomeno sin atreverse a franquear el umbral.

—Vamos a vencer a la muerte, seor Idomeno —contestó Kollyva—. ¿Por qué ha de ser siempre ella la que gane? Esta vez nos toca a nosotros.

Se deslizaron por entre las cruces de madera y las lamparillas encendidas, saltaban las tumbas, pisaban los macizos de manzanilla que cubrían la tierra, y perfumaban el aire. Kollyva, el dueño de casa, iba delante para enseñarles el camino. De pronto una cabeza humana salió de una tumba. El seor Ido— meno, aterrado, dió un grito, pero Kollyva se volvió riendo:

—No tengas miedo, seor Idomeno —dijo—. Es Ventusos.

Ventusos estaba ya un poco alegre. Había encontrado el cesto en el interior del panteón, y después de haber esperado pacientemente, se había puesto a comer y beber. Luego había salido, había cogido una margarita amarilla, se la había puesto detrás de la oreja y se había tendido en el escalón de piedra, dentro del panteón. Se hacía el muerto, con los ojos cerrados, todo es acostumbrarse, pensaba. Pero de cuando en cuando resucitaba, se echaba un vaso al coleto y volvía a morirse. Hasta que oyó ruido de pasos y conversaciones.

Kollyva se detuvo. Llamó aparte al Capetán Polyxinguis:

—No era necesario haber traído a Ventusos, patrón —dijo—. Vamos a tener líos, ya te lo advierto. No es cosa corriente oír música en un cementerio.

—Es frecuente venir al cementerio a comer y a beber.

—Comer y beber es otra cosa. Eso no hace ruido. Pero esa condenada lira…

—Estoy de muy buen humor, Kollyva —dijo el Capetán Polyxinguis—. Tengo ganas de oír la lira y sus cascabeles. El mundo es demasiado estrecho para mí desde hace unos días.

Los ojos bizcos del enterrador se llenaron de malicia.

—Cosas de mujeres —dijo tartamudeando—. Tienes los ojos hundidos, Capetán Polyxinguis. No irás a decirme lo contrario.

Ventusos había salido enteramente de la tumba, con su margarita amarilla detrás de la oreja.

—¡Salud, patrón! —dijo tartamudeando—. ¡Ah, si yo fuera la Muerte! Así es como recibiría a los pobrecitos hombres en mi reino: con una flor detrás de la oreja. Y les serviría bajo tierra una mesa con vino, raki, y cosas buenas de comer. No les recibiría con gusanos, como hace la maldita.

Tendió la mano al Capetán Stefanis mientras que el Capetán Polyxinguis ayudaba al seor Idomeno, consternado, a bajar a la tumba. ¿Qué diablos había venido él a hacer a aquel cementerio? ¿Qué especie de panteón era aquel, con una mesa llena de entremeses? Y perder todo aquel tiempo, que habría podido emplear en escribir al zar tan larga y apasionadamente que se le habrían saltado las lágrimas y habría acabado por tomar la decisión de responderle…

—¡Vamos!, muévete un poco, seor Idomeno —le gritó Kollyva—. ¡Vamos a vencer a la muerte!

Se sentaron los cuatro, bien juntos en el escalón de piedra. Se abrieron las botellas, se descubrieron las provisiones y Ventusos cogió su arco. Los cascabeles se agitaron ruidosamente.

Kollyva se inclinó hacia Ventusos.

—Más bajo, más bajo, por el amor de Dios, Ventusos —le dijo—. Esto es un cementerio, no una taberna. Si llegase una viuda o una madre… ¿Comprendes?

Stefanis, el cojo, no estaba ocioso. Llenaba los vasos, distribuía los pedazos de pollo asado y bebía a la salud de los muertos —de los suyos y de los ajenos—, a la salud de su padre, el célebre contrabandista, a la de su madre que vendía huevos y ensaladas, a la de todos sus marineros que se habían ahogado y a la de la *Gallarda*, su barco hundido. Bebía a la salud del mundo entero, con el gaznate lleno de risa. Al fin, se acordó de su sobrino Somas, el panadero, que se había resfriado el año anterior durante el carnaval y se había muerto. Le habían hecho ir en un carro, desnudo hasta la cintura, con los brazos abiertos, aparentemente clavado a una roca, y con un pavo sobre el pecho, en actitud de comerle el hígado… Había tenido la culpa aquel tarugo de Palomino. No sé qué gran héroe de la antigüedad quería que representase aquel domingo de Carnaval… Hacía un frío de dos mil demonios. El pobre Somas cayó enfermo y tres días después había estirado la pata.

—¡A la salud de Somas, el actor, muchachos! Era mi sobrino. ¡Y a la nuestra!

Trincaron con empeño, el vino borbotaba en el fondo de sus gaznates. “¿Dónde estoy?, pensaba el seor Idomeno, aterrado. He sido arrastrado a la cueva de un león.”

Al principio no hacía más que mojarse los labios, pero poco a poco su lengua se enardeció, sus ojos empezaron a brillar y sus mejillas a enrojecerse.

—Abre la boca, dame ese gusto, seor Idomeno, ábrela bien que quiero ver si tienes siete lenguas —le suplicaba Kollyva.

Ventusos animado, tocaba la lira briosamente. Kollyva furioso le sujetó el brazo.

—¡Más bajo, condenado! Vas a traerme complicaciones. ¿No te das cuenta? ¡Estamos en un cementerio, no en un café cantante!

—¡El momento de la separación ha llegado! ¡Bebamos! —dijo Stefanis llenando todos los vasos.

Ahora, el seor Idomeno, bebía de firme y tenía ganas de meterse en discusiones serias. Se volvió al Capetán Polyxinguis.

—Dime, Jorgito —le dijo—, ¿tú crees en la resurrección, en la inmortalidad del alma?

—Pero el Capetán Polyxinguis, con los ojos entornados, sonreía en la penumbra, y una gran alegría interior iluminaba su cara. No le oyó.

—Déjale, seor Idomeno —dijo Kollyva—. Ése está en este momento en el séptimo cielo.

—Yo voy a responderte, profesor —intervino vivamente Ven—tusos—. Para comprender esos misterios hace falta estar borracho. ¿Tú estás borracho?

—Sí, estoy borracho.

—Entonces, escucha.

Cogió la lira y la puso sobre sus rodillas.

—¿Ves esta lira? Mira bien cada una de sus partes, una por una. Las cuerdas, el cuerpo, el mango con el clavijero torcido y las clavijas para estirar y aflojar las cuerdas. Y luego, aquí está el arco con los cascabeles…

—¿Y qué más?

—Esto… es para que comprendas lo que es el cuerpo del hombre con piernas, brazos, tripas y cabeza.

Cogió el arco y empezó a tocar, primero aires salvajes y viriles, luego aires lánguidos y apasionados. De pronto se paró.

—Ésta es el alma humana, la música —dijo.

El Capetán Stefanis se acercó. Al mismo tiempo que mascaba escuchaba. Kollyva se atusaba los bigotes riendo.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres decir con todo eso?

—¿Todavía no has comprendido, seor Idomeno? ¡Y dices que estás borracho! ¡Vamos!, bebe un poco más para complacerme. Así tendrás la mente más aguda.

Llenó un vaso y obligó a Idomeno a beberlo.

—Escucha, ahora. Si rompo la lira en mil pedazos, ¿podrá seguir tocando? ¿Dónde estará la música? ¿Puede haber música sin lira?

Miraba a Idomeno, que estaba boquiabierto, a Kollyva que se moría de risa y a Stefanis que devoraba a grandes bocados un ala de pollo.

—¿Puede uno hacer música sin lira? —preguntó otra vez, orgulloso de sí mismo—. Un alma sin piernas y sin brazos, sin tripas y sin cabeza ¿puede existir? Entonces no trates de comprender. Déjalo estar.

Kollyva intervino:

—¿Y quién es el que toca la lira? —dijo—. Eso es lo que yo querría saber, Ventusos. ¿Quién tiene el arco? ¿Quién lo frota en nuestro vientre, en nuestras tripas y las hace vibrar? ¡Ahí quiero verte! Y tú, seor Idomeno, ¿qué es lo que piensas? Tú tienes siete lenguas, saca una y habla. ¿Quién es el que toca la lira?

—Dios —respondió Idomeno, con aire hosco.

—Es formidable este Ventusos —dijo el enterrador, escupiendo furiosamente hacia el exterior.

Mientras los otros hablaban del alma y de la inmortalidad, el Capetán Polyxinguis seguía en el séptimo cielo. “Esto no es posible. Es demasiado bonito, no puede durar, se decía. ¿Te das cuenta? Ella ha nacido en el otro extremo de la tierra, entre los salvajes, la han criado con leche de burra y se ha hecho hermosa como el día, todo eso para ti. Sólo para tu placer ha venido a Candía, está, echada en el sofá mullido, junto al balcón y allí ríe, grita y muerde… Emina.” El Capetán Polyxinguis sonrió en su tumba. De cuando en cuando abría los ojos e imaginaba que tenía entre sus brazos el cuerpo firme de la circasiana…

El sol estaba ya cerca de ponerse. Ya no había nada en el cesto de las provisiones. Estaban todos muy alegres e Idomeno cantaba con voz aguda, de falsete, llevando el compás con palmas, antiguas coplas populares que venían a su memoria. Había olvidado al zar y a todos los reyes, así como a sus hojas de papel cubiertas de garabatos. Cantaba.

De pronto, arriba, en el cementerio, se oyeron gritos y sollozos. Era una chiquita que venía gritando: “¡Padre! ¡Padre!”, y corría por entre las tumbas. Kollyva escuchó.

—¡Es mi hija, Lenio! —dijo levantándose. Sacó la cabeza y vió a Lenio que saltaba sobre las cruces llorando.

—¿Por qué gritas de ese modo?

—¡Padre! ¡Padre! ¡Madre está muriéndose!

—¿Qué es lo que estás diciendo, diablos? ¡Habla claro!

—¡Se ha muerto! ¡Se ha muerto! —dijo la pequeña, tirándose al suelo y arrancándose los cabellos.

Kollyva llenó un vaso hasta los bordes, se lo tragó, se limpió los bigotes y salió. Cogió su azadón, se escupió en las manos v se puso a cavar.

—Ve para allá, que ya voy yo —dijo a su hija.

VI

Desde el amanecer, los miembros de la familia del Capetán Miguel, dispersos por los cuatro pueblos: Petrokephalo, San Juan, Krussona y Pozo Rojo, estaban ya en marcha hacia Candía para asistir a la boda de Palomino, el benjamín. Iban a reunirse todos en Petrokephalo, cuna de la estirpe, donde vivía el viejo Capetán Sifakas, el abuelo centenario que tenía que conducir el rebaño a la ciudad. Unos llegaban en mulos, otros en caballos ensillados con mantas de flecos y cargados de regalos: corderitos y lechones asados, quesos, orzas de vino y de aceite, cántaros de miel, sacos de pasas, ristras de higos y de almendras.

El viejo Sifakas apareció con su hermoso traje de paño, calzado con botas negras, una larga vara horquillada en la mano y la cabeza ajustada por un pañuelo negro. Era tan alto que llenaba todo el hueco de la puerta. La barba se le extendía por todo el pecho, los ojos, hundidos en las órbitas, centelleaban bajo cejas espesas, y de las anchas mangas de su camisa salían sus enormes brazos, secos y nudosos como ramas de un viejo olivo. Echó una ojeada a su alrededor. Toda la calle estaba llena de hijos, nietos y biznietos. Se sintió contento.

—¡Sed mil veces bienvenidos, hijos míos! —gritó abriendo los brazos—. Sois como la llanura con su verdura y sus flores.

Un rumor se alzó de aquella muchedumbre, salida de él.

—¡Salud, viejo! ¡Que tu reino te dé alegría y felicidad!

Dos de sus nietos le trajeron su burra. Uno le tenía la brida y el otro el estribo. Acercaron al animal al pozo del patio para que el viejo pudiese montar más fácilmente, pero él los separó riendo.

—¿Vosotros os habéis creído que yo soy un viejo? —dijo—. No necesito que me tengan el estribo. —Luego, cogiendo a la burra por las crines, dió un salto y quedó a horcajadas sobre el animal.

—¡Alegría y buena salud, viejo!, todos te deseamos que vivas mil años —dijeron en coro.

—Mil años es demasiado, hijos míos —respondió el viejo que llevaba orgullosamente su pañuelo atado a la cabeza—. Es demasiado. Con cincuenta me basta.

Había engendrado once hijos y cuatro hijas, todos verdaderos leones. Sólo el último no valía nada. Era flaco, endeble, un verdadero escuerzo. ¿Cómo diablos había podido salir de él semejante engendro?

—¿Qué haremos con él? —se preguntaban él y su mujer—. Pastor, no le va bien. No tiene fuerzas para robar. Labrador tampoco, no tiene los riñones suficientemente sólidos para el arado. Marinero tampoco, se mareará. ¿Entonces?

—Puede ser cura —propuso la vieja que tenía debilidad por su último hijo.

—Cura o maestro. Tenemos un cura en el pueblo, pero no tenemos un maestro. Maestro le haremos.

Así pues le mandaron a Candía para que hiciese sus estudios y de este modo el hijo del Capetán Sifakas llegó a ser Palomino.

El viejo se sintió un poco aliviado. Le daba cierta vergüenza decir que aquel era su hijo. En su gran patio quedaban otras diez fieras. De ésos estaba orgulloso.

“Cuando mis hijos comen, decía, retiembla toda la casa.” “¿Es un terremoto?”, preguntan los que no son del país. “No, son los hijos del Capetán Sifakas que están comiendo.”

Pero llegó la muerte, se detuvo en el umbral y miró hacia el patio. Eran demasiado numerosos, demasiado magníficos. Ella reclamó su parte y a unos los hirió, francamente, en la guerra, y a otros, cobardemente, en su cama.

Sin embargo, le habían quedado bastantes para darle nietos. ¡Que todos tengan buena salud! El viejo Sifakas se había multiplicado por ciento y sus cien hijos debían dar mil y llenar Creta. Pero ¿cuántos serían presa de la muerte o de los trucos? ¡Bah! Siempre quedaría simiente. Podía morir tranquilo.

—¡Alabado sea Dios, hijos míos! —dijo levantando la mano—. Vamos a casar al benjamín.

Se puso a la cabeza del cortejo. A su derecha y a su izquierda, un paso más atrás, venían, casi viejos, pero todavía vigorosos, sus dos hijos mayores: Manusakas el robusto labrador de San Juan y Fanurios, el ladrón, el propietario de rebaños.

Este último era un pastor de aspecto feroz, con las rodillas sucias, que olía a queso y a chivo, y que tenía a toda la montaña bajo su dominio. Cuando la soledad le pesaba, bajaba a la llanura, a Petrokephalo, desataba a su toro, Hatzinikoli, que estaba atado a un olivo, y luchaba con él. Eso le desahogaba. No tenía miedo más que de una sola persona en el mundo: de su mujer Despina, un pedazo de carne amarillenta e inflada, con dos ojos azules. Se la podía derribar con un dedo, pero el feroz Fanurios temblaba a su vista. Cuando bajaba al pueblo para pasar unos días y hacerle un hijo a su mujer, se

esforzaba en parecer más dulce y más civilizado delante de ella. Tenía ganas de beber, pero no bebía, tenía ganas de blasfemar, pero no blasfemaba; se contenía igualmente de escupir en las paredes. En cuanto Despina se acostaba, él se asomaba a la ventana, agarraba por la nuca al primer pasajero, le metía por la ventana y le sentaba a su mesa. Allí los dos compadres se ponían a beber calladitos, para no hacer ruido. Si pasaba otro, Fanurios le atrapaba del mismo modo y, para no despertar a Despina, brindaban poniendo el dedo delante del vaso. Cuando estaban borrachos perdidos, Fanurios les agarraba otra vez por la nuca y les bajaba por la ventana. Luego iba a buscar a su mujer, que le había dado ya siete hijos.

Una nube de polvo se levantó en la carretera. El sol se oscureció. De cuando en cuando, el viejo Sifakas volvía la cabeza y echaba una ojeada a su escolta. Detrás de Manusakas y Fanurios iban otros hombres que, aunque formaban parte de la misma familia, eran muy diferentes. Iban allí los hijos casados y los nietos que todavía no lo estaban, luego venían, todavía niños, imberbes, con las mejillas cubiertas por un vello rubio o rajo, los biznietos. Al final, la tropa charlatana de las mujeres.

Les echó una ojeada rápida y volvió de nuevo la cabeza hacia Candía. No decía nada, no reía, no dirigía la palabra a sus hiios. Con el corazón colmado, satisfecho, lleno de salud, no necesitaba nada ni a nadie. Desde hacía algún tiempo, las palabras iban agotándose en su mente, si tenía alguna preocupación no podía discutirla más que con Dios.

En verdad, extraños problemas le atormentaban. Por primera vez Sifakas pensaba en la muerte. Se acercaba el día en que tendría que presentarse ante Dios y el viejo Capetán temblaba. Se imaginaba a Dios como una montaña tenebrosa, abundantemente provista de agua, y esto le daba sed; poblada de Leras y le daba miedo. Se acordaba de una noche, en plena revolución. Él estaba solo, iba acercándose al monte Malo, fuera de Candía, donde los turcos estaban atrincherados. Él avanzaba despacio, inclinado hacia adelante, con un cuchillo entre los dientes. Sorprendía algunos conciliábulos, distinguía el fuego rojo y movedizo de los cigarrillos encendidos en la sombra y el resplandor y el ruido de las armas que entrechocaban. Temblaba, pero avanzaba. Y ahora, cuanto más se acercaba a la muerte más le parecía Dios semejante a aquella montaña.

Vanguelio acababa de volver de la casa de baños y Rinio estaba peinándola con las peinetas de marfil regaladas por Idomeno. Le puso un poco de color en las mejillas para disimular su tinte amarillo y polvos en la nariz para que pareciese más pequeña. La novia, sentada ante el espejo callaba. Madamas Penélope y Krassogeorgis, ligeramente borrachas y de muy buen humor, preparaban el lecho

nupcial, lo incensaban y esparcían sobre él flores de limonero canturreando coplas adecuadas.

Abajo, en la cocina, las dos buenas amas de casa: madama Katerina y madama Chrysanti, la hermana del Capetán Polyxinguis, preparaban los entremeses y Alí Agá iba y venía con todos los platos, las bandejas y los cubiertos prestados por los vecinos.

Diamandis apareció, con el capote fanfarronamente echado hacia atrás. Saludó sin mover los labios, con aire enfurruñado y paseó sus ojos saltones, de párpados pesados, por la casa en desorden. Con los labios fruncidos, manoseaba nerviosamente la cadena de su reloj. Nada de aquello era de su gusto. Llevaban una vida tan agradable sin marido. ¿Por qué tenía que venir a ponérseles delante aquel espantajo, con sus anteojos? Empezó a subir la escalera con pasos pesados y lentos. Madama Krassogeorgis adivinó lo que estaba pensando. "Espera un poco, monada, tú vas a ver", murmuró acercándosele. Sabía que se había comprado aquel reloj sólo para lucirse, siendo incapaz de leer la hora. Sus amigos le hacían rabiar: "¿Qué hora tienes, Diamandis?', le preguntaban. Él sacaba su reloj, furioso, y se lo ponía delante de las narices. "Estáis ciegos, les decía, ¿no lo estáis viendo?" Madama Krassogeorgis se le acercó, animada por el vino que había bebido.

—¿Qué hora tienes, seor Diamandis? —le preguntó, zalamera.

—Se me ha parado el reloj, madama Erassogeorgis —respondió él hirviendo de rabia.

Al ver que estaban adornando a su hermana, se mordió los labios hasta hacerse sangre. "Preparan a la víctima", pensó y se dispuso a bajar otra vez. Pero Vanguelio había sentido sobre sí la mirada de su hermano. Se volvió y al verle se le llenaron los ojos de lágrimas.

Madama Penélope intervino.

—Están haciéndole el tocado de novia —dijo—. Los hombres no tienen derecho a venir aquí.

El lindo se arrancó un pelo del bigote y lo echó sobre la cama.

—¡Felicidad! —dijo, dando media vuelta, mohíno, y resoplando como un buey bajó la escalera.

Al caer la tarde se empezaron a oír pisadas de caballos y relinchos, y pronto se llenó la estrecha callejuela de jinetes. El viejo Sifakas y su séquito llegaba. Se abrieron las puertas de par en par y se mezclaron los olores del sudor masculino, de la carne asada y del queso, invadiendo la casa. El abuelo levantó en sus brazos a la esquelética Vanguelio y la besó. Luego todos los miembros de la nueva familia se precipitaron sobre ella, la mojaron de sudor y la asfixiaron con sus alientos que trascendían a vino y a chivo. Las barbas y los bigotes

ásperos irritaron las mejillas de la novia y casi les saltaron la sangre. Tuvo que volver a subir al cuarto para reponer los polvos y el color que le habían hecho desaparecer.

No cabían todos los invitados en la sala común. Las mujeres se refugiaron unas en la alcoba, otras en la cocina para desempaquetar los regalos. Algunos hombres salieron al patio; sus voces resonaban en toda la casa.

—No gritéis de ese modo, muchachos —dijo el Capetán Polyxinguis, que iba y venía saludando a la multitud—. No gritéis así que estamos en la ciudad y no en el campo.

—No estamos gritando, Capetán —respondió Manusatas—, estamos charlando.

Palomino e Idomeno, su cumbaros, se desembarazaron rápidamente de abrazos y saludos. Hundidos en el sofá, conversaban. Palomino enumeraba con admiración las costumbres nupciales de la antigüedad que sobrevivían todavía entre el pueblo. La raza griega era inmortal y a él lo que le llenaba de placer no era casarse, sino casarse a la manera antigua. Idomeno le contaba a su vez que había mandado una carta definitiva, realmente soberbia a la reina de Inglaterra, que estaba a todas horas esperando la respuesta y que no podía menos de ser buena. “¡Que tu matrimonio nos traiga fortuna, amigo mío!, le decía emocionado, y que Creta sea libre.”

Sombrío, el Capetan Miguel apareció en la puerta. Se descubrió, besó la mano de su padre, estrechó las de sus hermanos y sobrinos dispersos por el patio, ignoró al Capetán Polyxinguis y volvió a entrar a la casa, a sentarse en el sofá, junto al viejo Sifakas. Éste se volvió hacia su hijo:

—Está un poco flaca la novia, ¿no te parece, Miguel?

—Está a la medida del novio —contestó el Capetán Miguel.

El viejo meneó la cabeza, sonriendo apenas.

—Dios los cría y ellos se juntan…

Pero no pasaron de allí. El pope Manoli, con sus hondos bolsillos, el diácono, con sus bigotes salvajes y Murtzuflos, con su incensario de plata, llegaron. Los invitados se levantaron. La novia bajó, recién aderezada, e Idomeno se acercó, llevando al novio de la mano. Murtzuflos llenó su incensario de carbones encendidos y la salmodia comenzó. Vanguelio bajaba la cabeza. A su alrededor, aquella gente salvaje, de sólido armazón, velluda, llena de bigotes y de barbas, la miraba. Era una mujer de carne fláccida que iba a entrar en su familia, su sangre se iba a mezclar a la de ellos. ¿Resultaría o no resultaría el cruce? Casi todos eran pastores o labradores, así que conocían bien la cuestión, sabían elegir el morueco y la oveja, o el toro y la vaca que podrían dar las mejores crías como para hacer prosperar el rebaño. Las

mujeres, que se ocupaban de gallinas, de gallos y de conejos, consideraban a la pareja con inquietud. “Está demasiado delgada, la novia, no tiene pechos, jamás tendrá leche.” “No te preocupes, ya tendrá. ¿Te acuerdas el año pasado, mi cabra Mavruka? No tenía más que el hueso y la piel, ni siquiera se le veían las tetas, y sin embargo se quedó preñada en seguida, parió y, puedes creerme, daba más de un litro de cada vez.” “Pero si no tiene caderas, ¿dónde se va a meter el chico?”, decía otra, y su vecina la tranquilizaba: “No te amargues el día, ya ensanchará. Las chicas cuando se casan ensanchan.”

Las mujeres cuchicheaban, el pope Manoli salmodiaba y la ceremonia tocaba a su fin… Cuando el cumbaros hubo cambiado las coronas, las mujeres volvieron a precipitarse sobre los recién casados para desearles que llegasen a viejos y tuviesen muchos hijos. Luego se sentaron a la mesa, las quijadas empezaron a trabajar y los gaznates a hacer gluglú. Palomino no se daba cuenta de nada. Una especie de niebla envolvía su memoria y sólo le dejaba distinguir confusamente las caras y las voces: su padre que presidía desde el sofá, con un lechón asado sobre las rodillas, el Capetán Miguel a su derecha y el Capetán Polyxinguis a su izquierda. Entonces, el hermano de su mujer, Diamandis, entró sin saludar a nadie, con el gorro hundido hasta los ojos, fué derecho a la cocina y allí se puso a beber y a echar juramentos. El Capetán Polyxinguis saltó del sofá, fué a donde estaba su sobrino y pronto se oyeron gritos, disputas y vasos rotos…

El Capetán Miguel rechinó los dientes. Estuvo a punto de levantarse, pero renunció y volvió a sentarse, hirviendo de cólera. Su hija Rinio se le acercó con una bandeja y le ofreció un jarabe de guindas bien fresco. Lo bebió y se sintió mejor. Luego miró a la muchacha con ternura y su cara crispada se dulcificó un poco. Le parecía haber visto ya a aquella chica en algún sitio. ¿Quién podría ser? ¡Qué atenta estaba con él! Adivinaba todos sus deseos sin equivocarse: agua, vino, entremeses, cigarrillos, y se ingeniaba para satisfacerlos. Hizo señas a su mujer que estaba sirviendo el asado:

—¿Quién es esa muchacha tan dispuesta? —le preguntó, señalando a Rinio con los ojos—. Me parece haberla visto en algún sitio, pero no sé dónde.

Madama Katerina suspiró.

—Es tu hija… —respondió.

El Capetán Miguel bajó la cabeza y se calló.

El Capetán Polyxinguis volvió de la cocina, furioso. Todas las miradas concurrieron en él. Hizo por parecer tranquilo y logró sonreír.

—Diamandis está borracho. Os ruego que le perdonéis —dijo.

Se sentó esta vez al lado del Capetán Miguel, como queriendo ablandarle y hacerle olvidar el comportamiento del golfo de su

sobrino. Las narices del Jabalí palpitaban furiosamente. El amigo olía a almizcle. Se apartó. Pero el Capetán Polyxinguis estaba absolutamente empeñado en conquistarle. Se daba bien cuenta de que el Capetán Miguel le evitaba desde hacía algún tiempo. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho? Bebió todo lo que pudo, hasta ponerse sentimental y hacerle confidencias.

—¿Por qué me evitas, Capetán Miguel? ¿Qué es lo que te he hecho?

—Todas las verdades no son buenas para dichas, Polyxinguis …

—Pero ¿qué es lo que te he hecho? —siguió preguntándole—. Quiero saberlo.

—Hueles a turco —respondió el otro.

—¿Has adivinado algo? —dijo el Capetán Polyxinguis, enrojeciendo.

El Capetán Miguel le miró a los ojos y bruscamente sintió que el corazón se le subía a la garganta y le ahogaba. Adivinó. Agarró la silla que Rinio le había traído para estirar las piernas y la apretó tan fuerte que estuvo a punto de romperla.

—He adivinado —respondió entre dientes, y luego—: ¿No te da vergüenza? ¡Con una turca!

—Va a hacerse cristiana —le aseguró en seguida el Capetán Polyxinguis.

El Capetán Miguel saltó y retembló la casa.

—No harías mal en convertirte tú en turco. Eso nos desembarazaría de ti —murmuró dirigiéndose a la puerta para tomar aire.

Se anunciaba el alba. Los campesinos seguían comiendo y bebiendo. Los más alegres cantaban. Uno de ellos había sacado su cornamusa de la mochila y tocaba. Otros bailaban el pendozali[32] en el patio. Los recién casados, mudos, mohínos, estaban sentados en el borde del sofá y ni uno ni otro sentía ganas de subir a la alcoba, donde estaba el lecho nupcial salpicado de flores. El viejo Sifakas tenía los ojos medio cerrados. No dormía, escachaba las canciones y las risas de sus nietos y se regocijaba como un gran plátano bajo la lluvia, dichoso de sentir subir la savia por sus raíces.

Los ojos sombríos del Capetán Miguel hicieron señas a madama Katerina:

—Nos vamos.

Empezó a amanecer. El sol bañó el patio, lleno de huesos roídos, de pedazos de pan y de gigantes dormidos entre sus barbas y sus largas cabelleras. Era miércoles de Pascua, las tiendas abrían ya. Los patrones se ponían sus mandiles. La luz del día acarició los olivares y los campos, se detuvo sobre el pabellón de Nuri Bey y sonrió a las

ventanas recién pintadas. El jazmín estaba en flor, cuatro cotorras —dos verdes y dos azules con el pecho amarillo— acababan de llegar de Alejandría. Además, Nuri había ordenado a Ibrahim, el guitarrista ciego, que viniese todos los viernes a cantar y tocar para distraer a Emina Hanum. El bey no había vuelto a Candía desde hacía quince días y, como un pájaro enamorado, preparaba el nido donde a la llegada del verano, vendría a instalarse la mujer amada. Languidecía de nostalgia y le había mandado decir, la noche anterior, que no podía soportar aquella separación y que iba a ir a verla. Pero ella pretextó que estaba encinta y que no quería ver a nadie. "La casa está cerrada con cerrojo y a doble llave y sólo Hamida Mulá viene todas las tardes a prepararme los remedios que me alivian. Si me quieres, no vengas hasta que esté fuera de cuidado."

Y como si esta contrariedad —amar a su mujer y verse privado de ella más de quince días— no bastase, el pachá le había mandado decir por Suleimán, el día antes, que estaba tardando demasiado en cumplir su palabra. "El ultraje seguía sin venganza y los agás se quejaban. Lo que pienses hacer, hazlo cuanto antes."

Ahora, su padre le visitaba continuamente en sueños y no le hablaba. Se contentaba con pasar ante él descalzo, lleno de harapos, a largos pasos, sin volver la cabeza para mirarle. No acababa nunca de pasar, pasaba durante toda la noche, con la cara vuelta al otro lado.

Ocurrió que al volver de las bodas, aquella mañana, la familia maldita del asesino de su padre, desfiló ante el pabellón de Nuri. Él cerró la puerta brutalmente y, con el corazón irritado, subió a su cuarto. Oculto tras las celosías vió al abuelo centenario y detrás de él el ejército de su descendencia: hijos, nietos, biznietos y mujeres.

Al pasar ante la puerta, Manusakas detuvo su caballo, sacó su pistola de plata y tiró al aire.

—¡A tu salud, Nuri Bey! —gritó. Pero Nuri, detrás de la celosía se mordió los labios sin responder. Manusakas se volvió a los suyos:

—El perro se queja de mí porque llevé un burro a la mezquita para que hiciese la oración. Pasado mañana, en el día del bairam, si no llevo a mi marrana que no vuelvan a llamarme Manusakas.

Los invitados de la boda estallaron de risa y desaparecieron entre una nube de polvo.

Los ojos de Nuri estaban inyectados de sangre. Llenó un cubilete de vino y salió a la puerta para beberlo y aplacar su rabia. Pero no permaneció allí. Delante del pabellón la tierra había sido removida por las pezuñas de los mulos y caballos malditos. Avanzó hasta el centro de la carretera, se volvió hacia el sol, del lado por donde sus enemigos habían desaparecido y dejó caer unas cuantas gotas de vino en el suelo.

“Que mi sangre corra como ese vino, murmuró, si no hago lo que acabo de decidir en este instante.”

Se bebió de un trago todo el cubilete, echando la cabeza hacia atrás y dejando que el vino corriese por sus vestiduras. Entró, descolgó sus pistolas, las cargó y tiró dos veces. Funcionaban bien, Nuri podía estar tranquilo. Desenvainó su ancho puñal de doble filo, lo probó en su muñeca; cortaba como una navaja de afeitar. Durante todo el día vagó por el patio. Salía a la carretera, seguía las huellas de los mulos y caballos y volvía a entrar hirviendo de cólera. Llegó la noche. Nuri mató un conejo y lo hizo preparar a su gusto. Comió abundantemente. Luego fué a coger un manojo de jazmines, esparció las flores sobre su almohada y se durmió… El sueño le invadió suavemente, un sueño sin interrupción. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo, y su padre no apareció aquella noche.

A la mañana siguiente se levantó ligero, de buen humor. Se puso a silbar. Los gallos se despertaron también en el corral. Encaramados en los montones de estiércol y en los setos, con el buche hinchado, saludaban al sol. El cielo resplandecía. Las hojas de los árboles dejaban caer gotas de luz y la fuente, delante de la casa, cloqueaba como una gallina que acaba de poner. El caballo salió de la cuadra, vió la luz y se puso a relinchar, excitado, como si barruntase una yegua. Nuri Bey sintió que su corazón relinchaba y coceaba también, saludando a aquella nueva mañana.

Bajó al patio. Kartsonis, su perro, se precipitó hacia él, ladrando tiernamente, como un cachorro. Nuri fué a la cuadra y acarició el cuello, el lomo, el vientre y las patas del caballo, hasta las pezuñas. Pidió agua tibia a un sirviente para lavarle. Éste fué a llenar un cubo a la fuente y se lo trajo. Luego llenó abundantemente su pesebre. Fué de nuevo a la casa, llamó a su cocinera y le ordenó que preparase algunas provisiones y que llenase de raki una botella, pero rápido, antes que el sol estuviese a la altura de una lanza, porque tenía que partir inmediatamente.

—¿Vas a Candía, amo? —preguntó la vieja—. ¿Vas a buscar a nuestra ama?

No respondió. Subió a su cuarto, se tiñó los bigotes, se puso su mejor traje, perfumó con almizcle su pelo y sus orejas, puso sus pistolas y su puñal entre los pliegues de la faja, bajó al patio y se quedó a la puerta. Estaba resplandeciente como el sol.

Un viejo turco pasó con un saco al hombro. Era Mustafá Babá, que recogía hierbas medicinales y hacía bálsamos para las heridas. Curaba hasta la ictericia, la erisipela y la melancolía. Recorría las aldeas griegas y turcas gritando: “Médico listo, remedios buenos, vida infinita.” Según la enfermedad de que se quejasen, sacaba de su zurrón frutos de cedro, eléboro, ruda, ajenjo o mandrágora. El buen

hombre era un santo. Prodigaba sus cuidados médicos y jamás pedía nada por ellos. Vivía de pan y agua. Al ver a Nuri Bey, se detuvo asustado.

—¿Qué te pasa, Mustafá Babá, que me miras con ese aire despavorido? —dijo Nuri Bey agarrando al perro por el pescuezo para que no se tirase sobre el viejo.

Éste le hizo una reverencia.

—¡Hoy es tan grande tu belleza, Nuri Bey! —respondió lleno de admiración. Y después de una pequeña pausa—: más de lo necesario… —añadió, bajando la voz.

Nuri Bey se echó a reír.

—No te rías, Nuri Bey —dijo el viejo—. El hombre tiene ciertos límites. Es pecado traspasarlos.

—¿Es pecado ser demasiado hermoso o demasiado honrado?

—Es pecado, Nuri Bey —respondió el viejo suspirando.

—Pero ¿por qué? No lo comprendo, Mustafá Babá.

—Yo tampoco, hijo mío. Pero ésa es la ley de Dios. No lo olvides, Nuri Bey. —r—Llevándose nuevamente la mano al pecho, a los labios y a la frente—: Consérvate bien, Nuri Bey —dijo.

Dió unos cuantos pasos y se detuvo. Nuri le sonrió con los ojos entornados.

—¿Quieres algo, Mustafá Babá? Entra, te pondrán una mesa y comerás.

—No tengo hambre, Nuri Bey, perdóname… Solamente…

—¿Solamente? Habla con franqueza, Mustafá Babá.

—Querría decirte una cosa, pero te vas a reir de mí.

—Tú eres un santo hombre, no me río de ti. Habla.

—Ensúciate un poco la cara, ponte el traje de todos los días y unas botas remendadas, si las tienes, deja las pistolas de plata, no exhibas tanta belleza, Nuri Bey.

El bey se rió a carcajadas. El flaco rostro bondadoso del viejo se entristeció.

—¡Por el amor de Dios, no te rías, Nuri Bey! —murmuró y echó a andar con la espalda encorvada.

Dos jóvenes campesinas cristianas pasaron en sus burros y vieron a Nuri Bey a su puerta, riendo, con la cabeza echada hacia atrás. Se quedaron admiradas de su belleza y le echaron una rápida y ardiente mirada antes de bajar nuevamente los párpados y seguir su camino. Cuando estuvieron suficientemente lejos, una de ellas exclamó:

—¡Qué guapo estaba, el perro!

La otra suspiró.

—Tú, Pelagia, con tus cejas juntas vas a traerle desgracia.

—¡Ah, perro! Haría un bonito cadáver… —murmuró la otra y las dos se callaron.

Nuri Bey entró a su casa lleno de orgullo. Su caballo esperaba dispuesto a partir, reluciente, en medio del patio. La vieja sirvienta estaba poniendo las alforjas con las provisiones y el raki en la silla. Nuri Bey echó una mirada en torno; la casa brillaba, como nueva. Los olivos, los almendros, los granados estaban ya cubiertos de pequeños frutos, las higueras echaban anchas hojas verdes, las cuatro cotorras se besuqueaban en su jaula, bajo la madreselva. El aire estaba inmóvil.

Nuri Bey vaciló un instante. ¿A dónde iba? ¿Por qué se marchaba, abandonando todos aquellos dones de Dios? ¿Todas aquellas riquezas? Su pabellón era un paraíso, nada le faltaba. Pronto vendría su mujer, ya sin rencor, y resonaría en el patio su risa perlada… Las granadas engordarán, los higos serán dulces como la miel y las cotorras pondrán huevos del tamaño de avellanas, que tendrán dentro alitas amarillas, rosas y verdes.

Suspiró. La vieja sirvienta miró a su amo. Ella le había criado. Hora tras hora, día tras día él había crecido entre sus brazos. No se había casado, no sabía lo que era un hombre y no lo sentía. Nuri era a un tiempo su marido, su hijo único y su Dios. Nunca le preguntaba nada; todo lo que él hacía estaba bien hecho. Todo lo que mandaba era justo, para ella era una felicidad obedecerle. Él era su única alegría y aquella mañana estaba angustiada.

—¿A dónde vas, amo? —volvió a preguntarle.

Nuri Bey se volvió, asombrado:

—¿Qué te pasa, nodriza, para que me hagas esas preguntas?

Puso la punta del pie en el estribo y de un salto quedó en la silla. La vieja apoyó su mano marchita en el pecho del caballo.

—¿A dónde vas, amo? —repitió temblando.

—Cuida bien el pabellón —respondió él y picó espuelas.

—¡Que Dios te proteja, hijo mío!… —murmuró la vieja nodriza, viendo a su amo espolear al caballo y desaparecer entre el follaje de los olivos.

Tenía la garganta apretada, pero trató de tranquilizarse a sí misma.

—¡Oh!, él ha bebido el agua de la inmortalidad, no corre peligro —dijo en voz alta y echó el cerrojo a la puerta.

Inmediatamente después de Pascua, Manusakas había subido hacia sus majadas, en la vertiente del Selena. Hacía ya calor y debía empezar la esquila. Era una famosa fiesta en las montañas. Armados de sus grandes tijeras, los pastores esquilaban cabras y borregos bromeando. Habían llevado a sus mujeres que encendían fuego para calentar agua en los calderos y desengrasar la lana. Aquel día, los

hijos y los pastores de Manusakas habían enterrado un cordero con su piel y todo en un hoyo. Después de recubrirlo de una gran cantidad de ceniza caliente, se sentaron junto a la fosa a esperar que la carne se asase bajo la tierra.

Manusakas sujetaba entre las piernas la gran cabeza del morueco y le cortaba la lana grasa y apretada, vellón por vellón. A su derecha una veintena de corderos esquilados, a su izquierda, otros tantos animales todavía con su lana. Delante de él la esquila se amontonaba exhalando un fuerte olor. Manusakas, alegre, cantaba bajito. Una brisa fresca soplaba de la montaña. El año era bueno, el ganado aumentaba. Junto a la majada, en una cabaña de piedra, sus dos hijos mayores, Theodoris y Yanakos, hacían queso en grandes calderos de cobre y en la fresca lechería escurrían numerosos quesos. Gracias a Dios, abajo, en San Juan, los campos y las viñas prosperaban en aquel año fecundo. La burra acababa de parir una borriquilla.

Manusakas dejó de esquilar un momento. Paseó la mirada por su alrededor y llanura abajo. “La tierra es una verdadera coneja, murmuró. Pare, pare, eso es todo lo que hace. Los ani. males paren, los árboles paren y las mujeres también…”

—¡Eh, Christina! ¿Si me dieses un vasito de raki para reanimarme?

Su mujer, Christina, estaba atizando el fuego. Todavía vigorosa y bien hecha, había tenido que resignarse a no tener más hijos y se lo reprochaba continuamente a Dios. La fábrica no debería pararse antes de los setenta años, le aconsejaba. Todas las mujeres deberían poder desahogarse pariendo por lo menos dos docenas de hijos. Dos docenas de hijos, bueno: veinte chicos y cuatro chicas… Y el día en que llegase el primer nieto, sentir una angustia muy dulce, como una especie de sueño, hacer la señal de la cruz y morirse. Suspiró.

“Ah, Dios mío. Si yo hubiera estado en tu seno cuando creaste el mundo. Te habría hablado de ciertos misterios que sólo nosotras las mujeres conocemos…”

Oyó que su marido la llamaba.

—Voy en seguida, Manusakas —respondió—. ¿Quieres comer con ello alguna cosita? He frito el bazo del cordero.

—Tráemelo.

Y cuando se disponía a comer y a beber, admirando el mundo, se oyó el galope de un caballo a lo lejos y el ruido de las piedras que se despeñaban a su paso, por las vertientes.

“¡Diablos! ¿Quién puede llegarse a caballo hasta la montaña?”, se preguntó Manusakas y, con la boca llena, se levantó para mirar por encima de la cerca de la majada. Se puso la mano sobre los ojos, en forma de visera, pero deslumbrado por el sol no pudo distinguir más que un caballo negro que brillaba bajo la luz y hacía volar las piedras

a su alrededor.

“Palabra, yo diría que es ese perro de Nuri Bey”, murmuró yendo de un salto hasta la entrada del recinto. “Viene detrás de mí, seguramente.”

Entró en la cabaña, cogió unas alforjas que estaban colgadas en la pared, su mujer que seguía atizando el fuego no podía verle, y sacó un puñal que escondió entre su ancha faja. Luego cogió su cayado de encina verde y se apostó a la entrada del aprisco.

El jinete había pasado ya la enorme encina frondosa que se alzaba en una depresión del terreno. Llevaba un timbante blanco y sus pistolas de plata relucían al sol. Manusakas distinguía claramente la cara redonda y pálida de Nuri y sus bigotes teñidos.

“Es a mí a quien busca, volvió a decir. No tiene más que venir, el perro.”

—¡Eh, Christina! Pon la mesa que tenemos visita.

—¿Quién? —preguntó asombrada la mujer.

—Un demonio —respondió Manusakas—. Pon la mesa, te digo.

Se apartó de la entrada y avanzó hacia el jinete. Nuri le distinguió y le hizo señas con la mano. Su voz brotó sibilante y burlona.

—Buenos días, Capetán Manusakas.

—Buenos días, Capetán Nuri Bey. ¿A dónde vas por aquí?

—A la majada del Capetán Manusakas. ¿Le conoces? —dijo Nuri riendo. Sus dientes deslumbraban, su doble barbilla de carne blanca y suave temblaba.

Los ojos de Manusakas echaban chispas, pero se contenía.

—¿Quién no ha oído hablar de sus proezas? —respondió, tratando de reir, pero sólo su labio superior se levantó descubriendo sus dientes. Hace bien poco que, según parece, entró en la mezquita con un burro a la espalda para hacerle hacer la oración.

—Ya me lo ha contado un pajarito malo y he venido a ver esa espalda extraordinaria que puede cargar con un burro.

—No verás ninguna espalda, Nuri Bey, que se te quite de la cabeza. Manusakas no enseña jamás la espalda.

—Si le obligan yo creo que llegará hasta a enseñar el trasero.

Nuri Bey se echó a reír y tocó las orejas del caballo con la punta de la fusta. El animal se encabritó, furioso, y se acercó a Manusakas.

Éste no se movió. La sangre golpeaba violentamente en sus arterias. Se contuvo. Nuri Bey había venido a su casa; tenía que ser paciente. Apretó los puños sin dar un paso, pero no pudo contener su lengua:

—Ningún perro me ha mordido sin volverse rabioso, Nuri Bey —dijo con voz estrangulada—, no lo olvides.

—Yo también soy una fiera, Manusakas —respondió el turco—.

Pero yo no me alabo. Yo me callo.

—¿Entonces? —dijo Manusakas estirando el brazo—. ¿Qué es lo que vienes a hacer a mi casa? ¿Qué es lo que quieres?

Nuri Bey se mordió los bigotes sin decir nada. Manusakas le miraba, callado él también, sobre la piedra donde estaba encaramado. Pero sus corazones latían hasta romperse en sus pechos.

Al fin, el bey habló.

—Manusakas —dijo lentamente, con calma, y se veía que pesaba bien sus palabras—, Manusakas, tú nos has hecho una ofensa muy grande. Eso se paga.

—He hecho lo que tenía ganas de hacer. El Gran Cobrador no tiene más que venir a pedirme cuentas, yo pagaré.

—Aquí está.

—¿Eres tú?

—Yo. Es Turquía a quien has ofendido la que me envía, es mi padre, al que tu raza ha asesinado quien reclama venganza. Tengo que arreglar muchas cuentas con tu familia, Manusakas. Anteayer mismo, tu hermano ha entrado a caballo en el café turco y ha echado a los agás. Candía protesta y pide justicia. Yo no puedo herir al Capetán Miguel porque es mi hermano de elección. Así que será a ti a quien hiera.

Manusakas palpó a escondidas su puñal entre la faja.

—Vamos un poco más lejos —dijo—, para que no nos oiga mi mujer. Mis hijos están en la quesería.

Nuri Bey bajó de su caballo. No le parecía bien ir él a caballo y su enemigo a pie. Enrolló la brida en su brazo.

—Vamos —dijo.

Se pusieron en marcha. Detrás de ellos venía el caballo, relinchando, inquieto, y las piedras rodaban bajo sus cascos.

El sol se cernía sobre la montaña desierta. Los hijos y los pastores de Manusakas abrieron la fosa y sacaron el cordero asado, que estaba en su punto. Luego se instalaron a su alrededor, unos sentados a la turca, otros tumbados y sus mandíbulas empezaron a trabajar como ruedas de molino. La cantimplora borbotaba, pasando de una boca a la otra. Nada se movía en la montaña. Los corderos, despojados de sus lanas, reposaban bajo las encinas, huyendo del calor. A su lado los perros guardianes, echados a la sombra, miraban al rebaño esquilado, con ojos de asombro y la lengua fuera.

“Están enfermos, pensaban. Deben tener sama.”

Manusakas y Nuri Bey se detuvieron en la depresión del terreno donde estaba la encina frondosa y echaron una ojeada al área que rodeaba el enorme tronco.

“No está mal. Aquí, dijeron, hay bastante sitio.”

Nuri Bey ató a su caballo más bajo para evitarle el espectáculo.

Mientras tanto, Manusakas desembarazó la pista de piedras y de ramas secas que estorbaban. Nuri Bey aprobó:

—Has hecho bien —dijo—. Así tenemos lugar.

—Tenemos un gran lugar —repitió Manusakas—. Se puede hacer una fiesta en esta pista, si se quiere. Pero, si se quiere, también puede uno batirse a muerte. ¿Qué te parece, Capetán Nuri?

—Yo prefiero batirme a muerte —respondió el otro, tranquilo—. Sí, tenemos que batimos a muerte, Manusakas. El honor lo exige.

—Podemos hacer las dos cosas —dijo Manusakas.

—Yo prefiero que nos batamos a muerte —repitió tranquilamente Nuri.

—Como quieras!

Se apretó el cinturón, se remangó. Nuri ató fuertemente el turbante alrededor de su cabeza ensortijada, sacó las pistolas de su ancha faja y *colgó una* de una rama del árbol. *Como* conservaba la otra en la mano Manusakas le miró.

—Cuélgala también —dijo—. Me gustan muchos tus pistolas. Cuando te mate me las llevaré como recuerdo tuyo.

Nuri Bey levantó el gatillo. Manusakas estaba ante él inmóvil.

—Manusakas —dijo Nuri Bey—, ayer al pasar con tu familia por delante de mi pabellón, te detuviste, sacaste la pistola, tiraste un tiro al aire y me provocaste gritando: “A tu salud, Nuri Bey.” Está bien, Manusakas, acepto. La muerte escogerá entre nosotros dos. —Diciendo esto tiró al aire, por encima de la cabeza de Manusakas.

Levantándose sobre la punta de los pies colgó la pistola, todavía humeante, junto a la otra.

Se apostaron uno frente a otro con las piernas separadas y los pies sólidamente incrustados en —la tierra. Se miraron; no estaban todavía suficientemente excitados para batirse. Esperaron, buscando las palabras más groseras e hirientes para encolerizarse y entrar en ganas de matarse.

—¡Escupo a la cara de tu Mahoma! —dijo Manusakas lanzando un salivazo.

—¡Yo escupo a la cara del bastardo de tu Cristo! —juró Nuri.

Injuriaron a sus Dioses recíprocos, sin lograr estimularse. Entonces la emprendieron con la Virgen, con la Sunna, con el sultán y con los griegos. Pero nada les ponía suficientemente furiosos. Al fin, Manusakas dijo con soma:

—Parece ser que el Capetán Miguel te ha agarrado por la cintura y te ha echado al tejado. Me están dando ganas de hacer otro tanto.

Diciendo esto, se precipitó sobre Nuri, pero éste lo esquivó rápidamente y se le escapó. Dando un salto atrás, sacó el precioso

puñal de su vaina. Sus ojos estaban inyectados de sangre.

—¡Giaur!

—¡Perro!

Nuri se lanzó, con el puñal en alto, pero Manusakas se agachó a tiempo y Nuri estuvo a punto de perder el equilibrio. Así curvado, Manusakas acometió y dió a Nuri un cabezazo tan violento en el vientre que el otro casi se desvaneció de dolor. Pero reaccionó, reunió todas sus fuerzas y, mientras Manusakas estaba todavía encorvado le hundió el puñal en los riñones. El arma penetró profundamente rompiendo los huesos. Nuri se inclinó, la arrancó y la sangre saltó inundándole. Dió un grito triunfante y lamió glotonamente la hoja. Sus labios y sus bigotes quedaron embadurnados de sangre.

Manusakas vacilando, se apoyó en el árbol.

—¡Perro! —murmuró—, me has ganado.

—Estamos en paz —dijo el otro.

Se acercaba a él lentamente, dando traspiés, como un león. Sus narices palpitaban husmeando el olor de la carne recién cortada.

—Ven más cerca… ven más cerca… —murmuró Manusakas que sentía abandonarle sus fuerzas y no podía abalanzarse sobre el enemigo—, ven más cerca…

Nuri se regocijaba al oír aquella voz sorda y suplicante. Avanzó lentamente, blandiendo su puñal.

—Un golpe más —rugió acercándose—, un golpe más, ¡giaur!, en pleno corazón, ¡por Turquía!, a la que tú y el Capetán Miguel tu hermano, habéis ofendido.

Estaba ya muy cerca, apuntando con su arma directamente al pecho. Y bruscamente se arrojó sobre Manusakas, que una vez más logró parar el golpe. El cuchillo de Nuri Bey se clavó en el tronco de la encina y se partió en dos. Manusakas reunió todo su valor, se inclinó y le hundió el cuchillo entre las nalgas. El bey mugió como un toro, pero sobrepasando su dolor, cogió el puñal de la mano blanda de Manusakas.

—¡Por Turquía! —gritó y se lo hundió en el corazón.

Manusakas se derrumbó al pie de la encina. En un instante pasaron por su mente Christina, sus hijos, su majada y el morueco a medio esquilar. Y de pronto un velo espeso cubrió sus ojos, va no vió nada más, cayó pesadamente con la cara en un mar de sangre.

Nuri se había dejado caer a su lado. La sangre corría por entre sus piernas y formaba lagos junto a la cabeza de su víctima. Un dolor vibrante, intolerable, le atravesó el vientre. Sujetándose con las manos los testículos heridos, gemía. Miró a su alrededor. El sol había descendido, en la montaña resonaban las esquilas, se había levantado el viento.

“¡Alá! ¡Alá!, ayúdame a llegar hasta mi caballo”, suspiró Nuri tratando de levantarse.

Se agarró al tronco del árbol, descolgó sus pistolas y las guardó en su faja. Se agachó y recogió el cayado de Manusakas para apoyarse. Miró al moribundo en su estertor, sacudido de convulsiones. Quiso darle un puntapié pero el dolor se lo impidió y se contentó con escupirle.

“Había jurado hacerlo y lo hice, murmuró, pero tú también te has quedado conmigo, ¡giaur!”

Con la mano izquierda entre los muslos dió un suspiro.

“Hubieras hecho mejor hiriéndome en el corazón, infiel…”, murmuró.

Manusakas entreabrió un ojo turbio e inyectado de sangre. Sus labios estaban azules, los movió un poco como si quisiese hablar pero sin lograrlo, y, tal como estaban, entreabiertos, se inmovilizaron definitivamente.

Sosteniéndose el bajo vientre con una mano y apoyándose con la otra en el cayado, Nuri se arrastró aullando de dolor hasta la encina donde estalla atado su caballo. El bravo animal oyó los gemidos de su amo, se volvió y al verle sacudió la cabeza; el blanco de sus ojos asombrados centelleaba.

“¡Ah, con tal que pueda subir!”, pensó el bey. “Mustafá Babá conoce bien la botánica y me curará.”

La sangre dejaba una huella roja detrás de él. La tarde había ya casi caído cuando llegó a su caballo. Se echó sobre él casi sin conocimiento. El animal alargó el cuello y olfateó la nuca, los cabellos y la espalda de su amo. Luego, como si comprendiese, levantó la cabeza y dió un largo relincho, como pidiendo socorro.

Nuri trató de levantar el pie para alcanzar el estribo, pero el dolor era tal que estuvo a punto de desvanecerse. Se derrumbaba y se agarró a las patas del caballo. Éste volvió la cabeza, le miró y comprendió. Dobló las patas y se arrodilló sobre las piedras, esperando. Nuri se echó sobre el vientre en la silla. Agarrándose a las crines pudo sentarse. Apretaba los dientes para no gritar. Su bajo vientre era una enorme herida. Como no podía separar las piernas, montó a mujeriegas.

“Anda, amigo mío, vámonos, murmuró. Ve despacito…” Y acariciaba el cuello del querido animal.

Lentamente, mirando al suelo para no tropezar, evitando las rodadas y las piedras, el caballo fué bajando la montaña en el crepúsculo.

El sol desaparecía poco a poco detrás de las cimas, rojo, ensangrentado. Algunas mujeres subían con sus maridos y Nuri pasaba

ante ellas con la cabeza alta y los dientes apretados. Pero la sangre caía en gruesas gotas de la silla y del vientre del animal, marcando así el camino del bey sobre las piedras.

Hacía una temperatura muy suave. El calor había bajado y la tierra empezaba a refrescarse. Dos o tres grandes estrellas aparecieron suspendidas en el cielo. En una casita al pie de la montaña, se encendió una luz y se dejó oír una canción muy dulce —una madre meciendo a su pequeño—. Nuri iba con los ojos cerrados, no veía nada, solamente oía, tan violento como el sonido de una campana, el ruido de millones de animalillos que la frescura de la tarde despertaba en la hierba. Iba fuertemente agarrado a las crines del caballo y se dejaba llevar. ¿A dónde iba? El animal sabía y Nuri tenía confianza en él.

El caballo se detuvo a la puerta del pabellón. Nuri abrió los ojos y dió un grito. Losi sirvientes acudieron y le cogieron en sus brazos. La vieja nodriza preparó el diván del piso bajo y allí le acostaron. Las sábanas y el colchón se llenaron de sangre. Nuri hizo un gesto con la mano.

"¡Mustafá Babá! Mustafá Babá…", murmuró y se dejó caer en los cojines.

Era ya completamente de noche cuando Mustafá Babá, sin aliento por haber corrido, llegó al pabellón con su zurrón lleno de hierbas y de bálsamos. Los sirvientes trajeron lámparas y bujías. Él se inclinó, miró y meneó la cabeza.

Nuri había perdido el conocimiento. El viejo le hizo respirar esencia de rosas y le friccionó las sienes. Nuri abrió los ojos.

—¿Curaré? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Curaré?

—Estás entre las manos de Alá —respondió Mustafá Babá—. Él te curará.

—¿Nadie más que él? —preguntó Nuri aterrado—. ¿Los hombres no pueden curarme? ¿Tú no puedes, Mustafá Babá?

—La herida es grave, Nuri Bey, y mal situada.

—Eso es lo que me angustia —suspiró Nuri Bey—. ¡Maldito sea el momento en que la recibí!

—¡No jures! —dijo el viejo—. Alá ha dirigido el puñal como ha querido.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —gemía el bey con acento de reproche y miraba al viejo, angustiado.

Pero éste no respondió. Él sabía por qué. Lo había presentido aquella misma mañana cuando vió al bey brillando como un sol en el umbral de su puerta.

—¡Calla! —dijo—, ¡calla! No preguntes nada si quieres curarte.

Trajeron raki. El viejo lavó la herida, la vendó y la sangre dejó de

correr. Luego sacó de su zurrón un puñado de hierbas y dijo a la nodriza que hiciese una tisana para que el herido pudiese dormir.

Hizo salir a los sirvientes, abrió de nuevo su zurrón y sacó algunos frasquitos y cajas de pomada mientras la vieja le miraba llorando.

—Mustafá Babá, ¿está muy mal herido el amo? ¿Podrá curar?

—Tal vez, tal vez…' —murmuró el viejo—. Pero ¿de qué le servirá la vida?

—¿De qué le servirá la vida? ¿Por qué dices eso, Mustafá Babá?

El viejo miró a su alrededor.

—¡Ya no será un hombre! —dijo muy bajo.

La vieja dió un grito y se cubrió la cara con las manos.

Al día siguiente, mientras el sol se ponía poco a poco, el Capetán Miguel estaba a la puerta de su almacén, mirando hacia el puerto donde, como todos los días, estaban descargando los caiques. El mar hervía todo rojo. ELI Capetán Miguel miraba, pero no veía nada. Había adelgazado mucho en aquellos días y su boca estaba muda y amarga. Los turcos le echaban miradas malintencionadas, al pasar, y la mayor parte de sus amigos cristianos cambiaban de acera para no hablarle. Sentían que estaba envuelto por una fuerza misteriosa y no se atrevían a acercársele, como si se tratase de un muerto o de un demonio.

El Capetán Miguel sacó su tabaquera. Ya no le quedaba más que aquellos condenados cigarrillos, puesto que ni el vino ni las carreras de su yegua lograban aliviarle. Encendió uno, aspiró un par de veces y escupió. ELI humo le hacía sentir más amarga la boca. Tiró el cigarrillo y lo pisó. “Vete al diablo tú también”, murmuró. Se disponía a entrar en su almacén y a sentarse en la penumbra a esperar la hora de marcharse, cuando Theodoris, el hijo de Manusakas llegó corriendo, cubierto de polvo y de sudor, sin aliento. Se detuvo ante su tío, con la boca abierta, incapaz de hablar, con la respiración entrecortada.

ELI Capetán Miguel le cogió por el brazo y le sacudió.

—¡Habla! —le dijo inclinado sobre él. En seguida pensó en su hermano Manusakas.

—¡Tío!… ¡Han matado a mi padre!

—¿Quién?

—¡Nuri!

ELI Capetán Miguel soltó el brazo de su sobrino, se metió un dedo entre los dientes y lo mordió. La sangre caliente y salada corrió por sus labios.

—¿Cuándo? ¿Dónde? Toma alientos.

Theodoris se dominó y contó llorando y jurando cómo habían encontrado a su padre, aquel día, con la cara en tierra, en un charco

de sangre, junto a la encina verde. Había recibido dos puñaladas, una en los riñones y otra en el corazón. Dos mujeres que subían la montaña la tarde anterior, al crepúsculo, madama Hatzigeorgis y su nuera, habían encontrado a Nuri sentado a mujeriegas en la silla de su caballo, pálido, extenuado, y por todo el camino, detrás de él, había un reguero de sangre sobre las piedras.

Durante largo rato el Capetán Miguel permaneció inmóvil y silencioso. Con los ojos clavados en el suelo, escuchaba a su sobrino, que al fin se calló. Veía la encina frondosa en el hueco del terreno y un cuerpo gigantesco al pie, en un charco de sangre. Lleno de esta visión levantó la cabeza.

—¡Cállate! —dijo cogiendo a su sobrino por el hombro—. No eres una mujer para llorarle de ese modo. Las puertas de la ciudad no están cerradas todavía, tienes tiempo de salir y volver al pueblo. Diles que esperen, que no le entierren, yo voy para allá.

Cuando el Capetán Miguel se quedó solo, entró en el almacén y mandó afuera a Charitos. No quería que nadie le viese. Cogió la silla donde estaba sentado y la rompió en mil pedazos. Luego se dejó caer sobre un rollo de maromas y hundió la cabeza entre las manos. El almacén desapareció, Candía se desvaneció y una encina se alzó en su corazón, negra, brillante, erizada de espinas. Al pie del árbol estaba su hermano Manusakas. No estaba muerto. En vez de sangre era vino lo que corría a lo largo de su cuerpo y cantaba acompañándose con palmas, una canción patriótica.

Sacudió la cabeza, se levantó, y tomó una decisión rápida. Cerró su tienda, se guardó la llave en la faja y, para evitar encuentros, se aventuró por las callejuelas estrechas. Cruzó el barrio griego y llegó al turco. Las Tres Gracias no estaban todavía en sus puestos. Se detuvo ante la puerta verde. Su mirada de halcón escaló los grandes muros ciegos, se detuvo en el pequeño balcón de celosías… pero rápidamente se volvió con irritación y asco, como si hubiese cometido un pecado. ¿Qué le importaban, aquella noche, las mujeres y los balcones con celosías? Su espíritu entero era un halcón que se agarraba a los cabellos de Nuri, hundiéndole las garras en los ojos y en el cerebro.

Una extraña e inhumana alegría le transportó. Su espíritu, súbitamente liberado, se elevó hasta la imagen de otro cuerpo, un cuerpo de hombre, esta vez, que no suspiraba ni olía a almizcle, sino a sudor masculino. El Capetán Miguel volvió a echar a andar. Entró en su casa con los ojos ardiendo de fiebre.

“¡Manusakas, hermano mío!… ¡Manusakas, hermano mío!…”, murmuraba.

Cayó la noche, las estrellas aparecieron en el cielo y un poco en segundo lugar, una pobre luna medio roída se dejó ver. Las puertas de

las casas de San Juan estaban cerradas. Las luces se iban apagando una a una y la aldea iba desapareciendo en la sombra. Sólo en la, casa de Manusakas había luz y la puerta estaba entreabierta. En medio de la sala, el cuerpo del dueño de la casa, lavado con vino y envuelto en su sudario, estaba acostado en una alta tarima. Sobre los labios tenía una cruz de cera y entre las manos juntas una imagen de Cristo. Dos grandes cirios ardían uno a los pies y otro a la cabecera del muerto. Los ojos de Manusakas, vidriosos, habían quedado enteramente abiertos. Nadie los había cerrado cuando todavía estaban calientes. Desde por la mañana los parientes y amigos habían desfilado; desde por la mañana las campanas sonaban tristemente, anunciando el cruel asesinato y los cristianos de todas las aldeas próximas venían a decir adiós y a dar el último beso a Manusakas.

Su mujer, Christina, derrumbada sobre el cadáver, sollozaba golpeándose el pecho. Las vecinas acudían: viudas, madres que la muerte había puesto a prueba muchas veces, y a la vista de este dolor ajeno se renovaba su dolor. Todas destrenzaron sus cabellos y se pusieron a llorar con la viuda. El viejo padre, el Capetán Sifakas, armado como si fuese a la guerra, bajó del poblado con sus pistolas antiguas, su puñal de mango blanco y el trabuco de largo cañón que había pertenecido a su padre. Se detuvo en el umbral, inmóvil, vió a su hijo tendido, se acercó y cogió sus dos manos entre las suyas.

—¡Está bien, Manusakas! —dijo—, pero te has apresurado un poco. Me tocaba a mí el tumo. ¡Ve tranquilo y buen viaje!, saluda al otro mundo de mi parte. Dile que yo llegaré pronto.

Luego, se quedó largo rato sentado en el umbral, sobre la misma tierra, mirando a su hijo. Al fin se levantó y se volvió a su aldea, mudo, con los ojos secos.

Las lamentaciones se aplacaron poco a poco. El cansancio ablandaba y consolaba los corazones. Cuando la hora de la comida se iba acercando, uno por uno, los amigos y los parientes desaparecieron y se fueron a sus casas para comer y dormir. Ellos estaban bien vivos y al día siguiente tenían que ir a trabajar. El dolor de los otros es, al fin, siempre un poco ajeno, hasta puede causar una secreta alegría el hecho de que la desgracia haya herido al vecino y no a nosotros. Así pues, sólo quedaron en la casa de Manusakas sus tres amigos más fieles: su hermano Fanurios, en primer lugar, luego Stratis, un mocetón de treinta y cinco años, de cuerpo esbelto, de frente ancha y barba espesa y rizada. Era un gran amigo, natural de Kisamo, había ido cinco años atrás a la feria de Krustalenia donde el destino le había tendido un lazo. El destino era una muchacha de San Juan que bailaba. Le gustó y se casaron en seguida. Manusakas les había coronado en la iglesia. Nueve meses más tarde había nacido el primer hijo y también había sido Manusakas quien le había bautizado, así que

habían llegado a ser parientes. El tercero era Patasmos el tocador de lira, un simple, un iluminado, un hijo de viejos. Su padre había dado nueve hijos a su mujer, y como no le quedaban ya muchas fuerzas para el último, éste no era enteramente normal. Sin embargo, su mente no carecía de vivacidad. Producto de un día de cólera de Dios, no tenía igual para improvisar coplas y rondas ere— tenses en las fiestas de los pueblos. En menos de nada encontraba la rima justa. Conocía los defectos y los deseos secretos de cada uno; hombres y mujeres se morían de miedo cuando, presidiendo la ronda, con la lira sobre las rodillas, empezaba a mirarles con sus ojos penetrantes antes de atacar la canción. Soltero? sin ningún género de cuidados, era el primero en llegar a las fiestas, a las bodas, a los bautizos, y era el que más aprovechaba. Todos se disputaban por atraerle y alojarle en su casa, para ablandarle e inducirle a que no se burlase de ellos. Le llamaban Patasmos, Belcebú y también Capetán Pata de Cabra.

Había venido el día anterior para el bautizo del tercer hijo de Stratis, pero se había encontrado con la Muerte en el camino. Manusakas era su mejor amigo. Juntos podían vaciar toneles de vino y devorar rebaños de corderos. Le quería y nunca le había hecho ningún daño. Dos días antes había puesto en verso la historia del burro en la mezquita, describiendo cómo el animal se había arrodillado y había empezado a rezar prosternándose, y cómo todos los burros del pueblo, maravillados por tal milagro, se habían precipitado a casa del imán para convertirse a la religión de Mahoma… Había acomodado la realidad a su gusto y venía dispuesto a cantar su nueva creación en San Juan, en el bautizo, donde sabía que iba a encontrar a Manusakas que se pondría muy contento al oirle. Y ahora…

Se inclinó, miró al muerto y dió un suspiro:

“Esto es lo que somos, murmuró. Una pompa que crece, crece y de pronto estalla. Estalla uno y se va al diablo. Quiero decir al cielo… ”, corrigió en seguida, avergonzado de lo que acababa de decir delante del cuerpo de su amigo, todavía caliente.

Stratis se calló y bajó la cabeza. Se quedó un rato agitando el pañuelo para espantar las moscas de las narices y los labios de Manusakas. Fanurios se levantó, cogió a Christina por los brazos y la hizo ponerse de pie. Una a una fué levantando a las otras mujeres.

—¡Vamos, ya basta! Id a descansar, pobres mujeres. Nosotros tres nos quedaremos a velarle.

Las mujeres volvieron a gemir y quisieron quedarse allí a toda costa, pero el pastor, con su pataza las juntó a todas y las llevó a encerrar en otra habitación. Luego vino y se sentó a los pies del muerto.

Durante largo rato los tres íntimos de Manusakas guardaron silencio, con los ojos fijos en sus despojos. Pero cada uno pensaba en

otra cosa. Stratis en su mujer y en el mulo que acababa de comprar, que era muy esquivo, daba coces y había el peligro de que matase cualquier día a uno de los chicos. Patasmos meditaba una nueva canción, muy triste. Combinando verdades y mentiras, contaría cómo Manusakas había luchado solo contra siete turcos, en una pista de bronce, cómo había matado a seis y cómo el séptimo, un negro, le había hundido el puñal en el corazón. Fanurios tenía hambre, y pensaba en la salchicha de cerdo colgada de una viga en la bodega de su hermano y en la damajuana que estaba en un rincón. El pan candeal, que Christina había hecho el día antes, perfumaba todo el ambiente todavía desde la plancha del homo… A Fanurios la boca se le hacía agua y, con los ojos fijos en el cuerpo de su hermano, buscaba un rodeo para terminar hablando de salchichas y de raki.

Se oyó dar las doce. Se levantó un viento leve que agitó las hojas del limonero en el patio. Las frentes de los tres hombres en vela apreciaron su frescura. En el silencio se oyó el ulular de la lechuza que anidaba en el sobrado de la casa y los aullidos de los perros de la vecindad que barruntaban la muerte.

Fanurios sentía un gran vacío en el estómago: tenía hambre. Como no encontraba el rodeo para hablar de salchichas, soltó, de manos a boca:

—¿Qué os parece, muchachos?, he visto unas salchichas colgadas en la bodega y una damajuana de raki. ¿Bebemos un trago por la salvación de su alma?

—¿Por qué no? —dijo Patasmos frotándose el vientre, que empezaba ya a hacerle borborigmos—. Sólo los muertos no beben. ¡Ve, Fanurios y que Dios te bendiga!, ve a la bodega. ¿Qué piensas tú, Stratis?

—¡Es vergonzoso! —dijo éste—. Aquí, delante del muerto…

—Beberemos de prisa. Tenemos que tener fuerzas para velarle hasta el amanecer. Es por su bien, por lo que beberemos… ¡Ve, querido Fanurios!, ve a la bodega…

Fanurios había ya cogido el cirio que ardía a los pies del muerto y se había precipitado a la bodega. Vino cargado con un rosario de salchichas, con la damajuana de raki y con tres vasos, por cuyas asas había pasado su cinturón de cuero.

Patasmos se remangó, cortó como dos varas de salchichas, salió al patio, encendió fuego y empezó a asarlas. Un olor delicioso se difundió en el aire.

—Por el amor de Dios, cierra las puertas, Fanurios. Que las mujeres no lo sospechen —dijo Patasmos, trayendo el oloroso alimento sobre unas hojas de limonero.

Entre tanto, Fanurios había llenado los vasos hasta el borde y

Stratis había traído una hogaza de pan de la alacena.

Levantando los vasos, brindaron, dedo contra dedo para no hacer ruido.

—¡A la salud de su alma!… —dijo Stratis.

—¡Y a la nuestra, muchachos! —dijo Patasmos.

—Vaciad los vasos de un solo trago —dijo Fanurios—. La damajuana está casi llena, gracias a Dios. ¡Manusakas, hermano mío, buen viaje!

Bebieron y liquidaron las salchichas. Fanurios abrió su cuchillo de pastor y repartió el pan.

Su apetito se reavivó. Asaron el resto de las salchichas y Fanurios fue a buscar un queso a la bodega. Con la damajuana sobre sus rodillas llenaba los vasos.

—Bebamos a la salud de la viuda —propuso Patasmos—. Tengo mucha lástima de ella. Voy a componerle una ronda.

—¡A su salud!

Bebieron.

—¡Y a la salud del Capetán Miguel! —dijo Stratis—. Él será quien vengue a su hermano.

—¡Vamos, muchachos, bebamos a la salud de todas las gentes que conocemos! ¡De los vivos y de los muertos!

Fueron bebiendo a la salud de cada uno de sus amigos, parientes y vecinos. Luego la emprendieron con los grandes héroes de Creta: Korakas, Hatzimihalis, Kriaris, Daskaloyanis… Luego se bebieron tres vasos llenos a la salud de Arcadi. Luego les llegó el turno a los de 1821. Colocotronis, Karaiskakis, Miaulis, Odysseas Andrutsos… La damajuana estaba casi vacía.

—Bebamos también a la salud de la Grecia Antigua —propuso Patasmos que tenía rudimentos de instrucción.

—¿Te parece? —dijo Fanurios.

—Bueno, entonces, cantemos…

—¡Por el amor de Dios! —se opuso Stratis—. ¡Es una vergüenza!

—Canturreando bajito, no nos oirá nadie. Fíjate. —Y se puso a cantar, tocando un instrumento imaginario:— “Tú lo olvidaste todo, pero de aquel amanecer te tienes que acordar.”

Y los otros dos corearon el final del verso:

“Pero de aquel amanecer te tienes que acordar.”

“Yo te besaba y tú decías: es ya de noche, hay que dormir.”

—¿Son ésas las coplas que has compuesto para la viuda? ¿No tienes temor de Dios? —dijo Stratis, tapándole la boca con la mano—. ¿No sabes ningún canto religioso, por lo menos?

—¿Quieres troparion[33]? Con mucho gusto.

Y volviéndose hacia el muerto, se santiguó y empezó:

—“El momento de la separación final ha llegado…”

No había terminado de cantar cuando ya los otros dos empezaron las lamentaciones, arrojándose sobre el cadáver, cubriéndole de besos y llorando.

—¡Hermano mío!… ¡Hermano mío!… —gemía Fanurios, echado encima del muerto.

En toda la casa retumbaban sus sollozos. Se entreabrió una puerta y una mujer asomó la cabeza envuelta en un pañuelo. Patasmos irritado, la echó con un gesto.

Después de haber llorado a su gusto se quedaron de pie ante el muerto, mirándole. Los gritos les habían hecho mucho bien. Se sentían con nuevas fuerzas, gracias al raki, a las salchichas y a los lamentos. Fanurios se escupió en las manos.

—Decid, muchachos —dijo señalando al muerto—, ¿le saltamos?

—¿Por qué no? —exclamaron Stratis y Patasmos como un solo hombre.

Se levantaron la parte bombacha de sus calzones y la sujetaron con el cinturón para que no les estorbase el movimiento; alzaron la tarima en que estaba el difunto y la transportaron junto a la puerta del patio para tener más espacio.

—¡Yo salto el primero! —dijo Fanurios—. Yo soy su hermano.

Fué hasta la puerta de entrada, tomó carrera y saltó. Saltó con tanta fuerza que pegó con la cabeza en el dintel de la puerta; pero no se dió cuenta y quedó de pie en medio de la sala.

—¡Le he saltado! —dijo con orgullo—. Ahora tú, Stratis.

Stratis tomó impulso haciendo contorsiones y su cuerpo delgado salvó el obstáculo ligeramente, sin tocarlo, cayendo flexible sobre la punta de sus pies.

—Ahora tú, Patasmos —dijo.

Pero Patasmos perdió el valor mirando la tarima. ¡De dónde han sacado unos caballetes tan altos!

—¡No!, yo no salto —dijo temblando.

—¿No te da vergüenza, Capetán Patasmos? —dijo Fanurios con dureza—. ¿Eres cretense o no lo eres? ¡Salta!

—¡Te digo que no salto! Yo soy tocador de lira.

—¿No respetas al muerto, miserable? Es una verdadera ofensa. ¿Ésa es tu amistad por Manusakas? ¡Vamos, salta aunque te estrelles!

Patasmos se rascó la calva, recordó el gran afecto que tenía a Manusakas y se sintió comprometido.

—¡Bueno, salto! —Y se puso a hacer ¡hop! ¡hop!, para darse valor.

Tomó impulso y se lanzó hacia el muerto, pero al ir a saltar, el

obstáculo le pareció tan alto como el techo, sus piernas flaquearon y chocó con la tarima. El féretro se volcó, el cuerpo cayó al suelo y Patasmos sobre él.

—¡Nos has deshonrado! —dijo Fanurios—. ¡Vete de aquí! ¡Qué te zurzan! —Y de un puntapié lo echó al patio.

—¡Ven!, Stratis, ayúdame.

Levantaron el cuerpo, lo envolvieron en su sudario, le pusieron en el féretro y le colocaron la imagen de Cristo entre las manos.

—No tiene importancia, hermano, tú no te has hecho daño puesto que estás muerto. —Luego se sentaron junto a él y se pusieron a mirarle. Y así, mirándole, se les fueron cerrando los ojos, se les fué cayendo la cabeza sobre el pecho y se quedaron dormidos.

Al día siguiente, antes del mediodía, el Capetán Miguel echó pie a tierra en el patio de Manusakas. Llevaba una camisa negra, un pañuelo negro atado a la cabeza y botas igualmente negras. Rechazando a las mujeres que se abalanzaron a él sollozando, entró, se inclinó y besó al muerto. Luego permaneció un rato mirándole. Las vecinas habían traído brazadas de albahaca, de mejorana, de menta peperina y de margaritas amarillas cogidas en los campos y habían cubierto el cuerpo.

El Capetán Miguel miró a su hermano en silencio y el muerto con sus ojos abiertos miraba al Capetán Miguel. Christina, sus hijos, sus hijas, Fanurios, Stratis, Patasmos y los vecinos formaban cerco alrededor del féretro y miraban a los dos hermanos que parecían conversar sin abrir la boca.

Como colmado de dolor, después de aquel diálogo secreto, el Capetán Miguel pasó por la cocina, salió al corral y fué a acariciar a la yegua y a los bueyes de su hermano en el establo. Luego subió a la alcoba, miró el ancho lecho, los utensilios, las imágenes santas, echó una ojeada por la ventana sobre las casitas de la aldea, la pequeña iglesia en el centro de San Juan y más lejos, al pie de la montaña, el gran poblado donde vivía su padre. El Capetán Miguel reunía en su mente todo lo que había sido su hermano y lo hacía revivir en él. Miraba, tocaba y saludaba a las cosas que le habían pertenecido murmurando:

“Ten confianza, Manusakas… Ten confianza…”

Llegó el pope. Levantaron el féretro. Las mujeres se agarraban a él y no querían dejarle salir. Christina se derrumbó, sin conocimiento. Mientras procuraban reanimarla, rociándola con agua de azahar, el cortejo pasó el umbral y tomó el camino del cementerio, que verdeaba a la salida del pueblo.

Algunos hombres armados y mujeres con pañuelos negros a la

cabeza, habían venido de Petrokephalo y de las aldeas cercanas, a rendir el último homenaje al pilar abatido de San Juan. El día del entierro ningún turco se dejó ver por los alrededores. Las mujeres se lamentaban y hacían el elogio de la víctima incansablemente. El viejo Sifakas, apoyado en su cayado, iba el primero, detrás de la cabeza de su hijo, con los ojos secos. La muerte no tenía secretos para él. Sabía que es inútil rebajarse a implorarla y que el hombre no saca nada con hacerlo. La muerte no es más que un simple empleado, un lacayo del sultán del cielo enviado para recibir la capitación. Así, seguía el féretro, sin lágrimas, pegando en las piedras con su bastón. Ante la tumba abierta se detuvo.

El pope murmuró con la mayor rapidez posible las últimas palabras del oficio de difuntos, luego, con el brazo extendido, bendijo el féretro como si ordenase al cuerpo que se disolviera, que volviese al lugar de donde había venido y se convirtiese en tierra y en agua.

Recogió un puñado de tierra y se la echó. Bajaron el féretro a la fosa. Todos se agacharon, cogieron puñados de tierra y la echaron en la sepultura, como si despidiesen al muerto a pedradas.

El Capetán Miguel dió un paso y se detuvo al borde de la tumba:

—¡Ve en paz, hermano Manusakas! —dijo con voz tranquila y los ojos ardiendo por no poder llorar—. Vete en paz y oye bien lo que voy a decirte: No te tomes el trabajo de venir a lamentarte en mis sueños para avivar mi cólera. Yo conozco mi deber, no tengas cuidado. —Reflexionó un instante, pero no encontró más que decir y repitió—: Yo conozco mi deber, no tengas cuidado. ¡Pero ten paciencia!

De pronto, su corazón henchido gimió:

—¡Adiós, Manusakas!

Dejó el cementerio antes que terminase la ceremonia y volvió a la casa del muerto. Al ir a montar sobre su yegua, el hijo mayor, Theodoris, llegó corriendo.

—Estoy a tu disposición, tío —dijo cogiendo la brida de la yegua.

El Capetán Miguel se inclinó y le miró.

—Quiero decir, para vengar a mi padre —aclaró el muchacho.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Entonces, ocúpate de tus asuntos.

El Capetán Miguel espoleó a su yegua y se lanzó por el camino hacia Candía.

VII

Abril transcurrió entre la pasión de Cristo, las alegrías y los terrores de los hombres. El cortejo soleado de mayo: legumbres y cerezas, espigas maduras y uvas tempranas, brillantes, hizo su aparición.

Empezaron los grandes calores. Turcos y cristianos sudaban y se abanicaban sin cesar. Nuri gemía todavía en su cama, Manusakas tendido en el corazón del Capetán Miguel le llenaba por entero y Candía inquieta, gruñía sordamente. Los notables cristianos se reunían en casa del metropolitano para decidir sobre el porvenir de los griegos. Los beys y los hodjas acudían sucesivamente a la residencia del pachá para discutir el modo en que podrían devorar a los cristianos. Creta estaba al borde del abismo.

El veintinueve de mayo las campanas empezaron, a sonar tristemente. Los cristianos saltaron de sus camas; no ignoraban lo que representaba aquel día para la Cristiandad. En medio de la iglesia había una gran bandeja llena de kollyva. A derecha y a izquierda dos grandes cirios adornados con crespones negros. Sobre el azúcar en polvo que recubría el kollyva estaba escrito el nombre del muerto con letras de canela y almendras: CONSTANTINO PALEÓLOGO[34].

Los cristianos permanecían alrededor de la bandeja de kollyva, oyendo el oficio de difuntos. Todo lo mejor de Candía había acudido a la quejumbrosa llamada matinal de las campanas: los tres notables: el Capetán Elias, Hatzisavas y “Escarabajo de oro”. Con ellos, el Capetán Polyxinguis, seor Harilaos el enano, Idomeno el ratón de biblioteca, el comandante Stephanis, Kasapakis el doctor y seor Aristotelis, el boticario. Detrás de ellos las pequeñeces: Dimitri Pitsokolos, Krassogeorgis, Mastrapas, Kayambis, Ventusos, Mistigri, Bertoldo y seor Paraskevas el peluquero. Más atrás la muchedumbre de los candiotas.

El Capetán Miguel también fué, pero no entró en la iglesia. Se quedó en el nártex[35] con su camisa negra, el corazón de luto y la mirada sombría. Desde el día en que habían enterrado a su hermano, no pronunciaba palabra. Le hervía la sangre, meditaba mil rodeos, mil trampas para atrapar a aquel perro de Nuri y vengar a Manusakas muerto injustamente. Ya no le consideraba como hermano de elección.

La sangre se había convertido en agua, el lazo rojo que les unía había sido cortado. Acababa de saber que Nuri estaba gravemente herido y que seguía luchando con la muerte en su pabellón. Envió a Alí Agá para espiar, sonsacar a los sirvientes y saber algo más. ¿Estaba en cama? ¿Su herida era verdaderamente grave? El mismo día, Alí Agá volvió con la lengua fuera, trayendo noticias.

—Es verdad, Capetán, está gravemente herido, el desgraciado.

—Pero ¿dónde? ¿No lo sabes?

—En los testículos, Capetán. Parece ser que tu hermano tuvo tiempo de hundirle el puñal entre las piernas. Mustafá le ha puesto bálsamo y vendajes, pero sufre mucho todavía y se pasa los días y las noches quejándose. Yo mismo le he oído desde la puerta, Capetán.

El Capetán Miguel se sintió contrariado. Mientras Nuri estuviese enfermo no podía tocarle. Había que esperar su curación. ¿Hasta cuándo? El Capetán Miguel tenía prisa.

Todas las noches pensaba en ello y aquella misma mañana, al amanecer, se había levantado al oír las campanas. “Vamos a la iglesia, se dijo. Tengo entendido que Palomino va a pronunciar un discurso. Nos pondrá una vez más en ridículo.”

Se vistió muy agitado y tomó el camino de la iglesia. Como no quería ver ni saludar a nadie se bajó los pliegues del pañuelo sobre los ojos. “¿Ese maestrillo cara de vinagre, puede saber lo que fué el sitio de Constantinopla? ¿El significado que tienen las palabras valor y degüello?”

Apoyado en la ventana del nártex veía la gran bandeja de kollyva dentro de la iglesia, la gente a su alrededor y el metropolitano enteramente vestido de negro, con el sombrero envuelto en un largo velo de crespón. La iglesia era una tumba abovedada, iluminada y bordoneante de lamentaciones del pueblo, que un gran cuerpo tendido ocupaba enteramente.

Las lamentaciones cesaron de pronto, el metropolitano se volvió hacia Palomino y le hizo una seña. El Capetán Miguel se secó la frente, súbitamente cubierta de sudor, y abrió bien los ojos. Vió que su hermano subía al estrado, junto al trono del metropolitano y sacaba unas hojas de papel del bolsillo de su chaqueta. El corazón del Capetán Miguel se oprimió, pero esperó. El maestro tomó la palabra. Al principio balbuceaba, tosía, temblaba y no se le entendía nada. Luego, poco a poco, su voz entró en calor y se amplió, las torres de Constantinopla se alzaron, las campanas de Santa Sofía resonaron suplicantes y enfurecidas. Luego fuá el asalto fatal… Los fosos desbordando de sangre: un ternero habría podido nadar en ellos. Y el emperador Constantino apareció sobre el plato de kollyva, ensangrentado, entre nubes de incienso.

El Capetán Miguel se secó los ojos que se habían empañado inesperadamente. Miró a su hermano. ¿De dónde habría sacado aquel ardor Palomino? ¿Cómo podía ser que aquellos anteojos, aquellos pantalones estrechos, aquella espalda encorvada encerrasen tanta alma? Y cuando Palomino se volvió hacia la imagen de la Virgen y le tendió las manos gritando: “No llores, Virgen santa, no llores que algún día volveremos a tomar Constantinopla”, el metropolitano abrió los brazos, Palomino se arrojó en ellos y los dos se echaron a llorar mientras el pueblo se apretaba a su alrededor, gimiendo.

El maestro se apoyó en el púlpito, limpió sus anteojos y se volvió para ver si Vanguelio, su mujer, había venido a oírle. Pero no estaba y Palomino se dejó caer sobre su silla. La misa había terminado y el Capetán Miguel se acercó a su hermano.

—No nos has avergonzado —le dijo.

Palomino estaba aún enardecido por su discurso. Los turcos seguían avanzando y saqueando Constantinopla. Se volvió y miró a su hermano. No le había entendido.

—¿Qué decías, Miguel? —preguntó.

—Nada —respondió el otro.

Dieron unos cuantos pasos juntos. El maestro estaba cansado, se volvía a su casa lentamente y sin satisfacción alguna. ¡Cómo había adelgazado desde el día de su matrimonio! Su joroba aumentaba de proporciones y las piernas se le iban poniendo zambas.

—¿Cómo va eso, en tu casa? —le dijo, bajando la voz.

Palomino no le respondió en seguida. De pronto Constantinopla desapareció, hundida en su mente, y el santo fuego que ardía en él se extinguió.

—¡Esto no es una vida, Miguel! —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué te hacen?

—¡Nada! No me dirigen la palabra, se callan. Y en cuanto vuelvo la espalda se echan a reír.

—Pero ¿tú no eres el amo en tu casa? ¿Qué clase de hombre eres? ¡Échale de una vez!

—Si le echo se irá ella también.

Se callaron. Habían llegado a la casa de Palomino. El Capetán Miguel se detuvo.

—¿Están ahí los dos? —preguntó.

—Sí. no se dejan ni un momento. Él no quería ir a la iglesia, entonces ella no fue tampoco… ¿Es esto una vida, Miguel?

Su voz era ronca, de angustia. El Capetán Miguel tuvo lástima de él.

—Escucha, profesor, voy a entrar y los voy a mandar a paseo a los dos.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el maestro aterrado—. ¡No hagas eso jamás! Espera un poco, ten paciencia, yo también la tendré y ya veremos…

—¿Qué es lo que veremos?

—¡Veremos…! —repitió Palomino volviendo la cabeza.

Se acercó a la puerta y cogió la aldaba para llamar.

—¿Cómo? ¿No tienes llave? —dijo el Capetán Miguel sorprendido.

—¡No! No han querido dármela. Tengo que llamar para que me abran.

El Capetán Miguel agarró la aldaba, la arrancó y la tiró en medio de la calle.

—Quiero que mañana tengas una llave —dijo, echando a andar hacia el puerto con pasos pesados.

El Capetán Polyxinguis le esperaba en su almacén. Había venido para hablar con él inmediatamente después de la misa conmemorativa. Pero lo que quería confiarle era muy complicado y le hacía revolverse en su asiento. De cuando en cuando daba un salto, paseaba de un lado para otro y volvía a sentarse, pensativo. Mandó a Charitos que fuese a encargarle un café. Encendió un cigarrillo y lo apagó en seguida. Rumiaba lo que quería decir al Capetán Miguel, preguntándose por dónde y cómo empezar para no ponerle de mal humor. Él le quería, le respetaba y tenía empeño en no perder su amistad. Se esforzaba, por el contrario, en consolidarla y por eso había decidido venir a hablarle. Había, incluso, rodeado su fez de un crespón negro para que viese que llevaba luto por Manusakas.

—Ve en una carrera hasta casa, Charitos. Tal vez esté allí tu tío y le dices…

No tuvo tiempo de terminar la frase. El Capetán Miguel apareció en el umbral. Venía excitado por la toma de Constantinopla y por las palabras de Palomino, pero mucho más por el hecho de que a su hermano no le diesen una llave para entrar en su casa. Vio al visitante inesperado y su cara se endureció más aún, pero disimuló su desagrado.

—Buenos días, Capetán Polyxinguis —dijo.

—Salud, Capetán Miguel.

El Capetán Miguel se arrancó el pañuelo de la cabeza, se quitó su chaleco bordado y se sentó. Cogió un registro que había sobre la mesa y se puso a abanicarse. No decía ni una palabra.

—¡Qué calor! —dijo el Capetán Polyxinguis, que ya no podía soportar el silencio.

El otro siguió sin hablar. Sacó su tabaquera y se puso a liar un cigarrillo, lentamente, con aire aburrido, como si no fuese a terminar

nunca.

El Capetán Polyxinguis tiró su colilla, tosió y acercó la silla a él.

—Capetán Miguel —dijo—, he venido a hablarte.

—Te escucho.

—Te lo pido en nombre de nuestra vieja amistad, Capetán Miguel; escúchame con paciencia. Para que me comprendas bien, tengo que empezar por el principio.

—Te escucho —repitió el otro.

—Ya he intentado otras veces decirte dos palabras, pero te has puesto furioso en seguida y no me has dejado acabar. Ahora es necesario. Ten paciencia, hermano, escúchame.

—¡Ya te he dicho que te estoy escuchando! Déjate de ringorrangos. Dime lo que tengas que decirme claramente, sin rodeos.

—Charitos, muchacho, ¿quieres ir a buscarme tabaco y papel para cigarrillos? —dijo el Capetán Polyxinguis para mandar afuera al chico que, subido en un rollo de maromas, tenía el oído alerta.

Charitos bajó de mala gana y se fué a hacer el encargo.

—He venido a hablarte, Capetán Miguel… —empezó Polyxinguis, pero volvió a callarse.

—¡Entonces, habla!

—De Emina…

El Capetán Miguel dió un salto, fué hasta la puerta y miró hacia el lado del puerto. No veía nada. Solamente una nube negra atravesada por relámpagos silenciosos. Luego, sólo humo como si Candía estuviese ardiendo. Volvió a sentarse con los ojos turbios. De su garganta reseca y oprimida salió su voz feroz, irritada.

—¡Nada de conversaciones indecentes, Capetán Polyxinguis!, ya lo sabes muy bien, a mí no me gusta eso. Las historias de mujeres son cosa tuya y no mía. Has venido a mi almacén y no puedo echarte, pero cambia de tema.

—No es indecente lo que tengo que decirte, Capetán Miguel; no te precipites, déjame acabar. Emina quiere hacerse cristiana.

El Capetán Miguel cogió una almendra seca que había sobre la mesa, la apretó entre sus dedos y la hizo polvo, con la garganta anudada.

—Si tú fueses católico querría hacerse católica. Si fueses judío querría ser judía… ¿Tú quieres denigrar el bautismo?

—Se hará cristiana y me casaré con ella —dijo el Capetán Polyxinguis conteniendo su cólera.

—¿Te casarás con ella? —De un golpe rompió la gruesa tapa del registro en mil pedazos—. ¡Te deseo mucha felicidad! —dijo al fin, malignamente, escupiendo con repugnancia.

El Capetán Polyxinguis se quitó el fez que le apretaba como si

repentinamente se le hubiese hinchado la cabeza y lo aplastó sobre sus rodillas. Miró al Capetán Miguel, cuya cara se iba poniendo verde, luego roja y luego violeta. “Puedes embestir todo lo que quieras, Jabalí. Puedes reventar, pero lo que tengo que decirte, te guste o no, lo vas a oír”, pensó.

El Capetán Miguel se levantó para hacer comprender a su visitante que ya era hora de que se fuese. Pero el otro no se movió.

—Capetán Miguel, he venido a pedirte que seas nuestro testigo.

—¿Yo? —se agarró la barba—: yo no voy a deshonrar mis barbas, Capetán Polyxinguis. Elige a Effendín Bosta, es el más indicado.

El Capetán Polyxinguis saltó. No podía contener su cólera. Las últimas palabras del Capetán Miguel eran demasiado hirientes. Se puso el fez ladeado, cogió la silla en que estaba sentado y la sacudió violentamente.

—¡Eso pasa de la raya, Capetán Miguel! —gritó—. Tú eres un hombre, de acuerdo, pero los demás también somos hombres. Tú te has batido y los demás también nos hemos batido. Tú entras a caballo en los cafés de los agás, yo entro a caballo en sus casas. Tú te haces el valiente y yo también me hago el valiente. Y si tú no te ríes nunca, eso no quiere decir que seas un hombre terrible. Y si yo me río, eso no quiere decir que sea un bufón. Y cuando te hablo de la mujer con quien voy a casarme, tú debes comportarte de un modo respetuoso.

El Capetán Polyxinguis se calló, pero seguía hirviendo de rabia.

El Capetán Miguel veía rojo. Con los ojos clavados en los de Polyxinguis, le escuchaba. Y al ir escuchándole su cólera se calmaba, en vez de aumentar. Cuando el Capetán Polyxinguis vacilaba al hablar, temeroso y suplicante, cuando acercaba su silla y le llamaba hermano y le ponía delante su fez guarnecido de crespón negro, para ablandarle, había sentido ganas de agarrarle por el pestorejo y echarlo a la calle llamándole mujeriego, libertino, hijo de turco. Ahora que le hablaba rudamente, como un hombre, el antiguo afecto que sentía por aquel combatiente intrépido, se despertaba en él y los recuerdos afluían. Volvía a verle arrojarse en su caballo sobre el ejército turco, sin mirar jamás atrás… No se parecían en nada, pero le admiraba y sentía amistad por él. “Tú quieres liberar a Creta gimiendo. Yo quiero liberarla cantando”, le había dicho un día Polyxinguis, entre risas. Pero en cuanto la guerra terminó se separaron. El Capetán Miguel procuraba mantenerle a distancia. Le llamaba cabeza hueca, bobalicón y caragueuz. Ahora que el otro le hacía frente, los recuerdos de la guerra volvían a la mente del Capetán Miguel y su antigua amistad se despertaba. Alargó la mano y cogió con dos dedos el chaleco bordado de Polyxinguis.

—Capetán Polyxinguis —dijo—, tú eres valiente, ya lo sé. Vete tranquilo; no quiero tomarla contigo.

—¡Yo tampoco! Capetán Miguel —dijo el otro—, pero hay días en que me revuelves la bilis.

—Bueno, bueno —repitió el Capetán Miguel, y suavemente, con precaución, tirándole del chaleco fué conduciéndole hacia la puerta.

—¿Me echas? —dijo el Capetán Polyxinguis, resistiéndose. Una palabra le quemaba los labios—. Todavía tengo otra cosa que decirte, Capetán Miguel; si no te la digo no me voy.

—Dila, pero en seguida.

—Emina misma es quien me ha encargado que te pregunte si quieres ser nuestro testigo.

—Emi… —dijo el Capetán Miguel, pero se detuvo. Aquel nombre le repugnaba.

Esta vez agarró el chaleco del Capetán Polyxinguis. Su voz se hizo áspera de pronto.

—¡Basta! ¡Basta, te he dicho! ¡No pronuncies una palabra más!

Estaban en la puerta del almacén.

—¡Permita Dios que tengas que lamentarlo un día, Capetán Miguel! —dijo con voz dura Polyxinguis levantando hacia el cielo una mano que la— llama del sol hacía parecer de una blancura deslumbrante.

Aquella misma tarde, a la hora en que los candiotas comían detrás de sus puertas atrancadas, una hanum regordeta, de pasos lentos, con su sombrilla abierta, llamaba a la puerta verde de Nuri. En seguida vino a abrir la negra y la hizo entrar. “Emina debe de estar enferma todavía, se dijeron las Tres Gracias que acechaban detrás de sus agujeros. Hamida Mulá viene a cuidarla.”

Entretanto, saltando alegremente, la negra cristiana precedía a la visitante en el patio. No había ni un alma en el jardín; el portero negro seguía a la cabecera de su amo en el pabellón, y el farol rojo y verde de la casa estaba apagado. El jardín, lleno de flores y de frutos, estaba oscuro y embalsamado y la negra bailaba de felicidad porque la verdadera luz divina había iluminado a su ama. Emina iba a hacerse cristiana y algún día llegaría al cielo. Y si Dios, lleno de misericordia, quisiera hacer como si no la viese, ella, la negra, entraría también por la hermosa puerta dorada y seguirá sirviendo a su ama por los siglos de los siglos.

La hanum se quitó su litsam[36] y su haik, los echó con la sombrilla sobre el sofá y apareció el Capetán Polyxinguis.

—Mi ama está arriba ansiosa de tu llegada, Capetán. Tiene que contarte una cosa que te hará reír… —dijo la nodriza. Luego miró al Capetán Polyxinguis con aire sorprendido. No estaba de buen humor aquella tarde. Los otros días, cuando se desembarazaba de sus

vestiduras femeninas, reía y bailaba. Y además, siempre traía alguna cosa, bien un pañuelo de seda, bien unas chinelas bordadas, bien una caja de lukum o de kurabis[37]. Pero aquella tarde, traía las manos vacías, el aspecto duro y la boca cerrada.

En vez de volar hacia Emina y de subir las escaleras de tres en tres como otros días, subió lentamente. El olor del almizcle le indicaba el camino hasta la pequeña alcoba. Emina había reconocido sus pasos. Estaba echada en el sofá, medio desnuda, ante la ventana abierta sobre el jardín por donde entraba un poco de frescura. Esperaba.

Estaba nerviosa aquella tarde y se agitaba sobre sus cojines suspirando y riendo otras veces. Una idea le atormentaba: ¿qué respuesta habría dado el Capetán Miguel, el terrible Jabalí? Otra le hacía reír: la desgracia de Nuri Bey. Con el corazón atristado Mustafá Babá había venido a la residencia la mañana misma del hecho y le había contado todo. “Ya no volverá a ser un hombre. Tendrá barba y bigote, y otros pelos, pero un hombre no, ya no lo será. Está mutilado, el infeliz.”

Emina no pudo menos de echarse a reír.

—Y puede ser que a la larga pierda todos sus pelos, Mustafá Babá —dijo—, y que la voz se le haga fina como la de una mujer. Y hasta que después de unos años le salgan senos.

—Es posible —respondió el viejo, que no salía de su asombro al ver reír a Emina—. Es posible, pero a pesar de todo no será nunca una mujer.

—Pobre Nuri Bey. ¿Ese bravo… una mujer? ¡El león de Turquía! En fin… —dijo Emina—, entonces no será ni hombre ni mujer. No podrá ni preñar a una mujer ni echar hijos al mundo. ¡Oh, será una especie de mulo! Y estalló de risa una vez más.

Mustafá Babá la' miró aterrado, cogió su zurrón y se fué. Al pasar por el jardín escupió tres veces sobre su pecho para espantar el mal de ojo.

Ahora, el Capetán Polyxinguis estaba delante de ella.

—¡Bienvenido, Capetán mío!, mi estrella de la tarde —dijo Emina abriendo los brazos y descubriendo sus axilas húmedas y olorosas—. Bienvenido, mi hombre. Hoy te esperaba con más impaciencia todavía. Tengo una noticia extraordinaria que te hará morir de risa.

—Yo también tengo una noticia —dijo Polyxinguis tendiéndose junto a ella. La abrazó y respiró el perfume de su pecho largamente, profundamente. Sentía el cuerpo tibio y oloroso fundirse, evaporarse y penetrarle. Y en un momento olvidó todas sus preocupaciones y el mundo entero quedó aniquilado. Pero Polyxinguis era demasiado grande, demasiado pesado y la mujer se asfixiaba bajo él. Le levantó la cabeza suavemente, pero firmemente.

—Dime primero tu noticia —dijo ella—. Cuando entraste tenías aire contrariado. ¿Se negó?

El hombre se desenlazó de la mujer y el mundo reapareció, con todos sus enredos.

—Se negó.

—¡Maldito sea! Y ¿por qué? ¿Qué es lo que te ha dicho?

—No me ha dicho nada. Daba miedo verle. Desgarró un registro, me cogió por el chaleco para echarme a la calle. Pero yo también me puse furioso y le dije unas cuantas verdades. Le puse en su lugar sin miramientos.

—¡Eso no basta! ¡Eso no basta! —gritó Emina, pataleando con sus piececitos teñidos de alheña—. ¡No, Polyxinguis, eso no basta, has debido matarle!

El Capetán Polyxinguis se estremeció.

—¿Matarle? —dijo.

—Sí, sí, debes matarle, si no no eres un hombre. Sólo las mujeres responden a un insulto con palabras. Los hombres responden matando.

—¿Matar al Capetán Miguel?

—No es ni un Dios ni una fiera para tenerle miedo. Debería darte vergüenza.

Se cogió el escote de la camisa con las dos manos y la desgarró salvajemente de arriba a abajo. Su pecho se alzó, firme, reluciente, a la luz de la lámpara. El sudor corría entre sus senos.

—¡Querría desgarrarle así, como esto, de arriba abajo! —murmuró y repentinamente se deshizo en sollozos.

El Capetán Polyxinguis, asustado, quiso cogerla en sus brazos para calmarla, pero Emina se crispó y le rechazó. Luego se acurrucó en su rincón. Ya no lloraba. Una risa aguda y maligna sacudía todo su cuerpo.

—¡Polyxinguis! —dijo con obstinación, dando en la pared con el puño—, Polyxinguis, Nuri me asqueó el día que vi al Capetán Miguel romper un vaso de raid con dos dedos, y él no pudo hacer lo mismo. Ten cuidado de no asquearme tú también. El hombre que me tenga en sus brazos debe ser sin igual.

—¡No quiero!

—¡No puedes!

—¡No quiero! —repitió el Capetán Polyxinguis dando una patada en el suelo. Su cara tomó una expresión feroz y sus ojos quedaron clavados en los de Emina como cuchillos—. ¡No quiero!

Ella se regocijó de verle encolerizado. Un acre olor a hombre trascendía del cuerpo irritado y sudoroso del Capetán Polyxinguis. Las narices de Emina empezaron a palpitar.

—¡Capetán mío! —dijo ella—, patea, enfádate, grita, asi es como te quiero, bravo mío. —Y le abrió los brazos.

Al mismo tiempo que el Capetán Polyxinguis, el mundo en total, se hundió en el seno de Emina. Y cuando él se levantó, con los ojos llenos de angustia, el pelo mojado y entrecortado el aliento, le pareció subir de las profundidades de un océano oscuro.

—¡Amor mío!, ¡mi marido!, ¡mi héroe!… —le arrullaba Emina, saciada, acariciando los muslos velludos de Polyxinguis.

Tendido, con la espalda contra la pared, el Capetán Polyxinguis, entornando los ojos contemplaba a la mujer. Escuchaba al mismo tiempo el delirio de la ciudad: los ladridos de los perros, las canciones lejanas de los noctámbulos enamorados y miraba a través de sus pestañas a Emina que le acariciaba. “No hay nada como la mujer”, pensaba. “No hay nada mejor en este mundo.”

Así abrazado a ella, satisfecho, se sentía contento de haber nacido hombre, de que Emina fuese una mujer y de que Dios la hubiese creado con un pecho, una boca y un vientre armoniosos. Sonrió y acarició los brazos firmes y bien formados de su querida.

—Emina, no te disgustes por eso, encontraremos otro testigo que sea mejor. Lo único que tienes que recordar bien es todo lo que te he enseñado de nuestra religión. El pope te preguntará y tienes que saber responderle.

—No tengas cuidado, maridito mío —dijo la turca riendo—, conozco todos esos misterios como la palma de mi mano. Hazme preguntas y verás.

El Capetán Polyxinguis se rió también.

—Bueno —dijo—, ahora soy yo el pope Manolis y tú la turca que viene a que la bauticen. Ponte seria. Concéntrate, que voy a preguntarte y tienes que contestar.

—Ya está, te escucho. Pero déjame que te acaricie mientras tanto. ¿Eso tiene importancia?

—No, no tiene ninguna. Acaricíame, pero pon atención en lo que te pregunto: ¿Crees en Dios?

—Creo en Dios y me prosterno ante Su Gracia.

—¿Dios es uno sólo?

—¡Ah!, bueno, ahí yo creo que voy a hacerme un lío. Es uno y es tres. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es un viejo, robusto, con una barba blanca y tiene los pies apoyados sobre nubes. El Hijo tiene las mejillas rosadas, es hermoso, elegante, con un bigote rubio, como el tuyo y el pelo peinado con raya en medio. Pero no lleva fez: lleva una bola en la mano.

—No es una bola, Emina, pequeña mía, es el mundo.

—Da lo mismo. Encima de ellos hay una paloma que revolotea. De

esas que hacen cabriolas en el aire.

—No es una paloma, Emina, pequeña mía, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Es el Espíritu Santo.

—Nosotros a eso le llamamos paloma.

—Bien está, sigue.

—Parece que son tres, pero no son tres, son uno solo… No lo comprendo bien, Polyxinguis, perdóname.

—La verdad, yo tampoco, Emina mía, pero eso no tiene importancia. Lo esencial es creer. ¿Tú crees?

—Yo creo. Te lo he dicho mil veces.

—Entonces, sigue. ¿Quién es Cristo?

—Cristo es el Hijo de Dios. Ya te he dicho que era hermoso y elegante. Bajó a la tierra y se sacrificó para salvar a los hombres. ¿Qué es lo que hicieron los hombres? ¿Qué es lo que le hicieron? Cómo saberlo. Lo que es seguro es que fué crucificado, que resucitó al tercer día y que se encaramó al cielo… ¿Está bien?

—Muy bien. Estás madura para ser metropolitano, Emina mía querida. Ráscame un poco la pierna, por favor… Entonces, ¿resucitó?

—Eso ya lo hemos dicho. ¿Dónde tienes la cabeza? Resucitó y subió al cielo, así, sin cuerda ni escalera, como un acróbata. Pero todavía hay una cosa que no comprendo, Polyxinguis…

—Dímela y te la explicaré.

—¿Era Dios, no es cierto? Entonces, ¿cómo pudo ser que le crucificasen y que muriera? Me dirás que no duró más que tres días. A mí me parece que eso ya es mucho. ¿Entonces, durante tres días no había Dios?

—Había Padre y Espíritu Santo.

—Pero si dices que eran uno solo. ¿Fueron crucificados y muertos los tres juntos y el mundo se quedó sin Dios durante tres días? ¿A ti qué te parece?

El Capetán Polyxinguis se rascó la cabeza.

—¡Que el diablo me lleve si comprendo algo! Emina mía. Ten un poco de paciencia. Mañana se lo preguntaré al pope y te lo explicaré.

Emina se echó a reír:

—¿Tienes algo más que preguntarme, padre Polyxinguis?

Pero los ojos del Capetán estaban llenos de languidez.

—He trabajado demasiado esta tarde. Estoy atontado. ¿Y si dejásemos todas estas historias de popes a un lado y nos echásemos en la cama? ¿Apago la lámpara?

—¿No me preguntas cuál era la noticia que iba a darte? ¿Se te ha olvidado?

—¿Cómo quieres que me acuerde de nada, bendita mujer? Tu

pecho descubierto es una verdadera aurora…

Estallando de risa, Emina se inclinó y le murmuró algo al oído.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el Capetán Polyxinguis abriendo los ojos desmesuradamente—. ¡Oh, qué desdichado!

Sintió profundamente la desgracia de Nuri y al oir reir a Emina su corazón se oprimió. Emina se levantó y apagó la lámpara. Pero Polyxinguis todavía sentado, con la espalda apoyada en la pared, miraba fijamente la oscuridad y pensaba en la vanidad de este mundo.

Después de la misa conmemorativa, el seor Idomeno tomó el camino de su ruinosa residencia, con el pensamiento ausente, lejos de Candía, bajo otros cielos, en otros tiempos, allá, entre Europa y Asia, en Constantinopla. Era el mes de mayo, la mañana era suave y Constantinopla iba a caer. Constantino luchaba a caballo a la Puerta del Romano. Los infieles le cercaron y él gritó: “¿No hay siquiera un cristiano para tomar mi cabeza?” Con los ojos llenos de lágrimas, el seor Idomeno iba tropezando en las piedras. Se perdió, erró por las callejuelas ciegas y se encontró en el puerto. Cuando divisó el mar dió media vuelta.

Iba vestido de negro aquel día. Llevaba una cinta negra en el sombrero y otra más ancha en la manga, en señal de duelo. Era casi mediodía cuando llegó ante su puerta. Entró, se sentó a su mesa, llamó a Doxania y le anunció que no tomaría nada, ni al mediodía ni por la noche. “Hoy ayuno”, le dijo, y la mandó afuera. Cogió su pluma y una gran hoja de papel, suspiró y empezó a escribir en letras mayúsculas, con tinta roja. Los reyes de Constantinopla escribían con tinta roja. Y aquel día era el mismo Constantino Paleólogo quien escribía a la reina Victoria de Inglaterra: “Mi querida prima Victoria, hoy hace cuatrocientos treinta y seis años que me mataron. Caído en tierra, espero que los reyes cristianos del mundo me venguen. Querida Victoria, ¿hasta cuándo tendré que esperar? ¿Hasta cuándo?”

Seor Idomeno se deshizo en sollozos. Dos gruesas lágrimas rodaron sobre el papel y emborronaron la tinta roja. Ya no podía mandar su carta a la reina. Cogió otra hoja y empezó a escribir con una mano, mientras con la otra sostenía un pañuelo para secarse los ojos e impedir que las lágrimas manchasen el papel … Escribía sin desfallecer, se secaba los ojos y se moría de hambre, pero aguantaba valientemente. Estaba de luto, había jurado no comer, no beber y no fumar en todo el día.

A última hora de la tarde, su amigo Palomino vino a hacerle una visita.

El maestro también había pasado un día muy malo. Su corazón oprimido se ahogaba. Después de dejar al Capetán Miguel, entró y

encontró en el patio a su mujer y su cuñado disponiéndose a tomar el café con leche matinal y a comerse los últimos bizcochos de Pascua, riendo. Les saludó, pero los dos le miraron sin responder. Su mujer habría debido levantarse, traer otra taza y servirle algo caliente para reanimarle después de tanto esfuerzo, pero no se movió. El hermano miró a la hermana y los dos se echaron a reír.

Palomino se encerró en su cuarto. ¡No!, aquello no era una vida, aquello no podía continuar. Después de su heroico discurso en la iglesia se sentía más fuerte. Constantino había luchado valientemente, él seguiría su ejemplo. ¿No era un hombre? Se impondría, echaría a aquel holgazán y sería el amo de su casa. "Esta casa es mi Constantinopla, murmuró, él es un infiel y yo soy Constantino. Él asedia mi ciudad, quiere tomarla, pero yo lucharé. No, yo no me dejaré matar, yo le mataré."

Pero cuando estas últimas palabras: "Yo le mataré" se escaparon de su boca, miró a su alrededor, como si temiese haber sido oído. Se asomó a la ventana y echó una ojeada al patio. Inclinada hacia su hermano, Vanguelio le hablaba y los dos estallaban de risa. El lindo todavía tenía sueño. Escuchaba a su hermana bostezando, con los ojos medio cerrados, despechugado, descalzo, en camisón.

Los ojos de Palomino se turbaron, dejó la ventana por no verlo y se tiró de bruces en su cama. "Esto no es una vida…" gemía, mordiéndose los labios por no llorar. Pero de pronto se levantó y apretó los puños. Las palabras de su hermano le vinieron a la memoria. "¿Qué clase de hombre soy yo?" gruñó, tengo que domarlos." Diciendo esto, se levantó en seguida por miedo de perder la decisión, echó escaleras abajo y se precipitó en el patio.

—¿De qué os reís? —gritó, temblándole la barbilla—. ¡Callaos!

Su mujer se volvió, le vió y se puso una mano delante de la boca para no soltar otra carcajada. El hermano se volvió igualmente, le miró de soslayo y se puso a bostezar.

—Entonces, profesor, ¿es que está prohibido reir? —dijo con expresión de embrutecimiento.

—Tú, fierabrás —respondió el maestro—, tú no tienes la palabra. Aquí soy yo el amo. —Dió con el pie en el suelo y cobró más valor.— Quiero la llave de la casa. Es el amo quien guarda las llaves.

—¡Qué es lo que nos cuentas, profesor! —dijo Diamandis. Luego se estiró en su silla ocupando todo el patio.

Volviéndose a su hermana le señalaba con el dedo al maestro que estaba detrás de él, pálido.

—¡Fíjate en eso! ¡Cómo medra la mierdecilla!

Vanguelio no pudo aguantar, estalló de risa, con la mano delante de la boca.

—¿Qué es lo que te pasa, desvergonzada? —gritó el maestro fuera de sí, arrojándose sobre su mujer para hacerla callar.

El hermano creyó que iba a pegarle y de un salto dejó su silla.

—¡Quietas las patas, profesor! —rugió—. Si no, ¡pobre de ti!

Blandió su puño sobre la cabeza de Palomino, con los ojos congestionados, rojos, llenos de odio. El maestro se encogió, medio asfixiado por el aliento ardiente, avinado y apestoso a tabaco de su cuñado.

—¡Largo de aquí! —aulló Diamandis, con el puño levantado—. ¡Largo de aquí o te hago papilla! Vaya una cara de amo de casa. ¡Y *eso* quiere las llaves, por añadidura!… ¡Ve a que te zurzan, anteojudo, cara de mico, jorobado o te echo a la calle a golpes con el atizador!

Le agarró por el cuello de la chaqueta, le sacudió violentamente y le golpeó varias veces contra la pared mientras Vanguelio, con el pelo suelto, se peinaba con el peine de marfil de sus bodas. Se peinaba, miraba, escuchaba y reía. Admiraba a su hermano, admiraba su ancho pecho desnudo y velludo, su brazo fuerte que amenazaba al maestro, su talle de ciprés. Y miraba con disgusto al alfeñique de su marido.

Palomino se escapó de las manos de su cuñado y fué hacia la puerta. Pero antes de abrirla, se volvió:

—¡Esto no es una vida! —dijo, mirando a su mujer—. ¡Esto no es una vida y tiene que terminar!

—¡Efectivamente! —gritó Diamandis, resoplando como un buey—, ¡esto tiene que terminar! Ya estoy harto de tenerte delante de las narices mañana y tarde. La casa no es suficientemente grande para los dos. ¡Vanguelio —dijo volviéndose a su hermana—, elige!

El maestro perdió la respiración. Con los ojos clavados en su mujer esperaba. Vanguelio tenía una cinta de seda verde entre los dientes y no se apresuró a responder. Cogió todo su pelo con las dos manos, se ató la cinta y sacudió la cabeza. El pelo le cubrió la espalda, los hombros y le llegó hasta las rodillas.

—Yo no me separo de mi hermano —dijo—, por nada del mundo.

—¿Y yo, entonces? —dijo Palomino con un pie en el aire.

Vanguelio alzó los hombros. Diamandis sonrió y volvió a acomodarse entre las sillas.

—¡Te pone en la puerta, desdichado! —dijo—. ¿No lo has comprendido? Haz tus maletas, profesor.

¿Cuándo había abierto la puerta? ¿Cómo se había encontrado en la calle? ¿Por qué las casas de Candía bailaban a su alrededor? ¿Era un temblor de tierra? ¿Era un vértigo? Palomino no se acordaba de nada… Sólo sabía que se había puesto a correr por las callejuelas y que dos colegiales le habían perseguido, Thrassaki y el hijo de Krassogeorgis.

—¡Va a tirarse de lo alto de la muralla! —dijo Thrassaki—. Ven, nos divertiremos.

La noche anterior había oído a su madre preguntar al Capetán Miguel: “No van bien las cosas en casa de tu hermano, ¿verdad? Se le oye gritar desde aquí como si le pegasen.” Y el Capetán Miguel había respondido: “No tiene más que ir y tirarse por la muralla.”

Viendo a Palomino que corría en dirección al puerto, Thrassaki cogió a su amigo por el brazo y le arrastró a perseguir al maestro. “Va a tirarse de lo alto de la muralla. Ven, vamos a divertirnos”, repetía.

Pero la vista del mar aplacó a Palomino un poco. Caminó a lo largo de la muralla y fué a sentarse en una roca donde quedó inmóvil, mirando al horizonte durante horas… Los dos chicos se impacientaron. “No va a matarse hoy, dijeron, hemos perdido el tiempo." Además tenían hambre, era ya mediodía y se volvieron a sus casas.

Cuando Palomino dejó la roca el sol empezaba a ponerse. Su cólera se había acallado, sus ojos estaban secos y su corazón tranquilo. Durante todo el tiempo que había permanecido inmóvil y silencioso ante el mar, no había pensado en nada. Pero en su pecho y sus riñones, su sangre enfurecida se serenaba y tomaba poco a poco —su sangre, no su mente— una decisión. ¿Qué decisión? Palomino no la veía clara todavía, pero estaba seguro de haberla tomado, por eso al dejar la roca se sentía tranquilo. “Todo se arreglará, murmuraba, yo soy el amo de la casa.”

Se aventuró por las callejuelas estrechas del puerto, pasó los barrios casiotas, judíos y malteses, llegó al suyo y se detuvo ante la casa de Idomeno. Levantó los ojos. La ventana de su amigo estaba iluminada. “Debe de estar todavía escribiendo a los reyes, pensó. Qué lástima. ¿Si yo subiese a charlar con él para cambiar ideas y distraerle a él también un poco?”

Llamó a la puerta. Casi en seguida Doxania apareció contenta de verle.

—No ha comido ni un bocado desde esta mañana —dijo—. Te lo pido por tu matrimonio, convéncele de que debe comer algo… ¡Es Dios quien te envía!

Seor Idomeno se alegró también de verle. Había terminado su carta, escrito la dirección en el sobre y puesto su sello. A la mañana siguiente la carta saldría para Londres.

—Hay quienes luchan con un fusil —dijo con orgullo a su amigo, mostrándole el sobre sellado—. Nosotros dos, y Hatzisavas, luchamos con la inteligencia. Seremos nosotros los que liberaremos a Creta.

El maestro meneó la cabeza. No podía creer que Creta fuese salvada gracias a las letras o a los mármoles antiguos. Y se dejó caer

en un sillón, cansado, hambriento y mohíno.

—Y a nosotros ¿quién va a salvarnos, Idomeno? —dijo suspirando.

—¿Quién? Creta, querido mío, Creta, cuando la hayamos liberado. Ése es el camino de la felicidad individual. No hay otro. Luchando por salvar a Creta ¿qué es lo que hacemos, dime? Luchamos para salvar nuestras almas.

Pero el maestro meneaba la cabeza. Se quitó sus anteojos, que el aire húmedo del mar había empañado, y se puso a limpiarlos.

Idomeno insistió.

—¿Tú no me crees? —dijo, levantándose, nervioso—. ¿Tú crees que existe otro camino? El caso es que yo me pregunto por qué discuto contigo estas cosas. Tú eres un recién casado, es decir, un hombre deslumbrado. Pero ese momento de vértigo pasará y tú adoptarás mi opinión. La felicidad individual no existe para las gentes como nosotros. Nosotros no podemos ser felices más que si luchamos por la felicidad de los demás.

Se calló. Sacó su tabaquera para liar un cigarrillo, pero recordó que estaba de duelo y ayunaba todo el día. Dejó la tabaquera y sintió en su fondo la profunda satisfacción de haber hecho un sacrificio por la comunidad.

—Ése es el secreto, querido mío —dijo levantando orgullosa—mente su fiera cabeza prematuramente calva—. Aparte de mí, nadie lo sabe en Candía. Hatzisavas, acaso… Tú, llegarás a saberlo.

Se calló nuevamente, pero su corazón desbordaba. Ya que aquel' día se presentaba la ocasión, hablaría, confiaría todo su secreto a su amigo. Hacía años que llevaba aquel secreto consigo, atormentándole.

—¿Por qué crees tú que escribo a los reyes? —exclamó—. ¿Por qué crees que vivo en esta casa ruinosa, como un hombre enterrado vivo que grita? Sí, sí, me han enterrado vivo. No a mí, a Creta. Es Creta la que grita. Pero como ella no tiene boca, yo soy su boca. Tú, como eres incrédulo, dirás que grito en vano porque nadie me escucha. Muy bien, te responderé que una voz jamás se pierde: me oirán. Antes que el oído fué la voz. A fuerza de gritar y gritar la voz, nació el oído. Todos los reyes y los grandes de la tierra a quienes escribo, me oirán un día. Y si ellos no me oyen, me oirán sus hijos o sus nietos. Y si ésos no me oyen tampoco, Dios me oirá. Para eso existe Dios, ¿no te parece? Para oír… No sonrías, profesor. Sí, ya sé que todo el mundo me tiene por un desequilibrado. Murmuran a mi espalda: ¿vale la pena de tener instrucción para eso? Déjales que digan. No comprenden nada, ni de Dios, ni de Creta, ni de los deberes del hombre. Mientras tanto, yo vivo entre escombros y grito. Un día Dios me oirá, se asomará en lo alto de los cielos, verá a Creta y se sentirá avergonzado de haberla dejado durante tanto tiempo esclava, me pedirá perdón, a

mí, Idomeno, y las campanas de San Minas sonarán a Pascuas y los cristianos saldrán a la calle gritando de alegría. Las calles estarán sembradas de mirto y de laurel, las mujeres y los hombres acudirán al puerto para ver desembarcar al joven príncipe de Grecia, se abrazarán y gritarán: "¡Creta ha resucitado! ¡En verdad, ha resucitado!"

Se secó los ojos llenos de lágrimas, pero su corazón sintió un gran alivio.

El maestro pensaba en otra cosa; el fuego de su amigo no le enardeció.

—Pero nosotros, para entonces, ya estaremos hechos migas, hijo mío —dijo—. Nosotros no veremos la resurrección de Creta. Nosotros moriremos esclavos.

Idomeno sonrió y miró a su amigo con compasión.

—¡Vamos! ¿Todavía no has comprendido? Yo no tengo necesidad de ver ni de tocar la libertad para sentirme libre. Yo soy libre en el corazón mismo de la esclavitud. Yo gozo de la libertad, siglos antes de que llegue. Y moriré libre porque he luchado toda mi vida por ella.

—No comprendo —dijo el maestro que pensaba en su mujer, en el vago de su cuñado y en la llave que no querían darle.

—Algún día comprenderás, eso es seguro —dijo el amigo—. Tú ahora estás sumergido en tus pequeñas preocupaciones y eso es lo que destruye el alma humana. El alma es una leona y las preocupaciones son pulgas. Ya se deshará de ellas —dijo y se echó a reír, contento de su comparación.

Doxania apareció a la puerta. Idomeno estaba de espaldas y no la vió. La vieja hizo el ademán de comer. El maestro no necesitó más. No se había llevado a la boca ni un cañamón durante todo el día.

—Un oso en ayunas no danza —dijo—. Tú hablas de grandes cosas, pero yo tengo el pensamiento en la comida. No he comido nada durante todo el día y la noche me la pasé escribiendo.

—Yo tampoco he comido nada —dijo Idomeno—. ¿Qué importancia tiene eso? La comida es también una pulga.

—Es posible, pero si esa pulga falta —dijo el maestro—, a la leona no le queda más que reventar.

Idomeno dió una palmada y Doxania apareció toda contenta.

—El profesor dice que tiene hambre, nodriza. Tráele todo lo que haya en una bandeja.

—Con mucho gusto —dijo Doxania, y salió corriendo.

—Vamos a comer juntos —dijo el maestro—. Si me dejas solo no como. Tú resistes el ayuno, de acuerdo, pero tienes que probar que también resistes el alimento. Porque mi opinión es que el ayuno, las privaciones y el ascetismo también son pulgas.

Los dos se echaron a reír. A fuerza de frases ingeniosas, de risas y

de grandes ideas, aligeraron sus corazones. La bandeja llegó, llena. La cara arrugada y bondadosa de Doxania resplandecía. Los dos tenían hambre. Y era casi de noche, el día había pasado, así, Idomeno podía pensar que no traicionaba su juramento comiendo un poco para acompañar a Palomino. Comieron pues con buen apetito. Todavía quedaba un poco de vino añejo en el tonel de la casa. Lo bebieron.

—¡Por nuestra libertad! —Los dos amigos bebieron y brindaron.

Estaba ya completamente oscuro y el maestro temblaba al pensar que pronto tendría que volver a su casa.

—¿En qué piensas? —le preguntó su amigo, pero él no respondió.

—¿Estás contento de tu nueva vida? ¿Es fácil vivir con una mujer?

El maestro se acercó a la ventana.

—Es ya muy tarde, tengo que irme.

Cuarenta días habían transcurrido desde la boda de Palomino y la muerte de Manusakas. En su aldea, el hijo mayor, Theodoris, no podía olvidar. Su tío, el Capetán Miguel, le había ofendido gravemente. ¿Le tomaba por un chicuelo incapaz de sacar el cuchillo y matar a un turco? “¿Qué edad tienes?” “Diecisiete años.” "Entonces, ocúpate de tus asuntos.” Diecisiete años le parecían muy poco al Capetán Miguel. Theodoris era un hombre hecho y derecho, podía atarse al arado con su buey Colorado y arar un campo, podía revolcar a una mujer detrás de un seto y hacerle un hijo, podía también ir a buscar a Hussein, el sobrino de Nuri, el joven más valiente de Petrokephalo, luchar con él cuerpo a cuerpo y clavarle el cuchillo en la garganta.

“¿Qué edad tienes?” “Diecisiete años.” “Entonces, ocúpate de tus asuntos.”

—Mi tío me ha ofendido, madre —dijo a Christina, que enteramente vestida de negro había ido a rezar sobre la tumba de su marido. Tirada en el suelo había gemido, ¡mañana hará cuarenta días!… Todos los días iba al cementerio y arañaba la tierra con las uñas llamando a Manusakas. Luego se dejaba caer de bruces y se deshacía en lamentos.

—Eres demasiado joven, Theodoris —le respondió su madre—. Deja a tu tío, él nos vengará.

—Pero ¿cuándo? ¿Cuándo, madre? Mañana hará cuarenta dias que padre ha sido muerto y nosotros seguimos comiendo, bebiendo y durmiendo sin ocuparnos de él. ¿Tú no le ves en sueños? ¿No viene a quejársete a ti? Yo todas las noches le veo y me llena de reproches.

Se ató el pañuelo a la cabeza, miró a lo lejos Petrokephalo, la villa que resplandecía al pie de la montaña, bañada por el sol, llena de agás turcos y raías cristianos. Su cuerpo era bronceado, fuerte y sucio. En sus mejillas crecía un vello espeso con algunos pelos negros, gruesos y

crespos de cuando en cuando, y su pecho era ya velludo. Vivía en la montaña, con los corderos y los moruecos de su padre y bajaba al pueblo raras veces. Eli año anterior había empezado a aburrirse allí solo y había tomado la costumbre de bajar todos los domingos para ir a la iglesia a ver a las mujeres. La sangre le empezaba a arder. Pero desde el día del crimen, no había vuelto a la majada; había dejado a Costandis, su hermano menor, guardando el rebaño. Llevaba las botas de su padre, su chaleco bordado y su pañuelo a la cabeza. Había cogido también la bolsa del tabaco y el bastón, y, pensativo, sin hablar, iba y venía de San Juan, su pueblo, a la gran encina verde y de allí a Petrokephalo.

—Me voy, madre —dijo, cogió el bastón y se levantó.

—¿A dónde vas, hijo mío?

—A Petrokephalo. Dijiste que necesitabas granadas para poner mañana en los kollyva. Voy a buscártelas, el abuelo tiene.

El cuchillo de su padre asomaba en su faja negra, todavía manchado de sangre. Él mismo lo había arrancado de las manos rígidas de Manusakas el día en que lo encontraron muerto bajo la gran encina. Christina había querido limpiarlo, pero Theodoris se había opuesto. “La sangre no se lava con agua, madre, se lava con sangre”, había dicho, metiéndose el cuchillo en la faja tal como estaba. Desde entonces no lo dejó; por la noche lo ponía bajo su almohada. “Deja ya ese cuchillo, hijo mío, le decía su madre. Mientras sigas poniéndolo bajo tu almohada, vendrá tu padre a atormentarte por las noches.” “Eso es lo que quiero, madre, decía el hijo. Quiero que me atormente…” Se santiguaba y metía el arma bajo la almohada.

Se puso en marcha, pegando con el bastón en las piedras.

—¡Sé prudente, Theodoris! —le gritaba la madre viéndole escalar la montaña con aire desafiante—. ¡Sé prudente, Theodoris! ¡Y que mi bendición te acompañe, hijo mío!

Pero el muchacho había ya desaparecido. Un conejo saltó entre los brezos. Theodoris le tiró el cayado y lo dejó tendido a la primera, lo cogió por las patas de detrás y le desnucó contra una piedra.

“Se lo regalaré al abuelo, se dijo. A él le gusta mucho la caza. Y como tiene todos sus dientes, los treinta y dos, puede mover bien las quijadas.”

Con el conejo colgando, silbaba por el camino alegremente.

“Es buena señal, pensaba, el conejo me traerá buena suerte.

No me costará trabajo pescar a Hussein y hacerle papilla la cabeza. Pero Hussein no es un conejo. Primero lucharemos y es fuerte, el perro.”

Ya la noche antes había ido a buscar al sobrino de Nuri a la era donde estaba aechando.

—Hussein, pasado mañana hará cuarenta días que tu tío mató a mi padre.

—¡Que se vaya al infierno! —había respondido Hussein con soma.

Theodoris, verde, temblando de rabia, se quedó sin habla.

—¿Por qué pones los ojos en blanco, condenado giaur? ¿Qué es lo que me quieres? ¿No ves que estoy trabajando? Tengo que aventar.

—Si eres hombre, ven a luchar conmigo. ¡Que muera yo turco si no te pongo la espalda en el suelo!

—¿A mí, la espalda en el suelo, miserable? ¿Cuándo quieres? ¿Dónde?

—Allí, donde mataron a mi padre, bajo la gran encina. Pasado mañana, temprano para que no nos vean.

—¿A cuchillo?

—Sí, a cuchillo.

Y se separaron. Hussein había seguido trabajando y Theodoris se había ido a su casa, había sacado el cuchillo y se había puesto a afilarlo. Pero temiendo borrar las manchas de sangre lo había guardado otra vez. Luego había salido para ir a apoyarse en la gran encina bajo la cual habían encontrado el cuerpo de su padre.

A la entrada del pueblo, una muchacha que venía a buscar agua al pozo, se sonrojó al ver a Theodoris. Estaba ya cogiendo el cántaro por las asas, pero como él la miró desde lejos, se detuvo y esperó. Era una muchacha desbordante de salud, de cuerpo firme y redondo, con ojos picaros en forma de almendra y cejas que brillaban como cuchillos. Semejábase a una corza que acabase de oír un disparo entre los árboles y olfatease el aire, con los ojos bien abiertos, las orejas y el cuello en tensión.

Theodoris la vió desde lejos y enrojeció él también.

“Todo me sale bien hoy. Ahí está Frossaki”, murmuró, y el corazón le empezó a saltar en el pecho.

Miró alrededor, no había nadie. Las otras chicas se habían alejado del pozo con sus cántaros. En las eras, los campesinos aventaban y amontonaban el grano. No había nadie más que Frossaki en el mundo y el sol sobre su cabeza la adornaba con una corona real.

Theodoris se detuvo ante el pozo, con las piernas vacilantes por la emoción.

—Buenos días —dijo temblándole la voz, y bajó los ojos. Los tobillos finos de la muchacha resplandecían al sol en el lugar que las galochas dejaba descubierto.

Ella le miraba valientemente, con picardía.

—¿A dónde vas con ese conejo, Capetán Theodoris? —dijo ella—. ¿La has tomado con los conejos, ahora?

—Pronto la tomaré con los turcos —respondió el chico—. Los

conejos son para ejercitarme.

Sus ojos se encontraron un instante, brillantes como aceros. El adolescente tuvo miedo y esquivó su mirada.

La muchacha tapó su cántaro y echó una mirada alrededor. Ni un alma.

—¿No tienes sed, Theodoris? —dijo.

—Tengo sed, tengo sed —dijo Theodoris—. Pero ¿quién me dará agua para refrescarme, a mí, un huérfano?

La chica miró al suelo sin rechistar; su cuello y sus orejas se pusieron escarlata.

Theodoris bajó la voz.

—Mañana hará cuarenta días que murió mi padre —dijo—, ¿quieres venir a mi casa para ayudar a mi madre a preparar los kollyva? Irán también otras chicas del pueblo.

—Iré si quiere mi madre —dijo Frossaki. Y poco después—: iré aunque no quiera, puesto que tú me invitas. No hay más que un Capetán Theodoris, ¿no es cierto? No hay que contrariarle.

Se echó a reír, burlona, para ocultar su enternecimiento. Le devoraba con los ojos. Eran ya muchas las noches que se había pasado enteras sin dormir, pensando en él. Habría deseado sacrificarse por él y ahora que le tenía delante, se sentía irritada, le daban ganas de tirarse a él, toda uñas, y hacerle daño.

Theodoris, apoyando la barba en su cayado, miraba al suelo. Pensaba que al día siguiente iba a batirse con Hussein.

—Dime, Frossaki, ¿si me llegase a pasar algo malo, tú lo sentirías?

—¿Por qué lo dices, Theodoris? —dijo la chica asustada—. ¿En qué estás pensando?

—No me preguntes nada, Frossaki, pero contéstame. ¿Si me llegase a pasar algo malo, tú lo sentirías?

La muchacha no podía más.

—Yo no tengo nada más que tú —murmuró y las lágrimas le corrieron por las mejillas—, no tengo más que tú en el mundo, Theodoris.

—Entonces, puedes estar segura —exclamó el muchacho lleno de alegría—, puedes estar segura, Frossaki, de que no me pasará nada malo.

Dos chicas aparecieron, con sus cántaros. Frossaki se secó rápidamente los ojos, se puso el cántaro en el hombro y procuró mirar a otro lado, pero no lograba dominar los latidos de su corazón. Theodoris se alejó silbando. El conejo muerto se balanceaba colgando de su mano.

Al día siguiente, domingo, cuando terminó la misa por Manusakas,

el pope Gregori salió al patio de la iglesia. A su lado un pastorcito de carucha morena sostenía la gran bandeja de kollyva recubierto de una espesa capa de azúcar, de almendras peladas y de granos de granada, con el nombre de Manusakas escrito en letras de canela. Los campesinos pasaban uno por uno delante del pope, tendían la mano, recibían un puñado de kollyva y murmuraban: "¡Dios mío, perdónale sus pecados!" Luego se iban, con la nariz hundida en la mano y comían glotonamente, llenándose los bigotes de azúcar en polvo, y de canela.

¡Qué pronto han pasado estos cuarenta días, se decían irnos a otros! Es que el tiempo corre, sencillamente. Bueno, no es el tiempo el que pasa, somos nosotros los que envejecemos. Y enumeraban una vez más las cualidades de Manusakas. La vieja Katherinio, la madre del guarda rural, le había visto la víspera en plena noche, vagando por las calles del pueblo. Tanto que su perro, con el pelo erizado de miedo, había querido ladrar y se había quedado con la boca abierta. Y todavía casi no podía cerrarla…

—¡Pobre Manusakas! ¡Era su fantasma! —dijo un viejo, santiguándose—. Qué queréis, estaba lleno de fuerza cuando le mataron y todavía se resiste, no quiere morir.

—¡Quiere ser vengado! —dijo otro—. ¿Qué es lo que hace el Capetán Miguel después de cuarenta días?

Y cuando estaban hablando de todo esto, Kokolios, el guarda rural, con la lengua fuera y su trompeta en la mano, se precipitó en el patio, temblando.

El pope se acercó al guarda y la gente hizo corro alrededor de ellos.

—¡Vamos, Kokolios, serénate y habla! ¿Una mala noticia más? ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

—Han encontrado muerto a Hussein, el sobrino de Nuri Bey.

—¿Dónde?

—Bajo la encina grande.

—¿Quién le ha matado?

—¡Sabe Dios! Petrokephalo está revuelto, han cerrado todas las puertas y los cristianos preparan sus fusiles. Los turcos han puesto al muerto en el patio de la mezquita y van a hacerle reverencias. Están armados, tiran tiros al aire y amenazan con ir a pegar fuego a San Juan.

—Pero nosotros no tenemos la culpa.

—Parece ser que el asesino es de San Juan y de la familia— de Manusakas. Quieren sacrificar a Theodoris.

—Es necesario que alguien vaya a prevenir a la viuda —ordenó el pope—. Que Theodoris se esconda en la montaña, en seguida.

Mientras tanto, Theodoris se había ya llevado las dos pistolas de plata y el fusil de su padre. Había llenado su zurrón de municiones y de provisiones. Abrió el cofre de Manusakas y bajo el doble fondo encontró la bandera griega que tenía allí escondida; la enrolló alrededor de su cuerpo y sin detenerse a lavarse las manos y el pecho que tenía llenos de sangre, ganó la montaña. Se detuvo un momento en la majada, para hacer algunas advertencias a su hermano Costandis y le encargó que fuese a tranquilizar a su madre porque no había podido despedirse de ella antes de partir. Metió en su zurrón un queso y se puso en camino para alcanzar la cima más alta de la región, La Selena. Conocía allí a algunos pastores a los que había robado corderos muchas veces. Ellos también le habían robado a él y luego se habían hecho grandes amigos. "Iré a ponerme al abrigo en sus majadas, había decidido Theodoris, y si los turcos echan soldados a seguirme las huellas, les declararé la guerra. Formaré una banda, haremos una emboscada y gritaré: ¡Viva la unión!"

Al caer la tarde, dos agás se detuvieron a la puerta de la viuda Christina. Llamaron; no contestó nadie. Volvieron a llamar, los golpes retumbaban en toda la casa, pero nadie vino a abrir. Pasó un viejo turco que venía de buscar leña en la montaña.

—Salud, agás míos —dijo—. ¿Andáis detrás de Theodoris? Ya voló el pájaro. Se trasconejó en la montaña.

—No hables por hablar, viejo Ibrahim. ¿Tú le has visto con tus propios ojos?

—¡Por Mahoma!, con mis propios ojos le he visto, al giaur. Trotaba como un potro. Me dió miedo y me eché al suelo; cuando levanté la cabeza, ni rastros.

Los agás echaron unos cuantos juramentos, dieron unas cuantas cuchilladas a la puerta y se fueron. En el camino, al llegar al barranco que separa los dos pueblos, encontraron a Katherinio, la madre del guarda rural que había visto el fantasma de Manusakas. Había llenado su saquito de mostaza y de espárragos silvestres y volvía a su casa contenta a preparar la comida para su hijo. Con los dos huevos que tenía en casa, se disponía a hacerle una tortilla de espárragos.

Los dos agás se echaron sobre ella y la degollaron. Luego limpiaron los cuchillos en las hierbas que llevaba y se quedaron viendo cómo se iba en sangre.

—A falta de pan… —bromeó el más joven, y se echaron a reír.

Las aldeas vecinas estaban revueltas. Turcos y cristianos se sublevaban. Empezaron los asesinatos. Bien un cristiano que encontraban degollado en medio de la calle, bien el cadáver de un turco escondido en su propio jardín o arrojado en algún pozo seco. Las

noticias brotaban como centellas y prendían fuego de pueblo en pueblo. Candía misma fué alcanzada.

Un mediodía, Suleimán, el negro del pachá, se emborrachó, o más bien, los agás le emborracharon y le dejaron en los barrios griegos. “Suleimán, haz lo imposible por atrapar al Capetán Miguel, le dijeron. Si eres un hombre, mátale.” El negro sacó su yatagán, regalo del pachá en un día de bairam, y se precipitó, rugiendo, hacia las casas griegas. Los cristianos oyeron sus gruñidos, hicieron entrar a sus hijos que jugaban en las calles y cerraron las puertas.

“¡El negro! ¡El negro!”, gritaban las mujeres echando el cerrojo.

Era mediodía, los cristianos volvían a sus casas para almorzar y todos los que encontraban al negro echaban a correr, llamaban a la primera puerta y se metían en ella.

“¡Pobre Creta! ¡La sangre va a seguir corriendo!”, se decían. Unos suspiraban, otros irritados, salían de las bodegas donde se habían escondido para ponerse a limpiar sus armas oxidadas.

El negro se detuvo ante la fuente de Idomeno. El raki y el calor del mediodía le abrasaban, el sudor corría copiosamente por su frente, su cuello y sus muslos. Se inclinó y puso la cabeza bajo el caño para refrescarse, lanzando gemidos de búfalo. Todo el barrio temblaba de terror. Y como tenía las piernas separadas y la cabeza baja hacia delante, vió por entre el compás de sus muslos al Capetán Miguel que subía la calle. Cogió su yatagán, dió un grito y arremetió.

El Capetán Miguel le vió y se detuvo. Pensó un instante en retroceder, pero la vergüenza se lo impidió. Una puerta se abrió a su derecha y madama Krassogeorgis se asomó desmelenada.

—¡Por el amor de Dios, Capetán Miguel!, ¿qué haces ahí? Entra.

Pero el otro se había quitado el pañuelo de la cabeza y lo enrollaba en el brazo.

La puerta de enfrente se entreabrió. Madama Penélope estaba detrás con el oído atento. Apeló a todo su valor y abrió un poco más. La nariz y la mitad de la boca aparecieron.

—¡Vecino! —gritó—, ¡vecino, entra!

Los enormes pasos del negro repercutían en el silencio. Ya no estaba lejos. La puerta del Capetán se abrió y madama Katerina se echó a la calle.

—¡Miguel! ¡Capetán Miguel, ten piedad de tus hijos! —gritó, corriendo para alcanzarle, y vió al negro gigantesco plantado ante su marido. Sus dientes relucían, se reía y revolvía los ojos.

—¡Estás aviado, Capetán giaur! —Se arrojó sobre el Capetán Miguel blandiendo el sable.

La capetana corrió para ponerse delante de su marido, pero ya éste había asestado un golpe violento en el vientre al negro. La fiera rugió

y se derrumbó. Ocupaba todo el ancho de la calle. El Capetán Miguel se agachó, arrancó el yatagán de las manos crispadas, pasó sobre el cuerpo caído y se volvió a su mujer.

—Tu puesto está en la casa —dijo—. Anda.

Entraron los dos en la casa, el hombre delante, la mujer detrás. La capetana bajó una camisa limpia; la que llevaba el Capetán Miguel estaba empapada de sudor. Se mudó y su cuerpo se refrescó un poco. Miró el yatagán afilado y sonrió entre sus bigotes.

—Mujer —dijo—, dale este yatagán a Thrassaki. Le servirá para afilar los lápices.

Aquella tarde, en *Las Alamedas*, dos jóvenes turcos, los hijos del muecín maltrataron al bendito Bertoldo y destrozaron su sombrero de paja. Trataron de quitarle la pelerina, pero Bertoldo dió tales gritos que desistieron. A la mañana siguiente encontraron al muecín atado al gran plátano, desnudo, helado y amoratado. Le habían desnudado, dejándole solamente la barba para protegerse del frío, dijeron. Además le habían amordazado para impedir que gritase.

Cuando le descubrieron, le desataron, le friccionaron y le reconfortaron con tisana de salvia para que pudiese hablar, contó que dos cristianos, uno con extraños bigotes, parecidos a los de un gato y otro cojo, le habían raptado a medianoche. Después de desnudarle, le ataron al árbol con la cuerda que servía para ahorcar. Querían cortarle la barba, pero no tenían tijeras v se contentaron con escupirle antes de marcharse en dirección al puerto.

El pachá quedó trastornado al escucharle. Dió orden de que detuviesen a todos los cojos de Candía y los metiesen en la cárcel. Sólo el Capetán Stefanis fué inencontrable. Luego encargó a los verdugos que les apaleasen y le diesen aceite de ricino para obligarles a hablar, pero todos los cojos, dando pruebas de valor, se quedaron sin abrir el pico. Al cabo de tres días el pachá se cansó de mantenerlos y de darles aceite de ricino. Eran entre todos una treintena. Y los echó a la calle.

Suleimán, el negro, estaba con grillos. Al saber su ridículo fracaso el pachá se había enfurecido.

—¡Cochino negro! —gritaba furioso, pegándole en la cara con una vara que le desgarraba la carne—. ¡Puerco, giaur!, has avergonzado a mi pachalik[38]. ¡Giaur!

El pachá tenía ganas de decir mucho más, pero la cólera le ahogaba, se le torcía la boca, no emitía más que aullidos y sus labios lanzaban chorros de saliva. Al fin encerró al negro en un calabozo, le ató dos bolas de hierro a los tobillos y se calló.

Pasaron dos o tres días y empezó a soplar un viento sur que venía del África. El polvo se levantaba, fino, ardiente y se metía por las narices, las orejas y la boca de los candiotas. Candía humeaba,

abrasada. Al mediodía, los perros echados a la sombra jadeaban, los hombres, desfallecientes, se ahogaban, algunos, inmóviles en el fondo de sus tiendas, agitaban sus abanicos de paja o bebían sorbetes refrescantes. Barbayanis, en plena gloria, recorría las calles abrasadas y vendía sus sorbetes con hielo en abundancia. Aquella pizca de viejo, no temía ni el calor del verano ni las heladas del invierno. Era el interés lo que le refrescaba o le calentaba. Que hiciese frío o calor, en su cuerpo reinaba la misma temperatura. En el verano no se quitaba la camiseta y en el invierno no llevaba abrigo.

En los huertos, las sandías engordaban hasta estallar. Todas las mañanas los hortelanos las transportaban y las amontonaban en la plaza al pie del plátano y en los Tres Arcos. Había montañas de sandías, de melones amarillos o verdes y de calabazas dulces. Las primeras granadas y las uvas doradas estaban maduras, y también los higos tempranos agridulces, hicieron su aparición en el mercado. La tierra no cesaba de producir y los vendedores de frutas no podían seguirla. Pregonaban turcos y cristianos, desgañitándose ante los montones de mercancías y vendían todo lo que les era posible, bien al peso, bien a ojo simplemente. Lo que sobraba era para los pobres. Por la tarde, cuando quedaban legumbres o frutas sin vender, los comerciantes daban palmadas y gritaban: “Gratis. Gratis.” Entonces, los viejos y los chicos que se aglomeraban alrededor del mercado, arramblaban con todo y se iban corriendo, llevándose todo lo que podían transportar.

Después que se ponía el sol, la tierra respiraba mejor y Candía se hundía suavemente en la sombra. Las amas de casa echaban cubos de agua en el suelo de sus patios y se reunían en una casa o en otra para charlar. Aquel domingo se habían reunido en el patio de madama Krassogeorgis que celebraba el cumpleaños de su hijo mayor, Andrikos, el muchacho que, con Thrassaki, había organizado el rapto de Alameda, hija del seor Paraskevas. Madama Krassogeorgis estaba orgullosa de su hijo, una especie de fiera que, en sus crisis de cólera, rompía platos y pegaba a la criada, Jazmina. En honor suyo, la madre, recibía aquel día a las vecinas y les ofrecía el halvá de sémola preparado por ella. Mientras mascaban con satisfacción, las vecinas le expresaban sus deseos de que Andrikos viviese muchos años y llegase a ser Capetán en la montaña o demogeronte[39] en la ciudad. “Y que se case con Alameda, añadió madama Mastrapas riendo. Y que llene este patio en que estamos de pequeños Krassogeorgis y de pequeñas Alamedas.”

Cuando estaban comiendo el halvá y bromeando, madama Penélope apareció en la puerta con los ojos hinchados, pálida, llevando el vestido remendado y manchado de aceite que sólo se ponía para andar por casa. Antes de llegar adonde estaban sus amigas

estalló en sollozos. Todas las mujeres se levantaron, la hicieron entrar y la obligaron a sentarse y madama Krassogeorgis le trajo jarabe de guinda para reconfortarla. Pero madama Penélope bebía, y bebía sin dejar de lamentarse.

"¿Qué te ha pasado, madama Penélope?", le preguntaban. "¿Por qué lloras?"

—¡Dimitros!… ¡Dimitros!… —gritó, tragando el último sorbo de jarabe.

—Dios mío. ¿Está enfermo?

—¡Se ha ido!

—¿Se ha ido? ¿A dónde?

—¡Ha cogido su paraguas y se ha ido!…

—Pero ¿a dónde?

—¡Se ha ido también a la montaña!…

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que le ha entrado, madama Penélope?

—¡Oh!, un arranque de mal humor… Ha cogido su paraguas y se ha ido. No es la primera vez, ya lo hizo antes. La última vez también se llevó el paraguas. Fué durante la revolución de 1878.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Mal síntoma. Podéis creerme, vecinas —exclamó madama Chrysanthi, la hermana del Capetán Polyxinguis, dando con la palma de la mano en su rodilla—. ¡Va a estallar la revolución!, pondría la mano en el fuego.

—¡No digas eso que el diablo va a oírte!

—¡Pondría la mano en el fuego! —repitió madama Chrysanthi—. Dimitros barrunta la revolución como las ratas barruntan el temblor de tierra. ¡Y se ha llevado su paraguas!…

—Se ha ido sin un céntimo… —lloriqueó madama Penélope—. ¿Quién va a hacerle la comida, quién va a hacerle la cama? No se ha llevado más que el paraguas. ¿Qué es lo que puede hacer con eso? Y luego va a volver cayéndosele los calzones, como la otra vez.

—No te aflijas por eso, madama Penélope —dijo madama Krassogeorgis—, a mí empieza ya a repugnarme lo gordo que está mi marido.

Pero no había medio de consolar a madama Penélope. Como volvía a abrir la boca para gimotear, madama Krassogeorgis se le adelantó y le trajo un plato de halvá con muchas almendras.

—Vecina, ¿qué ha sido del Capetán Miguel? —preguntó madama Krassogeorgis, por cambiar de conversación—. Hace mucho tiempo que no le veo.

—Está bien, gracias a Dios —respondió la capetana—. Pero sale de casa al amanecer y no vuelve hasta la noche. ¿Cómo vas a verle?

Suspiró discretamente y se calló.

El Capetán Miguel estaba bien, en efecto, pero andaba de un lado

para otro, como un león enjaulado. Saltaba sobre su yegua, atravesaba los campos al galope, cruzaba el puente de Pendevi y rondaba el pabellón de Nuri… lo miraba de lejos, por entre los olivos y los cipreses, con el corazón aullante.

“¡Espera, espera!… No te precipites, ten paciencia, es necesario que se cure primero… ”, murmuraba y se volvía.

Todos los días, al caer la noche, Alí Agá, cubierto de polvo, volvía del pabellón de Nuri trayendo noticias.

—Hoy ha intentado levantarse, pero tenía tales dolores que se tuvo que volver a acostar..— Hoy ya se ha levantado. Ha salido al patio apoyado en el brazo del negro. Yo estaba en un rincón, detrás de la fuente y le miré… Te juro, Capetán, que no le habría reconocido, tan pálido y delgado está. ¿Qué ha sido de sus carrillos, de su papada y de sus bigotes teñidos? Se ha encogido completamente. — Hoy salió al patio, sin el negro y se paró a la puerta. Me vió y yo me acerqué para saludarle, pero me dijo con el gesto que me alejase. No quiere hablar con nadie. Entonces me fui. — Hoy, el negro le ayudó a montar a caballo y se paseó un poco. Pero el negro iba corriendo detrás para impedir que se cayese si se desvanecía… Ah, si hubieras visto el caballo, Capetán. Iba despacito, parecía que comprendiese.

Por fin, una tarde, mucho tiempo después, Alí Agá, todo sofocado, llegó al almacén donde lo esperaba el Capetán Miguel sentado en la sombra.

—Está curado —dijo el viejecito—, Mustafá Babá ha dejado hoy el pabellón. “Ya no tienes necesidad de mis servicios, ha dicho a Nuri. Alá hará el resto.” Y se ha ido. Por la tarde, el bey montó en su caballo y se fué a pasear. El negro no iba con él.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Está sonrosado como antes? ¿Está envejecido? ¿Ha recobrado sus fuerzas?

—Todavía tiene mal aspecto, Capetán, está amarillo como un cequí. Está triste, no abre la boca, no come; la vieja nodriza me lo ha dicho. No bebe, no duerme y no hace más que suspirar. El otro día cuando la negra le preguntó si Emina vendría pronto al pabellón, estuvo a punto de desvanecerse. Se agarró a la barandilla de la escalera para no caerse, mirando a la nodriza con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Ya estás hablando demasiado, Alí Agá, ahueca el ala!

Alí Agá no se iba. Quería decir algo más pero titubeaba.

—¿Por qué refunfuñas y te rascas? ¿Tienes alguna otra noticia que darme?

Alí Agá bajó la voz:

—Parece ser, Capetán… —empezó a decir, pero se calló.

—¡Habla, condenado!, eso también te lo pagaré.

—Parece ser que está mutilado, el infeliz…

—¿Quieres decir?

Alí Agá todavía más bajo:

—Que ya no es un hombre… Y Emina Hanum lo sabe…

—¡Déjame en paz!

El viejecillo se precipitó a la puerta, chocó con los rollos de maromas, con las latas y salió a la calle.

El Capetán Miguel se había estremecido.

“No, no es posible, gruñía paseando de un lado para otro en el fondo oscuro de su almacén. No lo creo, no puede ser.”

No podía creer que un hombre pudiese sufrir un desastre semejante. “No es posible, repetía incansablemente, mordiéndose los bigotes. Y si es posible, si es verdad, yo no puedo vengarme de un lisiado. ¿Qué venganza sería ésa? Además, ¿en qué se queda la muerte al lado de una cosa semejante?” Bruscamente tomó una decisión. “Voy a verle con mis propios ojos.”

Sin embargo, esperó todavía unos cuantos días. “Tengo que dejarle que se reponga, pensaba, hay que esperar a que se cicatrice la herida completamente y recobre las fuerzas de antes.” Un domingo saltó sobre su yegua, y tomó la dirección del puente de Pendevi. La llanura estaba ya segada, las viñas se inclinaban bajo el peso de los racimos. Arriba el cielo ardía.

“¡Cosecha, vendimia, guerra!…, murmuró. ¡Cosecha, vendimia, guerra!, ¡pobre madre!” Y en su pensamiento, abrazó a Creta lleno de compasión.

La amaba como se ama una cosa viva, cálida, que grita y llora. Para él no estaba hecha de tierra, de piedras y de raíces de árboles, sino de millares de abuelos y de madres siempre vivos que se reúnen en la iglesia el domingo, se sublevan periódicamente, despliegan una inmensa bandera que desentierran de sus tumbas y se van a hacer la guerra en las montañas. Y durante años, inclinadas sobre esa bandera, esas madres a las que la muerte no alcanza han bordado con sus cabellos de ébano, grises o blancos, las palabras eternas: ¡libertad o muerte!

Los ojos del Capetán Miguel se llenaron de lágrimas. Cuando estaba solo no se avergonzaba de llorar pensando en Creta. “¡Pobre madre!, seguía murmurando, ¡pobre madre!”

Pasó bajo el puente de Pendevi. El sol llegaba casi al cénit cuando el Capetán Miguel divisó el pabellón del bey entre los olivos. Espoleó a su yegua.

La puerta estaba abierta; entró. Echó pie a tierra y miró a su alrededor. ¡Cómo habían pasado los años! Allí, en aquel patio, bajo aquel olivo hueco se habían sentado cara a cara. Su sangre hervía.

¿Matarse o hacerse hermanos? Habían elegido hacerse hermanos. Y ahora —¿lamentaría Dios haberles unido entonces?— después de tantos años, iban a encontrarse en el mismo patio, para tratar de matarse…

Un sirviente acudió y le reconoció.

—Bienvenido, Capetán Miguel —dijo.

—¿Dónde está el bey?

—Está arriba.

—Ve a decirle que estoy aquí y quiero verle.

El caballo de Nuri olió a la yegua. Su noble cabeza asomó por encima de la puerta de la cuadra y dió un largo relincho. La yegua se volvió y le vió, pero no respondió porque estaba preñada.

Volvió el sirviente.

—El bey me envía a darte la bienvenida de su parte y a rogarte que esperes un poco a que se vista y se prepare para recibirte… ¿Desensillo a la yegua, Capetán?

—No.

Salió, se acercó a la fuente, descolgó el cubilete de cobre y bebió. Alrededor de aquel cubilete donde habían mezclado su sangre, había grabadas unas letras turcas que Nuri Bey le había descifrado aquella famosa noche: “Pasajero, levanta el cuello bien alto y bebe. Hasta las gallinas, cuando beben levantan el cuello y dan gracias a Dios.”

El sirviente volvió a aparecer.

—Ten la bondad de entrar, Capetán. El bey está sentado en el diván esperándote.

El Capetán se apretó el pañuelo en la cabeza, disimuló el mango de su puñal entre los pliegues de la faja, se retorció los bigotes y entró.

Nuri Bey estaba en el rincón más oscuro del diván. Se había vestido y adornado como un novio. Adivinó con qué objeto venía a verle su visitante y le dió vergüenza presentarse ante él pálido y decaído. Pintó de negro sus bigotes, se coloreó las mejillas y se subrayó los ojos con kohol para que pareciesen más brillantes. Había también escondido su cuchillo de mango negro en la faja.

—¡Salud, Capetán Miguel! —dijo tendiéndole la mano. Pero el otro conservó las suyas profundamente hundidas en su faja. No quería tocar la mano que había matado a su hermano. Nuri Bey retiró su mano y, confuso, se recostó en la pared.

El Capetán Miguel siguió de pie. Se esforzaba por distinguir a Nuri en la sombra y calcular las fuerzas con que contaba, para hablarle en consecuencia.

—¿Tienes prisa, Capetán Miguel? ¿No te sientas? Te has tomado el trabajo de venir…

—¿No puedes levantarte, Nuri Bey? —dijo el Capetán Miguel—. El

asuntito que me trae a tu casa no se arregla sentados en divanes.

—Lo comprendo. No tienes necesidad de decírmelo, Capetán Miguel. Lo comprendo. Pero cada cosa a su tiempo, no te apresures. Tomemos primero un café. Luego, haremos lo que tú quieras, Capetán Miguel, ya que lo quieres así.

Su voz era tranquila, cansada y llena de amargura.

—Bueno, Nuri Bey, si tanto empeño tienes no me apresuraré —dijo el Capetán Miguel, sentándose enfrente de Nuri. Alargaba el cuello para distinguir la cara del bey en la oscuridad, pero éste desaparecía cada vez más en el rincón oscuro.

—Has estado herido, Nuri Bey. Gravemente___ según dicen.

—Ya estoy bien, muy bien, tan bien como antes. He recobrado todas mis fuerzas, Capetán Miguel, no te preocupes —respondió el bey con obstinación—. Todavía aguanto mucho.

—Me alegro —dijo el Capetán Miguel y se calló.

Trajeron el café. Liaron un cigarrillo con la cabeza baja, en silencio. “Viene a matarme para vengar a su hermano, pensaba Nuri Bey. Bienvenido sea. ¿Qué puedo hacer ya con la vida? Para mí, ahora, vida y deshonor son una misma cosa.”

—¡Bienvenido seas! —dijo en voz alta—. Hace muchos días que te espero.

—He tomado el café que me has ofrecido, Nuri Bey, he fumado un cigarrillo, no tenemos nada más que decirnos, levántate.

—A tus órdenes. —El bey reunió todas sus fuerzas y se levantó. Sintió dolor y se mordió los labios, pero logró no traicionarse.

Avanzó con las piernas separadas, cojeando ligeramente. Al salir al patio el sol le iluminó enteramente.

El Capetán Miguel al verle a la luz se estremeció. ¿Dónde estaba Nuri Bey, el robusto y gallardo, el hombre de cara de luna llena, el león de Turquía? Tenía las mejillas hundidas, la mirada apagada, y la boca contraída como si llorase continuamente… Se había empolvado y teñido, pero detrás de los afeites el Capetán Miguel veía su cadáver. Frunció las cejas. “No voy a emprenderla con este lisiado. Sería una vergüenza”, pensó.

—Nuri Bey —dijo—, ¿tu no estás todavía enteramente curado?

—¿Me encuentras pálido? ¿Decaído? Echa a andar. Salgamos al aire y verás.

Avanzó con los muslos separados. En medio del patio se volvió. El Capetán Miguel no le seguía. Inmóvil, le miraba desde el umbral…

Nuri Bey se estremeció: “Ha comprendido, el giaur, ha comprendido y retrocede ” Se esforzó en hablar con voz firme.

sin conseguirlo.

—Capetán Miguel —dijo con tono de lamento—, te esperaba hace

mucho tiempo. No he esperado a nadie más, ni musulmán ni griego, durante todo este tiempo, a nadie más que a ti en el mundo. ¿Y ahora que estás aquí quieres irte?

El Capetán Miguel calló. Cuanto más tiempo pasaba, más crecía en él la compasión y le oprimía el pecho.

—¿Qué es lo que me miras? La enfermedad ha liquidado mis mejillas, pero sigo siendo fuerte. No hagas caso de lo que diga la gente, Capetán Miguel, soy tan fuerte como antes. Vamos, sígueme.

Pero el Capetán Miguel no se movía.

—¿Quieres verme montar a caballo? ¿Quieres que saque mis pistolas para que veas cómo tiro? Ponme una sortija como blanco y la bala' pasará por ella. Vamos, te digo. Vamos afuera y veremos quién es un hombre.

Se ladeó el turbante, puso gallardamente la mano en la cintura y esperó. Pero su frente se había cubierto de sudor y sentía un dolor intenso en los riñones. El Capetán Miguel le miró:

—Nuri Bey —dijo tranquilamente—, no grites tanto, te cansas. Entremos.

El corazón de Nuri Bey se rompía. Dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos. Se volvió hacia la puerta por ocultar su sufrimiento. “Tiene lástima de mí, pensó. A eso he llegado, a dar lástima, ¡yo, yo, Nuri!”

—Volvamos, Nuri Bey —repitió el Capetán Miguel—. Otro día será.

Nuri Bey no se recató más. Volvió sus ojos llenos de lágrimas hacia el sombrío visitante:

—Capetán Miguel —dijo bajando la voz por no llamar la atención de los servidores—, has venido para matarme. ¿Por qué no me matas?

—Volvamos —repitió el otro—, volvamos, Nuri Bey, nos entenderemos.

Se acercó a él, le tomó por el brazo y sintió temblar todo su débil cuerpo. El bey no intentó resistir, le siguió cojeando, hablando y lamentándose.

—Tú eres mi hermano de elección. Recuérdalo, fué en esta casa apartada de todo, donde mezclamos nuestra sangre. No te pido más que una cosa: mátame. ¡Es lo único que te pido!

—No te ofendas, Nuri Bey, pero otro día… —respondió el Capetán Miguel.

—¿Tienes lástima de mí, no es eso? —volvió a ocupar su sitio en el rincón oscuro del diván—. Tienes lástima de mí —repetía.

Pero el Capetán Miguel callaba. No podía soportar el espectáculo de un sufrimiento semejante, lo único que quería era marcharse. Ya no tenía nada que hacer en aquella casa turca. No podía arreglar ninguna cuenta con aquel desgraciado. La muerte, eso no era nada…

Se levantó. El sol empezaba a descender.

—Hasta la vista, Nuri Bey —dijo—. Me voy.

El bey no respondió. Estaba amodorrado en su rincón; de cuando en cuando todo su cuerpo era sacudido por escalofríos, tiritaba.

—Nuri Bey, hasta la vista —repitió el Capetán Miguel—, me voy.

La voz del bey se dejó oír esta vez muy lejana, ronca y desesperada:

—Tienes razón, Capetán Miguel, tienes razón. Que te vaya bien.

De pie, inmóvil, el Capetán Miguel le miraba. Recordaba su belleza de otros tiempos, su valor, sus aventuras, las chispas que saltaban bajo los cascos de su caballo cuando pasaba, su hospitalidad y la nobleza de su alma.

—Capetán Miguel —volvió a decir la voz ronca que venía del otro mundo—, si crees que alguna vez he sido valiente, si crees que he sido un hombre, ven y dame la mano. Si no, vete y que te vaya bien.

El Capetán Miguel cogió la mano marchita y la estrechó suavemente por no hacerle daño.

—Hasta la vista, Nuri Bey —dijo.

—¡Adiós, más bien, Capetán Miguel! ¿Quién sabe? Adiós. ¿Has comprendido acaso?

—He comprendido —respondió el otro cruzando el umbral. Y súbitamente la terrible fiera sintió anudada su garganta.

Nuri Bey esperó acurrucado en su diván, todavía unos minutos. Se oyeron los pasos de la yegua en las losas y luego nada. El sol iba cayendo, entraba por la ventana y recubría las paredes con una tapicería de oro, luego se retiró, dejando la habitación en penumbra.

Nuri Bey se levantó lentamente del diván, se lavó con jabón perfumado de almizcle, cambió su ropa interior, vertió sobre su cabeza un frasquito de agua de lavanda y se peinó largamente. Luego bajó a la cuadra, acarició a su querido caballo con mano ávida y lenta, desde las orejas elegantes hasta las finas patas. El animal, satisfecho, acariciaba los cabellos y la nuca de su amo con el borde de su hocico y relinchaba con alegría.

“¡Adiós, adiós, pequeño mío!”, murmuró el bey, con los ojos llenos de lágrimas.

Se separaron. Nuri subió a su cuarto, cogió una hoja de papel y escribió: “Quiero que después de mi muerte mi caballo sea degollado sobre mi tumba.” Luego puso su sello.

Se sentó con las piernas cruzadas, en medio de la habitación, sobre el viejo tapiz oriental donde su padre se arrodillaba en otros tiempos, siete veces al día para hacer su oración. Por la ventana abierta miró el cielo lleno de estrellas. Un viento violento se había levantado, en el patio ladraba el perro. Un agoyatis[40] cantaba, muy lejos. Se desgarraba

el pecho cantando y exaltando a la mujer. Nuri pensó en Emina. Cerró los ojos y suspiró.

“Mundo engañador, murmuró, mundo engañador, ¡adiós!”

Sacó el puñal de la faja, lo levantó bien alto y, con todas las fuerzas que le quedaban, lo hundió en su corazón.

VIII

Al día siguiente, por la mañana temprano, en cuanto se abrió la puerta de La Canea, corrió por la ciudad la triste noticia: Han encontrado a Nuri Bey muerto en su pabellón. En los cafés turcos todos se desgañitaban. Unos decían: son los griegos los que le han asesinado. Otros afirmaban que había sido suicidio. El muecín apareció en lo alto de su minarete y las palabras se atropellaban en su boca; espumeaba de furor: "¡Crimen!, ¡giaurs! ¡Mahoma!…" era todo lo que se entendía. Los cristianos abandonaron el trabajo, se reunían de dos en dos o de tres en tres, hablaban a media voz y se metían en sus casas antes de la puesta del sol.

La atmósfera era cada vez más pesada. Las caras cada vez más feroces. Los soldados, con el fusil en bandolera, hacían la ronda por todos los barrios. El pope mismo fue a los funerales de Nuri. Detrás de él iban el imán y el muecín, luego el cortejo ruidoso de los agás armados. Suleimán, el negro, seguía también el cortejo. El pachá, cansado de oírle gemir, le había liberado de sus grillos y le llevaba otra vez con él.

Los criados de Nuri llevaban el cuerpo de su amo desde el pabellón hasta el cementerio. El caballo iba detrás, relinchando, con ojos espantados y husmeando el aire como si tratase de comprender.

Todos los turcos de Candía se reunieron alrededor del féretro. Con voz aguda y monótona, el imán leyó las oraciones y acompañó al muerto hasta el umbral del otro mundo. El muecín se acercó, desató el turbante blanco que rodeaba la cabeza del muerto, manchado de sangre, y lo guardó en su pecho. Uno por uno se inclinaron y le dieron sus adioses, luego bajaron el féretro a la tumba y lo colocaron al lado del de su padre. Entonces el pachá dió orden de que trajesen el caballo. Tenía en la mano el papel que el negro le había dado.

—Agás —dijo el pachá—, tengo en la mano el papel donde el difunto ha escrito y firmado su última voluntad. Poned atención.

Puso la hoja de papel bien a la luz y leyó: "Quiero que después de mi muerte mi caballo sea degollado sobre mi tumba."

Ante aquellas palabras, los agás se estremecieron. Miraron el caballo. Con la cabeza inclinada sobre la tumba, el animal olfateaba la

tierra y gemía; sus crines azuladas llegaban al suelo. Parecía una plañidera que hubiese destrenzado sus cabellos para decir el mirologui. Golpeaba el suelo con su pezuña, relinchaba tristemente y llamaba a su amo desaparecido.

—¡Es un crimen! —dijeron todos.

—Sea o no sea un crimen, es la voluntad del muerto —respondió el pachá—. Bien sabe Dios que a mí también se me parte el corazón, pero es la voluntad del muerto: Quiere llevárselo con él. Yo, en su lugar habría hecho lo mismo. ¿Quién tiene el valor de sacar el cuchillo y degollarle?

Todos los asistentes se estremecieron. Con el corazón oprimido miraban el cuerpo perfecto que relucía al sol completamente desnudo: No es un griego para que tengamos ganas de matarle, no es tampoco un cordero, para degollarlo y comerlo. Es un adorno de la tierra, es el orgullo de Candía. Los entendidos vienen de La Canea y de Rethymno para admirarlo… ¿Quién puede atreverse a cortar semejante cuello?

Irritado y emocionado el pachá resoplaba como un buey.

—He preguntado quién de vosotros tiene el valor de degollarle —dijo mirando a los agás uno por uno.

Nadie se movió. El caballo, echado sobre la tumba olfateaba el suelo. Relinchaba y su voz parecía un lamento humano. Era más un llanto que un relincho.

El pachá se volvió a su negro.

—¡Negro! —dijo—, ¡degüéllale tú!

El negro sacó su cuchillo y dió un paso, pero le temblaron las piernas y tuvo que agarrarse a una lápida. Luego dió otro paso; el caballo le vió y se sobresaltó. Levantó la cabeza y se quedó mirándole sin rechistar. El negro retrocedió.

—¡Valor, condenado Suleimán!, cierra los ojos y échatele encima —ordenó el pachá, a punto de llorar.

Todos tenían los ojos fijos en el negro.

—Si le mata, ¡por los huesos de mi padre!, yo le hago papilla a ese negro —rugió un hombre, con los ojos llenos de lágrimas.

El negro blandió su arma y se acercó un poco más al caballo. Empezó a injuriarle para enardecerse, pero le temblaba el brazo. El animal bajó la cabeza, olfateó la tierra y volvió a relinchar. Al negro se le cayó el brazo.

—¡Pachá Effendi! —dijo con voz ronca—, ¡Pachá Effendi, no puedo!

—¡Bravo, Suleimán! —dijeron algunos.

Los corazones sintieron alivio.

—¡No puedo! —repetía el negro.

—¡Quédate tú con él, Pachá Effendi! —gritaron los agás—, quédate

con él si crees en Alá. ¡Sálvale!

—Tengo miedo del muerto —dijo el pachá, mirando al radiante caballo con pasión.

Dió un paso y alargó el brazo para acariciar al animal, pero éste resopló y empezó a cocear amenazante. Luego empezó a dar vueltas alrededor de la tumba, dando coces al aire, sin dejar que se acercase nadie.

—Vámonos —dijo el pachá—. Dejémosle aquí con su pena. Él también tiene un alma. Y, por lo demás, podéis estar tranquilos, el hambre lo amansará. Que el criado del difunto lo cuide y lo vigile. Que le dé de comer y de beber, y cuando esté manso que me lo lleve.

Diciendo esto, tomó tranquilamente la dirección de la ciudad seguido por los agás. "Alá es grande y bueno, ama a los pachás", pensaba. Cuántas veces no habría codiciado él aquel caballo. "Montarle, apretarle entre sus rodillas y recordar su juventud… Si me hubiesen puesto todas las mujeres de Candía de un lado y del otro ese caballo ¡al diablo las mujeres!, habría escogido el caballo. Y ahora, ¡qué generoso eres, Dios mío!, haces morir a Nuri Bey y me das el caballo."

Miró hacia el cementerio. El animal seguía echado sobre la tumba y se lamentaba.

Llegaron al fin ante los antiguos fosos de Candía, que habían sido transformados en huertos y melonares. El sol, en el momento de ponerse, besaba un león de piedra incrustado en la muralla veneciana. Una nube de cuervos que, con el vientre repleto de carroña, volvía de su rapiña cotidiana, se recogió en las troneras ruinosas. En el silencio del crepúsculo, Candía ladraba, relinchaba, gritaba y detrás de ella, el mar todopoderoso gemía gravemente.

El pachá se detuvo, reunió a los agás a su alrededor y les habló:

—Escuchadme, grandes y pequeños agás, Creta está colgando de un hilo. Nuri se ha matado él mismo, lo juro ante Dios. No hagáis de él una bandera para sublevar a los turcos y recomenzar las represalias. Si una sola nariz sangra, ¡lo juro por Mahoma!, no haré colgar del plátano sólo giaurs sino también musulmanes. ¡Tened mucho cuidado!

Se volvió a su negro.

—Vamos, Suleimán —dijo y entró él primero en la ciudad, resoplando.

El. muecín meneó la cabeza. Sin decir palabra, los otros cambiaron miradas significativas. "¡Qué pingajo de pachá, qué hijo de griego!", se decían. "¿Qué es lo que está haciendo en Creta? Nos prohíbe que hagamos sangrar una nariz, pero ¿sin huevos se puede hacer una tortilla?"

Antes de cruzar la puerta de Candia, el muecín sacó de su seno el

turbante ensangrentado de Nuri y lo ató a la punta de su bastón como bandera.

—¡Sus y a los giaurs!, degollémosles —rugió y se puso a la cabeza del grupo de los agás.

Abajo, en los fosos, dos viejos cristianos estaban sacando agua de un pozo y regando.

—¡Ahí tenéis dos giaurs! —dijo el muecín—. ¡Adelante, muchachos!

Dos hombres se precipitaron, blandiendo sus cuchillos.

—¡Mi bendición os acompañe! —gritó el muecín—. ¡Adelante, muchachos!

Los dos armados de cuchillo, se deslizaron por el sendero, apartaron las cañas, los grandes girasoles y llegaron al pozo. Cogieron a los dos viejos, apoyaron sus cuellos en el brocal…

—¡Cuidado, muchachos!, no les hagáis sangrar por la nariz —lanzó el muecín con una carcajada.

…y las dos cabezas cayeron al pozo.

—¡Adelante, hermanos míos! —gritó el muecín—. ¡Unámonos!

Llevaba su bastón muy alto y el viento del mar hinchaba el turbante ensangrentado de Nuri. Los guardias se disponían a cerrar la puerta. El muecín les vió y apresuró la marcha. Detrás de él, los agás iban a buen paso. Entraron en la ciudad aullando.

Los cristianos los habían oído de lejos. Cerraron precipitadamente tiendas y talleres y se atrincheraron en sus casas.

El muecín se detuvo ante el café turco, junto a la puerta de La Canea y enarbolando su estandarte, gritó:

—¡Alá! ¡Alá! ¡A muerte los giaurs! —Pero el viejo Selim Agá y otros hombres tranquilos y sensatos, deseosos de hacerle renunciar a sus intenciones sanguinarias, le metieron en el establecimiento y encargaron para calmarle café, lukumes y un narguile. En seguida mandaron buscar a Effendín para que contase historias de Scheherezada que hablaban de mujeres, de hermosos muchachos y de tartas de nuez y miel.

Pasaron dos días, luego tres. Los cristianos temblaban de miedo a la idea de caer en un lazo si los turcos determinaban cerrar las puertas de Candía en pleno día. Los turcos eran muchos y los cristianos pocos: todos serían degollados.

El tercer día otra mala noticia. Los turcos habían entrado en el monasterio de Angarathos, a medianoche, y habían degollado al gran Agathangelos. El pobre monje estaba acostado en la terraza. Venía de inaugurar una iglesia en Thrapsanos, había bebido y comido bien, dormía profundamente y le cortaron la cabeza sin tomarse el trabajo de despertarle. Pero una desgracia no viene nunca sola y, el miércoles,

en Zaro, la rica aldea turca, un monje, primo de Agathangelos, bajó de Vrondissi, el célebre monasterio al pie del monte Ida, y mató a Babali, el agá sanguinario que había atado a dos cristianos a la noria de su jardín para que sacasen agua y regasen sus legumbres.

Los crímenes se sucedían y la guerra estallaba en toda Creta, de pueblo en pueblo.

Los turcos que vivían en los pueblos griegos tuvieron miedo, cargaron todos sus trastos en sus burros: ropas, artesas, cunas, utensilios de cocina, instrumentos de trabajo, mujeres, hijos y nietos en mantillas para refugiarse en Candía. Por su parte los cristianos más sensatos y los menos valientes, reunieron también a sus familias, cogieron sus bultos y ganaron la montaña.

El pachá perdía la cabeza. Era la primera vez que asistía a una revuelta de aquel género en Creta y él no estaba hecho para complicaciones. Era un buen oriental, nacido en Brussa, que no le gustaba más que la comodidad, las golosinas y el sueño. ¿Por qué tenían ellos que pelearse con los cretenses? Y precisamente en el momento en que se preparaba a tomar posesión del célebre caballo. Le habría alimentado con azúcar, le habría dado agua en el cuenco de sus manos para amansarle, para que no le tirase cuando fuera a pasear en él a los Tres Arcos. ¡Qué mal momento han escogido para sublevarse esos condenados cretenses! El pachá perdía la cabeza. Corría a casa del metropolitano y le suplicaba: “Metropolitano Effendi, excomulga al que mate a un turco y amenázale con la maldición eterna.” O bien iba a los pueblos turcos: “No os vayáis, pedazos de imbéciles, no dejéis vuestras casas, gritaba suplicante. ¡Yo os juro que no sangrará ni una nariz! He dado parte a Constantinopla, van a mandamos un ejército regular y todo volverá al orden.”

Pero la situación no parecía mejorar. Para remate, el domingo llegó otra noticia. Un cierto Capetán Theodoris había pegado fuego a Lassithi, un pueblo turco, en pleno mediodía. Era demasiado.

Los giaurs pasaban de los límites. Los agás, muy agitados se presentaron en casa del pachá, con todas sus armas.

—Pachá Effendi, esto ya muy mal. Los giaurs están cada vez más insolentes; ahora se han puesto a quemar nuestros pueblos. ¿Estás al corriente de lo que ha pasado en Lassithi?

—¿Quién es ese Capetán Theodoris? Es la primera vez que le oigo nombrar —dijo el pachá, desgranando su rosario de ámbar, con aire cansado.

Un agá de Petrokephalo i saltó:

—¡Capetán! ¡Mala peste se lo lleve! Es un pipiólo que tiene todavía la leche en la boca. ¡Una cochina raza! Es el hijo de aquel Manusakas que mutiló a Nuri Bey, es el sobrino del Jabalí, el Capetán Miguel. ¿Y

nos declara la guerra ese mocoso? Si no haces que lo agarren y lo empalas en los Tres Arcos, ya te prevengo, prendemos fuego a los barrios griegos de Candía. Esto es lo que teníamos que decirte, Pachá Effendi. Peor para ti si al sultán no le parece bien.

—¡En nombre del Profeta!, no hagáis semejante cosa —gritó el pachá—. Mi cabeza no está ya muy segura. Se sostiene mal sobre mis hombros. Si hacéis eso, el sultán va a mandarme un firmán.

—Entonces, agarra a Theodoris y empálale, si no, hacemos tabla rasa de Candía.

—¿Y dónde encontrarle?

—En Lassithi. ¡Manda soldados!

Mandó soldados a las montañas circundantes. Theodoris, advertido, hizo una llamada y algunos exaltados que no sabían cómo aplacar su sangre hirviente, se unieron con él en un cerro del monte Selena.

Theodoris había madurado pronto, errante de montaña en montaña, perseguido por los agás de Petrokephalo, que habían jurado vengar a Hussein. Solo o ayudado por algunos compañeros intrépidos, se defendía contra los turcos y cuando su situación se hacia demasiado peligrosa escalaba las rocas abruptas y huía. Utilizaba el fusil de su padre, llevaba sus botas, su traje, su pañuelo a la cabeza que olía a sudor rancio y se sentía más unido que nunca con su célebre progenitor. Su valor le invadía, comunicado por las vestiduras, y llenaba su pecho, sus brazos y sus muslos. El padre resucitaba, él y su hijo no eran más que uno. Theodoris maduraba y se nacía más valiente de día en día. Su palabra tenía peso y sus actos eran siempre gravemente reflexionados. Todos sus compañeros, hasta los más viejos, que habían sido ya curtidos por la guerra, le escuchaban y le consideraban.

Pero la lucha se hizo más difícil cuando el pachá mandó a los soldados sobre sus huellas. Una veintena de muchachos respondieron a la llamada de Theodoris.

—¡Turquía quiere beber nuestra sangre! —gritaba Theodoris—. Por esto, hermanos, os he hecho venir. ¿Sabéis lo que pasa? Los turcos y los cristianos siguen peleando. La chispa ha saltado de nuestras aldeas hasta Candía. De Candía irá a Rethymno, y de Rethymno a La Canea. Toda Creta arderá. No os engañéis, no creáis que esos perros de turcos persiguen sólo a un asesino. Aunque le agarren no depondrán las armas. Odian a toda la Cristiandad. Nuestros abuelos y nuestros padres lo sabían, por eso llevaron consigo el estandarte de la libertad. Ahora nos toca el turno a nosotros. Antes de partir abrí el cofre de mi padre y cogí su estandarte. ¡Viva la unión! —gritó—, vedlo, leed: ¡Libertad o Muerte! —Diciendo esto desplegó la bandera griega.

Informaron de todo al pachá, que se puso furioso. Fué a ver al metropolitano. El gran imán de los giaurs no comprendía, él iba a explicárselo. Y se puso en camino hacia el arzobispado, seguido de su negro. Por el camino se ahogaba de cólera. Como si no tuviese ya suficientes disgustos con Creta, otra mala noticia le habían dado aquella misma mañana. El criado de Nuri, que había quedado en el cementerio apareció corriendo:

—¡Pachá Effendi, el caballo se ha muerto! Se ha muerto sobre la tumba.

—No le habrás dado de comer ni de beber.

—¡Le he dado, Pachá Effendi! ¡Le he dado!, pero él no ha querido comerlo. Él ha querido morirse y se ha muerto.

El sol estaba en su cénit. En el minarete, el muecín alargaba el cuello y ensalzaba los encantos de la oración y la misericordia de Dios. El metropolitano, sentado en el diván, en gran conversación con el sapientísimo Hatzisavas, pasaba las cuentas de su rosario de ámbar. Los dichosos años de su juventud volvían a su mente; pensaba en los tiempos en que era archimandrita en Kiev y representante de los Santos Lugares. Su noble cabeza de león estaba llena de recuerdos de Rusia. ¡Era una bendición de Dios aquella tierra! ¡Qué de trigo, qué de manteca, de pescados ahumados y de caviar! ¡Y además las cúpulas doradas de las iglesias, los iconos de oro, los diamantes, los zafiros, los rubíes incrustados en los evangelios!

—Mientras Rusia exista, Hatzisavas, yo no tengo miedo. Un día abrirá la boca, ya lo verás, y se tragará a Turquía. Entonces Creta conocerá la libertad. ¡Es nuestra única esperanza!

Pero Hatzisavas miraba a otra parte, con la mente muy lejos de allí. A una hora de Candía, cerca de Santa Irene, se encontraba un campo que había pertenecido a su padre. ¿Era un presentimiento o era que Hatzisavas se lo imaginaba según los viejos libros que leía? Aquella tierra, se le había metido en la cabeza, recubría una célebre ciudad antigua. Días antes, había estallado una tormenta, y cuando Hatzisavas se puso a escarbar en un agujero formado por las aguas ¿qué es lo que vió, de pronto? Un anillo de oro. Lo recogió, lo limpió y ahora venía a mostrárselo al metropolitano. Una mujer de ancha grupa, sentada y sosteniendo en la mano una doble hacha, estaba representada en la preciosa joya, y un hombre desnudo, delgado, parecido a los cretenses actuales, se contorsionaba ante ella, con actitudes de bailarín. Sobre ellos, en la parte más alta del anillo, había una media luna, parecida a una hoz.

Hatzisavas lo puso en la mano del metropolitano.

—Por el amor de Dios, Reverendísimo Padre —dijo—, escóndelo, que nadie sepa su existencia. ¡Qué de tesoros debe de haber allá abajo, qué de reliquias! Pero nosotros no somos más que esclavos. Si

desenterramos esas maravillas Turquía nos las quitará. Tengamos paciencia. Cuando Creta sea libre, otro griego liberará a esta ciudad de su tumba y recibirá toda la gloria.

El metropolitano le escuchaba meneando la cabeza. Todo eso era muy santo y muy bueno, pero él pensaba en los miles de almas que estaban bajo su responsabilidad. ¿Qué le importaba lo que estuviese bajo la tierra desde mil años atrás? Escuchaba, meneaba la cabeza y volvía a llevar la conversación hacia Creta, cubierta de heridas, pero viva, y hacia Rusia_____

Hatzisavas se dió cuenta y se picó.

—Tu Grandeza espera la libertad de Rusia, el pueblo la espera de sus fusiles y yo la espero de este anillo, del que tú te burlas, Reverendo Padre…

Murtzuflos abrió la puerta.

—El pachá, Reverendísimo Padre… —dijo.

Hatzisavas se levantó y sonrió.

—¡Los cretenses le hacen perder la cabeza a este pobre capadocio!

Besó la mano del metropolitano y desapareció por una pequeña puerta secreta.

Era cierto que el pachá detestaba a aquellos diablos de cretenses.

—Metropolitano Effendi —dijo entrando—, yo no comprendo. Parece ser que los cretenses se sublevan y reclaman su libertad … ¿Qué libertad? ¡Yo no comprendo! Cuando tú obedeces al Dios en quien crees y haces todo lo que te ordena, ¿te quejas de ser esclavo? ¿Te sublevas contra él? ¿Reclamas tu libertad? No. Pues bueno, es lo mismo con el representante de Dios sobre la tierra, el sultán. Entonces, ¿qué es lo que les ha entrado a los cretenses para complicarme así las cosas?

—Cuando obedeces al Dios en quien crees, de acuerdo —respondió el metropolitano—. ¿Pero cuando tienes que obedecer a un Dios en el que no crees, Pachá Effendi? Los cretenses no creen en vuestro sultán, por eso son esclavos y piden su libertad.

El pachá se cogió la cabeza con las manos. No podía comprenderlo y se fué dando un portazo. De vuelta en su casa se sentó junto a la ventana, cogió sus gemelos y se puso a escrutar el mar, ansioso de ver llegar los navíos turcos y los soldados. “Ellos serán los que aclaren la situación y pongan orden.”

Dió una palmada y apareció el negro.

—Tengo el corazón destrozado, bendito Suleimán. Ve a buscarme a Barbayanis para que me entretenga un poco.

Caía la tarde. Se oía a los comerciantes cerrar sus tiendas y a las madres llamar a sus chicos dispersos por las calles. Los padres de familia volvían a sus casas y echaban el cerrojo a la puerta. Los

feroces cargadores turcos, despechugados, descalzos, con el fez ladeado, pasaban por los barrios cristianos maldiciendo a Cristo y escupiendo en las puertas de los griegos. Todas las noches, cinco o seis matones salían de los cafés turcos y se lanzaban hacia la casa del Capetán Miguel con intenciones de echar abajo la puerta. Él era quien había matado a Nuri: le habían visto entrar a caballo en el pabellón del bey y había sido inmediatamente después de salir él cuando habían encontrado el cadáver. Era él quien le había matado. Borrachos, se ponían en marcha para echar abajo la puerta del Capetán Miguel, pero a medida que iban llegando se desemborrachaban y les iba entrando miedo. Se paraban delante, vomitaban unas cuantas injurias, descargaban sus corazones y se volvían al café.

El Capetán Miguel estaba detrás de la puerta con las dos pistolas cargadas. Esperaba, conteniendo el aliento. Todas Jas noches hacía salir de casa a su familia. Madama Katerina cogía a la pequeña en sus brazos y, seguida de Thrassaki y de Rinio, iba a dormir cada noche a casa de una vecina diferente. El Capetán Miguel se quedaba solo en la casa. Al cabo de irnos días dijo a Thrassaki.

—Tú, quédate conmigo, es necesario que te acostumbres.

Desde entonces el padre y el hijo velaban uno al lado del otro junto a la puerta.

El negro encontró a Barbayanis en su casa. Eli viejecillo había hecho fuego en su patio y estaba hirviendo algarrobas en un caldero.

—Espera un poco, Suleimán, que coja mi espada y todo lo demás.

Entró, se ciñó su espada, se puso la condecoración alrededor de su cuello arrugado, pensó calzarse, pero renunció por pereza. ¡Tener que atar cordones! Salió retorciéndose las puntas de los bigotes.

—¿Qué puede querer de mí el pachá, Suleimán? —preguntó—. Y si llevase una botella de sorbete, quién sabe.

—Llévala. Si no la toma él, la tomaré yo.

Entró de nuevo, llenó una botella de sorbete y le puso hielo en abundancia. Al fin se pusieron en camino.

—Dime, negro, ¿debo llevar también mi cabeza? Mi corazoncito está temblando…

—¡Llévala y echa a andar!

El pachá seguía junto a la ventana y maldecía a la suerte que le había echado en aquella isla del diablo. ¿Es sobre un trono de pachá sobre lo que me has hecho sentar o sobre un palo? Y en ese momento Barbayanis entró, haciendo reverencias, con su sombrero de paja y su condecoración de hojalata.

—Pachá Effendi, soy yo, Barbayanis —dijo, poniendo la botella de sorbete a los pies del turco—. “Helados, helados los sorbetes, están

helados, bébelos, Pachá Effendi.”

—Mi pobre Barbayanis, tengo el corazón destrozado. Dime alguna cosa chusca, que me haga reír. Te he llamado para eso.

—También mi corazón está destrozado, Pachá Effendi —respondió el viejo, atravesando al pachá con sus ojillos de víbora—. Todas las cosas chuscas que sabía se las ha llevado el diablo y me las ha cambiado por fábulas terribles, llenas de ogros, de chivos y de suplicios… Cuando intento reírme se me cae la mandíbula.

—Te lo ruego, Barbayanis, dime cualquier cosa. Aunque sea una fábula terrible y si se me cae la mandíbula tanto peor.

—¿Me autorizas para decir todo lo que me pase por la cabeza, Pachá Effendi?

—Todo lo que quieras. ¿Tú estás loco, no es cierto? Entonces eres libre.

—Y ¿no mandarás que me corten la cabeza?

—¿Qué quieres que haga yo con tu calamorra? Habla y no tengas miedo.

—Bueno, entonces, escucha. El diablo ha entrado en mí, Pachá Effendi y me pincha para que te diga una fábula que mi abuelo me contaba, que ya el abuelo suyo le contaba a él y que el abuelo de su abuelo también contaba ya. En resumen, una cadena de abuelos que se remonta hasta la toma de Constantinopla.

—¿Y qué pasó? Espera que encienda mi chibuquí, si no me voy a dormir.

—Pues, entonces, en aquellos tiempos en que los animales hablaban con los hombres y con las hojas de las plantas, un chivo entró en una viña y empezó a comerse las hojas… Comía, comía, comía y la desdichada viña sufría. La viña también tiene un alma, sabes, Pachá Effendi. La viña se enfadó y gritó: come, come, come, echa tocino y cuando seas un buen Socado puedes estar seguro de que yo daré mis sarmientos para que te asen. ¿Comprendes, Pachá Effendi? Para que te asen, y mi vino para que bailen a tu alrededor y mi Barbayanis para que dé vueltas al asador en que estarás espetado.

—¿Barbayanis? ¿Qué Barbayanis? No comprendo —dijo el pachá bostezando.

—Algún día lo comprenderás, Pachá Effendi.

—¿Lo comprendes tú, condenado Barbayanis? A veces los locos…

Los ojos de Barbayanis se hicieron malignos y asaetearon al pachá.

—¿Yo? ¿Cómo quieres que comprenda? Pero un día que habían degollado un cabrito, mi abuelo me explicó. Se había bebido un cántaro de vino que le había aclarado la mente. El chivo, me dijo, es el sultán, las hojas de la viña son los cretenses y la viña es Creta… Y Barbayanis es mi nieto…

—¡Quítateme de delante, giaur! —gritó el pachá alargando el brazo para coger su bastón, pero Barbayanis ya se había echado escaleras abajo y galopaba por las calles sombrías con las plantas de sus pies encallecidos. Dos veces el sable se le enredó entre las piernas y le hizo caer. Al llegar a su casa se detuvo e hizo la señal de la cruz.

"Santos cielos, murmuró, ¿de dónde sacas tú tanta audacia, condenado Barbayanis?"

Aquella noche el pachá durmió mal. Su sueño estaba poblado de viñas, de chivos y de asadores. ¡Malditos sean los giaurs! ¡Qué bien saben presentar las cosas, con qué habilidad, y cómo llegan a enredarle a uno sin que lo note! Se levantó temprano y visitó todos los barrios turcos, uno por uno. Llamaba a las puertas, entraba en los cafés y también se detuvo en la mezquita.

—¡Calma, amigos míos!, no hagáis correr una sola gota de sangre o estamos perdidos. Había una vez un chivo… Y se ponía a contar y explicar la fábula para atemorizar a los agás.

Entró también en las casas griegas abandonadas por sus propietarios y que los refugiados de los pueblos turcos ocupaban entre varias familias, no vacilando en arrancar las cortinas, ni en romper mesas y armarios para encender fuego y hacer la comida.

—¡Volved a vuestras aldeas! —les gritaba—. ¿Qué es lo que os ha entrado? No matéis a los giaurs. Eso caerá sobre nuestras cabezas, ¡por Mahoma!, eso caerá sobre nosotros. Había una vez un chivo… —y volvía a contar la historia. De puerta en puerta, su mente espetada aullaba y daba vueltas sobre un fuego de sarmientos.

Al cabo de unos cuantos días los turcos parecieron calmarse y el Capetán Miguel se durmió sobre su colchón. Tuvo un sueño extraño: El pueblo se había reunido fuera de la ciudad, en el campo, en una era. En medio, unos músicos tocaban el Himno Nacional con trompetas, tamboriles y cornamusas. Tocaban, tocaban, pero nadie oía. Un mocetón cretense apareció con una bandeja, ofreciendo raki a todo el mundo. A medida que bebían, sus orejas iban destapándose, y su espíritu igualmente: en el aire resonaba la música del Himno Nacional.

"¿Qué querrá decir esto? No lo comprendo, murmuró el Capetán Miguel abriendo los ojos. Cuando un hombre duerme, su alma divaga. El alma del hombre es ya, de por sí, insensata, pero lo es mucho más durante el sueño."

Sólo algún tiempo después, en la montaña, cuando hubo comenzado el ataque, comprendió el Capetán Miguel el significado de su sueño.

Era domingo aquel día; todavía no había puesto los pies en la calle. Su mujer y Rinio estaban en la iglesia, con la pequeña. Thrassaki

estaba jugando en casa de Krassogeorgis. El Capetán Miguel estaba solo y eso le gustaba. Iba y venía por la casa, exploraba la despensa. Nada faltaba. Bajó a la bodega. Todavía había vino en los toneles, aceite y aceitunas en las zafras. En las vigas había filas de granadas, de membrillos y trenzas de cebollas. En la alcoba bien cuidada, había edredones, mantas y alfombras. El Capetán Miguel estaba satisfecho. "Si me voy a la montaña y los turcos vienen a saquear mi casa, pensaba, encontrarán de todo, no tendré de qué avergonzarme." Había oído decir a su padre que en 1821, cuando todos los cristianos del pueblo, enloquecidos, vaciaban sus casas, llevándose todo lo que podían en su huida, su abuelo, prohibió que tocasen nada del rico ajuar de su casa. "No quiero sentirme deshonrado. Quiero que los turcos encuentren mi casa bien provista." Repitiéndose aquellas palabras, el Capetán Miguel, tranquilizado, se sentó en su cuarto, bajo las armas y los iconos y se puso a fumar. Fumaba y su cabeza se llenaba de imágenes de gentes, de pueblos, de montañas, de hazañas que él no había realizado, de palabras no pronunciadas por él. Candía pasaba ante sus ojos con sus calles, sus cafés turcos, sus iglesias y sus mezquitas. La ciudad era presa de las llamas, ardía, y el espíritu del Capetán Miguel tomaba la forma de un caballero que se le parecía con sus barbas, sus botas, su pañuelo atado a la cabeza. Y era él quien le había prendido fuego. Él hacía saltar las puertas, derribaba los minaretes, irrumpía en las casas turcas… Pasó bajo un porche verde, cruzó un patio, luego un jardín. Había un farol con vidrios verdes y rojos, lo rompió y todo se hundió en la sombra. Entonces subió a las habitaciones. Sus narices dilatadas se llenaron de aroma de almizcle, un sendero perfumado se abría delante de él y él lo seguía… Y al final del sendero brillaban dos piececitos…

El Capetán Miguel rugió, cogió el pequeño puñal que colgaba del iconostasio, se lo clavó en el muslo y la sangre saltó. La dejó correr, eso le aliviaba. Luego se vendó la herida y se dejó caer sobre el colchón. Su mujer y su hija habían vuelto de misa, abajo la casa se animaba. Cerró los ojos y escuchó.

—Thrassaki no ha venido —dijo la madre, encendiendo el fuego.

—No te preocupes —dijo Rinio—, está diciendo misa.

En efecto, todos los domingos Thrassaki y sus amigos decían misa en la cuadra de Krassogeorgis y hacían la competencia a la iglesia oficial. Por la mañana temprano se ponían a la puerta de San Minas o por los alrededores. Cuando uno de sus camaradas de clase llegaba endomingado, con un pañuelo limpio en la mano y en el pañuelo un metalik para comprar un cirio, se arrojaban sobre él y, bien fuese con persuasión, bien por la fuerza, a veces a golpes, se lo llevaban a la cuadra. "Nosotros tenemos una iglesia nuestra, le decían, ¿no te da vergüenza ir a esa iglesia de extraños?" Ataban al burro de

Krassogeorgis en un rincón, para dejar sitio. Uno de ellos se quedaba en el umbral recogiendo los metalik en un platillo y daba un fósforo a cada uno, a guisa de vela. Nicolás, que era el más imponente, se ponía un casco de papel, una careta, restos del carnaval último, se sentaba en la albarda del burro y no volvía a moverse. De cuando en cuando gemía, imitando al metropolitano. Thrassaki, de pie en medio de la cuadra, leía su evangelio: Robinson Crusoe. Andrikos, el hijo de Krassogeorgis, hacía de diácono. Cogía el incensario de su casa, lo llenaba de brasas y de incienso e incensaba el pesebre del burro, el burro y los fieles que bajaban la cabeza. Los más fanáticos se arrodillaban y se manchaban de estiércol las manos y las rodillas. Al comienzo del oficio, Thrassaki salmodiaba él sólo, luego, ganados por su exaltación, los otros le seguían. Cantaban y salmodiaban, sin método, todo lo que les pasaba por la cabeza, unos el amané, otros rondas o "Cristo ha resucitado", y hasta las canciones de la escuela "Allá arriba en la montaña hay una iglesia solitaria…" La casa retumbaba con sus gritos, el burro, animado, se ponía a rebuznar. Krassogeorgis, que todos los sábados bebía algún vaso de más y dormía en consecuencia, se despertaba desesperado. Cogía su bastón y bajaba. Metropolitano, pope, diácono y fieles salían corriendo en montón, irnos por la puerta, otros por la ventana. Abrían la verja del jardín, y, dando gritos, como si la huida fuese una etapa de la ceremonia, se iban a sus casas, sin aliento.

—Le rompo la cara al que no venga el domingo próximo —gritaba Thrassaki.

Y la misa terminaba con esta absolución.

El Capetán Miguel oía los gritos desde su ventana. Aquel domingo reconoció la voz de su hijo: "Le rompo la cara…" y sonrió. "Bravo, Thrassaki, así es como te quiero", murmuró. Quiero que pegues a tus amigos para hacerte la mano y luego a tus enemigos, turcos, cristianos o francos, y hasta a ti mismo, si llegases a ser cobarde. ¡Un hijo así! Sí, en ti resucitaré."

Se acordó del viejo monje del monasterio de la Virgen de la Escala de Oro, al borde del mar de Libia, que le enseñó en el cementerio la tumba que había cavado y arreglado para sí mismo. En una piedra, había grabado estas palabras: "¡Eh, eh, muerte, yo no tengo miedo de ti!" El monje no tenía miedo de morir porque creía en Dios. El Capetán Miguel tampoco temía a la muerte, porque creía en su hijo.

Intentó levantarse, pero la herida le ardía. Se apoyó en la pared, miró las armas y los iconos y volvió a ponerse a fumar. El no había jamás abierto un libro. La instrucción le repugnaba, las gentes instruidas le repugnaban también y durante las revoluciones desgarraba los viejos libros de los monasterios con verdadero placer, para hacer cartuchos. Miraba a Palomino, su hermano, a Hatzisavas o

al seor Idomeno y sacudía su cabeza atezada con desprecio: “A eso conduce la instrucción, hijo mío: anteojos, pantalones estrechos, joroba y, al menor ruido de fusiles descomposición de vientre… ¡Lejos de ti la instrucción, Thrassaki, es una cochina enfermedad, no vayas a atraparla!”

Cuando estaba rumiando todas estas cosas, llamaron a la puerta del patio. Alguien entró y en seguida se oyeron llantos y gritos. Puso oído y reconoció la voz de la vieja Marioria, una parienta que Palomino había hecho venir de su pueblo para que ayudase a su mujer en el arreglo de la casa y la cocina. Tener un miembro de la familia en la casa, le consolaba. El Capetán Miguel sacó la cabeza por la ventana. En medio del patio, la vieja Marioria gritaba y se arrancaba los pelos.

—Eh, Marioria, ¿qué gritos son ésos? Sube —le ordenó.

La vieja subió la escalera, jadeante, y se paró ante la cama del Capetán Miguel. Le temblaban los labios. Hablaba, hablaba, pero no había medio de entender lo que decía.

—Deja de temblar —gritó el Capetán Miguel—, y habla claro. ¿Has dicho Diamandis? ¿Qué hay con Diamandis? ¿Qué le ha pasado?

—¡Se ha muerto! —gritó la vieja—. Acaban de encontrarle rígido en su cama. Vanguelio grita y se golpea el pecho, le sacude, le estrecha entre sus brazos, le fricciona con esencia de rosas, pero no hay nada que hacer. Ha tomado veneno y está muerto.

—¿Veneno? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién lo ha dicho?

—¡Está todo verde!

—¡Basta! ¡Vete!

Se levantó, limpió su herida y la vendó de nuevo; ya no le dolía.

—¡No quiero oír más gritos! —dijo a su mujer, al abrir la puerta del patio.

Al final de la calle, junto a la fuente de Idomeno, estaba la casa de su hermano. La puerta estaba abierta, entró. Se oían los gritos y los sollozos de Vanguelio que se arrancaba los cabellos arriba, en el cuarto. Palomino estaba abajo, todo encogido en un rincón del sofá. Temblaba y le castañeteaban los dientes.

El Capetán Miguel se paró ante él. El maestro levantó los ojos, vió a su hermano y acurrucó aún más en el sofá, bajando la cabeza.

—Profesor —dijo el Capetán Miguel—, levanta los ojos y mírame.

Palomino levantó la cabeza. Sus ojos espantados parpadeaban detrás de los anteojos.

—Has sido tú quien le ha matado —dijo el Capetán Miguel, bajando la voz—. Tú.

—¿Yo?

—Sí. Si hubiera sido un hombre el que le ha matado se habría servido de un cuchillo. Tú le has matado cobardemente, con un

veneno.

—¡No podía más!…

—Pero ¿no tienes temor de Dios? ¿Y no tienes miedo de mí? Era con un cuchillo con lo que tenías que haberle matado.

—¡No podía más!…

—No te reprocho que le hayas matado, te reprocho que lo hayas hecho como lo haría una mujer, con veneno. ¡No trates de escapárteme!

—¡No podía más! —repetía el maestro—. No podía hacerlo de otro modo, era más fuerte que yo.

—¿Sospecha algo tu mujer?

—Es posible… No sé, es posible… No me dirige la palabra y cuando he querido subir se ha precipitado sobre mí desde lo alto de la escalera. Así que me quedo aquí en el sofá esperando.

—¿Qué es lo que esperas?

—Nada. Espero.

El Capetán Miguel salió al patio. Las lamentaciones de Vanguelio eran monótonas e incesantes como el murmullo de un arroyo. Volvió a entrar en la casa.

—¿Qué es lo que esperas? —dijo otra vez.

—Todo lo que quiera suceder, ya no tengo miedo de nada —dijo Palomino, repentinamente animado.

—Sólo tu mujer puede denunciarte.

—¡Que haga lo que quiera! Yo he hecho lo que quería. Ahora es su turno.

—¡Levántate! No te hagas el pillo ni el idiota. Si te denuncia, di la verdad, aunque tengas que ir a la cárcel. Si no te denuncia, cállate. Cállate y no dejes que el muerto te sorba el seso. ¿Has oído? Un hombre, un verdadero hombre, mata completamente. Levántate, te he dicho, ¡levántate!

Le sacudió y le hizo ponerse de pie.

—Vamos —dijo—, vamos a ocuparnos del entierro.

Cuando vinieron a llevarse al muerto nadie pudo ver su cara. De pies a cabeza el cuerpo estaba cubierto de flores. Vanguelio había cortado todas las de su jardín y las vecinas habían traído brazadas de romero, de albahaca y de rosas. La mujer del doctor, la francesa, que admiraba en secreto al hermoso muchacho cuando pasaba por delante de su ventana, también había despojado su jardín para mandarle flores. Sólo el tío, el Capetán Polyxinguis, separó las rosas un instante, miró la cara hinchada del muerto y volvió a cubrirle. Echó una mirada a Palomino que estaba ante él y sus ojos se hicieron duros.

Cuando Vanguelio vió entrar al pope, bajó, se echó sobre el cadáver de su hermano, desató su pelo y le cubrió con él. Con las

manos extendidas, no dejaba que nadie se acercase. No lloraba, no se lamentaba; derrumbada sobre él, permanecía quieta, inmóvil, como si durmiese. Y cuando los cuatro que venían a llevarle le levantaron, no opuso resistencia. Fué a buscar unas tijeras, cortó sus cabellos al rape, hizo dos cordones y los enrolló en las manos del muerto. Le vió dejar la casa sin lanzar un solo grito. Ella se quedó en el umbral, le hizo un signo de adiós con la mano y entró en la casa. En seguida amontonó todos los trajes de su hermano en medio del patio y les prendió fuego. Luego arregló la casa, se lavó, se vistió y se sentó en el patio, con los ojos fijos en las llamas que destruían las ropas.

Cuando después del entierro su tío Polyxinguis vino a sentarse junto a ella, le cogió la mano y le preguntó si sabía quién había envenenado a Diamandis o si, por lo menos lo sospechaba, le miró fijamente a los ojos sin responderle, meneando la cabeza y frunciendo los labios con obstinación.

Aquella noche Palomino no durmió en su casa, tenía miedo. Tampoco en casa de su hermano, tenía igualmente miedo. Se refugió en casa de su amigo Idomeno. Estuvieron los dos hablando largamente de la muerte, de la inmortalidad del alma, luego, cansados, se durmieron.

Tres días transcurrieron. Vanguelio parecía ni ver ni oír a Palomino que circulaba como una sombra por la casa. Su presencia no le asustaba. Se encerraba en el cuarto de su hermano, encendía la lamparilla mortuoria y llenaba un vaso de agua fresca, por si el alma de Diamandis tuviese sed. Sabía que el alma de los muertos ronda la casa durante cuarenta días y sentía que la de su hermano revoloteaba y se posaba como una mariposa sobre su cabeza, sobre su nuca y sus manos marchitas; por la noche, sobre sus labios. Se estremecía y no deseaba ninguna otra dicha.

Durante tres días siguió muda, con los ojos secos y fijos, sin pensar en ponerse el traje de luto.

Su tía, madama Chrysanthi, vino a buscarla para llevarla a una casita que tenían al borde del mar. Eso podría distraerla. Pero Vanguelio dijo que no con la cabeza y se encerró otra vez en el cuarto de su hermano. No iba ni siquiera a rezar sobre su tumba. Estaba tranquila, decidida, hurgando sin cesar en el cofre que encerraba su desdichada dote, subiendo y bajando la escalera, arreglando la casa y preparándose como si fuese a ir de viaje.

La noche del tercer día, dijo a la vieja Marioria:

—Pon la mesa. Pon el mantel blanco bordado, los platos y los cubiertos buenos y di a tu amo que comeré con él esta noche. Y no enciendas la lámpara, enciende los dos cirios con que se veló al muerto.

El maestro tembló de miedo al oírla, tembló de miedo al ver los

cirios funerales encendidos. Se sentó en el borde de la silla sin atreverse a levantar los ojos para mirar a su mujer que, pálida, muda, rígida como una muerta, permanecía ante él v tocaba la comida con el borde de los labios. Parecía que tuviese una capa de yeso sobre la cara de tanto como se había empolvado. Se había puesto su traje blanco, de novia y su corona de azahar.

Estuvieron mucho tiempo sentados uno frente a otro, sin cambiar una sola palabra. A veces, Palomino intentaba decir algo, pero las palabras no pasaban de su garganta. Le corría el sudor por las sienes. El viento de la noche, que entraba a ráfagas, agitaba la llama de los cirios.

De pronto, la mujer alargó el brazo y sirvió vino, gota a gota, en los dos vasos. Un vino rojo y acre, de Kissamos, que el llorado Manusakas les había dado como regalo de bodas.

Levantó su vaso y chocó violentamente con el de Palomino como si quisiera romperle:

—¡Bebo a tu salud, asesino! —dijo, y su voz era profunda, ronca, como una voz de hombre. Pero no se llevó el vaso a los labios.

Salió al patio, volvió en seguida y subió a encerrarse en el cuarto de su hermano. No se oyó nada durante la noche, pero por la mañana encontraron a Vanguelio colgada de una viga con la cuerda de secar la ropa.

La noticia le llegó al Capetán Polyxinguis en el cuarto de Emina. No salía de casa de la viuda. Ella estaba ya preparada para el bautismo, pero tenía que esperar pacientemente que Creta se aplacase, para no poner furiosos a los agás. Estaba muy contenta de hacerse cristiana, por poder salir sin haik a la calle, poder ir a la iglesia y dejarse ver de todos. Se alegraba también de sentir el aire y el sol en la cara, de ponerse vestidos griegos, blusas, perifollos o ir con la cabeza descubierta, dejando ver su pelo de ébano. Para ella Cristo era una puerta; la abría y salía a la calle sin haik.

Cuando pensaba en todas estas cosas, echada en su cama, al lado del Capetán Polyxinguis, enumerando para sí los placeres que el porvenir le reservaba, se abrió la puerta y entró la nodriza toda acongojada. Por la mañana había dado un salto a casa de las Tres Gracias para informarse de lo que pasaba en el mundo y ya estaba de vuelta. La emoción la ahogaba.

—¡Capetán! —gimió—, tu sobrina Vanguelio se ha ahorcado.

El Capetán Polyxinguis se sobresaltó y dejó la mano de Emina.

—¿Que se ha ahorcado? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién te lo ha dicho?

—Las Tres Gracias. Ayer, por la noche. Con la cuerda de tender la ropa.

Mientras tanto, Emina había sacado su espejito redondo de debajo de la almohada y examinaba su lengua, sus dientes y sus cejas.

—¡Oh! Hoy no está colorada mi lengua. María, dame resina de lentisco.

—¡Ha abandonado a su marido para ir a reunirse con su hermano! … —añadió la negra, mientras buscaba la resina.

“Toda mi familia está ya pudriéndose bajo la tierra y yo todavía ni siquiera tengo hijos…”, pensó el Capetán Polyxinguis, suspirando.

Se inclinó y miró a Emina que, echada despreocupadamente, admiraba sus encantos en el espejo. Él acarició su vientre.

—Nuestro hijo será cretense y circasiano —dijo—. ¡Cretense y circasiano, eso quiere decir inmortal!

Y como si fuese la primera vez que lo pensaba, su pecho se hinchó lleno de confianza. Se había levantado para salir, pero sus piernas flaquearon y volvió a dejarse caer sobre la cama. Quería hacer un hijo feroz, con sangre circasiana que, antes de hablar supiese montar a caballo. Con sus sobrinos no contaba hacía mucho tiempo. No servían para nada. El muchacho, un fanfarrón y un holgazán. La chica, una solterona agria con el vientre y los senos estériles. El Capetán Polyxinguis no tenía otros herederos. Su raza vacilaba como una llama que va a extinguirse. Felizmente, de aquella circasiana de boca embalsamada que mascaba resina de lentisco y que vivía admirándose en el espejo, saldría su hijo, el macho inmortal.

La noticia traída por la negra volvió a su mente. Estaba avergonzado. Se levantó gruñendo, se puso su cinturón y su fez.

—Emina, pequeña mía, tengo que irme.

Emina extendió sus brazos desnudos y se estiró hasta hacer crujir sus articulaciones.

—Vete —dijo con aire cansado. Luego le miró con los ojos medio entornados, bostezando.

En el curso de aquellos tres días que separaron el envenenamiento de Diamandis del suicidio de Vanguelio, la situación se había emponzoñado en Creta. En las aldeas, los cristianos mataban a los agás abiertamente y en Candía, los turcos echaban chispas. Por cada hombre que les matasen en el campo degollarían a dos, la misma noche, en las calles estrechas de la ciudad. Sentados ante las ventanas de sus serrallos, escrutaban el horizonte con los gemelos, esperando ver aparecer las fragatas turcas de vuelta hacia Creta.

Al tercero, en pleno mediodía, cerraron las cuatro puertas de Candía, súbitamente, y ya nadie pudo entrar ni salir. Los cristianos habían caído en la ratonera y todavía no habían enterrado a Vanguelio. Pero por una vez la suerte sonrió a la pobre muchacha. Llegaron, corriendo, con ella, hasta el cementerio, del otro lado de la

puerta de La Canea, donde Kollyva había ya ensanchado la tumba de Diamandis y Vanguelio quedó tendida al lado de su hermano.

Aquel mismo día comenzaba el ramadán. Los turcos ayunaban. Durante todo un día no tenían derecho al pan, ni al agua, ni al tabaco, pero por la noche, en cuanto brillaba la primera estrella, podían arrojarse sobre la bebida y los alimentos. Ante las casas de los ricos agás, tocaban los tambores, lenta y gravemente, como en tiempos de guerra.

La atmósfera era inquietante. Los cristianos reunidos en sus casas temblaban a la idea de ver a los agás, después de sus libaciones, echarse a la calle y derribar las puertas de los griegos.

Todas las tardes, los vecinos se reunían en la casa del Capetán Miguel. Tenían miedo y pedían abrigo y protección al fiero palikaro. Como era verano, los hombres dormían en el patio o en la terraza y las mujeres dentro de la casa, sobre colchones. Solo, en su cuarto, el Capetán Miguel velaba, con las armas bajo la almohada.

A escondidas, una noche, se reunieron los notables y los capetanes en casa del metropolitano. El Capetán Miguel era de la partida, así como Stefanis, el corsario, que se había puesto sus botas de capitán, como si fuese a correr los mares. Eso le hacía recordar los buenos tiempos. Olvidando que era cojo, no cojeaba. El metropolitano estaba de pie en medio de la habitación, preocupado y taciturno. Creta atravesaba un período nefasto y agitado, la Cristiandad estaba en peligro.

“Escarabajo de oro” dió su opinión:

—Ve a ver al rey de Atenas, Reverendísimo Padre, y pídele que nos mande víveres y municiones, si no estamos perdidos… Pero ve tú, en persona.

El metropolitano dijo que no con la cabeza.

—Yo no abandono mi rebaño en el momento en que aparece el lobo. Que vaya el Capetán Elias.

Pero el Capetán Elias se enfadó:

—Yo tengo todavía buenos pies y buenos ojos, Reverendísimo Padre, no soy viejo, yo soy capaz de mandar soldados, yo no voy. Que vaya Hatzisavas.

Diciendo esto, se volvió hacia Hatzisavas, con sus espesas cejas todavía fruncidas por la cólera.

—No mezclemos a la pobre Grecia en todo esto. Ya tiene bastantes disgustos —dijo el metropolitano—. Pensemos, más bien, en las grandes potencias, la Rusia ortodoxa, por ejemplo.

—Yo creo que es mejor contar con las pequeñas potencias, es decir, con las nuestras —dijo el Capetán Miguel—. Ésa es mi opinión.

—También es la mía —dijo el Capetán Elias—. “Lobo, ¿por qué

estás tan gordo? Porque yo solito me las arreglo.”

—Que cada uno de nosotros vaya a echar una piedra a Suda —lanzó seor Idomeno. Pero nadie le escuchó. A medianoche se separaron sin haber tomado ninguna decisión.

Así, en aquel terror, transcurrían las noches y los días. De día, los turcos excitados por el ayuno y por los discursos del muecín, salían de las mezquitas en tropel, furiosos, con los ojos turbios, como ciegos. Por la noche bien alimentados, saciados de bebidas, se reunían en los cafés turcos y tiraban tiros al pasar por los barrios griegos, para asustar a los giaurs encerrados en sus casas.

Todas las noches, en cuanto estaba bastante oscuro, mientras los agás se atiborraban, Alí Agá se deslizaba por las calles desiertas, pegadito a la pared y entraba en casa del Capetán Miguel para darle cuenta de lo que había oído al dueño de su casa y a sus vecinos: “Hoy en la mezquita, el imán ha dicho tal y tal cosa, en el café han comentado sus palabras, el muecín exige una matanza, pero cierto bey se opone.” Alí Agá no quería que degollasen a tan buenos vecinos. ¿A dónde iría él a charlar por las tardes, al crepúsculo, y quién le mandaría cosas de comer? Él vivía gracias a las dádivas de la vecindad. En una palabra, él era el viejo gato del barrio, castrado y tranquilo, y tenía cariño a las familias que le alimentaban.

Llamaron a la puerta, tres golpes, uno tras otro. Alí Agá entró con aire preocupado aquella tarde. Se sentó en su banquito, junto a la cisterna y todos los vecinos se reunieron a su alrededor.

—¡Maldito sea el telégrafo! —dijo suspirando—. Es como un perro que ladra con la cabeza en Creta y la cola en Constantinopla. Y una hora después las malas noticias se extienden.

—¿Qué malas noticias? Habla claramente. ¿Qué es lo que quieres decir? —dijo Krassogeorgis, ansioso.

—El pachá ha recibido hoy un telegrama. Mañana, un ejército desembarcará en Candía. Con cañones, parece ser, y caballería y la bandera verde del Profeta.

—¿Dónde estará mi Dimitros? Con tal que se esconda bien y no le encuentren los soldados —exclamó madama Penélope, golpeando sus rodillas hinchadas.

Alí Agá empezó a describir la alegría que reinaba en los cafés después de la llegada del telegrama y cómo los trucos habían decidido bajar al día siguiente al puerto, con sus armas, para saludar a la bandera del Profeta. A medida que hablaba, su inquietud disminuía. Se enderezaba, se inflaba, ya no era el viejecillo que se escondía en un rincón y a quien nadie miraba ni saludaba, ahora era el centro de la reunión y todos estaban pendientes de sus labios y cuanto más terribles eran sus noticias, más se volvía él terrible e importante. Les

miraba a todos a los ojos y hacía que su voz de mujer resultase lo más gruesa posible. Pero ante el Capetán Miguel, seguía siempre atemorizado.

—Llamemos al Capetán Miguel para ver lo que dice —propuso Mastrapas, con sus ojos bondadosos llenos de espanto—. Yo, mañana no pondré el pie en la calle durante todo el día.

—Yo tampoco —dijo madama Chrysanthi—, ni siquiera para ir a vísperas. Dios me perdonará.

Madama Chrysanthi se refugiaba también en casa del Capetán Miguel desde que su hermano pasaba las noches con Emina.

"Que Dios me perdone, pero me parece que en vez de hacerse ella cristiana, es él quien va a volverse turco", pensaba, pero no abría la boca respecto a ese tema.

Los vecinos dormían sólo con un ojo aquella noche, pensando en lo que les esperaba y buscando el medio de evadirse de aquella prisión.

Por la mañana resonaron las trompetas en el puerto, las murallas se cubrieron de feces rojos, y un olor extraño llenó la atmósfera. Thrassaki que se había escapado de la casa y había trepado a las rocas próximas al puerto, miraba con ojos ávidos. Un barco negro había atracado y vomitaba sus entrañas: orientales velludos, con las caras picadas de viruela o quemadas por el sol, trompetas, tambores, cañones, caballos y para terminar una multitud de derviches vestidos con sayos verdes y llevando altos sombreros de blancura deslumbrante y un yatagán a la cintura. Saltaron al muelle, desplegaron la bandera del Profeta, la izaron sobre la entrada' del puerto y empezaron a bailar en tomo una danza muy lenta acompañada de palmadas.

Thrassaki se acercó. Los turcos se pusieron a cantar en voz baja un aire arrastrado como un miralogui. Pero exaltándose poco a poco, el ritmo se aceleraba y la danza se hacía cada vez más salvaje. Daban vueltas sobre sí mismos como peonzas, sus ropas hinchadas por el aire parecían campanas, sus ojos enrojecidos vizcaban. Habían sacado sus sables y se batían entre ellos. Corría la sangre… Pero la danza acabó por aplacarse, los derviches envainaron sus sables, volvieron a ponerse los turbantes blancos, fatigados casi sin poder moverse, los gritos se convirtieron en palabras y las palabras, lentamente, en un murmullo lloroso y tierno, como un canto funeral.

Sumamente excitado por el espectáculo, Thrassaki se volvió a su casa, hacia el mediodía, y contó con admiración todo lo que había visto.

—¿Tuviste miedo? —le preguntó su padre frunciendo las cejas.

—¡No!, de los soldados no tuve nada de miedo.

—¿Tuviste miedo de los derviches?

—¡No, tampoco!

—¿De qué, entonces?

Thrassaki vaciló.

—Habla —dijo su padre, haciéndole levantar la cabeza.

—De la bandera verde —respondió Thrassaki.

Candía se ensombreció. Los primeros días cayó sobre la ciudad un silencio inquietante. Turcos y cristianos estaban mudos. Los notables cristianos se turnaban en el obispado. Ante la puerta del pachá o en los cuarteles alborotados, los agás cuchicheaban. Todos los días, sólo durante una hora quedaban abiertas las tres puertas que no daban al mar, y los campesinos turcos, exasperados, aterrorizados, entraban con sus mujeres y sus bultos. Las mezquitas estaban ya llenas, los turcos derribaban las puertas de las casas griegas, echaban a los habitantes cristianos y ocupaban el lugar.

El metropolitano delegó a Hatzisavas y le mandó a Atenas provisto de cartas en las que conjuraba a sus hermanos libres a que mandasen barcos para llevarse a la muchedumbre de cristianos, y salvarlos de los turcos que se disponían a asesinarlos. Una tarde, a primera hora, todo el barrio se reunió en la casa del Capetán Miguel. Era necesario tomar una decisión; no faltaba nadie. El Capetán Polyxinguis mismo y también seor Idomeno, Tulupanas el panadero, Kollyva el sepulturero, todo vestido de negro y Kassapakis el doctor, con su mujer, la francesa. Habían invitado también a Arkhondula y su hermano el sordomudo, pero no se dignó ir. Ella estaba bajo la protección del pacha, no tenia nada que hacer con ningún Capetán Miguel. Tanto más cuando hacía poco que su hermano había pintado al óleo el retrato del pachá. Lo había puesto en un marco dorado y expuesto en una ventana, abierta expresamente, para que los pasajeros pudiesen admirarlo. Era el modelo, como de bulto. No le faltaba nada, ni el lunar en la nariz, ni los pelos de puerco en el interior y el borde de las orejas. Algunas gentes, asustadas, cambiaban de acera cuando lo distinguían.

Aquella noche, los vecinos no se reunieron en el patio como de costumbre, sino en el interior de la casa. El debate debía ser secreto. Se sentaron bajo los retratos de los héroes de 1821. Madama Katerina encendió las lámparas grandes y el Capetán Miguel, en su sitio, en el rincón del sofá, mudo, miraba a sus visitantes con aire sombrío. Aquellas reuniones no le gustaban mucho y la presencia del Capetán Polyxinguis le daba náuseas. Echaba ojeadas furiosas a sus labios, a sus ojos y su cuello brillante y lleno… Toda su carne respiraba el placer y el corazón del Capetán Miguel temblaba de cólera y de asco. Las mujeres, acurrucadas detrás de los hombres, escuchaban con los ojos bajos. En el cuarto de arriba, Rinio mecía a su hermanita pequeña para que no llorase. Thrassaki estaba sentado entre los hombres.

—Quédate aquí, escucha y aprende —le había dicho su padre—.

Tú eres un hombre.

El silencio duraba ya mucho tiempo y el dueño de la casa no abría la boca. El Capetán Polyxinguis no aguantó más:

—¿Qué es lo que hacemos aquí todos esta noche? —dijo mirando de soslayo a su hermana, que había querido, a toda costa, llevarle a aquella casa, según decía, para buscar con los otros el medio de escapar a la matanza. Pero él no podía tomar ninguna decisión sin Emina. Le tenía sin cuidado todo lo que fuesen a hacer aquellas gentes.

Al oír la voz de Polyxinguis, el Capetán Miguel levantó la cabeza. Le dieron ganas de decirle: "¿Qué es lo que haces tú aquí, Polyxinguis Bey? Tu barrio, ahora es el barrio turco, tu casa es la de la puerta verde." Pero se dominó. El otro había venido a su casa y no estaba bien provocarle. Se calló.

Palomino avanzó. Empezaba a reponerse; los muertos se alejaban, se desvanecían, ni siquiera el envenenado había venido a asustarle una sola vez. Estaba bien muerto y no podía salir de su tumba. Poco a poco, a partir del día del asesinato, Palomino había ido ganando en valor, se iba dando cuenta de que era un hombre y podía matar. Ahora, en la escuela, se imponía, gritaba, pegaba a sus alumnos, ya no podían burlarse de él. Aquella noche, como su hermano callaba, él habló.

—Nos hemos reunido esta noche —dijo—, para encontrar un medio de escapar a los turcos. Yo creo que hay tres soluciones: quedarnos tranquilos en nuestras casas, con la esperanza de que no haya degüello, tratar de franquear las puertas de Candía y refugiarnos en las aldeas o esperar que los barcos griegos vengan a buscarnos, puesto que el metropolitano ha enviado a Hatzisavas a Atenas con ese fin. Hablemos, veamos cuál es la mejor solución, ¡y que Dios nos ayude!

Las sillas crujieron, las cabezas se inclinaron, reflexionando. Pero todas las soluciones tenían inconvenientes y era difícil decidir.

Kassapatis, el doctor, palurdo de piel grasa y cara granujienta, rompió el silencio. En París, adonde había ido a estudiar, había frecuentado durante tres meses la Escuela de Derecho, creyendo que asistía a la Facultad de Medicina. Después de haberse comido allá todos los viñedos de su padre, había vuelto a Creta con un sombrero "mirabeau" y la hija de su patrona, y había abierto una farmacia. Se decidió a hablar, mirando a Palomino con aire altanero.

—Hay, además, una cuarta solución, maestro —dijo—: refugiarse en las embajadas de las Grandes Potencias.

—No habrá sitio para todos, doctor —dijo Krassogeorgis, con su sentido práctico campesino—. Tú te llenas la boca con eso de tus

embajadas. Pero una embajada es una casa con cuatro paredes. ¿Cuántos caben? Una familia o dos. ¿Y los otros?

—Ve a pedir protección al consulado francés, doctor. Tú tienes una mujer francesa y Dios no te ha dado hijos —dijo Kollyva que había quedado viudo con una tanda de mocosos y no sabía dónde meterlos para sustraerlos al degüello… Maldecía las horas en que, sucumbiendo a la tentación, había abrazado a su difunta mujer… "Qué malditas fábricas", gruñía, mirando a las mujeres con aire furioso.

Mastrapas, el santo hombre, abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla en seguida, intimidado.

—Habla, vecino —le dijo Palomino para animarle.

—Vosotros tenéis que decidir… —respondió el vendedor de cascabeles enrojeciendo de confusión.

—Escuchadme —dijo Krassogeorgis levantándose. Panzudo, gran comedor y de una limpieza muy dudosa, había sudado de inquietud durante todo el día y ahora todo su cuerpo humeaba, exhalando un acre olor a humanidad. Madama Krassogeorgis le miraba con admiración. Así, despabilado, su marido le gustaba mucho.

—Te escuchamos, Krassogeorgis —dijo Palomino.

—Bueno, entonces, a mi entender, la solución más segura es irnos a las aldeas. ¿Quedamos aquí, en esta ratonera? No es la primera vez que los turcos se ponen a degollar cristianos. ¿Esperar los barcos? Tiene que pasar mucha agua bajo el puente antes de que lleguen. Yo no confío en Atenas, no porque Grecia no quiera ayudamos, la pobre, sino porque no puede. Tiene miedo de Turquía. Tiene miedo de los francos, también, de esos perros de francos. No es la primera vez que tiene pánico.

—Pero ¿cómo salir de aquí, vecinos? ¡Ahí quiero veros! —dijo Kollyva resoplando—. Uno tiene una caterva de chicos.

—Yo no confío en Atenas —continuó el vecino—, confío en Krassogeorgis. Dadme a mi el mando y, por el pan que como, os prometo que os conduciré a todos a la montaña con vuestras mujeres y vuestros hijos, vuestras artesas, vuestros colchones y vuestras baterías de cocina.

Un murmullo se levantó. Acercaron sus sillas a la de Krassogeorgis que callaba, orgulloso del efecto producido por sus palabras. Nada menos. Le llamaban palurdo, analfabeto, le criticaban que llevaba botas remendadas. Ahora verían de lo que él era capaz.

—Veamos tu plan —dijo el doctor, picado por no haber sido él tomado en consideración—. A mí no me gustan las palabras, ya lo sabes, vecino.

—A mí tampoco, doctor. Dos y dos son cuatro. Escucha. Yo me entiendo bien con los guardias de la puerta del Lazareto. ¿Cómo y por

qué? No te preocupes. Yo hago un poco de contrabando y para cerrarles los ojos les engraso la pata con bombonas de rali, paquetes de tabaco y cajas de lukum… En una palabra, si yo preparo el terreno saldréis todos de la ciudad como una seda.

—¡Viva Krassogeorgis! —gritó Kollyva—. Pongo a todos mis hijos en tus manos. Tengo confianza en ti.

—Yo también —dijo Mastrapas volviéndose hacia su mujer con inquietud por ver si ella también estaba de acuerdo.

En aquel momento llamaron a la puerta, con tres golpes suaves. —Es Alí Agá —dijo Palomino, levantándose para ir a abrir. Pero el Capetán Miguel levantó la cabeza.

—¡Échale! —dijo.

Palomino abrió la puerta.

—Perdónanos, Alí Agá, pero hoy estamos sólo entre griegos. Vuelve mañana.

Pero Alí Agá no se movía.

—He venido a preveniros, vecinos. Los agás preparan una degollina.

—Bendito sea Dios. ¿Para cuándo?

—En seguida, para el bairam.

—Entra.

El viejecillo cruzó el patio y se apoyó en el marco de la puerta. —Buenas noches, vecinos —dijo con voz confiada. Aquella noche traía una terrible noticia que le daba importancia, pero en cuanto vió al Capetán Miguel en el rincón del sofá se moderó.

—Perdonadme —Alijo—, esta noche no puedo quedarme, tengo mucha prisa, pero era necesario que viniese: ¡por el amor de Dios, vecinos!, sed prudentes. Los agás preparan una matanza para al bairam. Ya se han repartido los barrios. A éste vendrán os más forzudos, a causa del Capetán Miguel.

—Bueno, está bien, lárgate —Alijo el Capetán Miguel levantando la mano.

Mastrapas exclamó:

—Procura enterarte de todo lo que puedas, Alí Agá, y vuelve mañana por la noche. Anda y que te vaya bien.

El viejecillo cruzó el patio, salió y tomó la dirección de los cafés turcos.

—¡El cuchillo ha llegado al hueso! —dijo el Capetán Polyxinguis levantándose—. Perdonadme, es forzoso que me vaya, tengo que hacer esta noche. Mi hermana me comunicará lo que hayáis decidido. Yo sólo tengo que deciros, antes de partir, que yo, por mi parte, me voy a la montaña. El honor lo exige.

—Menos mal que no lo has olvidado —gruñó el Capetán Miguel.

El Capetán Polyxinguis salió rápidamente. Estaba muy atrasado. Emina debía estar en su cama mascando resina de lentisco para no dormirse, antes que él llegase.

Los otros se volvieron hacia el Capetán Miguel para pedirle su opinión. Éste respiraba mejor ahora. El aire era más puro, no olía a almizcle ni a turco. Levantó la cabeza.

—Vecinos —dijo—, todos somos hombres valientes. Sería vergonzoso abandonar a Creta en un momento difícil. Pongamos en lugar seguro a nuestras mujeres y a nuestros hijos, como ha dicho muy bien Krassogeorgis, pero para nosotros no hay más que una solución: la lucha a mano armada. El maestro vendrá también y seor Idomeno y todos.

El viejo Tulupanas mantenía los ojos bajos, jugaba con sus dedos y pensaba en su hijo que tenía ya la cara enteramente roída por el mal. Ya no tenía ni nariz, ni labios, ni orejas… ¿A dónde podía ir? ¿Quién le aceptaría? Sólo verle daba miedo. Y la enfermedad era contagiosa. Dos días antes, habían venido a buscarle los zaptíes[41] para encerrarle en el leprosario, pero su pobre madre había empezado a dar gritos. Entonces el viejo había llenado de monedas de plata las manos de los soldados y había conseguido que se fuesen.

Involuntariamente, el viejo Tulupanas dió un suspiro y todo el mundo le miró.

—¿Qué te pasa, vecino, por qué suspiras? —parecía que hubiesen olvidado…

—Nada… ¿Qué queréis que me pase? Nada… —respondió con los ojos llenos de lágrimas. Poco después:— Yo no me voy. ¿A dónde voy a ir? ¿Quién tiene necesidad de mí? —Y se levantó.

Nadie hizo por retenerle. Solo, tambaleándose, llegó a la puerta y desapareció.

—Bueno —dijo Palomino—, hemos llegado a una conclusión. ¿Tú qué dices, seor Idomeno? Todavía no has abierto la boca.

—Ya conoces mi opinión, todos la conocéis. Os la he dicho y repetido: todo lo que hagáis es escribir en el agua, mientras Suda exista…

—De acuerdo —dijo el doctor, conteniendo la risa. Luego cogió su gran chapeo para irse. Era ya cerca de la medianoche.

—Doctor —dijo el Capetán Miguel—, tú también vienes con nosotros a la montaña…

—Pero…

—Nada de pero, tú vienes. Para eso eres médico. Habrá heridos.

El doctor miró a su mujer que estaba sentada al otro extremo del sofá. Ella no comprendía lo que decían, tosía sosteniendo el pañuelo delante de la boca. Había adelgazado y estaba pálida, la infeliz. Estaba

cansada de ver “los ferrocarriles de Creta” pasar por delante de su puerta ahumando su dintel. París había llegado a ser para ella un cuento lejano e inverosímil… “Entrar en un barco, en una chalana, en una cáscara de nuez y partir… partir…” Pero no decía nada. Su mente no era más que un hilo de agua que corría y se arrojaba al mar.

El Capetán Miguel se levantó.

—Quedamos en lo decidido —dijo y subió a su cuarto. Había hablado mucho y tenía necesidad de estar solo.

Cuando se fué, los vecinos se sintieron más a gusto, las lenguas se desataron, las mujeres entraron en la conversación. Rinio bajó y trajo raki, confitura y café en una bandeja.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo Krassogeorgis levantando su vaso—. ¡A tu salud, madama Katerina y a la de todos los tuyos! ¡Por tu boda, Rinio!

Brindaron y bebieron. Rinio trajo la botella y llenó los vasos por segunda vez. Todos estaban contentos.

—Hay que ver lo que es la bebida —dijo Krassogeorgis chascando la lengua—. Un vasito de raki poco más grande que un dedal y, amigos míos, toda Turquía queda ahogada. Ahí está, en el fondo del vaso estoy viendo al sultán hinchado como un odre.

—No es por el raki —dijo Palomino—, es porque estamos todos reunidos.

—Tienes razón, profesor —dijo Mastrapas a quien el raki había despertado—. Las gentes son como los cascabeles que, cuando están bien acordes, no temen a la muerte.

El oído del vendedor de cascabeles estaba adiestrado y lleno de sonidos como los caracoles marinos. El año anterior, por el verano, había ido a su pueblo y la primera noche no había podido pegar el ojo porque en la montaña próxima las esquilas del rebaño eran disonantes y eso le alteraba. Al amanecer trepó a la montaña, buscó el rebaño, armonizó las esquilas y se volvió a acostar.

—Los hombres son como las esquilas —dijo—: esquilas, cascabeles, clarines, grandes o pequeños, cada uno tiene un sonido diferente. Dichoso el rebaño que tiene las esquilas bien armonizadas; ése no teme al lobo.

Pero seor Idomeno meneaba la cabeza. “¿Qué hago yo aquí?, pensaba. ¿Qué conversaciones son éstas?”

Se levantó e hizo una seña a Palomino:

—Vamos, amigo mío. Vente a dormir a mi casa, así me harás compañía.

Tenía mucha necesidad de una discusión interesante aquella noche. Hablar, por ejemplo, de los astros o de la inmortalidad del alma. No había otro problema en el mundo. Esos dos únicamente. En

rigor, existía el otro gran asunto: Suda. Todo lo demás era viento.

Todos se levantaron y la reunión terminó. Algunos, a quienes el raki había animado, volvieron a sus casas charlando entre ellos. Los otros se tendieron por el patio o en la terraza del Capetán Miguel. Era ya pasada medianoche.

Durante toda la noche, Thrassaki había escuchado sin rechistar. Y todo se grabó de modo profundo en su mente: las caras y las palabras, primero inquietas, luego tranquilas y finalmente llenas de buen humor, gracias al raki. Pero lo que más le había impresionado era su padre que había mantenido siempre la cabeza baja desdeñosamente. La levantaba un momento para dar una orden y volvía a bajarla como si se negase a formar grupo con aquellos charlatanes que bordoneaban a su alrededor. Thrassaki, mirando al Capetán Miguel, poco a poco iba haciéndose un hombre.

Las escuelas estaban cerradas. Al día siguiente, Thrassaki se levantó y tomó el camino del almacén de su padre. Le gustaba respirar el olor del Capetán Miguel y cada vez comprendía más por qué era tan hosco y silencioso. Cuando él tuviese bigotes y barbas se le parecería. No se parecería al Capetán Polyxinguis, ni a Krassogeorgis, ni a Palomino, sino a su padre.

Y mientras todas estas cosas se agitaban confusamente en su imaginación oyó gritos e injurias que venían del lado del puerto. Apresuró el paso y vió delante de la tienda del seor Paraskevas un grupo de turcos que rodeaban al peluquero, le insultaban y le escupían a la cara, afilando sus cuchillos para matarle. El desgraciado, con la camisa desgarrada y llena de sangre, con la cara sucia de huevos podridos y tomates estrellados, esperaba, aterrorizado, implorando y jurando que se volvería a Syros y no volvería a poner los pies en Creta. Pero tenía una hija joven y les suplicaba que tuviesen piedad de ella.

Thrassaki lo vió y se le oprimió el corazón. Corrió a buscar a su padre. Éste estaba sentado a su mesa y escribía a su sobrino Kosmas, el expatriado, el franco. “Si eres un hombre, le decía, si eres capaz de tener vergüenza, deja Europa. Yo quisiera saber qué es lo que te traes ahí ya tantos años. Deja Europa y tómate el trabajo de volver a tu país. Ha llegado la hora. Tu país necesita de ti. ¿Para qué has nacido cretense? Date prisa y ven a coger el fusil tú también. Sabe, sobrino, que…”

En ese momento entró Thrassaki todo alterado:

—¡Padre! —gritó—, quieren degollar al infeliz de Paraskevas. Allí, delante de su tienda. Ve a defenderle.

El Capetán Miguel se levantó, se detuvo en el umbral de su almacén y miró. Un grupo de turcos excitados rodeaba a Paraskevas. Ni un cristiano sacaba la nariz fuera de su puerta, los comerciantes

griegos cerraban apresuradamente sus tiendas y desaparecían. Y el Capetán Miguel vió brillar al sol cinco o seis hojas de cuchillo.

—¿Irás, padre? ¿Irás? ¿No tienes miedo?

La cara del Capetán Miguel se endureció. Los turcos eran muchos, era ir a la muerte atacarlos, pero delante de su hijo tuvo vergüenza. Si hubiera estado solo, se habría metido adentro. No estaba borracho ni era amigo de extravagancias. Pero ahora su hijo le estaba mirando.

—¿No vas a ir, padre? ¿Tienes miedo? —dijo otra vez el chico.

—Sí que voy —respondió el Capetán Miguel y se dirigió hacia el grupo de turcos.

Iba lentamente, tranquilamente, su cara tenía una expresión suave, sin cólera ni miedo.

Cuando los turcos le vieron venir, se detuvieron. ¿Qué quería, el giaur? Nos desafía. ¿Qué se habrá creído?

El Capetán Miguel avanzó hacia ellos, extendió tranquilamente la mano para pasar. Los turcos, sorprendidos, se apartaron, curiosos de ver lo que iba a hacer. Luego, bajaron sus cuchillos y esperaron.

El Capetán Miguel cogió al seor Paraskevas por la oreja y de pronto la cólera invadió su cara. Retorciéndole la oreja, le empujó hacia delante.

—¡Lárgate a tu casa! —dijo imperiosamente—, y no vuelvas a aparecer delante de mí.

Paraskevas echó a andar con la cabeza metida entre los hombros, seguido del Capetán Miguel que insistía en retorcerle la oreja. Los turcos se separaron, silenciosos, y les dejaron pasar.

—¡A tu casa! —repetía el Capetán Miguel con violencia—, ¡y rápido!

Paraskevas obedeció y desapareció en la primera esquina. Los turcos no se movían. Con la boca abierta, miraban al Capetán Miguel que volvía con el mismo paso lento a su almacén.

Thrassaki miró a su padre con admiración. Estuvo a punto de hacerle una pregunta, pero prefirió callarse. El Capetán Miguel volvió a sentarse a su mesa y cogió la pluma para terminar la carta. “Dejé la pluma un momento para arreglar un pequeño asunto. Tienes que saber, sobrino, que tu tío Manusakas…”

IX

Llegó el bairam. Los agás, adornados como novios, se reunían en los cafés y se instalaban sobre cojines. Los muchachos turcos alargaban sus cuellos suaves y cantaban el amané. Hacía mucho calor. Barbayanis había encargado y recibido del monte Ida tres cargas de mulo de hielo y corría de acá para allá con su cántaro de bronce apagando la sed de los agás.

Cerca de los Tres Arcos, en el cuartel, los guardias tocaban la trompeta y hacían salvas desde el amanecer. Escoltado por robustos agás, el pachá iba a prosternarse a la mezquita nueva. En los minaretes, coronas de cirios escalonados ardían todavía. En casa de Hamida Mulá, la tumba del santo estaba adornada con romero y albahaca. Effendín, sentado con las piernas cruzadas, balanceaba el torso y leía el Corán canturreando. En torno a la tumba, viejos fieles fumaban sus narguiles, con los ojos medio entornados, escuchando la lectura del libro santo, muy dulce, muy lejana, como un bordoneo de abejas.

Eran profundamente dichosos aquellos viejos. Les parecía haber entrado vivos en el Paraíso. Nada les faltaba. El rumor de la ciudad entraba por las rendijas de la puerta y por entre la reja de la ventana, como un murmullo de agua. Detrás de las murallas, el mar dejaba oír sus suspiros y la vieja Hamida Mulá, descalza, silenciosa, iba y venía trayéndoles tan pronto un lukum, tan pronto carbones ardiendo que disponía delicadamente en el hornillo de los narguiles que, bien alimentados, arrullaban todos a un tiempo como palomos.

Fueron arrancados de su divino recogimiento por gritos penetrantes y ruidos de puertas derrumbadas, lamentos de mujeres y descargas de fuego. La beatitud de los viejos se acabó y se levantaron precipitadamente.

“¡El degüello! ¡el degüello!”, gritaban en los patios y por los tejados. Effendín dejó caer el Corán sobre los ramos de romero y corrió a la puerta. Algunos turcos, armados, con el cuchillo entre los dientes y los brazos y el pecho salpicados de sangre griega, corrían aullando.

El negro del pachá dirigía a la banda desenfrenada, descalzo, con

el pecho descubierto y un albornoz amarillo echado por los hombros. Sus ojos daban vueltas en las órbitas, sus labios gordos echaban espuma.

—¡A degüello! ¡A degüello! —mugía, blandiendo su yatagán.

—¿A dónde vais, hermanos? —gritó Effendín, sacando su cabeza aterrorizada por la rendija de la puerta.

—¡Voy a degollarle, al cochino! ¡Voy a beberme su sangre! —rugió el negro.

—¿A quién, Suleimán?

—¡Al Capetán Miguel!

Effendín palideció.

—¿No temes a Dios? —gritó.

Pero su voz se perdió entre los gemidos que escapaban de todos los patios y terrazas cristianos.

Los turcos hundían las puertas, las mujeres subían a las terrazas e imploraban a Dios, otras se tiraban de lo alto de los tejados con sus hijos en los brazos, algunos hombres resistían un momento, se oían descargas, ruido de lucha, luego un grito desgarrador y todo quedaba en silencio.

El Capetán Miguel estaba detrás de la puerta, armado. Hizo que su familia subiese al cuarto de arriba y retuvo a Thrassaki a su lado.

—Ven conmigo —le dijo—, y escucha bien lo que voy a decirte: si los turcos fuerzan la puerta os mato a todos, no quiero que caigáis en sus manos. Tú serás el primero, Thrassaki. ¿Has comprendido?

—He comprendido, padre.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No les digas nada a ellas, son mujeres, tendrían miedo.

—No les diré nada.

Los dos hombres callaron. De pie, detrás de la puerta, oían el tumulto y las pisadas de los que andaban por la calle.

Algunos vecinos habían logrado huir el día antes, los padres de familia los primeros: Krassogeorgis, Mastrapas y Kollyva con su chiquillería, luego madama Penélope y madama Chrysanthi. Las dos se habían disfrazado de hanums y habían conseguido, entre el desorden, pasar las puertas de la ciudad y salir al campo.

Palomino mismo había salido de Candía, vestido con bombachos, una faja roja a la cintura, como un turco, y un turbante blanco en la cabeza. Con los anteojos escondidos en el pecho, había salvado la puerta del Lazareto, titubeando. El viejo Tulupanas no había abandonado a su hijo. El doctor enarbolaba la bandera francesa en su ventana e ídomeno había declarado que no partiría y había desplegado las banderas de las Grandes Potencias sobre la fuente.

—Ahora, si se atreven, que toquen mi puerta —dijo a la vieja Doxania que, atolondrada, se santiguaba sin cesar.

—¿Cuándo nos vamos nosotros, padre? —había preguntado Thrassaki el día antes. Tenía ganas de correr por los campos y trepar a la montaña.

—Nosotros seremos los últimos de todo el barrio.

—¿Por qué?

—Procura comprenderlo tú sólo —había respondido el padre.

Era cerca de mediodía. Candía luchaba y gemía con la voz cada vez más ronca bajo el cuchillo de los turcos. Los muecines subían a los minaretes llamando a la oración y loaban la misericordia de Dios.

En ese mismo momento, en *Las Alamedas*, al otro extremo de Candía, cinco o seis cargadores turcos provistos de una barra de hierro, derribaban la puerta del seor Paraskevas, penetraban en su casa, se apoderaban de su hija y la revolcaban en el diván. Otros, al mismo tiempo, descubrían al pobre peluquero detrás de unas tinajas y le cortaban la cabeza en el umbral de la puerta. Luego, levantando a Alameda ensangrentada en sus brazos, se fueron.

El Capetán Miguel puso oído. En el otro extremo de la calle, en la fuente de Idomeno, se oían descargas.

—¡Llegan!… —murmuró levantando el gatillo de su fusil.

Se volvió y miró a su hijo.

—Llegan —dijo.

—Llegan —repitió Thrassaki, montando él también su pistola.

Días antes su padre le había enseñado a tirar.

—No tienes miedo, creo yo… —dijo el padre mirando severamente a su hijo.

—¿Por qué voy a tener miedo? ¡Sé tirar!

Separó las piernas, las afirmó sólidamente en el suelo del patio y esperó.

A lo lejos crecía el tiroteo. Se oían golpes sordos. Los turcos detenidos ante la casa de Idomeno trataban de derribar la vieja puerta señorial con el hombro.

Desde la primera hora de la mañana, seor Idomeno, inclinado sobre su mesa escribía a las Grandes Potencias:

“¡Oh, Potencias de la tierra! En el momento en que escribo estas líneas, Candía muere. Repercuten en el aire las descargas de fuego, los turcos enfurecidos derriban las puertas de los cristianos, violan a las mujeres, matan a los hombres, estrellan el cráneo de los niños contra los umbrales.

”Yo elevo mi voz, sé que soy muy poca cosa: un hombre insignificante, perdido en un extremo de Europa, lejos de vosotros ¡oh, Potencias de la tierra!

”Pero Dios está junto a mí, encolerizado. Va y viene por el cuarto desierto donde os escribo, se inclina sobre mi hombro para leer lo que os digo. Se calla, se muerde los labios esperando la respuesta que vais a darme. Sabedlo, no volveré a escribiros otra carta, estoy cansado de gritar en el vacío. Si no me respondéis ahora, me volveré hacia Dios y Él…”

Aquí, seor Idomeno se interrumpió bruscamente. Había oído descargas. Sacó la cabeza por la ventana y vió la banda de turcos que empujaban su puerta para derribarla.

—¿Qué es lo que queréis? ¿Estáis ciegos? ¿No veis las Grandes Potencias sobre la fuente?

Se oyeron gritos y carcajadas. Silbó una bala y le rozó la mejilla y la oreja. Un espejo antiguo, veneciano, quedó hecho migas.

Seor Idomeno se metió adentro. Cuando se tocó la oreja la mano se le llenó de sangre. Se indignó. Bruscamente la cólera le ahogó. El mundo era injusto, infame, las Potencias eran infames e injustas también. Los otros, los pequeños, débiles y desdichados. Embadurnó de sangre toda la palma de su mano y la aplicó, abierta, en señal de profundo desprecio, sobre la carta que pensaba mandar a las Grandes Potencias.

“¡Tomad esto, y esto y esto!, gruñía. Así es como termino mi carta. ¡La sangre de Creta caerá sobre vuestras cabezas, sobre las cabezas de vuestros hijos, y sobre las de vuestros nietos, Inglaterra, Francia, Italia, Austria, Alemania, Rusia!”

La puerta acabó por caer. Los turcos se precipitaron en el patio, con el cuchillo entre los dientes. Encontraron a Doxania en el umbral de la puerta interior, con los brazos abiertos para impedirles el paso. De un empujón la tiraron al suelo, la pisotearon y entraron. Subieron la escalera aullando. La casa señorial, carcomida, se estremecía hasta sus cimientos.

Desde su mesa de trabajo, Idomeno oía los gritos y las pisadas salvajes por la escalera. Se levantó.

“¡Tu hora ha sonado, Idomeno, no me avergüences!”

Miró a su alrededor, como si quisiera escoger el modo de morir. No había armas por las paredes; él no las necesitaba. Él no se batía a sable, él luchaba con su mente, y su sable era la pluma. Se decidió: “Mi lugar es éste, murmuró, dando con el puño en la mesa, aquí es donde he luchado, aquí moriré.” Se sentó y cogió la pluma.

De un puntapié, los turcos abrieron la puerta del cuarto y, al ver a Idomeno inclinado sobre una hoja de papel manchada de sangre, se quedaron con la boca abierta, pero sólo un momento.

“¡Giaur! —le gritaron en seguida—, ¿dónde escondes tu dinero?”

Idomeno levantó la cabeza.

—Aquí —respondió con calma, señalando su frente.

Uno se echó a reir.

—¿Es una hucha, tu cabeza?

—¡Rómpela, Ibrahim!, así veremos lo que hay dentro —propuso otro.

Y antes que seor Idomeno pudiese responder, de un sablazo, el turco le abrió la cabeza desde la frente hasta la garganta y su cerebro se derramó, espeso, lleno de sangre, sobre la hoja de papel.

Se dispersaron por la casa para saquearla. Se llevaron los trajes del muerto, las mantas, las butacas, las mesas, los colchones y desaparecieron.

Cuando llegaban a la esquina, el negro Suleimán se dirigía corriendo hacia la casa del Capetán Miguel, con una decena de colosos descalzos, detrás de él.

—¿De dónde venís? —les preguntó jadeante.

—De la fuente de Idomeno.

—No vayáis a casa del Capetán Miguel, desdichados, porque os arranco los hígados. Ése me pertenece a mí, no lo olvidéis.

Se acercó a la fuente, se lavó, se refrescó, bebió como un becerro y sus compañeros, agitados, le imitaron. Uno de ellos miró la puerta derribada y vió a una vieja que se arrastraba por las losas del patio gimiendo y arrancándose los cabellos.

—¿La matamos? —propuso uno de los camaradas a quien eso divertía.

—Déjala, Mustafá. Tengo la mano entumecida, a fuerza… Desde esta mañana…

—¡Adelante! —gritó el negro—. ¡Arremeted!

Volvieron a ponerse en marcha precipitadamente, entrechocando los sables por fanfarronada.

El Capetán Miguel, escondido detrás de la puerta, oyó al grupo que venía hacia su casa y reconoció la voz bestial del negro. “Ésos vienen por mí…”, pensó. Se arrodilló detrás del brocal del pozo para estar defendido y llevó consigo a Thrassaki.

“¡Que Dios nos ayude!”, murmuró santiguándose. Se volvió a su hijo:

—¡Valor, hijo mío! —dijo.

Era la primera vez que Thrassaki oía a su padre hablarle con ternura y llamarle “hijo mío”. Enrojeció de placer, sin decir palabra.

Los turcos se acercaban rápidamente, gritando para animarse.

Se detuvieron delante de la puerta. El negro reunió a sus compañeros para darles órdenes: dos de ellos tenían que servir de escala y un tercero trepar por sus hombros al tejado y saltar al patio. Los otros derribarían la puerta.

—¡Que nadie toque al Capetán Miguel!, ése es mío. Él me ha avergonzado una vez. Ahora yo le arrastraré sobre el trasero hasta el plátano, le cortaré en pedazos y llamaré a todos los perros de Candía para que se lo coman.

Thrassaki había oído las amenazas. Miró a su padre, pero éste no decía nada. El cañón de su fusil estaba apuntando a lo alto de la tapia.

—¿Has oído, padre? —preguntó.

—¡Calla! —murmuró el Capetán Miguel entre dientes.

Fuera, las voces se callaron un instante. Se oyó a alguno arrastrarse por el tejado, jadeante. El Capetán Miguel se escondió enteramente detrás del pozo. Sólo el cañón de su fusil sobresalía. Con la mano izquierda cogió a Thrassaki y le escondió detrás de él.

Los ojos del Capetán Miguel, fijos en el borde de la pared, chisporroteaban como carbones encendidos.

De pronto, una cabeza peluda y feroz apareció, llevando entre los dientes un cuchillo. Echó una rápida mirada al patio; no había nadie. Al mismo tiempo, una mano agarrada al borde de la pared trataba de afianzarse para dar al cuerpo el impulso necesario. El Capetán Miguel tiró y la bala se alojó justo entre las dos cejas, la mano desapareció y abajo, en la calle el ruido de un pesado cuerpo que se derrumba, se dejó oír.

"¡Alá! ¡Alá!", gritaban fuera y la puerta fué violentamente sacudida.

Arriba, en el cuarto, acurrucada detrás de la ventana, la capetana amamantaba a su pequeña y por las rendijas de los postigos, Rinio miraba a su padre y Thrassaki en el patio. Cuando vió caer el cuerpo del turco dió un grito.

—¡Bravo, padre! —murmuró con admiración.

—Mi pobre Rinio —dijo la capetana—, nuestra vida está pendiente de un hilo. ¿Sabes lo que ha decidido tu padre?

—Si los turcos entran, nos matará y hará bien.

—¡Tú deberías haber sido hombre! —dijo la madre mirando asombrada a su hija—. ¿No tienes miedo?

—No se muere más que una vez, madre. Así que, muramos con honor.

Callaron. ¿Qué pasaba en la calle? Nuevos ruidos de pasos, nuevas voces. Disputaban entre ellos.

—¡Parece la voz de Effendín! —dijo Rinio entreabriendo los postigos.

Era Effendín. Cuando, al abrir su puerta había visto al negro correr furioso hacia la casa del Capetán Miguel, su corazón se oprimió. Quería mucho al Capetán Miguel, aunque le hiciese pecar dos veces al año. Tal vez por esta misma razón le quería. ¿Qué habría sido la vida

de Effendín sin aquel terrible griego? “Yo no tengo otro placer en la vida, desgraciado de mí, pensaba. Mi madre me pega, los candiotas, turcos y cristianos, me tiran cáscaras de limón, no tengo dinero ni mujer, no soy valiente, no tengo nada. No tengo más que el Capetán Miguel. Me paso la vida contando los días y los meses; cada seis meses tengo una gran alegría pero también cometo un gran pecado… ¿quién sabe? Dios es todopoderoso y magnánimo, puede que llegue yo a ser un santo el día antes de mi muerte. Y pondrán mi tumba junto a la de mi antepasado… Que el Capetán Miguel viva tranquilo. Si no fuese por él yo no tendría la esperanza de ser santo.”

“¡No, no, yo no dejaré que maten a mi Capetán Miguel! Digan lo que quieran, es un gran señor. ¡Qué de vinos y de salchichas en su bodega, qué de gallinas y de lechones en su corral!”

Effendín se enardeció. Se recogió las mangas y echó a correr hacia la casa del Capetán Miguel. En su exaltación no se acordó de que las calles eran ríos profundos; saltaba ágilmente de una acera a otra y volaba en socorro de su amigo.

En la Calle Grande, unos turcos que iban con su botín, le gritaron: “¿A dónde vas, endiablado Effendín? ¿Quién te corre?”

Trataron de cortarle el paso. Effendín se detuvo con la lengua fuera. El negro ya debía haber llegado, ya debía haber derribado la puerta y matado al Capetán Miguel.

—¿No hay un Dios que está más alto que vosotros? —lloriqueaba—. ¡Dejadme pasar, tengo prisa, hermanos!

—¿Quién te corre, Effendín Bosta? Antes de dejarte pasar queremos saberlo.

Effendín tuvo una idea luminosa. Miró hacia atrás y gritó:

—¡San Minas!

Los turcos se echaron a reír.

—¿Por qué os reís, miserables? ¿No oís los cascos de su caballo? ¡Yo le he visto salir de la iglesia, yo le he visto! Me sigue. ¿No lo oís? ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Se acerca!

Los turcos sintieron que el vello se les erizaba como si verdaderamente oyesen los cascos del caballo. ¡Un jinete se acercaba!

—¡Ahí está! —gritó Effendín, desorbitando los ojos—. ¡Ahí está! ¡Ahí está!

Pero los turcos no pensaban en volverse a mirar. Desaparecieron rápidamente.

Effendín quedó petrificado viéndoles ir.

“Y si fuese verdad”, pensó temblando. ¡Él le había visto durante la otra revolución, arrojarse sobre los turcos que querían entrar en su iglesia! Gotas de sudor frío brotaron en su frente. Ahora se oía bien claro, el jinete se acercaba.

—¡Alá! ¡Alá! —gritó remangándose otra vez.

Luego, echó a correr sin poner los pies en el suelo.

Corría, corría espantado. Desde la fuente de Idomeno distinguió al negro y sus acólitos que daban golpes a la puerta del Capetán Miguel. Corrió hacia allí.

—¡Cuidado, muchachos, que va a matamos! ¡Viene en su caballo!

—¿Quién, chiflado? —gritó el negro.

—¡El vecino!

—¿Qué vecino?

—¡San Minas! ¡Ahí está!

Todos se volvieron a un tiempo. Sus ojos, encandilados, no veían nada.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritaba Effendín aplastándose contra la puerta del Capetán Miguel, enloquecido. Ahora ya el jinete llegaba a la fuente de Idomeno, Effendín le veía claramente igual al icono de la iglesia, con su cara bronceada y su barba de rizos grises, montado en un caballo rojo con arneses de oro.

—¡Miradle! ¡Miradle! ¡Ahí está! —murmuraba temblándole los labios.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

—¿No le ves? ¡Mírale! Mírale todo de negro, con su barba gris, una lanza roja… ¡Nos ha visto! ¡Arremete contra nosotros!

Saltó, se despegó de la puerta y echó a correr en dirección al mar. Los turcos corrían a todo correr detrás de él, jadeando. Ellos también oían el caballo que venía persiguiéndoles. El negro se volvió un instante y vió un caballero, flotando en el aire, sobre él.

—¡De prisa, escapad, muchachos! —el albornoz amarillo se escurrió de sus hombros, pero no se detuvo a recogerlo. Galopaba completamente desnudo.

Llegaron al puerto, sin aliento, secándose las caras empapadas de sudor y se sentaron a la sombra, jadeando como perros. Effendín se había dejado caer de bruces y pataleaba sobre las piedras.

Durante un rato fueron incapaces de hablar. Al fin el negro abrió la boca:

—¡De buena nos hemos librado! —dijo.

Candía gemía bajo el yugo turco, los cristianos levantaban los brazos al cielo e imploraban a Dios; el metropolitano hacía la señal de la cruz. No podía seguir viendo degollar a su rebaño. “Dios mío, ayúdame”, murmuró y se levantó. Dió una palmada y apareció Murtzuflos.

—Voy a casa del pachá —dijo—. Tráeme mis mejores vestiduras.

—¿Vas a salir a la calle, Reverendo Padre? —dijo Murtzuflos—. Los turcos están degollando a diestra y siniestra. Iré contigo.

—Iré yo solo. Ayúdame a vestir.

Revistió sus hábitos sacerdotales, puso la mitra imperial sobre su noble cabeza leonina, empuñó su larga cruz ornada en la cima por dos serpientes de plata entrelazadas…

Murtzuflos le miró lleno de admiración. Era alto y majestuoso, su Barba parecía un río de hielo, sus ojos azules expresaban la bondad y la inteligencia. Era a su imagen como Murtzuflos se proponía dibujar a Dios Padre, vestido de nubes de oro y bajando del cielo sobre Candía para poner fin a la matanza de los cristianos.

Abrió la gran puerta del arzobispado. En el dintel de mármol estaban grabadas estas palabras: “Ante esta puerta, los turcos colgaron al metropolitano de Creta en 1821. ¡Que en paz descanse!”

—¡Que en paz descanse! —murmuró el metropolitano, franqueando el umbral.

Los ojos de Murtzuflos estaban llenos de lágrimas.

—¡Que Dios y san Minas te acompañen! —dijo con voz temblorosa.

—No te inquietes, Murtzuflos. No seré ni el primero ni el último —dijo, enseñándole las letras grabadas en el dintel.

Murtzuflos le veía alejarse, apartarse de los hombres, ir hacia la muerte… Tuvo vergüenza de dejarle ir solo. “Éste es el momento, Murtzuflos, murmuró, de saber si tienes un alma o si estás hinchado de viento.” Hizo la señal de la cruz y se puso a seguir, de lejos, al metropolitano.

Candía estaba en pleno tumulto. Los cristianos gritaban, los turcos aullaban y reían, los gemidos se mezclaban a los insultos y al ruido de las puertas derribadas.

El metropolitano seguía, escuchaba al pasar y su corazón se desgarraba. “¿Hasta cuándo la raza griega será martirizada? ¡Nosotros no somos más que hombres, Jesús, no somos dioses, como tú, no podemos más, danos la resurrección!”

Candía, sus murallas, sus barrios y sus habitantes formaban parte de su cuerpo. Cuando rompían una puerta, cuando una mujer se golpeaba el pecho de desesperación, su corazón se rompía y se desgarraba.

Una banda de turcos, completamente borrachos y cubiertos de sangre desembocó en la plaza. A la vista del metropolitano todo vestido de oro se quedaron desconcertados.

—¿Qué monstruo es ése? ¿A dónde va? ¡Sálvese quien pueda, desdichados, va a aplastamos!

El metropolitano iba derecho hacia la muerte y sus ojos estaban llenos de sufrimiento, de indignación y de sacrificio. Avanzaba y no

veía nada, ni las calles, ni las gentes, ni las tiendas, ni las casas griegas a derecha e izquierda. No pensaba más que una cosa: “Es muy dulce morir para salvar a su pueblo. Los Evangelistas pretenden que Cristo sufrió en la cruz. Pero ¡Ili! ¡Ili! significa: ¡Alegría! ¡Alegría!, en la lengua del sacrificio.” Ili, Ili, gritaba el metropolitano dentro de sí mismo y cuanto más se acercaba al serrallo del pachá más apresuraba el paso. Y Murtzuflos le seguía a distancia, como un perro.

Llegaron al gran plátano que susurraba lleno de frescura y de fuerza, todo verde, con el tronco manchado como la piel de un leopardo. Un instante ofuscado, creyó ver como frutos, en el árbol, millares de cristianos colgados.

Dos guardias, ante la puerta del pachá cruzaron sus fusiles y le detuvieron. Pero Murtzuflos que conocía a uno de los turcos se precipitó a hablarle. Los fusiles se levantaron, dejando pasar al metropolitano y a Murtzuflos que le precedía abriéndole todas las puertas.

El pachá puso mala cara al ver llegar al metropolitano. Sentado ante su ventana, escuchaba los gemidos de Candía. Aquel buen oriental, un poco adormilado, empezaba a excitarse. La sed inmemorial de los turcos por la sangre griega parecía despertar en él. Además, sentía vergüenza. Él era el pachá, pero no tenía valor para alzar la voz y arrancar los cuchillos de las manos de los agás.

El metropolitano detenido en el umbral, ocupaba toda la puerta:

—¿No temes a Dios, pachá? —gritó.

—¿Qué significa todo ese atavío, imán de los giaurs? —respondió el otro encolerizado—. ¿Crees que voy a tenerte miedo?

—¿No temes a Dios? —gritó de nuevo el metropolitano, levantando un dedo terrible hacia el cielo—. ¿No ves la sangre que corre ahí fuera? Corre sobre tu cabeza, ¿no lo sabes?

—¡Eh, no grites tan fuerte, metropolitano, el plátano está delante de ti!

—Es Dios quien está delante de mí y no tengo miedo.

El pachá se levantó, se paseó de un lado para otro y al fin se detuvo ante el metropolitano, mirándole, perplejo. Creía verle colgado del plátano, con sus vestiduras de oro, su cruz, su mitra, pero no tenía el valor de hacerlo. “¡Sin embargo es preciso que esta boca insolente se calle. ¡No puedo aguantarle más!”

—¡No me hagas enfurecer, vete, te lo digo por tu bien! ¡Yo no tengo miedo de nadie!

El metropolitano dejó de invocar a Dios y se arrojó sobre el sultán.

—Bueno, tú no temes a Dios, pero temes al sultán. Debes saber que está harto de Creta y quiere vivir tranquilo; para eso te ha mandado aquí. Y tú ¿qué es lo que haces? Ordenas matanzas. Las matanzas

llevarán a la revolución. Y la revolución provocará la intervención de los rusos… Discúlpame, Pachá Effendi, pero me parece que tu cabeza no está muy segura sobre tus hombros.

La cara del pachá se descompuso. Él tampoco sentía su cabeza muy segura, en efecto.

—¿Qué quieres que yo haga? —dijo jadeando.

—¡Manda a los soldados, sin pérdida de momento, haz que toquen las trompetas y que la matanza termine! ¡Intímalos a detenerse, asústalos! ¡Tú eres el pachá, imponte!

El pachá se cogió la cabeza con las dos manos como si quisiera asegurársela.

—¡Maldito sea el momento en que puse el pie en vuestra condenada isla! —gritó finalmente.

Miró al metropolitano, pidiéndole ayuda.

—Metropolitano —dijo—. ¿Qué haces en esa puerta? Entra, siéntate, vamos a ver cómo salimos de este enredo.

—Mientras nosotros estamos aquí charlando, siguen degollando cristianos y yo no puedo sentarme. Llama a los soldados, da órdenes y me sentaré. No antes de haber oído las trompetas. Y antes de eso tampoco me iré.

—¡Sois todos unos demonios, cretenses de mal agüero! ¡Condenados seáis todos, los buenos y los malos!

Salió a la escalera, furioso. Se oyeron sus gritos y los pasos de los agás que acudían con sus sables y sus espuelas.

El metropolitano, de pie en el umbral, suspiró: “Dios no me ha juzgado digno de ser colgado como el otro a la puerta del arzobispado. ¡No importa! ¡Los cristianos están salvados, eso basta!”

El pachá reapareció secándose la frente.

—Ahora oirás las trompetas y podrás irte. ¡Ya estoy harto, no quiero ver a nadie! ¿Es tierra o es pólvora lo que tengo bajo los pies?

Se dejó caer sobre el diván y cogió su rosario de ámbar para calmarse un poco. De cuando en cuando echaba una mirada oblicua al metropolitano, que seguía en el umbral cubriendo de oro toda la puerta.

“¡Tiene aspecto, este condenado pope!, se decía con admiración. En otros tiempos y sin esa maldita Rusia, yo le habría convertido al islamismo sin sentir y habría hecho de él un jeque formidable.”

En aquel mismo momento, el Capetán Miguel se volvió a su hijo que, arrodillado junto a él escuchaba lo que ocurría en la calle: los gritos de Erfendín, los juramentos del negro, el ruido decreciente de sus pasos cuando echaron a correr y, de pronto, el silencio. Sólo, a veces, de la fuente de Idomeno se elevaba un canto fúnebre.

—¿Tienes hambre, Thrassaki? —le preguntó.

—Sí, padre, tengo hambre.

—Ve a decir a tu madre que baje y prepare la comida. Yo creo que, por hoy, esto ha terminado.

Luego apoyó su fusil en el brocal del pozo, sacó su bolsa de tabaco y empezó a liar un cigarrillo. El mirologui se elevó de nuevo. Los dedos del Capetán Miguel se inmovilizaron. Escuchó.

“Han debido matar al pobre Idomeno y su vieja nodriza se lamenta…”

Meneó la cabeza. “Él no era un hombre, ¿cómo habría podido resistirlos? Seguramente se ha puesto a llorar y se ha dejado matar como un cordero pascual…”

Y cuando sacaba su yesca para encender, el sonido de las trompetas repercutió en el barrio. Pasos pesados y rápidos se dejaron oír. El Capetán Miguel se levantó y entreabrió la puerta. Una patrulla de una veintena de guardias pasaba con el fusil al hombro. Un pregonero iba delante anunciando: “¡Se ha hecho la calma! ¡Se ha hecho la calma! Cristianos, salid de vuestras casas. ¡Se ha hecho la calma!”

—¡Añora que los cristianos están degollados este hipócrita de pachá envía a los guardias para poner orden! —gruñó el Capetán Miguel, furioso—. Yo me pregunto si verdaderamente hay un Dios y si por casualidad es albanés. ¡Un día de estos le pondrán pantalones bombachos, quiera o no quiera!”

Al día siguiente, el pachá ordenó: “Lo que fué hecho, hecho está, estaba escrito. ¡Ahora, calma! ¡Basta de sangre! Abrid las puertas de la ciudad. Que los cristianos refugiados en los pueblos vuelvan a Candía. Que los campesinos musulmanes vuelvan a sus casas. Que todos los rebeldes depongan las armas, bajen de las montañas y vuelvan al trabajo. Nadie tocará un pelo de su cabeza. El sultán es misericordioso y perdona. Musulmanes y cristianos, por vuestro propio interés escuchad al pachá. Si no, allá en su patio está el plátano, la cuerda y el jabón.”

Los turcos limpiaron sus cuchillos y volvieron a los cafés. Fumando sus narguiles volvieron a escuchar a los jóvenes de formas suaves, cantar el amané con voces de mujer. Los cristianos salieron de sus casas, reunieron a sus muertos, llamaron a Kollyva y cogieron el azadón. Murtzuflos, Kayambis, Ventusos, Mistigri y otros hombres caritativos, de fuertes puños se pusieron a cavar grandes fosas en el cementerio, más allá de la puerta de La Canea y en el patio de la iglesia de San Mateo, cerca de *Las Alamedas.*

El pope Manoli, jadeante, con la pelerina remangada, reunía a los muertos de cinco en cinco, les bendecía rápidamente y les

acompañaba hasta la puerta del cielo.

Durante tres días, los hombres cavaban, las mujeres lavaban la sangre de los umbrales y las terrazas, lamentándose suavemente para no llamar la atención de los agás y excitarles de nuevo. Porque en la mirada de aquellos hombres se sentía como la resaca del crimen.

Al cuarto dia, el Capetán Miguel hizo venir a su hijo a su habitación.

—Thrassaki —dijo—, ha llegado el momento de marchamos. Deja que hable el pachá. Es un capadocio y no puede comprender. Cuando Creta se inflama, no se apaga fácilmente. ¿Comprendes?

—Comprendo, padre. No se apaga fácilmente.

—Entonces, nosotros, los hombres, tenemos que sacar a las mujeres y a los chicos de Candía, mañana por la mañana. Yo delante, tú detrás y las mujeres entre nosotros dos… ¿Estamos?

—¿Llevaré mi revólver?

—¡Naturalmente! ¿Qué ibas a hacer sin arma? Iremos a casa de tu abuelo. Di a tu madre que se prepare.

Por la tarde, el Capetán Miguel saltó sobre su yegua, salió por la puerta del Lazareto y se llegó hasta el khan[42] de la viuda. Echó pie a tierra y llamó a la patrona que acudió, gorda y bamboleante.

—Te dejo mi yegua por esta noche, dale bien de comer, mañana por la mañana vendré a buscarla. Trata de proporcionarme tres borriquillos.

—¿Te vas, Capetán Miguel? —dijo la viuda abrochándose la blusa lentamente, con ostentación—. ¿No ha terminado la matanza?

—Es ahora cuando empieza —respondió el Capetán Miguel, y sin esperar más se volvió a pie a paso ligero, para llegar antes de que cerrasen las puertas de la ciudad.

Era pleno verano, el viento del sur soplaba caliente y seco, el polvo se arremolinaba en las calles cegando a los pasajeros. El Capetán Miguel caminaba, con la cara vuelta hacia el lado del mar para aprovechar un poco de frescura. A lo lejos se alzaba Dia, la isla desierta, toda rosa, redonda, como una golondrina posada en el mar. Un día de tristeza, en otros tiempos, había cogido una barca y hecho velas, solo, hacia la isla desierta. Al cabo de unas horas había atracado en el pequeño puerto rocoso de la Virgen. Amarrando la barca se había aventurado por el sendero. La atmósfera estaba pesada. Las piedras recalentadas por el sol humeaban. Vibraba el aire. Dos gaviotas pasaron sobre su cabeza, bajaron y volvieron a pasar con gritos agudos como de sorpresa. Conejos salvajes saltaban entre las rocas, sentándose sobre sus cuartos traseros y mirándole… El Capetán Miguel trepó hasta el punto más elevado de la isla y miró a su

alrededor: un desierto de piedra; en torno a él el mar profundo y maligno chapoteaba sordamente. El aire era de una gran pureza, ni un solo aliento humano lo manchaba.

“Aquí es donde yo habría querido vivir. Entre estas piedras.

¡El agua mansa y la verdura me repugnan, los hombres también!”, había pensado.

El Capetán Miguel se apresuró a franquear la puerta de Candía, cruzando las callejuelas. Algunos cadáveres todavía sin sepultura hedían. Llegó a la casita de Mistigri, empujó la puerta y entró. Era una pobre vivienda. Echó una ojeada, no había nadie.

—¡Eh, patrón! —gritó.

Una vocecilla asustada, como la de un pájaro, sonó suavemente en la penumbra y la cabeza calva y temblorosa de Bertoldo apareció, brillante entre los pliegues de su capa.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? —dijo, cegado por el miedo.

—No tengas miedo, seor Bertoldo, soy yo.

Reconoció al Capetán Miguel y su corazón se calmó.

—¡Buenos días al mayor valiente! —dijo levantando la mano a guisa de saludo, como si se quitase su sombrero de paja.

—¿Estás enfermo, seor Bertoldo? Castañeteas los dientes. ¿Tienes frío?

—No, Capetán, tengo miedo.

—¿No tienes vergüenza?

—No, Capetán, no tengo vergüenza.

Se envolvió en su capa y se sentó con la espalda apoyada en la pared.

—¡San Dionisio! —murmuró—, he caído en el foso de los leones.

Se santiguó.

—Gran Dios, ¿es posible que yo no consiga meterme esto en la cabeza? ¿Cómo un hombre puede coger un cuchillo y degollar a otro hombre? ¡No lo comprendo! Yo no puedo hacer daño ni a una mosca. ¿Qué digo? ¿Una mosca? No me creas si no quieres, Capetán, pero no soy capaz de cortar un pepino sin estremecerme.

—¿Dónde está Mistigri?

—¡Dios le proteja!, Capetán. Qué quieres, es un corazón de oro. En plena matanza vino a buscarme a mi cuarto. Yo no podía andar del miedo que tenía, entonces, me cogió en brazos, se echó la guitarra al hombro y así vinimos. Por la calle había turcos formidables, Capetán, ¡con unos bigotes y unas pantorrillas! … No te digo más. Me tapé la cabeza con la pelerina y como no veía nada me quedé más tranquilo. Me depositó ahí, sobre el brocal del pozo. Su mujer se arrojó sobre nosotros, cuando vió la guitarra y cuando me vió a mí, se puso furiosa. “Van a degollamos de un momento al otro y tú acarreas guitarras.” Me

había tomado por una guitarra a mí también, pero Dios se apiadó de nosotros, a la mañana siguiente se largó a su pueblo y nos vimos libres de ella.

En ese momento llegó Mistigri.

—Bienvenido a mi humilde morada, Capetán Miguel —dijo—. Ya sé lo que me quieres. Vengo de tu casa. ¿Para cuándo?

—Mañana. Advierte a Ventusos y a Kayambis.

—Muy bien, Capetán. ¿Y éste? —dijo Mistigri, señalando a Bertoldo.

Bertoldo escuchaba con los ojos fuera de las órbitas. Comprendía lo que aquellos cretenses se decían con medias palabras. Hablaban de fusiles, de montaña, de partida… Empezó a castañetear los dientes.

El Capetán Miguel se inclinó y miró al viejecillo que se había envuelto todo en su pelerina.

—Le llevaremos con nosotros —dijo—. Una boca más, no tiene importancia. Es un extranjero.

El conde sacó la cabeza de su pelerina, los pocos pelos que le quedaban estaban de punta.

—¿A la montaña? —gritó—. ¿A la montaña? ¿Y con los fusiles?

—No, con las mujeres y los niños. Les contarás historias para distraerlos —dijo el Capetán Miguel dirigiéndose a la puerta—. Hasta la vista.

—¿Dónde nos encontramos, Capetán? —preguntó Mistigri.

En el monte Selena, más arriba de Petrokephalo. En la majada del viejo Sifakas.

Salió y se aventuró por una calle estrecha. Barbayanis volvía a su casa cansado, de mal humor, con el cántaro vacío. Al ver al Capetán Miguel se detuvo.

—¿Ha habido mucha sangre, eh, Capetán? Espera un poco, veremos cómo nos las arreglamos para vengarnos.

Pero el Capetán Miguel le echó a un lado. No le gustaban los idiotas.

Se detuvo ante la casa del Capetán Stefanis. El irascible marino estaba echando unos remiendos, sentado en su sofá. Como solterón, practicaba todos los trabajos femeninos a la perfección. Cosía, guisaba, lavaba y arreglaba la casa. Todos los días lavaba el suelo de su casa como se lava el puente de un barco y llenaba de aceite la lamparilla de san Nicolás, pues no le guardaba el menor rencor por no haber acudido el día del naufragio para sacar a su *Gallarda* del fondo del mar. “¿Cómo quieren que se las arregle, el pobre, si hay barcos que naufragan a cada momento? De todos modos merece el aceite que gasto en él”, decía todas las mañanas, llenando la lamparilla hasta el borde.

Levantó los ojos, con la aguja en la mano:

—Salud, Capetán Miguel —dijo levantándose—. ¿Qué mal viento te trae?

El Capetán Miguel le miró sin decir nada.

—Ya comprendo —dijo Stefanis—. te preparas a hacer la guerra y estás reclutando tu batallón… Si estoy inscrito, bórrame de la lista.

—Tú también estás preparando tu campaña, Capetán Stefanis, ven conmigo.

—Bórrame, te he dicho. Combatir yo en tierra, eso no va conmigo. Hay que tener buenas piernas y yo soy cojo. Iré a Syra y me pondré en relación con el Comité Cretense, a ver si encuentro un barco.

Se volvía hacia el icono: "¿Has oído, san Nicolás? ¡No vayas a jugarme otra mala pasada como la última vez!"

—Que te vaya bien, Capetán Stefanis. ¡Y si no volvemos a vernos, perdóname y que Dios te perdone!

El marino se echó a reír:

—Polyxinguis me dijo lo mismo anteayer… No pienso morirme, vamos, no hace falta decirme adiós. —Miró al Capetán Miguel que iba hacia la puerta.

—¡Eh! Capetán Miguel —le gritó—, ¡Polyxinguis te lleva la delantera! Ya ha izado su bandera y establecido su cuartel en Kasteli, el rico pueblo1 turco. Parece que su hanum está con él.

El Capetán Miguel se detuvo y su cara se oscureció. Agarró la aldaba y los clavos que la sujetaban a la puerta se removieron. Como si la casa fuese a derrumbarse, dió un salto y salió a la calle.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha. El Capetán Miguel iba delante, con su capote de paño por los hombros, sus pistolas y sus cuchillos profundamente hundidos en su faja. La capetana le seguía, derecha, valiente, con su pequeña en los brazos. Rinio iba junto a ella, cargada con un bulto que contenía sus mejores trajes y las alhajas de su madre. Detrás venía Thrassaki, irguiendo bien la cintura para parecer más alto. Alí Agá había partido anticipadamente con dos borricos.

Soldados turcos guardaban la puerta de la ciudad con caras feroces y el fusil al hombro. Los campesinos llegaban en grupos ruidosos, repercutían en el pasaje los gritos y los rebuznos. El Capetán Miguel desplegó su gran pañuelo de colores e hizo como si se secase la cara, se deslizó entre un grupo de campesinos y pasó. Thrassaki pasó también silbando con aire indiferente y sin quitar ojo a las mujeres.

Al oscurecer, llegaron ante la espaciosa casa del abuelo, el Capetán Sifakas.

El patio estaba todo revuelto, lleno de nietos y nietas. Era la época de la vendimia y estaban llevando los racimos al gran lagar donde

unos cuantos mocetones, remangados hasta la cintura, pisaban la uva, borrachos del olor del mosto, con la barba y el pelo llenos de racimos.

Las narices del Capetán Miguel se estremecieron de placer. El olor del mosto le pareció delicioso como el de la sangre.

—¡Salud, sobrinos! —gritó y la capetana se volvió a mirarle con asombro. Su voz le había parecido alegre.

Se quedaron en medio del patio. El abuelo vino a darles la bienvenida, con sus secos brazos abiertos, bajo las anchas mangas de la camisa deslumbrante de blancura.

—¡Bienvenidos, hijos míos! —dijo—. ¡Comed y bebed, todo es vuestro!

—Te confío a tu nuera y a tus nietos —dijo el Capetán Miguel—. Yo, me voy a la montaña.

—¡Buen viaje, endiablado Miguel!, tú siempre fuiste bravo. ¡Y todavía no has cambiado!

—Cambiaré cuando Creta sea libre.

—Oh, entonces —dijo bromeando el abuelo—, que no sea jamás libre. ¡Cuando se vuelve uno razonable la vida ya no vale nada!

Así el padre y el hijo se hostigaban bromeando, mientras las mujeres preparaban la gran mesa en medio de la casa. Las nueras y los nietos que sus hijos, vivos y muertos, habían dado al Capetán Sifakas iban y venían activamente. En la planta baja, el patio, los cuartos y la terraza hormigueaba su progenie. Todos habían venido de las aldeas próximas, en aquellos días difíciles, a ponerse bajo la protección del viejo. Habían traído sus burros, sus muías, sus bueyes, sus perros, sus corderos y, aquella noche, la yegua del Capetán Miguel se reunió con los otros animales. Cuando oía pasos en el camino, el abuelo salía y recibía a los recién llegados, hombres y animales, con grandes abrazos.

La llegada del Capetán Miguel revolvió a todas las aldeas vecinas. Al día siguiente, salió temprano a caballo y sublevó uno tras otro a todos los pueblos de su capitanía.

“Hermanos, en Candía ha corrido mucha sangre, gritaba al pasar por cada pueblo, sin bajar del caballo. Mucha sangre, y el honor exige que las víctimas sean vengadas. ¡Adelante! ¡Todos a las armas!”

Subió hacia el Selena, arrastrando a las aldeas tras de sí. Delante de la majada de su padre, izó su bandera: un pedazo de tela negra con letras rojas que decían “libertad o muerte”. Luego mandó a dos palikaros de pies alados a encender hogueras en la cima de la montaña. Hacia Oriente y hacia Occidente, las otras cumbres recibirían el mensaje y lo transmitirían más lejos.

Theodoris supo por su centinela la llegada de su tío. Cuando se encontraron le besó la mano.

—Bienvenido, Capetán Miguel —dijo enrojeciendo de placer—. Te entrego mi bandera y mis hombres, haz de nosotros lo que quieras.

—¡Theodoris, yo te había dicho que te ocupases de tus asuntos! Pero tú, mocoso imberbe, no me has escuchado y me has hecho frente. Baja inmediatamente tú bandera, dóblala y escóndela en tu pecho, ya la sacarás cuando yo esté muerto.

Los capetanes vieron las hogueras, comprendieron el mensaje y, viniendo de toda la Creta oriental, se reunieron en las majadas del viejo Sifakas. El Capetán Miguel mandó un mensajero a su padre pidiéndole el permiso de matar algunos corderos para alimentar a sus hombres.

—Es un gran honor para mis corderos ser comidos por capetanes. Pero cuidado, no toquéis a mi morueco negro, ése lo reservo para mi entierro.

El día de la Asunción hicieron una fiesta regia. Los pastores habían matado los corderos, y mientras daban vueltas a los asadores, los capetanes se reunían en el patio del gran aprisco. Era un día solemne: el abuelo había subido a pie la montaña para estar presente en aquella asamblea nacional.

Eran catorce todos ellos. Cada uno tenía su historia, escrita o no, los más viejos ya habían entrado en la leyenda, con sus calzones, sus pistolas y sus pañuelos atados a la cabeza, al modo cretense. Un halo de aire inflamado, semejante a la aureola de los santos en los iconos, vibraba alrededor de sus cabezas blancas.

Había tres inmortales en aquella asamblea. Les instalaron en un largo banco recubierto de zaleas. A su derecha y a su izquierda estaban, sentados sobre piedras, los más jóvenes, los que todavía no tenían sesenta años, pero que por eso no eran sus inferiores.

En el banco, en medio de todos, el abuelo. Un león de cien años cuya barba serpenteaba a lo largo de su pecho velludo, cubriendo las cicatrices de las heridas recibidas en la Gran Revolución. Sus espesas cejas enzarzadas le ocultaban los ojos y con un movimiento de la mano se las separaba, de cuando en cuando, para ver mejor. A pesar de su vejez, sus mejillas eran coloradas y la sangre bordoneaba en sus sienes cuando se enfadaba. Sus venas no se habían resecado todavía, trabajaban sin tropiezo y bañaban de sangre su cuerpo secular. Y aquel cuerpo bebía ávidamente porque todavía tenía sed del mundo. Le tocaba, le escuchaba, le contemplaba, le olfateaba con la misma pasión que cuando tenía veinte años. Ahora que era viejo, el Capetán Sifakas veía a los hombres evolucionando, pequeñitos, entre sus piernas. Tenía lástima de ellos y apoyaba su ancha mano sobre sus cabezas para darles valor. A él no le gustaba ver correr la sangre, pero cuando estallaba una guerra, veía rojo, olvidaba que los turcos eran también hombres y su brazo no se cansaba de herir.

Los campesinos le admiraban como se admira una hermosa encina y el domingo o los días de fiesta venían a sentarse a su sombra, en la plaza del pueblo. Hacía recordar a uno de aquellos dioses inmortales de la antigüedad. Cuando los cretenses convocaban el Consejo de Ancianos para discutir de muerte y de libertad, le sentaban en medio de todos' y los capetanes que se levantaban a hablar uno tras otro, no tenían más que mirarle para enardecerse.

Así pues, aquel día el abuelo presidía la asamblea. A su derecha estaba otra fiera, el Capetán Mandatas, de barba corta y rizada, de cuello de toro, ancho armazón y cara marcada a sablazos. Le faltaba una oreja. Un turco se la había devorado en 1821. Le faltaban también dos dedos de la mano derecha. Siendo muy joven le había mordido una serpiente venenosa y él mismo se los había cortado con su hacha. Éste sí se regocijaba de ver correr la sangre.' Cuando Creta tomaba las ¿urnas, se ponía el brazo izquierdo delante de los ojos y embestía al ejército turco como ciego. Invadía los pueblos enemigos, saqueaba, incendiaba y huía. Degollaba a las mujeres turcas, pero no las violaba. Le gustaban mucho las mujeres, pero mientras duraba la guerra no las tocaba. Ni siquiera se acercaba a la suya. La veía de lejos cuando iba a llevarle munciones o comida. “¡No te me acerques, condenada, le gritaba, vete, no me pierdas! ¡Deja todo eso encima de una piedra y vete!” Pero cuando la guerra terminaba, todo era juergas, casorios y abrazos.

Al mismo tiempo que la vejez vinieron las molestias: sus articulaciones se hincharon, su vista se hizo borrosa, todavía miraba a las mujeres con ganas, pero no las tocaba.

“Es increíble lo sosas que se han vuelto las mujeres en estos últimos años”, decía suspirando. Ahora ya su única alegría era esperar las asambleas de capetanes para contonearse ante ellos con sus pistolas de plata y su pecho lleno de cicatrices.

A la izquierda del abuelo, se enseñoreaba el Capetán Katsirmas, el corsario. De gran talla, seco como un mástil, afeitado, bronceado y de mirada torva, no tenía la nobleza del abuelo ni la orgullosa bravura del Capetán Mandakas. Jamás había creído en Dios ni en el diablo. Sólo creyó en sí mismo, mientras se sintió vigoroso. Ahora, viejo y sin fuerzas, como ya no podía, no sólo navegar y partir al ataque, sino ni siquiera salir a su patio sin tener dolor de riñones, estaba asqueado de sí mismo y se enterraba en su pueblo natal para no ver a nadie. Había tomado la decisión de morir como un pulpo, solo y desesperado. “El que ya no tiene fuerzas, decía, no tiene derecho a la vida. La vida es una batalla, en la tierra o en el mar y el que no pueda servirse de un hacha o mandar a los que se sirven de ella no tiene más que deja ir el puesto.”

Los otros once capitanes vinieron a sentarse en corro, sobre

piedras. Éstos eran jóvenes, tenían a lo sumo setenta años. Los había de todos géneros, unos severos y taciturnos, otros alegres y golosos de burlas. Unos pesados, gigantescos como verdaderos ogros, otros pequeños y ágiles como enanos. Eran o bien padres de familia que venían de sus pueblos, o bien pastores olorosos a sudor a macho y a tomillo. Había también un monje del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo, con los ojos azules y la barba abundante y un maestro de escuela cojo, gastado, insignificante. "¿De dónde habrá salido este engendro?", se preguntaban al verle. "¿Qué es lo que busca este pobre conejo en una reunión de fieras?" ¡Pero había que verle en la guerra! ¡Nadie podía creer en sus ojos! En las fiestas tocaba la lira tan apasionadamente que las mismas piedras se ponían a bailar. Cuando hablaba, cada hombre quería tener diez orejas para escucharle y maravillarse. El Capetán Polyxinguis también había venido, de buen humor, sonriente, con sus pistolas de plata en la cintura y un pañuelo de seda perfumado cruzado sobre el pecho. Era un regalo de Emina. Se sentó frente al Capetán Miguel. Sus miradas se cruzaron, pero ninguno de los dos habló.

Algunos propusieron invitar a Palomino que, exaltado él también, había mandado a paseo los libros. Ahora iba de pueblo en pueblo y hablaba en las iglesias los domingos, inflamando los corazones… Pero el abuelo se opuso.

"Él no tiene nada que hacer en su vida, aparte los discursos. Es muy dura la vida de capetán. ¡Y además es demasiado joven!"

Todos se habían vuelto hacia el decano y le miraban. Se puso de pie, levantó sus brazos nudosos y su voz se dejó oír, grave, en la montaña rocosa.

—Sed bienvenidos a mis montañas, capetanes. Para un cretense no hay más que dos cosas que cuenten; dos cosas que son toda su vida: Dios y el fusil. Yo abro la sesión de hoy en el nombre de Dios y en el del fusil. Ahora tenemos mucho que hablar de Creta. Que cada uno se levante y diga lo que piense libremente. ¡Pero antes de nada, que el santo higumeno[43] del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo nos dé su bendición!

El monje se había puesto ya su estola, se acercó a una piedra que en un hueco contenía un poco de agua de lluvia, arrancó una mata de tomillo, hizo un hisopo y empezó a decir sus oraciones.

Los capetanes se levantaron, con el fez o el pañuelo en la mano y le escucharon. Pocos eran los que comprendían las palabras de la Iglesia: Dios, victoria sobre los bárbaros, justicia, misericordia… pero eso no tenía importancia. Todos veían a Creta, aquella madre enlutada, descalza, hambrienta, ensangrentada, con los brazos levantados al cielo.

Se santiguaron y volvieron a sentarse. Durante un largo rato

ninguno de ellos pudo hablar. Con la garganta apretada no podían expresar sus pensamientos. Volvió a levantarse el abuelo y dirigiéndose a su vecino de la derecha:

—Capetán Mandakas —dijo—, tú has comido la pólvora a cucharadas, has luchado durante más de dos generaciones. Si tu cabeza está clara, y si se ha hecho un poco más cuerda con la vejez, habla; danos tu opinión.

—Que hablen los más jóvenes —respondió.

Entonces el abuelo se volvió a su vecino de la izquierda.

—¿Y tú, Capetán Katsirmas? Tú has luchado en el mar durante más de dos generaciones, tú has visto todo lo que hay que ver, y tu opinión tiene peso. Habla.

—Yo no tengo nada que decir —respondió el Capetán Katsirmas, enfurruñado—. La opinión de un hombre sin fuerzas no cuenta. Que hablen los más jóvenes.

—¡Bueno! ¡Que hablen los más jóvenes! —dijo el viejo Sifakas, y se dispuso a escuchar con las manos cruzadas sobre sus pistolas.

El higumeno del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo se levantó. Era retaco, cuadrado; todas las partes visibles de su cuerpo, sus mejillas, su frente, sus brazos secos, su cuello, estaban acribillados a sablazos y agujereados por las balas. Se volvió hacia el Capetán Miguel y le miró fijamente.

—Capetán Miguel —dijo—, yo creo que te toca a ti hablar el primero. Tú has sido quien nos ha invitado, tú has escapado a la matanza, has venido aquí y en cuanto has llegado has emprendido la lucha. ¿Qué tienes que decirnos?

El Capetán Miguel se levantó. Le ardía la sangre. Se apoyó en el cañón de su fusil.

—Hermanos capetanes —dijo—, ya me conocéis, yo no sé echar discursos. Voy a ser tajante y seco, perdonadme. Creta está en un gran peligro. Soldados y derviches han desembarcado, a los turcos se les ha subido la sangre a la cabeza y han empezado a matar a nuestros hermanos en Candía. No somos borregos, la sangre de las víctimas pide venganza. ¡De pie, capetanes! ¡Libertad o Muerte!

Las cabezas de los capetanes se aproximaron de dos en dos o de tres en tres y se dejó oír un discreto bordoneo. El viejo Kabanaros, el grave demogeronte, se levantó y cesó el bordoneo. Tenía una cabeza solida, era un hombre ponderado que hablaba poco. Cuando él tomaba la palabra en las reuniones, los excitados y los coléricos esperaban de él una ducha fría y los sensatos se regocijaban.

—¡No se debe amenazar al rey si no se le puede matar! —gritó, mirando severamente al Capetán Miguel—. Por el amor de Dios, ¿cuándo tendremos un poco de sentido común? Hemos amenazado no

sé cuántas veces, pero nunca hemos tenido el valor de ir hasta el fin, de echar al sultán de Creta y mandarle al diablo. Y ahí tenéis a lo que hemos llegado. Cuando nos entra la idea, nos ponemos a destruir los árboles, las viñas, los hombres y mueren miles de personas por nuestra culpa, capetanes. ¿Qué objeto te propones, Capetán Miguel? ¿Quieres hundir en sangre a Creta una vez más? Tú eres un hombre serio y para hablar como hablas, será que ya has hecho venir barcos llenos de municiones, de fusiles, de harina, de zaleas y de caballos. Y también algunos cañones para bombardear los fuertes enemigos. Debe ser que te has entendido con Atenas y con Moscú y que entre nosotros tres, de un porrazo, vamos a aplastar al sultán. ¡Vamos, algo seguro! ¡Ponnos al tanto del secreto, Capetán Miguel, tranquiliza nuestros corazones!

Todos se volvieron hacia el Capetán Miguel, pero éste no se levantó para contestar. Metiéndose todos los bigotes dentro de la boca, los mordisqueaba. "¿De qué secreto quiere que hable ese viejo charlatán? No hay ningún secreto. Ni Moscú ni Atenas tienen nada que ver en esto, yo he venido aquí por mi cuenta, es Creta la que me manda, Creta que grita y se lamenta en mi corazón."

El maestro de escuela, con sus bigotes blancos poco más gruesos que un cordel, pequeño, pálido, endeble, se subió de un salto a la piedra donde estaba sentado y puso en marcha su lengüecita, que tenía muy bien dispuesta.

—¡Necesita cosas seguras el viejo Kabanaros para desatracar: cargamentos de víveres y de armas; necesita que Moscú envíe su ejército y que Grecia se mezcle en el asunto con sus tres desdichados evzones[44]. Pero yo quisiera saber qué cosa grande ha sido realizada con medios tan seguros, viejo Kabanaros. ¿Cuándo la sensatez ha impulsado a los hombres a dejar sus casas y sus comodidades y a ir a batirse en las montañas para recobrar su libertad? Ir adelante sin seguridad ninguna, en eso consiste el verdadero valor. El alma humana no es un comerciante, Capetán Kabanaros, es un combatiente. Nosotros los cretenses, somos combatientes y no tenderos. ¡El corazón del cretense es un torpedo que se lanza sobre la flota del sultán y la hace explotar! Así que yo grito con el Capetán Miguel: "¡Adelante, por el amor de Dios, hermanos, a las armas!" Esto es lo que tenía que deciros, capetanes. ¡Al buen entendedor!… ¡Salud!

—¡Recibe mi bendición, maestro! —murmuró el higumeno levantando su mano derecha sobre él—. ¡Recibe mi bendición! —y lo dijo suficientemente fuerte para que todos lo oyesen—. ¡El alma humana no tiene balanza, no, no tiene balanza, es verdad, tiene espada!

"Vale más una hora de vida libre que cuarenta años de esclavitud y de prisión"[45], lanzó el Capetán Trialonis, una especie de renacuajo más bien instruido. Había estudiado el libro de los Salmos, se sabía de

memoria todo Rigas Pheraios y el libro profético de Agathangelos. En cuanto a valor no tenía igual. Algunos decían que se echaba sobre los soldados turcos con tanta bravura porque era hijo de un trasgo y las balas no le hacían mella. “No tiene miedo de la muerte porque lleva consigo un pedazo de la verdadera Cruz”, decían otros. Pero otros decían también que la madera de la verdadera Cruz era simplemente su corazón.

El viejo Kabanaros meneó su cabeza llena de sensatez.

—El laúd de Rigas Pheraios acabará por perdemos —murmuró.

Los capetanes se levantaron, trastornados por los sucesivos discursos y discutieron en grupos de dos, de tres o de cinco. Los sensatos no abundaban; había, por el contrario, muchos bravucones decididos a jugarse el todo por el todo. El Capetán Katsirmas, con sus ojos bizcos y maliciosos, miraba al sesgo a todos aquellos capetanes que se agitaban en la majada murmurando como el mar. El Capetán Mandakas recordaba su juventud y suspiraba: “Diablos, a ésos les hace falta un lápiz y un papel. En nuestros tiempos no había más que gritar: ¡Libertad o Muerte!, para que uno se enardeciese, cargase contra las murallas de Candía y las derribase. Los hombres han cambiado, se han hecho mucho más pequeños, Capetán Sifakas.” Pero el abuelo miraba apasionadamente a los más jóvenes que iban y venían a su alrededor y les sonreía. “Todo va bien, pensaba, tengo confianza… Los viejos se hunden en la tierra y luego vuelven a salir como nuevos. Creta es inmortal…”

Se levantó.

—¡Hijos míos —gritó—, esto es una asamblea, una asamblea de viejos, no una feria! ¡Sentaos, hay que terminar! El Capetán Kabanaros de un lado, el Capetán Miguel del otro, son dos votos. Nos hemos reunido en estas montañas para escoger. ¡Escojamos!

El Capetán Polyxinguis se levantó, retorció sus bigotes rubios perfumados de almizcle, bajó la cabeza y saludó a los tres viejos. Llevaba la camisa entreabierta y se podía ver un mordisco de Emina en su tierno cuello. Miró largamente a los capetanes y se detuvo un rato en el rostro sombrío del Capetán Miguel gravemente echado hacia delante.

—Hermanos capetanes —dijo—, jefes de la Creta oriental, todo el que se levante para hablar ante vosotros tiene que pesar muy bien cada una de sus palabras. Yo he pesado las mías, capetanes, escuchadme: Si esperamos la llegada de los barcos, como tú quieres, Capetán Kabanaros, si esperamos que el oso se decida a moverse y a bajar del norte para complacemos, nunca seremos libres. La vida y la guerra me han enseñado que la libertad está muy lejos de ser una bagatela. Es una plaza que hay que tomar por la fuerza de las armas. El que recibe la libertad de manos ajenas sigue esclavo. Incendiemos

los pueblos, arranquemos los árboles, exterminemos, hagamos correr las lágrimas y la sangre, y si caemos destrozados, volvamos a levantarnos y que recomience la lucha y las lamentaciones de Creta. Ciento, doscientos, trescientos años, no sé. cuántos. Pero un día, no hay otra solución, y no escuchéis al Capetán Kabanaros, un día, sí, ¡por nuestro señor el sol que arde ahí encima! ¡Un día conoceremos la libertad!

El Capetán Polyxinguis se había quitado el fez y su cabeza rubia humeaba al sol. Muchos capetanes, enardecidos, dieron un gran grito: ¡Libertad o Muerte!, y se levantaron. El Capetán Miguel se acercó a Polyxinguis y, de mala gana, le alargó la mano.

—Capetán Polyxinguis —dijo—, un diablo se ha metido entre nosotros y procura separarnos. Pero Creta está nuevamente en peligro; ¡ésta es mi mano!

—¡Hermano —respondió el otro—, ésta es la mía y que el diablo se vaya al diablo!

Se echó a reír, pero el Capetán Miguel ya estaba lamentando haber tenido aquel arranque; se alejó y su cara se hizo sombría.

La reunión duró todavía una hora: nada fué descuidado. ¿Con quién había que ponerse en contacto, y cómo? ¿Cómo había que guardar los desfiladeros en las montañas, bloquear las aldeas turcas y atrincherarse en los altos monasterios?

Trajeron vino. Juraron, vertiendo algunas gotas en tierra. Los tres decanos dejaron el banco. El sol empezaba a ponerse y la reunión terminó. Los jefes se dieron mutuos espaldarazos y se separaron.

Los capetanes se dispersaron en sus dominios para reunir a sus bandos. Jóvenes y viejos bajaban sus armas —rifles y carabinas— del sobrado o las desenterraban en el jardín. Las desherrumbraban y ataban con cuerdas las más deficientes para impedir que reventasen. Los más pobres cortaban varas y esperaban el momento de atacar a los turcos para matar a algún soldado y quitarle las pistolas.

En los patios de los monasterios, las mujeres y las chicas rompían los libros y los viejos manuscritos para hacer cartuchos. Los monjes que eran hábiles preparaban en morteros pomadas y bálsamos para las heridas. Otros desmochaban las iglesias y utilizaban el plomo de las cúpulas para hacer balas. Creta estaba transformada en una inmensa fábrica de libertad que funcionaba día y noche. La lima de agosto iluminaba la noche, el sol más dulce, acariciaba tiernamente la isla que, habiendo parido sus trigos, sus cebadas, sus racimos, esperaba la vuelta de las lluvias. Las primeras nubes del otoño se dejaron ver en el cielo, blancas e infladas, un viento ligero las dispersó y pronto otro«se formaron, cubriendo y descubriendo el rostro de Creta.

El mosto fermentaba en los toneles. “¿Quién beberá este vino, se preguntaban los cretenses, quién amasará el pan de la última cosecha, quién celebrará la Navidad?” Las madres miraban a sus buenos mozos, las mujeres a sus maridos y las hermanas a sus hermanos. Les miraban y veían a la Muerte a su alrededor. Pero se callaban. Comprendían. Eran cretenses: morir por Creta era su destino.

Emina, también había entrado en la danza. Vestida como las cristianas, con la cara descubierta, ayudaba a las otras mujeres a liar cartuchos, pero su mente viajaba. Ella no se preocupaba ni de Creta ni del Capetán Polyxinguis, mucho menos de Cristo ni de los santos. Su mente viajaba, erraba sin tregua por las montañas, buscando al hombre feroz que deseaba… Unas semanas más tarde, el día de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre, la bautizarían. Madama Chrysanthi, la hermana del Capetán Polyxinguis, gorda y pesada, instalada en la residencia de Alí Bey, que su hermano había ocupado, hacía los preparativos y dirigía a las mujeres que amasaban la harina para el gran día en que la musulmana se haría cristiana.

Habría siete padrinos, todos capetanes, cada uno con su séquito de primeros palikaros. Palomino vendría a pronunciar un discurso. Los campesinos de las aldeas próximas también se tomarían el trabajo de venir a ver con sus propios ojos bautizar a la mujer de Nuri. Consideraban aquel bautismo como una buena señal; era un poco como si Turquía se hiciese griega, como si el martirio de Creta tocase a su fin. Todos tenían mil atenciones con Emina, admiraban sus encantos, contaban los días que faltaban para la ceremonia. La circasiana aceptaba todo aquello sonriente, pero su pensamiento erraba lejos, solitario, por la montaña. De cuando en cuando, sólo cuando madama Chrysanthi le enseñaba los principios de su nueva religión, la circasiana perdía la paciencia y le respondía duramente.

Una tarde, la solterona se sentó en el sofá y se puso a contarle una vez más la vida y los milagros de los santos cristianos, a hablarle de sus ayunos, de su repugnancia a lavarse y de su gran paciencia. “Cuando les daban una bofetada, decía, ellos ponían la otra mejilla.” “Pero, madama Chrysanthi, respondía la neófita, ¿los cretenses no son cristianos? Entonces ¿por qué se rebelan cuando el sultán los hiere, por qué se arrojan sobre él para sacarle los ojos?” “Eso es otra cosa, hija mía, respondía madama Chrysanthi, vacilando, es… Tú estás hablando de la patria, yo hablaba de la religión. ¿Comprendes?”

La circasiana no comprendía en absoluto, pero no se preocupaba. “Yo voy a bautizarme, pensaba, lo he decidido, pero continuaré lavándome. Y si un hombre que no me guste se atreve a tocarme le arrancaré los ojos. Que Cristo haga de mí lo que quiera después de muerta. ¡Pero mientras esté viva en mí mando yo!”

Aquella tarde, sentada ante la ventana, Emina esperaba la vuelta

de su prometido. Se había lavado el pelo y se había peinado. Con sus cejas corridas recién pintadas esperaba. ¡Cómo le habría gustado ir con él a la asamblea, ver a aquellos catorce grandes capetanes posados en las rocas, como águilas! Ver también al Capetán Miguel, aquel mala cabeza, cuyo recuerdo le hacía erguir los senos, violentamente. Pero, ¿por qué, Dios mío?, pensaba. ¿Qué era lo que le atraía en él? No era un hombre, era un demonio, insociable y feo. ¡Ella no le quiere, le odia! ¡Ah si pudiese cortarle las dos manos y ver toda su fuerza correr y perderse en la tierra! Había hecho bien en elegir al Capetán Polyxinguis, alegre, amable y civilizado… Sin embargo, ¡si pudiese ver al Capetán Miguel en la montaña, el espacio de un segundo!

En todo esto pensaba Emina aquella tarde, junto a la ventana, con sus grandes ojos pintados, clavados en la cumbre rosada del monte Selena. Nuri Bey se había borrado de su mente y de su cuerpo, como si nunca hubiese existido, como si no hubiera sido hermoso, como si nunca le hubiese abierto sus brazos para que se refugiase en ellos. Su carne era como el agua del mar; pasa un barco, la desgarra por un instante, y en seguida se cierra y queda virgen. ¿Se acordaba acaso del pachá chocheante a quien su padre la había vendido? El oficio de su padre era engendrar hijas hermosas, alimentarlas bien y venderlas… ¿Se acordaba acaso del joven circasiano que la había tumbado en un melonar, en la ribera, entre las cañas y los grandes girasoles? En el primer momento creyó que iba a matarla y ya se disponía a defenderse, pero el muchacho no la había matado y después de sus abrazos, cansado, se había vuelto más suave, y sonriendo, inclinado sobre ella, “¿cómo te llamas?”, le había preguntado. “Yo me llamo…” Y había dicho un nombre, pero ya no se acordaba. Todos aquellos hombres y algunos otros se habían echado sobre ella y luego habían desaparecido. Ahora le tocaba al Capetán Polyxinguis. Aquello todavía duraba, pero ah, justo en el momento en que iba a casarse con él sentía que se alejaba de ella, mientras que en el horizonte aparecía una fragata corsaria con sus velas negras…

Madama Chrysanthi, cuando terminó sus menesteres caseros, vino a sentarse junto a ella. El día antes no había terminado de contarle la historia de san Juan de la Choza. La había cortado en el momento en que el santo, agotado por la plegaria y el ayuno, volvía a su casa natal, después de cuarenta años de ausencia, llamaba a la puerta… Su madre le abre, no le reconoce y le da un pedazo de pan duro. “No es pan lo que quiero, hermana, dice él. Quiero solamente un rincón en tu patio para morir.”

Emina se levantó. Anduvo, agitada, por la habitación, angustiada. A ella le gustaban por encima de todo los hombres, la buena comida y la guerra. Y aquella solterona le sorbía el seso con sus historias de santos…

—¡Por el amor de Dios —dijo—, enciende la lámpara, me ahogo!

—No te preocupes, hija mía, esté donde esté ya llegará —dijo madama Chrysanthi—. ¿Puede pasarse mucho tiempo lejos de ti? ¡Fíjate, ya oigo el relincho de su yegua!

Madama Chrysanthi estaba hasta tal punto unida a su hermano —como cuando estaban los dos en el vientre de su madre—, formaba de tal modo parte de él, que miraba a Emina con la inquietud y la turbación de un hombre enamorado. Cuando veía a Polyxinguis enlazarla por la cintura y encerrarse con ella en el cuarto, iba a tenderse en su pobre colchón, dichosa y extenuada.

Emina se asomó a la ventana y escuchó. El relincho se oyó por segunda vez, pero más lejos. En el pueblo encendían las luces, llamaban a los niños y a los perros que estaban en la calle, los campesinos cenaban. Un instante, la estrella de la tarde, alegre y maligna, miró a Emina desde lo alto del monte Selena, luego, tomando impulso, se precipitó en el vacío.

En aquella hora en que ella suspiraba, asomada a la ventana, el Capetán Miguel, irritado y avergonzado, con el corazón en tumulto, bajaba la montaña hacia la casa de su padre. “¿Tú pretendes luchar por la libertad, tú, el esclavo?, gritaba dentro de sí mismo. Tus labios dicen una cosa, tus manos hacen otra y tu corazón no aprueba ninguna. ¿Qué es lo que te pasa, Capetán Miguel, para suspirar, digamos, por Creta? ¡Un demonio está agarrado a ti y te domina, miserable! Aunque mueras en la guerra, aunque tomes Candía, aunque liberes a Creta, eres un miserable, tu corazón tiene deseos secretos y tu pensamiento está en otro sitio.”

Theodoris, su primer palikaro, había ido delante con la bandera. El Capetán Miguel bajaba solo, monologando. Había vuelto a ver a Polyxinguis, había olido su perfume de almizcle, aquel maldito perfume turco, y había observado el mordisco rojo en su cuello. Su sangre hervía. “¡La maldita perra!, murmuraba, ¡la maldita perra! ¡Mientras ella viva yo seré un miserable!” Sorprendió al futuro marido cuando estaba escogiendo a los testigos entre los capetanes de la asamblea, y le oyó hacer las invitaciones para el día de la Exaltación de la Santa Cruz. Vió que iba a acercársele para invitarle a él también, pero en el último momento retrocedió, asustado sin duda por su mirada.

—¡No puedo más —gritó muy fuerte—, esto no es una vida! Esto tiene que terminar.

Dió un golpe de espuela a su yegua y desapareció en la noche.

El Capetán Polyxinguis, Emina y madama Chrysanthi, sentados a la turca ante la mesa baja, estaban disponiéndose a cenar cuando

Palomino llamó a la puerta y entró. El Capetán Polyxinguis quedó sorprendido.

Después de la muerte de sus sobrinos, Diamandis y Vanguelio, con tres días de intervalo no había vuelto a ver al maestro. Al principio sospechó que fuese él quien había envenenado a Diamandis por celos, pero esta idea huyó rápidamente de su pensamiento. “No es posible, un cordero de Dios como este hombre no puede matar.” Echó toda la culpa al destino —debía estar escrito— y dejó de detestar al maestro. Ahora que Palomino hacía el apóstol de pueblo en pueblo y enardecía a los corazones con sus discursos, Polyxinguis olvidaba todo, y aquella noche se alegró al verle aparecer en su casa inesperadamente.

—Salud, profesor —le dijo, corriéndose un poco para dejarle sitio a su lado en la mesa.

El maestro saludó, lleno de bríos. Se sentó con las piernas cruzadas y la lámpara iluminó su cara. El Capetán Polyxinguis le miró desconcertado. ¿Era aquel verdaderamente Palomino? ¿El enclenque, el hombre de los anteojos colgando de un cordón, de los pantalones estrechos y la jorobita? Ante sí tenía a un ser nuevo.

En verdad, Palomino era otro hombre. Desde el día en que asesinó a su cuñado había dado un cambio. Había comprendido que el secreto de la virilidad no consistía en poseer un cuerpo poderoso y sano sino un alma capaz de voluntad.

Una mosca del ganado que sabe lo que quiere puede vencer a un ternero irresoluto. El valor es cuestión de alma, no de cuerpo. Desde que Palomino lo supo, se volvió otro hombre. Y poco a poco, con la ayuda de su alma, su cuerpo había ido tomando fuerzas. Trepar a la montaña no le hacía perder el aliento, su joroba se había reabsorbido, comía con buen apetito, bebía y sus mejillas se pusieron sonrosadas. Cosa enteramente inesperada: empezaba a tener cierta debilidad por las mujeres y a encontrarlas bonitas. Había sido padrino de algunos niños, para tener donde albergarse por las noches cuando recorría los pueblos con sus alforjas al hombro. Y resultó que la madre de uno de sus ahijados de Kasteli, cuyo marido estaba ausente, era amiga de juegos. Una noche, en el ardor del jugueteo, sin darse cuenta, madre y padrino, se encontraron abrazados sobre el colchón. Desde aquel día, Palomino pasaba frecuentemente por Kasteli y dormía en casa de la madre de su ahijado. ¡Que Dios le conserve la vida!

—Tú también luchas por la libertad, profesor —dijo el Capetán Polyxinguis, llenándole el vaso—. Te has convertido en un Capetán Sapientísimo, con una bandera que tiene bordadas las letras del alfabeto.

—Yo creo que pronto cogeré el fusil, yo también —respondió riendo el maestro—. El alfabeto está muy bien, pero no sirve más que para abrir el apetito. El plato fuerte es el turco.

Emina apoyó su mejilla redonda en la mano y miró a Palomino. “Este maestro es el hermano del Capetán Miguel…pensaba, esforzándose en encontrar en el rostro que tenía enfrente los rasgos feroces e implacables…

Madama Chrysanthi se levantó y salió. La presencia de Palomino la alteraba. Los dos muertos dejaron sus tumbas y se alzaron ante ella, sobre la mesa.

—¿Nos darás el gusto de venir al bautizo, profesor, el día de la Exaltación de la Santa Cruz? Emina será bautizada y se llamará Heleni. Nuestro matrimonio será esa misma noche.

—Precisamente venía por eso, Capetán, por el bautizo. El viejo Mavrolias ha encontrado una vasija gigantesca cavando en su campo, cerca de Kasteli. Me mandó llamar y la vi. Dice que data de la antigüedad y es cierto. Sabe Dios cuántos miles de años puede tener. Por fuera está adornada con espigas, como no sean brazos de pulpo, no se distingue bien, pero dentro, en el fondo encontré un puñado de habas egipcias, calcinadas por el tiempo… ¡Estoy seguro, debe ser de la época de Minos!

—¿Y qué quieres hacer con ella? —dijo el Capetán Polyxinguis—. No comprendo.

—¿No comprendes, Capetán? El bautisterio. El pope se preguntaba precisamente cómo bautizar a la nueva feligresa. Las pilas bautismales de la iglesia son demasiado pequeñas. Y he aquí que Dios libera a la gigantesca tinaja de la tierra en el momento en que se la necesitaba. Es un buen signo, Capetán. ¡A fe mía creo que Constantinopla misma se hará cristiana dentro de poco!

Se levantó; tenía prisa. La madre de su ahijado le esperaba para comer.

El Capetán Polyxinguis se echó a reír.

—Tienes una imaginación ingeniosa, bendito maestro —dijo—. ¿Qué piensas tú, Emina?

Pero Emina callaba. Miraba al maestro con el alma separada del cuerpo, errante, por acá y por allá, lejos de Cristo y de los bautisterios.

La comadre de Palomino había, en efecto, preparado la comida, puesto la mesa y llenado la calabaza de vino. Esperaba al maestro. Era una mujer de aspecto viril, poco agraciada, con grandes dientes planos, deslumbrantes de blancura y irnos bigotes bien poblados. Su cara ancha estaba picada de viruela y precisamente aquel defecto era lo que había conquistado al maestro… La gente es curiosa, en verdad. Si aquella mujer no hubiera sido picosa de viruela, Palomino no se habría enamorado y habría vacilado mucho tiempo antes de echarse en los brazos de una mujer …

El maestro la saludó. Su ahijado dormía en la cuna, el otro niño dormía en el diván. El marido era buhonero y rodaba por los pueblos. La mujer y el padrino eran reyes en la casa. Comieron tranquilamente, vaciaron la calabaza, hicieron sus oraciones, velaron el rostro de los iconos y se metieron en la cama… “Adelante, Palomino, pensaba el maestro, la mala suerte ha sido conjurada, era como si te hubieran hecho mal de ojo. Pero ahora… aquí estamos, gallarda mía, ¡y que vivas mil años!” Y sacudía la cama hasta demolerla.

Por la mañana temprano, cuando iba a lavarse al patio, vió al chico mayor de su querida, un pequeño de poco más de tres años, que le miraba con cara hosca. Palomino tuvo miedo, debía haber oído algo. ¿Si se lo contase a su padre? Se acercó a él y para conquistarle sacó de su bolsillo dos metaliks y se los ofreció. Pero el chico levantó la mano con cólera:

—¡Has estado toda la noche mordiendo a mi madre y ahora me das dos metaliks! —dijo y se los tiró a la cara.

El maestro cogió sus alforjas donde había puesto pan, aceitunas, queso y una cantimplora de vino.

—Hasta la vista —dijo a la mujer que estaba arreglando la cama deshecha.

—Hasta la vista —respondió ella y el maestro se puso en marcha.

En la plaza del pueblo, bajo los tres álamos frondosos, había gente. Las puertas se abrían, los campesinos habían oído gritos y salían descalzos de sus casas. Acababa de llegar un monje, despechugado, sin alientos, con las piernas ensangrentadas.

—Hermanos míos —dijo—, son los padres del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo los que me envían. Hassan Bey, el serdar[46] ha salido de Candía con un poderoso ejército de soldados y de indígenas. Han sitiado el monasterio. ¡Ayudadnos! ¿Dónde está el Capetán del pueblo? ¡A las armas, hermanos!

El Capetán se encontraba todavía en los brazos de la circasiana. Despertado por el tumulto, se levantó de un salto.

Pero un capetán no puede salir a la calle sin pantalones. Se vistió, se puso las botas, metió las pistolas en la faja y corrió hacia el lugar de donde venían los gritos. Cogió al desdichado monje por el brazo.

—¡No grites, no asustes a la población! ¡Habla!

Y le arrastró hasta su casa, cerró la puerta, le dió de comer y beber. Eli monje se reconfortó.

—Habla ahora —le dijo—, y no lloriquees. ¡Son los turcos, bendito monje, acabaremos con ellos!

X

Salió el sol. Iluminó primero las cimas, luego se extendió por las mesetas, inundó las llanuras y llenó de espejuelos el mar, azul profundo. El cuerpo martirizado de Creta resplandeció. Si Dios se hubiera dignado asomarse, por muy Dios que sea, habría tenido piedad. Habría visto casas ardiendo, mujeres arrancándose los cabellos, huérfanos errando por las montañas, desnudos y hambrientos, hombres que parten para la guerra blandiendo un pedazo de tela con una cruz bordada, sin pan, sin cartuchos, descalzos y solo un viejo fusil. Tantas generaciones han rogado con los brazos alzados a Dios. ¿Si se hubiese asomado alguna vez a escucharlas? Pero el cielo está sordo, Dios ha cambiado de religión. Entonces, no les queda más que coger las armas.

La primera claridad del alba encontró al Capetán Polyxinguis en el patio de su casa disponiéndose a salir para el combate. Estaba ensillando su yegua. El día antes había enviado un mensajero al Capetán Miguel para darle las noticias. “Los turcos asedian el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo. Coge tu bandera y acude. ¡Libertad o Muerte! Basta de discursos y de reuniones, ha llegado la hora de que la verdadera voz de Creta, el fusil, cante.”

“¡Eh! Capetán Miguel, le escribía, al diablo nuestros pequeños odios, nuestros pequeños disgustos. Nos estaban devorando a los dos. Un día preguntaron al león: ¿De quién tienes miedo, del elefante, del tigre, del búfalo? —¡No, de la pulga! Una pulga nos devoraba a los dos, Capetán Miguel. La llamábamos alegría o disgusto, y era una pulga.”

”Pero ahora ha llegado el momento, que se vaya al diablo. Creta llama, ¡démonos las manos, hermano!”

Emina apareció apoyándose en el quicio de la puerta. Sus ojos tenían un cerco azul, y sus labios estaban rojos de haber sido mordidos. El Capetán Polyxinguis se volvió y la vió. Las valientes palabras que había dirigido al Capetán Miguel le agitaban todavía, su rostro permaneció severo.

—¿En qué piensas? —dijo la circasiana con rabia—. ¿Estoy delante de ti y no me miras?

Estaba acomodando unas alforjas bordadas en la silla de su cabalgadura. En un lado había puesto cartuchos, vendas y bálsamo para las heridas. En el otro una hogaza de pan, un queso y una cantimplora de vino. ¿Qué podía responder a la mujer que apoyada en la puerta le miraba partir para la guerra? El día antes, escribiendo a su feroz camarada de combate, había comprendido por primera vez en su vida, cuál debía ser el lugar de la mujer y cuál debía ser el de Creta en el corazón de un hombre.

—Tengo que decirte un secreto —dijo la circasiana, bajando el escalón del umbral para acercarse a él. Acarició el cuello de la yegua, inclinó la cabeza y su pelo, parecido a las crines del animal, se esparció casi hasta el suelo embalsamando todo el patio.

—¿Un secreto? —dijo el Capetán y sus manos se inmovilizaron, suspensas.

—Sí, y te lo digo para que luego no te quejes. De cuando en cuando recibo mensajes secretos de Candía. Parece ser que los parientes de Nuri, irnos agás, piensan venir una noche con soldados, a tomar Kasteli y llevarme. Y si no vuelvo a ser musulmana me matarán. Vete, ahora vete al monasterio de Nuestro Señor Jesucristo, ¡pero piensa también en tu mujer, Capetán Polyxinguis!

Polyxinguis quedó un instante confuso. Fuera, en el pueblo, se elevaba un rumor vago. Las mujeres decían adiós a sus maridos, las viejas lloraban. “¡Adiós mujeres!”, decían los hombres y se reunían en la plaza, bajo los tres álamos, en torno a la bandera del Capetán Polyxinguis.

—¡Piensa también en tu mujer! —repetía la circasiana, viendo que su marido callaba—. Una mujer es como una plaza fuerte, pueden tomarla.

—Pienso en ello —respondió al fin el hombre.

La abrazó, sintió sus senos firmes apretados a él y en un momento todo su ser zozobró. “¡Puede desaparecer el mundo, me basta con tener siempre este cuerpo palpitante entre mis brazos!” Ella cerró los ojos, se alzó sobre las puntas de los pies y buscó su boca. Las rodillas de él flaquearon, sus entrañas se llenaron de miel y de muerte.

La yegua relinchó, el Capetán Polyxinguis recobró el sentido y se apoyó en la pared. Rechazó dulcemente a la mujer, sus labios se despegaron, se agarró a las crines de su caballo y saltó a la silla.

—Hasta la vista —dijo sin volverse, cruzó la puerta del patio y se precipitó hacia la plaza donde la gente estaba reunida.

Aquel mismo día, de madrugada, en Petrokephalo, en el gran patio del abuelo, el Capetán Miguel, rodeado de sus palikaros, entregaba su bandera negra bordada con letras rojas a Theodoris. Junto a él, ya equipados, estaban sus dos viejos compañeros de orgía, Kayambis y

Mistigri. Ventusos había ido a poner a su familia en lugar seguro y Bertoldo, escondido detrás de todos, entre las mujeres, bien envuelto en su pelerina, tiritaba al fresco de la mañana, con los ojos fuera de las órbitas. “¿Qué es lo que hacen estas fieras?, pensaba. ¿A dónde irán tan temprano, con semejante frío?”

El Capetán Miguel miró a su mujer que estaba en el umbral con las manos cruzadas, silenciosa.

—Hasta la vista, mujer —dijo.

—¡Que Dios te proteja, Capetán Miguel! —respondió ella con calma—. ¡Que Dios os proteja, palikaros! —añadió mirando gravemente a cada uno de los hombres de su marido.

El abuelo apareció. Su barba era rosada bajo los primeros rayos de la aurora.

—¡Adelante, hijos míos y que mi bendición os acompañe! —gritó levantando la mano—. ¡Adelante con la bendición de Dios! ¡Es por Creta por quien vais a luchar, no es cosa de broma! ¡Dichoso el que muera por ella!

Se calló y poco después:

—¡Por la luz que nos alumbra —dijo—, no lo comprendo, pero prefiero morir por ella a vivir por ella!

—Eso es amor —dijo Kayambis. Los palikaros se echaron a reír y el patio entero retembló.

Thrassaki oyó el ruido y adivinó que su padre se iba a la guerra. Saltó de su cama y bajó envuelto en una colcha roja, listada. El Capetán Miguel le vió, mal despierto, entre su madre y su abuelo y sonrió.

—¡Hasta la vista, Thrassaki, ya te llegará el turno! —dijo saltando sobre su caballo. Se santiguó—. En las manos de Dios…

El portaestandarte se puso a la cabeza del cortejo de los combatientes. Con el fusil al hombro dejaron el pueblo.

El célebre monasterio de Nuestro Señor Jesucristo había sido construido en tiempos muy antiguos, antes de la ocupación por los venecianos y de la toma de Constantinopla por los turcos, cuando nuestros reyes bizantinos dominaban todavía el Oriente y el Occidente.

Se lo debemos, según dicen, al rey Nicéforo, una gran alma inconsolable a la que la belleza de una mujer estuvo a punto de precipitar en el infierno. Felizmente, en el último momento. Dios le oyó llamar, agarrado al borde del abismo. Tuvo piedad de él y le mandó al paraíso, con nuestros otros reyes, pecadores y mártires.

Después de haber Conquistado el mundo, Nicéforo vino a Creta, exterminó a los sarracenos, suprimió la media luna y clavó sobre las ciudades incendiadas y los pueblos saqueados el estandarte

ensangrentado de Cristo. Un día, dicen, al pasar junto a un barranco, a la caída de la noche, decidió detenerse para dormir y continuar su camino hacia Handaka —así llamaban a Candía en aquella época— a la mañana siguiente. Mientras él reposaba bajo un limonero, era en el mes de mayo y la noche cantaba con la garganta del ruiseñor, vió llegar a Jesús, agotado por un largo viaje y descalzo. Cristo se detuvo bajo otro limonero cercano sin advertir la presencia de Nicéforo, suspiró, se tendió sobre la misma tierra, puso una piedra bajo su cabeza y murmuró: "Estoy cansado." Luego cruzó las manos y se durmió.

Toda la noche, el rey se sintió envuelto en una indecible dulzura y una profunda felicidad. No era ni la luna, ni el ruiseñor, ni el sueño. Estaba en el paraíso.

Al amanecer se despertó. "Este árbol bajo el cual ha dormido Cristo es sagrado", dijo, y dió orden de construir un claustro alrededor del limonero santo. Así dicen que fué construido el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo.

Los reyes bizantinos murieron, los turcos tomaron Constantinopla, los venecianos invadieron Creta, los infieles la asaltaron … El monasterio fué demolido, reconstruido, redemolido… Y ahora, los turcos lo asediaban y, mientras la campana sonaba lastimeramente, los mensajeros acudían: "¡Socorro, cristianos! ¡Los turcos asedian el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo!"

En la iglesia, los monjes desenterraban los fusiles escondidos bajo el altar. El higumeno se arrodilló ante la gran imagen de Cristo, a la derecha del iconostasio.

—¡Señor —gritó muy fuerte para que todo el mundo le oyese—, perdóname! ¡Es por mi culpa! ¡Es por mi culpa! ¡Los perros vienen a vengarse!

En verdad era culpa suya. En el principio del año religioso, el primero de septiembre, el higumeno volvía de Candía. Había ido a prosternarse ante el metropolitano, a depositar a sus pies tesoros antiguos del monasterio y a instarle a que lo tomase bajo su protección, interviniendo con el pachá para que el santo lugar no fuese invadido por los turcos.

—¡Harto le han incendiado ya! ¡Discúlpame ahora! ¡Yo soy ya muy viejo, Reverendo Padre, mis heridas me duelen, estoy baldado, no tengo fuerzas para defenderle!

—¡Dios, viejo y todo, puede con diez santos! —le respondió riendo el metropolitano—. ¡Vete, mis votos te acompañen y no te preocupes!

Él higumeno se retiró con la bendición del metropolitano y salió por la puerta del Lazareto, montado en su mulo gris. Miraba la puesta de sol, las montañas inundadas por una luz azul; veía los campos

segados a su alrededor, las viñas vendímiadas, los olivos cargados de fruto, ei mar, y su corazón saltaba de alegría.

—¡Qué hermoso es este mundo vano! —murmuraba—. ¡Creta es bella y Dios es grande!

Iba a lo largo de la costa. Cruzó las Tierras Rojas, se detuvo en el khan de la viuda, bebió un raki y siguió su camino. Se aventuró por el monte Malo, conduciendo a su mulo con precaución por un sendero de cabras, *sobre* el abismo.

Soplaba un viento ligero. El higumeno miraba el mar que empezaba a ensombrecerse al lado derecho. Se santiguó y murmuró de nuevo con el corazón tranquilo:

—¡Qué dulce es este mundo vano! ¡Qué hermosa es Creta!…

De pronto tres turcos escondidos detrás de las rocas, se precipitaron sobre él blandiendo sus cuchillos. Habían jurado matarle y se habían puesto al acecho en su camino. Aquel Capetán monje había hecho muchas viudas durante la revolución de 1866; muchas de ellas, muy viejas, vivían todavía y aquellos tres huérfanos habían jurado arreglar un día sus cuentas con el matador de sus padres. El mulo se asustó y estuvo a punto de lanzar al higumeno por el precipicio. Pero éste, a pesar de su edad y sus heridas, logró echar pie a tierra con una agilidad de felino.

—¡Por Cristo! —gritó sacando su cuchillo.

Como rabiosos, los cuatro cuerpos rodaron entrelazados al borde del precipicio. Corto de talla, ancho el pecho, los huesos fuertes y muy ágil, el higumeno hería a derecha e izquierda. Se inflamaba y recobraba su juventud, todos sus antepasados muertos combatiendo a los turcos renacían en él; no estaba solo, todos los cretenses estaban presentes y el viejo monje sentía en sus brazos, en sus piernas y en su alma una fuerza oscura muy antigua, inextinguible.

Aferrados los unos a *los* otros, luchaban, a cuchilladas, caían como una sola masa sobre las piedras, se levantaban, inseparables, y se desplazaban estrechamente enlazados, unas veces a pasos lentos y difíciles, otras girando como si danzasen. La sangre corría, sus alientos se mezclaban y de sus bocas espumeantes y torcidas se escapaban gemidos.

—¡Giaur, miserable, asesino! —aullaban los tres turcos, esforzándose en morder *yi* devorar la carne del higumeno.

—¡Por el amor de Cristo! —aullaba ésté y sus puñetazos hacían saltar dientes sobre las piedras.

Se hizo la noche, el mar estaba sombrío, las estrellas se alzaban crueles y serenas. Un pájaro nocturno se posó en una roca y se puso a silbar mirando a los cuatro hombres velludos que danzaban entrematándose.

—¡Por amor a Cristo! —volvió a gritar el higumeno. Se arrancó a aquellos seis brazos y piernas y, con todas sus fuerzas, con su cabeza, sus manos y su pecho, empujó a los tres turcos todavía enredados hasta el borde del precipicio. Vacilaron un instante, perdieron pie, trataron de sostenerse, pero el monje los empujo todavía más violentamente. Entonces dando un grito salvaje, rodaron rebotando de roca en roca en roca, hasta el mar.

El higumeno se apoyó en la montaña y se santiguó. Su cabeza y su pecho sangraban. Desgarró sus vestiduras, se vendó las heridas y llamó a su mulo que escondido detrás de unas peñas le esperaba.

—¡Dios mío, dame fuerzas para llegar al monasterio! —dijo—. Luego haz lo que quieras.

Apretó los dientes, y se encaramó a su mulo, gimiendo de dolor.

—Dios es grande —murmuró, y se dirigió al monasterio.

La nueva hazaña del higumeno, cometurcos, sublevó a Candía al día siguiente. Las tres viejas hanums, doblemente azotadas por la suerte, unieron sus lamentos y, seguidas por un cortejo de turcos, bajaron a la playa desierta, recogieron los restos de sus hijos y los enterraron en la arena. Los hombres clavaron sus cuchillos al pie de la sepultura e hicieron el juramento de dispersar sobre ella las cenizas del monasterio maldito. Luego, se fueron a ejecutar su promesa. Y una mañana, el precipicio de Nuestro Señor Jesucristo hormigueó de feces rojos.

Los rayos del sol hirieron la puerta del Lazareto y en cuanto se abrió nuevas tropas salieron dirigiéndose unas hacia el monasterio asediado, otras hacia Kasteli, el gran pueblo turco que los cristianos ocupaban. Los sobrinos, los cuñados y los amigos de Nuri, mandados por el feroz muecín, piafaban delante, como poseídos. Detrás de las ventanas cerradas, los cristianos les veían pasar desde el amanecer con sus puñales y sus pistolas a la cintura. Les veían pasar, jurar y clavar sus cuchillos en las puertas de los griegos, con gesto amenazador.

Apostadas ante sus tres agujeros, a través de los cuales espiaban el mundo, las Tres Gracias, mal despiertas, descalzas, observaban la revuelta del barrio turco y la puerta verde que vomitaba partidarios de Nuri… Oyeron las amenazas y comprendieron.

—¡Van a raptar a esa perra de Emina antes del bautizo! —dijo Aglae.

—¡Van a matar al Capetán Polyxinguis, el raptor de mujeres! —dijo Frossini con alegría maligna.

La tercera hermana suspiró, muda. “¡Ah, pensó, yo quisiera ser Emina. Yo quisiera ser Emina para que turcos y cristianos se interesasen por mí!” Pero la tos de seor Aristotelis que se despertaba en aquel momento, arriba en su alcoba, se dejó oír. Las tres se

quitaron sus camisones y, vestidas, empezaron a corretear por la casa, una calentando el agua para que se lavase su hermano, otra preparándole la ropa blanca y la tercera haciéndole el café matinal con su cucharada de confitura de rosa.

A la misma hora, bajo el mismo sol, Atenas se despertaba del otro lado del mar. La luz bajaba desde las columnas del Partenón e inundaba lentamente la llanura donde se extendía, apenas despierta, envuelta todavía en la bruma matinal, la ciudad célebre por su espíritu y su belleza.

Atenas se estiró sobre las tierras y los mármoles, se levantó perezosamente y bostezó. Poco a poco, el sol que la asaeteaba con sus rayos, la reanimó y sus primeras voces de la mañana, la del lechero, la del vendedor de diarios, y el de frutas, se hicieron oír. En las calles de los barrios extremos, los refugiados cretenses salían silenciosos de las escuelas abandonadas, de los depósitos y de las casas bajas donde los amontonaban y donde permanecían sentados en el suelo, en fila, sin decir palabra, sin posibilidad de dormir. Las mujeres, con pañuelos a la cabeza y latas o cacerolas en la mano, se colocaban unas detrás de otras, ante la puerta abierta en un patio donde se calentaban grandes calderos y esperaban allí, durante horas enteras, hasta que les llegaba el turno de recibir dos cacillos de sopa de harina.

Al principio tuvieron vergüenza, porque no estaban acostumbradas a tender la mano, pero el hambre es un demonio poderoso y poco a poco se plegaron a las circunstancias.

Grecia, esa madre de luto, con sus privaciones alimentaba a la hambrienta Creta y la ayudaba. Los menos dadivosos abrían las bolsas, los novios dejaban a sus novias, los popes levantaban los brazos al cielo y en las playas desoladas, los caiques hacían velas hacia Creta, cargados de municiones, de víveres y de evzones.

Más lejos, en Syra, la isla noble de numerosos navíos, el Capetán Stefanis recorría cojeando las calles estrechas y tortuosas de la ciudad. Tendía la mano y mendigaba:

—¡Un barco, por favor, cristianos, un barco para Creta!

Y Dios le oyó. El mismo día en que sus dos amigos partían a defender el monasterio, el Capetán Stefanis saltaba al barco, lleno de sacos de harina, de pieles, de telas y de municiones que le habían confiado los patriotas de Syra. Soplaba un viento ligero que hinchaba las velas del barco y le empujaba hacia Creta. El Capetán Stefanis se santiguó, cogió el icono de san Nicolás, lo puso en la proa, se inclinó y lo besó: “¡Ten cuidado, san Nicolás, le dijo con dulzura, te pongo aquí en la proa, ten mucho ojo, no vayas a decirme luego que estabas en la cala y que no viste nada!” Y el santo de los marinos, con su barba corta y rizada, le miraba sin contestar. En sus manos, roídas por la sal de los mares, había un juguete, un barquito con unos hombrecillos

dentro y él sonreía.

Una nube pequeña, como un vellón de humo, apareció en el cielo, por el sur. Empezó a hincharse y a crecer rápidamente. Otros vellones galopaban detrás de ella. El viento del sur, caliente, las empujaba como un pastor. Al mediodía el cielo estaba enteramente cubierto y las primeras gotas tibias de la lluvia otoñal empezaron a caer empapando la tierra. Al mismo tiempo los primeros truenos estallaron sobre el mar.

El Capetán Stefanis volvió hacia el sur sus ojillos centelleantes y sonrió: "¡Adelante, viento sur, acarreador de agua en odres numerosos! ¡Convierte el cielo en torrente y precipita sus aguas en las playas! ¡Sobre todo, nada de sol, ni de luna, una oscuridad de antro, para que pueda yo abordar y descargar sin prisa la dote de Creta!"

Ventusos, que trepaba a la montaña oyó los truenos. Levantó los ojos, vió sobre sí el cielo todo negro y tuvo miedo. "Espera un poco, cielo, dijo alargando el paso, espera que llegue yo a casa de Georgearos, luego haz lo que quieras."

Iba a Anopoli, el pueblo montañés, para rogar a su amigo que acogiese bajo su protección a su mujer y sus dos hijas hasta el fin de la guerra.

Llamó a la puerta. Nadie. Volvió a llamar. Apareció Georgearos con los ojos enrojecidos, desarreglado y pálido, pero en la sombra Ventusos no lo notó.

—Salud —dijo éste—. ¿Podría yo pasar esta noche aquí en tu casa?

—¡En tu casa estás! —respondió Georgearos—, ¡bienvenido seas!

Ventusos entró, la dueña de casa no estaba. Oyó algo como gritos ahogados y en la habitación de arriba un murmullo. Luego nada más.

—¿Y tu mujer? —preguntó.

—Discúlpala, Ventusos, estos días se ha cansado mucho y no se encuentra bien. Ella también te da la bienvenida y te ruega que hagas como si estuvieras en tu casa.

Georgearos puso la mesa, trajo la comida y el vino y encendió otra lámpara.

—Perdóname, Ventusos —dijo—, la comida es pobre, no sabía que ibas a darme el gusto de venir esta noche. Pero mañana, si Dios quiere, mataré un pollo.

La tormenta había estallado, la lluvia tamborileaba en la puerta y en el tejado; en el patio las ramas de la vieja higuera se agitaban furiosas.

—Si Dios quiere, me iré mañana temprano —respondió Ven— tusos—. Se lo he prometido al Capetán Miguel y me daría vergüenza faltar a mi palabra, también me daría miedo. He venido esta noche nada más que para pedirte un favor.

—Haré todo lo que pueda —respondió Georgearos, bajando la cabeza.

—Quería preguntarte si tendrías un cuarto para alojar a mi familia hasta que vuelva la calma…

Georgearos bebió un sorbo de vino, como si algo acabase de atravesársele en la garganta.

—Precisamente tengo una habitación que va a quedar vacía. Está libre, Ventusos, puedes contar con ella.

Se levantó, salió al patio y volvió al poco tiempo empapado de agua hasta los huesos.

—Llueve, gracias a Dios —dijo—. La tierra se ablandará y podremos trabajarla.

Quitó la mesa y preparó el diván para Ventusos.

—Acuéstate, Ventusos —dijo—, vienes de muy lejos.

A la mañana siguiente Georgearos le trajo un tazón de leche, una torta de cebada seca y un gran trozo de queso.

El cielo había volcado todas sus nubes durante la noche. Ahora estaba puro. Los gallos del pueblo cantaban sobre los tejados.

—Hasta la vista, Georgearos —dijo Ventusos—. ¿Cómo podré agradecerte el servicio que me prestas? Sólo Dios puede pagote.

—¡Paga bien, el Todopoderoso, no te preocupes, Ventusos! ¡Que te vaya bien!

El sol se levantó. Las piedras relucían recién lavadas, las gotas de lluvia refulgían en los árboles. Ventusos tomó el sendero de la montaña, silbando, reconfortado. Había encontrado abrigo para su familia, ahora estaba tranquilo y se apresuraba a reunirse con el Capetán Miguel, Kayambis y Mistigri.

Se abrió la puerta de una choza y salió un viejecito, Ventusos le conocía. Era Zacarías, el tío de Georgearos que hacía todo género de oficios: injertaba los árboles, curaba a la gente y todos los sábados cogía una marmita de barro, sus tijeras, sus navajas, se sentaba en el banco de piedra de la iglesia y rapaba todas las cabezas que se le ponían delante. Llevaba consigo un saco que le llenaban de pan, de legumbres y de pasas y también dos grandes botellas, una para el vino y otra para el aceite. Cuando ya no había más clientes, hacía un montón de barbas y pelos cortados, le pegaba fuego y apestaba todo el pueblo.

—¡Larga vida te dé Dios, padre Zacarías! —dijo Ventusos deteniéndose.

—¡Salud, tocador de lira! —respondió el viejo—. ¿Qué pasa por el mundo, muchacho? ¿A dónde va a parar?

—¡No me hables de eso, abuelo! ¡El mundo se va al diablo!

—¿Y tú?

—Y yo con él. ¿Puedo hacer otra cosa? He pasado la noche en casa de Georgearos, hemos charlado un poco y ahora me voy.

El viejo levantó los brazos al cielo.

—¡En casa de Georgearos! —murmuró—. ¡En casa de Georgearos! ¡Santos cielos! Por eso el desgraciado nos mandó a decir que no fuésemos para el mirologui ayer noche.

—¿Qué estás diciendo, abuelo? ¿Qué mirologui?

—¿No notaste nada?

—¿Qué quieres que notase?

—Su hijo murió ayer por la mañana, le mataron. Estaban velándole en el cuarto. ¿No te diste cuenta?

Ventusos, sin decir nada se tapó la cara con las manos.

—¡Eh, eh! —gritó el viejo—. ¡No te pongas tú ahora a llorar, bendito Ventusos! ¡No te aflijas, todos tendremos la misma suerte!

Había llovido también aquella noche sobre el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo. Los monjes que llevaban tres días y tres noches arrodillados delante de las aspilleras, combatiendo y vigilando a los turcos, sin reposo, apreciaron la frescura de la lluvia sobre sus rostros. Eran, en total, treinta y dos. Una veintena de campesinos de la aldea próxima que no había querido huir abandonando el monasterio en peligro, estaba con ellos. Al oír el son plañidero de la campana, amontonaron a sus mujeres e hijos en una caverna, en lo alto de la montaña, fortificada por Dios, y se encerraron voluntariamente en el monasterio con sus provisiones —un cordero o una cabra y un saco de galletas de cebada— desafiando a la muerte.

Debía ser mediodía cuando el Capetán Polyxinguis llegó al monte con sus hombres y vió abajo el monasterio, junto al barranco. Desde muy lejos se oía el tiroteo, los clarines de los turcos y el tumulto de los hombres que mataban o se hacían matar. Arriba, el cielo estaba borrascoso. Las nubes corrían hacia el norte. Los combatientes se apresuraron a llegar al monte para dar ánimos a sus hermanos anunciando su presencia con descargas de fusil.

El Capetán Polyxinguis llegó el primero.

—¡Salud, hermanos! —gritó, disparando su arma. Se volvió a sus compañeros que llegaban jadeantes:

—Saludad, muchachos, pero que no se pierdan balas. Tirad a lo vivo. —Diciendo esto, señaló la masa maldita que rodeaba el monasterio, donde el fez florecía rojo como la amapola. Cincuenta balas silbaron a la espalda del monasterio. Algunas rebotaron en las rocas, pero otras, más afortunadas, alcanzaron la carne turca y la devoraron viva. Una veintena de cuerpos cayeron gimiendo.

El monasterio resonó lleno de gritos: “Bienvenidos, muchachos” y

el viejo Hilarión, el campanero sordo, cogió la cuerda e hizo cantar a la campana alegremente.

Los turcos estaban furiosos. Percibieron entre la niebla la tropa de cristianos que se diseminaba y tomaba posiciones resguardándose tras los peñascos.

“¡Alá! ¡Alá! ¡Ahí vienen otros giaurs!”, aullaban.

Los soldados de las primeras líneas turcas fueron conservados en sus puestos para mantener el asedio y los otros se lanzaron hacia la montaña.

Había empezado a llover muy fuerte, una nube baja envolvía a los cristianos en la cañada. La lluvia azotaba la cara de los soldados turcos y los cegaba.

—Dios está con nosotros —gritó el Capetán Polyxinguis—. Tirad a lo vivo.

Una vez más los fusiles hicieron fuego todos al mismo tiempo. Se oyeron estertores e injurias, pero la tormenta bajó envolviendo al ejército turco. Sólo se distinguían los feces y el brillo de las bayonetas.

El higumeno, arrodillado ante una aspillera vió al ejército enemigo dividirse y gritó:

—¡Adelante, hermanos, están divididos! ¡Al ataque, rompamos el sitio!

Monjes y campesinos se levantaron de un salto, el campanero volvió a coger la cuerda y empezó a tirar con rabia. Se reunieron en el patio blandiendo sus fusiles. El higumeno se puso a la cabeza, abrió la gran puerta y todos se precipitaron fuera, dando gritos salvajes.

Cogidos entre dos fuegos, los turcos perdieron la cabeza un momento. Trataron de arrojarse sobre los sitiados para volver a encerrarles en el monasterio, pero entonces recibieron la orden de replegarse en el barranco. Los monjes se lanzaron sobre sus huellas.

—¡Cristo vencedor! ¡Cristo vencedor! —gritaba el higumeno. Olvidando de nuevo su vejez, corría por las rocas abruptas, sal taba sobre los juncos, sobre las adelfas y las grietas del terreno, se detenía un segundo, apuntaba, tiraba y seguía corriendo. El olor de la pólvora le había embriagado.

De pronto, sonó el clarín. Los turcos se inmovilizaron. Luego, otros clarines se dejaron oír detrás del ejército monacal.

—¡Nos han cercado! —gritó un monje—. ¡Hemos caído en un lazo! ¡Volvamos atrás, santo higumeno!

—¡Han penetrado en el monasterio! —gimió otro.

El higumeno metió su pistola en el cinto, desenvainó el cuchillo y, sin decir palabra, volvió atrás y se precipitó por la puerta abierta del monasterio.

El Capetán Polyxinguis vió el peligro y acudió al barranco, seguido

por sus palikaros.

La lluvia caía fuerte, el sol había desaparecido, perdido entre las nubes, la tierra estaba hundida en sombra. Turcos y cristianos se batían mezclados, sin distinguir a los sitiados de los sitiadores.

—Seguidme —gritó el higumeno que avanzaba abriéndose camino a cuchilladas.

—¡Valor, hermanos! —gritó el Capetán Polyxinguis que corría con sus hombres para alcanzar la puerta.

Algunos turcos habían entrado en el patio y avanzaban hacia [a iglesia tirando pedazos de estopa y rebujones de trapos encendidos para hacer arder el edificio.

—¡Perros! ¡Perros! —gritaron dos voces roncas y salvajes, las del higumeno y el Capetán Polyxinguis que llegaban al mismo tiempo al umbral y caían sobre los turcos. Los monjes que venían detrás cercaron a los soldados, los acogotaron sobre el tejado de la iglesia y los hicieron pedazos.

Afuera, la batalla perdía su violencia. El Capetán Polyxinguis salió para reunirse con sus hombres y volvieron a cerrar la pesada puerta del monasterio. Era ya de noche, el cielo y la tierra estaban envueltos en nubes y en lluvia.

—Vamos a atrincherarnos, muchachos —gritó el Capetán Polyxinguis—. Mañana habrá luz.

Los cristianos contaron sus bajas. Había tres muertos entre los monjes y los campesinos, algunos heridos y un desaparecido, el campanero. En el batallón del Capetán Polyxinguis, dos muertos y varios heridos. Cavaron una fosa en la cañada y enterraron a los muertos. Eran dos bravos candiotas, tío y sobrino. El Capetán Polyxinguis cogió dos pedazos de madera, hizo una cruz y la plantó sobre la tumba.

—¡Dos victimas más! ¿Cuándo será nuestro turno? —murmuró y se volvió a sus compañeros—: Preparad la comida, muchachos, comeremos lo que haya. Todavía estamos vivos y tenemos hambre.

Encendieron fuego, hicieron la comida y comieron. Hablaron de los muertos y de los vivos, designaron centinelas y los demás se pusieron a dormir con las manos juntas. Por la mañana temprano tenían que ponerse otra vez al trabajo.

En el barranco, la capilla siguió iluminada hasta medianoche. Los monjes daban gracias a Dios que había extendido su mano y salvado el monasterio del incendio y de la muerte. El viejo Photios confeccionaba bálsamos, lavaba las llagas y cuidaba a los heridos.

Entre los dos ejércitos cristianos, los soldados turcos también cuidaban a sus heridos y enterraban a sus muertos. Silenciosos, miraban los fuegos encendidos y pensaban en sus mujeres y en sus

hijos que dejaron allá, al fondo del Asia Menor. ¿Quién trabajaría el campo, quién cavaría la viña, quién traería el pan a la casa durante su ausencia? Ellos también eran hombres y no perros como los cristianos pretendían…

En cuanto el cielo empezó a aclarar, turcos y cristianos se levantaron y se prepararon a reanudar el combate.

Un derviche cogió su tambor, otro su flauta y empezaron a recorrer las filas del ejército turco excitando a los soldados. Los monjes ocuparon sus puestos. La cabeza del higumeno acribillada a sablazos, estaba vendada. Sus heridas seguían doliéndole y la sangre no se detenía. Su barba blanca estaba toda roja y escurría. Sin embargo, antes del amanecer se arrodilló delante de su aspillera y su ojo de águila no perdía de vista a los turcos. Cada vez que veía moverse una cabeza, apuntaba y le daba en plena frente. “Es un cochino trabajo este de matar nombres, aunque sean infieles, pensaba. Pero no es nuestra la culpa, te lo digo claramente, no es nuestra la culpa. ¡Libéranos, Dios mío!, es lo único que te pedimos.”

Arriba, en la cañada, el Capetán Polyxinguis daba instrucciones a sus hombres. Todos estaban ya echados en tierra detrás de las rocas con el cañón del fusil hacia los feces rojos de los turcos. Pero el Capetán Polyxinguis sentía vergüenza de agacharse. Siempre de pie, iba de un lado para otro.

—¡Échate al suelo, Capetán! ¡Vas a recibir un balazo! —le gritaban sus palikaros.

Las balas habían empezado ya a silbar sobre sus cabezas. Pero el Capetán Polyxinguis se reía.

—Bien quisiera, muchachos, bien quisiera. Bien sabe Dios que yo también tengo miedo, pero también tengo vergüenza. ¿Querías ser Capetán, Polyxinguis? Entonces, eso es lo que te corresponde.

—¡Eso te crees! A mí me parece que debes llevar encima madera de la verdadera Cruz, Capetán, por eso no tienes miedo —insinuó un coloso reticente.

Esta vez el Capetán Polyxinguis se enfadó.

—¡La madera de la verdadera Cruz, sóbelo bien, Nicolás, es el valor! Yo no conozco otra madera de la verdadera Cruz.

Mientras tanto, abajo, la guerra estaba en su apogeo. Los turcos se acercaban cada vez más, el monasterio estaba en peligro.

—¡Arriba! ¡Cristo es vencedor! —gritó el Capetán Polyxinguis—. ¡Caed sobre ellos!

Los palikaros saltaron de detrás de las rocas y se lanzaron. Las piedras rodaban bajo sus pies, la montaña rodaba y bajaba con ellos.

Al principio se batieron a tiros, pero pronto la lucha llegó al cuerpo a cuerpo, a cuchillo y a puños. Bruscamente las descargas

cesaron en el monasterio. No se podía distinguir a los turcos de los cristianos y el higumeno, enviando a los más valientes al asalto, dejó a los otros defendiendo firmemente las aspilleras.

Pero los cristianos eran poco numerosos, los turcos hormigueaban, había siete para cada uno. El Capetán Polyxinguis y el nigumeno ensangrentados, corrían de un lado para otro, reconfortando a sus compañeros. Los turcos atacaban en oleadas sucesivas.

A eso del mediodía, los cristianos empezaron a dar señales de cansancio. Las mismas torres acaban por derrumbarse. El sol se demoraba en el cielo. No llegaba nunca la noche para separar a los combatientes y aquel día no había lluvia que cegase a los turcos. Hacía buen tiempo, el día era eterno, los turcos estaban a punto de invadir el monasterio y reducirlo a cenizas. Entre el furor de la matanza, el higumeno y el Capetán Polyxinguis se encontraron un instante y se miraron a los ojos, sin decir nada. Pero cada uno vió en la mirada del otro que el monasterio estaba perdido.

De pronto, resonó una descarga en el paso del barranco y los cristianos vieron ondear una bandera negra. Detrás venía una turba de hombres exaltados, saltando de roca en roca. Al frente, fiero, con un pañuelo negro atado a la cabeza, cabalgaba el Capetán Miguel.

—¡Buenos días, hermanos! —gritó descargando su fusil. Luego, volviéndose a los turcos—: ¡Me hace feliz volver a encontraros, perros!

Aquel día y el siguiente, los heridos turcos, soldados regulares e indígenas llegaron en masa a Candía.

—¿Qué es lo que pasa en el monasterio? ¿Todavía resiste? No tenéis vergüenza —gritaba el pachá, tirándose de las barbas.

—Iba muy bien, Pachá Effendi —decían los heridos—, pero apareció el maldito Capetán Miguel…

Se morían de sed. Llamaban a Barbayanis para que les preparase sorbetes. Effendín vino a leerles el Corán, con su voz salmodiante, para hacerles olvidar sus sufrimientos y darles resistencia. Eli desdichado Hilarión, el campanero sordo hecho prisionero por los turcos el día antes, se balanceaba colgando de una rama del gran plátano. Tenía en su mano apretado un pedazo de la cuerda de la campana que no había querido soltar y que tuvieron que cortar los turcos.

En el arzobispado, el metropolitano pasaba los días y las noches vestido, esperando. Ignoraba el día y la hora en que vendrían los turcos a detenerle para colgarle y no quería dar un espectáculo en la calle, medio desnudo. Hizo venir del monasterio salvaje de Kuduma, al borde del Mar de Libia, al asceta Pahumios para que le confesase y le diese la comunión diariamente y así su alma estuviese dispuesta en todo momento. Murtzuflos no le abandonaba. Le seguía como un perro

y dormía a la puerta de su cuarto, temiendo que pudieran llevarse a su amo sin darse él cuenta, privándole de la dicha de poder dar su alma al mismo tiempo.

Al fin cayó la noche. La Cruz y la Media Luna se separaron. Los cristianos y los turcos encendieron sus fuegos, los primeros en la vertiente de la montaña, los otros alrededor del monasterio cuya masa negra se alzaba en la sombra. Los dos capetanes se reunieron para hablar de la batalla y organizar el ataque del día siguiente al amanecer. Luego se separaron sin cruzar ni una palabra amistosa.

El Capetán Polyxinguis, que no había perdido la excitación del combate, no se dignó decir una frase amable. Por lo demás, el Capetán Miguel no se habría dignado escucharle.

El Capetán Miguel se quedó solo ante el fuego, lió un cigarrillo y sombríos pensamientos le invadieron. No, su conciencia no estaba tranquila. Se batía, mataba, en todo momento estaba dispuesto a morir sin la menor queja; sin embargo no era en Creta en lo que pensaba. Cuando montado en su yegua se lanzaba gritando: "¡Adelante!", lo hacía sin convicción. Cuando por la noche se retiraba, no pensaba en la libertad, como en otros tiempos, su mente se aventuraba muy lejos y le llenaba de vergüenza…

"¡Qué vergüenza, Capetán Miguel!", se decía, escupiendo en el fuego.

Y estando así, hundido en sus sombríos ensueños, oyó detrás de él unos pasos ligeros y un jadeo. Se volvió. Era Ventusos que llegaba sin aliento.

—¿Qué pasa, condenado Ventusos? —dijo el Capetán Miguel levantándose. Y Ventusos, que desde hacía mucho tiempo había adivinado el sentimiento que minaba al Capetán Miguel, se inclinó y le habló al oído.

—¡Capetán!… ¡Capetán, Emina!…

El Capetán Miguel se estremeció, cogió a Ventusos por el brazo y le hizo sentarse en el suelo, brutalmente.

—¡Habla bajo!

—Una banda de turcos ha invadido Kasteli de pronto, esta tarde… ¡Se la han llevado!

El Capetán Miguel extendió la mano sobre el fuego. Quería quemarse, hacerse daño… Callaron largo rato. Al fin, el Capetán Miguel volvió la cabeza:

—¿Hacia dónde la llevaron?

—Hacia Candía.

—¿Cuándo?

—Á la caída de la tarde.

El Capetán Miguel se levantó.

—Ven conmigo y cierra el pico.

Pero Ventusos no pudo contenerse:

—¿Abandonar tu puesto? —exclamó—. ¿Y si los turcos atacan por la noche?

—¡Calla esa boca!…

Escogió una decena de palikaros, entre los más aguerridos.

—¡Seguidme! ¡Vamos a dar una batida!

Se volvió a los otros hombres:

—Estaré de vuelta antes del amanecer. ¡Tened mucho ojo!

Se puso a la cabeza del grupo que echó a andar hacia la cañada y desapareció en la noche.

Dos horas transcurrieron, luego tres. Era más de medianoche. Los cristianos agotados se durmieron después de poner centinelas.

En la capilla, los monjes más viejos, echados de bruces en las losas, pedían a Dios que se inclinase y tomase el monasterio bajo su protección. El higumeno vendó sus heridas y volvió a su puesto. Acurrucado detrás de una aspillera, distinguía a los soldados turcos que iban y venían por delante de los fuegos y oía el ruido de sus armas. “No duermen, los perros, pensaba, algo maquinan.”

Sobre ellos, el cielo era de una gran pureza, las estrellas centelleaban alegremente, una niebla helada caía de las montañas y traspasaba los huesos. Cruzó el cielo una estrella errante y el higumeno se santiguó.

—Algo grande va a terminar —murmuró—. Dios mío, haz aue no sea el monasterio…

Y cuando estaba rogando, con los ojos elevados al cielo, el sonido de los clarines y tambores se dejó oír, y un gran clamor al mismo tiempo. “¡Alá! ¡Alá!” Una ola negra y espesa avanzaba hacia el monasterio. Nuevas tropas enfurecidas atacaban a los cristianos dormidos.

La tierra tembló. Mientras comenzaba la batalla en la vertiente de la montaña, más arriba, en el monasterio, los soldados turcos traían escalas para asaltar las murallas. Empezaba a amanecer.

El higumeno llamó a los monjes y gritó:

—Hermanos, el monasterio está perdido, escuchad lo que voy a deciros: El monasterio está perdido, y es por mi culpa. Es a mí a quien quieren coger para vengarse. Voy a entregarme. ¡Adiós!

—Santo higumeno —dijo Photios, el monje médico—, van a matarte.

—¡Eso es seguro! Qué quieres que hagan de mí, padre Photios. ¡Van a matarme! Pero el monasterio se salvará.

—Te matarán y no se salvará el monasterio. ¡Los turcos son taimados, santo higumeno!

—¡Yo voy a hacer mi deber; ellos harán lo que quieran! ¡Que Dios obre también como le parezca!

Cogió su bastón de higumeno, le ató un pedazo de tela blanca y se subió sobre una pared, agitando su bandera improvisada y gritando. Un turco cretense le interpeló:

—¿Qué es lo que quieres, monje del diablo?

—¿Quién es el jefe? Ve a decirle que el higumeno se rinde, que puede hacerle papilla si le apetece, pero que dé su palabra de no tocar el monasterio.

La gran voz resonó en los campos; cesó el cuerpo a cuerpo, callaron los fusiles y en el silencio súbito los gallos empezaron a cantar sobre los tejados. El sol se levantaba.

—¡Deja las armas y sal, no tocaremos al monasterio! —lanzó la voz de Hassan Bey, jefe de los turcos.

—¡Júralo! —gritó el higumeno, levantando una mano hacia el cielo que empezaba a enrojecer.

—¡Lo juro, por Mahoma!

El higumeno bajó. Los monjes le rodearon y le abrazaron poniendo sus labios en sus hombros. Los otros compañeros le rodearon besándole las manos.

—Adiós, gran mártir, adiós… —y le daban el último beso.

El higumeno fué a la capilla, se dejó caer de bruces y besó el suelo.

—Señor —murmuró—, adiós.

Echó una mirada al patio, a la capilla, a las celdas, a la cuadra … luego levantó la mano y dijo:

—¡Adiós!

En cuanto franqueó el umbral de la puerta los turcos le agarraron y no se le volvió a ver. Luego se precipitaron todos sobre el monasterio, aullando.

—¡Están prendiendo fuego! ¡Violan su juramento, los perros! —gritó el Capetán Polyxinguis. Tenía la cabeza vendada y sufría horriblemente de su herida.

—¿Dónde está el Capetán Miguel? —gritó y espoleó a su yegua dirigiéndose al monasterio.

Pero el Capetán Miguel todavía no estaba de vuelta. Theo— doris, el portaestandarte, se puso a la cabeza y cargaron sobre el ejército turco, por detrás, todos a un tiempo. El monasterio ardía y en el paso del barranco aparecieron más feces rojos.

Los monjes más jóvenes escalaban el muro, se dejaban caer del otro lado y se reunían con los batallones cristianos que se batían en retirada hacia la montaña.

—¿Dónde está el Capetán Miguel?, hermano Theodoris —preguntaba Polyxinguis cuando llegaron a la cañada. La sangre corría

por su cara, su cuello y su pecho.

—No lo sé. Se fué esta noche para dar una batida.

—¿Qué batida?

—¡No lo sé!

Los cristianos se detuvieron en la cañada y miraron el monasterio. Ahora, las llamas bien alimentadas lamían los muros y el humo ocultaba el sol.

El Capetán Polyxinguis, desconcertado, se dejó ganar por la desesperación. Había olvidado su sufrimiento y ya ni siquiera enjugaba la sangre que corría de sus heridas. Sus ojos estaban húmedos.

—Vámonos, Capetán, estás herido —decían sus palikaros—. No mires más el monasterio, está perdido. Dios lo ha querido así. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

—Si el Capetán Miguel hubiera estado con nosotros… —murmuró suspirando.

A fuerza de insistir, lograron decidirle. Bajaron la montaña y entraron en el barranco. El Capetán Polyxinguis y sus hombres tomaron el camino de Kasteli. La banda del Capetán Miguel siguió hacia Petrokephalo. La triste noticia les había precedido y a su paso se levantaban las lamentaciones. Un centinela que había quedado en la cañada para observar los movimientos de los tímeos, alcanzó hacia el mediodía a los hombres del Capetán Polyxinguis que, después de haber comido un pedazo de pan, reposaban tendidos bajo los plátanos, al borde de un arroyo seco. El Capetán estaba echado a la sombra y Photios, el viejo monje médico, le lavaba las heridas y le cambiaba las vendas.

Vió al centinela y le gritó:

—¿Qué hay de nuevo, Yakuris?

Yakuris se acercó. Era un hombrecillo endeble, con piernas de saltamontes y ojos vivos. Sus ojos habían visto tantas matanzas y se habían alegrado en tantas fiestas, el mundo había sido trastornado tantas veces delante de ellos que ya no podían expresar ni el espanto ni la alegría. “El mundo es una rueda, decía Yakuris, una rueda que da vueltas. ¡A mí no me impresiona!”

“¿Qué es lo que la nace dar vueltas, bendito Yakuris?”, le preguntaban.

“A veces Dios, otras el diablo. De una vez por todas, se han puesto de acuerdo. Uno destruye, otro construye. Nunca les falta trabajo.”

—Que te restablezcas pronto, Capetán —dijo Yakuris acercándose—. No desesperes, ahora estamos en la parte baja de la rueda, pero ya subiremos, quédate tranquilo. Es la rueda que da vueltas.

—¿Y el monasterio, qué ha sido de él?

—¿Qué quieres que haya sido? Se lo llevó el diablo…

—¡Muérdete la lengua, blasfemo! —gritó el padre Photios, santiguándose.

—Quiero decir que se ha convertido en lo que era antes de ser construido. '

—¿Y los perros?

—Han puesto al higumeno en medio de sus filas y se han ido. Ya veréis cómo hacen tabaqueras con su piel. Y estaba bien gordo, el pobre, saldrán muchas.

Mientras el centinela lo contaba, los soldados turcos galopaban hacia Candía llevando al higumeno y aguijoneándole con sus cuchillos. Avanzaban formando una barrera a su alrededor para impedir que los indígenas, sedientos de venganza le matasen.

El pachá había dado orden de que se lo llevasen vivo.

El sol estaba todavía muy alto cuando entraron en Candía con sus tambores y clarines. El pachá, radiante, salió a su balcón para darles la bienvenida.

Arrastraron al higumeno hasta él.

—¡Baja la cabeza, condenado imán de los giaurs, prostérnate!

—gritó el pachá, viendo que el higumeno seguía erguido delante de él. Sus heridas viejas y nuevas se habían abierto y gotas de sangre espesa y negra caían de sus barbas. Pero su mirada permanecía límpida.

Miraba al pachá y a los turcos que le escarnecían, luego al cielo sobre su cabeza y al sol que estaba a punto de ponerse. Se sentía extrañamente ligero y un cosquilleo muy particular le recorría la espalda, como si le naciesen alas. Se balanceaba sobre las puntas de sus pies dispuesto a tomar impulso y echarse a volar.

—¿No tienes miedo? —gritó el pachán—. ¿Por qué tienes esa cara resplandeciente? ¿Dónde te crees que estás?

—En el paraíso —respondió el monje.

El pachá se enfureció. No era la primera vez que chocaba contra los cretenses, esas especies de rocas que ni el acero podía romper.

—No estás en el paraíso, diablo de monje —gritó—, ¡estás en el plátano!

—Es lo mismo —dijo el higumeno.

—¡Al plátano con el giaur! —ordenó el pachá, echando espuma por la boca.

El negro y cinco o seis soldados se precipitaron sobre el higumeno, le arrastraron al patio y los otros turcos les precedieron aullando. El pueblo se había reunido y atascaba las callejuelas vecinas. El plátano estaba a unos cuantos pasos de la puerta del pachá, junto a la fuente veneciana con los leones de mármol.

El sol se ponía. El plátano hervía de pájaros que se recogían en él para dormir y piaban alegremente, todos a la vez.

Hicieron sentar al higumeno en un escabel y llamaron a un barbero turco que vino con sus navajas, sus tijeras y su bacía de bronce. Al ver al higumeno se echó a reír.

—Tú eres un muchacho valiente. Voy a afeitarte sin jabón —dijo.

Le cogió por el pelo y empezó a afeitarle la barba. El higumeno se mordía los labios para no gritar de dolor y los turcos reunidos alrededor se morían de risa. Suleimán había bajado la cuerda y la untaba de jabón. Algunos cristianos escondidos detrás de los postigos, miraban conteniendo el aliento. En aquel instante el pachá apareció y se instaló en un sillón, frente al higumeno, para gozar bien del espectáculo.

Eli peluquero había terminado de afeitar al monje y antiguos chirlos aparecieron en la cara del viejo combatiente. Cogió las tijeras, cortó el pelo al rape y el cráneo quedó desnudo como un guijarro.

—Escucha, imán de los giaurs —le gritó el pachá—, la cuerda está preparada, el negro espera. Hazte musulmán y tu vida está salvada.

El higumeno se levantó del escabel. Con la cabeza afeitada estaba irreconocible. Cogió la cuerda que el negro tenía en la mano, hizo un nudo corredizo y se lo echó al cuello.

—¿No respondes? —rugió el pachá.

—Ya he respondido —dijo el higumeno, mostrándole el nudo alrededor de su cuello.

—¡Malditos seáis! —gritó el pachá poniéndose morado de cólera—. ¡Malditos seáis todos vosotros, cretenses! ¡Colgadle!

El monje se subió él solo al escabel, el negro pasó la cuerda por una gruesa rama del plátano.

El higumeno se santiguó y miró a su alrededor. Antepasados muy antiguos, combatientes muertos, coronados de espinas como Cristo, llegaron, flotando en el aire, con los brazos abiertos para darle la bienvenida.

El higumeno dió un grito de alegría: “¡Ya voy!”, y de una patada echó a rodar el escabel.

Cuando el Capetán Miguel llegó al monasterio, hacia el mediodía, para recomenzar la lucha al lado de sus compañeros, no encontró ni monasterio ni compañeros. Nuestro Señor Jesucristo se consumía. La cúpula de la iglesia se había hundido, el viejo iconostasio finamente esculpido resplandecía, los ornamentos, los salterios y los iconos estaban calcinados. El vino y el aceite corrían en las bodegas, el humo subía en negros rebujones y, como no había viento, se acumulaba sobre el barranco.

El Capetán Miguel se agarró las barbas con furia. Miraba y no podía arrancar sus ojos de las llamas que lamían y devoraban el monasterio.

—No debí irme… No debí irme… —gruñía y se arrancaba los pelos de las barbas.

Revivió la persecución desenfrenada de la noche anterior, los compañeros que le seguían sin aliento, y luego el lecho de un ancho río que encontraron hacia el amanecer. Por las grandes piedras blancas una veintena de turcos empujaban a una yegua y sobre la yegua iba una mujer toda cubierta…

¿Cuándo se arrojaron sobre ellos, cuándo llegaron a las manos? Luchaban, apuñalaban y gemían. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Una hora, dos? Para el Capetán Miguel había sido un segundo. La llanura giraba a su alrededor retrayéndose, se convertía en una era. En medio de la era un algarrobo y bajo el algarrobo una mujer toda tapada. Con la cabeza derecha, inmóvil sobre la yegua, esperaba al vencedor para irse con él. Volvió la cara hacia el horizonte, no tuvo ni una mirada para los hombres, esperaba.

De pronto, los turcos dando un grito prolongado, saltaron fuera de la era, abandonaron sus pistolas y sus cuchillos y, cubiertos de heridas, huyeron al galope hacia Candía. El Capetán Miguel volvió la cabeza para no ver a la mujer que estaba ante él perfumada y ardiente. Llamó a Ventusos.

—Llévate a esa mujer, llévatela rápido a casa de mi tía Ealio, en las Korakias. Dile que le dé de comer y beber hasta nueva orden.

—¿No la llevo a Kasteli otra vez? —preguntó Ventusos y sus ojos maliciosos brillaron—. El pobre Capetán Polyxinguis va a reventar de rabia.

—¡Que reviente!

Empuñó las riendas de su yegua, vacilando. ¿A dónde ir? No quería, no podía escoger. Bruscamente rechinó los dientes; había tomado su decisión. Espoleó a la yegua y se lanzó hacia el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo. Y ahora, con los ojos fuera de las órbitas allí estaba mirando las llamas.

—No debí irme… No debí irme… —gruñía y se arrancaba los pelos de las barbas.

Echó pie a tierra, cogió un puñado de ceniza caliente. Le dieron ganas de frotarse la cara con aquella ceniza, la barba, los bigotes, el pelo. Pero se contuvo. Separó los dedos y dejó que el polvo se dispersase y volase en el viento.

—¡Que el culpable sea quemado y que sus cenizas se dispersen del mismo modo! —murmuró y saltó sobre la yegua.

Dió un espolazo, el vientre del animal se cubrió de sangre. Se

internó en el barranco y desapareció entre el humo.

Creta ardía por los cuatro costados. Las montañas, los vados, las cañadas resonaban de descargas y de gritos salvajes. Los hombres se habían vuelto fieras, rugían, mordían y asesinaban. Los viejos guerreros, añorando su juventud, trepaban a la montaña ellos también. Algunos se armaban y tomaban parte en la lucha. Los más viejos, aquellos a los que los años y las antiguas heridas habían dejado maltrechos, no podían luchar, pero se quedaban en el campamento y daban instrucciones. Meditaban suspirando en la táctica de los antiguos jefes: Karakas, Mastrapas, Yanaris, cómo preparaban la emboscada, cómo engañaban a los turcos y los cercaban, y cómo se deslizaban de noche en los pueblos enemigos.

El Capetán Elias, él también, a lomos de su mulo, iba de una montaña a otra y se instalaba en los campamentos de los capetanes.

—La vejez no viene nunca sola, hijos míos —decía suspirando—. Ya no puedo luchar con los brazos, así que lucho con la cabeza. ¡Hasta que ella también caiga, hecha polvo!

Aquel día bajó a Vrysses, el pueblo que verdea entre numerosos arroyos, y se sentó al pie de un viejo plátano hueco. Reunidos bajo él las mujeres, los niños y los viejos, le escuchaban con la boca abierta.

—¡Cuántos capetanes se han sentado bajo este plátano —decía el Capetán Elias, levantando sus brazos ya inútiles hacia el ramaje verde—, cuántos grandes capetanes se han sentado a su sombra! Mirándoles, yo decía: “¡Son inmortales!” Y sin embargo, han muerto, se acabaron, han vuelto a convertirse en tierra, tierra cretense que pisamos…

Suspiró. Tenía el corazón oprimido aquel día. La noticia de la catástrofe del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo, volaba como un cuervo de pueblo en pueblo y había llegado a Vrysses por la tarde. Alrededor del Capetán Elias los viejos meneaban la cabeza rezongando y las mujeres llorando.

El Capetán Elias hacía como si no viese ni oyese y se esforzaba en apartar de las mentes el reciente desastre, evocando otras desdichas más antiguas y más grandes. Se puso a hablar de Arcadi.

El monasterio se alzaba nuevamente ante sus ojos; se llenaba como en otros tiempos de monjes y de pólvora, el higumeno Gabriel elevaba de nuevo sobre sus cabezas el Santo Cáliz conteniendo el cuerpo y la sangre de Cristo (“¡Hermanos, los cielos se han abierto sobre nosotros! ¡Bienaventurados los que mueren por la Fe y por la Patria!”), mientras Constantino Pambudakis acercaba la mecha encendida al depósito de pólvora…[47]

En el preciso momento en que los cretenses, arrebatados por el

relato se remontaban al cielo con las llamas de la explosión, se oyó el galope de un caballo en las piedras. Todos se volvieron y vieron entre los olivos y los plátanos un jinete con pañuelo negro atado a la cabeza que aparecía y desaparecía en la luz.

—El Capetán Miguel! —gritaron. El Capetán Elias bajó la cabeza y se puso a arañar la tierra con la punta de su bastón.

—¡Viene solo! —gritó una mujer que estaba amamantando a su hijo. Trastornada, se abrochó la blusa—. ¿Dónde están nuestros hombres? ¿Dónde está mi marido? ¡Él es el responsable de sus vidas, el Jabalí!

—Parece que abandonó el monasterio en peligro. Así sea quemado vivo —dijo otra levantándose para irse. No quería verle.

—¡No estés suave con él!, Capetán Elias —dijo un viejo—. No se abandona así el puesto cuando se está en la guerra. Háblale como se merece. Tú eres el más anciano y el más honorable. Nosotros somos inferiores, no podemos hablarle abiertamente.

El Capetán Elias levantó su bastón.

—¡Basta! —dijo con cólera—. ¡No necesito vuestros consejos!

—¡Ahí está! —murmuraron viejos y mujeres abriendo el cerco que rodeaba al Capetán Elias.

El Capetán Miguel llegó. El sudor corría por su cara sombría, las cejas le caían sobre los ojos. Yegua y jinete humeaban como las piedras mojadas bajo el sol del mediodía.

Vió al Capetán Elias bajo el plátano y frunció las cejas; no tenía ganas de hablarle, pero ya no podía retroceder. Puso a mal tiempo buena cara y bajó del caballo.

—¡Salud, Capetán Elias! —dijo tendiéndole la mano.

El viejo capetán fingió no ver la mano tendida. Se inclinó y siguió arañando la tierra.

—Salud, si tienes mucho empeño, Capetán Miguel —dijo sin apresurarse.

El Capetán Miguel sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Tenía a la yegua por la brida y estuvo a punto de saltar sobre ella. No le gustaban las reticencias. Miró a la gente a su alrededor. “La noticia debía haber llegado ya”, se dijo, y su cara feroz se ensombreció aún más.

Levantó el brazo, arrancó unas hojas del plátano, las estrujó y las tiró.

—Así es la guerra, Capetán Elias, tú lo sabes bien. En tus tiempos también los cristianos fueron quemados muchas veces. Acuérdate de Arcadi.

—¡No pronuncies ese nombre! —gritó el Capetán Elias y sus ojos, el de vidrio y el otro, empezaron a lanzar llamas—. ¡En Arcadi no

fueron quemados, se convirtieron en dioses! Pero en Nuestro Señor Jesucristo, sin querer ofenderte…

No terminó la frase, se volvió a los viejos y las mujeres:

—¡Dejadnos solos! —dijo—. ¡Volveos a vuestras casas!

Todos se levantaron gruñendo. Los viejos echaron miradas hostiles al pasar por delante del Capetán Miguel y las mujeres juramentos en voz baja. Todas volvían la cabeza para no verle, pero la madre que estaba amamantando a su hijo no retrocedió. Se paró ante él:

—Y a nuestros hombres, ¿qué es lo que les ha ocurrido? —dijo mirándole a los ojos—. ¡Dios te castigará!

—¡Idos! —gritó el Capetán Elias—. ¡Basta de charla!

Cuando se quedaron solos, el Capetán Elias se puso de pie, apoyado en su bastón.

—Hace un momento me tendiste la mano —dijo—, y no la tomé porque has deshonrado tu nombre, Capetán Miguel.

—Tienes la suerte de ser más viejo que yo —respondió el Capetán Miguel—. Tienes la suerte de ser un héroe de 1821. No te digo más que una cosa: ¡no quiero que se me hable en ese tono!

—Yo tampoco te digo más que una cosa: ¡has deshonrado tu nombre, Capetán Miguel!

El Capetán Miguel se ahogaba de cólera, pero el otro era un decano, un resto de la revolución de 1821, un superviviente de Arcadi, no podía tocarle…

Se puso a pasear alrededor del plátano mordiéndose los bigotes como era su costumbre.

—¿Por qué abandonaste el monasterio esta noche? ¿No me respondes? ¿A dónde fuiste? Como si no supieses que los turcos te temían y que aprovecharían tu ausencia para atacar inmediatamente. Es evidente que lo supieron, los perros. No sé quién puede habérselo dicho, pero el caso es que el monasterio se perdió, ¡se perdió por tu culpa!

El Capetán Miguel tuvo la impresión de que sus sienes iban a estallar.

—No fue por mi culpa —murmuró.

—¿De quién es la culpa, entonces? —dijo el Capetán Elias apoyando la espalda en el tronco hueco del plátano—. ¿De quién es la culpa?

El Capetán Miguel callaba.

—¿A dónde fuiste? ¿Por qué te fuiste de allí? ¿No es tu culpa? ¿Entonces de quién es? —repetía el viejo.

El Capetán Miguel echaba chispas.

—No me preguntes nada, Capetán Elias —gruñó—. Eso es cuenta mía. Eso no interesa a nadie más.

—Eso interesa a tus antepasados y a los míos, a todos los que se han convertido en la tierra que pisamos. ¿Tú no eres cretense? ¿Tú no eres un solo cuerpo con la tierra de Creta? Entonces, ¿por qué me dices que eso no le interesa a nadie? ¿No tienes vergüenza?

El Capetán Miguel clavó las uñas en el tronco del plátano. Era la primera vez que alguien le hablaba de un modo tan atrevido y tan despectivo. Tenía la garganta oprimida y no podía contestar. El viejo podía tener razón, pero el Capetán Miguel no quería claudicar.

—Eso no le interesa a nadie —dijo con obstinación—. Eso no interesa a nadie más que a mí. ¡Adiós, Capetán Elias, quiero estar solo para reflexionar y juzgar!

—Según el juicio que hagas veremos lo que te queda de corazón, Capetán Miguel. ¡Vete y que las ansias y la maldición de Nuestro Señor Jesucristo te acompañen! No te digo más que una cosa, Capetán Miguel, y procura no olvidarla: ¡Creta todavía te necesita! Ya comprendes lo que quiero decir.

Eli Capetán Elias tuvo de pronto miedo de que el Capetán Miguel se quitase la vida y privase a Creta de uno de sus más sólidos pilares.

—Ya comprendo —respondió el otro, y, sin poner el pie en el estribo, saltó sobre la yegua.

En vez de ir derecho hacia Petroképhalo, como era su intención, echó a la izquierda, hacia el monte Selena. El sol se había puesto y la noche subía de la tierra con su cortejo de innumerables animalillos: grillos, ratones, caracoles y pájaros nocturnos. Un viento ligero descendía de la montaña y el Capetán Miguel descubrió su pecho abrasado para sentir su frescura.

—La culpa es de ella… de ella… ¡la miserable! —murmuró, Se detuvo. Se quitó el pañuelo de la cabeza, se secó la cara y respiró profundamente. Su mente se aclaraba, de pronto. Comprendía. Sabía a dónde iba y lo que quería. Sabía por qué se dirigía al monte Selena en vez de volver a Petrokephalo. El viejo Capetán Elias tenía razón. Tuvo ganas de volver atrás, junto al plátano, coger sus manos valerosas y besarlas. Así es como un hombre debe hablar a otro hombre, así, rudamente y brutalmente.

Un viejo todavía vigoroso pasó con su alforja al hombro y un largo bastón ganchudo. Se encontró de manos a boca con el Capetán Miguel, pero como estaba oscuro no le reconoció.

—¿Sabes la noticia, amigo? —le gritó—. El monasterio ha ardido.

—Sí, ha ardido… —respondió el Capetán Miguel espoleando a su yegua para no detenerse más.

—¡Maldito sea el culpable! —dijo el viejo blandiendo su bastón.

—¡Maldito sea! —repitió la voz del Capetán Miguel en la sombra.

La fina media lima se esfumó, desapareció y la estrella polar,

pastora del cielo, fué llevando delante de ella el rebaño de sus hermanas.

Pero el Capetán Miguel no miraba al cielo. Avizoraba el pie de la montaña, allá abajo, donde temblaban cinco o seis débiles lucecítas. Era Korakias.

La casa de su tía Kalio estaba a la entrada del pueblo. A aquella hora el pueblo dormía. Ella se levantaba siempre al cantar el gallo para acostarse al mismo tiempo que las gallinas. Se había casado en sus tiempos, había tenido hijos, nietos y bisnietos; ahora estaba seca, cheposa, sorda, pero sus ojos brillaban todavía y parecía que la muerte la hubiese olvidado.

El Capetán Miguel se apeó, se sentó en una piedra al borde del camino y se apretó la cabeza con las manos. Las palabras del Capetán Elias habían penetrado en su corazón como cuchilladas. "¡Has deshonrado tu nombre, Capetán Miguel!", se repetía para atreverse a tomar la decisión que maduraba en él. "¡Has deshonrado tu nombre, Capetán Miguel!" Sus dientes brillaban en la sombra. En el pueblo un perro empezó a aullar con voz plañidera como si sintiese la muerte rondando alrededor.

—No hay perro en casa de mi tía, nadie me oirá… nadie.. nadie… —murmuró, mientras pensaba en otra cosa.

Se levantó, miró en dirección al pueblo. Las luces iban apagándose poco a poco, ya sólo quedaban algunas encendidas. Las casas y las gentes se hundían en el sueño. Saltó sobre su yegua y se santiguó:

—Dios me conceda su gracia… —murmuró y se aventuró en el monte que conducía a Korakias.

La noche era profunda. Ató el caballo a la argolla de la vieja puerta y entró en el patio. Conocía bien el sitio. A la derecha, el lagar, los toneles de vino. A la izquierda, la cuadra para el mulo y el borriquillo de su difunto tío, y el establo para los bueyes. Pero ahora los animales ya no existían y las viñas habían sido repartidas entre los hijos y las hijas. El Capetán Miguel no distinguía en la sombra más que ruinas.

Avanzó, pasó la mano por encima de la portezuela y descorrió el cerrojo. Escuchó, reteniendo el aliento. Una respiración tranquila ascendía del diván. Se oyó un ligero crujido como si alguien se agitase en su sueño. El corazón del Capetán Miguel se estremeció. ¿Quién era?

Se acercó al diván a paso de lobo. La mano hundida en la faja apretaba el mango del cuchillo. Sus narices no percibían ningún perfume. "Debe ser la vieja", pensó y se sintió tranquilo. Inclinándose vió un mechón de pelo blanco esparcido por la almohada y una mejilla hundida y arrugada. Se retiró.

"Debe estar en el otro cuarto, en el cuarto bueno con el iconostasio", pensó y su corazón empezó a latir furiosamente. Empujó

la puerta. El cuarto estaba débilmente iluminado por una lamparilla encendida delante de una imagen de la Virgen muy antigua. Apenas se distinguían otras dos imágenes a los lados: el arcángel san Miguel y la mártir santa Katerina.

Se apoyó en el quicio de la puerta. Frente a él, en la vieja cama de hierro de su tía, distinguió bajo las sábanas un cuerpo acostado, vió los largos cabellos de ébano esparcidos por la almohada y respiró en el aire el perfume de almizcle.

Su vista se nubló. Respiró fuerte, jadeaba y no podía contener los latidos de su corazón. De un salto se encontró en medio de la habitación y desenvainó lentamente su cuchillo. Contuvo el aliento. Se alzó sobre la punta de los pies, se acercó con ligereza, alargó la mano izquierda, separó las sábanas y el pecho de la mujer apareció resplandeciente. Los ojos del Capetán Miguel brillaron súbitamente, pero su espíritu permaneció sombrío.

La durmiente dió un ligero suspiro y se movió un poco. Debía tener un hermoso sueño porque sonreía y sus labios murmuraban algunas palabras secretas.

El Capetán Miguel se inclinó. El acero brilló con fulgor salvaje a la débil luz de la lamparilla, luego, rasgando el aire, se abatió sobre el seno blanco y se hundió hasta el puño.

Emina dió un grito, abrió y cerró los ojos en un relámpago. Había reconocido al Capetán Miguel. Sorpresa, alegría, dolor, reproche centellearon en aquella breve y última mirada. “¡Oh!”, mugió él y todo su cuerpo fué sacudido por el dolor. Arrancó de un tirón seco el arma, con el deseo repentino de no dar la muerte. Pera ya era tarde, los ojos de Emina estaban vacíos.

XI

El abuelo está sentado bajo el viejo limonero del patio, con una pizarra sobre las rodillas y un pedazo de tiza en la mano. Por la puerta abierta vigila la montaña lejana, con aire preocupado. La atmósfera es húmeda, llena de gotas de rocío, el tiempo está brumoso.

La lluvia se dispone a caer sobre la tierra. Hace frío.

—Ya está ahí el invierno… —murmuró el viejo suspirando.

Pensaba en las mujeres y los niños echados de sus casas por los turcos y amontonados en las cavernas, sin pan, sin ropa y sin hombres para protegerles. Pensaba en Creta que se sublevaba de nuevo, tratando de romper las cadenas de la esclavitud y sin saber a dónde tender los brazos.

—Los francos, esos perros de francos no tienen corazón, la pobre Grecia no tiene fuerzas, los cretenses no son bastante numerosos, no tienen bastantes fusiles y todavía menos pan. ¿Cómo van a resistir en esas condiciones? Y he aquí que Dios se nos presenta con su invierno; luchando contra nosotros, al lado de los turcos… ¡Pobre Creta, todavía no has acabado de sufrir! —murmuró el viejo cerrando los ojos.

Creta entera se extendía bajo su frente, de una sien a otra, con sus montañas, sus llanuras, y sus ríos, con sus olivos, sus algarrobos y sus viñas, con sus pueblos, sus hijos y su sangre… ¡Cuántas revoluciones habría visto! ¡Cuántas veces habrían sido quemadas las casas, saqueadas las cosechas, violadas y torturadas las mujeres!

¡Cuántos hombres habrían muerto! Y sin embargo, Dios no quería volver su rostro hacia Creta. Él, el Capetán Sifakas, un solo hombre, una sola vida, había visto a Creta sublevarse siete veces, cubrirse de sangre y volver a caer bajo el yugo…

—La justicia, eso no existe sobre la tierra, la piedad tampoco. ¿Y Dios? ¿Existe? —gritaba el viejo, dando con el puño en la pizarra—. No nos escucha. ¡Está sordo, a fe mía, o es incapaz de piedad!

Pero en aquel momento, Thrassaki, su nieto, salió de la casa y la cara del abuelo se suavizó bruscamente, como si Dios le respondiese: “¡Todo acabará bien, no grites, viejo, ahí tienes a tu nieto!”

Thrassaki estaba bronceado por el sol; en unos meses, la vida de montaña le había hecho crecer y ponerse más fuerte. Se parecía cada

día más a su padre: ojos, cejas, boca, obstinación. Se acercó a su abuelo, cogió la pizarra, la miró y frunció las cejas.

—¿Todavía no has hecho tus letras? —dijo severamente.

Hacía un mes que se esforzaba en enseñarle el alfabeto. Se había apoderado del abuelo un vivo deseo de instruirse, a pesar de su vejez tan grande; quería por lo menos aprender a escribir su nombre. Tenía dentro de su cabeza otro proyecto, pero se lo ocultaba inclusive a su nieto. Necesitaba primero aprender el alfabeto. El viejo tenía dificultad para recordar las letras y su fuerte mano acostumbrada a manejar el hacha y el fusil, se plegaba mal al manejo de la tiza sobre la pizarra donde tenía que trazar los rasgos que le exigía su nieto. Bien fuese la tiza que se rompía o bien la pizarra que se agrietaba, Thrassaki rechinaba los dientes de cólera y el abuelo bajaba la cabeza.

—He estado haciendo muchas cosas, hijo mío, no he tenido tiempo… —murmuraba—, no me sermonees.

—¿Qué has tenido que hacer? Ayer te pasaste el día sentado delante de la puerta, te he visto bien, y cuando pasaba alguien le dabas conversación. Tenías la pizarra, pero no escribías nada. ¿Cómo quieres aprender a leer? ¡Al paso que vas no aprenderás nunca nada!

—Pero, hijo mío, no me sermonees, te he dicho. Me cuesta mucho trabajo, mi mano no obedece. ¿Qué quieres que te diga? Quiero ir hacia la derecha y mi mano se va hacia la izquierda, procuro no apretar, pero la tiza se rompe de todos modos… ¿Comprendes?

—Comprendo que no aprenderás nunca —repitió Thrassaki meneando la cabeza—. Vamos, dame la mano, yo te la guiaré. Coge la tiza.

Se oyeron pasos. El viejo levantó la cabeza contento de escapar así a los palotes y curvas. Pasó un forastero, pálido, jadeante, perdido dentro de un traje europeo que le estaba demasiado grande. Llevaba un paraguas muy viejo arreglado con cordeles.

—Buenos días, amigo —le gritó el viejo—. ¿A dónde vas tan agitado? Entra a descansar un poco y a beber un raki.

El forastero se detuvo y se apoyó en su paraguas, pero no dijo nada.

—¿A dónde vas? —volvió a preguntarle el viejo.

—Voy de paseo —respondió el otro.

—¿De paseo? —dijo el viejo sorprendido—. ¿Pero no estás oyendo las descargas, infeliz? ¿El mundo está cabeza abajo y tú vas de paseo? En vez de llevar paraguas más te valdría llevar un fusil. ¿Tú no eres cretense?

—Sí, soy cretense.

—Entonces, ¿qué esperas? Suelta ese paraguas.

El pasajero miró interrogante al cielo nublado.

—Va a llover —dijo apretando fuertemente el mango de su paraguas.

Mientras tanto, Thrassaki observaba al hombre y le parecía reconocerle. De pronto exclamó:

—¿Pero tú no eres el seor Dimitros? ¿Seor Dimitros Pitzokolos… nuestro vecino? ¡A la pobre madama Penélope bien le has quemado la sangre!

—¿Dónde está? ¿Dónde? —dijo el otro, desconcertado.

—¿Qué sé yo? Me imagino que anda por todos los pueblos buscándote…

Gruesas gotas empezaron a caer. Dimitros abrió su paraguas y echó a andar.

—Espera un poco, hombre, ven a beber un raki, te he dicho —gritó el abuelo—. A dónde vas a ir lloviendo.

—Llevo paraguas —respondió Dimitros sin volverse, y des apareció.

—¿Qué le pasa? ¿Quién le persigue? —preguntó Thrassaki.

—Su mujer —dijo el centenario y se echó a reír—. Se conoce que no podía más, el desgraciado, y se ha ido a esconder en la montaña.

Bertoldo, envuelto en su capa, salió de la casa con la guitarra bajo el brazo. Había desayunado un cantero de pan de cebada mojado en salsa de vinagre, y un gran trozo de queso, con un vaso de vino. Reconfortado, con más brillo en la mirada, salió al patio a tomar el aire.

Ya estaba harto de estar siempre en la casa encerrado con las mujeres y los niños. Les tocaba la guitarra para distraerlos e impedirles pensar constantemente en los hombres que hacían la guerra a los turcos en la montaña. A veces, cuando venía de allí el viento, se oían claramente las descargas y las mujeres subían a las terrazas para oírlas. En su soledad, no tenían más que un consuelo: aquel pobre Bertoldo. Tocaba la guitarra, cantaba las canciones serenas y simples de su país y las almas de todos se aquietaban un poco.

—¡Que Dios te proteja, querido Bertoldo! —le había dicho el día antes una recién casada, Christinio, la hija del pope—. ¡Una canción es como un hombre: consuela a las pobres mujeres!

El buen viejo se enorgulleció. “La canción es como un hombre y yo, imbécil, no me había dado cuenta. Podía yo haber tenido una mujer y unos hijos, y llegar a ser alguien.”

—¿Cómo es eso? —preguntó a la joven casada, para arrancarle alguna otra frase agradable.

—¡Eh!, no sé cómo explicarte, Bertoldo —respondió ella riendo maliciosamente—. Eso es una cosa que sólo las mujeres comprenden

y, por tu bien te aconsejo que no quieras saber más.

Se acercó al abuelo, su carilla menuda sonreía ligeramente burlona.

—¿Hemos pasado del alfa, abuelo? ¿Estamos ya en beta? ¡Oh, qué difícil es!

—Pido a Dios, Thrassaki —dijo el abuelo mirando a su nieto—, pido a Dios que no te dejes enganchar por este hombrecillo. Si se pone a enseñarte a tocar la guitarra harás el ridículo. Eso es bueno para las cantantes.

Bertoldo se quedó desconcertado y no dijo nada. No había nada que contestar. Días antes había osado contradecir al abuelo. Entonces, éste, cogiéndole con una sola mano le había sentado en una piedra que sobrepasaba la tapia, donde habitualmente colocaban una planta de albahaca. Bertoldo había empezado a gritar, las mujeres se reían y al fin trajeron una escalera para poder bajarle de allí. Así que esta vez se quedó calladito y se sentó un poco más lejos con su guitarra a la espalda.

—Ven aquí que te enseñe a tirar, Thrassaki —dijo el abuelo—. Eso por lo menos es un juego de hombres. Trae la carabina.

Thrassaki la había traído ya y puesto detrás de la puerta.

—Aquí está —dijo—. Ayer pasé todo el día limpiándola. Antes de cargarla la he engrasado y lustrado. Brilla, eh.

—¡Bendito seas! Tú valdrás todavía más que tu padre. ¿Por qué me miras con esos ojos? Así tiene que ser. ¡Ay del hijo que no valga más que su padre! El mundo se perdería a ese paso.

Puso la mano en la cabeza de su nieto:

—¡Sobrepásanos a todos, Thrassaki! —dijo—. Nosotros, los cretenses, no somos como los otros hombres, no lo olvides. Nosotros tenemos siempre dos preocupaciones a la vez. En el resto del mundo, si se es pastor, no se tiene que hacer más que cuidar de los corderos, si se es labrador pensar en los bueyes, en la lluvia, en el campo… los negociantes, en sus negocios. Pero un cretense tiene que pensar en Creta, además.

“Sí, un cretense tiene que pensar en Creta, además, se repetía. Ésa es la gran preocupación. ¡Los corderos, las cosechas, los negocios, ella los manda al diablo, la desdichada! Y tiene razón. Por mi alma, que pronto entregaré a Dios, juro que lo merece. ¿Qué digo? Merece mucho más, puesto que le rogamos que acepte nuestra vida también. Y cuando la acepta se queda uno contento. ¡Te digo que es una gran preocupación, no lo olvides! ¡Las guitarras, los Bertoldos, las cancioncitas, los pantalones a la europea y los bigotes afeitados, que nos dejen en paz, eso es lo que yo digo! Nosotros aquí, tenemos a Creta y con eso nos basta. Y cuando yo quiera aprender —yo

aprenderé, ¡tengo mi idea!— ya te diré lo que es.”

Puso la carabina sobre sus rodillas y la acarició como si fuese algo vivo y muy querido.

—Ésta es mi vieja amiga —dijo y empezó a cargarla amorosamente y con precaución.

Cuando hubo terminado, se volvió a su nieto que estaba de rodillas, a su lado, mirándole.

—Anda, apunta ahora —dijo Thrassaki—. Mira, al cuervo que está posado en lo alto del algarrobo. ¿Lo ves? Anda, échale abajo. —El viejo apoyó la carabina en su hombro y apuntó… Bertoldo cerró los ojos y se tapó las orejas. Se oyó un estampido sordo, el rectángulo: de la puerta se llenó de humo y el cuervo se derrumbó por entre las hojas del algarrobo.

Thrassaki saltó de alegría:

—¡Bravo, abuelo! —gritó.

Corrió a recoger el pájaro muerto y se lo echó a Bertoldo a los pies, para asustarle.

El pobre conde se estremeció, cogió su guitarra, refunfuñando, y se fué adentro, con las mujeres.

En la espaciosa casa del abuelo se habían reunido sus nietos y sus nueras y, desde el día antes, las familias de dos vecinos del Capetán Miguel: Mastrapas el vendedor de esquilas y el gordo Krassogeorgis. Los turcos habían invadido su pueblo. Volviendo a cargar mujeres, niños y bultos en los mulos, habían vuelto a echar a andar, camino adelante. ¿A dónde ir? ¿Dónde encontrar un refugio? Se acordaron del padre del Capetán Miguel, el Capetán Sifakas. “Su casa es una fortaleza inexpugnable. El, un verdadero señor; no nos rechazará. Ahí es donde tenemos que ir.” Y así fué como, el día antes, aparecieron en la puerta del patio. Krassogeorgis, siempre hábil en cumplidos, se puso la mano en el pecho y saludó al abuelo que salió a recibirlos.

—¡Vieja águila real! —le dijo—, yo y Mastrapas, el vendedor de esquilas, somos vecinos de tu hijo el Capetán Miguel. Perseguidos por los turcos hemos venido a refugiarnos bajo tus alas. ¡Vieja águila real, no nos rechaces!

El abuelo que no era amigo de adulaciones, pero sí de cumplidos, se echó a reír.

—¡Mis alas son anchas! —dijo—. ¡Entrad!

Bertoldo también salió al patio y saludó a los recién llegados con cortesía.

—¡Salud te deseo, Capetán Sifakas! —dijo Mastrapas—. Tienes razón cuando dicen que tu casa es un monasterio.

Pero el viejo levantó su mano:

—¡Sed bienvenidos! —dijo—, pero con una condición. Vosotros

sois aptos para coger el fusil, los dos, así que armaos y andad a reuniros con los otros hombres. Yo de desertores y cobardes no me ocupo. Por las mujeres y los niños, quedad tranquilos, yo tomo la responsabilidad —sonrió—. No miréis a seor Bertoldo; él es algo así como una mujer o como un ruño.

Todos se echaron a reír, pero Krassogeorgis y Mastrapas hicieron muecas.

—Nosotros no tenemos costumbre de hacer la guerra, Capetán Sifakas —se atrevió a decir Krassogeorgis—. Si vamos allá estamos fritos.

—¿Y eso? —dijo el abuelo—. ¿Si no vais allá no estaréis fritos un día u otro?

—Cuanto más tarde mejor, Capetán.

—¡Que la peste te lleve!

Krassogeorgis se encogió de miedo.

—Bueno, no te enfades, Capetán Sifakas, iremos y que sea lo que Dios quiera.

Descargaron los mulos y las mujeres de la familia vinieron a ayudar a los recién llegados. Todo fué colocado en la larga galería, la cocina de los refugiados se instaló en un rincón del patio y las cosas se organizaron. Por la noche todo el mundo comió alrededor de la gran mesa, pero al día siguiente, temprano, el abuelo exhumó dos fusiles de detrás de las tinajas, dió uno a Krassogeorgis, otro a Mastrapas y condujo a los dos hombres hasta la salida del pueblo. Allí se los confió a su viejo pastor Haridimos.

—¡Hasta la vista! Haridimos, llévales a la cañada donde el Capetán Miguel tiene su campamento. Id por el sendero. Ten cuidado que estos son novicios, los infelices, no vayas a mandarlos a un pueblo turco.

Se volvió a los dos reclutas y les tendió la mano:

—Id y que Dios os proteja —dijo—. ¡Al trabajo! Sois afortunados. Yo me ocuparé de vuestras familias. ¡Saludad a las montañas de mi parte!

Thrassaki tenía ahora la compañía de sus dos amigos íntimos, Manolios y Andrikos.

—Ya lo sabéis, muchachos, aquí no se bromea. No es ni con Palomino, ni con Alameda con quien tenemos que habérnoslas. Ahora se trata de turcos, se trata de ver quién es el que se zampa al otro.

—No tenemos miedo —dijo Andrikos.

—¿Vosotros sabéis tirar con honda? ¿Sabéis cargar un fusil? ¿Sabéis apuntar?

—Ya aprenderemos —dijo Manolios.

—Yo os enseñaré y os pondré en mi batallón. Yo soy el capetán. Cuando hayáis aprendido a tirar, os haré prestar juramento. Por ahora

no es necesario.

Desde el día siguiente los chicos empezaron su entrenamiento. Para empezar, Thrassaki les había cortado y preparado una varita a cada uno.

—El A B C es esto —les dijo—. Aprender a pegar. Todo es cuestión de costumbre. En cuanto se está acostumbrado a pegar se pega. Así que acostumbraos.

Su abuelo le había dicho todo esto un día y él había apreciado su consejo. Ahora hacía participar de él a sus amigos.

Aprendieron rápidamente el ABC y empezaron a servirse de la honda. Thrassaki estaba orgulloso. Les llevaba regularmente al asalto. El iba a la cabeza, con la carabina de su abuelo. Detrás de él venían sus dos primeros palikaros, Manolios y Andrikos, armados de una honda. Por último, cinco o seis golfillos del pueblo, con palos cortados en forma de sable. Iban a atacar a los turcos, decían. En realidad, los turcos eran los grandes cardos que crecían al borde de los campos y al pie de la montaña. Por la tarde volvían trayendo al cuello un cordel en el que estaban ensartadas las cabezas de cardos que habían derribado. Algunas veces, Thrassaki volvía con un cuervo. Le había matado a tiros y decía que era el pachá.

El abuelo se quedaba largos ratos a la puerta con su nieto enseñándole a cargar el fusil, a apoyarlo en el hombro y tirar. Ahora le hablaba de la Gran Revolución y del heroísmo de sus antepasados.

—El mayor enemigo —le decía—, no es el turco, es el miedo. Cuando yo fui a la guerra por primera vez, joven e inexperto, ¿por qué ocultarlo?, tenía miedo. Pero poco a poco fui comprendiendo.

—¿Qué es lo que comprendiste, abuelo? —preguntó Thrassaki, que apoyado en las rodillas del viejo escuchaba ávidamente.

—Comprendí que cuando se tiene miedo de algo, bien sea un león, bien sea un hombre o un espejismo, hay que echarse sobre ello de cabeza. En seguida el miedo se va. Te deja y va a pegarse al otro. El miedo se pega al hombre o a la fiera o al espejismo y le hace largarse. ¡Ahí está todo el secreto!

Y mientras el abuelo y el nieto hablaban, se oyó un ruido de guijarros rodando y un grupo de unos diez hombres a lomos de unos mulos, apareció bajando rápidamente la ladera de la montaña. El abuelo se levantó. Puso la mano a la altura de sus cejas. El sol caía ya, la atmósfera era brumosa, no pudo distinguir nada. El viejo Mavrudis, el pregonero del pueblo, pasaba.

—¿Cómo te va, Capetán Pregonero? —el abuelo le llamaba así—. ¿Quiénes son los que bajan por allá?

—Parece ser que el barco del Capetán Stefanis ha atracado al puerto de Santa Pelagia, lleno de municiones y de víveres…

El abuelo se santiguó.

—¡Desdichada Grecia!, tienes hambre, pero te quitas el pan de la boca y nos lo das… ¿Entonces?

—Entonces, algunos palikaros de la tropa de tu hijo van con mulos para recoger el tesoro… Míralos, ahí están. Recíbelos bien.

—¡Bienvenidos sean! —dijo el abuelo, abriendo las dos hojas de la puerta.

Los jinetes aparecieron. Ventusos, muy orgulloso, iba el primero. “Tú no eres bueno para la guerra, le había dicho el Capetán Miguel, pero eres astuto como un zorro y tienes buenas piernas. Te nombro mensajero del batallón.” Y ahora, a la cabeza de diez hombres, iba a descargar el barco de Stefanis.

—¡Salud, Capetán Sifakas! —dijo Ventusos bajando de su cabalgadura—. Si no te molesta, pasaremos la noche aquí en tu casa y mañana por la mañana temprano, si Dios quiere, iremos hacia el mar.

—¡Sed bienvenidos, hijos míos!, comed, bebed, vosotros sois trabajadores —respondió el abuelo dando la mano a los recién llegados.

Negros de pólvora, flacos por las privaciones, los palikaros entraron en el gran patio. Impacientes por pedir noticias de sus maridos, las mujeres acudieron, encendieron fuego, prepararon el caldero y pusieron la mesa. Era ya de noche. Las lámparas encendidas iluminaban los rostros rudos y graves de los palikaros alrededor de la abundante comida. Comieron como fieras, bebieron como búfalos, sus mandíbulas trituraban y el aire estaba saturado de su acre olor a hombres. De pie a su alrededor, las mujeres contenían el aliento y servían con atención a los impetuosos convidados. El abuelo no decía nada, él también los miraba con admiración.

Cuando los guerreros hubieron comido, bebido y hecho la señal de la cruz:

—Ahora, id a acostaros —les dijo—, echaos sobre los colchones, pobres ¡mártires. ¡Ah, cuánto quisiera tener vuestra edad para sufrir lo que vosotros sufrís! Ya veis en lo que me he convertido, hijos míos. Todas las noches duermo sobre un colchón; por la mañana, al mediodía y por la noche, como y bebo como un holgazán. Yo no tiro un tiro y nadie me acecha para matarme. Ni a mi peor enemigo le deseo llegar a esto.

—¡Que Dios nos haga dignos de llegar a ello a nosotros también, Capetán Sifakas! —dijo Ventusos.

—Tú eres el jefe, Ventusos, irás a acostarte el último, aunque tengas sueño. Tenemos que hablar nosotros dos.

—¡A tus órdenes, Capetán Sifakas! —respondió Ventusos conteniendo un bostezo—. El grado que me has dado esta noche hay

que pagarlo.

Los palikaros se acostaron sin desnudarse ni quitarse las armas. Las mujeres apenas habían acabado de quitar la mesa cuando ya se oían sus ronquidos.

El frío era intenso aquella noche. Las mujeres trajeron leña y encendieron fuego en la chimenea. El abuelo y el tocador de lira se sentaron ante él para calentarse.

El viejo miraba fijamente las llamas y no decía nada. Pero la inquietud de sus cejas indicaba que un pensamiento irritante pasaba y repasaba por su mente. Al fin no pudo contenerse.

—Tengo que preguntarte una cosa, Ventusos —dijo bajando la voz—. Una cosa que me atormenta el corazón. Pero tienes que decirme todo lo que sepas, porque yo, a los cien años, no puedo oír mentiras.

Ventusos se preguntaba con inquietud qué sería lo que quería saber el viejo.

—Yo te diré la verdad, Capetán Sifakas —dijo al fin—. Toda la verdad.

El abuelo bajó la voz un poco más:

—¿Por qué el Capetán Miguel se fué aquella noche? El monasterio ardió por su culpa.

Ventusos atizó el fuego y volvió a acurrucarse en el banco.

—¡Deja el fuego! —dijo el abuelo cogiéndole por el brazo—. ¿A dónde fué?

Ventusos vacilaba. Si desataba su lengua, se vería obligado a decirlo todo, absolutamente todo, y tenía miedo.

—Capetán Sifakas —dijo—, el secreto no es mío…

—¡Habla! —dijo el viejo, apretándole el brazo y sacudiéndole—. Habla y no le des vueltas. ¿Por qué se fué? Me ha deshonrado. Por eso no se atreve a mirarme a la cara. Tiene miedo de que le pida cuentas. Palabra, me dan ganas de coger el sendero… trepar hasta su cueva, llamar a todos sus hombres y acusarle delante de ellos. Y si tú no me respondes esta noche, Ventusos, lo juro por este fuego, mañana mismo voy para allá. ¡Y después que venga a dárselas de capetán si tiene cara dura!

Era capaz de hacer lo que decía aquel viejo roble. Ventusos tuvo miedo.

—No te enfades, viejo Sifakas. Yo te lo diré todo, ten paciencia.

—Tengo paciencia. Te estoy escuchando.

—Tú ya sabes que Nuri Bey tenía una circasiana…

—¡Ah! —dijo el abuelo dándose con el puño en el pecho—. ¡Ah, qué vergüenza! ¡Hay una mujer de por medio!

—¡Sí!, una mujer —dijo Ventusos, decidido a revelarlo todo—. ¿No es la verdad lo que quieres?

—¡Sí! Quiero la verdad, pero habla más bajo, el sueño tiene orejas y no deben oírnos. ¿Qué más?

—Se llamaba Emina. El Capetán Miguel la vió en casa de Nuri y perdió la cabeza. Algún tiempo después, el día del terremoto, el Capetán Polyxinguis la vió y perdió la cabeza él también. Y allá voy y allá vengo, no se despegaba del barrio de Nuri; había perdido la cabeza, ya te lo he dicho. A fuerza de ir y venir, y a fuerza de suspirar, consiguió entrar en la casa de Emina y luego en su cama y el muy chiflado decidió casarse con ella. Quería convertirla… El bautismo y la boda debían ser el mismo día, mañana, día de la Exaltación de la Santa Cruz…

—Continúa… Continúa… Hasta ahora me pregunto qué tenía que hacer mi hijo en esa vergonzosa historia de Polyxinguis. No lo comprendo.

—En seguida lo comprenderás. Que Dios me perdone, pero creo que la belleza de la circasiana había hecho mayor efecto en el Capetán Miguel que en Polyxinguis. ¡Ah, qué puerca! Brilla, sol para que yo brille… sí, era hermosa hasta ese extremo.

—¡Continúa, acaba! Deja los floreos a un lado, músico. ¿Por qué abandonó su puesto? Eso es lo que te pregunto.

—Yo fui quien le dió la noticia la noche en que ardió el monasterio. “La familia de Nuri ha invadido Kasteli y ha raptado a la circasiana”, le dije. Entonces, saltó sobre su yegua y se fué. Unos diez hombres echaron a correr detrás de él por no dejarle solo. Al amanecer alcanzamos a los turcos, exactamente delante de Candía, en el monte Malo y tu hijo se arrojó sobre ellos rugiendo como un león. Capetán Sifakas, ,yo no he visto jamás un valor semejante, puedes estar orgulloso de ser padre de un hijo como él… Los turcos perdieron la serenidad, dejaron a la mujer y desaparecieron.

—¡Ah! —gimió el abuelo tapándose la cara con las manos—, ¡ha sido por eso! ¡Ha sido por una mujer por lo que ha abandonado su puesto, el miserable! Se ha deshonrado y me ha deshonrado. ¡Vale pena de ser valiente para eso!

—Tu hijo ni siquiera se volvió a mirarla… Capetán Sifakas, no te precipites. T§ lo juro por las cenizas de mi padre, ni siquiera se volvió para ver a la circasiana. “Ventusos”, me dijo, “llévate esta mujer a casa de mi tía, en las Korakias. Que se ocupe de ella hasta nueva orden.”

Se calló, miró el fuego y añadió:

—Lo que pasó después ya lo sabes, viejo Sifakas —dijo.

Pero el viejo no respondió. Su cara se había puesto blanca como la cera.

—Una mañana la encontraron muerta, con una cuchillada en el

corazón… —murmuró Ventusos.

El abuelo alargó el brazo, cogió la cantimplora de vino que estaba sobre la mesa, la llevó a sus labios y bebió. Su corazón recobró fuerzas.

—¿Quién la mató? —preguntó muy bajo, y su voz parecía salir de una caverna profunda.

Ventusos bajó la cabeza. ¿Se lo decía o no se lo decía? Él tenía opinión formada sobre ello.

—Debió matarse ella misma, cogió un cuchillo… Eso es lo que dicen…

—No te ocupes de lo que dicen. ¿Qué es lo que tú crees? ¿Quién la mató?

Ventusos levantó la cabeza:

—¡Ah, me pones el puñal al pecho, viejo Sifakas. En fin, escucha: fué tu hijo —dijo con tono terminante—. Tu hijo, Capetán Sifakas.

—¿Por qué?

Una vez dicho todo Ventusos se sintió más ligero. Ahora ya no tenía nada que ocultar.

—Porque estaba celoso —respondió.

El viejo se inclinó, echó un pedazo de leña al fuego y se perdió en sus pensamientos.

—¡Hizo bien! —dijo por fin—. Empezó mal, pero terminó bien. ¡Ese gusano le roía, hizo bien!

—¿No piensas en el pecado, Capetán Sifakas?

—No ha cometido más que un pecado, uno sólo: haber abandonado su puesto. Pero bien lo ha pagado y seguirá pagándolo. Algún día se verá libre de ello, tengo confianza en mi sangre.

—La mujer no tenía la culpa.

—¿Tú también piensas en la mujer? Es en Creta en quien debes pensar, músico. Pero ahora ve a acostarte y punto en boca, ¿has comprendido? Si la cosa se deja traslucir los dos capetanes se matarán y no es eso lo que conviene a Creta. Buenas noches, vete a dormir. Yo seguiré todavía un rato junto al fuego.

El alba encontró al abuelo junto a la chimenea. Se había apagado el fuego y el viejo se había dormido con la cabeza caída sobre el pecho. Ventusos y su horda de lobos ya había partido después de devorar unas cuantas galletas de cebada y beber unos vasos de vino. Se apresuraron a ir a descargar el barco. Cuando el abuelo abrió los ojos no había nadie en la casa y sólo el olor de sus cigarrillos y sus alientos avinados flotaban en el aire.

Hacia el mediodía, en el momento en que las mujeres sacaban los platos del horno, y el abuelo habiendo logrado trazar en su pizarra las

tres primeras letras del alfabeto, se las enseñaba con orgullo a su nieto, un joven forastero apareció en el umbral de la puerta, con su fustanela, sus polainas, sus tsaruks[48] y su fez de larga borla.

Llevaba el fusil en bandolera y los cartuchos cruzados sobre su ancho pecho. Se detuvo en el umbral un instante.

"¡Un evzón! ¡Un evzón!", gritaron las mujeres asustadas y encantadas a un tiempo. El abuelo levantó los ojos.

—¡Buenos días, griego! ¡Entra, águila imperial!

El evzón separó sus largas y hermosas piernas y cruzó el umbral. Las mujeres se enardecieron y se acercaron para admirar la gracia y la fuerza de su cuerpo.

—¡Su madre puede estar orgullosa de él! —murmuró una de las mujeres—. ¡Es como un cretense!

El joven se detuvo ante el abuelo y saludó:

—¿Eres el viejo Capetán Sifakas? —preguntó.

—El mismo. En otros tiempos fui Capetán. Ahora no soy más que el viejo Sifakas. ¿Qué buen viento te trae a este modesto hogar?

—Vengo del barco del Capetán Stefanis, me llamo Mitros y soy rumeliota. He sabido que Creta estaba en guerra y he venido para ayudarla. En Syra, un hombre vestido a la europea me dijo que era nieto tuyo y me dió esta carta para ti. Me encargó que te la entregase personalmente.

El abuelo cogió la carta. La miró, pasó la mano por ella, se sentía muy feliz; era su nieto preferido: el chico mayor de su primer hijo, Kostaros. Era el primero que había hecho saltar sobre sus rodillas, el primero que le había llamado abuelo.

—Te deseo mucha salud por el trabajo que te has tomado —dijo y guardó la carta en su pecho.

Miró a Thrassaki sonriendo:

—Se la daré a leer a otro de mis nietos, muy instruido —dijo—. Pero más tarde. Ahora, mujeres, poned la mesa, tenemos un invitado de calidad, un verdadero griego, con fustanela. Traedle la silla tallada.

Le trajeron una silla vieja cuyo respaldo representaba un águila imperial de dos cabezas. El abuelo estaba de pie en medio del patio con la cara resplandeciente. Exultaba, como si recibiese en su casa a un invitado particularmente querido: Grecia.

Si hubiera sido de noche habría mandado encender todas las lámparas de la casa y antorchas de pino para darle la bienvenida. Pero era mediodía y el sol cretense suspendido sobre la cabeza rubia del rumeliota, acariciaba la chaqueta bordada, el cinturón de cuero con las pistolas y las medias blancas bien tirantes … El rumeliota no quería sentarse. Permanecía de pie admirando la blanca y vigorosa vejez del abuelo. "Dios mío qué viejo es, pensaba, parece inmortal."

—Abuelo —dijo, tomando la mano del viejo—, he oído decir que has vivido como una gran encina, que has conocido tempestades, que has sufrido y has sido feliz, que has hecho la guerra y trabajado durante cien años. ¿Cómo has encontrado la vida, abuelo, durante estos cien años?

—Como un vaso de agua fresca, hijo mío —respondió el viejo.

—¿Y todavía tienes sed, abuelo?

El viejo levantó el brazo muy alto y la manga ancha de su camisa cayó dejando ver su brazo esquelético.

—¡Maldito sea —dijo con una voz profunda como si se maldijese a sí mismo—, maldito sea el que deje de tener sed!

Callaron un instante. El joven contemplaba la vejez y el viejo contemplaba la juventud. Thrassaki que estaba junto a ellos, les contemplaba a los dos. Alrededor, las mujeres escuchaban con las manos reposando sobre el vientre.

Al fin el abuelo habló:

—¿Y qué noticias nos traes de por allá, muchacho? —preguntó señalando al norte en el cielo—. Vosotros no tenéis turcos, tenéis mucha suerte.

Suspiró y se sentó en el banco; el evzón se sentó en la silla tallada y Thrassaki, junto a su abuelo, no se cansaba de mirarle.

—No tenemos turcos —respondió Dimitros—, pero tenemos kodjabachis, gendarmes y diputados. Dejemos eso, abuelo, no insistamos.

Las mujeres acababan de abrir el horno. El olor del pan caliente llenaba el patio y el rumeliota casi se desvanece. No había comido nada desde el amanecer. Echó una mirada rápida a los panes de avena calientes. El viejo se dió cuenta y se echó a reir.

—¡De prisa, mujeres, si no nos caemos muertos! ¡Traednos pan caliente, queso y un jarro de vino para reconfortarnos!

Miró a su alrededor, la troje, la cisterna, la puerta de entrada, el lagar, luego miró al rumeliota y volvió a reírse.

—¿Sabes por qué me río, muchacho? —dijo—. La verdad es que cuando el hombre envejece su memoria es un cementerio, pero de pronto las losas se levantan y los muertos salen afuera… Mira, en este momento, tu fustanela en mi patio, me recuerda una cosa… Era en 1866. En esa silla en que estás sentado, en este mismo lugar, estaba sentado el llorado Capetán Liapis, con su fustanela él también. Mi difunta mujer y mi suegra. Malamo, una mujer de mucho mérito, sacaban el pan del horno. Era en esta misma época del año, en el otoño, por san Jorge el Embriagador. En el pueblo ya se probaba el vino, se abrían los toneles de la nueva vendimia. En esto, he aquí que aparece el llorado Kastanias, un mocetón parecido a los griegos

antiguos, que reventaba a los caballos en las carreras. Con él venía también Surmelis, el célebre capitán del piróscafo desaparecido *Seidam Mandeli*. Entonces, yo dije a mi hijo mayor, mi llorado Kostaros: "Tráenos un tonelito de vino, agárralo *con* tus manazas y tráenoslo aquí al patio, vamos a vaciarlo." Y cuando estaba diciendo esto, aparece el llorado Hirogeorgis, el pastor, que bajaba de la montaña con un cordero degollado al hombro y detrás de él su difunta mujer, Angélica la de los ojos negros, con un queso en cada mano. "Aquí están los mezzés"[49], venían gritando los dos *y* riéndose a carcajadas. El llorado maestro, Menelao Kaimaklis, que en paz descanse, pasaba por la calle. Oyó las risas, dió un golpe en la puerta y entró. "Buenos días, maestro, gritaron todos, los pobres. Siéntate y escribe. Mientras tanto, nosotros comeremos y beberemos. —Al diablo el oficio de maestro, responde él, yo voy a comer y beber con vosotros y voy a buscar al viejo Maliaros, el coplero, para que nos improvise canciones." Salió y trajo en seguida al difunto Maliaros con su lira y al llorado Andrulis Sfakianakis con su cornamusa; trajo también al difunto Fumaras. Éste, cuando abría la boca para cantar, las piedras se partían. ¡Ah, los pobres!, qué no cabría en sus manos y en sus gaznates.

"Yo me levanté, cogí el tubo de goma con que llenaba las cubas, lo enchufé a la espita del tonel. «¡Vamos a ver, valientes!, grité, nosotros no necesitamos vasos, ¿no es cierto? ¿Beben en vaso los terneros? Vamos a beber uno por uno del tonel. ¡Ven tú el primero, Capetán Liapis, tú eres el más viejo!» No necesité decirlo dos veces. Agarró el tubo y se puso a sorber. El tonel hacía gluglú como un narguile. ¡Bebía, bebía, bebía!… Uno se decía: «A ese paso va a vaciar la cuba.» Costó trabajo arrancarle el tubo de la boca. Y luego, todos fueron bebiendo cada uno a su vez. Hasta que al fin me llegó el turno, ¡gracias a Dios! ¡Ah, Señor, qué fiesta! ¡Ah, los pobres, cómo comían, cómo bebían, cómo se llenaban las manos de queso fresco! El cordero, entre tanto, se había asado y el difunto Liapis volvió a pegarse al tonel… «¡Buen apetito, pequeños míos!», oímos a través de la puerta. Era el difunto pope Nectaris con el higumeno de Nuestra Señora de los Mirtos, actualmente ya muertos los dos. Estaban borrachos y empezaron a saltar, a bailar y a cantar el oficio de difuntos, en medio del patio, con unos bríos atronadores. Y diciendo: «El momento de la separación última es llegado», se arrojaron sobre el tubo de goma y el tonel volvió a arrullar. Cuando acabaron de despacharse, no quedaba más que los posos… ¡Oh, los pobres, qué risas, qué canciones, cómo se burlaban de la Muerte, cómo pegaban en la tierra con los pies! Gritaban: «¡Dale, dale a la tierra, llegará un día en que nos tragará!» y le daban con las anchas plantas de sus pies, unos con botas, otros descalzos. Se habían remangado las bragas. ¡Dios mío, qué

pantorrillas, qué rodillas, qué pelos de puerco!”

El abuelo se calló. Se tiró de las barbas y se quedó pensando. Sus ojos de pronto se llenaron de languidez, volvía a ver todo su pasado. El evzón se había estremecido oyendo al viejo cretense.

Creía oír los pies de los desaparecidos, golpeando la tierra, veía sus pantorrillas velludas, tenía miedo. Las mujeres se habían detenido en sus quehaceres para escuchar y Thrassaki, lleno de alegría, zapateaba con sus pequeños pies. Él también desafiaba a la Muerte, riendo. Sólo el pobre Bertoldo, que había salido para admirar al evzón, había vuelto a esconderse en la casa en cuanto los muertos hicieron su aparición.

El abuelo volvió a hablar, con los ojos húmedos.

—Empecé por broma —dijo— y luego, el pensar en todos esos muertos, me na trastornado. No, no me ha trastornado, me ha enfurecido. ¡Eso no es justo! ¡No, Dios lo ha hecho todo bien, pero eso, que me perdone, no, eso no lo ha hecho bien! Hay hombres que no debían morir jamás. Las montañas no mueren. Es lo mismo. ¡Hombres que estarían de pie sobre la tierra y que sostendrían el cielo! ¡No, no, yo también te pisoteo, tierra maldita! ¡Puedes devorar a los idiotas, a los poltrones, a los decrépitos, a los fracasados, puedes devorarlos hasta hartarte, pero al Capetán Liapis, a Kastanias, al higumeno de Nuestra Señora de los Mirtos y a mi hijo mayor, Kostaros!…

El abuelo golpeaba la tierra con los pies mientras hablaba y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Eh!, abuelo, la mesa está puesta y el evzón tiene hambre… —dijo Thrassaki.

El abuelo miró a su nieto, sintió las frescas manos sobre su piel y se calmó.

—Perdonadme, hijos míos —dijo—. Me puse a pensar en todos esos desaparecidos y me trastorné… Pero nosotros todavía estamos vivos, ¿no es cierto? Entonces, vamos rumbo a la mesa.

Diciendo esto, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, puso la mesa baja entre él y el rumeliota y a Thrassaki le hizo sentar a su lado.

—¡Bienvenido seas, compatriota, que siempre nos reunamos en la alegría! —y le llenó su escudilla.

Ventusos y su séquito se acercaban a la playa. El aire marino empezaba a agitar las puntas de los pañuelos que llevaban a la cabeza. No cabían en sí de alegría pensando que iban a descargar el barco, a coger los fusiles y a cargar en los mulos las provisiones destinadas a alimentar la revolución. Grecia se lo enviaba para ellos, pero ¿habría sido tan agradable el regalo si lo hubiesen recibido tranquilamente y

repartido con sensatez y equidad? Era igual que para las mujeres. ¿Qué encanto tendría el matrimonio si no fuese por el rapto? Las familias de acuerdo, la novia peinada y arreglada, la mesa del festín puesta. Pero la carne que no es robada ¿tiene gusto? El novio se abalanza en su caballo, coge al vuelo a la novia que hace ademán de resistirse, la sienta en la silla y sale como una flecha hacia su casa tirando tiros al aire.

El barco corsario del Capetán Stefanis, el *Miaulis*, había logrado engañar, entre la sombra, a los barcos observadores turcos, romper el sitio y deslizarse por entre las enormes rocas del puertecito desolado de Santa Pelagia.

El mar era una balsa de aceite, los campesinos de las aldeas próximas no se habían dado cuenta de que un barco había abordado a sus costas y el Capetán Stefanis tuvo tiempo de desembarcar intactos los bienes que transportaba y depositarlos en las rocas.

Aquel día brillaba un sol suave, un sol de otoño; las gaviotas revoloteaban sobre el barco, se posaban en las piedras y miraban. El Capetán Stefanis paseaba, cojeando, por los grandes guijarros. Había sacado el icono de san Nicolás y lo había puesto sobre una roca, con la cara hacia el mar, para que se calentase al sol, sin perder de vista su barco.

—¡Daos prisa, muchachos! —gritaba a sus marineros—, que los turcos no se den cuenta de nada. Y los cristianos tampoco, eso sería el saqueo. Desconfío todavía más de los cristianos. Vamos allá, muchachos, los hombres del Capetán Miguel no pueden tardar.

—¡Ahí están! —gritó el grumete que, en lo alto del mástil, señalaba con el dedo a los palikaros montados en sus mulos.

El Capetán Stefanis se volvió, vió a Ventusos a la cabeza de la tropa y se echó a reír.

—¿Tú también, Ventusos mío, tú también te has hecho soldado? —le gritó.

—La suerte lo ha querido así —respondió el otro saltando de su mulo para abrazar al capitán.

—Llegas a tiempo, hermano —dijo—. Ya no teníamos municiones y el hambre empezaba a atenazarnos. ¡Sé mil veces bienvenido, Capetán Stefanis!

Pero el Capetán Stefanis tenía prisa.

—Echad una mano, muchachos, tengo que marcharme antes que sea de noche. Ya me cogieron una vez y con eso me basta. Vamos, apresuraos. Para hacerlo con más entusiasmo imaginad que lo estáis robando.

Ventusos le puso la mano en el hombro y le llevó un ñoco aparte.

—El Capetán Miguel me encargó de saludarte en su nombre. Y

preguntarte si no traes un mensaje…

—¿Qué género de mensaje? —preguntó el Capetán Stefanis rascándose la cabeza.

—Dijo que puedes confiármelo. Te juro que, aparte de él, nadie lo sabrá.

El Capetán Stefanis se agachó, cogió un guijarro y lo tiró al mar. Luego tiró otro y siguió callado.

—Mira, Ventusos —se decidió a decir—, tú eres un buen tocador de lira, eso lo admito. Pero tu lengüecita, perdóname, no confío en ella. En cuanto bebes un vaso de más…

Ventusos suspiró.

—¿Dónde quieres que encuentre yo ahora ese vaso de más, Capetán Stefanis? —dijo—. Aquí, entre estas rocas salvajes, ayunan los servidores de Dios, porque no tienen nada que comer. Puedes estar tranquilo.

El Capetán Stefanis miró a Ventusos, su vieja piel estaba curtida por el sol, su cuello y sus mejillas se habían retraído, y su mirada brillaba con un resplandor nuevo que no se debía a la embriaguez.

—Entonces, abre bien tus oidos, Ventusos —dijo, bajando la voz—, escucha lo que voy a decirte y repíteselo al Capetán Miguel; pero exactamente como yo te lo diga, ¿comprendes? Sin quitar ni poner una palabra.

—Puedes estar tranquilo, Capetán, habla.

—Dile que las noticias no son buenas. He llamado a las puertas más poderosas, he hablado con las gentes importantes, les he suplicado que me dijesen la verdad. ¿Tiene Creta alguna probabilidad de alcanzar su libertad, o se está tomando todo este trabajo para nada? Unos me han respondido con medias palabras, otros se han ido por las ramas. Sólo ha habido uno que se ha expresado con claridad, el más inteligente, me parece a mí. Y adivina quién ha sido. El sobrino del Capetán Miguel. Díselo a él: su sobrino Kosmas acaba de desembarcar en Syra, hace unos días; vuelve de Europa. “Ten valor, Capetán Stefanis, me dijo, no llega tampoco esta vez la libertad. —¿Entonces está corriendo la sangre en vano?, le pregunté yo. —La sangre no corre nunca inútilmente, me contestó. ¿No sabes que la libertad es una semilla que no se riega con agua, sino con sangre? Ahora están regando el grano y es seguro que un día germinará, pero ese día todavía no ha llegado.” Sacó una carta del bolsillo y me la dió: “Haz que se la lleve a mi abuelo, el Capetán Sifakas, algún hombre de confianza.” Un evzón que embarcó conmigo va ya de camino. El Capetán Miguel sabrá el resto cuando lea la carta.

Ventusos escuchaba con la cabeza baja. Furioso, revolvía los guijarros de la playa con la punta del pie. Cuando el Capetán Stefanis

calló no se contuvo más:

—¿Es que no hay un Dios? —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Tú ¿qué crees, Capetán Stefanis?

—¡Que me condene si puedo responderte! ¡Yo no sé siquiera si hay un san Nicolás y tú me preguntas si hay un Dios! A san Nicolás, unas veces le da por existir, y otras por no existir. Ahí tienes todo lo que he llegado a saber después de tanto tiempo que llevo luchando en el mar. No te atormentes por si hay o no hay Dios, ya veremos.

Las aguas empezaron a empañarse, el sol descendía. Toda la cala del barco había sido literalmente saqueada y el cargamento estaba ya sobre los mulos. Fusiles, cartuchos, pieles, sacos de harina, bacalao, todos los dones de Dios. El paraíso de los cretenses seguramente está lleno de esas riquezas.

—¡Buen plomo y buenos alimentos, muchachos, voy a buscaros más! —gritó el Capetán Stefanis saludando1 a los diez corsarios.

Pero en el momento en que saltaba al barco se acordó del icono:

—¡Ah!, iba a olvidar a san Nicolás —dijo.

Dió media vuelta, corrió renqueando y arrancó a las rocas el san Nicolás. Le metió en el agua para refrescarle, luego besó sus manos que escurrían agua salada.

—¡Te has portado bien a la ida, mi Capetán Nicolás! —dijo—. ¡Pongámonos en camino de vuelta y no me deshonres! He hecho una promesa y te juro por el mar que haré pintar tu icono por los monjes del monte Athos, con unos calzones, un fez negro y un anteojo de larga vista en la mano, como Miaulis. ¡Miaulis y san Nicolás serán una sola persona! Así me quedaré bien tranquilo.

Saltó al barco. Ya las nubes se amontonaban en el cielo y la tierra se ensombrecía. Empezó a soplar un viento frío y el mar cabrilleó. El Capetán Stefanis cogió su catalejo: la mar estaba desierta. Se santiguó.

—¡En el nombre de Dios, marineros, levad el ancla! ¡San Nicolás, nos vamos!

Cuando hubo comido y bebido y fué quitada la mesa, el evzón se apoyó en la puerta y se durmió. La mar pérfida le había vaciado las entrañas; era la primera vez que bajaba de las cumbres de Karpenisi y que ponía el pie en un barco. Se había puesto en ridículo y había manchado su fustanela. La tierra se movía aún bajo sus pies, como el puente de un navío y el vértigo le apretaba las sienes. Pero ahora que había comido a su gusto e ingurgitado unos cuantos vasos de vino, ahora que respiraba el olor del estiércol que venía de la cuadra, se sentía mejor y el mundo recobraba estabilidad. El evzón apoyó la cabeza en la puerta y se abandonó al sueño. Mañana, si todo iba bien, Haridimos, el viejo pastor del abuelo, le conduciría al campamento del

Capetán Miguel. Con toda confianza se abandonó al sueño.

Cuando empezaron a oirse los ronquidos del evzón, el abuelo hizo señas a Thrassaki y le llevó a sentarse con él bajo el limonero, en medio del patio. Las mujeres habían acabado con la cocina y se habían recogido en la casa para descansar de sus trabajos caseros. Levantadas desde el amanecer no habían cesado de ir y venir, bien para dar de comer y beber a los animales en el establo, bien para amasar el pan y meterlo en el homo, bien para preparar la comida y lavar la ropa. Rinio, la hiia del Capetán Miguel, estaba dedicada a escribir largas cartas que madama Krassogeorgis, a su derecha y madama Mastrapas, a su izquierda, le dictaban. Cuando el evzón partiese aprovecharían la ocasión para hacer recomendaciones y dar órdenes a sus maridos. Una gruñía, otra suplicaba y las dos lanzaban suspiros maldiciendo al sultán, el perro, que no liberaba a Creta, impidiendo que los hombres, Krassogeorgis y Mastrapas, fuesen devueltos a sus mujeres…

El patio estaba desierto, era el momento propicio para abrir la carta de Kosmas y hacérsela leer a Thrassaki. El abuelo estaba inquieto, presentía la gravedad del mensaje, porque, de cuando en cuando, en las grandes circunstancias, aquel nieto se acordaba de él y le escribía. Algo muy importante debía tener que decirle para mandarle aquella carta. Sacó el sobre de su pecho y lo rasgó.

—¡Bendito seas, Thrassaki! —dijo—, ven aquí y léeme esta carta, pero lentamente, sílaba por sílaba, para que la comprenda bien.

La letra era redonda y clara, Thrassaki leyó sin tropiezos:

“Mi respetable abuelo, decía la carta, he vuelto a nuestras Santas Tierras y es posible que llegue hasta Creta dentro de poco y vaya a besar tu gloriosa y honorable mano…”

—Es un charlatán, este también —murmuró el viejo meneando su grave cabeza blanca—. Y además, ¿qué carta es ésta? No dice ni siquiera: me alegraré que al recibo de ésta te encuentres bien de salud, eso para empezar, y: yo bien, a Dios gracias… En fin, sigamos, Thrassaki.

”Pero antes de hacerme digno de tal alegría, me creo en la obligación de escribirte esta carta. Cuando la hayas leído envíala por algún hombre de confianza a mi tío el Capetán Miguel. He sabido que se ha sublevado y que está luchando otra vez contra los turcos, en las montañas. Es conveniente que yo le ponga al corriente de las cosas para que sepa a dónde va. Luego podrá hacer lo que Dios le inspire.”

—Habla mucho y dora un poco la píldora… Sigue, vamos a ver. Pero más despacio, Thrassaki mío, haz el favor.

“Así pues, no hay ninguna esperanza por parte de Grecia. Es débil y carece de recursos, no tiene flota y, sobre todo, no cuenta con el apoyo de Europa. Creta es un buen botín y las potencias de la tierra tienen interés en

que siga en manos del sultán. Cuando éste reviente y se haga el reparto, todas tendrán la posibilidad de quedarse con Creta. Por el contrario, si vuelve a pertenecer a Grecia, ni Dios ni el diablo podrán despegarla de ella."

—Bueno, bueno —suspiró el viejo—, es demasiado sensato este nieto… ¿y que más?

"Debéis saber que, una vez más, Creta está condenada. No se puede hacer más que una cosa: ponerse a regatear y obtener del sultán algún privilegio… No será más que un hueso lo que nos den, pero tendrá algo de carne alrededor. Podemos roerlo mientras llega la hora de la liberación."

—¡Nos hemos convertido en perros, en perros hambrientos: no nos echan más que huesos!… —suspiró el viejo—. ¿Y qué más?…

"He hablado con algunas personalidades oficiales, tanto en Europa como en Grecia; mañana iré a Atenas para ponerme en relación con los altos copetes. Si es necesario llegaré hasta Creta para ayudaros a salvar todo lo que pueda ser salvado. Y ahora sí que esta vez la pluma vencerá a la espacia. Los que llevan el sable ya han hecho su deber, han trazado el camino, pero no han podido llegar al final. Ahora, no te enfades, abuelo, los que llevan la pluma van a entrar en actividad…"

—¡Los cagatintas! —dijo el abuelo, escupiendo como si sintiese náuseas—. ¡Las antiparras, los pantalones estrechos, los sombreros altos, las chaquetas con faldellines! ¡Puah! —y volvió a escupir, con cólera.

Se volvió a Thrassaki:

—¿Se acabó? ¿No dice nada más?

—Todavía hay una línea, abuelo:

"Me inclino y beso tu mano, abuelo. Dame tu bendición;

"Tu nieto, Kosmas."

El viejo bajó la cabeza, algo gemía dentro de su pecho. Cerró los ojos y vió a Creta, ante él, de pie en medio del patio, vestida de negro, desesperada, cubierta de sangre. ¿Era Creta o era la Virgen que volvía de la crucifixión de su Hijo?

Abrió los ojos. La noche iba bajando y gruesas gotas de lluvia empezaban a caer. Las muchachas volvían del campo corriendo y gritando al mismo tiempo que tiraban de su cabra o de su vaca. Los viejos con sus borriquillos cargados de leña o de ramajes veían la puerta del Capetán Sifakas abierta y se detenían un momento para saludar al viejo: "¿Cómo va eso, Capetán Sifakas? ¿Qué noticias tienes de tu hijo el capetán? —Todo va bien, gracias a Dios, respondía éste; el martirio de Creta pronto llegará a su fin."

—Thrassaki —dijo el abuelo volviéndose a su nieto—, tú estás en el secreto, no lo traicionarás. ¡Tú eres un hombre!

—Puedes estar tranquilo, abuelo, nadie lo sabrá. Solamente nosotros dos y mi padre, seremos tres.

—¡Y Dios!, seremos cuatro —dijo el abuelo—. Es suficiente.

Y cuando abuelo y nieto estaban en esto, Palomino apareció en la puerta con su bastón, su zurrón al hombro y las mejillas coloradas. El abuelo estaba con la espalda apoyada en el tronco del limonero empapado de lluvia y las gotas suspendidas de su barba brillaban. Se dejaba mojar como un viejo tronco de árbol, sin hacer un movimiento. Su piel ruda y curtida relucía. No reconoció a su hijo en el primer momento. Tenía un aspecto más grueso, más bronceado; ¿dónde estaba su joroba?

—Bendito Yanacos, ¿eres tú? —dijo el viejo alargando su cuello para verle mejor—. ¡Pero has cambiado mucho, gracias a Dios! ¿Ya no eres maestro? Entra.

—¿No me reconocías, padre? —dijo el maestro alegremente.

—¿Cómo iba a reconocerte? ¡Tienes que haber abandonado los estudios para haber echado ese cuello, esos hombros y esos carrillos! Ya te lo decía yo, las letras son sanguijuelas, veinticuatro sanguijuelas que se chupan la sangre de un hombre. Ahora que soy viejo me estoy esforzando yo también en aprender ese condenado alfabeto. ¡Es peor que las rocas de la montaña! Quiero saltar de una letra a la otra y me rompo la cara. Sólo que yo tengo un proyecto. ¿Y tú?

Palomino cogió la mano de su padre y la besó.

—Padre —dijo—, tú tienes la culpa de que yo haya sido maestro de escuela. ¿Te acuerdas?…

—¡Y cómo! ¿Crees que he vuelto a la infancia? Me acuerdo como si hubiera sido ayer. Tu hermano Fanurios te sorprendió golusmeando en la cocina. Te habías metido un gran pedazo de carne en la boca. Tu hermano te dió un manotón en la espalda y el pedazo de carne salió disparado contra la pared. Cuando yo vi aquello, me acuerdo bien, te agarré por el pescuezo: “Vamos, mi pobre Yanacos, te dije, coge tus trastos y ve a hacer tus estudios en la ciudad para que seas maestro. No servirás para otra cosa.” Así fué. Tienes razón, la culpa es mía.

El viejo le volvió y le revolvió en todos sentidos, le tocó los brazos, le apretó la mano, le levantó los labios como se hace con los caballos para mirarles los dientes. Quedó satisfecho.

—La verdad es que empiezas a gustarme. No digo que antes no te quisiera; eras mi hijo y te quería, pero ¿cómo explicarte? No me gustabas. Tenías demasiado aspecto de feto, eras demasiado pedante, demasiado cheposo. Desafinabas en mi familia. Yo miraba detrás de mí: todos nuestros antepasados llevaron bragas y botas y todos tenían un fusil. Tú no, tú te vestías como un europeo, llevabas anteojos y

gastabas pluma. Se acabó, me decía yo, mi sangre está agotada, está a punto de irse al diablo… Pero veo que estás salvado, vuelves atrás y tomas el camino de todos nosotros. ¡Dios sea loado! Y dejaré de ser quien soy, que no vuelvan a llamarme Sifakas, si no sales de esta casa con bragas, botas y fusil… ¿Has comprendido? ¿De qué te ríes?

—¡De que eres un verdadero profeta, padre! ¿O es que puedes ver lo que hay dentro de la cabeza de las gentes? He venido a tu casa precisamente para eso, te lo juro. Supongo que tienes algunas ropas tuyas o de los hijos que murieron. Detrás de las vigas del techo seguramente hay todavía algún fusil. Para eso he venido. Vamos a quemar mis trajes europeos, aquí en el patio, entre los dos, como se quema a Judas por Pascua y me pondré el traje cretense. Me pondré un fusil en bandolera y me iré a la montaña. Yo también tengo mi proyecto.

El viejo cogió la cabeza de su hijo y la apretó contra su pecho.

—¡Bendito seas! —dijo—. Voy a degollar un cabrito en honor tuyo. Esta noche será fiesta. Yo te creía ya perdido. ¡Bienvenido seas, Yanacos!

El viejo olvidó la tristeza que le había causado la carta de su nieto. Abrió los viejos cofres y sacó el mejor traje: un chaleco bordado, bragas de paño, una faja de lino y seda y un fez tunecino. Buscó unas botas, las más pequeñas, sacó un fusil de detrás de una viga y lo puso todo sobre el cofre para que su hijo menor se vistiese al día siguiente como un novio.

La alegría reinaba en la casa. Había corrido el rumor de que los turcos habían capturado al maestro porque incitaba a los pueblos a la revolución. Decían que le habían tendido un lazo y que le habían atrapado y espetado en un asador como un cordero pascual. Pero nada de eso, el maestro se encontraba perfectamente y, mientras devoraba el cabrito con su padre y bebía el vino del jarro, todo el mundo le contemplaba. Thrassaki no se acordaba de comer. Miraba al maestro con asombro. ¿Era aquel mismo hombre el que se caía cuan largo era si le echaban arena en las baldosas, rompía sus anteojos y temblaba de miedo cuando veía un ratón?

—Vete a dormir, Thrassaki —dijo el abuelo—. Yo voy a quedarme a charlar con tu tío. Y no vuelvas a llamarle maestro, ¿has comprendido? ¡Llámale tío Yanacos!

—¿Qué ocurrió con tu mujer, dime? —preguntó a Palomino cuando estuvieron solos, sentados en el diván—. Dicen que se mató, que se colgó ¿por qué? ¿Puedes explicármelo? Cuando pregunto a los otros me responden con medias palabras.

—Oh, que Dios la perdone, era demasiado nerviosa, la pobre. Ahora ya está tranquila.

—Hizo bien —dijo el abuelo—, era una mujer enérgica. No es fácil matarse, se necesita mucho valor. Ahora ya está tranquila, y me parece que tú también. ¿Tienes proyectos? ¿Píensas volver a casarte? ¿No vas a darme el último nieto? Ya puedes darte prisa porque estoy con un pie en la sepultura.

La cara del maestro se iluminó.

—¡Es formidable, padre! —dijo—. Cuanto más te acercas a la muerte más aspecto tienes de inmortal. Has adivinado la segunda razón de mi visita.

—Habla, bendito Yanacos. ¿Hay por ahí alguna muchacha que te ha dado en el ojo?

—Sí, ésa es la verdad, una chica me ha dado en el ojo y he venido a pedirte tu consentimiento.

—Y ¿quién es ella, endiablado marrajo? ¿Cómo es? ¿Bien plantada? ¿Caderas anchas, de buena raza, de buena familia, dueña de viñedos, con sus treinta y dos dientes?

—Está muy bien —respondió el futuro marido—. Tiene todos sus dientes, los treinta y dos y más.

—¡No, más no! Por tu bien, no te conviene que tenga más, podría considerarse por encima de ti. A Dios no le gusta que las cosas se pongan cabeza abajo. Con treinta y dos basta. Pero, vamos, ¿quién es? ¿Cuál es su familia?

—Es una nieta del Capetán Elias. Se llama Pelagia y he venido a pedirte tu consentimiento.

—¡Ah!, ¡bravo, Yanacos, te doy mi bendición! Es una raza fuerte, con hijos, nietos y viñedos. ¿Ella te quiere?

—Dice que sí. Ya le ha hablado a su padre. “Hay que preguntar al viejo, le respondió, él es el jefe de la familia.” Preguntaron al viejo y el Capetán Elias en el primer momento hizo una mueca. “Es un maestro, dijo, ya le conozco. Es un sabihondo delgaducho. Pero es de una buena familia, fuerte, con hijos, nietos y viñedos.” Exactamente lo que tú acabas de decir de la familia de su padre. “Esperad un poco que reflexione antes de decidir.” Pero la chica estaba impaciente. A fuerza de insistencia y de zalamerías el viejo dió su beneplácito. “Bueno, dijo, te doy mi bendición, pero con una condición, hablemos claro; que se quite ese traje europeo y se vista como un hombre.”

El viejo Sifakas dió una palmada.

—¡Que Dios proteja al Capetán Elias! —dijo—. A mí también me molestaba eso, Yanacos, pero no te lo decía. ¡A la hoguera los trajes europeos! ¡Al fuego los pantalones! Mañana temprano los quemamos en el patio.

El maestro pasó una buena noche junto al cofre donde reposaba su

traje de novio. Veía a Pelagia en sueños y no quería despertarse. El abuelo no conseguía dormir. Miraba la lamparilla con impaciencia por levantarse al alba. Dios se apiadó de él y el gallo negro se puso a cantar, pronto imitado por el blanco. día apuntaba. El viejo se levantó de un salto y dió a Palomino con el pie.

—Despierta— dijo—; el traje está sobre el cofre. Y baja los trapos europeos al patio. Voy a encender el fuego.

Siempre había sentido repugnancia por los europeos, pero la carta de su nieto Kosmas le había puesto fuera de sí. Bajó la escalera. Las mujeres no se habían despertado todavía; encendió el fuego y fue a sacudir a Thrassaki que dormía en una gran artesa como en una cuna. Le sacudió y el chico se despertó.

—¡Arriba, Thrassaki! —le dijo—. ¡Ven conmigo al patio, vamos a quemar a Judas!

El maestro apareció vestido de cretense de pies a cabeza. Amontonó en medio del patio los pantalones, el chaleco, la chaqueta y los zapatos de charol. Los rociaron de petróleo para que el diablo se los llevase una hora antes. El abuelo cogió una rama encendida y se la dió a Thrassaki:

—Ven, hijo mío —le dijo—, pégale fuego a todo eso. Europa nos ha hecho arder a nosotros; quemémosla nosotros ahora. ¡Ojo por ojo…!

Thrassaki cogió la antorcha y la acercó a las vestiduras empapadas de petróleo.

El fuego prendió en seguida; Europa ardía y las tres caras se iluminaron. El abuelo sentía hormigueo en las piernas y unas ganas locas de bailar. Miraba las llamas y sus mejillas se encendían. Y cuando el fuego murió, el viejo cogió un puñado de ceniza, abrió la puerta y en medio del camino levantó muy alto la mano, la abrió y las cenizas se dispersaron en el viento.

—Francos —dijo, y su voz pasó de la pena a la cólera—. Francos, yo deseo que algún día mis hijos y los hijos de mis hijos vean quemarse y reducirse a cenizas, de este mismo modo, vuestras casas, vuestras fábricas y los palacios de vuestros reyes. ¡Igual que nos habéis hecho arder, francos, vosotros arderéis!

Cerca del mediodía, Mitros, el evzón, acalorado por la ascensión, llegaba al campamento del Capetán Miguel: una alta meseta, una decena de chozas de piedra, un centenar de hombres y abajo la llanura rodeada de montañas donde muchas aldeas seguían ardiendo. No había viento y el humo se quedaba sobre ellas, recubriéndolas como una nube inofensiva.

De pie, en el puesto de vigía, el Capetán Miguel miraba con unos

gemelos. Se los había dado un francés filoheleno, venido al campamento el mes anterior. Tanto le gustaba estar allí que no quería marcharse. “¿A dónde ir?”, le decía al Capetán Miguel. “¿Para qué volver a las ciudades? Estoy bien aquí, no he comido en ningún sitio tan buen pan ni he bebido agua tan fresca, ni he visto griegos que se pareciesen tanto a los antiguos. No te llamaré más Capetán Miguel sino Capetán Aquiles. Yo me llamo Errico.” Llevaba un sombrero en forma de cúpula, parecido a un casco antiguo y sus bolsillos estaban siempre llenos de pedazos de papel y de lápices. Hablaba el griego, más o menos, y cuando conversaba con los cretenses no cesaba de escribir. Ellos se reían. “Le falta un tornillo”, decía uno. “Escribe en los diarios”, decía otro. “Dime, amigo, ¿por qué te paseas sin armas?”, le preguntaron. “¿Y tu fusil?” “Aquí está”, respondió el francés, enseñando su lápiz.

Tenía una barbita rubia, cortada en punta, las mejillas rosadas / dos colmillos de oro. Un mechón de pelo revoloteaba siempre en lo alto de su cabeza. Cuando supieron su nombre, los cretenses le apodaron Cocorico, por la cresta.

Un día en que los palikaros del Capetán Miguel atacaron al ejército turco, el extranjero bajó con ellos hasta la llanura y aunque no tenía fusil iba gritando “¡Sus y al enemigo, Capetán Aquiles!” De cuando en cuando sacaba su lapicerito y escribía. Cuando llegó la noche, los turcos se batieron en retirada, mientras que los cretenses, cargados con el botín, subían la montaña. Un cretense feroz, que había tomado afecto al valiente Cocorico, le ofreció como regalo la cabeza de un turco, que acababa de cortar. La llevaba cogida por los pelos y la sangre que corría salpicó los zapatos del francés. Cuando éste vió el trofeo dió un grito y se desmayó. Los cretenses se echaron a reír. “¡Qué gallina!”, dijeron. Estaban en esto cuando llegó el Capetán Miguel v les riñó.

—¿Os habéis creído que todos los hombres son cretenses? ¡No gastéis nunca esas bromas! —Se volvió a Mistigri—: ¡Cógele por el brazo y ayúdale a subir, al pobre!

—¡El que no quiera balazos, no vaya a la guerra! Le está bien empleado. Yo quería hacerle un regalo, pero no ha sabido apreciarlo —dijo el feroz cretense, agarró la cabeza cortada y echó a andar con ella riendo a carcajadas.

A partir de aquel día, Cocorico tuvo accesos de fiebre; palidecía, se negaba a comer carne, y tenía pesadillas. Vivir con griegos antiguos le resultaba cada vez más difícil y tuvo que tomar la decisión de marcharse. Una mañana lluviosa y desapacible se despidió del Capetán Miguel.

—Admiro a los griegos antiguos, Capetán Aquiles —le dijo—, pero son demasiado rudos. Yo soy profesor, maestro de escuela, si quieres,

soy un hombre cabal, pero un hombre de papel. Vosotros estáis hechos de carne. No tengo fuerzas para resistir más tiempo. ¡Hasta la vista! Toma, quédate con esto como recuerdo mío.

Se quitó los gemelos que llevaba colgados al cuello por una correa y la pasó alrededor del cuello del Capetán Miguel.

—Tú eres el jefe, conviene que veas más lejos que tus hombres.

Y ahora el Capetán Miguel tenía aquellos gemelos y escrutaba la llanura que se extendía a sus pies. Detrás del humo que recubría los pueblos incendiados le pareció ver feces rojos que se agitaban; llegaban nuevas tropas de Candía; y se reorganizaban para invadir la montaña.

—No se acaban nunca, los perros —murmuró—. La plaza es difícil de guardar y somos muy pocos. Y el Capetán Polyxinguis no llega… Tendré que mandar otro mensajero…

Y cuando abandonaba sus gemelos y se disponía a ir a ver si Ventusos, su mensajero, estaba de vuelta, Mitros, el evzón apareció ante él.

—¡Salud, Capetán, vengo del barco del Capetán Stefanis! —dijo, tendiéndole la carta.

—Bienvenido seas, compatriota —dijo el Capetán Miguel estrechando la mano del soldado—. Ve a reunirte con los otros palikaros mientras leo la carta.

Rasgó el sobre con impaciencia. Encontró una carta y un pedacito de papel. Reconoció la letra de su hijo y su cara se iluminó un instante. "Yo, Thrassaki, te envío mis saludos y te escribo en nombre de mi abuelo: Lee la carta y haz lo que Dios te inspire. No hay esperanza. También esta vez el resultado de la lucha será puro viento. Consulta tu corazón y decide.'

Frunció las cejas, su labio superior se contrajo descubriendo su colmillo rebelde.

—Funesto —gruñó—, funesto, si yo consulto mi corazón. El mundo explotará.

Desplegó la carta de su sobrino. Leyó letra por letra, pasando de una palabra a otra como si saltase de montaña en montaña. De cuando en cuando se detenía y daba un gemido. Luego tomaba fuerzas y seguía leyendo. Cuando terminó arrugó la carta, encendió un fósforo y la quemó.

—¡Sólo yo debo saberlo —dijo—, sólo yo! —y esparció las cenizas.

Arrancó un pedazo de roca y sus manos se llenaron de sangre. —¡No hay ninguna esperanza! —dijo—. La madre es demasiado débil, los francos son polichinelas y los cretenses somos poco numerosos… Bueno, yo no me muevo de aquí, yo no abandono la roca donde me he posado aunque la madre sea débil, los francos polichinelas y los cretenses poco numerosos. ¡Aunque Dios baje y me diga: "ríndete", no

me rindo!

Volvió a coger los gemelos y miró hacia abajo. La llanura estaba cada vez más roja, nuevas tropas desembocaban por los barrancos; el pachá había jurado sacar al Capetán Miguel y sus hombres del nido de águilas donde se habían aferrado negándose a rendirse. Poco a poco, agotada, cubierta de heridas, Creta iba aplacándose. Las descargas de fusil eran menos frecuentes. Sólo aquellos testarudos que no querían ceder, seguían defendiendo sus trincheras en las cumbres. El sultán estaba furioso. Decidió tomarla con el pachá y le mandó un barco lleno de cadenas, aconsejándole que cogiese a los rebeldes, les pusiese en los hierros y los mandase a Constantinopla. De lo contrario, no tenía más que ponerse a sí mismo las cadenas e ir en persona.

El pachá quedó muy impresionado. Comprendiendo que su cabeza se tambaleaba sobre sus hombros, tomó la decisión de abandonar su comodidad en Candía, ponerse al frente de su ejército y marchar hacia las inhospitalarias rocas donde se escondía aquel giaur de Capetán Miguel. El metropolitano advertido, envió en secreto un mensajero. “Vete, toma un caique y vete, le decía. El pachá ha jurado tu perdición.” Pero el Capetán Miguel se obstinó. “No, yo no me voy, yo he cometido un gran pecado. Noche y día un monasterio arde en mi corazón. ¡Yo soy culpable y pagaré! Aunque los otros quieran irse, yo me quedaré aquí solo, en esta roca; echaré petróleo en mis ropas y en mi cabeza, me pegaré fuego yo mismo y arderé como el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo.”

Avizoraba con sus gemelos la llanura enrojecida de feces. En la ladera de la montaña otros pueblos cristianos ardían. Escuchó, el viento traía ecos de trompetas y tambores.

—Tarda el Capetán Polyxinguis —murmuró, examinando uno por uno los desfiladeros de la montaña—. Sin embargo, vendrá, me ha dado su palabra; estamos en guerra y en tiempo de guerra tengo confianza en él.

Desde el terrible momento en que hundió el puñal en el pecho de la circasiana, el Capetán Miguel sentía poco a poco renacer su antigua amistad por Polyxinguis. Pensaba en él sin odio, tranquilamente, con compasión, más bien. Durante mucho tiempo resonaron por los pueblos los lamentos del desdichado novio. Sus amigos le vigilaban para impedir que se matase. Iba vestido de negro de pies a cabeza, corría allí donde se daba lo más duro del combate echándose encima de los turcos, ciegamente, con la esperanza de encontrar la muerte. Eran los turcos los que la habían matado para impedir que se hiciese cristiana, estaba seguro. Y juró acumular cadáveres turcos sobre la tumba de Emina.

El Capetán Miguel oyó gritos alegres y ruido de herraduras sobre las piedras. Saltando de roca en roca llegó a la meseta. En aquel

mismo instante, Ventusos y sus diez palikaros llegaban cargados con el botín. Todos los hombres del campamento se precipitaron a descargar los mulos. Algunos encendían fuego apresuradamente para guisar. Llevaban varios días alimentándose de pan seco y se morían de ganas de una verdadera comida. Otros transportaban provisiones y las ponían al abrigo en la cabaña del jefe.

—¡Saludad a nuestra Madre! —gritó Ventusos descargando su pistola al aire—, ¡saludad a nuestra Madre que tiene hambre y nos manda comida!

—Ventusos, no gastes tus balas —ordenó el Capetán—. Ven aquí, te necesito.

El tocador de lira se acercó y el Capetán se inclinó a hablarle. El otro escuchaba tendiendo el oído y balanceándose sobre las puntas de los pies, dispuesto ya a partir.

—¿Has comprendido, Ventusos? Es muy importante. Cuida bien de que no te maten antes de llegar. A la vuelta tendría menos importancia.

—No te daré ese gusto, Capetán —dijo Ventusos riendo—. Ni siquiera o la vuelta. Por Nuestra Señora de las Viñas, tengo que vaciar muchos toneles todavía. Y los vaciaré.

Echó a andar hacia la llanura, pero Mistigri le acechaba y al pasar le agarró por las bragas.

—Hermano Ventusos, ¿has visto a mi amigo Bertoldo? ¿Qué habrá sido del pobre? Puedes creerme, pienso en él más que en mi mujer. ¡Es curioso!

—Está que es un encanto, no te preocupes por él. Le he visto en casa del viejo Sifakas. Le va muy bien, está siempre con las mujeres, no le falta más que las faldas.

—¿Dónde quedaron aquellos tiempos, bendito Ventusos, en que íbamos de juerga a la bodega del Capetán Miguel? ¡Debe haber sido un sueño!

Pero Ventusos no le escuchaba, iba ya lejos. Le habían nacido alas en la espalda.

Inclinado sobre su pizarra, el viejo Sifakas trazaba con trabajo las letras del alfabeto; esforzándose en no apretar para no romper la tiza. Desde hacía unos cuantos días se sentía extrañamente débil, como si toda su fuerza tratase de volver a la tierra. Estaba pálido, no dormía *y* sus rodillas flaqueaban.

“Tengo que darme prisa, pensaba, tengo que darme prisa a realizar mi proyecto.”

Y con tanto inclinarse sobre la pizarra, y con tanto esfuerzo por ejercitar la mano logró dibujar clara y elegantemente todas las

mayúsculas.

—Las letras pequeñas no las necesito —le decía a su maestro, Thrassaki, que quería meterle en nuevas dificultades—. Son las grandes las que me hacen falta.

El abuelo tenía su proyecto y precisamente aquel día esperaba a Thrassaki para revelárselo.

Era pasado el mediodía, las mujeres habían hecho la comida y puesto la mesa, pero Thrassaki no aparecía. De cuando en cuando madama Katerina salía a la puerta, inquieta, silenciosa, y miraba hacia la montaña. ¿Dónde podría estar? ¿Por qué tardaría tanto? Armado de la vieja carabina había salido temprano con sus amigos Manolios, Andrikos, Haritos y una decena de pequeños campesinos que había enganchado para ir a jugar a la caza en la montaña. Algunos iban armados con hoces y hondas, otros con varas aguzadas y Andrikos enarbolaba un viejo fez del abuelo con la borla pelada, en la punta de un palo que llevaba como bandera.

Cuando llegaron al pie de la montaña, Thrassaki se metió dos dedos en la boca y silbó. Toda la banda se reunió a su alrededor.

—Muchachos —dijo—, ayer os hablé de nuestro proyecto y os expliqué a dónde iríamos hoy. Nosotros somos hombres, es vergonzoso que nos quedemos con las mujeres. Esto es una revolución, no es una broma. Todos los hombres están en las montañas y se baten con los turcos. ¡Vamos a la guerra también nosotros!

—¿A la guerra? ¿A la verdadera guerra? —exclamó Haritos aterrado. Él había creído que iban a jugar en la montaña, corno de costumbre, que una mitad de ellos serían los turcos y otra mitad los cristianos que los perseguían.

—¿Tú lo habías tomado a juego? ¡Se acabaron las bromas! —dijo Thrassaki—. Lo que hemos hecho hasta ahora eran ejercicios para acostumbrar a nuestras manos a matar.

—Explícate —dijo Haritos—, ¿es que vamos a batirnos con los verdaderos turcos? Yo ayer estuve guardando las cabras todo el día y no sé lo que dijiste. Repítelo para que yo vea.

—Escucha y si tienes miedo vuelve a meterte entre las faldas de tu madre. Del otro lado de la montaña hay un pueblo turco, Bohos, allí es adonde vamos a ir. En cuanto lleguemos uno de nosotros se echa para delante y provoca a los chicos turcos para que vengan a batirse con nosotros. ¿Has comprendido?

—¿Y si vienen también los padres?

—Que vengan —dijo Thrassaki—. Yo tengo la carabina de mi abuelo.

—Todos los turcos grandes están en la guerra —dijo Manolios—. No tengas miedo.

—No hay más que mujeres y chicos en el pueblo —confirmó Andrikos—. Nosotros a las mujeres no las tocaremos. Provocaremos a los chicos turcos y nos batiremos con ellos.

Haritos tuvo vergüenza de haber dejado ver que tenía miedo.

—Bueno —dijo—, vamos allá. Pero primero tenemos que santiguarnos, es más seguro.

—Si quieres —dijo Thrassaki—, bien está. Mi padre también se santigua antes de ir a la guerra.

Hicieron todos la señal de la cruz y empezaron a escalar la montaña.

Soplaba el viento helado del invierno. Allá arriba, en el monte Selena, la nieve recién caída deslumbraba. Dos cuervos pasaron sobre las cabezas de los chicos, dieron una vuelta, soltaron unos cuantos gritos y volvieron a pasar.

—Debíamos haber traído a Bertoldo —dijo Andrikos—. No tenemos trompeta, él nos habría tocado la guitarra.

—¡Eh! —gritó Thrassaki—, basta de charla, poneos en fila, de dos en dos. Somos un ejército y vamos a la guerra.

—¡Tengo hambre! —dijo Manolios apretándose la barriga.

—¡Ah, ah, ah!, se nos olvidó traer provisiones. —Se quedaron con la boca abierta. Repentinamente el hambre les atenazó a todos.

—¡Y agua! —gritó otro—. Yo tengo sed. Se nos ha olvidado traer agua.

—No tenemos más que volver a buscarlo —propusieron algunos, mirando hacia el pueblo.

—¡Nadie va a volver! —gritó Thrassaki—. Esto es la guerra. Tendremos hambre y sed, pero haremos como si hubiésemos comido y bebido. Eso es lo que hacen los palikaros.

—Puede ser que los chicos turcos tengan pan y agua —dijo el portaestandarte—. A ellos les gustan las empanadas de queso. Les matamos y se las quitamos. ¡Vamos, muchachos! —enarbolando bien alto el palo con el fez del abuelo empezó a subir por el sendero. Algunos tenían verdaderas ganas de dar media vuelta y echar a andar hacia sus casas, pero Thrassaki estaba subido en una roca vigilándoles y nadie podía escaparse. Se pusieron en marcha de dos en dos.

—Si veo un conejo —les dijo para consolarlos—, le mato con mi carabina y lo asamos… ¿Quién tiene fósforos?

Se miraron irnos a otros, rebuscando en sus bolsillos. ¡Nadie tenía fósforos!

—¡Oh, eso no tiene importancia —dijo Andrikos—, los turcos tendrán! ¡En marcha!

Ponían los pies en las piedras suavemente para no hacer ruido y hablaban bajo. Se creían ya en territorio turco y tomaban

precauciones. Las nubes descendían y cubrían la cumbre de la montaña, ya no brillaba la nieve. Se oían lejanos truenos, el aire olía a lluvia.

—¡Hemos olvidado los impermeables! —dijo Haritos.

—No importa —dijeron los campesinos riendo—. Eso no importa, nosotros no tenemos.

—*Yo* tengo un paraguas y no lo he traído, qué tontería —dijo Manolios.

—¡Condenado Mastrapas! ¿Vas a ir a la guerra con paraguas? —todos se echaron a reír.

—¡Más bajo, muchachos, no gritéis, nos van a oír los turcos! —dijo Haritos poniéndose la hoz sobre la cabeza para protegerse de la lluvia. Las primeras gotas empezaban a caer.

Trepaban valientemente. Durante largo rato nadie dijo una palabra. Dejaron el sendero y empezaron a escalar a toda prisa a vertiente de la montaña. Al rato jadeaban.

—¡Detengámonos un poco, muchachos!, hay que descansar, no podemos ponemos a luchar en este estado. Eso no es posible.

—¡Detengámonos, entonces! —dijo Haralambis, una fea jeta de voz. ronca, cuyo labio superior estaba ya cubierto de un espeso vello negro. Hasta aquel momento no había abierto la boca. Había ido subiendo, agitado y preocupado. Ahora estallaba.

—¡Detengámonos! —volvió a gritar—. Tengo que deciros una cosa. ¡Deteneos!

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Thrassaki precipitándose hacia él. Sus labios temblaban—. ¿Tienes algo que decir?

—Sí.

—¡Dilo!

—Antes de declarar la guerra tenemos que elegir un jefe. Eso es lo que iba a decir. ¡Sí señor, tenemos que elegir un jefe!

—Soy yo el jefe —dijo Thrassaki blandiendo su carabina.

—¿Quién te ha elegido? Lo has decidido tú solo dentro de tu cabeza. ¿Cuántos años tienes tú?

—Los años no importan. Yo soy el hijo del Capetán Miguel ¿sí o no?

—¿Y además? No son hereditarias las funciones de capetán. Yo soy el mayor.

—Tú eres el mayor ¿y qué? Yo soy el más fuerte.

—¿Tú, tú? —empezó Haralambis—. ¡Ven aquí, vamos a luchar y lo veremos!

—Aquí estoy —dijo Thrassaki confiando su carabina a Andrikos—. Deja tu hoz y nada de astucia. ¡Honradamente!

Los chicos se dividieron en dos bandos, alegres como si esperasen aquel momento desde hacía tiempo. Unos, los más numerosos, rodearon a Thrassaki. Los otros se aliaron a Karalambis.

—¡Que todo el mundo luche! —propuso el portaestandarte, dándose cuenta de que su campo llevaba mayor ventaja.

—No —respondió orgullosamente Thrassaki—, nosotros dos solamente. Vosotros os sentáis más lejos y no os metéis en nada. El que consiga tirar al otro al suelo será el jefe. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —gritaron los dos bandos.

Descubrieron un pequeño espacio plano, lo limpiaron de piedras, luego se alejaron, unos se quedaron de pie, otros acuclillados en las rocas. Thrassaki se apretó el cinturón y salió al medio de la pista. Haralambis se escupió en las manos, dió un grito salvaje y de un salto quedó a dos pasos de su adversario. Sus narices Se tocaban casi. Se mezclaban sus alientos, ardientes, entrecortados y sus ojos echaban centellas.

—¡Anda, Haralambis, cómete a ese tipo de un bocado! —gritaban unos.

—¡Adelante, Thrassaki, entra con buen pie, capetán! —gritaban los del otro bando.

Ellos, como dos gallos, cara a cara, con los cuerpos tensos, se balanceaban sobre las puntas de los pies, dispuestos a saltar. Empezaron a insultarse. Haralambis era maestro consumado en el arte de decir injurias, todas sus palabras tenían dientes y mordían. Thrassaki no decía nada claro y cuanto más se confundía más deseaba venir a las manos. De pronto se puso furioso, su labio superior se contrajo y enseñó los dientes. Haralambis se agachó, hundió la cabeza entre los hombros y empezó a embestir. Con la cabeza baja daban vueltas una alrededor del otro, saltando como los moruecos y despidiendo a patadas las piedras que les molestaban. Sus ojos miraban al sesgo, sólo se veía de ellos lo blanco. Haralambis gritaba y juraba, el otro callaba. Espiaba un momento de descuido en su adversario para darle un cabezazo y hacerle caer.

Empezó a llover fuerte, pero nadie se dió cuenta. El agua escurría por sus pelos. Haralambis, descalzo, chapoteaba en el agua, pero Thrassaki llevaba botas y de pronto, al retroceder para dar un salto, resbaló. Haralambis se precipitó sobre él, le echó una zancadilla y Thrassaki habría caído de cara si no se hubiese agarrado a una roca.

—¡Traidor, traidor! —aulló el portaestandarte, agitando furiosamente el fez del abuelo.

—Bravo, Haralambis —gritaron los otros dando palmadas.

Thrassaki, enfurecido, cogió una piedra, pero Haralambis tuvo tiempo de coger su hoz.

—¡Voy a cortarte el pescuezo, candiota cochino! Deja esa piedra.

—¡Mi carabina! —rugió Thrassaki arrancando el fusil de las manos de Andrikos—. ¡Basta de juego! ¡Ahora tú me matas o yo te mato!

—¡Por el amor de Dios, deteneos! Nos hemos olvidado de los turcos.

—No hay más que echar suertes, el que gane será el capetán.

—Nada de echar suertes —gritó Haralambis—. ¡Será capetán el que se coma al otro!

Se agachó, volteó su arma dos o tres veces sobre su cabeza y arremetió. Pero Thrassaki esquivó el golpe, se parapetó detrás de una roca y apuntó. La bala pasó por encima de la cabeza de Haralambis y retumbó en toda la montaña.

—¡Se quedó vacía tu herramienta! —zumbó Haralambis—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¡Estás aviado!

Thrassaki tiró la carabina, se volvió y vió que Andrikos le ofrecía su hoz. La cogió y las dos hoces se cruzaron sobre las cabezas de los combatientes.

—¡Traidor, traidor! —gritaron esta vez los amigos de Haralambis y se arrojaron sobre el portaestandarte. El asta vaciló y el gran fez rodó por el suelo, se enzarzaron unos y otros, con hoces y palos en las manos. Piernas, brazos y cabezas sangraban. Thrassaki recibió un golpe de hoz en la rodilla y empezó a cojear. Agarró la carabina.

—¡Tira, si puedes, con esa maldita herramienta!

Thrassaki, callado, cargó el fusil y apuntó.

Haritos temió un accidente. Estaba detrás de su amigo y en el momento en que Thrassaki levantaba el gatillo le dió un codazo para desviar la bala. Risas y burlas estallaron. Thrassaki ardía de rabia y dió un golpe a Haritos.

—¡Tú no te metas en mis cosas! Yo soy el jefe y hago lo que quiero. Y quiero matar a Haralambis.

Volvió a cargar.

Mientras tanto, Haralambis y su bando se proveyeron de piedras y trepaban a paso de lobo para sorprender al enemigo.

Pero en el momento en que la batalla iba a comenzar se oyó de lejos una voz y un hombre corpulento apareció bajando de la montaña y agitando su garrote amenazador.

—¡Un turco! —gritó Manolios—. ¡Un turco! ¡Despejemos!

En el momento en que iba a escapar Thrassaki le agarró por la nuca.

—¿No te da vergüenza? ¿Y qué, si es un turco? ¡Arremeted con él, muchachos! ¡Adelante!

Los dos campos reunidos avanzaron. A la cabeza, uno al lado del otro, corrían Thrassaki y Haralambis, cada uno ardiendo en deseos de

aventajar al otro para demostrar a sus camaradas que era el más valiente. Los que llevaban hondas se subieron a las rocas y cargaron sus armas.

—¡Eh, no tiréis piedras, miserables! —dijo la voz—. Yo no soy un turco, soy Harilaos, el pastor del viejo Sifakas.

Toda la tropa se quedó con las orejas gachas. "¡Lástima que no haya sido un turco, le habríamos matado!" Detrás del pastor se oyeron esquilas. Las cabras y ovejas del abuelo aparecieron por entre las rocas.

Harilaos reunió a los chicos, excitados y medio muertos y los miró con curiosidad. Se echó a reír.

—¿Qué significa esto? ¿A dónde ibais?

—Íbamos a atacar a los turcos —respondió Thrassaki—. Yo llevaba mi carabina.

El pastor se dió una palmada en el muslo.

—¡Temblad, turcos, Thrassaki está en marcha para exterminaros!

—No te rías, viejo Harilaos —dijo el chico, furioso—, no te rías porque te juro que… —y apretó su carabina.

—¡Dad media vuelta! Volved a vuestras casas, granujas —gritó el pastor seriamente, esta vez—. ¡Fíjense en estas caras y quieren hacer la guerra!

Los perros del rebaño se acercaron y empezaron a caracolear alrededor del pastor. De cuando en cuando miraban a los chicos y ladraban.

—¡Media vuelta!, he dicho, si no os echo a los perros y os hacen pedazos.

Los chicos se reunieron alrededor de sus jefes. Tenían que tomar una decisión. Las opiniones eran divergentes. Unos querían continuar; otros, más sensatos, proponían volver y salir otro día mejor equipados, con pan, agua y fósforos.

El pastor los miraba sonriente y admirado. "Los pequeños canallas —murmuraba—, y sin embargo son divertidos. Tienen razón los que dicen que los cretenses nacen con un fusil en la mano. Con una mano agarran el fusil y con la otra la teta de sus madres. Ahí están, consultándose como si fuesen viejos combatientes que tuvieran que dar una respuesta al sultán."

—¡Eh, Thrassaki!, ¿cuántos años tienes tú?

—Cien años —respondió el otro con enfado—. Cien años, mil años. ¿A ti qué te importa?

El pastor se regocijaba. Él también había sido así, de joven. Él también había robado la carabina a su padre, un día, para ir a matar turcos. Y otra vez que había bajado con su madre al puerto de Spinalonga para vender algarrobas, había visto un caique y acuclillado

en el borde del muelle había llamado al capitán.

—¿Qué es lo que quieres, mocoso? —le preguntó el capitán.

—¡Llévame en tu barco, capitán!

—¿A dónde quieres ir?

—¡A Constantinopla!

—¿Qué es lo que quieres hacer en Constantinopla?

—¡Matar al sultán!

El capitán se echó a reír. Los marineros salieron de la cala y se rieron también al oír la conversación. El desdichado Hari— laos tuvo miedo y echó a correr.

Pensando en su infancia el pastor se enterneció.

—Vamos, chicos, vamos, palikaros míos. Yo voy delante con los perros y el ganado, seguidme. Diré que habéis estado guardando las ovejas conmigo, para que no os riñan. ¡Vamos, leoncitos, sed complacientes!

Así, con dulzura, fué calmándoles. Luego, sacó de su zurrón un pan y un gran pedazo de queso y lo repartió entre los chicos Tenían hambre y se lo comieron ávidamente.

—¡Si tuviéramos agua!

El pastor sacó su cantimplora.

—No tengo agua, chicos. Pero el vino también es bueno. ¡vuestra salud!

Echó atrás la cabeza y bebió. Luego pasó la cantimplora a la redonda hasta que quedó vacía.

—Ahora, en marcha —dijo el pastor—. Hemos matado a los turcos, hemos quemado el pueblo y hemos hecho prisioneros. Ahí los tenéis —dijo señalando a las cabras y las ovejas que bajaban la montaña haciendo tintinear sus esquilas.

Entre tanto, el abuelo, inquieto, había echado a andar hacia la montaña. Con su pizarra en la mano llamaba a Thrassaki y cuando le vió de lejos, entre los animales, abrió los brazos.

—Endiablado Thrassaki, ¿de dónde vienes? Precisamente hoy que te necesitaba, me abandonas. ¡Ven, tengo que pedirte una cosa!

—¡Quiero comer primero, abuelo! —dijo Thrassaki yendo derecho a la cocina. Le dolía la rodilla, pero por orgullo andaba con paso firme, sin cojear.

Todavía quedaba un poco de luz en el cielo, la lluvia había cesado. Copos de nubes doradas y rosa velaban el poniente.

El abuelo y el nieto se sentaron en el umbral de la puerta.

—Hoy, Thrassaki, no vas a gruñirme. Me sé la lección de carrerilla. Mira —dijo, enseñándole la pizarra cubierta de mayúsculas—. ¡El alfabeto entero! —dijo con orgullo—. Todo entero, desde el alfa a la

omega.

—¡Bravo, abuelo! Hoy te pongo diez. ¿Te ha salido así, de golpe?

—No me queda mucho tiempo, Thrassaki, y se me ha metido en la cabeza salirme con la mía. Ahora ha llegado el momento de confiarte mi secreto. ¿Sabes por qué he querido aprender las letras a mi edad? ¿Creerás que para leer? ¡Ni lo pienses! A los cien años yo ya lo sé todo y no sé nada. Mi idea es otra cosa.

—¿Otra? ¿Qué cosa, abuelo?

—Que me enseñes a escribir una frase, una sola, Thrassaki. No quiero morirme sin haber aprendido a escribirla.

—¿Qué frase?

—Una frase cretense. Mira, pon tu mano sobre la mía y guíame. Enséñame a escribir estas palabras —y el abuelo bajó la voz—: "Libertad o Muerte."

—Ah, ¿era para eso? —exclamó Thrassaki—. ¡Ahora lo comprendo!

—No, todavía no lo comprendes, Thrassaki. No te apresures y ya lo verás. Coge mi mano y guíala.

Thrassaki cogió con sus dos manos la mano rígida y nudosa de su abuelo y empezó a dirigirla suavemente, pacientemente y a trazar en la pizarra, con grandes letras mayúsculas:

LIBERTAD O MUERTE

XII

Ha llegado el invierno. Los vientos helados bajan de las cumbres cubiertas de nieve. Creta tirita. En la vertiente del monte Selena, cerca del campamento del Capetán Miguel, la gran caverna está todavía llena de mujeres y niños, amontonados. Es e] lecho de un río muy antiguo que las aguas abandonaron. En el transcurso de las revoluciones vienen a refugiarse allí las mujeres y los niños para escapar a la matanza. Durante la Gran Revolución, los perros de los sarracenos echaron dentro antorchas encendidas para quemarlos vivos. Todavía relucen algunos huesos en la penumbra húmeda y helada. Y ahora, otras mujeres y otros niños que vencerán el hambre, el frío y los turcos, han venido a tenderse sobre el yacimiento funerario y a espesarlo con sus propias osamentas.

De día se arrastraban fuera para recoger un puñado de hierbas o raíces y pastarlas como los animales. Levantaban la cabeza y miraban de lejos las rocas donde se atrincheraba el Capetán Miguel. Eso les daba valor. Mientras el jefe resistiese no tenían miedo… Días antes, los turcos habían subido casi hasta la caverna. Lamentos y sollozos estallaron de pronto y el Capetán Miguel salió de su nido de águila. Los griegos y los turcos lucharon cuerpo a cuerpo, la montaña temblaba. La noche los separó. Cuando llegó el día la montaña volvió a gemir. En las grutas, las mujeres arrodilladas lloraban, otras clamaban a Dios y las más. valientes buscaban cuchillos y palos para ir a echar una mano a los hombres.

Los cristianos eran poco numerosos y estaban agotados por el hambre, mientras que las tropas turcas afluían sin cesar a la llanura. El pachá, enfurecido, había jurado mandar en un saco, como regalo al sultán, la cabeza del Capetán Miguel embalsamada. Dos horas después del mediodía los cristianos empezaron a dar signos de desfallecimiento. En los barrancos resonaban los aullidos alegres de los soldados turcos y en la gruta los lamentos de las mujeres.

Pero de pronto, Dios tuvo piedad de los cristianos y en un desfiladero apareció el batallón del Capetán Polyxinguis. Cogidos entre dos fuegos, los feces rojos se dispersaron, unos se echaron a tierra, otros corrieron por la llanura. Los dos capetanes, montados en

sus caballos, se lanzaron en persecución de los turcos. Los dos fueron heridos, pero en el ardor de la matanza no se dieron cuenta. Por la noche, al volver al campamento vendaron sus heridas que no eran profundas. El Capetán Miguel había sido alcanzado en el hombro y Polyxinguis en el muslo. Tenían hambre. Los palikaros del Capetán Polyxinguis abrieron sus alforjas y sacaron los grandes dones del cielo: pan, aceitunas, cebollas y vino.

En la alta piedra, sobre la que flotaba el estandarte negro con letras rojas del Capetán Miguel, los dos capetanes velaban aquella noche, sentados con las piernas cruzadas, cara a cara. El viento helado se filtraba, silbando, a través de las grietas de la vieja peña, y fuera la nieve caía en remolinos. Theodoris entró con una brazada de ramas secas. Tuvo lástima de los dos heridos que debían estar helándose y vino a encenderles fuego. Pero se retiró en seguida para dejarles solos porque el tono de su conversación era grave.

—¡Bendito seas, Capetán Polyxinguis —decía el Capetán Miguel—, Dios te ha enviado! ¡Nos iban a derrotar por el flanco, los perros!

Mientras hablaba, miraba a su compañero de combate con ternura. El Capetán Polyxinguis todo vestido de negro, con un pañuelo negro atado alrededor de la cabeza, pálido y prematuramente envejecido, comía, con el pensamiento ausente.

Su boca, que tanto había amado la broma y la risa, caía amargamente en las comisuras y sus mejillas rosadas estaban marchitas. Una barba descuidada cubría su cara, en otros tiempos bondadosa y sonriente.

—¡A tu salud, Capetán Polyxinguis! —dijo el Capetán Miguel, llevándose la cantimplora a los labios.

—¡A la tuya, más bien, Capetán Miguel! Yo, por ahora estoy acabado.

El corazón del Capetán Miguel se oprimió. No, no era piedad por la mujer que había matado: entorpecía la vida de los hombres y debía morir. Desde la noche del crimen se sentía más ligero. Ya no estaba avergonzado de sí mismo cuando se quedaba solo, tenía la mente más clara y ahora luchaba por Creta sin reservas, con toda su alma. Pero aquel valiente que tenía ante sí, sufría y le consumía la pérdida de la mujer.

—Capetán Polyxinguis —dijo—, voy a decirte una cosa, pero no me detestes por ello: es vergonzoso pensar en una mujer cuando Creta está sangrando, ahí, ante nuestros ojos. Te juro por mi honor que si una mujer ocupase tanto lugar en mi vida como para impedirme cumplir con mi deber, la mataría.

Dijo, y levantó muy alto la mano que había herido a la circasiana.

—Capetán Miguel, tú eres una fiera, yo no soy más que un hombre

—respondió el Capetán Polyxinguis abandonando el pedazo de pan que estaba comiendo, con la garganta apretada. Se acercó al fuego, de pronto se estremeció y empezó a temblar.

El Capetán Miguel se acercó también al fuego y permanecieron un rato silenciosos, mirando las llamas. Theodoris entró de nuevo para alimentar el fuego y, viendo a los dos capetanes hundidos en sus pensamientos, se fué en puntillas.

De pronto, la voz del Capetán Miguel se dejó oír, sorda, ahogada, como si viniese de muy lejos:

—¿Tú sabes quién la mató? —preguntó.

Sintió de pronto la necesidad de jugarse el todo por el todo.

El Capetán Polyxinguis se sobresaltó, cogió al Capetán Miguel por el brazo:

—¿Quién?

—Cálmate, no puedes tocarle ni un pelo, ten paciencia, está más allá de la muerte.

—¿Quién?

—Paciencia, te digo, tengo otro secreto todavía más amargo que revelarte. Siéntate y escucha. Luego tendrás vergüenza, sí, te juro que tendrás vergüenza y que no pensarás más en esa mujer, ni en su asesino, ni en tu propia piel.

—¿Quién? —repitió el otro echando fuego por los ojos.

—He recibido una carta de mi sobrino Kosmas y la he quemado. Capetán Polyxinguis, el trabajo que nos estamos tomando es para nada, nuestra sangre corre para nada. Esta vez tampoco alcanzará Creta la libertad. Grecia es débil, los europeos son canallas y el sultán es muy poderoso.

Pero el Capetán Polyxinguis no oía. Se levantó y dió con la cabeza en la piedra de la choza.

—¿Quién la ha matado —gritó—, quién? ¡Todo el resto guárdatelo para más tarde!

—Yo —respondió el Capetán Miguel levantándose él también, tranquilo, severo y mirando al otro a los ojos—. Yo, Capetán Polyxinguis.

El Capetán Polyxinguis se apoyó en la roca. Todo se hizo oscuro a su alrededor.

—No, no —dijo—, es imposible… ¿Tú? ¿Tú?

—Tenía que matarte a ti o a ella. Pensé en Creta, tú eres un buen combatiente, te necesitamos, entonces la maté a ella. Eso me alivió y a ti también te aliviará, ya vas a verlo. ¡No toques el mango de tu cuchillo! Si quieres podemos cerrar la puerta, apagar el candil y batirnos aquí, en la choza, hasta morir los dos. Pero piensa en las mujeres y en los niños que están en la gruta, su vida y su honor están

en nuestras manos. Piensa en nuestros abuelos. Piensa en Creta y decide…

El Capetán Polyxinguis se dejó caer al suelo y ocultó la cara entre las manos. Su pecho jadeaba y no podía contener sus sollozos.

—Leyendo la carta, cuando vi que no había ninguna esperanza —continuó el Capetán Miguel, sin prestar atención a las lágrimas de su amigo—, no sé lo que sentí, Polyxinguis, no sé qué demonio se despertó en mí, pero en vez de perder la cabeza me sentí más feroz, más fuerte. ¡Así es como negáis la libertad a Creta, Grandes Potencias! ¡Ah, putas! Yo no os necesito, yo, el Capetán Miguel, un pequeño erizo cretense, no tengo necesidad de vosotras. ¡Aunque Dios mismo abandone a Creta, yo no la abandonaré!

Se inclinó y tocó ligeramente el hombro del Capetán Polyxinguis.

—Capetán —dijo dulcemente—, Capetán, ¿no te da vergüenza?

El otro había desahogado ya sus lágrimas. Con los ojos secos escuchaba las palabras del asesino, que entraban una a una en su corazón…

—Desde el día en que perdí toda esperanza, Capetán Polyxinguis —continuó el Capetán Miguel como delirando—, me parece, lo juro por la tierra que pisamos, me parece que soy inmortal. ¿Qué es lo que puede ya tocarme? La muerte no puede nada contra mí. Aunque Turquía entera viniese a sitiarme, no tendría miedo. Yo soy una especie de Arcadi, mi traje, mi pelo y mis entrañas rebosan de pólvora. Cuando vea que no tengo salida, me hago saltar. ¿Comprendes?

Y era verdad, desde el día en que el Capetán Miguel había matado a la mujer que se interponía entre él y Creta, y más todavía, desde el día en que había leído la carta que le hizo saber que se luchaba sin esperanza, un demonio se había despertado en él, un demonio lleno de obstinación y de orgullo… ¿Era un demonio, un dios, o algún antepasado antiguo y feroz? No lo sabía. No sabía más que una cosa: pasase lo que pasase, no se consentiría ni juramentos ni lamentaciones. Tampoco intentaría hacer arreglos con Dios, ni con el diablo, ni con el sultán. Se haría saltar como el monasterio de Arcadi.

El Capetán Polyxinguis se levantó, se apretó fuertemente el pañuelo alrededor de la cabeza.

—No puedo dormir bajo el mismo techo que tú, Capetán Miguel —dijo mirando a otro sitio—. No quiero tampoco que nos batamos mientras nuestra patria esté en guerra. Ni abandonarte en la lucha. Pero arreglaremos seriamente las cuentas cuando Creta recobre la paz. Porque me has destrozado el corazón, Capetán Miguel.

Sin volverse a mirar al asesino, salió de la choza, tambaleándose y se perdió en la nieve.

—¿Qué será de los cristianos allá arriba?

Las mujeres barrían la nieve en las terrazas porque el peso amenazaba romper las vigas de los techos, miraban la montaña a lo lejos y suspiraban. Dios mío, ¿qué será de ellos allá arriba? Madama Katerina, tenía también los ojos fijos en las cumbres blancas y pensaba en su temible marido…

Aquel día resplandecía el sol, el cielo estaba azul y el viento helado. Dos o tres gorriones bajaron al patio del abuelo y empezaron a escarbar y a picotear la nieve. Thrassaki salió con un pedazo de pan y el patio se llenó de pájaros hambrientos.

—¡Abuelo, abuelo! —gritó el chico señalando a los gorriones.

Pero el abuelo acurrucado en un rincón junto a la chimenea encendida, inmóvil, silencioso, miraba las llamas que lamían, devoraban y calcinaban la madera. Desde hacía algún tiempo ya, cada vez más pálido, callaba y se abismaba en sus meditaciones. Un gran pesar parecía dominarle.

Thrassaki desmigó el pan para los pájaros y volvió a entrar cuando el abuelo se levantaba. Éste había encargado a Thrassaki de traerle un bote de pintura y un pincel. Hizo una seña a Thrassaki:

—Coge la pintura, Thrassaki, y vamos. Ahí está, en el rincón. Yo llevaré el pincel.

—¿A dónde vamos, abuelo?

—Ya lo verás. Pero tenemos que darnos prisa, antes que vuelva a nevar.

Cuando llegaron a la puerta, el abuelo y el nieto se detuvieron a mirar el pueblo, allá abajo, quieto, mudo, oculto bajo la nieve… ¡Qué hechizo tenía aquella blancura sobre las casas, las piedras, las calles! ¡La nieve, ligera e inmaculada, había embellecido milagrosamente la leña muerta, los detritus, las ruinas! Thrassaki no se cansaba de contemplar el pueblo, metamorfoseado en el espacio de una noche.

El abuelo sacó de la faja su gran pañuelo multicolor y empezó a limpiar la nieve de la puerta.

—Ve a buscar un trapo, Thrassaki, y ayúdame.

La madera aparecía, deslumbrante de limpieza. El abuelo hizo saltar la tapa del bote de pintura y mojó el pincel.

—¡En el nombre del Padre! —murmuró.

—¿Qué es lo que vas a hacer, abuelo?

—¡Vas a verlo en seguida!

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó Thrassaki.

El abuelo sonrió.

—¿Comprendes ahora mi manía de aprender a escribir? —dijo—. Yo tenía mi idea. Me he propuesto cubrir el pueblo de letreros. No voy

a dejar una pared, me subiré hasta el campanario, iré a la mezquita y escribiré por todas partes: ¡Libertad o Muerte! ¡Libertad o Muerte! ¡Libertad o Muerte…; antes de morir…

Mientras hablaba, escribía las palabras mágicas a grandes pinceladas y de cuando en cuando retrocedía para admirar su trabajo. Bastaba alinear unos cuantos palotes y unas cuantas curvas para que todo se pusiese a gritar como una boca de hombre, como una garganta, como un alma. Aquel misterio seguía asombrándole. "Dime, Thrassaki, preguntaba a veces a su nieto, ¿es verdad que esos signos son cosas vivas, que hablan? ¿Cómo puede ser que hablen? ¡Oh, Señor, eres un mago!"

Ahora, su puerta gritaba… Se quedó un largo rato contemplándola. Aquello ya no era una puerta, era el Capetán Sifakas en persona, eran dos pétalos de su corazón los que gritaban.

—¿Lo he escrito bien, Thrassaki? —preguntó con inquietud—. ¿No hay ninguna falta?

—Te pongo diez, abuelo, ¡sobresaliente! —dijo el nieto riendo.

—Entonces, vamos más lejos.

Al doblar la esquina encontraron un muro que la nieve había desdeñado. El abuelo mojó el pincel en la pintura y empezó. Escribía, escribía, iba cada vez más lejos en el pueblo, seguía escribiendo y la pintura salpicaba sus barbas, escurría por sus botas, manchaba su chaleco bordado, pero él no se daba cuenta. Una llama poderosa le arrastraba. Allí donde encontraba un muro limpio o una puerta suficientemente grande, se detenía y trazaba los signos mágicos. Y el muro, antes callado y cobarde, empezaba a gritar y a cantar valientemente su pasión. Las puertas, esas tablas silenciosas, tenían de pronto un alma. Hablaban y hacían milagros como la madera de la verdadera Cruz.

Su mano se acostumbró pronto a escribir y volaba. Llegó a la plaza del pueblo, donde estaba la iglesia, la escuela, la mezquita y más lejos el café. Mojó el pincel en la pintura y empezó por la puerta de la escuela: ¡Libertad o Muerte! Dos viejos salieron del café.

—¡Eh, eh!, Capetán Sifakas, ¿ahora sabes escribir? ¿Desde cuándo? ¿Qué escribes ahí? ¿Qué es lo que te ha entrado?

—Os digo adiós —respondió el abuelo sin detenerse—, os dejo mis últimas palabras, para que os acordéis de mí.

—¿Qué palabras?

—¡Libertad o Muerte! —gritó Thrassaki.

Los dos viejos se metieron otra vez en el café meneando la cabeza.

—¡Se acabó, ha visto al ángel de la Muerte, el viejo Sifakas!

El abuelo se detuvo delante de la mezquita. Los muros estaban muy limpios, recién blanqueados y la puerta tenía un hermoso

amarillo.

—Revuelve la pintura con un palo, Thrassaki —dijo el viejo—, aquí voy a aplicarme muy particularmente. Cada letra tendrá derecho a un rabito. Tú vas a ver. Empezó a perfilar sus palabras sobre la puerta amarilla con una técnica perfecta.

Al fin empezó a cansarse.

—Volvamos a casa —dijo—, estoy cansado. La iglesia será para otro día. Traeré una escalera. Quiero subir hasta el campanario y para eso hay que ser fuerte.

—Tienes que tener cuidado de no caerte, abuelo. Yo subiré contigo.

—No, no, tengo que ser yo solo —insistió el viejo—, yo solo. Ahora, volvamos.

Encontraron la casa llena de mujeres. A las de la familia se habían unido algunas campesinas. Todo el barrio reunido allí escuchaba al viejo Kriaras, el coplero, que acababa de llegar a la casa del Capetán Sifakas. En aquella casa era donde encontraba la mejor comida, la más abundante, y el más seguro refugio siempre que quería. Aquel viejo de largas barbas divididas en dos puntas, de ojos azules, gran bebedor y comedor, había sido un célebre mujeriego en su juventud. Durante una revolución, él era entonces un adolescente imberbe, estaba guardando el ganado en las montañas de Mehmet-Alí, cerca de Kasteli, pero cogió el fusil e hizo dar media vuelta a las vacas y bueyes de su amo para regalárselas a los rebeldes. Cuando Creta volvió a caer bajo la dominación turca, Kriaras no pudo volver a poner los pies en Kasteli. Anduvo errante por los alrededores de Rethymno, se hizo agoyatis, luego buhonero y luego tocador de lira. Bromeaba con todas las mujeres, lo que le valió muchos golpes y estuvo a dos pasos de que el jefe de los pastores del monte Ida, Kostandaras, le castrase con el cuchillo que empleaba para capar a los borregos, porque hacía la corte a su hija Krustalenia. Y hasta es posible que hubiese llegado a castrarle, porque a partir de aquel día Kriaras pareció más calmo y suavizado: empezó a echar carnes y allí comenzó su carrera de rimador. Iba de pueblo en pueblo cantando sus poemas y llenando su al forja.

Los campesinos formaban corro a su alrededor, maravillados, preguntándose dónde podría encontrar todas aquellas palabras y cómo las reunía. Llegaba a hacer llorar a los que le escuchaban. La Gran Revolución resucitaba, los héroes salían de sus tumbas, Arcadi explotaba y los viejos se secaban los ojos con sus pañuelos. “Arcadi resiste y lucha todavía, pensaban, sigue ardiendo, vivirá tanto tiempo como estos versos, es decir, eternamente.”

Oyéndole, las gentes se transformaban, se hacían mejores; los avaros abrían sus puertas y sus armarios y llenaban las alforjas de

Kriaras de habas, de habichuelas, de garbanzos, de calabazas y de pan, todo junto… Y cuanto más hinchadas veía sus alforjas Kriaras, más reía de placer con su ancha cara atezada.

Las campesinas, aquel día le vieron venir de lejos. Pasaba su vida recorriendo las llanuras y las montañas y seguramente podría darles noticias de sus maridos. Le persiguieron, le rodearon y empezaron a preguntarle, pero el coplero tenía prisa, iba derecho a casa del viejo Sifakas; lo que tenía era hambre.

Cuando el abuelo volvió con Thrassaki, el viejo Kriaras estaba sentado en la silla tallada, calentándose junto al fuego.

—¡Salud, Capetán coplero! —dijo el abuelo, dando la bienvenida a su visitante.

El rimador se levantó. El Capetán Sifakas era más viejo que él y además amo de la casa, generoso, y célebre combatiente. Como tal le respetaba.

—¡Salud, Capetán Sifakas!, viejo león de Creta. Desde hace algún tiempo estoy trabajando para cantarte, señor Sifakas, quiero hacerte inmortal.

—Déjame morir primero —dijo el abuelo y su cara se ensombreció.

—¿Qué noticias traes, viejo Kriaras? —dijo madama Mastrapas, impaciente por saber de su marido—. ¿Qué es de mi hombre, allá arriba entre las rocas, él que no está acostumbrado a hacer la guerra? Yo soy la mujer de Mastrapas, el vendedor de esquilas.

—Preferiría comer primero —respondió el rimador—, y luego beber un vaso de vino para que la memoria se me active. Mi cabeza está como una colmena bordoneando. Tengo hambre.

—Traedle de comer —ordenó el abuelo—. Llenadle un gran jarro de vino. El vientre del coplero no tiene fondo. Se le echa más y más y siempre queda sitio, es como el reino de los muertos.

El coplero se echó a reír. Le trajeron la mesa, se sentó en el suelo con la piernas cruzadas, cerca del fuego y abrió su boca como un pozo.

De pie, llenas de admiración, las mujeres miraban cómo vaciaba las escudillas y dejaba limpia la mesa. El abuelo se sentó frente a él, con la barba salpicada de pintura roja y se puso a mirarle él también. Durante un largo rato todo el mundo estuvo callado. No se oía más que los dientes y los labios del viejo Kriaras que chascaban y su gaznate que gorgoteaba cada vez que levantaba el jarro.

Terminó, se limpió las barbas, bebió una vez más y se dió cuenta de que estaban delante de él el viejo Sifakas y las mujeres, de pie, anhelantes.

—¡Vamos, ahora preguntad! —dijo estirando sus largas piernas hacia el fuego.

Las mujeres se abalanzaron sobre él, cada una quería hacer resaltar su propia pena. Mi marido, mi hermano, mi hijo, ¿tú le has visto? ¿No está herido? ¿Vive? Todas estaban pendientes de sus labios. Pero él no había visto a nadie. ¿Cómo escalar la montaña con aquella nieve? No tenía nada que hacer entre el frío, el hambre y el tiroteo. La poesía necesita seguridad y bienestar. No había visto a nadie, ni marido, ni hermano, ni hijo, pero ahora con la panza bien llena, empezaba a tener lástima de aquellas mujeres y para cada una de ellas tenía una palabra tranquilizadora. Una mujer se iba aplacada, otra venía … Y cuando todas fueron consoladas, cuando quedó vacía la casa, miró al abuelo y le sonrió.

—|Si predices la dicha, la dicha vendrá! —le dijo—. Yo cumplo con mi deber diciéndoles unas palabras buenas, Dios no tiene más que no dejarme mentir. Que él también cumpla con su deber.

—Consuelas a la gente con mentiras —le dijo el abuelo severamente.

—Yo soy coplero —respondió el viejo Kriaras—, es decir mensajero de buenas noticias. Ése es mi trabajo.

—Ahora que estamos entre hombres, nosotros dos y mi nieto, di la verdad. Tú cruzas ciudades y pueblos, recoges todos los rumores que corren; ¿qué has oído decir? Tú tienes ojos, nada se te escapa, ¿qué has visto que tenga interés? ¿Tiene Creta posibilidades de recobrar su libertad, viejo Kriaras? Dicen que vosotros, los poetas, habláis con Dios cuando os quedáis solos. ¿Qué se cuenta? ¿Dios, va a liberar por fin a Creta?

Kriaras bajó la cabeza, las palabras se revolvían en su pecho y subían amontonadas a su garganta. Se calló un instante para reflexionar.

—Viejo Sifakas —dijo—, estamos solos y voy a decirte un secreto que jamás he dicho a nadie. Tú tienes cien años y no tienes miedo de la verdad…

—No, no tengo miedo de la verdad —dijo el abuelo.

—Entonces, escucha: “Cuando Cristo nació, todos los pueblos —el de los blancos, el de los negros, el de los amarillos— fueron a saludarle. Cuando murió, los mismos pueblos fueron a despedirle. Creta fué también, llevando luto por sus hijos, con un pañuelo negro a la cabeza. Se quedó un poco apartada y fué la última en acercarse. ¿Cómo presentarse al mismo tiempo que las grandes naciones, Inglaterra, Rusia, Norteamérica? Esperó a que se fuesen todas para acercarse y caer ella también a los pies ensangrentados de Cristo. Llegó la noche. Durante todo el día el sol había hecho arder las piedras. Por la noche las nubes se amontonaron, el cielo se puso negro y gruesas gotas calientes empezaron a caer. No eran gotas de lluvia, eran lágrimas.

”Dios abre los ojos, en la penumbra y la lluvia, distingue a una mujer vestida de negro. Cree que es la Virgen y grita: «¡Madre!» Entonces, Creta levanta la cabeza, un relámpago desgarra el cielo y su cara resplandece. «¡Jesús!», grita ella abriendo los brazos, «¡yo no soy la Virgen, soy Creta!»

”Y la voz de Cristo dice: «¡Ven!» Creta se acerca, temblando, abraza la cruz, besa los pies traspasados de clavos y su boca se llena de sangre. Murmura: «¡Jesús, ¿por qué me abandonas?»

”Y la voz de Cristo se dejo oír nuevamente: «¡No llores. Levanta tu mano derecha y mira bien!»

”Creta levanta su mano derecha y ve, a la luz de los relámpagos: en su dedo más noble, el anular, brilla un anillo.

”«¿Un anillo de esponsales, ¡Jesús!?», grita con el corazón temblando. «¿Es un anillo de esponsales o es el eslabón de una cadena?»

"Cristo sonríe, inclina la cabeza y murmura algo, con voz muy débil, que Creta no ha entendido.

”«¿Un anillo de esponsales o un eslabón de cadena?», grita Creta una vez más. Pero nadie le responde. Grita de nuevo. ¡Nada!”

El viejo Kriaras calló un momento, luego:

—Todavía está allí, al sol o a la sombra o bajo la lluvia, la pobre Creta, vestida de negro como una viuda y grita. ¡Grita todavía, viejo Sifakas!

El viejo Kriaras suspiró. Quedaba un sorbo de vino en el jarro, lo bebió para refrescarse el gaznate.

—Desdichada Creta —murmuró levantándose.

El abuelo se levantó también y llamó a su nuera, madama Katerina.

—Vuelve a llenarle el jarro, hija mía —dijo—. Ha ganado bien su jornal.

Se volvió a Kriaras:

—¿Tienes todavía buenos dientes? —le preguntó.

—No me falta más que uno —respondió el coplero riendo—. Uno sólo que yo mismo me arranqué con unas tenazas. Era una muela del juicio.

—Tráele también unos puñados de nueces y almendras —añadió el abuelo.

Y le acompañó hasta la puerta como un gran señor.

—Que te vaya bien —le dijo tendiéndole la mano—. Y si cuentas por ahí tu historia, haz que Cristo responda: “Es un anillo de esponsales.” Con eso no pierdes nada. Tú mismo lo dijiste: ¡si predices la dicha, la dicha vendrá!

—¡Estate tranquilo, Capetán Sifakas! —dijo el coplero, astuto como

el diablo—. ¡Estate tranquilo! No cuento la misma historia a todo el mundo. Yo conozco mi oficio. A cada uno según sus fuerzas.

Desde el umbral de la puerta, el abuelo vió al rimador alejarse, chapoteando en la nieve. Thrassaki estaba agarrado a la mano de su abuelo y miraba él también alejarse al extraño visitante. Cuando el viejo Kriaras desapareció, el abuelo se volvió a su nieto:

—¿Comprendiste? —le preguntó—. Cristo, Creta, el anillo de esponsales…

—A mí no me gustan los cuentos de hadas —dijo el chico—. Ya soy demasiado grande.

—Cuando seas más grande te gustarán —dijo el abuelo y se quedó callado.

Mientras el coplero contaba la historia de Creta y de Cristo, el pachá en su residencia, encendía continuamente su chibuquí. No se encontraba a gusto. Las noticias de Constantinopla eran malas; las del monte Selena también. En toda Creta los capetanes iban siendo menos intransigentes. Consultaban unos con otros y perdían toda esperanza puesto que Grecia, Europa y Rusia los abandonaban, pero algunos jefes seguían todavía indecisos. Sin embargo, ellos también doblarían pronto el espinazo ante la necesidad.

“He domado a Creta, proclamaba el sultán, ya no se oye un tiro en toda la isla y ahora les quitaré los privilegios que les había dado generosamente, porque los cretenses han sido perjuros al sublevarse.”

Sin embargo, en la cumbre del monte Selena, los tiros crepitaban todavía, se oían hasta en Constantinopla. El Capetán Miguel no se rendía y el sultán rabiaba. Mandó al pachá de Creta un saco diciéndole: “Mete ahí la cabeza del Capetán Miguel y mándamela. ¡A falta de eso, mándame la tuya!”

El pachá se sobresaltó, cogió el saco y se lo colgó al cuello. Juró: “Sí, por Mahoma en quien creo, haré picadillo a ese giaur. Picadillo, y mi cocinero lo transformará en albóndigas que daré a comer a los cristianos. ¡Al primero, al condenado imán, al metropolitano! ”

Se ciñó su espada, fué a la ventana y miró a lo lejos las montañas malditas. “Es fuerte, el giaur, las tropas regulares y las irregulares no han conseguido nada con cercarle por todas partes, con cortarle el agua, las provisiones y las municiones…” El pachá sabia que se alimentaba de pan seco y en qué estado se encontraban él y sus palikaros. “Retírate, Capetán Miguel, retírate con tus hombres, tus armas y tu estandarte. ¡Te juro por Mahoma que no tocaré uno sólo de tus cabellos!”, le había mandado decir por un mensajero. Y el Capetán Miguel por el mismo mensajero le había contestado: “Mientras tenga un soplo de vida, aquí seguiré. Aunque toda Creta se rinda, yo no me

rindo. ¡Y me c… en las barbas de tu profeta!”

—¡Maldita Creta, malditos cretenses y maldito destino de pachá! —murmuraba el gordo turco desabrochándose el cinto y dejando la espada—. No puedo ponerme a escalar las montañas en pleno invierno para correr detrás de ese demonio. ¡Voy a mandar más soldados!

Se acercó al brasero de bronce y dió una palmada. El negro apareció.

—Tráeme castañas y raki, Selim, todo esto me está quemando la sangre. ¿Sabes lo que el sultán me ha mandado a decir?

El negro no dijo nada, trajo un vaso de raki, se arrodilló y metió una fila de castañas entre la ceniza ardiente del brasero.

El pachá se desabrochó y se tendió en el diván.

—Dime algo agradable, condenado Suleimán, tú sabes hacer tragar las mentiras. Dime algo agradable, aunque sea una mentira. ¡Por Mahoma, eso me da lo mismo!

Los dientes del negro relumbraron, anchos y blancos.

—Es oportuno, Pachá Effendi, precisamente tengo una buena noticia para ti. Va a transformar en un jardín tu corazón.

—¡Habla, condenado Suleimán, gran tunante, y bendito seas! ¿El Capetán Miguel depone las armas?

—No, la noticia es otra, Pachá Effendi, otra mejor. Tú va conoces a Hamida Mulá, la exorcista que tiene al santo en su patio… Le hice echar las habas para ti esta tarde y predijo tu porvenir. Se sentó en medio del patio con su tamiz y su bol— sita de habas, mezcladas con conchas de todas clases, con pequeños guijarros y huesos de murciélago. Se inclinó, sopló sobre ellas y empezó a murmurar sus exorcismos. De pronto dió un grito, tiró al aire su talismán y se puso a bailar.

“¿Qué es lo que has visto, Hamida Mulá?, le grité yo. ¿Qué es lo que dicen las habas? ¿Cosas buenas?

”Cuando se calmó, se sentó en el suelo y empezó a tocar las habas, una por una, con la punta del dedo:

”¡Veo un fez rojo que ocupa toda Creta, desde Crabussa hasta el monasterio de Toplu! Veo al pachá, mírale, es ese pequeño caracolillo muerto, que recibe un firmán de Constantinopla con un sello dorado, letras doradas y cintas doradas. El sultán le manda libras de oro o tal vez galones dorados… como no sea que le manda a su hija para que se case con ella. Por el santo que nos escucha, no distingo bien.

”Habla más despacio, Hamida Mulá, le dije yo. ¿Cuándo van a llegar todas esas cosas maravillosas? Tengo que ir a contárselas al pachá para que me dé una propinita ¡y a ti también, pobre vieja! Se inclinó sobre las habas, las mezcló, las tiró y las retiró… Dentro de tres trimestres, me respondió. Anda, ve a decírselo al pachá para que

no se haga mala sangre.

”Y precisamente en el momento en que me llamabas yo volvía de casa de Hamida Mulá para darte la noticia.”

El pachá había estado todo el tiempo jugando con su rosario de ámbar y escuchando con la boca abierta. Su cara se había dulcificado, reposaba y con los ojos cerrados veía desembarcar en Candía a los mensajeros del sultán, seguidos por una caravana de camellos cargados de presentes que le enviaba su suegro: sacos y saquitos llenos de libras de oro, sacos y saquitos llenos de esmeraldas y turquesas, sacos y saquitos de nuez moscada y canela. li una pequeña hanum, la hija del sultán, toda vestida de seda, que bajaba de su camello blanco y subía esbelta, gentil y cimbreante, la escalera de mármol de su serrallo.

Suleimán calló, el pachá se sobresaltó como si le despertasen, y empezó a bostezar.

—¿Has terminado, bendito Suleimán?

—He terminado, Pachá Effendi.

—Bueno, entonces, pon el briki en el fuego y prepárame un café bien cremoso, eso me despertará. ¿Están asadas las castañas?

—¿No vas a mandar una propinita a Hamida Mulá?

El pachá sonrió:

—¡Ah!, pensándolo bien, bendito Suleimán, no hay que permitir que las cosas se le suban a uno a la cabeza. ¡Deja que pasen los dos primeros trimestres!

—La cosa no es tan tonta… —murmuró el negro, vejado, y puso el briki en el fuego.

El día acababa. Sentado en el trono episcopal, el metropolitano con sus gemelos inspeccionaba angustiosamente el mar de Creta agitado por la tempestad. Esperaba que llegase en el barco que venía a Candía todas las semanas el mensajero secreto de Grecia Debía traer instrucciones e indicar la vía que convenía seguí) en aquellas horas críticas. En las montañas, los últimos cape tañes no querían someterse.

“Por el amor de Dios, exclamaban los más sensatos, fortifiquemos nuestros corazones y depongamos las armas. Démonos tiempo a recobrar las fuerzas, nosotros y la pobre Madre y luego, ¡Dios es grande!, siempre tendremos tiempo de volver a sublevarnos.” “¿Fingir que besamos la mano que no podemos cortar? No, respondían los más exaltados: ¡Libertad o Muerte!” Y Grecia amenazaba a Turquía, temblando, o se echaba a los pies de Europa pidiendo ayuda. El metropolitano, indeciso, vacilaba entre las dos alternativas. Su espíritu le ordenaba: “Permanece tranquilo, ten paciencia, prostérnate.” Pero su corazón, el loco imprudente, gritaba “¡Libertad o Muerte!” Aquel

día, felizmente, iba a llegar el mensajero de Grecia y él le indicaría la posición que había que adoptar.

Durante todo el día el metropolitano escrutó el mar con sus gemelos. Pero el cielo se había oscurecido, la tempestad había estallado y el barco no llegó.

“Tengamos paciencia, mañana estará claro y llegarán las noticias. Por hoy se acabó—” se dijo y bajó a la iglesia a pedir a Dios que aplacase la tempestad.

Transcurrió la noche y se calmó el mar. Desde el barco se divisaba Creta a lo lejos. El día se alzaba. Un ligero perfume de orégano descendía de las montañas y Kosmas, el primer nieto del viejo Sifakas, de pie en la proa, respiraba profundamente el aire de su patria. Algunas rocas salvajes, árboles aquí y allá, formando una masa negra y a lo lejos las cumbres de las montañas enrojecidas. Era un día de primavera en el corazón del invierno. Dios, apiadado de los pájaros y los hombres les había concedido el sol. Kosmas alargaba el cuello y no se cansaba de admirar el cuerpo de su patria. La había dejado a los veinte años, joven, con un ligero vello en las mejillas y brumas en el alma; ahora volvía a encontrarla. Junto a él una mujer joven, pequeña, delgada y pálida, miraba también a Creta con ojos asustados.

—Es Creta —le dijo él. Sonrió y le tocó tiernamente el hombro.

La mujer se estremeció.

—Sí —dijo solamente.

—Aquí pondrás en el mundo a nuestro hijo —le dijo Kosmas en voz baja—. Ésta es tu patria. Olvida la otra… —añadió con dulzura.

—Sí, Kosmas… —dijo ella y volvió a callarse. Y de pronto se cogió al brazo de su marido, y le apretó, angustiada, como si quisiera persuadirse de su existencia. Luego se calmó un poco.

Creta se acercaba cada vez más, con sus montañas, sus olivares y sus viñedos. Abajo, Candía brillaba a la luz de la mañana. El perfume del orégano se hacía más fuerte. La luz, bajando de las cimas de las montañas, llegaba ya a sus raíces, se esparcía suavemente por la llanura y la inundaba. En el horizonte, los árboles empezaban a destacarse los unos de los otros, se oía cantar a los gallos en la dulzura matinal, el mundo despertaba.

Kosmas se inclinó hacia ella.

—Te lo ruego —le dijo dulcemente—, ahora vas a entrar en la casa de mi padre, sé fuerte, no tengas miedo. Piensa que yo estoy siempre junto a ti. Piensa que llevas en ti a nuestro hijo, no tienes que tener miedo… Mi madre es una santa mujer, te querrá mucho. Mi hermana, tengo que decirte…

Se calló y frunció las cejas.

—¿Qué? —dijo ella mirando a su marido con inquietud.

—Cuando tenía doce años el viejo la llamó un día y le dijo: “¡No volverás a pasar el umbral de la puerta! ¡No volverás a aparecer delante de mí, vete!” Y desde ese día, la infeliz ha vivido encerrada en la casa. Se pasaba el día sentada, tejiendo, bordando, preparando su ajuar. Cuando el viejo volvía por la noche, corría a esconderse al fondo de la casa. Cerca ya de los veinte años, vió un día a un joven que pasaba v repasaba bajo su ventana mirándola. Al día siguiente lo mismo y al otro igual. Un día una vecina le trajo una carta del joven y luego otra y otra. Estaba enamorado de ella y quería que bajase una noche a hablar con él para conocerse y casarse. La chica se apiadó de él y le mandó decir por la vecina que a medianoche estaría en la puerta.

Kosmas se calló. Una vena se hinchaba entre sus cejas y la sangre latía sordamente dentro de ella. Su odio, su temor y su admiración por el viejo se despertaron. A lo lejos, Creta desapareció, suspendida en el vacío, y la sombra amenazadora del muerto le hizo una seña.

—¡Calla —dijo ella—, calla, ya basta! —y alargó la mano para taparle la boca.

—No, es necesario que lo sepas todo —dijo Kosmas—, es necesario. A medianoche, como había convenido, mi hermana descendió, descalza, suavemente para no hacer crujir los escalones. Pero el viejo velaba. La oyó, se deslizó detrás de ella y la siguió a paso de lobo, como una fiera. La muchacha salió al patio y en el momento en que alargaba la mano para abrir la puerta, el viejo se abalanzó sobre ella, la agarró por los pelos, clavándole las uñas en el cráneo, la arrastró hasta su cuarto, desvanecida, la encerró con dos vueltas de llave y se guardó ésta en la faja. No dijo nada a nadie, y a partir de aquel día mi hermana no volvió a dejarse ver ni a la puerta ni a la ventana, durante años… Mi padre fué muerto en Arca di, pero de esto han pasado ya más de veinte años y mi hermana no ha recobrado enteramente la razón. De día trabaja, lava, guisa, teje y sigue preparando su ajuar. Por la noche, no duerme y cuando la medianoche se acerca, abre la ventana, se asoma y si por casualidad pasa algún rezagado, le grita angustiadamente: “¿Falta poco para la medianoche? ¿Falta poco para la medianoche?”

Kosmas se calló. Creía ver los cabellos rubios, los ojos azules, la gentileza de su hermana y su risa cuando era niña… Era como si hundiese sus ojos en un océano profundo y negro que se extendiese a sus pies.

Dió unos cuantos pasos por el puente y vió soldados turcos amontonados en la cala. Su hedor llegaba hasta arriba y volvió la cabeza… —Pobre Creta… —murmuró tocando el forro de su chaqueta donde había escondido la carta que encerraba el mensaje secreto…

Se volvió hacia su mujer.

—Te lo ruego —repitió'—, vas a entrar en la casa de mi padre, no tengas miedo.

Creta se aproximaba cada vez más, venía hacia el barco rebulléndose como un peligroso animal marino. Kosmas distinguía ahora claramente, detrás de Candía hacia el sur, la célebre montaña de forma humana, el Yuchtas, aquel enorme cráneo acostado mirando al cielo, arriba, sobre los olivares y los viñedos, con su frente ruda y abrupta, su nariz huesuda, la ancha boca y la barba hechas de rocas y precipicios… Yacía tendido boca arriba, azul y negro, muerto, dios petrificado e implacable, con la nuca ligeramente levantada como si todavía vigilase a Creta…

“No está muerto, el gigante, pensó de pronto Kosmas mirando al monte inquietante. Mientras viva y se agite en mí, no morirá; mientras yo viva y piense en él, no se extinguirá. Los otros han debido olvidarle, su vida depende sólo de mí. Él cuenta conmigo, pero yo también cuento con él… ”

El recuerdo de su padre germinaba en sus entrañas, extendía sus raíces, se negaba a dejarle. En el exilio temblaba de miedo pensando en él. Pero nunca como en aquel instante había sentido al muerto manifestarse dentro de sí con tal intensidad. “Sabe por qué vuelvo a Creta y conoce el misterioso mensaje que traigo. Lo siente, quiere arrojarse sobre mí e impedir que hable, el orgulloso guerrero.” Kosmas estaba irritado. Se volvió a mirar a su mujer para aplacar un poco su ánimo. Ella estaba en la proa, sentada en un montón de cuerdas. Sus grandes ojos negros estaban fijos en la ciudad que se aproximaba cada vez más, con sus murallas venecianas, sus casas bajas y sus minaretes blancos… Kosmas la enlazó por el talle, puso la mano en su vientre, sintió el calor de su cuerpo, el olor de su aliento y se sintió arrebatado por el deseo violento de derribarla sobre las cuerdas y besar la cabeza bien amada. Hacía dos años que gozaba de ella y no se cansaba de aquel cuerpo menudo y cálido, venido de un país lejano, de una raza extraña de tristes antepasados perseguidos. Dentro de sí, sentía que su padre clavaba los ojos en la emigrante, con odio. Y el amor por su mujer se hacía en él, desafiante ante el viejo; la estrechaba, la protegía, negándose a entregarla al muerto.

—Noemí —le dijo dulcemente al oído—, Noemí, te doy las gracias por existir.

La joven inclinó la cabeza y se refugió en el pecho de su marido como si quisiera meterse dentro, perderse en él y desaparecer para siempre.

La luz cambió; rosa pálido al amanecer, iba convirtiéndose en una flor abierta de blancura deslumbrante, y el mar, cubierto de pequeñas olas como tetitas, danzaba y se calentaba al sol. El cielo, lavado de su bruma matinal, era de un azul acero.

—Todas las mañanas —dijo ella, suspirando—, mi padre el rabino lloraba al abrir la ventana. “¡Qué belleza, qué maravilla!” —decía—. Y sin embargo, no veía más que chimeneas negras, una franja de cielo gris y hombres feos y harapientos que tiritaban. ¡Qué habría dicho, Dios mío, qué habría dicho si hubiera visto Creta!

—¡Desdichada Creta!… —murmuró santiguándose un viejo de calzones bombachos, acurrucado en la proa del barco—. ¡Desdichada Creta! ¡Si fueses una mujer, irías seguramente al paraíso! ¡Pero eres una isla, pobrecita!

Dijo y lanzó una mirada llena de odio a los soldados turcos que subían de la cala abrochándose los pantalones y ajustándose las armas.

—¡No sabéis dónde vais a meteros, perros! Date cuenta, amigo, serán una buena cantidad de carroñas —dijo volviéndose hacia Kosmas—. Alabado sea Dios, nuestros campos de cebada van a prosperar este año.

El hombre de los calzones dejó escapar una risa cloqueante.

—¡Son un buen abono los cadáveres turcos, sabes! —añadió.

—Son almas sombrías, estos cretenses, hombres intratables. Estoy entrando en la selva —murmuró la joven, mirando a su marido y sonriendo para atenuar el alcance de sus palabras—. Creo que no saldré viva —añadió, pero tan bajito que nadie pudo oírla.

El barco entró en el puerto. A la derecha, incrustado en las rocas, resplandecía el león de piedra veneciano, con el Evangelio abierto entre las garras. El puerto bordoneaba, un olor a limón podrido y a aceite de algarrobas trascendía. Detrás hervía el mar. Kosmas saltó al muelle y dió la mano a su mujer:

—Echa primero el pie derecho —le dijo dulcemente—. ¡Dios mío, tienes razón, es en la selva donde vas a entrar!

El pie derecho de Noemí tocó el primero la tierra de Creta y ella se agarró al brazo de su marido, agotada.

—Estoy cansada —dijo. Un sudor frío humedeció sus sienes.

—La casa no está lejos, ten valor. En seguida llegamos.

Avanzaron. Kosmas miraba ávidamente las casas, las calles y las gentes. Todo ha envejecido. Los cabellos negros han blanqueado, las mejillas se han hundido, los colores se han apagado, los muros van deshaciéndose y algunos caen en ruinas. Cogió la mano de su mujer y la apretó.

—Esta es mi patria. Sí, yo he salido de esta tierra que pisamos.

Ella se agachó, cogió un poco de tierra y la desmoronó en su mano.

—Está caliente, me gusta —dijo, pensando en su patria lejana y helada.

Se aventuraron por las callejuelas. Kosmas dejó el brazo de su mujer y echó a andar delante, con paso apresurado. Su corazón latía.

Dobló a la derecha. Distinguió de lejos la puerta de la casa paterna, cerrada. La ventana de arriba cerrada también. Se acercó a la vieja e ilustre puerta de gruesa aldaba de hierro. Sus rodillas flaquearon, se dominó.

Llamó. Se oyeron pasos en el patio y un suspiro. Los pasos se detuvieron. Volvió a llamar. Se abrió la puerta y una viejecita de cabeza blanca, arrugada, toda vestida de negro, apareció. Al ver al visitante dió un grito:

—¡Hijo mío! —y se apoyó en el quicio de la puerta para no caerse.

Apareció la hermana, delgada, marchita ella también, con el pelo gris y la mirada amarga, llena de sombría maldad. Sus pechos se habían cansado de esperar erectos durante tantos años y ahora colgaban.

¡Alegría! ¡Lágrimas! Las manos de la madre recorrían ávidamente el cuerpo bienamado… Y de pronto mientras estrechaba en sus brazos al hijo vuelto del exilio, mientras le hablaba como si fuese todavía el bebé que había criado a sus pechos, la madre vió a la mujer en el umbral de la puerta.

—¿Es…? —preguntó dulcemente.

—Sí, mi mujer.

La hermana oyó y volvió la cabeza. La madre se inclinó hacia el hijo:

—¿Por qué te has casado con ella? Vas a manchar nuestra sangre. Es una judía.

—Madre —dijo dulcemente el hijo, besando la mano arrugada—, quiero pedirte un gran favor…

—¿Tú, hijo de mis entrañas, tú me pides un favor? Yo te pertenezco enteramente, ordena.

—Te confío a mi mujer, madre… quiérela. Y a mi hijo también —añadió aún más dulcemente.

La madre se sobresaltó. Miró a Kosmas, interrogándole muda y suplicante.

—Sí —respondió él—. Lleva a tu nieto en su vientre.

Un dulce calor subió del seno de la vieja hasta su garganta y sus mejillas. Un gran estremecimiento se despertó profundamente en ella. Pero de pronto se sintió dominada por el miedo.

—¿Le pediste a él permiso? —dijo bajando la voz—. ¿Lo sabe? Él es quien manda, a él es a quien tienes que pedirle ese favor. Yo tengo miedo de él —hablaba suavemente, con voz ahogada, para que el muerto no la oyese.

—¿Qué puede él hacer? —preguntó el hijo, asustado súbitamente.

—¿Cómo quieres que yo sepa, hijo mío? No tiene cuerpo para que podamos saber dónde se encuentra. Puede estar en este momento en el

patio para impedirla entrar…

El hijo estalló:

—¡Yo no haré lo que él quiera! —dijo—. Ya no es él quien manda aquí. ¡Voy a buscarla!

Cruzó el patio con el corazón golpeándole de cólera y de miedo. Bruscamente su voz se hizo ronca.

—Chryssula —dijo—, entra.

La cogió de la mano y la llevó ante su madre:

—Madre, tu hija —dijo.

La joven se inclinó y besó la mano de la vieja. Luego esperó.

Sin decir nada, la madre miraba la nariz aquilina, los labios gruesos, el pelo de un rubio rojizo, los grandes ojos temerosos y la cadenita de oro alrededor del cuello de Noemí.

—¿Estás bautizada? —le preguntó, sin tenderle la mano.

—Está bautizada —respondió el hijo—. Ya ves la cruz que tiene puesta. Y lleva tu nombre, madre. Se llamaba Noemí y ahora se llama Chryssula.

Tiró de la cadenita y del seno cálido salió una minúscula cruz de oro.

—Bienvenida seas —dijo la madre tocándole la cabeza, después de una pequeña vacilación. Entraron.

Kosmas recorría la casa con el corazón oprimido. Subía y bajaba, acariciaba las puertas en silencio, los viejos muebles, el gran reloj de pared, las ancestrales pistolas de plata, junto a los iconos.

—¿Y el abuelo? —preguntó.

—Está allá, en el pueblo. Tiene cien años, pero todavía está fuerte. La muerte no quiere nada con él. Siempre pide noticias tuyas.

Las dos mujeres se sentaron en el viejo diván. La madre miraba al hijo. ¡Cuánto había crecido! Ahora era un hombre y se parecía a su abuelo, el Capetán Sifakas. La misma mirada que ama y acaricia todo lo que toca, la misma boca alegre y afable… De cuando en cuando la vieja echaba una ojeada a la mujer. “¿Qué decirle?”, pensaba, “es de otra raza, otro dios la ha creado, no quiero nada con ella.” Y la joven miraba al patio empedrado, los tiestos de albahaca, la parra virgen pelada por el invierno, sobre el pozo, y más allá del patio, más allá de la parra, las llanuras sin fin, cubiertas de nieve, los bosques helados, las ciudades sombrías, los cosacos armados con sus espadas desnudas, derribando las puertas y asesinando a los judíos … La nieve se deshacía bajo la sangre caliente, se transformaba en un barro escarlata y los rebaños de hombres, de mujeres y niños, corrían dando alaridos…

Se volvió y vió que la vieja la estaba mirando. Intentó sonreírle, pero no lo consiguió. Sus ojos se empañaron. La madre tuvo lástima

de ella.

—¿En qué piensas? —le preguntó—. ¿En tu patria? ¿Dónde has nacido?

—Lejos, lejos… En una ciudad llena de fábricas.

—¿De qué fábricas? ¿Qué era lo que fabricaban?

—Cañones, fusiles, máquinas… Pero mi padre…

Hubiera querido decir: Mi padre no se ensuciaba las manos fabricando máquinas para matar, era rabino… pero se calló.

—¿Tu padre, qué? —preguntó la vieja.

—Era un hombre muy bueno —respondió la joven suspirando.

La vieja se levantó, salió al patio, cortó una rama de albahaca y se la dió a su nuera.

—¿Hay albahaca en tu país? —preguntó.

—No.

—Ha brotado sobre la tumba de Cristo —dijo la vieja.

La noticia se extendió por todo el barrio. Las vecinas empezaron a llegar, ruidosas y de buen humor, llenaron la casa. Examinaban a la pequeña judía de pies a cabeza, como si se tratase de un animal extraño. La miraban y se acercaban a ella con las narices palpitantes.

—¿Has visto cómo huele? —dijo una vecina a otra, en voz baja.

—Huele a la judería —dijo la otra frunciendo los labios—. A eso es a lo que huele.

Kosmas miraba a su mujer con ternura. Era como un cisne herido en medio de una manada de ocas, de patas y de urracas que alargaban los cuellos para examinarla bien, daban un grito y se callaban.

María trajo la bandeja con la confitura y el café. Había envejecido. Una ancha cinta negra alrededor del cuello disimulaba sus arrugas. Miró a Chryssula taimadamente, como una enemiga. Esta mujer era más joven, más bonita que ella y se había apoderado de su hermano.

Kosmas se levantó, no podía perder tiempo.

—Voy a dar una vuelta para saludar a Candía… —dijo, dirigiéndose rápidamente hacia el arzobispado.

El metropolitano le esperaba, sentado en su trono. Desde temprano había oído llegar al puerto el barco y se habia santiguado:

“¡Dios mío, haz que traiga buenas noticias para los cristianos!”

Kosmas iba apresuradamente. Miraba a su alrededor con compasión. Había envejecido aquella querida ciudad, se desmoronaba, empezaba a hacerse polvo y a dispersarse en el viento. Algún día otra ciudad sería construida sobre sus cimientos, pero ésa ya no sería su ciudad. Las calles se llenarán otra vez de jóvenes, pero ésa ya no será su juventud… “Querida Candia, pensaba con ternura, querida Candía, nos hemos hecho viejos.”

Llegó ante la iglesia de San Minas, cruzó el patio, saludó al viejo limonero bajo el cual permanecía el metropolitano por Pascuas entre las ramas floridas, mientras Dios resucitaba… Miró a su alrededor emocionado, pero no podía detenerse y subió de dos en dos las escaleras del arzobispado.

El metropolitano se levantó, inquieto, impaciente:

—Buenos días, Kosmas —le dijo—. Dios te envía en estos momentos difíciles. ¿Qué nos traes?

Kosmas besó la mano del metropolitano.

—Esta carta, Reverendísimo Padre —dijo, sacando de su pecho el mensaje secreto.

El metropolitano cogió la carta, se acercó a la ventana y rasgó el sobre. Sus manos ardían.

La recorrió primero ansiosamente, luego volvió a leerla despacio. Durante largo rato, su grave y noble cabeza quedó inclinada sobre su pecho. Al fin, se alejó de la ventana y se dejó caer en el diván, con aire desesperado. Escondió la cara entre las manos:

—Desdichada Creta… —murmuró—. Desdichada Creta…

"No hay ninguna esperanza, decía la carta, los europeos no quieren indisponerse can el sultán. El sultán se siente muy fuerte y quiere quitar a Creta los pocos privilegios que le había concedido de mala gana. Además, ha enviado a un general con plenos poderes para quemar, matar y exterminar a los cristianos. Deponed las armas una vez más, tened paciencia, no cubráis a Grecia de sangre. Querría ayudaros, la desgraciada, querría verdaderamente, pero no puede."

El metropolitano levantó la cabeza.

—¿Sabes lo que dice la carta, Kosmas? —preguntó.

—Lo sé, Reverendo Padre.

—Voy a enviar una larga misiva a todos los capetanes para hacerles deponer las armas. Ya no podemos obrar según se nos ocurra. Al único que temo es a tu tío, el Capetán Miguel. Un ser verdaderamente incómodo, extravagante, intratable. Hace mucho tiempo que le dije que dejase la montaña con sus hombres y su estandarte, que el pachá no tocaría uno solo de sus cabellos, y ¿sabes lo que me ha respondido? "¿Me ocupo yo de tu misa, Reverendo Padre? Entonces no te ocupes tú de la mía. Yo no cederé a los turcos. ¡Antes reviento!" Es necesario que vayas a verle, Kosmas, y que le digas todo esto de viva voz.

—Iré, Reverendo Padre, pero sin esperanzas. Es una verdadera fiera, él también, como mi padre.

Se oyeron trompetas, pasos pesados y relinchos.

El metropolitano se volvió a Kosmas con aire inquieto.

—Son soldados turcos —dijo éste—, hemos viajado juntos. Los

desembarcaron en La Canea. Traen orden de destruir todo a sangre y fuego.

—Desdichada Creta… —repitió el metropolitano. Y levantando los brazos al cielo: — ¿Hasta cuándo?… —gritó—, ¿hasta cuándo…?

Callaron. Los dos pensaban desesperadamente en Creta.

—Tú has estado mucho tiempo en Europa, ¿qué es lo que pasa por allá, qué es lo que has visto? Nosotros, aquí, vivimos en un desierto —dijo al fin el metropolitano para cambiar un poco el curso de sus ideas.

—Muchas cosas, buenas y malas, todas juntas. ¿Por dónde empezar?

—¿Creen allí en Dios? Eso es lo que querría saber.

—Creen en una nueva divinidad, cruel y poderosa, y que puede llegar a ser omnipotente.

—¿Qué divinidad?

—La ciencia.

—Un espíritu sin alma, es decir, el diablo.

—Hemos entrado en la terrible constelación de Escorpión, también llamada del Diablo, Reverendo Padre.

—Los otros, es posible, pero no los cretenses. Nosotros tenemos un ideal, una fe que está por encima de nosotros mismos, que es contraria a nuestros intereses, un ideal que exige lágrimas y sacrificios. Nosotros no hemos salido todavía de la constelación de Dios.

Kosmas no respondió. ¿Para qué responder? ¿Qué decir? El metropolitano era viejo y creyente; no tenía otro sostén.

—Los cretenses y los rusos —añadió el metropolitano—. Los rusos tampoco han salido de la constelación de Dios. Fué en Kiev donde comprendí, cuando yo era archimandrita, lo que es la fe, lo que es Dios, cómo baja a la tierra y cómo anda entre los hombres y habla con ellos. Mientras Rusia exista yo no tengo miedo.

Kosmas se levantó.

—Te dejo, Reverendo Padre, para que puedas redactar la misiva a los capetanes. No hay que perder tiempo.

—Vete, con mi bendición, y vuelve mañana. Voy a convocar a los notables y tú también les hablarás.

De vuelta a la casa de su padre, ya de noche, subió a la vieja alcoba de su juventud y encontró a su mujer llorando, apoyada en la cama. La abrazó, le acarició los cabellos, la barbilla y levantó su triste cara hacia él. La joven le sonrió.

—¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho?

—Nada… nada… Estoy cansada.

Hundió su cara en el hueco de su brazo y se calló. Luego:

—Todas me miraban, me olían y se volvían de espaldas, murmurando entre ellas. La madre tuvo lástima de mí. Se levantó y les dijo: “Amigas mías, volveos a vuestras casas. Estamos cansadas. Mañana volveremos a vernos.” Me cogió de la mano y me hizo subir aquí, a tu cuarto. Hubo un momento en que se inclinó como si fuese a besarme, pero se detuvo. Me dijo, solamente: “Échate, no les hagas caso, duerme.” Yo me quedé aquí y te esperé.

Kosmas apartó los bucles de la nuca de su mujer y la besó. Ella cerró los ojos y sonrió. En aquel momento, la luna iluminó su cara y su palidez asustó a Kosmas. La tomó en sus brazos y la echó en la cama.

—Duerme —le murmuró al oído—, duerme, estás cansada. Ella le cogió la mano:

—Sola, no puedo. Échate a mi lado.

Se abrazó a su marido, se apretó contra su pecho, murmuró algunas palabras tiernas en su lengua materna y se durmió.

En el cielo, la luna ascendía lentamente, amplia, silenciosa, llena de dulzura. Era la misma de antes. Kosmas pensó en las noches de su juventud, rebosantes de miel, en las conversaciones apasionadas con sus amigos en torno a los grandes problemas insolubles —¿de dónde venimos, a dónde vamos, por qué existimos?— que atormentan a todos los adolescentes de la tierra.

El claro de luna extendía una sábana blanca sobre toda la superficie de la cama. Los cabellos dorados de Noemí, extendidos en la almohada, relucían tranquilos, suaves como un césped fosforescente. Su cara tenía el resplandor de un mármol. Kosmas alargó el brazo para acariciarla, pero renunció, no quiso quitarle el sueño.

“Amo a esta mujer lo más que se puede amar, pensó. Me ha hecho tanto bien… Ella ha despertado mi mente y mi corazón, me ha enseñado a amar a las razas extrañas que yo antes odiaba, a comprender las ideas ajenas contra las que luchaba, a sentir que todos los hombres tienen una misma raíz. Fué un hada la que la cogió de la mano aquel día y la puso ante mí.” Meneó la cabeza y sonrió: “El hada no existió nunca, ¡fui yo quien la cogí de la mano, nadie más que yo!”

Y recordó aquella biblioteca, en una lejana ciudad del norte donde había ido a pedir un libro que adoraba: las canciones chinas de la dinastía de Song. No lo había encontrado y, cuando iba tristemente por la calle, sus ojos tropezaron con una muchacha que pasaba. Llevaba una blusa de seda color naranja, su color preferido. Brilló un instante a la luz y desapareció, dejándole una impresión de misterio, de belleza y de pena.

Como un relámpago, cruzó su mente este pensamiento: “Si quiero,

la alcanzo y la hago mía. Si no quiero me quedo aquí y la dejo pasar. Soy absolutamente libre, pero ¿qué es lo que quiero?" Y se acordó del pastor cretense que no había bajado jamás a Candía y se la imaginaba una ciudad muy importante. Había oído decir que era el paraíso, que tenía de todo, los bienes más preciosos de la tierra, botas blancas de doble suela, fusiles y espadas, sacos de habas y de bacalao. Y mujeres que olían a jabón perfumado.

Durante años, el pastor soñó con aquel paraíso, lo deseó, hasta que un día se puso al hombro sus viejas botas, para no estropearlas andando por las piedras y echó, montaña abajo, en dirección a Candía. Corrió durante siete horas. Al oscurecer llegó ante la gran puerta de la ciudad y, de pronto, parece ser que tuvo vergüenza de no haber sabido vencer la tentación. Pegó en la pesada puerta con su cayado y exclamó: "Si quiero, entro, si no quiero, no entro." Y se volvió a la montaña. "¡Yo, entraré!", murmuró Kosmas y se lanzó en persecución de la muchacha. La blusa naranja resaltaba entre la multitud oscura, y Kosmas la seguía. La muchacha se volvió y le miró con aire asustado.

"Cuando usted pasó, le dijo: pensé: Si quiero, detengo a esta muchacha y nos hacemos amigos. Si no quiero, la dejo pasar y desaparece. Y decidí que quería." "O está usted loco, respondió la muchacha, mirándole con gesto angustiado, o es usted poeta, pero yo no tengo tiempo…" "Venga usted conmigo, charlaremos un poco y luego lo decidirá…" "No tengo tiempo, repetía la muchacha, tengo que irme." "¿A dónde va usted?" "Tengo que ir", repitió, temblándole la voz. Kosmas la cogió por el brazo, inquieto. "No irá usted, dijo atrevidamente, vendrá usted conmigo…" El tono de su voz le dió miedo: decía "Tengo que ir", como se grita: "¡Socorro!" La muchacha le miró. Sus cejas finas, unidas sobre la nariz se arqueaban. Se veía que su vida entera estaba jugándose en aquel instante. "Quiero", "No quiero." Todo su destino estaba contenido en aquellas palabras. "Ven", volvió a decirle Kosmas. ¿A dónde? "A ningún sitio." "¿A dónde?", repetía ella como un niño que se queja. "Vamos a andar un poco juntos y luego usted se irá… La vida es corta. Digámonos lo que tengamos tiempo de decirnos…" La muchacha meneó su cabeza, dorada como miel. "Digámonos lo que tengamos tiempo de decirnos. ¡La vida es corta, vamos!"

Entraron en un parque. La tarde, primero verde y oro, se hizo violeta y fué declinando suavemente hasta el azul oscuro. Hablaban rápido, anhelantes, los dos apresurados. Kosmas habló el primero para tranquilizarla. Le habló de Creta, la isla terrible y tan querida, del ogro de su padre, de su madre, la santa y gran mártir… La muchacha estaba trastornada. "¿Por qué me hablas con tanta confianza?", le preguntó. "Porque yo me voy por un lado, tú por otro y no tenemos tiempo… Antes, las gentes dejaban pasar años antes de llegar adonde

nosotros hemos llegado esta noche, de un salto…”

Estaban sentados en un banco. “¿Cómo te llamas?”, le preguntó él. “Noemí.” “Habla, Noemí, tu vida debe haber sido muy amarga. Ten confianza en mí, yo soy cretense.” “¿Y qué significa ser cretense?” “Ser un hombre ardiente, Noemí.” Cuando se levantaron era ya de noche. El corazón de Kosmas desbordaba de indignación y de amargura. Aquella muchachita encerraba en sí todo el dolor de la tierra. Sus palabras iban revelando uno por uno, el horror, la infamia y la demencia del mundo… Con la cara oculta en sus manos, él escuchaba e imaginaba. Los cosacos entraban a caballo en la ciudad, se precipitaban en el barrio judío, rompían las puertas, mataban a los hombres, reunían a los viejos, a las mujeres y los niños. El padre de Noemí, el viejo rabino de barbas blancas, se había puesto a la cabeza del cortejo y habían partido por la nieve… Días y noches, noches y días por la nieve… Iban disminuyendo poco a poco, había continuamente alguno que se derrumbaba y quedaba tendido en el suelo helado, a izquierda y a derecha mujeres y niños… Noemí estalló en sollozos y Kosmas la enlazó por la cintura. “¿Cómo pudiste salvarte?” “No lo sé, todo es como un sueño… No me preguntes nada”, gritó de pronto, “no me preguntes riada.” Kosmas le acarició los cabellos. “No te pregunto nada, vete…” Los dos callaron un momento y luego, Kosmas le preguntó: “¿Y a dónde ibas esta tarde?, ¿por qué llevabas tanta prisa?” Noemí levantó la cabeza: “Había tomado una decisión… Una amiga me dió esta blusa color naranja, me lavé la cabeza, me peiné y me disponía…” Se detuvo, luego, tranquilamente: “A matarme, para terminar.”

Kosmas se inclinó y le besó las manos. “Vamos.” “¿A dónde?” “Ven conmigo, Noemí” “¿A dónde?” “¿Por qué me preguntas? ¿No tienes confianza? Yo no sé si estoy enamorado de ti, pero sé que no te abandonaré. Todo el mundo te ha abandonado, yo no te abandonaré jamás.”

La muchacha bajó la cabeza. En la oscuridad del parque Kosmas no podía distinguir su cara. Esperaba, silencioso. Dejaba que la pobre huérfana consultase a sus antepasados, los teócratas hebreos, y tomase una decisión. De pronto, Noemí levantó la cabeza y con aire tranquilo y decidido: “¡Vamos!”, le dijo, tendiéndole la mano.

La luna se había retirado, la cama había quedado en sombra y abajo, la madre y la hermana velaban y hablaban en voz baja. Kosmas escuchaba la voz de su madre, monótona, tranquila como un arroyo corriendo en la noche. Un perro aulló lastimero. El perfume de la albahaca subía del patio, la misma albahaca que había embalsamado su juventud. La albahaca, la mejorana, el pipirigallo, el jazmín, tantos viejos y queridos compañeros. Kosmas respiraba profundamente y su

pensamiento, como el patio de la casa paterna, se llenó de tiestos de flores con un pozo en medio de agua fresca.

"Ésta es mi patria, pensaba, ésta es la casa donde he nacido y ésta es mi mujer..

Mientras Kosmas pensaba en todas estas cosas, dejando que el perfume y la frescura de la casa paterna penetrasen en sus entrañas, la ventana próxima, la del cuarto de su hermana, se abrió. Debía ser cerca de las doce. Kosmas escuchó durante largo rato. Silencio. Luego se oyeron pasos en la calle; era algún rezagado que pasaba. En seguida, una voz anhelante y desesperada lanzó: "¿Es ya la medianoche?" "¿Es ya la medianoche?" Los pasos se detuvieron, la ventana se cerró violentamente y se hizo de nuevo el silencio. Kosmas se estremeció.

—¡Dios mío —murmuró—, Dios mío, qué tristeza!

Se pasó la mano por las mejillas, bañadas de lágrimas.

Le fué imposible dormir. Con los ojos enteramente abiertos esperó que apareciese el día. Y cuando el cielo empezó a clarear, se deslizó suavemente de la cama para no despertar a su mujer, se vistió, bajó y se sentó en el diván, en el sitio de su padre. Parecía que se le hubiese metido en la cabeza provocar al muerto, echarle del lugar donde acostumbraba a sentarse, de la cama donde dormía, del patio y de la casa. Quería atrancar la puerta e impedirle entrar, tenía miedo por su mujer.

Se despertaron en él los antiguos temores, de los que creía haberse deshecho en Europa. Su corazón era todavía una gruta oscura, poblada de visiones.

Su hermana apareció, con la cara amarilla, ceñuda. Vió a su hermano sentado en el sitio de su padre y retrocedió, espantada, como si el padre estuviese de regreso y tomase posesión de la casa. Desde aquella noche en que la había cogido por los pelos y la había prohibido tocar a un hombre, el odio crecía sin cesar en ella, la nutría y no la dejaba madurar. No quería más que vivir para maldecirle y odiarle. Todas las noches abría sus cofres, miraba las piezas de su ajuar, que ella misma había tejido con sus manos —los camisones, ornados con anchos encajes de aguja, las colchas festoneadas, las sábanas de lino y seda— y su corazón se desgarraba. "¡Maldito sea!", gritaba. A veces, llena de rabia, le daban ganas de amontonar todo en el patio y pegarle fuego, con la esperanza de que su padre ardiese igual. "Mis mortajas…", murmuraba, considerando el contenido de los cofres. "¡Maldito sea!" Abría los armarios y a la vista de los trajes de su padre se estremecía como un perro que encontrase una piel de lobo. No se había atrevido jamás a tocarlos; le daban asco y miedo. Le parecía que si los rozaba saldría de ellos una chispa para quemarla. Continuamente disputaba con su madre recriminándole que en toda su

vida no hubiese sido capaz de hacer frente a su marido. Hasta el día antes había querido mucho a su hermano. Pero en cuanto vió que estaba casado le detestó. Su mujer le repugnaba como le repugnaban los trajes de su padre. “María, le decía su madre, ten un poco de paciencia.” “¡Al diablo la paciencia!, le respondía ella. ¡Dime más bien que coja un cuchillo y la degüelle, para no verla más!”

Aquella mañana, cuando su hermano le dió los buenos días, no pudo contenerse y estalló en sollozos. Kosmas la cogió entre sus brazos.

—No llores —le dijo—, la vida va a cambiar, tú también serás feliz, hermana mía…

Ella meneó su cabeza gris:

—Es con la muerte con quien tendré que desposarme para ser feliz —murmuró, rechazando a su hermano, y salió de la habitación.

Kosmas salió al patio, necesitaba respirar. Pero de pronto sintió cierta inquietud.

Había oído un suspiro arriba, en el cuarto. Entró en la casa, subió rápidamente la escalera; quería ver a su mujer.

Estaba dormida. Su piececito de dedos delgados sobresalía de las sábanas; se inclinó y lo besó. Acarició suavemente el pelo esparcido por la almohada. De su boca entreabierta subía un aliento cálido que olía a clavel.

Pero súbitamente, en. el momento en que se inclinaba sobre ella, en que sus labios iban a tocar la boca entreabierta, le pareció oír crujir los peldaños de la escalera como si unos pasos lentos y pesados subiesen. Reconoció al muerto. Se sobresaltó, se sentó en la cama, con el oído alerta, conteniendo el aliento. Llegaron al último escalón y se quedaron recorriendo el estrecho descansillo…

—¡El viejo! —murmuró Kosmas, aterrado—, ¡el viejo! —Extendió su mano sobre su mujer para protegerla.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. El corazón del hijo latía hasta romperse, le parecía que la casa entera rebullía. Hubiera querido gritar “¿Quién anda ahí?”, pero no tenía voz.

En el mismo momento, Noemí se despertó gritando. Miraba hacia la puerta y el sudor corría por su cuello. Kosmas la rodeó con sus brazos.

—¿Qué tienes? —le preguntó dulcemente—. ¿Has oído algo?

—Sí, sí…

—No te asustes, no es nada…

—Alguien subía la escalera… ¡Hay alguien detrás de la puerta!

—Calla, no tiembles. Era un sueño. Vas a ver cómo no hay nadie.

Se levantó. Estaba temblando, pero le dió vergüenza y alargó la mano hacia la puerta. La abrió bruscamente. Nadie. Se rió sin ganas,

para tranquilizarla. Luego se acercó, separó las ropas y besó sus rodillas temblorosas.

—Pero no tiembles, estás en tu casa, Noemí…

La joven miró a su alrededor, la mesa, el armario, la ventana, el iconostasio con las tres viejas imágenes santas: la Natividad, la Crucifixión y el arcángel san Miguel.

—Sí —dijo—, ésta es mi casa…, ya me acostumbraré a ella. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Kosmas la veía llorar y de pronto, incontenible, se levantó en sus entrañas el deseo. Nunca la había deseado como en aquel instante, ni siquiera allá lejos, en el exilio. Dejó la puerta abierta para demostrar que no temía a los muertos y empezó a acariciarla de pies a cabeza.

Un día transcurrió, luego dos, luego tres. Kosmas miraba a su madre y a su hermana. Habían hablado de la casa, de la familia, de los vecinos, del muerto que erraba por las habita— dones y seguía oprimiéndoles… y de Creta… Ya no tenían nada más que decirse. Un solo vínculo les unía todavía, ese profundo amor que no se expresa más que por el silencio. Kosmas recorría las calles y los senderos campestres de su infancia. En aquella plaza de los Tres Arcos el amor había hecho latir por primera vez su corazón. La muchacha le había aparecido en una nube dorada de crepúsculo; llevaba una rosa de té y él tenía las manos llenas de jazmines. ¡Qué perfume embriagador flotaba en el aire! Era una tarde de verano, las muchachas casaderas, vestidas de rojo, de verde o de azul, se paseaban con paso ligero, el pecho erecto, el pelo suelto y con cintas que ondulaban detrás de ellas como haciendo señas…

Eran como goletas empavesadas, como fragatas que partían a la conquista del mundo… Y los muchachos corrían detrás de ellas, pálidos, rabiosos, pero fingiendo que lo tomaban a broma. Sin embargo, sus corazones temblaban. Kosmas se contaba entre ellos, tenía dieciséis años…

Atravesó la plaza apresurado, con los ojos bajos, por no encontrarse con alguna vieja y gorda matrona y reconocer —quién sabe— en su mirada a alguna de aquellas muchachas encintadas de los atardeceres de su juventud. Recordaba al antiquísimo antepasado de la raza griega que, de vuelta en su isla, la recorría con el corazón lleno de rabia. Las casas le parecían más bajas, las calles, antes anchas, era como si se hubiesen encogido, los viejos amigos no tenían nada que decirle. Los que de adolescentes iban por las calles de Candía bañadas de lima, como conquistadores, discutiendo con pasión sobre Dios, la Patria o el destino del mundo, ahora estaban enzarzados con mujeres, hijos y preocupaciones cotidianas de la existencia. La flota de la adolescencia había naufragado en el agua de una herrada.

Mientras tanto, allá en Petrokephalo, el abuelo, aquel domingo estaba ante la chimenea encendida. Tenía frío. Sus mejillas se habían hundido y sus rodillas vacilaban. Miraba el fuego, pensaba en su vida pasada y la oía correr por dentro de su cabeza jugueteando, como un chorro de agua sin fin.

Pasó un agoyatis.

—Mi enhorabuena, viejo Sifakas —dijo alegremente—. Tu nieto Kosmas ha vuelto de Europa, está en Candía. Parece que viene con pluma y papel, y que escribe.

El abuelo se sobresaltó.

—¿Qué es lo que escribe, dime? —gritó, levantando su bastón.

Pero el agoyatis iba ya lejos.

El abuelo calló. Aquel retomo le parecía como un secreto presagio de muerte. "Ha llegado mi hora", pensó y se levantó.

—Coge la escalera grande, Haridimos —dijo—, y ven conmigo.

—¿A dónde, viejo Sifakas?

—Ya te he dicho mil veces que no me hagas preguntas. ¡Date prisa!

Haridimos cargó con la gran escalera y el abuelo echó a andar delante de él. Llevaba el bote de pintura y el pincel. De cuando en cuando apresuraba el paso, tropezando en las piedras. Llegaron a la plaza del pueblo, el viejo señaló el pequeño campanario blanqueado de la iglesia.

—Apoya la escalera contra la pared —ordenó—. Asegúrala bien para que no me caiga. ¿Dónde está Thrassaki?

—Se fué con sus amigos y la carabina, viejo Sifakas.

—Que mi bendición le acompañe. ¡Ha hecho bien!

El pastor apoyó la escalera contra la torre, la aseguró con dos piedras y las apretó bien para que quedase firme. El viejo puso el pie en el primer escalón y empezó a subir, resollando. Haridimos le miraba asustado.

—¡Santos del cielo! —murmuraba, santiguándose.

El viejo llegó a lo alto de la escalera, frente a un saliente de piedra donde empezaba el campanario. Mojó el pincel en la pintura, alargó el brazo y empezó a escribir, una por una, las enormes mayúsculas: L, I, B… Su corazón latía alegremente. "Quién iba a decirme a mí que iba a terminar mi vida de este modo, pensaba. ¡Con un bote de pintura y un pincel en la mano, escribiendo por las paredes!" Trazó todas sus mayúsculas y olvidando que estaba en una escalera quiso retroceder para admirar su trabajo. Se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al pie de la iglesia.

Haridimos se puso a gritar, los vecinos acudieron y levantaron al viejo. Tenía el cráneo partido, su sangre corría, pero su boca seguía cerrada, no dejaba escapar ni una queja.

—Ha vuelto su nieto y la alegría le ha trastornado… —decía Haridimos.

El pueblo fué sacudido como por un temblor de tierra; el pilar que le sostenía se había derrumbado. Viejas curanderas ungieron con pomadas la cabeza del viejo, mientras un mensajero partía para Candía en un millo para traer a Mustafá Babá. Él conocía el poder secreto de todas las hierbas y además era un gran hombre. Cuidaba a los turcos, a los cristianos y a los judíos sin distinción. “Todos son enfermos, los pobres, decía él. Enfermos, tanto si son griegos como si son judíos…”

A la mañana siguiente, llegó Mustafá, a horcajadas en el mulo. Sacó sus bolsitas, abrió sus botecitos, tomó la vieja cabeza rota entre sus suaves y hábiles manos y empezó a prodigarle sus cuidados…

Al tercer día, el abuelo abrió los ojos, miró a su alrededor y vió a su nuera, madama Katerina. Le hizo una seña.

—¿Y los de la montaña? —le preguntó—. ¿Tienes noticias de tu marido?

—No quiere rendirse —respondió ella.

—¡Tiene razón! —dijo el viejo—. Ponme una almohada en la espalda y levántame. Estoy cansado de estar tendido. Haz que venga Kostandis de la majada, le necesito. —Luego, cansado cerró los ojos.

Una hora más tarde, un coloso, medio hombre, medio chivo, hacía su aparición. Apoyó la barba en su cayado y, de pie, ante el diván donde yacía el viejo, esperó. El abuelo tenía los ojos cerrados y sus oídos zumbaban. No le había ni visto ni oído. Kostandis esperaba tranquilamente. “No es posible, se decía, alguna vez acabará por abrir los ojos y sabré lo que quiere.”

Los nietos y las nueras se reunieron; Thrassaki llegó con su carabina al hombro. Volvía de la montaña, donde iba todos los días a jugar a la guerra con sus amigos. Esperaba saber qué sería del abuelo para llevar a sus hombres al asalto del pueblo turco, pues esta vez lo tenía todo preparado.

—Despiértale, Thrassaki, tú no tienes miedo de él —dijo Kostandis.

—No, yo no tengo miedo —respondió Thrassaki—, pero me da lástima, está dormido.

El abuelo oyó rumor de voces y abrió los ojos. Kostandis movió sus enormes pies y se acercó. El viejo echó una ojeada, vió a todos reunidos a su alrededor y se enfadó.

—¡No me muero, mis queridos herederos, no me muero todavía. ¡Dejadme en paz! ¡Ven acá, Kostandis, agáchate!

El coloso bajó su gran cabeza peluda y escuchó las instrucciones del viejo Sifakas. Éste se expresaba lentamente, con el aliento entrecortado. De cuando en cuando se callaba porque tenía dolores,

luego recobraba fuerzas y seguía hablando. Cuando terminó:

—¿Has comprendido, Kostandis? —dijo.

—He comprendido, viejo Sifakas —respondió el pastor.

—Y luego, cuando hayas gritado eso por los pueblos, das un salto hasta Candía, hasta la casa de mi hijo mayor, tú ya conoces a mi nuera, madama Chryssula. Lleva un par de quesos y un buen cordero, como regalo, de mi parte. Parece ser que mi nieto Kosmas ha llegado. Mírale con tus ojos, tócale con tus manos, ¿comprendes? Y le dices: es necesario que vayas, tu abuelo está para morir. Quiere darte su bendición… ¿Has comprendido, bendito Kostandis?

—He comprendido, viejo Sifakas.

—¡Bueno, entonces, echa a andar!

El viejo se volvió para mirarle y él se fué. Sólo se oyó el ruido de sus botas claveteadas sobre las piedras, fuera, lejos en seguida.

Al día siguiente la puerta de la vieja Chryssula se abrió y un coloso peludo, con dos quesos en unas alforjas y un cordero degollado al hombro, franqueó el umbral y se quedó parado en medio del patio. Su pecho velludo estaba descubierto y olía a salvia y a chivo. Dejó en el suelo los regalos y se apoyó en su cayado. Las tres mujeres estaban tomando el café sentadas en el diván. En el cuarto, Kosmas se preparaba para ir a ver al metropolitano. Habían redactado por fin la misiva y mandado a los mensajeros a la montaña. Los capetanes bajaban la cabeza suspirando. “¡Puesto que la «Madre» lo quiere, respondían, a sus órdenes!” Pero todavía esperaban la respuesta del Capetán Miguel. Éste, al recibir la carta del metropolitano, llamó al otro Capetán del monte Selena, Polyxinguis, y los dos se encerraron en la choza de piedra.

—Yo no me rindo —declaró el Capetán Miguel.

—La Madre lo pide —replicó el Capetán Polyxinguis—, no la llevemos a la catástrofe.

—¿Qué Madre? Las mentes que la gobiernan no me inspiran confianza.

—¿Te inspira más confianza la tuya?

—¿Por qué te burlas? No es mi mente, sino mi corazón… Es él el que me dice: no te rindas, y no me rindo. Tú, por tu cuenta, haz lo que tu corazón te inspire.

—Yo hago lo que creo conveniente. Obedezco.

—Puedes irte, con mis mejores deseos. Abandóname tú también, no serás el primero. Yo no necesito a nadie. ¡Buen viaje y a más ver… guapo!

El Capetán Polyxinguis se detuvo, no tenía valor para irse *y* dejarle solo ante la muerte.

—Vas a morir inútilmente, Capetán Miguel —dijo.

—Nadie muere inútilmente en la guerra —exclamó el Capetán Miguel—. Tú no me llorarás, me figuro.

—He amado a un solo ser en el mundo y tú me lo has matado. No me importa nada de ti, Capetán Miguel, pero no quiero que mueras. ¡Qué diablos! Creta todavía te necesita.

—¡Pero yo no me necesito! —rugió el otro—. ¡Vete, te he dicho!

—¿Y tu mujer? ¿Y Thrassaki?

La sangre se le subió a la cabeza al guerrero, se le hincharon las venas del cuello.

—¡Si te importa la vida, vete! —rugió.

De una patada separó los haces de ramajes que cerraban la entrada de la cabaña, empujó al Capetán Polyxinguis y le dejó fuera. En el umbral llamó a Ventusos:

—Ventusos, echa a andar, baja a Candía y ve al arzobispado Saluda al Reverendo Padre de mi parte y dile: el Capetán Miguel ha recibido tu misiva, le ha chamuscado las cuatro puntas, te la devuelve y se niega a rendirse.

—A tus órdenes, Capetán Miguel —dijo Ventusos metiendo la carta en su pecho.

—Ve rápido, Ventusos, si te importa la vida, y no vuelvas por aquí, esto significa la muerte.

—Yo tengo hijos, Capetán Miguel —dijo Ventusos suspirando—. Tengo una hija casadera, una mujer, una taberna…

—¡No vuelvas, entonces! ¡Tú eres Ventusos y yo no puedo pedirte que te comportes más que como Ventusos! Llévate a Kayambis y a Mistigri, ve a buscar a Bertoldo y Effendín —gruñó el Capetán Miguel volviendo la espalda.

Ventusos se alejó. Se dirigió hacia la llanura por el sendero secreto. Mientras corría dejaba escapar suspiros y juramentos.

"¡Tú eres Ventusos y yo no puedo pedirte que te comportes más que como Ventusos!" Aquellas palabras le encendían la sangre. Cuando subía las escaleras del arzobispado, Kostandis entraba en la casa familiar de Kosmas. Como ya dijimos, se detuvo en medio del patio. Poniendo su ancha mano en su pecho sudoroso:

—¡Larga vida tengáis! —gritó. Su voz era temblorosa como la de las cabras porque se había criado entre los chivos y moruecos—. ¡Larga vida os deseo, señoras! ¡Si estáis comiendo, buen apetito!

—¡Bienvenido, Kostandis! —dijo la madre—. Entra. Siéntate y toma un vaso de vino… ¿Qué hay de nuevo por el pueblo?

—Tu suegro, el Capetán Sifakas está en las últimas, madama Chryssula, no hay ninguna esperanza. ¡El diablo mismo no podría salvarle! —dijo Kostandis echándose a reir—. Él te manda esos regalos.

Se acuclilló y apoyó el cayado en sus rodillas costrosas.

—Gracias a Dios, ha vivido mucho y bien. Ha comido, ha bebido, ha matado turcos, ha llenado su patio de chicos, de burros, de yeguas y de bueyes, ha desbrozado las montañas y las ha convertido en campos donde ha plantado viñas y olivares, ha hecho hasta construir una iglesia por la salvación de su alma, por esa parte también puede estar tranquilo. ¿Qué iba a hacer ya de la vida? No le queda más que arriar las velas para el gran viaje.

Kosmas oyó las voces y bajó de su cuarto. Kostandis se volvió y le examinó de pies a cabeza.

—Tu señoría, tú debes ser el primer nieto del viejo Sifakas. Si no me engaño —dijo estirando bien el pescuezo para mirarle. En seguida alargó su manaza y le tocó, siguiendo las recomendaciones del abuelo.

—El mismo —respondió Kosmas.

—Bueno, entonces, tu abuelo te manda decir que vayas a verle, pero en seguida. Para cerrarle los ojos. De prisa, te digo, si quieres encontrarle vivo. Por el sol que nos alumbra, yo creo que es a tu señoría a quien espera desde hace tantos años para entregar su alma al arcángel. “Lleva un mulo, me dijo, y hazle montar en él. Yo, dijo también, tenía un hacha en otros tiempos, mi hijo un fusil y ahora dicen que mi nieto tiene una pluma. No va a poder venir a pie. Lleva un mulo y móntale encima.” El mulo está en la posada esperando. ¡Vamos allá!

Se volvió a la dueña de la casa.

—Estas son las noticias, madama Chryssula. Y el vino que me ofreciste, voy a beberlo para complacerte.

Bebió el vino de un solo trago y con su manaza cogió una rebanada de pan. Chascó la lengua, satisfecho y se echó a reír.

—Hay que fijarse —dijo—, es increíble. Sabe hacer las invitaciones en regla, el Capetán Sifakas. A fe mía que parece que se va en viaje de novios. Hace veinticuatro horas que me mandó llamar; yo soy su pastor y su lacayo desde que nací, ya sabéis.

“Vamos, Kostandis, es lo que él dice, coge tu bastón, trepa a las montañas más altas y llama a todos los viejos combatientes. Párate en medio de cada pueblo y grita: «El Capetán Sifakas está en el último trance, amigos míos. A todos los que son de su tiempo, a todos los que han hecho la guerra con él y viven todavía, el Capetán Sifakas los invita a venir a su casa. Y no quiere nada de regalos, no tengáis miedo. Encontraréis la mesa servida, no tendréis más que instalaros. Comeréis, beberéis y luego él os hablará. Tiene algo muy grande que deciros, coged vuestros bastones y venid.»”

—¿Qué es lo que quiere decirles? —preguntó Kosmas. “Sólo los patriarcas del Antiguo Testamento morían con tanta grandeza”,

pensaba, sintiendo un gran orgullo por descender de semejante hombre.

—¿Que qué quiere decirles? Yo no sé. Yo tuve ganas de preguntárselo, pero no me atreví. Es muy capaz de romperme la cabeza de un bastonazo. Así que no le pregunté nada y vine corriendo. He cruzado las montañas, una por una, he entrado en los pueblos y me he puesto a gritar. Sólo tres viejos salieron de tres pueblos: el Capetán Manaakas, el Capetán Katsirmas y el viejo maestro de escuela de Ebaro, el cojo. "Ve a decirle que aguante, es lo que me dijeron, que no entregue su alma — en seguida. Que vamos allá." Se pusieron su fez con borla, sus fajas…

Kostandis se echó a reír:

—Qué viejas ruinas, los pobres —dijo—. Los tres acicalados, agujereados a balazos como cribas, apenas pueden arrastrar los pies. Entre los tres tienen trescientos años. Babean, no tienen pestañas. Cogieron sus pistolas de plata como si fuesen a la guerra y se fueron, sosteniéndose los unos a los otros para no caerse… Tú, puede ser que no me creas, pero cuando llegues al pueblo ya los verás.

Se levantó.

—¡Eh, patrón, ponte tu fez, tú también! Tu abuelo está en las últimas, ya te lo he dicho, ¿no comprendes? ¡Quiere que le cierres los ojos tú mismo!

La madre se santiguó:

—Irá al paraíso —dijo con toda seguridad—. Era un gran hombre.

—Padre también irá al paraíso —dijo Kosmas—, todos iremos al paraíso, porque todos hemos sufrido en este mundo.

La hermana meneó la cabeza y dijo con sorna, maligna:

—Dios es justo.

—Dios es misericordioso —dijo la madre y se levantó para coger el incensario.

Kosmas se volvió a su mujer que escuchaba en silencio, acurrucada en un rincón del diván.

—Tú vienes conmigo, Chryssula —dijo.

Pero Kostandis pegó en el suelo con su cayado.

—¡Voto al diablo! Qué necesidad tienes de llevar mujeres —gritó—. ¡Son una molestia! Dice uno: Adelante, y ellas responden: ¡Espera un poco! Y luego quieren demostrar mucho interés y se ponen a correr. Se quedan sin aliento en seguida y uno tiene que tener lástima de ellas. ¿Las puede uno plantar allí? Eso no se hace. ¿Las puede uno llevar? Es una molestia. Pero tú eres el patrón, haz lo que quieras. Yo, lo que yo diga…

—Kostandis tiene razón —dijo la madre que venía con el incensario—. No la lleves, hijo mío, va a cansarse mucho.

—Llévala —dijo la hermana malignamente—, llévala, es bastante fuerte.

Noemí tuvo miedo de quedarse en aquella casa sin protección. La atmósfera era asfixiante. Hubiera querido ser sumamente pequeña para esconderse donde nadie la viese.

—Yo voy —dijo—, yo voy, quiero ver Creta…

—¡Vete y no vuelvas! —murmuró la hermana que no podía soportar la presencia de Noemí. Cuando se le acercaba contenía la respiración. Ponía aparte el vaso, el cubierto y el plato de la extranjera que, según ella, manchaba la casa. El día anterior había vomitado de tanto como le parecía el aire impregnado de olor a judía.

—Yo soy bastante fuerte —decía Noemí—, soy bastante fuerte… —y se levantó para prepararse.

Pero en el momento de levantarse un brusco malestar la acometió, la casa le dió vueltas. Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Desde hacía irnos cuantos días su cuerpo estaba pesado como si estuviese sufriendo una metamorfosis, como si se desnaturalizase, y su sangre ardía.

Sintió que le tocaban el hombro y vió a su marido ante ella con un vaso de agua en la mano. Le sonrió y quiso cogerlo, pero su cuerpo cedió y se derrumbó desvanecida. La madre corrió a buscar esencia de rosas, le frotó sienes, nariz y cuello.

—Esté cansada —dijo la madre con compasión.

—No es nada —dijo la hermana—. Se ha desvanecido. Yo también me desvanezco algunas veces.

Kosinas la cogió en sus brazos y la llevó a la cama. Cuando Noemí abrió los ojos la madre estaba inclinada sobre ella.

—Perdóname, madre, estoy muy cansada —dijo.

—Duerme —le dijo la madre. Y por primera vez alargó la mano y le acarició la cabeza.

Kosmas besó el cuello de su mujer:

—Duerme, Chryssula —le dijo él también—. No vengas conmigo. Ten paciencia, yo estaré en seguida de vuelta.

Noemí asintió con la cabeza y cerró los ojos.

—Ve —le dijo.

Kosmas fué al arzobispado y encontró al metropolitano fuera de sí.

—Acabo de recibir la respuesta de tu tío —le dijo—. Dice que no quiere rendirse, y que nadie tiene que meterse en sus asuntos… Por el amor de Dios, ve a verle. Dile que Creta está en peligro y que él no hace más que emponzoñar las cosas. Trata de conmover a este alma de muía. Haz lo que puedas, hijo mío, es necesario.

—Haré lo que pueda, Reverendo Padre. Voy en seguida.

Noemí estaba sentada en la cama esperándole. Tenía puesta una

camisa de noche, amarilla, y su pelo rubio de color de miel le caía en bucles desordenados por los hombros. Apoyaba la barbilla en la mano y reflexionaba… ¡La fuerza del amor es inmensa! La había cogido y arrojado allí, en el otro extremo del mundo, en aquella alcoba llena de iconos, a ella, la hija del rabino. “¡Ah, si yo no hubiese visto todo lo que vi, suspiraba, si mi alma hubiera podido quedar virgen. ¡Qué felicidad!” Recordaba la noche anterior, el momento en que se acostó en la gran cama de hierro, un poco antes de dormirse. La ventana estaba abierta y el aliento de la noche entraba en el cuarto, perfumado de mejorana y albahaca. No se oía ni ruido de pasos ni ladridos de perros. Las calles dormían aliviadas por la ausencia de los hombres, la luna iluminaba el mundo tiernamente… Sólo a lo lejos se elevaba un suspiro, ligero, ritmado, incesante. Era el mar que, del otro lado de las murallas, tampoco podía dormir.

“¡Qué dulce es la noche en este rincón del mundo, con qué confianza duerme a mi lado el hombre que amo! ¡Y yo!…”

Kosmas entró, cerró la puerta y se sentó junto a ella en la cama. La miró con indecible ternura, con mirada insistente y profunda como si quisiera decirle adiós.

—¿Te vas? —dijo Noemí cogiéndole la mano. Las suyas ardían.

—Noemí —dijo él inquieto—, tienes fiebre.

—No, no tengo fiebre, querido mío. Creo que es la temperatura propia de mi raza —dijo ella sonriendo. Y luego: — Me miras como si me dejases… —iba a añadir “para siempre” pero no se atrevió. Estuvo a punto de gritar: “No me dejes en esta casa”, pero se dominó.

—Vendré en seguida, querida mía. Voy a cerrar los ojos de mi abuelo.

Retenía aún la mano de su mujer y sentía que su espíritu se calmaba, la vida se hacía más simple. Todos los siglos pasados se reúnen y se condensan en un pequeño instante, el instante en que se tiene entre las manos la mano del ser amado, cálida, viva, palpitante. Y uno se dice: esto ha sido siempre así, siempre será así, este instante es la eternidad.

Noemí miró largamente a su marido, sin decir nada.

—No me mires de ese modo —exclamó a su vez Kosmas—. Me miras como si te dejase para siempre.

Besó los ojos de Noemí y su boca se mojó de lágrimas.

—Pero tú también tienes un modo de mirar extraño —dijo Noemí y escondió su cara en la almohada.

La voz de Kostandis se oyó abajo impaciente:

—¡Eh, patrón, tu abuelo va a fenecer! ¡Vámonos! Tu madre ya ha llenado la cantimplora. Beberemos y comeremos a nuestro gusto por el camino. Pero date prisa que el día está cayendo.

Kosmas se inclinó y dejó un beso puro en el pecho de su mujer, como se besa un icono.

—¡Hasta pronto! —dijo.

—¡Que tengas buen viaje! —murmuró ella rodeándole la cabeza con los brazos.

Le retuvo largo rato así, contra ella. Sus ojos estaban llenos de ternura, de abandono y de temor.

—¡Que tengas buen viaje!… —volvió a repetirle.

Kosmas se acercó para besarla, pero ella puso la mano en sus labios:

—No —dijo—, no. ¡Hasta pronto!

XIII

El rostro de Creta es grave y atormentado. Creta tiene, en verdad, algo muy antiguo, sagrado, amargo y orgulloso como las madres que parieron héroes que la muerte les ha robado.

Cuando salieron de Candía y entraron en el campo plantado de olivares y de viñas, Kosmas delante, en el mulo, y Kostandis detrás, a pie, con su cayado al hombro, era ya casi de noche. Detrás, se alzaba el monte Ida, cubierto de nieve donde todavía daba el sol, sereno, poderoso y bueno como un abuelo. Delante, la montaña Dicteo, apacible bajo el dulce sol otoñal. Por todas partes los campos recién labrados, unos, ocre oscuro, otros de un negro profundo. Aquí y allá, ramilletes de olivos de ramas plateadas, un ciprés aislado, una parra torcida, sin hojas, con dos o tres uvas olvidadas en un racimo…

Kosmas miraba incansable. "Ésta es Creta, ésta es la tierra que me ha engendrado, ésta es la Madre…", se decía con el corazón latiendo hasta romperse. Cuando en el extranjero pensaba en Creta una voz se alzaba en él implacable, despiadada. Entonces bajaba la cabeza y callaba. "¿Qué has hecho tú hasta ahora?, le preguntaba. ¿No te da vergüenza? Durante tanto tiempo has luchado con el viento, tu ardor se ha perdido en palabras, has olvidado la realidad para alimentarte de sueños. ¡No quiero nada contigo!" Era Creta la que gritaba en él. Entonces bajaba la cabeza y callaba.

Y ahora hollaba la tierra de su país. Sus pulmones se llenaban del perfume del tomillo y de la ajedrea. No podía esquivar aquella voz, tenía que darle una respuesta. ¿Qué respuesta? No había hecho nada, no valía nada. Sus manos, sus muslos, su pecho no eran más que carne inútil. Era una vergüenza para su raza feroz e insumisa.

¿A dónde iba, ahora? A enterrar a un león de su familia y a obligar a otro león a capitular. En eso estaba. Se volvió hacia Kostandis por el deseo de oír una voz humana.

Le dió un cigarrillo. Kostandis se lo puso detrás de la oreja.

—¿Qué quieres que te diga, patrón? —dijo—. Nosotros estamos vivos, él está en las últimas. Él ha comido, bebido y matado turcos a su gusto. Que Dios le perdone. Ha vivido bien, y más que bien, créeme, no es para compadecerle. Cuando subía a la majada, de dos

bocados te despachaba un queso fresco. Luego, tiraba el cayado, mataba una liebre y me decía: “¡Kostandis, guísame eso!” Yo le guisaba la liebre y se la zampaba sin dejar un hueso. Comía y bebía bien, y he oído decir que reventó tres camas en su noche de bodas. ¡No te rías, patrón, es tal como te lo digo!

Se calló, se quitó el pañuelo que llevaba atado a la cabeza, se secó el sudor de su cara renegrida y se echó a reir él también.

—¿Sabes cómo se casó tu abuela? —preguntó.

—No, cuéntame, Kostandis.

—Sus padres no querían dársela a tu abuelo. Él era pobre, según parece, y ellos eran ricos kodjabachis. Para remate, él se conducía como un tarambana; no paraba de provocar revoluciones. Por un sí o por un no, se echaba al campo. Ellos eran gentes sensatas, sumisas, lameculos. En fin, no eran de la misma casta. Tu abuelo mandó emisarios, hizo intervenir al higumeno del monasterio de Nuestro Señor Jesucristo. Pero los de la buena familia respondieron “¡No, no, no! ¡No queremos!” “¡Ah!, dijo tu abuelo. ¡A mí con esas!… Vais a ver lo que vais a ver, ¡cornudos!” Una noche, salta sobre su caballo' y se pone en el pueblo de la chica. Lleva consigo una lata de petróleo y una caja de fósforos. Y un anillo de esponsales atado en una punta de su pañuelo. Entra en el pueblo y empieza a regar con petróleo todas las casas. “¡Eli, labradores, grita, voy a pegar fuego a vuestras casas!” Ellos reconocen la voz y se tiran de las camas. Los padres de la chica se despiertan también asustados.

“—¡Por el amor de Dios, Capetán Sifakas, no nos hagas semejante cosa!

”¡Dadme a Lenio! —gritó él.

”—¿No tienes temor de Dios?

”—¡No metáis a Dios en mis asuntos! ¡Dadme a Lenio! ¡Aquí está el anillo de esponsales!”

“Se quita el pañuelo de la cabeza, deshace el nudo: Elegid, grita, ¿el fuego o el anillo?

”—Que Dios te castigue, diablo desencadenado —dijo el padre de la muchacha.

”—¿El fuego o el anillo? —vuelve a gritar.

”—¡Apiádate del pueblo!

”—¿El fuego o el anillo?

”Los campesinos se enfadaron. ¿Cómo? ¿Ese imbécil va a ponemos la ley en el pueblo? Defendámonos, muchachos. Pero el pope intervino.

”—¡Temed a Dios, hermanos míos, ceded a este energúmeno!

”Se volvió al padre de la muchacha:

”—¡Vamos, viejo Minotis, decídete, el pretendiente está muy bien,

dale tu hija!

”Los más sensatos también intervinieron.

”—¡Ya te la daré, demonio desencadenado —gritó el padre, pero vete!

”—¡La quiero ahora mismo, ve a buscarla!

”Echando juramentos, el padre va a buscar a la chica. La madre va detrás con lamentaciones.

”Tu abuelo se inclina, agarra a la chica, la levanta en vilo y se la echa a la grupa. Espolea a la yegua y arma una nube de polvo. Los campesinos corren detrás de él, jadeantes, con el pope. Al amanecer llegaron a Petroképhalo y allí les casaron.

”Ahora, fuera, ¡ox! —grita tu abuelo a los campesinos—. El domingo próximo habrá comilona. Entonces seréis bienvenidos. Por ahora, tengo mucho trabajo…”

Kostandis cogió el cigarrillo que se había puesto en la oreja.

—Así es como los hombres deben casarse con las mujeres. Sacó la mecha y el eslabón, y encendió.

Cruzaban un valle, encerrado entre dos montañas. Por las piedras blancas corría un hilo de agua.

—¿Tienes sed? —preguntó Kostandis.

—No, apresurémonos, Kostandis, vamos muy retrasados.

—¡Yo tengo sed, espera un poco!

Se echó de bruces en las piedras, hundió en el agua su barba puntiaguda y sus mostachos.

“Va a secar el arroyo”, pensó Kosmas, admirando al gigantesco montañés. Contempló las sólidas pantorrillas, la cintura fina, la cabeza oscura y rizada, con un sentimiento de orgullo, como si fueran los suyos.

De un salto, Kostandis se levantó, se secó las barbas y volvió a echarse al hombro el cayado.

—Ahí, en esa piedra donde me he apoyado para beber, fué donde degollé a Hussein, el albanés, el enemigo de los cristianos. Y me juré que bebería en el arroyo cada vez que pasase. ¡Con sed o sin ella, yo bebo!

—¿Fuiste tú quien le degollaste, Kostandis, tú sólo? —preguntó Kosmas a quien el metropolitano había contado el día antes la terrible hazaña. Era una de las causas que, según parece, habían provocado la matanza en Candía.

—Solo, por supuesto. ¿Qué te has creído? Él estaba solo, tenía que ser solo yo también. Yo sabia que iba a pasar por allí, el perro. Había pegado fuego al' pueblo. En seguida lo verás, cuando pasemos. Había matado a todos los hombres. Entonces yo juré matarle a él. Tenía que pasar por este valle y me puse al acecho.

—Pero, ¿cómo le degollaste?

—Bueno, ¿cómo se degüella a un hombre? Saqué el cuchillo y le corté el pescuezo. Luego, me eché al campo.

—¿Tú también te echaste al campo, Kostandis?

—¿Soy yo un hombre, sí o no? Me fui a ver al viejo Sifakas y le dije: "Deja el rebaño a Haridimos, él es viejo y no puede hacer la guerra, yo cogeré el fusil." "Coge el fusil, es lo que me dice el abuelo, coge el fusil, bendito Kostandis y mata todos los turcos que puedas. Procura no avergonzarme." "No te preocupes, viejo Sifakas, es lo que yo le dije, pero yo no entraré en el bando de tu hijo, eso, ya lo sabes. Todo lo quiere para él y no deja nada a los otros. En cuanto aparece un tipo peligroso le salta encima." Entonces, entré en el bando del Capetán Vlahos. He matado todos los turcos que he podido y el domingo pasado el Capetán me llamó: "¡Vuélvete a casa, Kostandis!, la guerra se acabó, el metropolitano me ha mandado un mensaje. Dice que tengo que deponer las armas, así que vete y que te vaya bien… ¡Capetán Kostandis!" "¿Capetán Kostandis?, le digo yo, ¿desde cuándo?" "Ya lo creo, respondió el Capetán. Has trabajado bien, has hecho incluso una gran hazaña, has matado a Hussein, el albanés. Voy a darte un papel con un diploma de Capetán y lo pondrás en un marco para que tus hijos lo vean y se enorgullezcan." "¿Y qué es lo que habrá en el papel?", lé pregunto yo. "Que has hecho la guerra como un valiente y que tienes derecho a una pensión, que se te dará cuando Creta sea liberada." "¡Tráelo!", le dije. Llamó a su secretario, le dió una hoja de papel y el otro empezó a escribir y a escribir, sin parar. Luego, el Capetán le puso su sello.

—¿Y qué hiciste con el papel, Capetán Kostandis?

—Lo rompí, patrón. ¿Iba yo a trabajar por un cochino pedazo de papel? ¡Yo trabajo para la historia!

Kostandis se alejó un poco y se puso a silbar.

La tierra empezó a llenarse de sombra. Llegaron al primer pueblo. No quedaban más que dos o tres casas de pie. Mujeres andrajosas salían de entre las ruinas. Una muchacha cortó una rama de albahaca de una maceta que había quedado intacta y se la echó a Kosmas.

—¡Bienvenidos seáis! —gritó.

—Éste es el pueblo que quemó ese perro de albanés. Vino, con su banda de perros, porque sabía que los mejores hombres estaban luchando en la montaña. "Que todos los machos por debajo de los sesenta años se reúnan en el patio de la iglesia, tengo que hablarles", ordenó el maldito. Había hecho rodear el pueblo para que nadie escapara. Todos los muchachos y algunos hombres maduros se reunieron en la iglesia, irnos cuarenta entre todos. Un jorobadito que estaba allí se le acerca: "Yo tengo vergüenza de vivir mientras matan a

todos esos muchachos, le dijo a Hussein. Mátame a mí y salva al que tú quieras.” El albanés se echó a reír. Agarró al jorobado y le echó con los otros cuarenta. Se volvió a sus perros de hermanos y les ordenó: “¡Tirad contra los giaurs!”

—¡Calla —dijo Kosmas—, cállate, Kostandis, ya es bastante!

Pero Kostandis no podía parar, toda aquella sangre estaba aún delante de sus ojos.

—Hicieron una descarga. Algunos cayeron de bruces, muertos, pero otros se retorcían por el Suelo, a medio morir, gimiendo. Entonces cavaron un agujero y los echaron dentro. Pero no lo hicieron suficientemente profundo y todavía apesta. ¡Ven, vas a verlo!

—No quiero verlo, con esto me basta —dijo Kosmas estremeciéndose, y espoleó a su mulo.

Llegaron a la plaza del pueblo. Los campesinos se reunieron. Sólo viejos y detrás algunas mujeres. Un viejo grandón, huesudo, se quitó el gorro y se acercó:

—No tenemos una silla que ofrecerte —dijo—. No tenemos un vaso para darte agua si tienes sed. No tenemos pan por si tienes hambre. Los perros lo quemaron todo. ¡Que Dios los queme a ellos también!

—No hay ni siquiera un hombre para conversar contigo —dijo una vieja y empezó a lamentarse. A su alrededor las mujeres la imitaron.

—¡Valor, mujeres! —dijo el viejo—. ¿No estuvimos en la misma situación durante la revolución de 1866? No quedaron más que dos o tres bebés, y de esos dos o tres bebés ha vuelto a salir todo el pueblo. ¡Mientras queden un macho y una hembra, Creta no morirá!

Una mujer trajo a Kosmas agua fresca en una concha. Él la bebió, pero su corazón no encontró frescura.

El viejo se volvió a Kostandis:

—Que Dios bendiga tu mano, joven —dijo—, y haga que entres en el paraíso con el cuchillo que degolló al perro. ¡Y que el cuchillo sea bendito también!

—¡Vámonos! —dijo Kosmas, que no podía contener su emoción—. Hasta la vista.

Silenciosos, con las barbas apoyadas en sus cayados, los viejos los vieron partir. Las viejas se secaban las lágrimas. Una muchacha encaramada en las ruinas de su casa, contemplaba a Kostandis que bajaba la cuesta gallardamente, saltando de piedra en piedra…

El sol se ponía. Estaban ahora en una llanura cerrada, desierta, en la que algunas encinas se alzaban, negras, en la sombra.

—De prisa —dijo Kostandis, dando al mulo con su bastón—. De prisa, hay que llegar al pueblo antes que sea de noche. Nos alojaremos en casa de la vieja Kubelina. Es mi tía, la hermana de mi madre. No

tiene casa, pero tiene corazón. Ella nos colocará. No hay una casa de pie en este pueblo tampoco. Los perros también pasaron por aquí, ¡malditos sean!

Una viejecita pasó, descalza, cargada de leña.

—¿Cómo va eso, abuela? —le preguntó Kosmas—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Una vida de perros, hijo mío —respondió—. ¡Ah!, ¡que Dios no dé jamás al hombre todos los males que puede soportar!

—¿Te hicieron daño a ti también los turcos?

Kostandis le hizo rápidamente señas para que se callara.

—¿Qué decías, hijo mío?, no te he oído bien.

—Hasta la vista, abuela, nos vamos.

—¿Tú eres cretense?

—Sí.

—¡Bendito seas! Haz hijos, Creta se ha quedado vacía; haz hijos para que los cretenses no desaparezcan por completo de la tierra. Hacen falta ellos también.

—Vamos —dijo Kostandis—, estamos muy atrasados. —Arreó al mulo y echaron a andar—. Es una suerte que no nos haya recibido a pedradas —dijo—. De buena nos hemos librado. Es la vieja Kostandínia, la hadjina[50], como la llaman. En cuanto ve un hombre pierde la razón, la infeliz, y le echa a pedradas. Cree que todos son turcos.

Se agachó, recogió algunas bellotas, las peló y se las comió. Vió que Kosmas le miraba con asombro y se echó a reír.

—No son bellotas, son castañas —dijo—. Por lo menos, cuando tiene uno hambre dice que son castañas; a oscuras no se ve muy bien. En cuanto a la hadjina en cuestión, escucha un poco y te asombrarás: Tenía cuatro hijos, la pobre, cuatro muchachos esbeltos como cipreses. Los cuatro estaban en la montaña luchando a las órdenes del Capetán Vlahos. Una noche bajaron al pueblo, a ver a su madre que estaba muy mal. Al amanecer llegaron los soldados turcos e invadieron la casa. Los cuatro valientes dormían todavía. Los turcos les cogieron sin armas como estaban, los ataron y los pegaron a la pared. La madre se arrastraba gimiendo, a los pies del oficial. Él se reía: “Elige uno de los cuatro, dijo, y no le mataré.” La madre los miraba a todos temblando. ¿A cuál elegir? “Madre, dijeron los tres que eran solteros, elige a Nicolás, él está casado, tiene una mujer y unos hijos.” Pero Nicolás se puso furioso: “Yo tengo hijos, decía, yo he sembrado mi grano. Es uno de vosotros el que debe vivir para casarse y tener hijos.” Entonces los tres empezaron a disputar, cada uno tratando de salvar al otro, hasta que el turco se hartó, mandó al diablo a la vieja de una patada y levantó la mano. Los cuatro cipreses cayeron: ¡llenaban el patio!

—Bendito Kostandis, ¿cómo puedes contar todo eso tan fresco? —exclamó Eosmas—. ¿Cómo puedes soportarlo?

—Un hombre es muy resistente, patrón —respondió el otro riendo —. La piedra, el hierro, el acero, no resisten mucho: el hombre resiste… ¡Pero ya es bastante —dijo—, ahora es de noche!

Dejaron la llanura. La montaña se alzaba ante ellos.

—Ahí está el pueblo —dijo Kostandis, señalando algo con la mano. Eosmas miró y no distinguió más que un montón de piedras pegado al flanco de la montaña.

—¿Dónde? —preguntó—, no lo veo.

—Delante de ti, allá, aquellas piedras —dijo Kostandis—. Ahora verás la gente. Ya están ahí los perros, nos han olido.

Dos o tres perros salieron de las ruinas, ladrando, con los ijares hundidos por el hambre. Era ya enteramente de noche.

—No veo luces :—dijo Eosmas.

—¿De dónde quieres que saquen el aceite o el petróleo, patrón? Cuando se pone el sol, se meten entre las ruinas como los buhos.

—¡Bienvenidos seáis! —dijeron las voces de cuatro o cinco cabezas que aparecieron entre las piedras—. ¿A dónde vais?

—A casa de la vieja Kubelina —respondió Kostandis—. Ella nos albergará.

Los cinco o seis se echaron a reír:

—¿Traéis algo que comer? —preguntó uno.

—Sí.

—Entonces la vieja Kubelina comerá también. ¡Tenéis una manta para abrigaros?

—Sí.

—Ah, bueno, la vieja Kubelina se tapará también —dijeron las voces y nuevas burlas salieron de detrás de las piedras.

—Parece que aquí tienen ganas de reír —dijo Kosmas sorprendido —. ¿Éstos no han sufrido? ¿O es que han sabido vencer el sufrimiento?

—Al principio sufrían, ¿qué quieres que hicieran? Son hombres —explicó Kostandis—. Luego han visto que eso no servía de nada y han mandado el sufrimiento al diablo. Tienen hasta un tocador de lira que acostumbra hacer música. Se emborrachan sin vino, los desgraciados, y hacen el amor entre las piedras como los escorpiones… Todo lo olvida el alma humana, sabes, patrón, ella todo lo olvida, la pobre. ¡Por eso dicen que es inmortal!

Se detuvo y contó las casas derruidas. Eran tantas como montones de piedras había.

—Cuatro, cinco, seis, ésa es la casa de mi tía —dijo—. No tenemos ni siquiera que llamar a la puerta porque no la hay. ¡Eh! ¡Madama Kubelina —dijo—, sal al balcón!

Una vieja andrajosa, extenuada, apareció entre los escombros, apoyándose en un bastón nudoso.

—¿Eres tú, Kostandis? —preguntó—. ¿No llegarás nunca a ser serio? ¿Con quién estás?

—¡Abre las puertas, te digo, queremos entrar! —respondió Kostandis—. Degüella dos gallinas y hazlas guisar por tus domésticas, una hervida y la otra al homo, con patatas. Abre los cofres, saca tus sábanas de lino y seda y prepáranos camas. Encantado de volver a verte, tía. ¡Que tu reino te proporcione alegría y felicidad!

—Tus órdenes serán cumplidas, cabeza de chorlito —respondió la vieja—. Bienvenido seas, señor mío —dijo a Kosmas, aproximándose a él a tientas. Kosmas había echado pie a tierra y avanzaba tropezando entre las minas—. Bienvenido seas, hijo mío. No hagas caso a este chiflado de Kostandis. Ahí hay un rinconcito con un techo de cañas, es el cuarto de huéspedes de la casa. Entra.

Se sentaron en las piedras. Kostandis recogió algunas ramas secas y encendió fuego. Kosmas abrió sus alforjas y sacó el copioso alimento que su madre le había preparado. Madama Kubelina se sentó a su lado. Se cruzaron algunos cumplidos, la vieja se santiguó y empezaron a comer.

—Deberíais venir todas las noches, hijos míos, todas las noches. Así yo podría comer… ¿Tenéis vino?

La cantimplora de Kostandis pasó de boca en boca. Los ojos de la vieja brillaron. Debía de haber sido bonita en otros tiempos, la madre Kubelina. Sus ojos seguían siendo grandes, chispeantes y de un negro profundo.

—Bueno, tía —dijo Kostandis a quien el vino había puesto de buen humor—, con tu permiso voy a cantar.

—¡Haz lo que quieras! —respondió la vieja—. ¿Estás vivo? ¡Entonces, canta, bendito Kostandis!

El coloso se puso a cantar. La vieja le escuchaba y su boca desdentada sonreía con risa ingenua.

—La pobreza necesita alegría, hijo mío —dijo la vieja riendo—. El dolor necesita distracción, sí no nos devora. ¿Por qué dejarnos devorar por ese hijo de perra? ¡Más vale que le devoremos nosotros a él!

Mientras hablaba daba con el puño en una piedra:

—Yo que ahora estoy divirtiéndome, bien me he visto puesta a prueba por la muerte. ¿Cómo vengarme de esa miserable? Tengo setenta años, ya no puedo hacer hijos, ¡si no ya tendría noticias mías!

—Cuéntanos tus desgracias, tía, eso te hará bien —dijo Kostandis.

—¿Qué quieres que te cuente, mi pobre Kostandis? Tengo la garganta seca. Ahí cerca, en una gruta, escondí a un evzón que los soldados turcos perseguían. Mi hijo no tenía qué comer, pero yo le

alimentaba. Mi hijo no tenía con qué abrigarse, pero yo le di una manta. Un día apareció en mi casa un oficial turco con sus soldados y me dijo: “Si no entregas al evzón, condenada Kubelina, matamos a tu hijo único.” “No le entregaré, haz lo que quieras, le respondí, pero tienes que saberlo, soy yo, la vieja Kubelina quien te lo dice. Eli dolor de Creta vencerá a Turquía, yo pongo mi cabeza en el tajo. ¿Tú qué apuestas? Yo apuesto mi cabeza.” Se puso furioso, el perro. Era la hora, ¡maldita sea! en que mi hijo llegaba a casa. Los soldados le agarraron y le pusieron contra la pared. Le apuntaron. Entonces, el oficial turco me miró. “¡No le traiciones, madre!”, gritó mi hijo. “¡No le traicionaré, no tengas miedo, hijo mío! ¡Adiós!” Le mataron, prendieron fuego a mi casa y se fueron.

—¿Por qué hiciste eso, abuela? —exclamó Kosmas levantándose.

—Lo hice —respondió tranquilamente la vieja—, porque allá, en un pueblo de Rumelia, el evzón tenía una madre, yo lo sabía. Y yo sabía también lo que es el dolor de una madre.

Kosmas no pudo cerrar el ojo en toda la noche pensando en la vieja Kubelina. “Qué nobleza de sentimientos, pensaba. Se diría que una llama sagrada anima a Creta, una llama que podría uno llamarle «alma» y que está por encima de la vida y de la muerte. ¿Orgullo, obstinación, valor? O, acaso, todo ello junto, y además algo indecible, imponderable, que hace que uno pueda sentirse orgulloso de ser hombre…”

Al día siguiente, al despedirse de la vieja antes de marchar, ésta se agachó, arrancó del suelo del patio una piedra cubierta de manchas rojas y se la dió a Kosmas.

—No puedo hacerte otro regalo —dijo—. Toma esta piedra como recuerdo. Para que te acuerdes de Creta.—Luego, señalando las manchas rojas, casi negras:— Es la sangre de mi hijo —dijo a Kosmas.

Se pusieron en camino. Kostandis iba delante con su cayado al hombro. Cantaba. Kosmas, mudo, miraba a su alrededor. Aquel día por primera vez, sentía la llamada secreta y oscura de su patria, aquella tierra áspera, insumisa que no concedía al exilado un sólo momento de tregua para instalarse, para la ternura y el reposo. Creta tiene algo inhumano. No se puede saber si ama o detesta a sus hijos. ¡Lo que es cierto es que les fustiga hasta hacerles sangre!

Se volvió y miró el pueblo y sus montones de piedras. Entre las ruinas distinguía a mujeres y niños, oía gritos y risas. “¡Qué fuerza tienen estas gentes, qué almas! Llevan miles de años luchando sobre sus rocas abruptas, contra el hambre, la sed, la discordia y la muerte. Y no ceden. Y ni siquiera se quejan.

Es al borde de la desesperación donde encuentran la liberación los cretenses.”

Cuando llegaron al pueblo del abuelo, el sol estaba en la mitad de su carrera. El viento del sur venía soplando desde el África sobre el mar y por detrás de las montañas el cielo empezaba a aborregarse.

La casa del viejo Sifakas, en la parte más alta del pueblo, era espaciosa, tenía lagares para el vino, molino para el aceite, cuadras, almacenes, filas de toneles y de cántaros, anchas galerías, alcobas de altos techos donde se apilaban en el verano, hasta las vigas, los edredones y los cubrepiés. Las puertas estaban abiertas, todos venían a preguntar por pl viejo Capetán que llevaba luchando con la muerte tantos días. En el interior de la casa, las nueras y los nietos iban y venían, contando los cántaros de aceite, los toneles de vino, las pieles de cordero colgadas del techo, los quesos picantes y los frescos alineados en tablas, y calculaban, a ojo, la parte de cada uno. Se repartían al viejo, todavía vivo.

El viejo se enfadó:

—¡Ponedme la cama en el patio! ¡Prefiero no oiros!

Le cogieron con su colchón y le llevaron al patio.

—¡Ponedme en el suelo —dijo—, debajo del limonero! Y traedme mi bastón. Quiero entregar el alma aquí, pegado a la tierra carne con carne. Quiero tocarla y que ella me toque. Incorporadme un poco, quiero mirar a mi alrededor.

Le levantaron la espalda y le pusieron detrás un almohadón, (e dejaron su bastón al lado y un cubilete de agua para que pudiese beber.

—¡Ahora, idos, dejadme solo! —ordenó—. Que Thrassaki venga a sentarse a mi lado. Sólo él.

Miró a su alrededor en el patio, la cuadra, el lagar, el pozo, los dos cipreses a derecha e izquierda de la puerta y respiró en el aire el olor de la hoja del limonero. Aquel olor le gustaba mucho y, contento, empezó a acariciar sus grandes barbas extendidas por su pecho. Sintió que alguien respiraba cerca de él, miró de lado y vió a un joven regordete de gran cabellera, que le contemplaba.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el viejo.

—Kostandis.

—¿De quién eres hijo?

—De tu hijo Nicoli.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Tardas mucho en morirte, abuelo, y yo tengo prisa para ir a guardar mis animales. Así que me voy.

—Vete, no esperes inútilmente, yo tardaré mucho. Y cuida bien el ganado.

El joven pastor cogió la mano del viejo y la besó.

—No me voy sin tu bendición —dijo—. Estoy esperando por eso

desde esta mañana.

—Yo te bendigo, ahora puedes irte. Y además, oye: ve a la casa y diles que pongan las mesas aquí, en el patio. Que los capetanes bajen a comer delante de mí. Quiero verles. ¿Están comiendo todavía?

—Todavía… Por cierto que, desde ayer que llegaron, sus quijadas no paran. De cuando en cuando se quedan dormidos sobre el hombro de su vecino y luego despiertan y vuelven a ponerse a tragar. El maestro de escuela está ahí con su lira y toca. Y también bromean con las mujeres.

—¿Quién te has creído que eres tú, cabeza de chorlito? ¡Cállate y haz lo que te he dicho! Diles que pongan aquí las mesas para que yo pueda ver comer a los capetanes. Y si ellos no pueden andar, ayúdales, Kostandis. ¡Y no te rías! ¡Son capetanes, ya lo sabes, hay que respetarles! ¡Vete!

Haridimos llegó, jadeante. El abuelo le había enviado a informar al Capetán Miguel de que iba a morir y le esperaba para decirle adiós.

—¿Qué es lo que te ha respondido? —preguntó el viejo al ver a su pastor—. ¿Viene?

—Me ha encargado que te diga esto: “No puedo abandonar mi puesto, padre. Perdóname, pero no puedo. ¡Dame tu bendición desde lejos y adiós! ¡Hasta la vista, lo más pronto posible!” Eso es lo que me encargó que te dijera y yo te lo digo.

—Tiene razón. Hizo una vez un disparate y eso le sirvió de lección. Yo le bendigo, desde lejos —dijo. Levantó una mano y trazó en el aire una cruz.

Se volvió a Thrassaki:

—Thrassaki —dijo—, ¿comprendes lo que pasa?

—Lo comprendo, abuelo, lo comprendo todo.

—Abre bien los ojos, Thrassaki, mira bien a tu alrededor. Abre también las orejas y escucha. Que no se te escape nada. Ahora vas a ver llegar a tres montañas, tres grandes capetanes.

En aquel momento, Stavrulios, el joven carpintero del pueblo, apareció en el umbral. Los nietos le habían dicho que viniese a tomar las medidas del viejo para tener hecho el féretro. Entró como un ladrón y se acercó tímidamente. El abuelo, con los ojos semicerrados, hacía como si no le viese. El carpintero se agachó, extendió los brazos disimuladamente para medir el cuerpo, preguntándole al viejo, para engañarle:

—¿Cómo va eso, Capetán Sifakas? Tienes cara de estar hoy mejor. Alabado sea Dios. ¡Oh, Muerte, con trabajo acabarás venciéndole!

Los ojos semicerrados del viejo miraban a Stavrulios que medía a escondidas. Entre sus grandes bigotes caídos, sonreía. Al fin se apiadó del carpintero:

—No tengas miedo, ¡vamos, mi buen Stavrulios —le dijo—, saca tu metro con desparpajo y mide!

El carpintero sé quedó inmóvil:

—¿Qué estás diciendo, Capetán?

—¡Te digo que saques tu metro y midas!

El carpintero vió que alargaba la mano hacia su bastón. Asustado, sacó el metro de su faja y, desplegándolo a lo largo del formidable cuerpo, midió.

—¿Cuánto? —preguntó el viejo.

—Un metro ochenta y cinco, Capetán.

—¡Me he encogido! —dijo suspirando—. ¡Bueno, he envejecido! Mide también la anchura.

Stavrulios midió la anchura.

—Anda, ya puedes hacerlo con cuidado, miserable, y en madera de buena calidad. ¿Tienes nogal?

—Sí, Capetán.

—De nogal lo quiero.

Se volvió a Thrassaki:

—¿Tú sabes reconocer el nogal, Thrassaki?

—Sí, abuelo.

—Entonces, echa un ojo, no vaya a engañarnos.

Mientras tanto, las mujeres ponían las mesas en el patio, traían los asados, los entremeses, los cántaros de vino y los cubiletes de cobre. El viejo, apoyado en sus almohadones, les miraba. Dos abejas bordoneaban sobre su cabeza revuelta y las hormigas subían por sus pantorrillas velludas. Era feliz admirando los limones suspendidos sobre su cabeza, sintiendo a las hormigas subir por sus piernas y perderse entre sus pelos.

—¿Dónde están los capetanes? —preguntó.

—¡Ya vienen, abuelo, ahí están!

Volvió su pesada cabeza con trabajo y miró. Cogidos del brazo, los tres capetanes avanzaban a pasos menudos, trastabillando con el fez ladeado, los bigotes caídos, las anchas fajas flojas, los calzones bombachos y las botas negras destalonadas. Uno de ellos llevaba un pedazo de terciopelo sobre la oreja.

—¡Anda bien, hermano! —se decían unos a otros en voz baja—. ¡No nos avergüences!

—Sujetadme porque me caigo —balbuceaba el maestro, borracho, cojo, pequeño y enclenque, con la lira atravesada en el pecho como una cartuchera.

A su derecha y a su izquierda se alzaban, enormes, los otros dos capetanes: el Capetán Mandakas, fuerte, falto de una oreja, con su

barba corta y rizada, su nuca sólida y sus pistolas de plata cuyas culatas relucían fuera de la faja, y el Capetán Katsirmas, corsario de tez curtida, seco, bizco y con cara de vinagre.

Cuando llegaron al patio, se detuvieron al ver al viejo tendido bajo el limonero.

—¿Vives todavía, hermano Sifakas? —gritó el Capetán Mandakas echándose a reír—. Y decir que bebíamos y comíamos gritando: "¡Que Dios reciba su alma!"

—¿No habéis terminado de comer y beber, benditos capetanes? Parece ser que desde ayer vuestras quijadas no están ociosas. ¿Cuándo se hartarán vuestras tripas para que podáis poneros a hablar como hombres?

El maestro quiso hablar, pero se embrolló. Las palabras eran como guijarros que revolviese en su boca y le hacían daño.

—¡Cállate, maestro de escuela! —dijo Katsirmas, plantándole su manaza en la cara—. ¡Cállate, maestro de escuela, no nos pongas en evidencia! —Se volvió al viejo Sifakas.

—¡Te deseo larga vida, Capetán Sifakas! —dijo poniéndose una mano en el pecho—. Estamos contentos de haber venido a tu casa; hemos comido y bebido y vamos a seguir comiendo y bebiendo a tu salud. Luego, si quieres, vendremos a sentarnos a tu lado y hablaremos como los hombres. Pero no tengas prisa.

—Yo no tengo prisa —dijo el viejo—. Es Ella quien la tiene.

—¿Quién?

El viejo señaló algo, a su espalda:

—La Muerte.

Como un monstruo borracho, con tres cabezas y seis pies, los tres capetanes se pusieron en marcha. El maestro tropezó y estuvo a punto de caerse. Pero los otros le cogieron por la nuca y le pusieron derecho. Detrás de ellos estallaron carcajadas. Eran los nietos y las nueras que se desternillaban de risa viendo a los tres combatientes borrachos. El viejo Sifakas se enfadó y gritó:

—¿De qué os reís? Son capetanes, verdaderos personajes. Sostenedles, que no se caigan.

—Le rompo la cara al primero que se me acerque. Yo puedo andar solo —rugió el Capetán Katsirmas. Se separó de sus compañeros, echó a andar y se agarró a la mesa del festín. Los tres se instalaron, cogieron el cántaro y llenaron los cubiletes.

—Aquí hay tres capetanes —dijo el Capetán Mandakas, alisando sus bigotes—. Tres y contigo, cuatro. ¡Que espere!

El maestro con su lira sonora sobre las rodillas, alargó la mano y cogió un pedazo de carne para comerlo y fortificarse antes de tocar.

Cuando empuñaba el arco, Kosmas apareció en la puerta. Vió al

abuelo echado bajo el limonero, a los tres capetanes con las manos llenas de pedazos de carne y, detrás todo el ejército de nietos, bisnietos y nueras. Se detuvo. El abuelo le divisó y guiñó los ojos para verle mejor.

—¿Quién es ese atontado que está en la puerta?

—Tu nieto, abuelo —respondió Kosmas, avanzando hacia el viejo.

—¿Cuál?

—El hijo del Capetán Kostaros, tu hijo mayor.

—¡Ah, bienvenido seas! —dijo el abuelo alargando la mano—. Ven aquí que te bendiga… ¿Dónde has andado rodando tanto tiempo? ¿Qué fabricabas entre los francos? ¡Ah, si tuviese yo tiempo de preguntarte y tú de responderme! Pero ya no hay aceite en la lámpara.

Kosmas se acercó y se inclinó para recibir la bendición del abuelo. El viejo no le soltaba la cabeza.

—¿Tú escribes, según parece? ¿Qué es lo que escribes, historias o versos? ¿No te da vergüenza? Vas a terminar como Kriaras, el coplero que va de pueblo en pueblo con unas alforjas al hombro y vive de la mendicidad.

Kosmas se puso colorado. En verdad, ¿qué era lo que escribía? ¿Por qué escribía? ¿No le daba vergüenza? Todos los Kriaras del mundo le parecieron de pronto pobres tipos, cabezas llenas de viento.

El abuelo le examinaba con sus pequeños ojos vivos, tratando de juzgarle. ¿Qué género de nieto era aquél? ¿Tenía o no tenía algún valor? ¿Cómo de él había podido salir aquel escritorzuelo?

—¿Estás casado? —le preguntó.

—Sí.

—Parece ser que te casaste con una judía.

—Sí —dijo otra vez Kosmas, echando una mirada indecisa al abuelo.

—Eso no importa, hijo mío; son como todo el mundo. Un solo Dios nos ha creado a todos. Has hecho bien. Te gustó y tuviste el valor de casarte con ella. Basta con que sea fiel, buena ama de casa, dócil y bonita. Y que te dé hijos; no hay que pedir más a una mujer.

—Está bautizada, abuelo, es una gran alma, te gustará.

—¿Tiene un cuerpo? Eso es lo único que importa. ¿Qué es lo que puede hacer una mujer con un alma? Al grano, es carne lo que le hace falta para germinar. ¿Cuánto tiempo hace que te casaste?

—Dos años, abuelo.

—¿Tienes hijos?

—Todavía no…

—Estás tardando, estás tardando. ¿Qué es lo que hacéis por las noches, imbéciles? Quiero bisnietos robustos, de acero. Que los haga cretenses, dile, ¡cretenses, no judíos! Y además, óyeme bien:

¡desconfía de la instrucción!

—Lleva ya un hijo en su vientre, abuelo.

—Entonces, bendito seas. Llámale Sifakas, ¿comprendes? ¡Así es como los muertos resucitan! ¡Ahora retírate!

Hizo señas a su nuera, madama Katerina, que estaba detrás de él con una cruz en la mano.

—Ponme otro almohadón —le dijo—. Quiero sentarme para hablar. Córtame un limón por la mitad. Quiero olerlo… Y mientras hablamos los capetanes, ni una palabra.

Extendió el brazo.

—Alejaos —dijo—, dejad espacio, voy a hablar a los viejos.

Mientras tanto, los viejos habían recomenzado a comer y beber. El maestro, con la cabeza pesada de vino, apoyado en el tronco del ciprés, tocaba la lira y cantaba siempre la misma copla. Sus ojos estaban empañados de lágrimas.

> “Los últimos cartuchos, oh mi perdiz.
> Todos los malgasté en cazar alondras.
> Y ahora no puedo hacer más que mirarte,
> Sangrando de despecho el corazón.”

El abuelo aplaudió:

—¡Eh, capetanes! —gritó—. ¿No está todavía llena vuestra panza? Tengo la impresión de que vuestras tripas se han ensanchado. ¡Vamos, ya basta! Limpiaos los bigotes, lavaos las manos, aflojad las fajas y acercaos. Tengo que deciros una cosa, para eso os he hecho venir.

—Y tú, maestro de escuela, suelta la lira, deja las alondras y los cartuchos tranquilos, ya ha sido bastante. ¡Eh, vosotros! —dijo volviéndose a las mujeres y los chicos—, traedles agua, necesitan lavarse. Y un poco de agua de azahar porque parece que no huelen bien. Limpiadles, secadles y ayudadles a acercarse.

Los viejos fueron rociados y perfumados por las muchachas; les dieron a oler agua de rosas para desemborracharles. Luego, sujetándoles por debajo de los brazos los llevaron hasta el limonero y les hicieron sentar a la turca, los dos capetanes a derecha e izquierda del viejo y el maestro a los pies.

El viejo Sifakas abrió los brazos y, como si viese a los capetanes por primera vez, les dió la bienvenida, a la manera de los señores.

—¡Capetán Mandakas —dijo—, célebre combatiente de tierra, Capetán Katsirmas, implacable pirata del mar, y tú Capetán Maestro que combatiste a nuestra sombra, secretario de la Revolución, encargado de la correspondencia con los turcos y los francos, sed mil veces bienvenidos a mi humilde morada!

—¡Salud, Capetán Sifakas! —respondieron los tres viejos, poniéndose una mano en el pecho.

El viejo Sifakas estaba cansado. Bebió un sorbo de agua y continuó:

—Hermanos, acordaos de cómo en cada revolución nos reuníamos bajo una encina o en un monasterio. Discutíamos, nos hacíamos juramentos, nos abrazábamos antes de ir a la muerte… Igual que entonces, nos reunimos hoy bajo el limonero del viejo Sifakas. Llevo días y días diciendo adiós a la vida, pero no acabo de irme. He confesado y comulgado, pero sigo aquí. Y no me iré, capetanes, antes de haber conversado con vosotros. Se trata de una especie de revolución, también esta vez, hermanos; poned mucho cuidado en las decisiones que vamos a tomar… ¿Me estáis escuchando, por lo menos? ¿Tenéis la mente despejada? ¿Se os ha posado ya el vino? ¿Podéis comprender lo que os digo y responderme, o estoy hablando con las paredes?

—¡Podemos! —dijeron los tres capetanes, poniéndose la mano en el pecho, como si prestasen juramento.

—¡Escuchadme, entonces! Tengo cien años. Vosotros conocéis la historia de mi vida, no es necesario que os la cuente… He hecho la guerra, he trabajado, he conocido la alegría y el dolor, y he hecho mi deber de hombre, todos podéis atestiguarlo. Pero ha llegado mi hora. La tierra se abre bajo mis pies y quiere tragarme. ¡Que me trague! ¡Fijaos en todo lo que dejo detrás de mí!

Se detuvo y señaló a sus hijas, nietos y bisnietos.

—¡Dejo todo un pueblo! No le tengo miedo a la Muerte. A ésa también la he vencido, ¡que el diablo se la lleve! Pero tengo otras preocupaciones.

Suspiró, se calló un momento y volvió a suspirar.

—Desde hace cierto tiempo, no puedo dormir —dijo con una voz temblorosa por primera vez—. No puedo dormir, capetanes, hay un gusano que me roe…

Miró a los tres viejos, uno por uno, meneó la cabeza y gritó:

—¿Me estáis oyendo? ¿Estáis poniendo atención a lo que digo? ¡Tú te estás cayendo de sueño, maestro de escuela!

—¡Te escuchamos! —respondió el maestro, picado—. ¿De qué quieres hablarnos?

—¡Un gusano me roe, hermanos! Miro detrás de mí y es mi vida lo que veo, miro adelante, y es mi muerte lo que aparece. Y me pregunto: ¿De dónde sale uno? ¿A dónde va? ¡Éste es el gusano que me roe!

Sus labios temblaron y se calló. Los tres capetanes se rebulleron. El maestro se rascó la cabeza picuda y calva, abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla porque no sabía qué decir.

—¿Vosotros no habéis pensado nunca en eso? —preguntó el abuelo—. ¿Nunca os ha hecho cosquillas ese gusano?

—Jamás —respondieron los tres viejos.

—A mí tampoco hasta ahora. ¡Dios es testigo! Pero desde hace unos cuantos días, no puedo dormir, os lo aseguro. El gusano ha salido de la tierra, se me ha subido encima y me roe. Y no tengo a nadie con quien hablar de este tormento. Mis hijos son demasiado jóvenes todavía, cincuenta, sesenta años, no tienen suficiente experiencia, no podrían comprender. El mayor, Kostaros, tendría ahora más de setenta años; él hubiera podido empezar a comprender algo, pero fué quemado vivo en Arcadi… Así que me dije: ¡voy a reunir a mis viejos compañeros y vamos a discutir! Vuestras cabezas son espigas maduras, cargadas de grano, capetanes. Vosotros seguramente habéis sentido algo parecido. ¡Hablad! ¡Abridme vuestro corazón! Habéis bebido mucho vino y eso ayuda. ¡Confesémonos, hermanos! Yo no quiero morir ciego. Habla tú primero, Capetán Mandakas. Tú eres el más viejo, después de mí. ¿Qué edad tenías en el 1821?

—Veintidós años, hermano Sifakas, ¿no te acuerdas?

—Yo tenía los treinta cumplidos. Tengo ocho años más que tú. Toma la palabra el primero. Has vivido y has hecho la guerra durante muchos años. ¿Qué es lo que has comprendido?

El Capetán Mandakas acarició su barba espesa y reflexionó un momento.

—¿Para eso nos has hecho venir, viejo Sifakas? —dijo por fin—. Nos pones en un aprieto. Nos haces pagar demasiado caro el vino y la carne que nos has dado. ¿Qué dices tú, maestro de escuela?

—¡Deja al maestro —gritó el viejo—, es conmigo con quien estás hablando! ¿De qué te ha servido vivir tanto tiempo? ¿Puedes decirme qué es lo que te ha dado la vida? Te estoy preguntando, responde. Y no te escurras. ¡Habla honradamente, como un hombre!

El Capetán Mandakas sacó su tabaquera y lió un cigarrillo lentamente, con aire preocupado.

—Me coges desprevenido, viejo Sifakas —dijo al cabo del rato—. ¿Qué quieres que te diga? No sé por dónde empezar. Yo, por mi parte, he vivido ciego toda la vida, como tú dices, y no lo siento. Era ciego cuando me lanzaba a la guerra. Me apretaba el pañuelo alrededor de la cabeza, bien fuerte, para que mis sesos no estallasen y me precipitaba sobre los turcos. Era ciego cuando me casé, cuando hice mis hijos, cuando iba a la iglesia a encender cirios y a prosternarme ante los iconos. Era ciego cuando sembraba, recolectaba y trillaba el trigo y también lo era cuando comía el pan. Nunca me pregunté por qué comía, por qué rezaba ni por qué mataba. Y ahora, de pronto, tú me preguntas el por qué de todas esas cosas. Espeta un poco, por el

amor de Dios, Capetán Sifakas, espera a que me devane un poco los sesos hasta que lo vea… ¿Tienes prisa?

—Bueno, tendré paciencia. Devánate los sesos, Capetán Mandakas —dijo el abuelo y cruzó sus manos sobre el pecho.

El Capetán Mandakas se volvió a su hijo adoptivo, que estaba detrás de él.

—¡Oye, Yanacos, tráeme mi mochila!

Todo el mundo esperó silencioso. El abuelo hizo una seña a Kosmas.

—Coge un taburete y siéntate —dijo—. No vale la pena que te canses. Escucha. ¿Tú comprendes lo que digo?

—Lo comprendo, abuelo —dijo Kosmas sentándose en el suelo con las piernas cruzadas.

Yanacos vino con la mochila, que puso a los pies de su padre. El viejo Mandakas la abrió y sacó una gran botella de cuello ancho, sólidamente cerrada con un tapón de cuero.

—¿Qué tienes ahí dentro? —preguntó el abuelo, alargando el cuello para ver mejor.

El Capetán Mandakas sonreía.

—¿Es ésa tu respuesta? —dijo el abuelo, irritado—. ¿Qué es lo que hay en esa botella?

—Hay quienes ponen pan, vino y carne en su mochila, cuando van de viaje. Yo llevo pan, vino y carne, y esta botella, que ves…

—¿Pero qué tienes dentro? —volvió a preguntar el abuelo—. No lo veo.

El Capetán Mandakas acercó al abuelo la botella. La última claridad púrpura del día pasaba a través de ella.

—¿No ves todavía? —preguntó el Capetán Mandakas dando vueltas a la botella.

—Veo pedazos de carne —respondió el abuelo—. Pedazos de carne, en agua.

—No son pedazos de carne, viejo Sifakas, son orejas. Y no es agua, es alcohol. El día en que un turco me derribó y me comió la oreja, era en 1821, juré que metería en esta botella una oreja de cada turco que matase… Para contarte mi historia, Capetán Sifakas, no tengo más que mirar una a una las orejas que nadan en este alcohol. Sé a quién pertenece cada una. Mira, esa peluda que está en el fondo, era del terrible enemigo de los cristianos, Alí Bey… Había matado a mi hermano Panayis y en seguida se había ido a su pabellón, en las afueras de Rethymno, a pasar una noche de fiesta en medio de su harén. Encendió inclusive los faroles de su torre, para que viésemos que estaban divirtiéndose. Yo, aquella noche estuve fumando mi narguile en un café turco a la entrada de Rethymno. Dije al cafetero:

“Tráeme un pedazo de carbón que mi narguile se está apagando.” Enrolle el tubo del narguile sin hacer ruido y me precipité fuera. Salí, volé por el campo, llegué al pabellón de Alí Bey, entré, subí a la alcoba y le encontré en la cama con su hanum, me arrojé sobre él, le corté la cabeza, le arranqué una oreja y la guardé en mi pañuelo. Volví al café, nadie se había dado cuenta de mi ausencia. Al día siguiente, cuando se extendió la noticia del crimen, el pachá meneó la cabeza: “Eso ha sido un golpe de Mandakas, dijo. Él ha sido quien le ha matado.” Pero los turcos que estaban en el café conmigo juraron por todos los dioses que el Capetán Mandakas había pasado toda la tarde en casa de Hassan, fumando su narguile.

Levantó la botella y se la enseñó al Capetán Katsirmas.

—¿La ves? Ésa es la oreja de Ali Bey.

Señaló otra con el dedo.

—Esa grande, toda renegrida, con un pendiente, ésa pertenecía a un negro. Se llamaba Ramadán. Otro enemigo de los cristianos era ése, ¡maldito sea! Ponía a las mujeres de rodillas frente a un cofre abierto con los senos apoyados en el borde, cerraba el cofre y se sentaba encima… Una noche caí sobre él. Estaba solo en la playa de Trypiti, fuera de Candía. “Oye, Ramadán, le dije. ¿Tú no temes a Dios?” “Es Él más bien quien me teme a mí, respondió el perro. Yo soy Ramadán.” “Pues yo soy Mandakas, le dije sacando mi cuchillo. Saca tu cuchillo tú también.” “No lo he traído. Tienes suerte, giaur, me encuentras desarmado.” “Yo tengo dos, elige el que quieras.” Le eché un cuchillo y el duelo empezó sobre los guijarros, al borde del mar. Luchamos durante horas… Llegó la noche. La sangre y el sudor corrían sobre nosotros. Ardíamos. De cuando en cuando nos metíamos en el mar para refrescarnos y el agua se ponía colorada. No decíamos ni una palabra, gemíamos. Pasó un amigo del negro. Era un bengazí y quiso ayudarlo. “Te aplasto como a una pulga, le dijo el negro. Déjanos solos, vete.” “Oye, Ramadán, ¡eres un valiente!” “Tú también, Capetán Mandakas, me respondió. Somos dos bestias feroces, así que uno de los dos tiene que morir.”

“Aproveché un momento de debilidad por su parte, para saltarle a la nuca y clavarle el cuchillo en la nuez, como se hace con los puercos. Luego, le corté la oreja, con pendiente y todo.”

Señaló otra oreja. Estaba lanzado; el recuerdo de sus proezas le enardecía.

—Esa otra oreja que está un poco verde —dijo—, era de Mustafaya, el carnicero. Esa otra de en medio, pertenecía a un albanés. La otra de más lejos, la que está un poco al bies, era de un imán. Tenía una de esas voces, el condenado, una verdadera campana. ¡Qué lástima! Debió ocurrírseme cortarle la lengua para meterla aquí. Ahora ya no puede ser. Esa pequeñita, complicada como un caracol,

pertenecía a Pertef Effendi. Era hermoso como una imagen, el miserable. Digamos, como san Jorge. ¡Él tuvo la culpa! Pasaba a caballo por los barrios cristianos y bromeaba con las mujeres. ¿Quién podía resistirse a aquel perro? Me dió pena de ellas. Entonces una noche, entré en casa de Pertef Effendi, nos batimos en su cuarto, pero era más bien delicado y afeminado, así que no resistió mucho. Le corté su tierno pescuezo y me traje esta orejita tan acaracolada, ¡una verdadera joya! Cada oreja tiene su historia. Aquí, en esta botella están todas las revoluciones de Creta, y no cuento las orejas de los que maté en la guerra, ¡con ésas ya no sabría por dónde andaba! Todas las revoluciones, las de 1821, 1834. 1841, 1854, 1878… Pero ahora ya soy viejo y esta vez no se trata de orejas…

Hablaba y Creta se alzaba en él, su cabeza ardía.

—Soy una bestia feroz, es verdad, que Dios me perdone. Cuando estallaba una revolución, yo abandonaba mi casa, mis hijos, mis viñas sin podar, mis campos en barbecho, saltaba sobre mi yegua y me iba a buscar al jefe, el Capetán Korakas.

Pensó en el célebre Capetán y suspiró.

—Hombres como aquél, ya no se hacen. ¿Qué somos nosotros a su lado? ¡Pajarillos!

“Hablaba poco el Capetán Korakas y sus palabras eran sensatas; nadie le oyó jamás bromear. Sus ojos eran redondos, sombríos y feroces como los de un águila. No tenía un solo defecto. No bebía, no juraba, no tocaba a las mujeres. En tiempos de guerra, espoleaba a su yegua y se arrojaba sobre los turcos, sin mirar atrás para ver si le seguían. No contaba los feces que se ponían delante de él. Las balas no le tocaban. ¡No era un hombre, aquél, oh, no, no era un hombre! ¡Era un arcángel!”

Suspiró de nuevo:

—¡No le faltaban más que las alas! —añadió.

El viejo Sifakas, escuchando, se agitaba sobre sus almohadones. Pero tenía paciencia, arañando el limón con las uñas para olerlo. Al fin no pudo más:

—Guarda esa botella en tu mochila, Capetán Mandakas —dijo con aire malhumorado—. La crueldad humana no tiene límites. Guarda esa botella en tu mochila, te digo, y responde a lo que te he preguntado: ¿Todas las orejas que has cortado no te han enseñado nada? Tú ves tu vida en esa botella, entonces, dime: ¿el camino que elegiste era el bueno? Todo lo que has hecho ¿lo lamentas o no?

—¿Lamentarlo? —exclamó el Capetán Mandakas, indignado—. Si pudiese volver a hacerlo, Capetán Sifakas, me casaría con la misma mujer, mataría a los mismos turcos —tal vez algunos más—, llevaría las mismas bragas, las mismas botas, la misma faja. ¡No cambiaría mi

vida ni en un pelo! Y cuando dentro de poco me presente ante Dios, será con mi botella bajo el brazo y le diré: ¡O me dejas entrar en el paraíso con la botella o no entro!

—¡Entonces, tú naciste únicamente para matar, viejo Mandakas! ¿Fué para matar para lo que Dios te mandó a la tierra?

—No, a mí no me gusta matar, viejo Sifakas, ¿qué te crees? Yo no soy sanguinario, no, yo no mato por matar. Pero… —reflexionó rascándose la cabeza; luego, bruscamente—: ¡Pero yo luchaba por la libertad!

El Capetán Mandakas estaba lanzado, sus ideas empezaban a aclararse.

—Ah, sí —dijo—, me preguntaste de dónde viene uno y a dónde va, y no sabía qué responderte. Pero a fuerza de hablar mi mente se ha aclarado. Uno sale de la esclavitud, Capetán Sifakas, y va hacia la libertad. Uno nace esclavo y lucha toda la vida por llegar a ser hombre libre. Y para nosotros los cretenses, no hay más que una sola manera de llegar a ser libres, que es matar. Por eso he matado yo tantos turcos. Tú me has hecho una pregunta y te he respondido. Ahora ya soy viejo, he limpiado mi cuchillo y me he cruzado de brazos. ¡La muerte no tiene que hacer más que venir a buscarme!

Se volvió a su hijo adoptivo:

—Yanacos, vuelve a poner la mochila en su sitio.

—Muy bien —dijo el abuelo—, has hablado muy bien, ¡vivan tus manos y tu boca, Capetán Mandakas! Has tardado, pero has acabado por comprender. Ése era tu camino y lo tomaste. Has ido hasta el fin y has hecho tu deber. Pero ¿tú crees que no hay más camino que ése? También hay otros, ya lo verás. Habla tú ahora, Capetán Katsirmas, viejo corsario.

El lobo de mar cerró el puño. Sus ojos bizcos se pusieron rojos.

—No me gustan esos modos, viejo Sifakas —dijo—. Nos has hecho venir aquí a tu patio, y con el pretexto de que tienes dos o tres años más que nosotros, te haces el jefe y nos sometes a un interrogatorio. ¡No, yo no hablaré!

—¡No te amosques, chiflado! —gritó el abuelo—. No es porque yo sea el más viejo por lo que me hago el jefe, es porque soy el primero que me voy y tengo prisa. No quiero morirme… ¿cómo te explicaría yo? No quiero morir ciego. Os he llamado en mi ayuda, hermanos, aclaradme. ¿Comprendes, Capetán Katsirmas?

—Comprendo —dijo el otro—, no grites. Si tú fueras un navío en peligro, yo habría levado el ancla para correr en tu socorro. Yo he pasado la vida luchando con el mar. Es lo único que conozco. Ayudar en otra cosa, eso no sé. Entonces, ¿por qué me interrogas, qué clase de ayuda esperas de mí?

—¡Me estoy ahogando, condenado pirata! —gimió el abuelo—, y un ahogado se agarra a sus mismos pelos.

—Agárrate a tus pelos, viejo Sifakas, pero no a los nuestros. Estás en el umbral de la muerte y tienes miedo —tú a eso le llamas un gusano, yo a eso le llamo miedo— y gritas a tus viejos compañeros: "¿qué es lo que me pasa, muchachos, a dónde me llevan?" Nosotros no lo sabemos mejor que tú, Capetán Sifakas, no podemos decirte nada para tranquilizarte. Vivimos ciegos, morimos ciegos, sin timón y con las velas caídas. El viento nos conduce adonde quiere. El barco hace agua, uno trabaja en la bomba noche y día, pero el agua sigue subiendo; las bombas se herrumbran, dejan de funcionar y uno se hunde. Ésa es la vida y tú puedes gritar a tu gusto. ¿Nuestro deber? Darle a la bomba día y noche, sin cruzarnos de brazos un solo instante, sin protestas ni gemidos. Permanecer dignos, viejo Sifakas. Darle a la bomba día y noche, noche y día, eso es lo que la vida me ha enseñado. Nos guste o no nos guste, así es.

Malhumorado, se volvió al Capetán Mandakas:

—Yo no he vivido como tú, Capetán Mandakas, clavado a la tierra, con un montón de orejas delante de los ojos, sin pensar más que en turcos y en meter sus orejas en una botella para enseñárselas a unos y a otros diciendo: ¡Esta botella es mi vida!

"Yo he viajado, Capetán Mandakas, he visto el mundo, me he acostado con toda clase de mujeres, he ido hasta el fondo del África, allá donde el pan se cuece al sol. Los puertos que he tocado son innumerables, he visto millones de hombres negros y millones de hombres amarillos. Tengo los ojos llenos de ellos — Al principio todos los hombres me desagradaban, excepto los cretenses. Pero poco a poco fui acostumbrándome a ellos. Fui dándome cuenta de que todos somos iguales, con lados buenos y lados malos.

"Y me lancé a la piratería. Comprendí que el mundo está hecho de jiotes de cobre y potes de barro que chocan entre sí. "¡Sé pote de cobre, desdichado Katsirmas, me decía yo, para que no te rompas! Si te rompes, se acabó, no habrá nadie que te componga." Entonces, hice amistad con unos argelinos, izamos banderas negras y nos pusimos a atacar a los barcos, a matar y a robar… Luego, íbamos a las islas desiertas a poner el botín en lugar seguro. Una vez, acordaos, descargué en Grabussa un barco entero de canela, de clavo y de nuez moscada. Toda Creta estaba embalsamada. Acuérdate, viejo Sifakas, de que te mandé toda una carga de burro, como regalo.

—Continúa —dijo el viejo—, y termina pronto. ¿A dónde vamos a parar con toda esa charla?

—Ya verás adónde vamos y comprenderás. No teníamos miedo de nadie, ni de Dios, ni de los hombres. Yo era cristiano, ellos musulmanes, pero no dejábamos pasar un barco que hiciese velas a la

Meca o a Jerusalén sin caer sobre él y matar a los peregrinos o a los hadjis. Yo era una bestia feroz entre las bestias feroces. Llevaba la cabeza afeitada, como los argelinos, con un pequeño mechón detrás, solamente. Amontonaba pozos de escudos y de medjidíes. Elegía dos o tres mujeres en cada barco, me divertía con ellas y luego las echaba por la borda. Era una bestia feroz, ya te lo he dicho, peor que tú, Capetán Mandakas. Y cuando me preguntes si lo siento, Capetán Sifakas, te responderé: Mi vida transcurrió agradablemente, valientemente y en justicia. No lamento nada. Dios me hizo bestia feroz, y como bestia feroz he vivido. Me hizo lobo y comí corderos. Si me hubiera hecho cordero habría sido comido por los lobos, ellos habrían salido ganando. Es la regla. Yo no tengo la culpa. Tiene la culpa quien creó los lobos y los corderos.

Se calló un instante y miró a sus compañeros con sus ojos bizcos. Parecía esperar que alguien le contradijese, pero nadie rechistó. Continuó.

—Y ahora, capetanes, ya soy viejo, mi regala está hendida, mi quilla agrietada, hago agua, mis pulmones no funcionan como es debido. Así que me he retirado en tierra firme y procuro aparentar que soy un hombre. ¿Por qué? Porque ya no puedo más. Estoy agotado. Mi pelo y mis dientes se han caído, el lobo está sarnoso, piojoso, desdentado. Aparento ser un hombre. ¡Qué decadencia! No puedo ni matar ni gritar, sólo balar como un borrego. Me quedo sentado junto a la fuente del pueblo para refrescarme los ojos viendo a las muchachas que van a buscar agua. A veces chocheo y me pongo a llorar. “¿Por qué lloras, abuelo?”, me preguntan las muchachas, riéndose a carcajadas. “Porque me moriré un día, y vuestros preciosos cuerpos ¡malditas!, seguirán existiendo sin mí.” Por Dios, si yo fuese rey o Alí Pachá, elegiría las muchachas más hermosas y ordenaría que las degollasen sobre mi tumba, para llevármelas conmigo.

—Eres una bestia feroz, Capetán Katsirmas —gritó el viejo Sifakas—, una fiera sanguinaria, ¡cállate!

—Tú me has hecho una pregunta y he respondido; me has dicho que abriese la trampa y yo la he abierto. ¿Tienes miedo, viejo Sifakas? —preguntó irónicamente, fijando en el abuelo su ojo torvo.

—He abierto la trampa —continuó—, y los demonios se han escapado. Me has preguntado y yo digo lo que pienso, te guste o no te guste. ¿Preguntas de dónde viene uno? ¡De la tierra, Capetán Sifakas! ¿A dónde va uno? ¡A la tierra, Capetán Sifakas! ¿Nuestro deber? Voy a decírtelo en pocas palabras: ¡si eres lobo, devora, si eres cordero, déjate devorar! ¡Y el gran lobo, si quieres saberlo, es Dios! Él es. ¡Él se come todos los corderos y todos los lobos, con huesos y todo!

—¡No blasfemes, viejo corsario! —gritó el Capetán Mandakas extendiendo el brazo—. ¡Estás borracho, tienes la imaginación patas

arriba, no sabes lo que dices! ¡El gran lobo es la Muerte y no Dios!

El Capetán Katsirmas se echó a reír.

—¡Dios y la Muerte, son la misma persona, amigo mío! Lo que pasa es que tú repites lo que dice todo el mundo. —Se volvió al Capetán Sifakas.

—Esto es lo que te digo, viejo Sifakas, ésta es mi respuesta. No tenías más que no haberme preguntado. Ahora manda que me llenen el vaso.

—Llenadle el vaso —dijo el viejo volviéndose a sus nietos—. Se ha confesado. Que comulgue.

Luego se calló, bajó la cabeza y se puso a reflexionar.

—No seré yo quien le juzgue, yo no soy juez. ¡Dios le ha oído, que le juzgue El!

Se volvió al maestro que había estado escuchando a los otros, meneando la cabeza calva y picuda.

—Te ha llegado la vez, maestro de escuela. Levanta la cabeza y habla.

El maestro cogió la lira.

—Yo me he pasado la vida hablando —dijo—, ya estoy harto. Nos pides cosas difíciles, Capetán Sifakas. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? Eso no se puede explicar con palabras.

—Entonces, ¿debemos quedarnos mudos? —gritó el viejo con cólera—. Mudos, ciegos, eunucos, para estar completamente tranquilos. ¿Es eso lo que quieres? ¡Pero, amigo mío, el hombre es un animal que hace preguntas!

—Las preguntas, Capetán Sifakas, sí, se hacen con palabras, eso es cierto. Y no te enfades. Pregunta. Pregunta si eso te gusta. Las preguntas se hacen con palabras, pero no las respuestas. Y es una respuesta lo que tú quieres.

—¡Sí, una respuesta —dijo el viejo meneando la cabeza—, una respuesta!

El maestro puso la lira derecha sobre sus rodillas.

—Si quieres una respuesta, viejo Sifakas, la tendrás. Yo te responderé con la lira. Ella es mi verdadera boca. Si comprendes lo que dice, mejor; si no lo comprendes, ¿qué quieres que yo haga? ¡Has nacido ciego y ciego morirás!

—¡Toca la lira, maestro de escuela, y que Dios te asista! —dijo el abuelo cerrando los ojos.

El cielo se había oscurecido. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. Las hojas del limonero se estremecieron violentamente bajo su peso. Unas estallaban, anchas y frescas en las mejillas, los párpados cerrados y los bigotes del abuelo. Con un lengüetazo recogió las que mojaban sus labios. Tenía sed.

El maestro se inclinó, apoyó su pecho en la lira, se encorvó sobre ella hasta formar un solo cuerpo con el instrumento y dió los primeros toques con el arco.

Primero, el arco empezó a saltar y a bailar sobre las tres cuerdas, haciendo tintinear sus cascabeles, llenando el patio oscuro de estallidos de risa. Recordaba una escuela a la hora del recreo, se oía a los niños correr, jugar y reír… O eran tal vez pájaros en un álamo copudo, despiertos y embriagados por los primeros rayos del sol, que piaban y saltaban de rama en rama…

El arco saltaba, reía, danzaba y los viejos capetanes lo olvidaban todo, sus corazones se hacían ligeros, semejantes a niños, a pájaros, a surtidores… Los nietos y las nueras se acercaron poco a poco; los empleados y los sirvientes salían de la casa, se sentaban en el suelo a pesar de la lluvia, alargaban el pescuezo y escuchaban.

El abuelo escuchaba también. Sentía que su sólido esqueleto se hacía más ligero, se levantaba lentamente, revoloteaba sobre el limonero y el ciprés como una nube. No recordaba haber sentido nunca tal alegría, tal ligereza, aparte de los sueños y en cierto día, acaso. Aquel día, volvía de la guerra; se había lavado la cabeza, se había quitado la sangre que le manchaba, se había puesto ropa limpia y había ido a la iglesia a comulgar… Entonces, su cuerpo le pareció ligero, aéreo como una nube fresca. A la vuelta iba andando, pero sus pies no tocaban el suelo.

Poco a poco, la voz de la lira se transformó. Los cascabeles del arco sonaron como los cascabeles de un halcón amaestrado para la caza, que se lanza al espacio persiguiendo una presa. El arco corría, saltando a derecha e izquierda, las cuerdas emitían sonidos desgarradores semejantes a voces humanas. Los viejos, sorprendidos, levantaban la cabeza; recordaban su juventud, la guerra, los gritos de los heridos, las lamentaciones de las mujeres, los caballos sin jinete que relinchaban, ensangrentados, levantados sobre sus patas traseras.

“Devuélveme mi juventud, maestro de escuela, o cállate”, tenía ganas de gritar el Capetán Mandakas, pero la lira había ya cambiado de tema. Ahora atacaba un aire tranquilo, dulce, y su voz se hacía tierna. Los capetanes tendían sus orejas velludas y escuchaban sonriendo… Era en el aire húmedo de la tarde como un bordoneo sordo de abejas satisfechas, como el murmullo lejano de un *arroyo* subterráneo, o como el *lamento amoroso* de una mujer, que venía de la playa, del otro lado de las montañas. Era tal vez la mar que suspiraba, con los senos apoyados en la arena; o bien una voz todavía más misteriosa y más hechicera, más allá de la vida, en la Otra Orilla, dulce, triste, amante, que arranca el alma del cuerpo. Era tal vez Dios mismo, escondido en la sombra húmeda de la noche, llamando, invitando a su amada de siempre, el alma humana.

Como poseído, replegado sobre su lira, el maestro tocaba y su arco iba y venía como un sable, hiriendo el pecho del instrumento de donde surgían las voces humanas más apasionadas y dolorosas. Era ya casi de noche. El maestro desaparecía en la oscuridad, ya no se le veía. La lira, como un fantasma, estaba derecha bajo el limonero y se lamentaba o, más bien, llamaba, suplicaba.

Una ancha y profunda sonrisa entreabrió los labios del abuelo. De pronto, su cuerpo ligero, suspenso sobre el limonero, subió muy alto, a través del espacio, cada vez más alto, fresco como la niebla. Se elevaba suavemente, sin choque, se disolvía presto a caer en lluvia y a infiltrarse en la tierra para hinchar y alimentar a los granos.

"He aquí a la muerte, pensaba el abuelo, he aquí al paraíso. Ya estoy en él. ¡Buenos días, Dios mío!"

Levantó los párpados y no vió más que la noche. Y en aquella noche, una voz le llamaba dulcemente, tiernamente, por su nombre: "Ven… ven… ven…"

—Voy —respondió y cerró los ojos.

Le dejaron toda la noche bajo el limonero como un viejo tronco de árbol que mojaba la lluvia.

Kosmas se arrodilló y le cerró los párpados, todavía calientes, dóciles. Thrassaki agachado junto al cuerpo, miraba. Era la primera vez que veía la muerte tan cerca. Miraba al abuelo que tanto había querido y se estremecía. No era solamente miedo; el abuelo parecía haber adquirido al morir una fuerza nueva, sombría y pérfida. Inmóvil, parecía estar al acecho del mundo viviente para apoderarse de él y llevárselo consigo a la tierra… Se había vuelto malo de pronto, el abuelo, como los ogros de los cuentos y quería devorar a los hombres. Thrassaki quería irse de allí, pero no se atrevía a moverse. Y así permanecía aterrorizado y miraba.

La familia del muerto velaba a su alrededor. La puerta había quedado abierta de par en par. Habiendo sabido que el viejo Sifakas había entregado el alma, todo el pueblo estaba revuelto y desfilaba para saludarle por última vez. Todos se inclinaban silenciosos y le besaban la mano. Dos viejas le habían lavado con vino y envuelto en su sudario blanco, de lino y seda, tejido por su mujer, Lenio, para aquella ocasión. Dos de sus nueras habían puesto un gran farol junto a su cabeza y otro a los pies. La suave claridad de la llama de aceite, se extendía sobre el muerto, dulcificando los rasgos de su cara.

—Llevémosle al interior —propuso madama Katerina—. No debemos dejarle ahí tendido sobre la tierra, bajo la lluvia.

Pero Kosmas replicó:

—Él quiere estar ahí, eso es lo que dijo. Él quiere estar ahí y

mojarse.

La noche era oscura. Ni una estrella en el cielo, sólo nubes. El viento del sur soplaba tranquilo y compasivo. Los nietos encendieron fuego en el patio para calentarse. A la luz de las llamas se podía distinguir a los animales: el mulo, los dos borriquillos, la yegua y el par de bueyes que habían salido del establo. No podían dormir. Miraban a su alrededor, tratando de comprender por qué aquella noche el patio estaba lleno de luz, de gritos y de gente… Hartos, los tres capetanes, roncaban apoyados en el tronco del viejo limonero.

—¡Adiós, viejo Sifakas, saluda a los muertos en nuestro nombre! —sollozaban las mujeres desatando los pañuelos de sus cabezas.

—¡Hasta pronto, Capetán Sifakas! —decían los viejos, estrechando la mano del muerto—. ¡Hasta pronto!

Cada mujer le echaba una ramita de albahaca, recuerdo oloroso de aquí abajo, para que lo llevase consigo al reino de los muertos. Una desdichada madre joven, puso junto al muerto la pizarra y las tizas de su hijo muerto. "Dásela a mi hijo, viejo, gritaba, ¡hazme ese favor! Se llamaba Dimitraki, era tu vecinito, tú le encontrarás. Llevaba un gorro de lana roja, con un pompón y siempre iba descalzo."

Madama Katerina echó una manta por los hombros de los viejos capetanes, luego se acercó a Thrassaki y le cogió de la mano:

—Ve a acostarte, hijo mío. Es ya cerca de la medianoche.

Pero Thrassaki protestó:

—Yo quiero velar al abuelo —dijo—. Mi padre no ha venido y yo tengo que reemplazarle.

El fuego recién alimentado descubrió su mirada, dura, resuelta, como la de su padre. La madre se retiró callada. No dejaba de llover. Rinio y las otras muchachas iban y venían con bandejas, ofreciendo café a todos los que, extraños o miembros de la familia, velaban al muerto. A veces el silencio se extendía por el patio y se oían las voces profundas e invencibles de la noche, los insectos, los pájaros, los perros que no podían dormir, los bueyes que mugían… Y de pronto, los gallos empezaron a cantar. El día se alzaba.

El sol estaba a la altura de una lanza cuando los tres capetanes, entreabriendo los ojos, vieron al muerto echado cuan largo era sobre las piedras del patio. Pero no hicieron el menor movimiento. Volvieron a dormirse.

Cerca del mediodía Stavrulios trajo el ataúd al hombro. Thrassaki corrió a examinar la madera. El carpintero no les había engañado, era de nogal.

A las dos, los nietos tomaron el cuerpo del abuelo y le dieron lentamente una vuelta por todo el barrio, luego, por todo el pueblo deteniéndose en cada cruce de calle. Las muchachas se asomaban a las

ventanas y echaban sobre el muerto ramitos de albahaca y de mejorana como se hace en la procesión de Viernes Santo.

Los campesinos le acompañaban, descubiertos, alegres, como si fuese verdaderamente su Dios quien acababa de morir. Avanzaban lentamente, dejando al abuelo tiempo para decir adiós a su pueblo con toda tranquilidad; pero de pronto, cuando ya tomaban el camino del cementerio, a la salida de Petrokephalo, las cataratas del cielo se abrieron y estalló la tempestad violenta.

Los campesinos lanzaban gritos alegres. Llevaban meses deseando la lluvia, porque los surcos y las semillas amenazaban secarse. Ahora llovía. ¡Dios sea loado! Las mujeres levantaban los brazos al cielo y ofrecían a la lluvia sus caras curtidas, ávidas como la tierra.

—El abuelo se ha transformado en lluvia, vuelve a la tierra —dijo un viejo.

—Bien sabía nuestra preocupación —dijo otro—. Se ha transformado en agua y nos riega.

Llegaron al fin del cementerio, sin apresurarse, empapados de lluvia. Dos robustos nietos se remangaron y cavaron la fosa. La tierra era roja y tierna, llena de raíces y de conchas como si el mar hubiese cubierto alguna vez aquel país de montañas. Llovía, llovía…

El abuelo bajó suavemente a su tumba y allí se quedó tendido. Los vivos le echaron cada uno un puñado de tierra y se pusieron en marcha bajo la lluvia.

Ahora, corrían apresurados por instalarse delante de la mesa del banquete mortuorio, por beber y comer el cordero negro que el abuelo había hecho el voto de ofrecer en honor a su muerte.

Kosmas se sentó apartado en el ancho diván. Tenía el alma triste y el cuerpo cansado. Cerró los ojos para descansar un poco antes de salir para la montaña. Haridimos había recibido la orden de preparar la linterna sorda y estar dispuesto. Antes del amanecer debían haber alcanzado el campamento del Capetán Miguel. Kosmas sólo durmió unos segundos, pero la trampa de sus sueños tuvo tiempo de abrirse y dejar paso a su padre muerto. Kosmas le distinguía claramente. Estaba delante dé la escalera de su casa y se disponía a subir a la alcoba, tenía ya un pie levantado sobre el primer escalón. Kosmas tuvo miedo. Su mujer dormía allá arriba, el viejo iba a asustarla… Se lanzó hacia él. “¿A dónde vas, padre?, le gritó. El muerto se volvió, con la mirada feroz, los bigotes caídos, un lunar en la mejilla derecha, un pañuelo negro atado alrededor de la cabeza cuyos flecos chorreaban sangre. Su boca era una herida taponada con algodón.

“Padre, gritó Kosmas, no la toques, es mi mujer.”

El hijo fué valientemente hacia el muerto.

“No la toques, es mi mujer”, volvió a gritar. Alargó el brazo para

detener a su padre e impedir que subiese, pero el muerto había desaparecido, hecho humo. Kosmas no vió más; pero siguió oyendo los pasos pesados y sordos en la escalera.

Dió un grito y se despertó. Abrió los ojos y vió a todos los invitados que estaban alrededor de la mesa del banquete fúnebre. Tendido sobre el lomo, con las cuatro patas al aire, el cordero, recién salido del homo, humeaba en la gran fuente de metal, con su cabeza y sus cuernos, como si estuviese vivo. Los campesinos hambrientos, lo habían tomado por asalto y se lo repartían. Los nietos traían numerosos cántaros de vino y el almuerzo fúnebre empezó como un banquete de fiesta. Una ronda tras otra, pusieron a los convidados de buen humor. No era sólo el vino, era también la lluvia que caía sobre la tierra labrada y sedienta, era la muerte que había pasado tan cerca sin tocarles, contentándose con un viejo, ¡paz a su alma! Y no paraban de beber. Bebían, comían, se alegraban y los pies les hormigueaban. Tenían ganas de bailar. Las nietas y las nueras, iban y venían, cimbreantes, esbeltas. El vino no deja mudo a nadie. El mejor cantor del pueblo, el carpintero Stavrulios, se olvidó del caso y estuvo a punto de arrancarse con una copla. Pero sus vecinos de mesa le cerraron la boca a tiempo. Para evitar un escándalo, el pope, después de haber tragado un sorbo de vino, empezó a salmodiar el himno de los querubines, con voz plañidera.

Kosmas se levantó y llevó aparte a su tía Katerina.

—Tía Katerina —dijo—, salgo esta tarde para ir a ver a mi tío en la montaña. ¿Quieres que le dé algún consejo de tu parte?

Ella suspiró:

—¡Como si él aceptase consejos de nadie! Cuando se le mete algo en la cabeza, ya puede hundirse el mundo, él sigue en su idea. ¡Que Dios nos socorra!

—¿No sentirá piedad de su hijo, tía Katerina?

—Sí, sentirá piedad, es lo único que quiere en el mundo, pero no cederá. Hará lo que haya decidido. Hijo mío, no esperes nada del hombre que no tiene piedad de sí mismo.

Se secó los ojos y se calló.

Kosmas se acercó a Haridimos que, con grandes bríos, mordía un pedazo de cordero, dejando que la grasa escurriese por sus picudas barbas de chivo.

—Haridimos —le dijo—, has comido y has bebido bien, has festejado la muerte del abuelo, ahora levántate y vámonos.

El viejo servidor bajó la cabeza:

—Está lloviendo —dijo—, es un verdadero diluvio. Afuera no ve uno a dos pasos de sus narices.

—Vámonos —dijo el nieto con autoridad—. Es necesario.

—Entonces, vamos —suspiró Haridimos maldiciendo a la suerte que no le concedía más que un poco de bonanza. Precisamente en el momento en que empezaba a pasarlo bien…

—Adelante —dijo Kosmas—. ¿Tienes la linterna sorda?

El cántico se había ido transformando en canciones alegres, poco a poco. Stavrulios preguntó al pope:

—¿Me das permiso para cantar una canción kléphtica, padre?

Antes de oír la respuesta, abrió la boca y la casa entera retembló.

¿Cuándo aclarará el tiempo?
¿Cuándo febrero querrá venir?
para que coja yo mi fusil…?[51]

XIV

Con su linterna sorda en la mano, el viejo Haridimos iluminaba el sendero de cabras que serpenteaba por la montaña. No estaba enteramente repuesto de su borrachera, trastabillaba, resbalaba y se caía cuan largo era. Se levantaba, avergonzado, y volvía a echar a andar.

—¡Condenado vino —murmuraba—, es el agua del diablo!

Se moría de ganas de hablar. Al fin se paró, chorreando agua de lluvia:

—Patrón, ¿no dices nada? Yo me ahogo sin hablar. Por eso voy dando tropezones.

—Déjate de charlas, Haridimos. Ya ves que está diluviando. Vamos un poco más de prisa.

Se apresuraba a llegar al campamento del Capetán Miguel antes de que fuese de día, para no ser visto desde el campo de los turcos. La lluvia caía tupida, fustigaba a la tierra e hinchaba sus venas. Las aguas corrían en láminas de acero por las vertientes, con una especie de risa. De cuando en *cuando* un relámpago azul brillaba como una estocada, el trueno retumbaba de una en otra ladera y las aguas borbotaban al encontrarse en su carrera hacia la llanura.

—¡Por el amor de Dios, patrón, abre la boca, háblame! —suplicó el viejo guía—. ¿Qué pasa por allá, por el mundo donde tú viajabas? ¿Son hombres como nosotros, los francos? ¿O son demonios?

Pero Kosmas no estaba dispuesto a charlar. Avanzaba silencioso, en la oscuridad y la lluvia, negándose a turbar con palabras vanas aquel momento bendito. Una extraña y fresca alegría inundaba su cuerpo y su alma. Recibía la lluvia tranquilamente, como una roca, una roca de Creta, y cuanto más se mojaba más sentía hasta la médula de sus huesos, la alegría de la piedra y la tierra al ser regadas.

Era el invierno. Creta, extendida, se mojaba. La lluvia compasiva apagaba las aldeas y los monasterios que los turcos habían incendiado. Apagaba también los pueblos turcos incendiados por los cristianos. Los cristianos y los turcos volvían a sus ruinas, encontraban difícilmente un techo y reconstruían sus casas piedra por piedra. Ardiendo de cólera, herida, Creta volvía a caer bajo el yugo. Los capetanes se

reunían en las grutas, en los monasterios, para tomar una decisión. Leían y releían el mensaje del metropolitano tratando de comprender, oían la voz de Creta, se enfurecían, juraban, levantaban al cielo miradas amenazadoras, cerraban los puños y al fin capitulaban. Metían en la vaina sus cuchillos, enterraban sus armas otra vez y volvían al trabajo.

Ceñudos, silenciosos, los candiotas volvían a abrir sus tiendas; los campesinos se curvaban sobre la tierra, labraban, sembraban, la pesada rueda de la vida cotidiana volvía a rodar. El Capetán Polyxinguis bajó, él también, de la montaña. Su fez estaba rodeado de un velo negro. Encendió una vela al patrón de la ciudad, san Minas, se detuvo un momento ante su icono, quejándose a él, luego fué a abrir su almacén. Se quedó en el interior para no ver a nadie y para no ser visto, fumando su narguile, con la mirada en el espacio. Miraba a la calle, pero no veía la gente que pasaba, ni los campesinos que entraban por la puerta de La Canea, trayendo limones, naranjas, cidras, vino y aceite, todo lo que habían podido salvar. No veía nada. Su boca tenía un rictus amargo, ya no sonreía como antes. Lamentaba haber dejado la montaña y haberse mostrado ligero.

"No debí escuchar a Creta ni al metropolitano, pensaba. El Capetán Miguel ha hecho bien. Yo he debido quedarme allá arriba y morir. ¡No tengo nada que hacer de la vida! ¡A veces me dan gemas de volver!"

Enrolló el tubo de su pipa, se apoyó en el quicio de la puerta y suspiró. En aquel momento pasaba el pope Manolios. Su sotana manchada de grasa se hinchaba y flameaba al viento. Él no había salido de Candía. Enterraba, bautizaba, bendecía, embolsaba y hacía crecer su papada. Aquel día llevaba un cáliz; delante de él iba Murtzuflos, pálido, lloroso, con un farol encendido, en pleno día. El Capetán Polyxinguis se santiguó. Ya había oído la mala noticia. El pope iba a dar la extremaunción al Capetán Stefanis que, al volver a Candía en su barco, el obús de un aviso turco le había llevado las dos piernas.

—Que Dios bendiga su alma —murmuró—. Ése se ha portado como un hombre.

Meneó la cabeza y se dispuso a volver a la sombra de su almacén, cuando vió a Ventusos que envuelto en una manta, parecía tiritar de frío, monologando con ademanes de loco. Desde hacía dos días, el tocador de lira erraba por las calles como un alma en pena, sin poder tomar una decisión: ¿abrir su taberna, hacer venir a su mujer y sus dos hijas, refugiadas en el pueblo de su amigo Georgearos, en fin, recomenzar su vida rutinaria; o bien mandar todo a paseo y volverse con el Capetán Miguel para demostrarle que él también era un hombre y que no debía tratarle como a un perro?" "Que te vaya bien, Ven—tusos, le había dicho al mandarle a casa del metropolitano. Adiós,

Ventusos, tú no volverás. No me hago ilusiones. ¡Tú eres Ventusos y como Ventusos te comportarás!”

Ventusos pensaba en las palabras del Capetán Miguel *y se* daba a los demonios. Picado de amor propio, tomaba la decisión de volver a la montaña para demostrar al Jabalí quién era él, y un instante después, el recuerdo de su mujer, de sus hijas y de su taberna le hacía cambiar de propósito.

Al ver al Capetán Polyxinguis en el umbral de su puerta, se detuvo. “He aquí, se dijo, uno de los capetanes más famosos, y sin embargo, se ha vuelto, con el rabo entre las piernas. Éste ha cedido. ¿Por qué? Porque es en bien de Creta. Y tú, piojoso Ventusos, quieres hacer lo que se te meta en la cabeza… Adelante, no tengas vergüenza. Es duro ir a batirse, pero también es duro deponer las armas cuando el jefe lo manda.” Ven— tusos se alegró de ver al Capetán Polyxinguis. “Vamos a hablar un poco con él, pensó, eso me dará valor. Yo, pobre de mí, tengo hijos, no debo morir.” Se acercó.

—Buenos días Capetán —dijo—. Vengo de la montaña. Te salu…

—¡Vete al diablo! —rugió el Capetán Polyxinguis levantando la mano. La presencia de Ventusos le irritaba y le recordaba su vergüenza.

Al oírle, Ventusos se enfureció. Entonces, también este lindo caballero le trataba como a un perro a él. ¡Que espere un poco!

—Y me vuelvo a la montaña, yo no abandono mi puesto. Si quieres algún recado…

No había decidido nada, pero tenía ganas de hacer rabiar al otro.

—¿Tú te vuelves a la montaña, tú, Ventusos? —dijo el Capetán Polyxinguis con una risa sarcástica—. Te hará falta valor.

—Sí, me hará falta valor, Capetán, ya lo sé. Pero es ese condenado amor propio el que arrastra al mundo:—dijo. Y sin dar tiempo a que el Capetán Polyxinguis contestase, desapareció.

Súbitamente se decidió; él no se rendiría, quería avergonzar a los Capetanes Miguel y Polyxinguis, y si Dios existiese, Él se ocuparía de casar *a* sus hijas.

No andaba, volaba. Entró en la iglesia de San Minas y encendió una vela. El santuario estaba desierto, cálido, oloroso. San Minas, vestido de plata de pies a cabeza, con la cara atezada, sonreía montado en su caballo. Parecía que estuviese dándole su bendición. “Buena suerte, Ventusos, le decía, has elegido el buen camino, estáte tranquilo, yo me ocuparé de tu mujer y de tus hijas y encontraré unos buenos muchachos para ellas. ¡Buena suerte, Capetán Ventusos!”

Se santiguó, satisfecho y salió de la iglesia. Oyó hablar y levantó la cabeza; detrás de la ventana del arzobispado vió la cara peluda del enano Harilaos. ¿Qué estará maquinando en el arzobispado ese

usurero, ese explotador de pobres? Ventusos no podía adivinar la intención del metropolitano.

Este último había invitado al renacuajo a almorzar en el arzobispado y ahora estaban tomando el café en el departamento del metropolitano. El viejo tenía su plan. Los cristianos que se habían refugiado en Atenas y en el Pireo, volverían a Candía y encontrarían sus casas en ruinas. Los turcos habían roto los cofres, los armarios, las sillas para hacer fuego. Habían quemado hasta los postigos de las ventanas. No habían dejado más que los muros ennegrecidos y vacíos. Así pues, el metropolitano había invitado al seor Harilaos, el banquero, para obtener de él, adulándole un poco, que prestase a los cristianos, con un pequeño interés, lo suficiente para reconstruir sus casas. El enano, se había enriquecido durante las revoluciones anteriores. De acuerdo con los pachás, compraba a los cristianos necesitados pendientes, anillos, piedras preciosas, collares de monedas antiguas y sus cofres rebosaban de joyas y de oro.

Y ahora, durante el café, el metropolitano abordaba el tema, pero muy desde lejos, para llevar a buen término su demanda. Empezó hablándole de Dios. Uno pierde su alma si quiere ganar demasiado. Luego hizo deslizarse delicadamente la conversación hacia un tema de actualidad: la Patria. Gran número de ciudadanos se habían hecho inmortales, el mundo los glorificaría porque se habían sacrificado por la Patria. Había que tener en cuenta que el sacrificio no consistía únicamente en dar la vida, sino también en ayudar al país cuando atraviesa momentos difíciles. Ese género de sacrificio hace igualmente inmortales a los que lo llevan a cabo. En cuanto a Dios, inscribe en sus registros el nombre de los bienhechores en letras de oro, y, al lado, la suma que invirtieron en provecho de la Cristiandad.

El malicioso renacuajo tomaba tranquilamente su café y fumaba su cigarrillo, mirando por la ventana las casas en ruinas y más lejos, por encima de los tejados, el mar, blanco de espuma. El discurso del metropolitano le entraba por una oreja y le salía por la otra. “Está tratando de envolverme, el cura, pensaba echando el humo por las narices. Trata de quedarse conmigo y vaciar mis cofres haciendo cosquillas a mi amor propio. ¡Ah, desdichado, te veo venir!”

Cuando el metropolitano terminó su sermón, Harilaos aplastó su cigarrillo en el cenicero de bronce y se volvió hacia él, con mucha deferencia. Su voz era grave, llena de aflicción.

—Hablas santamente, Reverendísimo Padre —dijo suspirando—. He pensado en ello muchas veces y siempre, con el corazón oprimido, me he dicho: “¡Ah, si tú fueras un hombre como los otros, si tú pudieras coger el fusil y dar tu vida por la Patria! 0 bien, puesto que Dios te ha maldecido fabricándote a medias, ¡si por lo menos te quedase dinero para darlo todo y aliviar un poco a tus hermanos!”

¡Que Dios se apiade de mí el día del Juicio Final! ¡Estoy arruinado, Reverendísimo Padre!, estoy perdido, mis negocios no marchan, aunque digan de mí lo que digan y me llamen usurero… Créeme, Reverendísimo Padre, cuando una viuda o un huérfano me traen un anillito, yo sé bien que no vale un medjidie, y sin embargo les doy dos, porque me parte el corazón verles tan desdichados… Les doy dos y me perjudico, lo sé bien, pero soy un hombre y sufro. Tenía un viñedo y lo he vendido, tenía un olivar y también se fué. La casa donde vivo está hipotecada, Reverendísimo Padre, Dios es testigo. ¿Qué va a ser de mí? El bien que he hecho a mi alrededor me ha arruinado y cuando me invitaste tú, el corazón me saltó en el pecho. "Dios es misericordioso y justo, me dije, recompensa a los que llevan a cabo buenas acciones. El metropolitano está al corriente, ha sabido en qué situación me encuentro y me invita para ofrecerme la ayuda del arzobispado…" Yo sé que la caja de la municipalidad está llena, ¡gracias a Dios!

El metropolitano estaba desconcertado. "¡El maldito, pensaba, el tarado, el judío!" No podía soportar la presencia del enano. Se tomó el café de un trago y empezó a desgranar su rosario de ámbar, con indignación. Harilaos bajó sus pequeñas piernas del diván donde estaba sentado a la turca y se frotó las manos.

—Hace frío —dijo—, ha llegado el invierno. ¿Qué va a ser de nosotros, sin carbón, sin ropa de abrigo, sin comida suficiente, Reverendísimo Padre? Yo me he visto obligado a vender todas mis gallinas. Todas las mañanas sorbía un huevo recién puesto; ¡se fué al diablo! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

Se levantó y besó la mano del metropolitano.

—Ruega por nosotros, Reverendísimo Padre —dijo—. Con tu permiso, me voy. No me siento muy bien, voy a casa para echarme un poco.

Los chicos salían de la escuela, en montón, gritando y silbando. Palomino les había retenido un rato más aquella tarde. Las vacaciones de Navidad empezaban al día siguiente y para señalar aquel último día había querido echarles un discurso. El maestro de escuela estaba más gordo y más fuerte. Su mujer, una campesina, esperaba ya un hijo, cosa que le llenaba de alegría. Antes todos le consideraban como un ser sin importancia, pero había aprendido a ponerse en su lugar y los alumnos ya no se atrevían a reírse de él.

Aquel día solemne, les retuvo en la clase para explicarles cómo y por qué había nacido Cristo y cómo el criminal Herodes, que se parecía mucho al pachá de Candía, había querido matar a Jesús. "Pero Dios que no permitió nunca que triunfase la injusticia, intervino y salvó a su Hijo." Les contó la historia de Jesús, su infancia, su vida de

buen escolar que amaba y respetaba a sus maestros y a sus padres y no decía jamás mentiras, y cómo fué crucificado. Herodes se parecía enteramente al pachá, tenía la misma barbita, el mismo fez, la misma verruga en la nariz. “Pero esto no se lo digáis a nadie.” Judas era como Suleimán, el negro. Negro como la pez, con su yatagán y su turbante, “pero no se lo digáis a nadie”. Sufrió mucho, Cristo; fué injuriado, azotado, desgarraron sus vestiduras, acabaron por ponerle una corona de espinas y, lo peor de todo, le clavaron en una cruz. Creta ha tenido una suerte idéntica. Pero podéis estar tranquilos, hijos míos, yo os doy mi palabra de que un día Creta resucitará, como Cristo resucitó. Si nosotros, los más viejos, no podemos llegar a ver su liberación, vosotros, los que ahora sois niños, la veréis, eso es seguro. Pero cuidado, no hagáis tonterías durante las vacaciones, releed bien lo que hemos ya estudiado y aprended de memoria las dos cancioncitas: *Allá en la montaña… Mi espada flexible y cortante…* Y el Himno Nacional.

Ventusos se detuvo para dejar pasar a los chicos de la escuela. Detrás de ellos salía Palomino. Hacía varios meses que no le veía y casi no le reconoció en el primer momento.

—Profesor —le dijo—, ¿has comido león? Te has convertido en un verdadero ogro. Yo vuelvo a la montaña —añadió con orgullo—. ¿Tienes algún encargo para tu hermano, el Capetán Miguel?

Palomino se sintió muy conmovido y le estrechó la mano.

—Ventusos —dijo—, tú eres un valiente. Perdona que no me haya dado cuenta conociéndote desde hace tanto tiempo…

—Nunca fui un valiente, profesor, pero ¿qué quieres?, ahora lo soy. Si anda uno con ciegos, acaba bizco… Todo ha sido gracias al Capetán Miguel.

—Dile que yo también cumplo con mi deber. Yo soy responsable de un montón de pequeños cretenses y procuro despertar en ellos a Creta. Una Creta lo más feroz posible. Díselo. Y que si he dejado la montaña es porque tengo la convicción de que Creta ganará. Dile que se venga él también.

—Estate tranquilo, yo se lo diré, pero allá nos quedaremos, no lo dudes. Hasta la vista, profesor.

—Buena suerte, Ventusos —respondió el maestro y se quedó un instante inmóvil admirando al Capetán Ventusos que, soberbio, se dirigía a la puerta del Lazareto, con paso ligero.

Cuando se fué Harilaos, el metropolitano llamó a su diácono.

—Estoy cansado, diácono, estoy cansado. Sin embargo, es necesario que yo vaya a casa de Arkhondula para ver al pachá. Será la primera vez después de muchos meses. No quería verle en el

arzobispado, él no quería verme en su residencia, entonces, hemos decidido encontrarnos en casa de Arkhondula.

—Si estás muy cansado, ¿quieres que ensille el borriquito, Reverendísimo Padre? —preguntó el diácono, un campesino gran—dote y moreno con voz de campana. Era famoso por su fuerza física y cuando acompañaba al metropolitano por la calle parecía que éste llevase tras de sí un león. Sus barbas, sus bigotes, su cabellera, rizada en la nuca eran tan abundantes que se hubiera podido llenar con ellos una almohada.

—Si quieres, hijo mío. Tienes razón, ensíllalo. Me ha agotado ese tacaño.

El diácono ensilló el burro bien lucido, le puso sobre el—lomo una manta bordada con pequeñas cruces y pequeños cipreses y lo llevó al patio. Ayudó a levantar el pesado cuerpo del metropolitano, le instaló bien en la silla y cogiendo la brida se puso en marcha.

Mientras tanto el pachá había devorado una gallina y bebido un gran jarro de vino. Llamó a Suleimán.

—Tengo que ir a ver al gran imán de los giaurs, Suleimán —dijo—. Hay que demostrar a los cristianos y a los turcos que la guerra ha terminado, que el lobo y el cordero hacen las paces. Saca mi caballo. No puedo ir a pie, eso no está bien. Y ven conmigo. He comido demasiado y tengo sueño. Sujétame bien por la calle para que no me caiga.

Pero cuando bajaba las escaleras que conducían al patio, los dos célebres iluminados de Candía, Barbayanis y Effendín, surgieron ante él, cogidos del brazo, como dos ángeles. Trastabillaban y se reían a carcajadas, estrechamente enlazados… Barbayanis estaba de fiesta aquel día; una de sus nietas había dado a luz un chico y era su primer bisnieto. Se había emborrachado, con tal motivo y en su borrachera había llamado a Effendín. “Siéntate, Effendín, come y bebe.”

—Jura que no vas a hacerme pecar —dijo Effendín, husmeando con golosa inquietud los platos preparados sobre la mesa.

—¡Lo juro!, bendito Effendín, no tengas miedo. No te daré ni cerdo a comer, ni vino a beber. Yo me lo beberé todo.

—El vino no tiene tanta importancia —dijo Effendín—, puedo beber algo. Todo el mundo bebe.

—No quiero tener ese peso sobre mi conciencia, Effendín —insistió Barbayanis—. Para mayor seguridad voy a darte a beber salep.

—No, no, el salep me da náuseas, mi querido Barbayanis, beberé vino. Eso no tiene importancia, lo peor es el cerdo.

Entre los dos vaciaron un cántaro, lo que les puso de muy buen humor.

—Effendín —dijo de pronto Barbayanis—, ¿qué te parece si

hiciésemos un trabajito?

—Todo lo que tú quieras, con tal que no sea atravesar la calzada.

—Yo te la pasaré a cuestas, no te preocupes. Ahora, escucha: tú eres turco y yo soy cristiano. ¿Tienes ganas de matarme? ¡Anda, coge un cuchillo y mátame!

—¡No!, ¡por el amor de Dios! —dijo Effendín—, ¡deja ese cuchillo, Barbayanis, vas a hacer que me dé un ataque!

—Bueno, entonces yo tampoco tengo ganas de matarte. ¿No deberían ser como nosotros todos los turcos y todos los cristianos? ¿Como hermanos? Tú seguramente has visto a una perra dar de mamar a un tiempo a perritos y gatitos. Pues bueno, Creta debería hacer lo mismo. Esto es lo que he pensado: vamos a ver al pachá, los dos, cogidos del brazo, y vamos a decirle: "Mira, Pachá Effendi, cómo ya se han hecho amigos turcos y cristianos: Effendín es Turquía; yo, Barbayanis, soy la Cristiandad. Aquí nos tienes, como hermanos, danos algo a beber." Y el pachá, que es un buen hombre, ¡el condenado!, ¡se echará a reír: "Dales a beber", gritará a Suleimán. "Dales vino y benditos sean." Y luego, sacará de su armario dos condecoraciones, una para cada uno. Le haremos reverencia tras reverencia y luego, tú, que eres Turquía y yo, que soy la Cristiandad, nos iremos del brazo, cruzaremos la Calle Grande, entraremos en la iglesia a rezar un poco… luego iremos a la mezquita. También iremos al gran café de Hussein Agá donde los jóvenes turcos cantan tan bien que hacen caer en éxtasis a los que los escuchan. ¿Piden la Unión? Aquí está, viva Barbayanis, viva Effendín, viva la Unión. ¿Has comprendido, Effendín? ¿De acuerdo?

—¿Y la calzada? —dijo Effendín inundado en sudor frío.

—No tengas miedo, te he dicho, yo te la pasaré a cuestas. Yo sé hasta nadar. Pero espera un poco que me ponga mi condecoración.

Descolgó la espada de la pared y se la ciñó, abrió el armarito de la cocina, sacó la condecoración de lata y se la colgó al cuello. Era, ya lo hemos dicho, una mano de Fátima como esas que cuelgan de los árboles para protegerlos contra el mal de ojo.

—Adelante —dijo—. ¡En los nombres de Cristo y de Mahoma! Dilo tú también Effendín, te lo suplico.

—¡Sí, pero pondré primero el nombre de Mahoma, si no no marcha!

—Bueno, haz lo que quieras. ¿Entonces?

—¡En los nombres de Mahoma y de Cristo! —dijo Effendín y cruzaron el umbral los dos con el pie derecho.

En la calle, Effendín miró a su compañero:

—¿Qué te parece, Barbayanis, si llevásemos con nosotros al pobre Alí Agí? Él no es turco ni griego, ni hombre ni mujer, o las dos cosas a

la vez. Vamos a buscarle. Así todas las naciones estarán representadas en casa del pachá.

—¿Por qué no? —dijo Barbayanis que, en su alegría quería abrazar al mundo entero—. ¿Por qué no, bendito Effendín? Es un ser humano, aunque no tenga un sexo definido. Y el pobre diablo también tiene derecho a una condecoración.

Bajaron a la costa y llegaron al barrio del Capetán Miguel. Llamaron a la puertecita de Alí Agá. Sonó en el patio ruido de zuecos.

—¿Quién es? —preguntó una vocecita.

—Dos amigos, Alí Agá. Abre —dijo Barbayanis—. Es por tu bien.

—Tengo miedo, muchachos, id a vuestros asuntos… ¿Qué amigos sois?

—Soy yo, viejo Alí Agá —gritó Effendín—. Yo, Effendín Bosta.

La puerta se abrió. La cara del viejecillo estaba amarilla y arrugada. Desde la marcha de sus vecinos cristianos, el desgraciado no se atrevía a ver a nadie. Los cristianos no tenían confianza en él y los turcos le echaban. Por las mañanas se iba al campo y recogía algunas hierbas que comía sin aceite. Hacía calcetines y los vendía; con eso, bien que mal, iba tirando en espera de que los hombres volviesen a ser razonables y sus vecinos aparecieran nuevamente en sus casas. Entonces volverían los buenos tiempos con las visitas de por las tardes y los platos suculentos.

Barbayanis vió el triste estado en que se encontraba y sintió repentinamente un gran afecto por el viejo turco. Verle así de abandonado le hizo estremecer.

—¿Qué te ha pasado, viejo Alí Agá? —le preguntó, echándose en sus brazos.

—Estoy mal, muy mal, querido Barbayanis. Mira, no puedo ni agacharme, me duele todo… todo, pobre de mí.

—¿Vienes con nosotros a casa del pachá? —dijo Effendín.

—¿A casa del pachá? —exclamó el viejecito, asustado—. ¿Por qué razón? ¡Yo no voy a ningún sitio!

—Es por tu bien —intervino Barbayanis—, tendrás una condecoración.

—Por el amor de Dios, id a vuestros asuntos —dijo el viejecillo y cerró la puerta.

—Déjale, Effendín —dijo Barbayanis—, es un cadáver. ¡Vamos nosotros!

Se pusieron en camino, llegaron a la plaza y se detuvieron a la puerta del pachá. Entonces fué cuando éste, al bajar las escaleras, vió a los dos idiotas surgiendo ante él.

—Pachá Effendi, espera un poco, míranos —dijeron los dos.

—¿Qué es lo que queréis, cernícalos? —dijo el pachá echándose a

reír—. ¿Qué comedia es ésta?

Effendín se sostenía los pantalones de yute que tenían, como siempre, roto el cordón, y la espada de Barbayanis se le metía entre las piernas poniéndole a cada momento a punto de caer. Los dos trastabillaban. El representante de los griegos habló primero.

—Pachá Effendi —dijo solemnemente—, yo no soy Barbayanis, el vendedor de salep, no creas que soy eso, no, yo soy la Cristiandad. Y éste no es Effendín Bosta, el que tú conoces, es Turquía. Comimos la hierba de la disputa y nos peleamos. Luego comimos miel e hicimos las paces. Hemos hecho las paces y ahora somos hermanos. ¿Comprendes, Pachá Effendi? Tú seguramente viste alguna vez a una perra dar de mamar a un tiempo a perritos y gatitos. Pues bien, nosotros nos hemos dicho: Creta es eso mismo. ¿Por qué peleamos? Tiene muchas tetas y mucha leche, Creta, hay para todos ¿comprendes? Unámonos, pues, amémonos, démonos buena vida y estemos de buen humor. ¡Desde hoy soy bisabuelo! ¡Viva la Unión!

—Suleimán, no está del todo loco éste —dijo el pachá riendo a carcajadas—, las gentes no saben lo que dicen. A fe que es más sensato que el metropolitano y que yo mismo. Dales un vaso de raki y una algarroba a cada uno.

—¿Y no hay condecoración? —dijo Barbayanis decepcionado—. ¿No hay condecoración, Pachá Effendi?

—¡Tú ya tienes una, eso basta!

—Pero Effendín… —dijo Barbayanis señalando a su compañero que se sujetaba los calzones.

—Suleimán, dale un cordel para que se ate los calzones, no hay más condecoración. Ahora, idos, tengo que hacer.

Cuando el pachá llegó a casa de Arkhondula, vió el borriquillo del metropolitano atado a la argolla de la puerta y se regocijó.

—Vamos, el cura ha llegado antes que yo —dijo—. Parece que va cediendo.

Suleimán le ayudó a bajar del caballo. Entró en el gran patio enlosado, lleno de tiestos de flores; la solterona salió a darle la bienvenida, rígida, encorsetada, empolvada copiosamente y seca como el palo de una escoba. El pachá, gordo y retaco, de aspecto placentero, con su gran nariz y sus ojos lánguidos de oriental, entró. EÍ metropolitano se levantó, el pachá hizo una gran reverencia, se instaló en un sillón y sacó su rosario de ámbar. Eli ama de la casa desapareció en seguida para dejar a las dos grandes personalidades de Candía hablar libremente de los asuntos del país.

No dijeron ni una sola palabra durante mucho tiempo. El metropolitano se calentaba las manos ante el brasero. No se sentía

bien, tiritaba. El pachá tenía sueño y bostezaba. El metropolitano le vió bostezar y bostezó él también.

—Hace frío hoy, Pachá Effendi —dijo el metropolitano para entablar la conversación.

—Estamos ya en el invierno, Metropolitano Effendi —respondió el pachá bostezando otra vez.

Siguieron callados. Un gorrión se posó en el alféizar de la ventana, miró al pachá y al metropolitano, dentro de la habitación, pió un comentario y se echó a volar. El pachá se acercó al brasero y abrió la boca, pero con gran esfuerzo.

—Parece ser que el fuego de carbón da vértigo. Yo tengo algo de vértigo ahora.

—Cuando el carbón no está bien encendido, creo que sí —dijo el metropolitano bostezando. El pachá, le vió y bostezó.

Volvieron a callarse. El pachá se cansó de tener las manos extendidas sobre el brasero, las dejó descansar sobre sus rodillas y miró a su alrededor. Miró el gran reloj de pared; sobre un cofre de madera tallada había un jarrón verde con rosas de terciopelo rojo y a su lado un negro de yeso, con la cabeza hueca, llena de cerillas. Admiró su retrato colgado sobre la puerta, elaborado con manchas rojas, doradas y negras; tenía el aspecto de estar vivo, no le faltaba un pelo. Pero de pronto se sobresaltó. Le pareció ver que la borla de su fez pintada en el retrato se había movido y le dió miedo.

—Metropolitano Effendi —dijo inquieto—, la borla de mi fez se ha movido en el cuadro. ¿Es posible? ¿Tú qué crees?

El metropolitano estaba cansado y preocupado; se había privado de su siesta cotidiana. Reunió todas sus fuerzas, se volvió y miró el cuadro. Pero olvidó en seguida por qué lo miraba y no dijo nada.

—¿Es posible? —volvió a preguntar el pachá—. ¿Es posible, Metropolitano Effendi?

—¿Qué, Pachá Effendi?

—Que la borla de mi fez se haya movido en el cuadro.

—No, eso no es posible, Pachá Effendi —respondió el metropolitano apoyando su pesada cabeza en el respaldo del sillón. El pachá apoyó igualmente la suya y cerró los ojos. El metropolitano le vió y optó por hacer otro tanto.

El cucú salió del reloj y cantó la hora. Fuera, el viento del norte redoblaba su fuerza y las hojas secas se arremolinaban en el patio. El gorrión volvió a aparecer, tenía frío y hambre y dió un golpe con el pico en el cristal. Pero un ronquido amenazador le asustó y le hizo emprender la huida. El gato de la casa entró, largo, bigotudo, un verdadero cretense; saltó a las rodillas del metropolitano, se enroscó pegado a su vientre y, reconfortado por el calor, empezó a ronronear

de felicidad. Se durmió. El cucú volvió a cantar la hora.

Arkhondula, inquieta, pegó la oreja a la puerta y no oyó nada parecido a una conversación, sino dos largos ronquidos confiados, uno grueso como el redoble de un gran tambor, el otro alegre y agudo como una trompeta.

“Hay que prepararles un café para que se despierten un poco”, se dijo. Fué a la cocina y puso el briki en el fuego.

Al poco tiempo, la puerta rechinó, el pachá abrió los ojos y vió a Arkhondula trayendo una bandeja.

—Se ha dormido… —dijo burlón, señalando al metropolitano—. Ya no puede más el pobre, se va haciendo viejo.

El olor del café cosquilleó las narices del metropolitano y le despertó.

—¡Benditas seas, Arkhondula! —dijo tomando una taza—. Me estaba haciendo falta. Ya casi iba a dormirme.

Se pusieron a sorber su café, ruidosamente, con voluptuosidad. El metropolitano se sintió nervioso y se volvió al pachá:

—El trigo va a ser bueno este año, Pachá Effendi —dijo.

—La cebada también, Metropolitano Effendi —respondió el pachá y se levantó—. Hemos pasado un rato agradable; tenemos que volver a vernos, Metropolitano Effendi, para charlar otro poco.

—Con mucho gusto, Pachá Effendi —respondió el metropolitano, apoyándose con las dos manos en el sillón para levantarse.

La noticia de que los dos jefes se habían reunido por primera vez después de mucho tiempo en aquella casa para ultimar un pacto que traería la paz a Creta, había atraído una multitud de curiosos ante la casa de Arkhondula. Las gentes esperaban, muertas de frío, para ver al pachá y al metropolitano salir juntos, cogidos de la mano.

El doctor Kassapakis que pasaba, se detuvo él también. Viendo al seor Aristotelis, el boticario, en el grupo:

—¿Qué pasa, seor Aristotelis? —le preguntó—. ¿Hay algún muerto?

—No hables de desgracias, doctor —respondió seor Aristotelis—. El pachá y el metropolitano están en la casa discutiendo cómo restablecer la paz. Alguien les ha visto por la ventana y parece que están delante de un montón de papeles; el metropolitano escribe, el pachá habla y gesticula, de un momento a otro van a poner sus sellos. ¿Cómo está madama Marcela?

El doctor alzó los hombros.

—Siempre igual. La mandé a casa de mi hermano para que cambie de aires.

Hablaba con volubilidad, contento de haber conseguido desembarazarse de su mujer para quedarse solo con la criada.

Cuando estaban en esto, el seor Dimitros Pitsokolos apareció al fondo de la calle, arrastrando una pierna. Después de una ausencia de varios meses, pasados en recorrer la montaña con su paraguas —para curar, decía, la angustia de su corazón— regresaba a Candía. Raras veces abría la boca. “Las hadas le han echado un conjuro y se ha quedado mudo”, decían los campesinos. Le respetaban como a un iluminado y de cuando en cuando le daban un pedazo de pan; él lo cogía y se ponía a morderlo siguiendo su camino hacia otro pueblo, con el paraguas bien apretado debajo del brazo o abierto sobre su cabeza.

Mientras Creta luchaba por su libertad, seor Dimitros Pitsokolos, el hijo del Capetán Pitsokolos, iba por montes y valles, devorado por la tristeza. Pero ahora el país se calmaba y, tranquilo él también, volvía a su mujer, madama Penélope… Sus zapatos estaban agujereados, sus trajes desgarrados y sus pantalones, que se le habían quedado anchos, flotaban al viento como faldas de mujer. Apoyado en su paraguas, con la cabeza descubierta, avanzaba cojeando.

—¡Cómo ha adelgazado! —dijo el gordo doctor riendo—. Los pantalones parecen vacíos.

—No te preocupes, pronto los llenará —respondió seor Aristotelis meneando la cabeza prematuramente envejecida, como si dijese: “Todo eso no significa nada… nada… en comparación con un caso sin remedio como el mío…” Pensó en su farmacia. ¡Poseer una botica como aquella, en plena Calle Grande y no tener hijos a quien dejársela al morir! Pensó en sus hermanas marchitas y en los tres agujeros de la puerta… “Es su único placer, no tienen otro consuelo, las desgraciadas… No ven el mundo más que a través de sus agujeros…”

—Bienvenido seas, seor Dimitros —le dijo el doctor cuando se acercó—. ¿Cómo va eso?.

—Me rompí la pierna, bendito sea Dios —respondió seor Dimitros y siguió su camino.

—No hay nada como ser simple de espíritu para ser feliz —murmuró el boticario, mirando al seor Dimitros que se alejaba cojeando—. Desgraciados de los que poseen todo su raciocinio.

—¡Ah, ah, ya se me olvidaba —dijo el doctor—, hasta la vista!

—¡Afortunado! ¿Un enfermo?

—La judía que se trajo el sobrino del Capetán Miguel ha tenido un aborto. A consecuencia de un susto, parece ser. Una rubita muy mona. ¿No la has visto?

—Más vale no casarse que casarse con una judía —dijo el boticario, maligno, poniéndose en puntillas para ver lo que pasaba en el patio de Arkhondula. Todo el mundo miraba súbitamente agitado… Seor Aristotelis miró también, con los ojos abiertos desmesuradamente

para no perder nada de la escena y poder contársela a sus hermanas. Y he aquí lo que vió: Colosal, pesado, con su gran barba de inmaculada blancura, el metropolitano salía al patio, lleno de tiestos de flores, llevando del brazo al pachá rechoncho, con la barba recortada como un pincel.

Los dos avanzaron hacia la puerta de la calle, lentamente, majestuosamente. Turcos y cristianos se apartaban para dejar pasar a Creta y Turquía enlazadas. Colgado del brazo del metropolitano, el pachá, al fin completamente despierto, saludó a la multitud, sonriendo a derecha e izquierda, mientras que el prelado, con las cejas fruncidas, apoyándose en su cruz, demostraba su prisa por desembarazarse del turco. El diácono desató al burro y Suleimán vino con el caballo… En aquel momento, el hermana sordomudo de Arkhondula, el pintor, se dejó ver. Enclenque, con la cara picada de viruela, la boca abierta y la expresión inocente. Saludó a los dos ilustres visitantes y gruñó algo, mandando salivajos a las barbas del pachá.

Entre tanto, la casa de los suegros de Noemí estaba revuelta. La joven no había podido pegar el ojo en toda la noche, pensando en su marido y en las montañas que iba a escalar. Pensaba también en el hijo que estaba formándose en ella y que ya manifestaba su presencia con frecuentes patadas. Un miedo misterioso la tenía despierta, flotaba en el aire una amenaza oscura … Un cuerpo invisible, una voz muda, un fantasma… ¿Era el muerto? Cuando le atravesó aquel pensamiento, era ya cerca de la madrugada y un sudor frío perló la raíz de sus cabellos. Saltó de la cama. Se ahogaba. Abrió la ventana y la niebla helada la traspasó. Cuando amaneció, bajó y encontró a la madre disponiéndose a encender fuego en la chimenea.

—Madre —dijo—, no me siento bien. Voy a salir un poco para tomar aire.

La madre levantó la cabeza y la miró. Le dió miedo. La cara de la joven se había demacrado, se le marcaban los huesos y un cerco oscuro rodeaba sus ojos.

—¿A dónde quieres ir, hija mía, tan temprano y con semejante frío? —le preguntó con interés—. Debes procurar no cansarte.

Noemí vaciló. Le daba vergüenza confesar el miedo que había pasado de madrugada y decir cómo pensaba exorcizarlo.

—¿Cómo, no sabes a dónde quieres ir? —volvió a preguntar la madre.

—Sí sé, madre, sí sé. Quería ir a la iglesia para encender una vela…

La madre dió un grito:

—¿Le has visto en sueños, le has visto, hija mía?

—Sí.

La madre se quedó con la mirada fija y la barbilla temblando. No estaba todavía enteramente muerto, ella lo sabía bien, no estaba muerto, estaba difuso en el aire, se cernía sobre la casa, entraba por las ventanas o por la puerta… Debía estar preparando algún golpe…

—Hija mía —dijo bajando la voz, como si temiese que el muerto pudiera oírla—, hija mía, ve a encender la vela, suplícale que tenga piedad de ti… Pero por el amor de Dios, no le digas que en tu vientre…

—No, madre, no se lo diré —

—Toma, ponte mi chal, tápate bien, no vayas a coger frío…

La iglesia estaba desierta, una luz débil entraba por las ventanas multicolores y despertaba los iconos, la lámpara, los grandes candelabros de bronce y a la derecha, a la entrada, sobre el facistol, el icono de san Minas el caballero. Noemí cogió una velita del banco de mayordomía y se dirigió al gran icono de la Virgen, a la izquierda de la santa puerta, en el iconostasio. No se atrevió a ir directamente al muerto, esperó que la Virgen intercediese por ella.

La lamparilla de plata encendida iluminaba dulcemente su barbilla, firme y voluntariosa, sus tristes ojos en forma de almendra y el manto púrpura, bordado de estrellas de oro que le cubría la cabeza. Noemí se arrodilló y la miró largo tiempo en silencio. Cuanto más la miraba más tranquila se sentía… La Virgen estrechaba a su hijo en los brazos, muy fuerte, como si temiese que fueran a quitárselo; con su mejilla apoyada tiernamente en la del niño, le ofrecía una crucecita de madera como juguete…

Noemí se levantó, encendió su vela en la lámpara, se acercó al icono y lo besó. No sabía rezar todavía; le habló como si se dirigiese a una buena vecina a la que se confiase en un momento difícil.

—Madre —dijo—, yo soy Noemí la judía, vengo del otro extremo del mundo, he renegado la religión de mi padre para hacerme cristiana. Tengo mucha necesidad de ti, Madre, ayúdame; dile que no venga más a atormentarme por las noches, dile que no me haga daño, yo sólo quiero el bien de su familia, yo amo a su hijo, no tengo más que a él en el mundo… Madre, te digo esto, además, pero no se lo digas a nadie: dentro de tres meses tendré un niño, como tú, tengo miedo de que toque a mi hijo. Impídeselo. Yo me prosterno a tus pies. ¡Madre de todas las madres del mundo, ten piedad de mí!

Levantó los ojos y vió a la Virgen que la miraba, triste, desesperada, con la mirada como velada por las lágrimas. De pronto, Noemí tuvo miedo; se quitó de las orejas los pendientes de oro que le había dado Kosmas y los colgó del icono.

—Es lo único que tengo, Virgen Santa —murmuró—, consérvalos

en recuerdo mío…

Se volvió a casa. María volvió la cabeza al otro lado, al verla. La madre se acercó a ella:

—¿Le has encendido una vela, hija mía? —le preguntó—. ¿Oíste su voz? ¿Te dijo algo?

—Madre, voy a echarme, estoy muy cansada… —respondió Noemí. Subió lentamente la escalera, con el aliento entrecortado y se echó en la ancha cama de hierro donde, durante toda su vida, el muerto había abrazado a su mujer.

La atmósfera estaba pesada. Noemí suspiraba, angustiada, con los ojos abiertos, tenía miedo de ver alzarse al muerto en la sombra. si los cerraba… Abajo, el reloj dió la hora; de los altos minaretes de la ciudad se elevó la voz del muecín, dulce y apasionada. Era mediodía. Noemí tenía la boca amarga, no quería bajar a comer. Permanecía con los ojos fijos en la gran palmera que asomaba sobre los tejados, allá lejos, en el patio de Arkhondula. Había empezado a soplar un viento fuerte, los postigos de las ventanas se golpeaban y las hojas en forma de espada de la palmera se entrecruzaban, luchando. En el iconostasio, la llama de la lamparilla temblaba y se agitaba como si quisiera escapar de la mecha. Pero Noemí no tenía fuerzas para levantarse a alimentar con aceite la pequeña llama moribunda.

Cansada de mirar, cerró los ojos… ¿Se durmió o no? No podía recordarlo. Pero cuando hubo bajado los párpados sintió, con una horrible certeza, la presencia de alguien que entraba en el cuarto sin abrir la puerta. Noemí se encogió al borde de la cama y abrió los ojos. Había alguien. Ahora sentía una presencia ante ella, entre las dos columnas de la cama.

—¡Es él, es él! —murmuró Noemí, desorbitando los ojos llena de terror. La lamparilla se había apagado, los iconos habían desaparecido…

Cuanto más miraba, más sentía que el aire se espesaba entre las dos columnas de la cama, se materializaba, tomaba forma… De pronto, aparecieron dos pistolas de plata que brillaban en la oscuridad, luego un cuello enorme, unos bigotes de un negro de azabache y dos ojos vigilantes detrás de unas cejas boscosas. Oyó claramente el rechinar de sus dientes… Cuando llegó a encontrarse sobre la cabeza de Noemí, se detuvo:

—¡Virgen Santa! —gritó Noemí—, ¡échale!, ¡échale!

Pero él levantó bruscamente la mano, arrancó las ropas de la cama y asestó un puñetazo en el vientre de Noemí.

La desgraciada dió un grito desgarrador y rodó a los pies de la cama.

La madre oyó el grito, subió la escalera todo lo más rápido que

pudo y encontró a su nuera bañada en sangre.

—¡María! —gritó—, ¡el médico, en seguida!

Recogió el feto que yacía en el suelo, frotó las sienes de Noemí con agua de rosas, encendió la lamparilla y se puso a esperar al doctor. Mientras esperaba, lloraba en silencio a su nieto nacido muerto… Al fin, su nuera abrió los ojos, pálida, y miró a su alrededor con aire extraviado. ¿Dónde estaba? ¿Y aquella sangre? ¿Quién la había golpeado tan fuerte que le había hecho sentir un dolor horrible en el vientre? Sufría con los dientes apretados para no gritar. Vió a la madre a su lado mojándole las sienes con esencia de rosas y le tendió los brazos.

—Madre —murmuró—, madre, estoy muy mal… —Luego volvió a cerrar los ojos.

La madre se sentó a su lado. Pensaba en su hijo que no sospechaba su desgracia. ¿Dónde estaría a aquellas horas y qué haría en el patio del abuelo?

Pero Kosmas ya no estaba en el patio del abuelo. Caminaba en la oscuridad bajo la lluvia, a lo largo del sendero, trepando por la montaña.

Seguía a la silueta flaca y jorobada del viejo Haridimos, sin hablar, recordando con admiración y temor los últimos instantes de su abuelo. El viejo estaba echado bajo el limonero cargado de frutos y bruscamente, en el momento en que el Angel de la Muerte se le acercaba, las eternas cuestiones: "¿De dónde venimos y a dónde vamos?"" empezaron a atormentar su corazón. Y los tres capetanes borrachos, despechugados, trastabillando, se habían sentado al pie de aquella tumba abierta y habían confesado sus vidas, asustados ellos mismos por sus relatos llenos de sangre de turcos, de festines y de mujeres. Hablaban, hablaban, pero sus palabras no bastaban a expresar la profundidad, la amplitud de sus vidas; irritados, se volvían al maestro pidiéndole ayuda. Y éste, como respuesta había cogido su arco de sonoros cascabeles y se había puesto a hablar, a cantar y a llorar con la verdadera boca de Creta, la lira. Entonces, el abuelo había cerrado sus pesados párpados y una sonrisa había iluminado su cara, desdecía barba hasta las orejas. Su corazón, bebiendo el mensaje de la lira, como la tierra sedienta bebe el agua de la lluvia, había entrado en la muerte, con beatitud, dulcemente, como se entra en el sueño…

"Mi raza es valiente y robusta, se decía Kosmas, sus raíces son profundas: ¡Cuidado!, ¡no puedo deshonrarla! ¡Dios quiera que la sangre de Noemí no manche la sangre de Creta! Y que mi hijo nazca enteramente cretense. Semejante raza no debe nunca dejar de crecer, ¡sería un delito!"

Haridimos se detuvo de pronto. El silencio le pesaba, no podía

más.

Un viaje a pie por la montaña, no se concibe sin un poco de charla, de bromas, sin algún descanso de cuando en cuando para comer un bocado, mamar de la cantimplora, refrescarse el gaznate y recobrar fuerzas. Pero aquel tipo vestido a la europea no decía una palabra ni se detenía. Al contrario, corría cada vez más.

—¿Por qué corres de ese modo, patrón? ¿Es por ganas de ver al Capetán Miguel? ¡Maldito sea! Lo mejor que puedes hacer es no verle jamás. Y si es tu destino verle, que sea lo más tarde posible. Y lo menos posible. Anteayer, el abuelo me mandó a decirle que viniese a despedirse de él porque iba a morir. Pero cuando el Jabalí se volvió hacia mí y vi su mirada feroz, tuve que sujetarme la mandíbula para que no se me cayese.

—No te preocupes, Haridimos, conmigo no es lo mismo, es mi tío. Yo tengo la misma sangre que él y no me da miedo —respondió Kosmas, sin detenerse.

—¿Tú te atreverías a contradecirle? ¡Apuesto cualquier cosa a que no te atreves!

—Sí que me atrevo. ¡Pero ahora calla y camina!

Aquellas horas de recogimiento y de silencio, Kosmas, no quería mancharlas con palabras. Porque él no pensaba más que en el abuelo, aquella profunda raíz de la familia. Había también en el árbol una rama ruda y nudosa, el Capetán Miguel, que tenía entre sus manos —¿quién sabe?— el porvenir de Creta. ¿Cómo hablarle, por dónde cogerle, qué decirle? Era el único de los capetanes que se había negado a deponer las armas y a firmar el acta de sumisión… ¿Qué demonio lo poseía? “Por culpa suya ha ardido el monasterio de Nuestro Señor Jesucristo, era lo que le había dicho el metropolitano. Y ahora quería lavar su vergüenza. Por esa razón no se rendía. Tal vez quería imponerse el castigo de morir.”

“Sí, ¿pero eso va en beneficio de Creta?”, había replicado Kosmas.

El metropolitano se había callado largo rato. Lo que quería decir era grave y las palabras vacilaban al borde de sus labios.

“¡Que Dios me perdone!, pero me parece, había murmurado al fin, que tu tío tiene dentro de sí un demonio y que ese demonio no es Creta.”

“Hay un misterio en su vida, le había dicho su otro tío, Palomino. Un secreto entre él y el Capetán Polyxinguis a causa de una mujer turca. Las gentes murmuraban mucho. Está amargado, no es dueño de sus actos.”

“Tiene envidia de Arcadi, le había insinuado malignamente Harilaos. ¡Tiene envidia y se le ha metido en la cabeza hacerse saltar como el monasterio, con la esperanza de que canten luego sus

hazañas!”

“Puede que todos tengan razón”, pensaba Kosmas caminando bajo la lluvia por el largo sendero resbaladizo. ¿Qué podía decirle él al abordarle? ¿Cómo convencerle de que aceptase la proposición del pacha que prometía no tocarle si dejaba la montaña con sus armas y su bandera? ¿Decirle que el metropolitano tenía en ello gran empeño, que el rey de Grecia se lo rogaba? Levantaría los hombros con desprecio porque no sentía consideración alguna por los hombres. ¿Decirle que la situación era desesperada? Se mataría. ¿Que nadie quería secundarle, ni turcos, ni griegos, ni europeos? Palabras perdidas. Aquel hombre no temía la soledad ni la muerte. Era posible que las desease.

Kosmas reflexionaba profundamente, revolviendo en su mente las palabras capaces de llegar a la fiera y hacerle entrar en razón… Muchos y graves pesares minaban el corazón de Kosmas: el cuerpo enfermo y frágil de Noemí al que había confiado la simiente de su raza. ¿Qué hijo, temblaba al pensarlo, qué hijo iría a darle? Pensaba en todo lo que había visto en Europa, la injusticia, la procacidad, el hambre… Y se preguntaba cuál era su propia vía, su lugar en la lucha. El abuelo había desempeñado su papel, su padre también y su tío Miguel… ¿Él? Él no sabía qué elegir para llegar a decir al fin: “Éste es mi puesto, estoy decidido a defenderlo y nadie lo violará.” Por primera vez aquella tarde, sufría por su inutilidad.

La lluvia se calmó, todas las aguas del cielo se habían vertido sobre la montaña. Un viento violento y helado dispersó las nubes, aparecieron algunas constelaciones y Haridimos se detuvo a examinar las estrellas.

—Ya es medianoche pasada —dijo—. Bien hemos andado.

Se ahogaba del deseo de hablar.

—Por el amor de Dios, patrón, detengámonos un poco al abrigo de esta peña y liemos un cigarrillo.

—¿Estás cansado, Haridimos?

—Claro que estoy cansado. Ya soy viejo. Mis piernas están pesadas para arrastrarlas así.

No estaba en absoluto cansado el pícaro viejo, pero se moría de ganas de hablar. Se detuvieron bajo la peña y Kosmas le dió un cigarrillo. Haridimos se preguntaba cómo entablar la conversación. Miraba el cielo. No había nada que decir sobre aquello. Entonces pensaba en su pueblo, en Candía, en Creta. Pero aquel extranjero conocía todo aquello de memoria y no conduciría a nada. De pronto el recuerdo de uno de sus tíos, Andrulios, el engendro, le vino a la mente. Al lado de aquél, el tío de este pedante que se daba importancia y no se dignaba abrir la boca para cambiar con él dos

palabras, era muy poca cosa. ¿El Capetán Miguel? ¿En qué quedaba al lado de Andrulios? Un mosquito. Se lo iba a demostrar.

Aspiró ávidamente dos o tres bocanadas de humo, hasta que el cigarrillo le quemó los dedos, pero no se dió cuenta y se volvió hacia Kosmas:

—Patrón, ¿tú sabes cuál es la fiera más temible? Me dirás que el león. ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! Es el hombre. ¿Y por qué?, me dirás ahora. ¿Por que se bate y mata turcos, como tu tío? ¿O por que ha inventado armas, con la ayuda del diablo, para matar leones? ¡Nada de eso! ¡Nada de eso!, ¡en absoluto! Voy a decirte por qué. Yo tenía un tío, ¡que en paz descanse!, se llamaba Andrulios. Era una pizca de hombre. Le llamaban el Trasgo, porque era minúsculo, el desdichado, una escurridura del vaso de Dios. No podía casi andar, avanzaba a saltos como una langosta, quejándose porque tenía dolores, el pobre. Los médicos le dijeron que tenía una piedra en los riñones y que moriría pronto. Pero él, señor mío —lo que es el hombre— cogió un pico, se—fué a la montaña donde se encuentra ahora su pueblo, Venerato, y, arrodillado junto a ella, tic, tic, tic, se puso a tallarla. Durante uno, dos, tres años. Los campesinos se echaban a reír cuando le veían. "¿La has tomado con la montaña, condenado Andrulios?" "Sí, con la montaña, precisamente. Y me quedaré con ella", respondía sin levantar la cabeza, y seguía cavando. Al tercer año, empezó a construir una casa al pie de la montaña. "No te hagas una casa, condenado Andrulios, por tu bien te lo digo. El que se hace una casa se casa." "Eso es lo que yo quiero, idiotas", respondía mi tío. "Quiero *casarme*, tener hijos que me ayuden a cavar la montaña." Los campesinos se reían. "¿Quién va a quererte a ti, duendecillo?" "Siempre encuentra uno la horma de su zapato, respondía. Yo acabaré por encontrarla, el día menos pensado." Y cuando estaba construyendo su casa, un día, pasa por allí una campesina del pueblo próximo, una viuda desgalichada y fea, pero joven. Entró, estuvo mirando el patio, la bodega, la cocina, la alcoba… La casa le gustó mucho. "Oye, Andrulios, tu casa me gusta mucho. ¿Qué te parecería…?", le dijo, guiñándole el ojo. Mi tío comprendió en seguida y a los dos meses estaban casados. Se acuesta con ella, toda una buena noche, por supuesto, y a la mañana siguiente ya está otra vez en la montaña con su pico. A fuerza de cavar y de arrancarle un bocado cada día, se hace con una buena colección de piedras, añade un ala a su, casa con una alcoba más, ensancha su patio y construye una cuadra. "Condenado Andrulios, le decían sus paisanos, ¿es una ciudad lo que estás construyendo?" "Una ciudad, precisamente. /Mi mujer está embarazada y tengo que alojar bien a mis hijos." "¿Y ya no tienes dolor de riñones?" "Yo no tengo tiempo de tener dolores, condenados holgazanes." El tiempo pasaba, su mujer fabricaba hijos

de dos en dos, él cavaba la montaña. La había llenado enteramente de grutas y de agujeros, la roía, en una palabra. Al principio echaba juramentos, porque se le resistía, pero luego se dió cuenta de que se le había sometido. Entonces empezó a amarla hasta el punto de no poder vivir lejos de ella. La cabeza de mi tío se puso blanca, su cuerpo adelgazó cada vez más, pero sus brazos se hicieron enormes, sus manos anchas y largas le llegaban más abajo de las rodillas. No podía tenerse derecho, la espalda se le había encorvado y las manos le arrastraban por el suelo. Era imposible mirarle sin echarse a reír, pero al mismo tiempo, el caso es que daba miedo. Los campesinos ahora le miraban de lejos, preferían no acercarse a él. Sobre todo desde el día en que agarró por un tobillo a un mocetón que se burlaba de él y le apretó tan fuerte que los huesos del otro se hicieron astillas, y se quedó cojo… Los chicos de mi tío crecieron y ellos también se pegaron a la montaña, la cavaron, la royeron *poco a poco* y siguieron construyendo. Se casaron, pero el tío Andrulios ya era muy viejo y no podía cavar. Una tarde volvió de la montaña con la idea de que se iba a morir. Se echó en su cama, llamó a su hijos y nietos, recomendó que le enterrasen en la montaña con su pico, cruzó las manos y entregó el alma a Dios.

“Si pasas algún día por Venerato, patrón, haz que te enseñen la propiedad de los Andrulios. La casa de mi tío ha llegado a ser un gran pueblo… Y al lado de eso, patrón, que vengan a hablarme de… ”

Se calló, contento de haber hablado y haber dicho las verdades a aquel extranjero. Sus ojos relucían en la sombra, orgullosos y burlones.

—Yo, Haridimos, conozco otra fiera más salvaje todavía que el león y que tu tío Andrulios.

—¿Cuál?

—El gusano.

—¡Toca madera, no hables de eso, por el amor de Dios! —murmuró Haridimos, santiguándose.

Escupió y empuñó su cayado.

—Vamos allá, patrón —dijo, excitado.

Empezaba a aclarar cuando Kosmas llegó al campamento del Capetán Miguel, en la cañada del monte Selena. Haridimos se quedó atrás.

—Ve tú solo, patrón —le dijo—, y cuando hayas terminado lo que tengas que hacer, pasa por aquí a buscarme y volveremos juntos. ¡Perdóname, pero a tu tío prefiero no verle!

El Capetán Miguel había velado toda la noche. De pie en su puesto de guardia, en cuanto apareció la primera claridad del alba cogió sus gemelos y empezó a observar las posiciones del enemigo. Los soldados

turcos avanzaban poco a poco. Progresaban cada día unos cuantos pasos y se atrincheraban. No se apresuraban adivinando por las escasas descargas de los cristianos que las municiones de éstos tocaban a su fin. Sabían igualmente que, aparte un pedazo de pan de cebada, los griegos no tenían nada que llevarse. a la boca. Les habían cercado enteramente y no podía pasar ni hombre ni bestia. Sólo algún buen conocedor de la región, podía deslizarse de noche por un sendero de cabras hasta el refugio de los cristianos.

El pachá enviaba mensaje tras mensaje al Capetán Miguel, último jefe resistente, intimándole a rendirse. "Turquía tiene interés en que los rebeldes se rindan y no en vencerlos", le habían escrito desde Constantinopla. "Así, Creta acepta el yugo voluntariamente y el Occidente no tiene por qué meterse en sus asuntos." El día antes, el pachá había vuelto a mandar un mensaje al Capetán Miguel: "Ésta es mi última advertencia. Ríndete antes de mañana al mediodía y vete honrosamente. Nadie te tocará. Si no, tengo encargado un cargamento de palos y os empalaré a todos, ¡por Mahoma! ¡Y a ti el último, Capetán Miguel!"

Toda la noche se la había pasado el Capetán Miguel pensando qué decisión tomar. No por él mismo —ésa ya estaba tomada— sino por sus compañeros. No había ninguna salvación y no quería ser responsable de su muerte. Entonces, que cada uno escogiese libremente su camino. Les había participado el día anterior el mensaje del pachá, para que reflexionasen por la noche y viniesen a darle una respuesta al amanecer.

Ninguno de ellos había podido pegar el ojo. Cuando el sol llegó a la montaña se deslizaron uno a uno hasta el puesto avanzado del Capetán Miguel. Sucios, peludos, con los trajes desgarrados y ensangrentados, se acuclillaron alrededor del jefe y esperaron. Él tenía que hablar el primero, pero con la mirada fija en las piedras, sólo podía esforzarse en dominar los saltos de su corazón. Era una voz de hombre la que debía salir cuando abriese la boca y no un gemido. Creta, Thrassaki, la circasiana. el monasterio quemado eran centellas que le atravesaban el corazón… lanzó un juramente y apretó tan fuerte la piedra que tenía en la mano que su palma se llenó de sangre. Sus labios, sus cejas y sus ojos se animaron un instante. Miró a sus compañeros a su alrededor, a los turcos abajo, y arriba al cielo desierto… "¡Libertad o Muerte! ¡Libertad y Muerte! Eso es lo que tengo que escribir en mi bandera. ¡Libertad y Muerte! ¡Libertad y Muerte!"

Se sintió mejor. Después de tantos años acababa de comprender. Su corazón se sentía más firme. Se volvió a sus hombres y con la mirada tranquila, les dirigió la palabra:

—Ya conocéis el mensaje del perro. Vosotros sois hombres, tenéis

barbas y os batís por la libertad; entonces, ¡hablad libremente! No tenemos ni balas ni pan, ni esperanza. Los turcos son un ejército entero, nosotros no somos más que un puñado de hombres; el que quiera marcharse, por mi espada que no pienso rendir más que a Dios, que se vaya, no hay en eso vergüenza. Yo no le querré mal. ¡Yo me quedo! Eso es todo.

Nadie se movió durante un largo rato. Eli sol se alzaba en el cielo, los soldados turcos tocaban el tambor y se preparaban a emprender el avance.

—¡Hablad libremente! —repitió el Capetán Miguel—, y de prisa.

Una especie de gallo moreno y seco, con un viejo fusil remendado, abrió la boca.

—Yo soy un hombre, todos los sabéis —dijo—. Que no he retrocedido nunca ante los turcos, lo sabéis aún mejor. Así que no tengo miedo de que me llamen cobarde y os digo francamente lo que pienso. Capetanes, vamos a morir por nada. Por nada. Y eso hará más daño a la Cristiandad que a nosotros mismos. Creta volverá a sublevarse y nosotros no estaremos vivos para echarle una mano en la próxima revolución… En la situación en que estamos, serviremos mejor a Creta siguiendo vivos que dejándonos matar. Vergüenza a no vergüenza, no me importa. ¿En dónde está el interés de Creta? Eso es lo que importa.

El Capetán Miguel escuchaba con la cabeza baja. Y cuando el hombre se calló:

—¿Has terminado, Yanaros? —le dijo.

—Sí, eso es todo.

El Capetán Miguel se volvió a su vecino.

—Cada uno a su vez. Ahora tú, Mistigri.

Éste retorció sus grandes bigotes y volvió la cabeza como si no quisiese mirar a la cara al Capetán Miguel.

—He pasado la noche luchando con dos demonios —dijo—. Uno decía: vete, puesto que no hay salvación. El otro: quédate, puesto que no hay salvación. Toda la noche he luchado con ellos y al amanecer uno ha vencido.

—¿Cuál? —dijo el Capetán Miguel, mirando intensamente a Mistigri.

—Tú, Capetán Miguel. ¡Maldigo la hora en que te conocí!

—¿Entonces?

—¡Yo no me marcho!

El Capetán Miguel se volvió al otro lado.

—¿Y tú, Kayambis?

—Yo —respondió el otro dando un suspiro—. Yo estoy recién casado, tengo una mujer y todavía no he disfrutado mi parte de

felicidad en la vida. Eso me obsesiona.

—¿Y entonces? —dijo el Capetán que tenía prisa—. Deja a la mujer tranquila. Es al hombre al que me dirijo.

—¡Yo también maldigo la hora en que te conocí, Capetán Miguel! Digo lo mismo que Mistigri. Quiero irme y tengo vergüenza por tu culpa. ¡Entonces, me quedo!

—¿Y tú, Theodoris? —preguntó el Capetán a su sobrino que estaba limpiando y cargando el fusil mientras los otros hablan—. ¿Y tú, mocoso, qué es lo que decides?

Theodoris se puso pálido. Miró a su tío con orgullo, con cólera, admiración y envidia.

—¿Y tú, bigotudo, te crees que eres el único que tiene un alma? Yo no me voy.

—¡Yo tampoco!

—¡Yo tampoco! —gritaron dos ardientes colosos de sienes grises.

Los otros, una veintena de hombres, se callaron con la cabeza baja.

—No tenemos mucho tiempo, el sol está subiendo —dijo el Capetán Miguel—. Hablad, ¿queréis iros? ¡Libres sois! ¡Y buena suerte!

Krassogeorgis se inclinó, habló bajo a su vecino y se levantó con la mano puesta en el pecho.

—Perdonadnos, hermanos —dijo con voz ahogada—, pero tenemos hermanas que casar, hijos menores, mujeres, y nuestra muerte no aprovechará a nadie. Nos iremos.

—¡Perdonadnos, hermanos, vamos a irnos! —dijo Mastrapas.

—¡Buena suerte! ¡Buena suerte, hermanos! —dijo el Capetán Miguel levantándose—. Dios es testigo de que no os lo tengo en cuenta. ¡Mis saludos a la vida! Pero idos pronto, uno a uno y arrastrándoos para que no os atrapen. Rápido, antes que el sol esté en medio del cielo.

—¡Perdonadnos y Dios os perdonará! —dijeron los veinte hombres a un tiempo.

—¡Estáis perdonados! —respondió el Capetán Miguel—. ¡Maldito sea el que hable mal de vosotros! ¡Buen viaje!

Seis quedaron. El Capetán Miguel les revisó uno por uno.

—Somos siete —dijo—, somos bastantes. Hasta somos muchos. La razón quiere que nos vayamos, nosotros también, pero el corazón no nos deja ir. No nos iremos. Moriremos, nos sacrificaremos por Creta. Que digan lo que quieran. Nuestra muerte le será más útil al país que sus vidas. Creta no necesita buenos padres de familia sino locos, como nosotros. Serán los locos los que la harán inmortal.

Miró al cielo; el sol continuaba su carrera:

—Coged vuestros fusiles. No estéis mucho tiempo en el mismo

sitio, cambiad de puesto continuamente. Que no se den cuenta de que no somos más que siete. ¡En el nombre de Cristo!

Pero en el momento en que los palikaros del Capetán Miguel se dispersaron, dejando a su jefe arrodillado detrás de un parapeto, un ruido de pasos se dejó oír en las piedras y Kosmas apareció. El Capetán Miguel se volvió y le vió.

—¿Quién va? —gritó—. Agáchate, cuidado con las balas. Agáchate. te he dicho. ¿Quién eres?

—Tu sobrino, Capetán Miguel, tu sobrino Kosmas.

El Capetán frunció el entrecejo. Adivinaba el objeto de la visita.

—Bienvenido seas —dijo irónicamente—. ¿Qué vienes a hacer aquí? Eli zorro no tiene nada que hacer en el mercado.

Kosmas se mordió los labios para no dejar escapar una palabra colérica.

—Ni yo soy zorro, ni esto es el mercado —dijo con sonrisa amarga —. Yo también soy un hombre, Capetán Miguel.

—Sólo los que se baten son hombres. Échate a tierra junto a mí y habla. ¿Qué es lo que vienes a buscar aquí? Sé breve, tengo mucho trabajo.

Miró otra vez el sol y gritó a sus compañeros:

—¿Estáis dispuestos, muchachos? Cargad. Yo os daré la señal.

Resonaron gritos salvajes más abajo, en la ladera de la montaña. Kosmas se echó a tierra junto a su tío y, por una abertura de la roca, vió las tropas en filas apretadas que avanzaban. La montaña estaba roja de feces.

—Habla —repitió el Capetán Miguel sin mirar a su sobrino—. Habla. ¿Quién te envía?

—Creta —respondió Kosmas.

El Capetán Miguel se encolerizó.

—¡Nada de palabras altisonantes, profesor! —gruñó—. Habla claramente y no me vengas con cuentos de que es Creta quien te envía, ¿has entendido? ¡Creta soy yo!

Kosmas le escuchaba y le miraba sin decir nada. Acababa de comprender con qué hombre intratable tenía que entendérselas. ¿Para qué hablar? La decisión de su tío estaba tomada y Dios mismo no podría hacerle cambiar de propósito. El corazón altivo de Kosmas saltó dentro de su pecho. ¿Recurrir a sutilezas, hacer gestos, suplicar? Le daría vergüenza.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —gruñó de nuevo el Capetán Miguel sin volverse.

—Nada —respondió Kosmas con obstinación. No podía emplear las frases que había preparado minuciosamente.

—¿Has venido para ver a tu tío? —dijo el otro con tono sarcástico

—. Te felicito.

—Sí, he venido para verte y para decirte que el viejo Sifakas ha muerto.

El Capetán Miguel dejó su fusil en el suelo y se santiguó.

—¡Que descanse en paz! —dijo—. Fué un obrero honrado. Trabajó bien y fué bien recompensado y ahora se fué a dormir… ¡Vete tú también y buena suerte! ¡Aquí estamos haciendo la guerra!

—¿Tienes algún encargo?

—¡Vete!

—¿Para tu mujer o para tu hijo?

Las venas del Capetán Miguel se hincharon y se le turbó la vista. Alargó su mano, manchada de pólvora y de sangre y la apretó contra la boca de su sobrino, cuyos labios y mejillas se cubrieron de pólvora y sangre.

Dió un gran grito:

—Hermanos, por el amor de Dios ¡Libertad o Muerte!

Apuntó, tiró y retumbó toda la montaña.

En seguida las balas turcas empezaron a silbar. Un pequeño cañón tronó y el obús cayó detrás del Capetán Miguel, hundiéndose en el suelo y dispersando las piedras.

Se oyó un grito desgarrador. Kayambis rodó de lo alto de la roca donde estaba subido y cayó a los pies del Capetán Miguel. Abrió la boca una o dos veces, pero un chorro de sangre lo ahogó.

Abajo sonaron las trompetas, los soldados turcos daban gritos, los derviches marchaban a la cabeza enarbolando el estandarte verde del Profeta.

—¡Tirad a lo vivo, muchachos! —gritó Theodoris—. ¡Apuntad a los perros!

El ruido del ejército en marcha se oía cada vez más próximo.

El Capetán Miguel se precipitó hacia Kayambis y tropezó con Kosmas que seguía tendido junto a él.

—¿Estás ahí todavía, profesor? —le gritó—. ¡Vete, no te metas en las cosas de los hombres!

Pero Kosmas no se movía. Embadurnado de pólvora y de sangre escuchaba a su corazón que latía furiosamente. Se despertaba en él su padre, el gran jefe, sus abuelos, Creta… No era la primera vez que se batía, aquello había empezado miles de años atrás, él había muerto y resucitado millares de veces…

El Capetán Miguel palpó rápidamente el cuerpo de Kayambis para ver dónde estaba herido, pero los ojos del moribundo, después de haber brillado lo que un relámpago, se hicieron vidriosos y se inmovilizaron, desorbitados. El Capetán dejó el cadáver descansando en tierra.

—¡Acordaos de Arcadi!, hermanos —gritó—. ¡Mantengámonos hombres hasta el fin!

El jadear de los soldados turcos se oía cada vez más cerca.

—¡Estamos fritos! —se dijo Mistigri y de pronto su pecho y su vientre empezaron a temblar.

—¡Riñones! —le gritó Theodoris. La sangre corría por su frente y le cegaba. Se limpió con la manga y de pronto, viendo a los turcos delante de él, tiró el fusil.

—¡Muchachos! —gritó— el fusil no sirve para nada. ¡Sacad los cuchillos!

Él sacó el cuchillo de su padre y se abalanzó sobre un derviche que, embriagado por la batalla, se había separado de la tropa y avanzaba haciendo voltear su yatagán. Theodoris había casi alcanzado al derviche cuando recibió una bala en pleno corazón y cayó de espaldas.

—¡Bravo, muchachos! —dijo una pequeña voz detrás de ellos—. ¡Salud, Capetán Miguel!

El Capetán Miguel reconoció aquella voz y volvió la cabeza.

—¿Eres tú, Ventusos? —gritó y su mirada chispeó—. Entonces, ¿has vuelto?

—¡Yo soy Ventusos y me conduzco como Ventusos! Retira lo que dijiste, Capetán.

—¡Retiro lo que dije!, ¡perdóname, hermano! ¡Ven aquí a mi lado!

Ventusos tuvo apenas tiempo de saltar junto al Capetán Miguel. Una bala le alcanzó en la cabeza y se desplomó.

Brotó una lágrima en los ojos del Capetán Miguel. Cogió al muerto en sus brazos y le besó en la frente. Su boca y sus bigotes se llenaron de la sangre y del cerebro de Ventusos.

El resollar de los soldados turcos estaba más cerca. El Capetán Miguel se volvió y vió a Kosmas. Le amenazó con el puño:

—¡Vete! —le gritó—, todavía tienes tiempo. ¡Lárgate!

—No. No me marcho.

De pronto la cara del Capetán Miguel resplandeció. Cogió la cabeza de Kosmas entre sus manos.

—¡Salud, sobrino! —gritó—. Entonces, ¿tú también te sacrificas? ¡Oh, Creta inmortal!

Se oyeron truenos. El viento había cambiado. El cielo que desde la primera hora había estado huraño, tomó un color leonado. A lo lejos graznaban algunas cornejas hambrientas.

Mistigri se alzó. Lamentaba haber flaqueado un momento. Ahora la muerte le parecía piadosa. Ella lavaba todas las deshonras. Sacó su cuchillo.

—¡Libertad o Muerte! —gritó y saltando de detrás de su parapeto

se precipitó sobre las tropas enemigas que escalaban la ladera. Cinco o seis turcos le rodearon. Se arrojó sobre ellos y comenzó la matanza. Pero en seguida otros acudieron, fué derribado, sujetado fuertemente y un derviche, apoyando una rodilla en su pecho, le degolló como un cordero.

El Capetán Miguel que había seguido la escena, se ahogaba de cólera.

—¡Que nadie salga de su parapeto! ¡Tirad a lo vivo! —ordenó.

Pero ya no quedaban más que dos de sus compañeros, los dos colosos de sienes grises. Escondidos entre las rocas, apuntaban, inmóviles, y ninguna de sus balas era perdida.

El Capetán Miguel, arrodillado detrás de la roca, firme, seguro, apuntaba a la frente de cada soldado que se dejaba ver. Una bala le había desgarrado la mejilla, pero no sentía ningún dolor. De cuando en cuando echaba una ojeada a su sobrino que se batía cerca de él.

—¡Bravo, sobrino! —le gritó—, has resucitado a tu padre. ¡Bienvenido seas, hermano Kostaros!

—¡Salud, tío! —le respondió el otro, lleno de una extraña embriaguez. Estaba desconocido. Una oscura e inexplicable alegría le llenaba. Se sentía ligero, salvado, en aquel instante mismo, justo en aquel instante era cuando entraba en su patria. No pensaba en nada. Todas las angustias que pudiera proporcionarle su espíritu europeizado, desaparecieron. Su madre, su mujer, su hijo se desvanecieron y no quedó ante él más que aquel antiguo deber.

—¡Libertad o Muerte! —rugía mirando a los turcos—. ¡Litad o Muerte! Para él no había otra alegría, otra pena, otro deseo.

Bruscamente se hizo oscuro. Espesos copos de nieve, silenciosos, habían empezado a caer. Detrás de las nubes empurpuradas se adivinaba el sol a punto de hundirse.

—¡Qué buen encuentro, Capetán Miguel! —dijo una voz y el turbante verde del feroz muecín de Candía se alzó de pronto sobre una roca.

—¡En efecto, salud, hodja! —respondió el Capetán Miguel, dándole un balazo en plena nuez.

La sangre saltó muy alto borboteando como si el muecín fuese un odre de vino.

Los turcos se precipitaron aullando por las rocas que servían de abrigo a los dos colosos y los hicieron pedazos. Luego, siguieron subiendo hacia la cumbre donde quedaban los dos únicos rebeldes.

—¡Sus y a ellos, degolladlos! —gritó un gran turco engalonado. Llevaba una larga vara y se servía de ella para azotar a los soldados. Toda la tropa se lanzó hacia la cumbre.

—¡No tengas miedo, sobrino!, no hay salvación posible —gritó el

Capetán Miguel a Kosmas—. ¡Viva Creta!

—¡No hay salvación, tío!, no hay en absoluto salvación. ¡Viva Creta!

Cuchillo en mano se lanzaron.

La nieve recubría ahora los cuerpos tendidos. Los feces rojos se hacían blancos. Algunos buitres aparecieron en el cielo, dirigiéndose veloces hacia los hombres que se entremataban. Empezaron a evolucionar en el espacio, sobre ellos, alargando el cuello al olor de los cadáveres.

En el fuego de la batalla, el tío y el sobrino se separaron. Los soldados turcos habían rodeado a Kosmas. Luchaban cuerpo a cuerpo. Las cuchilladas llovían por todas partes. Viendo a su sobrino en peligro, el Capetán Miguel derribó a los turcos que le acosaban y se lanzó en su socorro.

—¡Resiste, sobrino! —le gritó—. ¡Ya voy!

—¡Es él el que va, Capetán Miguel! —contestó con sorna un turco nativo, tirándole la cabeza cortada de Kosmas.

El Capetán Miguel la cogió al vuelo, por los pelos y la blandió como un estandarte. Una claridad feroz iluminaba su cara. ¿Era alegría inhumana, divina obstinación, desprecio de la muerte? *¿O* incontenible amor por Creta? El Capetán Miguel blandió muy alto la cabeza cortada y gritó:

—¡Libertad o …

No tuvo tiempo de terminar. Una bala le entró por la boca. Otra por la sien derecha le atravesó el cráneo. El Capetán Miguel cayó de espaldas y su cerebro se esparció por las piedras.

Se terminó de imprimir
en el mes de abril de 1998
en el Establecimiento Gráfico
LIBRIS S. R. L.
MENDOZA 1523
(1824) LANÚS OESTE
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA

NOTAS

1 Version del original por FELIPE M. LORDA.

2 Nombre dado a los súbditos no musulmanes del Imperio otomano. (*N. del T.*)

3 Antigua canción popular cretense. Desde tiempos remotos los griegos esperaban ser liberados con la ayuda de los rusos. (*N. d. T.*)

4 Monasterio cercano a Rethymno, destruido en la forma que se indica, durante la rebelión griega de 1866. (*N. d. T.*)

5 "Hanum", palabra turca que designa la esposa de! musulmán. (*N. del T.*)

6 Fiesta de la Independencia griega. (*N. del T.*)

7 Hermandad de elección o de sangre por la cual dos personas mezclan su sangre, costumbre que aún subsiste en nuestros días en Creta. (*N. d. T.*)

8 Amplia tela inconsútil que recubre las otras prendas femeninas entre los orientales. (*N. del T.*)

9 Referencia a la guerra de la independencia. (*N. d. T.*)

10 Giorgis Karaiskakis (1782-1827), uno de los más célebres héroes de la guerra de la independencia. (*N. d. T.*)

11 Patrono de Candía, cuya fiesta se celebra el 11 de noviembre. (*N. d. T.*)

12 Héroe de la guerra de 1821. (*N. d. T.).*

13 Posada, palabra turca. (*N. del T.*)

14 Fiesta principal de los musulmanes. (*N. del T.*)

15 Nombre derivado de la palabra "Elephtheria": Libertad. (*N. del T.*)

16 Lukum: especie de gelatina perfumada, que se sirve en trocitos, en los cafés griegos. (*N. d. T.*)

17 Proveniente de Bertolo, nombre de un personaje cómico que aparece en los antiguos dramas italianos representados en Creta. (*N. d. T.*)

18 Plato muy apetecido entre los árabes. *(N. d. T.)*

19 Hacer el peregrinaje a la Tierra Santa del Islam: La Meca y Medina. (*N. del T.*)

20 Valiente almirante griego que ejerció el mando de las fuerzas insurrectas en la guerra de la independencia griega. (*N. del T.*)

21 Sfakiotas: de los pueblos cercanos a Sfakía. Son conocidos por sus costumbres muy severas y siempre dispuestos a utilizar el cuchillo cuando su honor conyugal está en juego. *(N. d. T.)*

22 Canción oriental de mucho sentimiento. (*N. d. T.*)

23 Palabra turca que designa al persónate grotesco en el teatro de marionetas. (*N. del T.*)

24 Pequeño recipiente de cobre, con mango muy largo en el que se prepara el café turco. (*N. del T.*)

25 Pasta dulce muy estimada por los turcos, ordinariamente preparada con harina, miel, goma, jugo de frutas, a los que se añade pequeños pedazos de almendras, nueces y maníes. (*N. del T.*)

26 Bizcocho turco. (*N. del T.*)

27 Se refiere a una antigua leyenda cretense acerca de un gran tesoro oculto en la tierra que consistía en una marrana y nueve marranitos, todos de oro. (*N. d. T.*)

28 Figura del antiguo escudo bizantino. (*N. d. T.*)

29 Dama de la burguesía griega de Epira, seducida por un turco. Célebre por su belleza y su talento. Fue ahogada en el lago de Janina, en 1801, por orden de Alí Pachá. (*N. d. T.*)

30 Testigo y padrino en un matrimonio ortodoxo. (*N. del T.*)

31 Trigo hervido, espolvoreado de azúcar, que se ofrece a los muertos. (*N. del T.*)

32 Danza campestre. (*N. del T.*)

33 Canciones religiosas. (*N. del T.*)

34 Último emperador de Bizancio muerto en 1453 defendiendo Constantinopla contra los turcos. (*N. del T.*)

35 Vestíbulo interior en las iglesias primitivas. (*N. del T.*)

36 Velo con que las mujeres musulmanas cubren su rostro. (*N. del T.*)

37 Dulce seco oriental. (*N. del T.*)

38 División administrativa del imperio otomano gobernada por un pachá. (*N. del T.*)

39 Senador. (*N. del T.*)

40 Guía del ganado montañés. (*N. del T.*)

41 Gendarmes. (*N. del T.*)

42 Posada. (*N. del T.*)

43 Abad. (*N. del T.*)

44 Soldados de infantería. (*N. del T.*)

45 Verso de un poema patriótico de Rigas Pheraios (1757-1798). (*N. del T.*)

46 Representante del gobernador. (*N .del T.*)

47 Hecho histórico. (*N. del T.*)

48 Zapatos de cuero rojo, adornados con un pompón de lana blanca y azul, que usa la infantería ligera y los montañeses. (*N. del T.*)

49 Entremeses. (*N. del T.*)

50 Peregrina. (*N. del trad.*)

51 Antigua canción de los bandoleros de Creta. (*N. del T.*)